

RAMÓN LLULL

BLANQUERNA



EL DOCTOR ILUMINADO

POR

JOAQUÍN XIRAU

EDITORIAL PORRÚA, S. A.

AV. REPÚBLICA ARGENTINA, 15. MÉXICO, 1990

"SEPAN CUANTOS..."

NÚM. 595

DICCIONARIO PORRÚA DE LA LENGUA ESPAÑOLA

Preparado por:
ANTONIO RALUY POUDEVIDA.

Revisado por:
FRANCISCO MONTERDE.

Contiene las palabras básicas del idioma, con abundantes
mexicanismos, tecnicismos, verbos
y notas ortográficas.

UN VOLUMEN DE 19 × 12 CM. 856 PÁGINAS A DOS COLORES
Y UN MAPA POLÍTICO A COLORES DE LA REPÚBLICA
MEXICANA.

BREVE DICCIONARIO PORRÚA DE LA LENGUA ESPAÑOLA

Incluye las palabras básicas del idioma a nivel de las escuelas
de enseñanza primaria, con americanismos y mexicanismos
de uso frecuente.

Preparado por:
ANTONIO RALUY POUDEVIDA.

Revisado por:
FRANCISCO MONTERDE.

UN VOLUMEN DE 21 × 12 CM. DE 461 PÁGINAS
Y UN MAPA POLÍTICO A COLORES
DE LA REPÚBLICA MEXICANA.

BLANQUERNA

RAMÓN LLULL

BLANQUERNA

EL DOCTOR ILUMINADO

POR

JOAQUÍN XIRAU



EDITORIAL PORRÚA, S. A.

AV. REPÚBLICA ARGENTINA, 15

MÉXICO, 1990

Primera edición en castellano: Palma de Mallorca, 1749
Primera edición en la colección "Sepan cuantos...", 1990

Copyright © 1990

El prólogo y las características de esta edición son propiedad de la
EDITORIAL PORRÚA, S. A.
Av. República Argentina, 15, 06020, México, D. F.

Queda hecho el depósito que marca la ley

Derechos reservados

ISBN 968-452-412-9

IMPRESO EN MÉXICO
PRINTED IN MEXICO

Dice el Padre Juan de Mariana —lib. 15, cap. 4, de la *Historia de España*— de los escritos de Raimundo Lulio: “Cosa de grande maravilla, que persona tan ignorante de letras, que aun no sabía la lengua latina, sacase como sacó a la luz más de veinte libros, algunos no pequeños, en lengua catalana, en que trata de cosas, así divinas como humanas; de suerte, empero, que apenas con indulgencia y trabajo, los hombres muy doctos, pueden entender lo que pretende enseñar: tanto, que más parecen deslumbramientos y trampantojos con que la vista se engaña y deslumbra, burla y escarnio de las ciencias que verdaderas Artes o Ciencias”. Y añade, más adelante Feijóo, de quien es la cita: “De suerte que, hecho examen y análisis de la prolija información por la Arte luliana, resulta hallarse en ella mucho de estrépito, y casi nada más”. Fácil sería multiplicar las citas despectivas. Para concluirla baste recordar que la *Historia literaria de Francia* de Littré-Haureau se abstiene de entrar en el examen de su Arte porque “sería no menos superfluo que fastidioso” y que Prantl, el gran historiador de la Lógica occidental, tras de haberlo intentado y no con la mejor fortuna, pide perdón al lector.

“Grande maravilla” es, en efecto, que a pesar de su confesada “ignorancia en las letras”, llegara a escribir no veinte libros, como afirma Mariana, sino doscientos cuarenta y tres, contando sólo los conservados, que ya en vida mereciera el respeto de los más altos monarcas de la tierra y la veneración de religiosos y laicos y que, después de muerto, promoviera en el Renacimiento las más apasionadas polémicas y las elucubraciones más arriesgadas y dejara en la tierra, desde entonces y para siempre, ideas germinales y proyectos de salvación humana de la más palpitante y perenne actualidad.

Difícil sería hallar una personalidad más famosa, más apasionante, que haya suscitado reacciones y comentarios tan contradictorios, merecido tan despectivos desdenes y tan fervorosas exaltaciones. La falta de un conocimiento preciso de su función en la historia de las ideas ha dado lugar a todas las fantasías y a todas las leyendas.¹ Tan contradictoria es su figura

¹ En el aspecto histórico y literario, la personalidad de Ramón Lull, hasta hace poco perdida en la nebulosa de la leyenda, ha sido magistralmente estudiada sobre todo por la Escuela filológica de Barcelona y Palma —Antonio Rubió y Lluch, Jorge Rubió y Balaguer, Ramón d'Alós, Obrador, Galmés, Durán y Reynals, etc.—; por Menéndez y Pelayo y la escuela de arabistas de Madrid —Asín Palacios, Juliá Ribera... En el aspecto filosófico, teológico y místico merecen especial consideración los estudios de Tomás y Joaquín Carreras y Artau, Longpré, Probst...

que, en el aspecto teológico y místico, tras haber sido condenadas quinientas de sus proposiciones por el papa Gregorio XI,² fue propuesto para la santidad y solemnemente beatificado, y en lo que respecta a su Filosofía profana, dos pensadores de reconocida genialidad y de convicciones no ciertamente contrapuestas, como Descartes y Leibniz, han podido decir de él, el primero, que la mayor parte de sus "instrucciones" más bien sirven "para hablar sin juicio de las cosas que se ignoran" que para conducir al conocimiento de la verdad, y el segundo, que su Arte magna es la genial iniciación de la idea de una Combinatoria y, por tanto, de todo el desarrollo de la Lógica moderna.

RAMÓN "EL DE LA BARBA FLORIDA"

Frenético y arrebatado —"alma de amor y de fuego"— largo tiempo perdido en los limbos de la leyenda, al adquirir cuerpo y figura real y precisarse en los anales de la Historia, gracias a los esfuerzos de los eruditos, lejos de disolverse la leyenda en la realidad, transfigúrase la realidad con la aureola de la leyenda. Su vida es la culminación del milagro. De ordinario, la biografía de un hombre se dibuja sobre la faz del mundo. Aquí, el mundo queda absorbido en la profundidad de un alma, que lo domina y lo trasciende, como un islote perdido en el horizonte infinito del Océano. Alma insular —hondero intrépido— "no tornó su piedra al mundo". Quedó el mundo prendido, por la trayectoria sutil de sus pensamientos, en el centro luminoso de las almas.

Nacido en Mallorca, recién conquistada e incorporada a la universalidad de la conciencia cristiana, gracias a esfuerzos de Jaime I, a cuyo servicio estuvo su padre, sueña, desde muy temprano, para el mundo entero, una suerte análoga. Su vida es la trayectoria de este sueño. Al servicio de esta cruzada de redención universal pone su vida, su cuerpo y su alma, su pensamiento, su esfuerzo, su amor, con arrebató inextinguible, hasta la muerte. Es la preformación encarnada de Don Quijote —¿no diríamos mejor, que Don Quijote es su proyección tardía, desencarnada, espectral?— Quijote de carne y huesos, incondicionalmente consagrado, con ademán caballeresco, al rescate de la Humanidad para la Ciudad de Dios.

La juventud le prodiga todos los deleites, paje del rey de Cataluña, "senescal" del rey de Rosellón y de Mallorca, bello de alma y de cuerpo, vigoroso, extremado, "loco"... el mundo le brinda toda la riqueza de su pompa sensorial. "Loco fui desde el comienzo hasta los treinta años". Ni el matrimonio ni la paternidad fueron bastante para templar su desenfreno ni para "huir de las obras y los hechos en que la lujuria lo han corrompido y ensuciado"... No tarda, empero, en florecer el milagro. Voces del cielo interrumpen la elaboración de sus trovas profanas. Tras desvelos e insomnios, un día, de pronto, se le aparece Cristo clavado en la Cruz. La aparición se repite dos, tres, hasta cinco veces. Desde aquel punto "el

² No interesa a nuestro propósito el tan discutido problema de la autenticidad de aquella condenación.

amigo echó de su cámara todas las cosas a fin de que en ella cupiera el Amado"... "Culpas y entuertos dejó al arrepentimiento y a la penitencias, deleites temporales dejó al menosprecio; a sus ojos lágrimas y a su corazón, suspiros y amores". El senescal del rey —enamorado, caballero y trovador— se convierte en caballero y trovador de Dios. Los amores del mundo se truecan en un único y arrebatado amor.

Una sed insaciable de consagración y de martirio arrastra su vida en un torbellino inextinguible. "El Amigo deseó todos los días vestiduras rojas". Ermitaño, peregrino, maestro, predicador, caballero andante de la fe, recorre todos los caminos, se acerca a todas las potestades, hace sentir su voz por todos los ámbitos de la tierra. Santiago, Montserrat, Roma, Andalucía, Francia, Inglaterra, Alemania, Argelia, Túnez, Chipre, Malta, Abisinia, Tartaria, se hacen familiares a su paso. En los senderos y en los bosques, en los mercados y en las plazas, entra en contacto con todos los estamentos y estados —pastores y cortesanos, frailes y mercaderes, prostitutas, juglares, señores y peregrinos, judíos, moros, gentiles, cristianos... Huésped de reyes y emperadores, se dirige a los más altos jerarcas de la tierra, increpa con enérgica reconvencción a los papas; enseña en las Universidades de más prestigio —París, Montpellier, Nápoles...—, hace sentir su voz en capítulos y concilios; discute con los más famosos filósofos, árabes y cristianos —con Homar en Túnez, con Ramón de Penyafort en Barcelona, con Duns Scott, los averroistas latinos y Guillermo de Occam en París... En la montaña de Santa Genoveva la juventud estudiantil sigue apasionadamente las enseñanzas de Ramón, "el de la barba florida".

Una idea le guía en todas sus andanzas: la salvación ecuménica mediante la depuración de la conciencia cristiana y la conversión de "todos" los infieles. Para lo primero, formula una Utopía; la primera de las grandes Utopías que florecieron a partir del Renacimiento; para lo segundo, proyecta la organización de una inmensa Cruzada. Es la clara preformación de la aspiración de los mejores en la España de los siglos xv y xvi —Luis Vives, los Valdés, Vitoria...

La idea de la Cruzada desfallecía en Europa tras una serie de desalentadores fracasos, el más reciente e impresionante fue para Lull el de su rey y protector Jaime I. La voz de Ramón se une al coro de todos los que aspiran a la renovación de la heroica epopeya. Traza incluso un plan de campaña tras un estudio minucioso de todas las posibilidades políticas y estratégicas. No fue, sin embargo, ésta su originalidad. Lo peculiar y único, lo que le convierte —con San Francisco— en claro precursor de la empresa misionera de España en el mundo —Motolinía, Vasco de Quiroga, Sahagún, las Casas... —y más tarde, de la vocación de la ciencia misionera universal es la rápida maduración de una iluminación germinal ocurrida en el monte de Randa a raíz de su conversión. Merced a ella, la cruzada guerrera pasa a un lugar secundario y llega incluso a serle indiferente y aun, en ocasiones, hostil. La idea lulliana —su única Idea— es la de convertir la Iglesia cristiana —previamente depurada— a una alta empresa misionera conducida y únicamente orientada por el intelecto y el amor.

De ahí que el término de todas sus correrías fuera siempre y con re-

novada insistencia la tierra de los infieles y principalmente los reinos musulmanes del Norte de África; su punto de partida, y base de refacción espiritual Cataluña y especialmente la Corte de Montpellier —donde reinaba a la sazón el rey Jaime II su protector— y el solar de Mallorca —Randa, Miramar...— Todo lo demás era auxiliar e instrumental. Era preciso templar el propio espíritu —de ahí los ermitajes y las peregrinaciones— buscar, convencer y hallar el apoyo de los grandes de la tierra —de ahí sus insistentes visitas a príncipes y prelados, a reyes y papas— y reafirmar sus ideales y la seguridad de sus métodos mediante el contacto con los grandes centros de cultura universitaria y las personalidades más eminentes de la ciencia universal.

EL CRISOL HISPANO

Sólo en España podía germinar semejante idea. El resto de Europa, acosada durante largo tiempo por las incursiones de los bárbaros y apenas segura de haber levantado el sitio secular, vivía encerrada dentro de los muros de su castillo roquero, desconfiada y arisca. Fuera de su cerca era la Gentilidad, algo vago, exterior, remoto, desconocido, extravagante, hostil. En estas condiciones, una vez en posesión de sí misma y al germinar la idea de una posible unidad cristiana, no era posible pensar en otra cosa que en la guerra. Era preciso levantar el sitio, organizar una milicia sagrada —las órdenes caballerescas— conquistar por las armas el Santo Sepulcro, reducir los gentiles a la fuerza de la propia ley. Es el aspecto ideal de las Cruzadas; la más alta empresa de la Europa feudal.

Sin embargo, en el mundo gentil no era todo barbarie. La barbarie irrumpía en incesantes olas del Norte. En el Oriente y el Mediodía, remotas e ignoradas, dos grandes culturas florecían en el apogeo de su gloria. Mientras el Occidente se debatía en una lucha de vida o muerte, la esencia más pura de su tradición —la civilización greco-romana— era incorporada, asimilada y reelaborada por dos pueblos de la más delicada estirpe: los judíos y los árabes. Merced a ellos, las ideas y las creencias del viejo Imperio —de Constantinopla a Siria, de Damasco a Alejandría— a través del Norte de África, alcanza su más alto florecimiento en el Califato de Córdoba. La cultura clásica da la vuelta al Mediterráneo. Por largo tiempo lo mejor de la cultura antigua se halla fuera del corazón de Europa.

España se convierte en el centro del gran crisol que arde en las cuencas del mar latino. Abierta a los cuatro vientos del espíritu, en sus reinos se cruzan las tres grandes constelaciones de la cultura universal a la sazón en auge. Cristianos, árabes y judíos adquieren clara conciencia de su común ascendencia greco-romana y judaico-cristiana. Córdoba hace sentir todo el poder de su irradiación ecuménica. Averroes, Maimónides... afirman su personalidad henchida de presagios.

Las necesidades de una larga convivencia aciertan a crear hábitos de liberalidad y de democracia. En determinados momentos, en todos los reinos —cristianos y mahometanos— se reconoce la más amplia libertad es-

piritual y religiosa y la igualdad jurídica y social entre los miembros de las diversas creencias. Las circunstancias de la vida fronteriza atenúan las condiciones de la organización feudal o aún borran lo más esencial de su fisionomía. No es extraño que en las plazas públicas se levanten púlpitos para elevar a estilo las polémicas de la vida cotidiana. El contacto personal, la conversación y la discusión acercan los hombres a los hombres y tienden a borrar el abismo entre las religiones y los pueblos. Así, en Barcelona y en plena Cristiandad, pudo florecer libremente el espíritu judío en la personalidad del filósofo Gresques. No era raro ni inaudito que de la discusión surgiera la luz y que, por vía pacífica, se realizaran a diario conversiones. Recuérdese el caso peregrino de Anselmo de Turmeda. Mahomet de Ricoti obtiene del príncipe Alfonso la autorización para fundar en Murcia una escuela donde colaboran en libre convivencia castellanos, judíos y moros y donde se emplean de consuno los idiomas árabe, hebreo, latín y castellano. En posesión de la realeza, Alfonso el Sabio funda más tarde en Toledo la denominada "escuela alfonsina" donde se renuevan las glorias que un siglo antes alcanzara la escuela de traductores de Don Raimundo. En el palacio real de la ciudad de Toledo colaboran en íntima amistad los sabios más destacados de todos los reinos. En la corte barcelonesa el rey Jaime I tiene como secretario privado al destacado judío Jahuda Bonsenyor.

En España y gracias a la labor de las escuelas de traductores de Cataluña y de Toledo se abren las puertas de Europa y se inicia la evolución espiritual que, pasando por París y Oxford —Santo Tomás, Duns Scott— a través de dos siglos, conduce finalmente al Renacimiento.

La experiencia de aquel trato, generoso y abierto, desprendido y liberal, alcanzó su punto culminante en la isla de Mallorca, recién incorporada a la comunidad cristiana. La convivencia entre árabes, judíos y cristianos se hace allí más estrecha y más indispensable que en parte alguna. La inminencia de las costas andaluces y africanas proyecta sobre ella el resplandor del Islam. Situada en el centro del crisol mediterráneo, la posibilidad de una cruzada espiritual que, elevando a empresa universal, las discusiones que a diario se sostenían en todas las ciudades de España, incluyera en la conciencia cristiana, mediante el convencimiento y el amor, a todos los reinos excluidos de la gracia, se hallaba en ella preformada.

Abrirse, sin reserva al mundo e impregnar el mundo, mediante la propia entrega, de las más puras esencias del espíritu cristiano. He ahí la idea de Ramón Lull. No otra será la aspiración suprema de los pensadores adscritos a la *Philosophia Christi* que informaron la más íntima inspiración de la expansión española de los siglos xv y xvi y la de los más destacados misioneros de América.

En Mallorca, ermitaño en el monte de Randa, germina la idea en el alma de Ramón "lo foll". No basta el afán. Es preciso un instrumento seguro. Dios es amor. Por amor crea el mundo mediante el Verbo. Y el Verbo es el Logos, la Razón. Toda la Filosofía de Ramón Lull nace de aquel afán, obedece a aquella necesidad y descansa en esta convicción. De ahí la idea de los dos grandes árboles —el Árbol de conocimiento y el Árbol de amor—, de las dos grandes disciplinas —Ciencia y Amancia—

y de la urgencia de crear un instrumento para dominar “con arte” todas sus articulaciones desde la raíz hasta las flores y frutos. En posesión de un alma ardiente, sembrada con las simientes de la luz divina, es preciso, afinar el instrumento, articular con precisión minuciosa una lógica del amor y una lógica del intelecto. Si lo logramos, se iluminarán ante nosotros todas las escalas que conducen a Dios y tendremos a mano el método indispensable para demostrar las articulaciones esenciales del mundo y las relaciones del mundo con Dios y de Dios con el mundo. Sólo faltará manejarlo con fervor y “coraje”, para levantar el mundo en vilo a la comunión de la gracia. De ahí el afán jamás abandonado de escribir “el mejor libro del mundo”, la idea obsesionada del Arte magna y de todas las innumerables “artes” mayores y menores que la preparan o le sirven de complemento.

LA FILOSOFÍA CRISTIANA

Sería una insensatez afirmar que la Edad media no es cristiana. El espíritu medieval es, acaso, la más perfecta encarnación del cristianismo militante. No lo es tanto pensar que la Filosofía medieval no es “todavía” una filosofía enteramente cristiana. Desde hace algún tiempo se tiene por averiguado —gracias sobre todo a las investigaciones de la escuela de medievalistas de París— que el pensamiento moderno empieza mucho antes de lo que generalmente se había imaginado. Ya desde el siglo XIII —Santo Tomás, Duns Scoto, el Dante...— aparecen los gérmenes y las ideas que conducen a él. Pero, a nuestro entender, el problema es mucho más grave. Hasta aquel momento la Filosofía cristiana había vivido pacientemente envuelta en los restos de la ideología pagana. Entre el espíritu cristiano y el manto que la abrigaba hay un conflicto acaso irreductible no percibido en toda su gravedad. Lo sintió en lo más íntimo San Agustín, y con él, los mejores entre los Padres de la Iglesia. De ahí la lucha entre los clasistas platónicos y los místicos irracionalistas —San Clemente, Tertuliano...— Poco a poco, gracias a ciertos aspectos del pensamiento agustiniano, se llega a un acoplamiento confortable. El espíritu cristiano hace las paces con la Razón helénica.

En el siglo XIII, al entrar en contacto directo con el pensamiento antiguo, por la presencia de los grandes pensadores cordobeses, se percibe de nuevo en toda su magnitud la raíz del grave escándalo. Es el choque de la mentalidad griega —lógica y geométrica— con el espíritu amoroso del alma evangélica. Santo Tomás —lleno de moderación, de ecuanimidad, de parsinomía— es el supremo intento de reconciliación.

El conflicto es, sin embargo, grave. El Logos griego es intemporal, eterno. El tiempo se reabsorbe en la eterna presencia. La estructura de las ideas o de las formas es perennemente idéntica a sí misma. Y es, en su presencia eterna, claridad, separación, exterioridad. Es un mundo natural, exterior, escultural o arquitectónico.

El mundo cristiano es interioridad y amor, actividad, movimiento, fervor, afán... En su centro se halla la temporalidad y la historia. Lo fundamental —la verdadera realidad— se revela en la Historia sagrada que se

desarrolla en un proceso que va de Dios al hombre para ascender de nuevo desde el hombre a Dios. La historia intemporal de Dios se refleja en la historia dramática del hombre. Dios crea el mundo por amor. La caída del hombre escinde el mundo y abre ante sus ojos el abismo del bien y del mal. Para redimir al hombre y al mundo baja Dios al mundo en la figura de su Hijo encarnado. Con ello recobra el mundo la posibilidad de la gracia y se organiza en el cuerpo ingente de la Ciudad militante que aspira y es capaz de conseguir el triunfo final. Es la Ciudad de Dios.

En esta historia sacra que va de Dios al hombre y retorna del hombre a Dios, la naturaleza pierde su autonomía y la perennidad de sus leyes necesarias. El mundo griego era un mundo natural. La Naturaleza era su modelo ingente; la naturaleza y el hombre en su realidad natural y racional. En el mundo cristiano desaparece la Naturaleza y el hombre natural. La naturaleza pasa a ser un momento transitorio, un islote perdido en el Océano de lo sobrenatural. La realidad es espiritual, Dios es espíritu y, en tanto que espíritu, amor. El mundo, escenario de la tragedia humana y divina, es, al propio tiempo, revelación y presencia de Dios.

Nada más alejado del racionalismo helénico. A la claridad de las ideas se opone la reverberación del misterio, al cálculo matemático la inspiración profética, a las articulaciones necesarias de la razón la certidumbre inmovible de la fe.

En la raíz originaria del tronco cristiano se halla, sin embargo, ya inscrita la primera palabra conciliadora. Conciliación y paradoja. Dios es amor. Pero en lo más íntimo de su naturaleza personal alienta el Verbo. Por la abundancia rebosante de su amor crea Dios el mundo. Pero el instrumento de su obra es el espíritu racional. Las ideas platónicas se convierten en el instrumento de la creación por amor. Su estructura luminosa queda impresa en la faz del mundo. Y en el interior del hombre habita la verdad. De ahí la interpretación franciscana. El mundo no tiene sentido por sí mismo. Pero lo adquiere en tanto que en él se nos revela la faz de Dios. En dos formas se revela Dios al hombre: mediante el Libro —la Biblia— que es un mundo y mediante el mundo que es un Libro. No hay más que aprestarse a interpretar su lenguaje enigmático para hallar en uno y otro las huellas indelebles del espíritu de Dios. Mediante el amor y el logos, impreso en la fábrica del mundo y en el espíritu del hombre, el hombre absorbe en su alma el mundo, lo ilumina, perfora su masa opaca, lo trasciende y a través del mundo, tendido a sus pies, halla en la cumbre de todas las “escalas” la presencia luminosa de Dios. Florece el Árbol de Porfirio. De ahí la tarea coadyuvante de la Filosofía y de la Mística. Géneros y especies, categorías y símbolos, llevan por caminos distintos, pero convergentes, a la corona suprema de la sabiduría teológica.

La empresa luliana aparece, a esta luz, clara. Es a primera vista desconcertante que en la misma persona y en la unidad de una misma evolución personal, hallemos al místico y al racionalista. Dentro de los límites de la moderación habitual no es ello precisamente insólito. No hay más que re-

cordar a algunos de los más conspicuos entre la falange franciscana. Lo extraordinario en Ramón Lull es el radicalismo, la exasperación, con que intenta proceder en una y otra dirección. Es sorprendente en un espíritu de afán tan coherente y tan unitariamente polarizado. La explicación aparece, sin embargo, transparente, si no se pierde de vista su afán obsesionado y la incondicional entrega con que se consagra a él. Es la idea misionera de salvación universal. La dualidad de vías adquiere organización y sentido en la raíz vital que le presta aliento y forma. Para convertir a los infieles es preciso llegar a Dios y llevar la presencia divina a todos los jirones desgarrados de la Humanidad ecuménica. Para los que se encuentran en el “huerto sagrado de la gracia”, basta el camino del amor. El intelecto puede a lo sumo esclarecerlo. Para los que permanecen fuera de él, sin prescindir del amor, antes llevándolo a su más fervorosa expresión, es preciso acudir al rigor de la demostración lógica. Sólo las “razones necesarias” pueden conducirlo, sin vacilación, a la verdad y a la fe. No se olvide que Dios es también Logos —Verbo y luz— y que el Logos tiene fuerza constrictiva. Nada puede oponerse a la fuerza de sus razones. Para el cristiano bastan el Arte y los Árboles de amor. Para los infieles, sin dejar de acudir a ellos, es preciso descubrir un Arte de invención y de demostración lógica y organizar el gran Árbol de la ciencia en todas las ramificaciones de su sólido tronco. En el primer caso, es el Logos instrumento del amor. En el segundo, su motor y su lumbre ardiente. Es preciso acercarse a los gentiles con amor tal que no vacile ante el martirio. Traídos a la comunidad del diálogo, es necesario inventar un instrumento —un Arte— que haga del Cristianismo una fuerza irresistible de contricción racional. Es preciso demostrar todos los dogmas por “razones necesarias”, incluso los que a primera vista más alejados parecen de la luz de la razón —la Trinidad, la Encarnación del Verbo, la Inmaculada Concepción de la Virgen.

¿Cómo racionalizar en tal forma el contenido de la fe que resulte irresistible aun para aquellos que no la poseen?

Tal es el principio rector de todas las Artes e instrumentos y el del Arte magna que los resume y los corona. Dios es Razón. El hombre lleva en la mente impresa la razón divina. El mundo —creación de Dios— tiene en su raíz las articulaciones necesarias de la razón. Dadas estas premisas, la solución del magno problema resulta sin más de la naturaleza de las cosas. Para llevar al hombre a Dios no habrá más que buscar y precisar las simientes de verdad que se hallan en la mente de Dios, en el espíritu del hombre y en las raíces del árbol cósmico. Estas simientes son esencias, ideas o formas, en el sentido platónico. En esto Ramón Lull es de un realismo radical. Es preciso destacar las ideas primitivas —las “dignidades”— principio de toda posible combinación y descubrir las leyes de sus combinaciones posibles y necesarias. En posesión de ambas cosas —las ideas y las leyes de su posible combinación— tendremos, en principio, la clave del mundo y de las relaciones necesarias del mundo con Dios. Mediante una técnica adecuada, nos hallaremos en condiciones de realizar todas las combinaciones posibles y de deducir, en el entrecruce de ellas, todos los mundos posibles y, entre ellos, el real, pues el mundo real es

evidentemente uno de los mundos posibles. Es la idea de la Combinatoria. En su arquitectura íntima encontraremos la anhelada “escala” que nos permita ascender, por razón necesaria, a la fuente de toda Razón y descender desde ella a sus infinitas ramificaciones. Y esta lógica no será sólo demostrativa —como la de las *Summulas* de Pedro Hispano— sino también inventiva, que no nos permitirá sólo declarar y esclarecer el contenido de la fe, sino también descubrir lo ignorado e incógnito.

No otra será en pleno siglo XVII la idea leibniziana de la *Machina combinatoria sive analítica* y de la *Característica universal* que debían servir, según Leibniz, de *Instrumentum algebraicum* para la reducción de todas las ecuaciones. Leibniz declara de modo explícito y repetido su fuente luliana. Tal es el origen de la lógica algorítmica contemporánea. Una y otras se inspiran en un principio de universal racionalización. La única diferencia entre ellos es que en Ramón Lull y aun en Leibniz, la arquitectura lógica descansa en una estructura metafísica, en nuestro caso la ontología platónico —agustiniana de la tradición franciscana— y es un Lulio instrumento de conversión y de salvación, mientras que entre la mayoría de los modernos, decapitado el mundo de su corona divina, el instrumento lógico queda flotando en el aire a riesgo de disolver la razón en la sinrazón, y es instrumento de dominio del mundo mediante la física y la mecánica. Al servicio de Dios o al servicio del mundo, el pensamiento es en lo substancial el mismo: una lógica universal e inventiva capaz de reducir todas las cosas a los cánones de la razón.

El gran problema de la Filosofía cristiana —el problema de nuestros días— fue y sigue siendo la conciliación de sus dos grandes principios fundamentales, el Verbo y el Amor, el Hijo y el Espíritu. No importa que demos a estos principios un sentido literal, acorde con la dogmática, o un sentido simbólico y meramente metafísico. Es la oposición entre la luz que ilumina las tinieblas y la fuerza creadora o destructora —fáustica o mefitofélica— amorosa o demoníaca. En un principio era el Verbo. Pero Dios es Amor. Y es Poder. Leibniz nos hablará de una Razón creadora; el mundo es el cálculo de Dios. De ahí el racionalismo y la fe ilusionada en el progreso racional. Pascal —entre el abismo de los dos infinitos que dan al hombre la medida de su grandeza y de su miseria—, busca en lo más profundo del alma humana razones del corazón que la razón no puede comprender. No se olvide la decisiva influencia de Ramón Martí, otro catalán, contemporáneo de Ramón Lull, en la apologética pascaliana. La razón busca a Dios. El espíritu místico trata de proveerse de “razones” —es la idea de la Amancia—. Tal es, a la par —a través de Rousseau— el origen de la dialéctica romántica fundada en una lógica de las contradicciones y el de la Filosofía existencial de Kierkegaard y de Unamuno, de tan amplias repercusiones en la conciencia contemporánea. El problema del destino del hombre, del sentido de la historia y la cultura humana, que se halla en el centro de las preocupaciones actuales, no es sino la última y más radical manifestación de la oposición originaria entre la fuerza propulsiva —divina o diabólica— y la validez de las normas luminosas del Verbo, que con tan extremada intensidad gobernaron la vida y la obra

de Ramón Lull. De ahí el carácter ardiente, exasperado, extremado, de una y otra.

No hay que insistir en el carácter ingenuo y aun pueril de muchos aspectos del Arte luliano. En su conformación intervienen todos los artificios del Arte adivinatorio más otros muchos que le prestan la fogosidad de su imaginación primaveral —formas geométricas, cuadrados, círculos, triángulos, artificios simbólicos, colores...— En el centro de su encanto germinal arde la chispa del genio.

“PROCURADOR DE INFIELES”

En posesión del instrumento, no tendremos más que poner a su servicio, los poderes de consagración derivados del árbol simbólico de amor y de su estilización artística. Los infieles podrán ser traídos, mediante razones necesarias, a la verdad de los mismos cristianos. Es la obsesión de Ramón “lo foll”. Toda su vida y toda su obra arden en su llama.

El *Árbol de Filosofía de amor, el Libro de contemplación, Los cien nombres de Dios, el Arte amativo, el Libro del Amigo y del Amado*, los poemas místicos... su apostolado y su martirio, tienen su raíz en la convicción franciscana de la potencia creadora suprema del amor. El Arte inventiva, la Lógica nova, el Árbol de Ciencia, el Arte demostrativa, El Libro del ascenso y del descenso del entendimiento... las continuas disquisiciones dialécticas, diseminadas en todas sus obras, descansan en la convicción de que al servicio del amor o impulsado por su fuerza, la potencia de la razón no tiene límites.

En su mística y en su lógica es evidente la influencia arábica. En ella se baña en virtud de su actividad fronteriza y polémica. Su última inspiración es, sin embargo, cristiana y franciscana. En su racionalismo influye poderosamente la situación del mundo musulmán y muy especialmente la convicción —fundada en una experiencia cierta— de que el Islam ha perdido la confianza en su fe y necesita hacerla descansar en razones necesarias. En aquella crisis del Islam —certeramente vista por Ramón Lull— tiene su último fundamento la ulterior expansión del racionalismo a partir de las discusiones con los averroistas latinos de París, en la cual fue Ramón uno de los héroes singulares. Esta convicción, sentida con vivacidad merced a las discusiones personales con los filósofos musulmanes contemporáneos, es para él aliciente y acicate. Sin embargo, la raíz y la fuente de su racionalismo se encuentra en la tradición platónica cristiana que remonta a San Agustín.

El carácter instrumental, al servicio de la vida y de la salvación personal y ecuménica, que atribuyó siempre a sus libros —y en particular a las grandes Artes y Árboles— explica el amor fervoroso que les profesaba. Consigo los llevó siempre. Con él viajaron y naufragaron. Con exquisita predilección los cita y les atribuye un destino al formular su testamento. En una crisis suprema de su vida, puesto a elegir entre la salvación de los libros y su propia condenación eterna o el sacrificio de aquellos y la posibilidad de su propia salvación, opta sin vacilar, por la primera alterna-

tiva. No son la obra erudita de un sabio, son el instrumento indispensable y único para salvación del hombre.

No basta, empero, la posesión del instrumento. Para dotarlo de eficacia es preciso galvanizar una falange apostólica que lo ponga a su servicio bajo la dirección de la más alta autoridad terrestre. Y ello supone la organización de centros de formación intelectual y apostólica. Colegios de misioneros orientados en las altas disciplinas del intelecto y del amor. La fundación de Miramar —en uno de los lugares más bellos de la tierra— es el primer fruto de su vocación. Bajo la alta protección de Jaime II de Mallorca y de Rodolfo de Habsburgo —el Emperador del Blanquerna— allí se retira con doce compañeros, a ejemplo de los doce apóstoles de Jesús.³ Cabe una fuente —la fuente eterna de los apólogos lulianos —“entre la vinya i el fenollar”— se inicia la severa disciplina. Bajo los pies el abismo. Ante los ojos la inmensidad azul en que se funden el cielo y el mar. En el límite inmediato, los pinos —“los pinos hermanos en tierra y ambiente”— y la silueta, grávida de pensamientos y de esfuerzos, de los olivos centenarios. En todos los libros de Lull murmuran frondas. Símbolo de su pensamiento es el Árbol.

Por motivos que se ignoran, el Colegio de Miramar desaparece, tras breve existencia, no sin que de él hubiera salido una generación de misioneros. Con el regido en Barcelona por Ramón Martí, fue la primera escuela de lenguas orientales de Europa.

Ramón Lull carecía de armas eficaces para la propagación de la fe. Ya en su juventud, esta preocupación le llevó a asociarse a un muchacho moro que le enseñara la lengua árabe. La idea cunde en la fundación de Miramar. Fracasada ésta, con enconada persistencia, logra más tarde del papa que se instituyan cátedras de lenguas orientales en las universidades de Salamanca, Oxford, París y Bolonia y consigue que el concilio de Vienne —al cual acude personalmente a pié— acceda a la de múltiples centros de índole análoga en los diversos países cristianos. La Universidad de Alcalá, fundada por el cardenal Cisneros, será la consagración definitiva de aquel designio germinal. También en ella el estudio de las lenguas orientales y clásicas estará al servicio de la formación de una selección sacerdotal y misionera. En Miramar se encuentra el germen del *Instituto de Propaganda fide*, de la ciencia de las misiones y de la organización universal de la acción misionera.

“Muchas veces, durante mi estancia en Roma, estuve delante del altar del bienaventurado San Pedro; lo vi muy adornado y tachonado con gran profusión de luces y vi al Señor papa, asistido de muchos cardenales,

³ También los compañeros de Motolinía —la primera misión americana— fueron doce, bajo el mismo símbolo. Todo ello según el uso franciscano.

celebrar misa de pontifical y vi un coro sonoro celebrando en alta voz las glorias de Nuestro Señor Jesucristo. Pero hay otro altar, que es el ejemplar prototípico de todos los altares y cuando lo ví, delante de él ardían sólo dos lámparas y una de ellas estaba rota”.

Al contarse entre la magnificencia de la Corte pontifical, símbolo de la Iglesia terrena y la extraordinaria pobreza del Sepulcro de Cristo, símbolo del Cristianismo eterno, enciende la más ardiente indignación en el alma de Ramón “el mentecato”. Insinúa, ruega, demanda, increpa... Con exasperada voz exige una reforma que salve de la degradación a la Iglesia militante y le otorgue la dignidad moral que es, ya de por sí, persuasión y ejemplo. Es necesaria y urgente una reforma interior de la Iglesia en todas sus jerarquías y grados. Sólo mediante ella será posible proyectar el resplandor de su cuerpo sacro sobre la inmensidad del mundo y construir sobre la tierra una verdadera y única Cristiandad. De ahí la gran Utopía. La organización impuesta por Blanquerna —elegido papa— da una idea precisa de los ideales que la animaban. No se hallan muy alejados de los programas propuestos al Emperador Carlos V por Luis Vives, Alfonso de Valdés o Francisco de Vitoria. Es el anuncio de todas las Utopías del Renacimiento. En ella es Ramón Lull el primer navegante de altura. En la organización de la Humanidad futura se halla claramente formulada la idea de un organismo universal de naciones libres y la del arbitraje internacional obligatorio.

Maravilla la impetuosa resolución, ingenua y heroica, con que lanza su cuerpo y su alma a la consecución de sus grandes propósitos: la reforma interior de la Iglesia y la conquista de los infieles por el intelecto y el amor. En nombre de los infieles —sarracenos, judíos, griegos, mongoles, tártaros, búlgaros, húngaros, heterodoxos rusos, girovinos, armenios y georgianos— saluda a la Virgen. “Todos ellos y muchos más infieles te saludan por ministerio mío, cuyo procurador soy”. “Estos infieles, por quienes yo te saludo, tienen ignorancia de la salvación y del honor que Dios te ha dado. Hombres son. Semejante naturaleza y figura tienen que tu hijo a quien tanto amas y por quien tanto eres amada y honrada. Boca tienen con que te sabrían loar si te conociesen, corazón tienen con que te podrían servir, pies tienen con los cuales podrían caminar por tus caminos Digna eres de que por todas las gentes y en todas las tierras seas conocida, servida, amada, loada. Salúdante. Ayuda y gracia y bendición pídente por mí”.

Tras una lucha incansable para conseguir la incorporación de una Cristiandad depurada y segura de sí misma, a los designios de la nueva Cruzada, con fe incommovible, troquelada en la dureza de las pruebas adversas, desoído por los grandes de la tierra, más atentos a la gloria temporal que a la insistente llamada de los destinos eternos, exasperado al fin, se decide a emprender por sí mismo, firme y solitario, la empresa suprema de sus sueños. Los desprecios y las burlas, lejos de desalentarle son acicate para una más enérgica resolución. A ellos responde siempre con

renovados viajes a las tierras de los infieles. Cada viaje es un fracaso. En cada fracaso halla el aliento para una nueva esperanza. Acompañado de sus amados libros, animado por la certeza de su doctrina, discute con reyes, filósofos y sabios, se interna en los desiertos, se pierde en la multitud abigarrada de las plazas y los mercados. A altos y bajos hace oír su voz persuasiva y penetrante. Sufre persecuciones. Es expulsado, escarnecido, azotado y encarcelado.

Acude al peligro con atracción irresistible. Al aliciente de la conversión se une el incitante del martirio. "Rojas vestiduras" aspira a vestir. Viejo y "desconsolado", ante la sordidez de los más altos jerarcas, a los ochenta y dos años de edad, tras una visita de ternura a su mujer y sus hijos y una corta residencia en Mallorca, emprende su último viaje a tierras de África. El pueblo de Mallorca le otorga una despedida apoteósica. En la ciudad de Bujia, la leyenda y la historia le aureolan con la corona del martirio. El éxito de su palabra convincente promueve la ira popular. Es perseguido, acorralado y lapidado. Unos marinos genoveses recogen su cuerpo moribundo y píamente depositan sus restos en la tierra que lo vio nacer.

ITINERARIO

He ahí el itinerario de su vida.

Ramón Lull nació en la ciudad de Mallorca probablemente en el año de 1233. Su padre Ramón y su madre Isabel de Erill eran ambos de noble estirpe catalana. Perteneció aquél a las huestes que realizaron la conquista de Mallorca a las órdenes del rey Jaime I y recibió, en premio a los servicios prestados, importantes honores y posiciones territoriales en la isla. A ellas se trasladó con su esposa dos años antes del nacimiento de su hijo.

Muy joven —a los catorce años de edad— entró éste como paje al servicio del rey y le acompañó en todas sus empresas y correrías. Proclamado el infante Don Jaime heredero de la isla —con todas las Baleares, Rosellón, Cerdeña y Montpellier— que gobernó en vida de su padre por delegación real, es nombrado primero preceptor y más tarde, cuando apenas contaba 25 años, senescal y mayordomo del reino.

Mimado de la fortuna lleva una vida de ostentación y lujo, aventura y disipada. Casado en 1257 con Blanca Picany, de noble estirpe también, tiene dos hijos —Domingo y Magdalena—. Ni el matrimonio ni la paternidad son parte a refrenar los excesos de su vida. A causa de ello se ve constantemente perturbada la paz de su hogar.

En esta época escribió, al parecer, numerosas trovas profanas de asunto amoroso, a la manera de los juglares, de los cuales no se conserva el menor resto.

Hacia 1263 —cumplidos los 30 años— su brío juvenil incontenible se ve gravemente perturbado. Una honda crisis espiritual interrumpe su carrera cortesana. Es el momento en que se le aparece Jesús y en que "con gran dolor y contrición", concibe los tres grandes designios de su vida. El día de San Francisco, tras el sermón que consagra a la vida del Santo

el Obispo mayor de la ciudad, decide abandonar todas las cosas mundanas y consagrarse “totalmente al servicio de la cruz”. Tocado en lo más hondo de su corazón acuerda vender los bienes que poseía —reservando sólo lo necesario para el sustento de su esposa e hijos— y “seguir el ejemplo de Jesús”:

Para confirmarse en su vocación, vestido de sayal, en romería, a pie y mendigando, emprende una larga peregrinación a Santiago de Galicia, a Montserrat, a Nuestra Señora de Rocamador, a los Sepulcros de San Pedro y San Pablo en Roma y a la Tierra Santa de Ultramar.

Vuelve a Barcelona con el propósito de ir al Gran Estudio de París. Ramón de Penyafort le disuade de su intento y le aconseja volver a Mallorca en hábito de penitencia. “Befado y escarnecido de las gentes”, consagra nueve años —desde 1265 a 1274— al estudio. Aprende a hablar y escribir el árabe y el latín, se ejercita en la disciplina y los métodos de la filosofía vigente en las Universidades cristianas y estudia la Biblia, el Corán y el Talmud. Entre sus fuentes teológicas y filosóficas es probable que figuraran, entre los antiguos, la parte entonces conocida de Platón y Aristóteles, entre los cristianos, Dionisio Areopagita, Egidio Romano, Ricardo de San Víctor, San Anselmo, San Buenaventura, Pedro Lombardo, Pedro Hispano, Santo Tomás... y entre los árabes, Algazel, cuya lógica compendia Avicena, Averroes, Ibn Tofail, al Kindi...

A los diez años de meditación y a los cuarenta de edad, se retira al monte de Randa para hacer vida ermitaña y al octavo día de retiro, “en un instante le sobrevino cierta ilustración divina que le dio el orden y la forma de hacer los libros contra los errores de los infieles”. Bajo esta “iluminación”, vuelve a la ciudad, se recluye en el monasterio de la Real y escribe “un hermoso libro que intituló *Arte Magna* contra los infieles y denominó más tarde *Arte general*. A la misma época pertenece el gran *Llibre de conten.plació en Deu*. En ellos se halla el germen de toda su doctrina.

En 1724 es llamado a Montpellier por el Infante don Jaime que, sabida su fama, hace examinar sus libros por un maestro en Teología de la orden franciscana el cual emite informe favorable y devoto. Escribe y lee públicamente el *Art demostrativa* y obtiene del Infante permiso y apoyo para fundar un Monasterio en Miramar, donde trece frailes menores aprendan la lengua árabe. La fundación es aprobada por el papa Juan XXI. Vuelto a Mallorca funda el monasterio y lo dirige y orienta personalmente.

En 1277 se dirige a Roma para gestionar del Papa la fundación de Colegios análogos al de Miramar en diversos lugares de la tierra. Fracassado el intento por hallarse vacante la sede pontificia, emprende una larga serie de viajes orientados a su fundamental designio de conversión y paz cristiana. Va a Alemania donde traba amistad con el príncipe Rodolfo de Habsburgo —uno de sus más devotos protectores— entra por “tierras de Guirlanda y Bocinia”, penetra en Berberia, Egipto, Marruecos, Etiopía, Tartaria, Sudán...; desde Inglaterra pasa a Andalucía —Almería, Málaga, Granada— sin que sea posible determinar con precisión el itinerario ni la cronología de estas correrías.

Hacia 1282 vuelve a Perpiñan para visitar a Jaime II de Mallorca, su mentor, pasa a Montpellier y desde allí, vuelve a Roma para gestionar la

fundación de Colegios de lenguas orientales para la formación de misioneros; asiste, en Bolonia, a un Capítulo general de la orden dominica, vuelve a Roma donde logra interesar en sus proyectos al papa Honorio IV.

Muerto éste, emprende su primer viaje a París (1286) donde permanece dos años, lee públicamente su Arte y obtiene el título de Maestro. Con referencia a este viaje dice en el *Felix o Llibre de les Meravelles*: "Un hombre que con prolijo afán había trabajado para la utilidad de la Iglesia romana, vino a París y dijo al rey de Francia y a la Universidad que en París se construyeran monasterio, donde se aprendiesen los idiomas de los infieles y que fuese vertida a aquellos idiomas el *Arte demostrativa* y que con esta Arte se enviase misión a los tártaros y que se les predicara y en la sobredicha Arte se los instruyese y que se trajesen tártaros a París y se les enseñase nuestra lengua y nuestra fe y luego se los remitiese a su tierra".

Desalentado por el escaso éxito allí obtenido, vuelve a Montpellier y asiste a un capítulo general de franciscanos. Lee su Arte en la Universidad y escribe el *Art inventiva de veritat*. Se traslada a Génova y a Roma para insistir cerca del papa Nicolás IV en la conveniencia de establecer Colegios de lenguas y de unificar las órdenes militares para preparar la *última cruzada*.

En 1289 vuelve a Montpellier, asiste a Rieti a otro capítulo general de frailes menores y vuelve a Roma donde presenta al papa un proyecto de conquista de la Tierra santa de Ultramar.

Fracasado su intento, resuelve embarcar en Génova para salir, rumbo a Berberia, en acción misionera personal. Su llegada a la ciudad de Génova es un acontecimiento popular. A los pocos días de su llegada cae gravemente enfermo y sufre una honda crisis espiritual, de desaliento y desesperación.

En plena convalecencia, embarca para Túnez (1292), con el propósito de convertir a los infieles. Entra en relación con los doctores de la ley mahometana y emprende largas discusiones con ellos. Perseguido y acosado por el pueblo, a punto de ser condenado a muerte por el Consejo, decreta éste su expulsión y le obliga a embarcarse en una nave genovesa. Huye de la nave para esconderse en la ciudad, pero en vista de la ira del pueblo —que apedrea a otro cristiano al confundirlo con él— decide embarcarse y emprende el viaje a Nápoles.

Lee públicamente el Arte en la Universidad de Nápoles y ante los sarracenos que habitan en la ciudad; insiste ante Celestino V, recientemente elegido papa, con una petición en que impetra la fundación de Colegios de lenguas orientales, la unificación de las órdenes religiosas y la conquista de Jerusalem. Muerto el papa, renueva sus esfuerzos ante Bonifacio VIII. Ante el reiterado fracaso de sus afanes entra en un período de honda postración que culmina en los lamentos del *Desconhort*.

En 1295 asiste en Asís a un capítulo de frailes menores y toma en él el hábito de la Tercera orden franciscana.

Vuelto a Génova, con ánimo de ir a África, rectifica sus propósitos y pasa a Montpellier para visitar al rey Jaime II y obtener de él cartas de

recomendación para Felipe el Hermoso, su sobrino. Provisto de ellas se trasladada por segunda vez a París (1928).

Entra en el *Gran Estudi* en calidad de profesor, lee públicamente sus libros, contesta las cuestiones que sobre ellos se le proponen, hace discípulos y prosélitos, interviene activamente en la polémica contra los averroistas latinos y escribe el *Arbre de Filosofia de Amor* que dedica al rey de Francia y a la reina Doña Juana de Navarra.

En 1299 obtiene en Barcelona permiso del rey Jaime II para predicar en las sinagogas y las mezquitas de todos sus reinos.

Tras veintidós años de ausencia, llega a Mallorca en 1300 y permanece allí un año escribiendo diversos libros y discutiendo con los judíos y mahometanos de la isla.

Por aquellos tiempos conmovió a la Cristiandad entera la falsa noticia de que el Kan de Tartaria había conquistado Siria y rescatado la Tierra Santa y aún que se había convertido al Cristianismo. Alentado por ella, Ramón embarca con urgencia rumbo a Chipre donde se entera de la falsedad del rumor.

Sin desalentar por ello pide al rey de Chipre que convoque a todos los herejes y cismáticos de la isla y los obligue a disputar con él. Ante la indiferencia del rey, emprende la predicación por su cuenta y, enfrascado en ella, cae gravemente enfermo. Un sacerdote y un mozo que le asistían intentan envenenarle. Al darse cuenta de ello se retira silenciosamente a Famagosta donde es recibido con todo honor por el Gran Maestre de la Orden de los Templarios.

Recuperada la salud, se dirige a Armenia, vuelve a Chipre, pasa por Rodas y Malta, regresa a Mallorca en 1302, se dirige a Génova y se establece en Montpellier donde asiste a la conferencia celebrada por el papa Clemente V y el rey Jaime I.

Tras un corto viaje a Barcelona va a la Corte pontificia de Lyon para convencer al papa de la urgente necesidad de crear colegios de lenguas orientales. Fracasa una vez más.

Desde Lyon pasa a París donde profesa de nuevo su Arte y, al decir de algunos, sostiene una controversia con Duns Scott.

En 1307 se traslada a Pisa con el objeto de embarcar nuevamente para Berberia pero, no encontrando una nave propicia, regresa a Mallorca y embarca para Bujia en Porto Pi.

Emprende nuevamente pública predicación en tierras de sarracenas. Suscita de nuevo la ira popular. Líbrale el cadí de muerte segura reduciéndole a dura prisión. Tras intentar inútilmente tentarle, mediante promesas de riquezas y mujeres, aceptan los sarracenos una polémica dentro de la cárcel que no puede terminar porque el rey de Bujia decreta la expulsión de sus territorios.

Embarcado para Génova, una recia tempestad lanza la nave sobre las costas de Pisa y con dificultad logra salvarse del naufragio, junto con otro compañero de travesía, desnudo y con pérdida de todos sus libros.

Recibido con entusiasmo y honor por la ciudad, se hospeda en la casa de un rico mercader y se retira más tarde en el convento de Santo Domingo. El gobierno de la ciudad le da cartas de recomendación para el Papa

y los cardenales y a ellos se dirige con el intento de organizar la gran cruzada de Ultramar. De paso por Génova recibe de la ciudad 3.000 florines para el mismo propósito y, tras una breve residencia en Montpellier, se dirige a Aviñón para visitar personalmente al papa Clemente V.

Renovado el fracaso, vuelve a París por cuarta y última vez. Su éxito en la Universidad es definitivo. Lee el Arte y “otros muchos libros que de tiempo atrás tenía escritos”, interviene con celo apasionado en la polémica contra los averroistas y pide al rey de Francia Felipe el Hermoso, que cierre el Gran Estudio a la nefanda doctrina —“pues que si la fe católica es imposible de entender es también imposible que sea verdadera”— y funda en París y en otros centros universitarios Colegios de lenguas orientales para la conversión de los infieles.

Obtiene también del rey cartas de recomendación para todos los reinos de la Cristiandad y especialmente para sus propios dominios, para que en todas partes apoyen y favorezcan sus designios.

Convocado Concilio general en Viena para 1311, emprende Ramón a pie el camino de la ciudad y presenta ante el Concilio una petición —la *Petitio Raymundi*— en que se resumen, moderándolos, todos sus afanes. No obtiene todo lo que se propone. Alcanza, sin embargo, que el Concilio acuerde la fundación de cinco Colegios de lenguas en Roma, París, Salamanca, Oxford y Bolonia, donde se enseñe el hebreo, el árabe y el caldeo; la organización de una nueva cruzada a Tierra Santa dirigida por Felipe el Hermoso; la adopción de una serie de medidas destinadas a poner coto a la ostentación y el lujo de los eclesiásticos y precisando la forma y el decoro de su indumentaria.

Desde Vienne pasa a Montpellier, vuelve a Mallorca, donde redacta su testamento; embarca para Mesina, donde reside un año predicando a los judíos y a los sarracenos, y regresa a Mallorca con la intención de embarcar nuevamente para tierra de sarracenos.

Es su último viaje. Sale de Porto Pi donde le despide el Jurado de la ciudad y gran multitud de gente. A partir de este momento pocas son las noticias ciertas que nos quedan de los últimos días de su vida. Sábese que pidió y obtuvo cartas de recomendación del rey de Aragón para el rey de Túnez —entonces en paz y alianza— y que, consagrado con ardor a la predicación, pereció en ella. La tradición refiere que fue perseguido, acosado y lapidado en la plaza pública... Librado del furor del pueblo por las autoridades de Bujia, es embarcado en una nave genovesa... Se ignora si murió durante la travesía o si llegó moribundo a la isla (1315 ó 1316).

Conocida su vida andariega y frenética, asombra el volumen de su obra escrita y la inaudita riqueza de su vena. En torno al eje de su Idea emerge en ella un mundo. La rica proliferación de su riqueza tiene una estructura subyacente y culmina en una aureola lírica. Entre el rigor lógico y metafísico —árido y seco— que nos proporciona aquélla y la rica floración mística en que se derrama ésta, se despliega la inmensa abundancia de una serie de narraciones novelescas o autobiográficas, el *Llibre del Gentil i dels tres savis*, el *Libre del ordre de Caballería*, el *Blanquerna*, el *Felix de les Meravelles del món*,... en las cuales, tras el apólogo y la alegoría, se dibujan, aparecen y desaparecen, en una rapsodia cromática y

sonora, todos los reinos de la tierra y todas las jerarquías del cielo. Difícilmente hallaríamos en parte alguna una representación más animada, más rica y vivaz, del mundo medieval, con todos sus intereses y sus miserias terrenales y todas sus aspiraciones eternas. La estructura de la Cristiandad —artesanos, campesinos, pastores, peregrinos, frailes, cardenales, reyes, emperadores...— se destaca sobre la profundidad de mundo que se pierde en los horizontes de la más remota lejanía. En todo resplandece la rica experiencia humana del peregrino infatigable. En la descripción de la humanidad perdida en las profundidades del continente africano sólo tiene parangón en los relatos asiáticos de Marco Polo.

Ramón Lull escribió en catalán, en árabe y en latín vulgar. En la sabrosa maduración de su estilo, alcanza el catalán su acuñación literaria definitiva. Suele decirse que Descartes fue el primero en verter los conceptos filosóficos y científicos en idioma moderno. Lo cierto es que cuatro siglos antes Ramón Lull escribió en su romance materno las más sutiles disquisiciones lógicas y metafísicas... En la poesía lírica —en el *Desconhort*, en el *Cant de Ramón*, en el diálogo del *Amic i l' Amat*...— aquél alcanza una elevación sólo igualada por Ausies March. La ternura y la honda desolación de los primeros se sublima en la refinada sutileza de los diálogos de amor. En su aliento místico confluyen —por el fondo y por la forma— el vigor espiritual de la tradición franciscana y la romántica ensoñación de la mística arábiga. Y es manantial perenne de inspiración para la mística castellana de los mejores tiempos.

Caballero de Utopía, místico de la razón, sutil raciocinador de los más íntimos secretos del amor y del “coraje”, da los primeros fundamentos de una ciencia del corazón —la Amancia—, esboza las ideas esenciales de una Lógica universal que preste sentido y unidad a la Enciclopedia de las ciencias, formula con precisión la aspiración a la paz universal mediante la constitución de un organismo universal de las naciones y la implantación del arbitraje obligatorio sometido a la decisión de una autoridad internacional, lucha con la incompreensión, se debate contra los grandes de la tierra, da generosamente la vida por el ideal... Evidentemente su aventura loca —en el pensamiento y en la acción— conserva hoy el frescor y el riesgo de los más aventurados afanes y es el nervio perenne de toda auténtica aventura

UTOPIA

“España, dice Campanella, descubrió el mundo nuevo para que todas las naciones estuvieran sometidas a una sola ley”. Es el sueño luliano. La Utopía platónica —la República, las Leyes— no sale de los límites de la Ciudad. Ni aspira, ni podía aspirar a más. La Utopía española del siglo XVI —sacra y caballeresca— se proyecta a la totalidad del “universo mundo”. Por su particular situación y carácter le fue dado a España ya en pleno siglo XIII, percibir, en su redondez corpórea, el organismo de la

Humanidad ecuménica y sentirse en el centro de la acción universal, que lo redujera a la unidad de una "ley". Recuérdese que la *Suma contra gentiles* de Santo Tomás de Aquino, fue escrita a instancias de Ramón de Peñafort como instrumento para los misioneros españoles. Ramón de Peñafort, el Rey Sabio, Jaime I de Aragón, Ramón Martí, Arnaldo de Villanova, presintieron, con urgente vigor, la inminencia de la gran empresa. Su preformación luminosa, cuaja en la empresa de Ramón Lull.

Los indios son "blandos como la cera" dice Vasco de Quiroga, en plena acción misionera. Análoga condición hubo de percibir Raimundo Lulio en los pueblos "sin ley —abisinios, tártaros, etc.— que aparecían en el transfondo de los Imperios sometidos a ley torcida y anquilosados en ella, en los horizontes de la humanidad remota y misteriosa. Como Bartolomé de las Casas, tres siglos más tarde, se declara su heraldo y su "procurador". El mesianismo imperial, cristiano y pacifista, que trataron de imponer a España y al Emperador sus más egregios espíritus en el momento de su supremo poderío, es la aplicación rigurosa y consecuente de un germen secularmente madurado.

Templada por la "cordura", que la plenitud y la fuerza otorga, uno y el mismo, es el espíritu que informa la "locura" y la "sabiduría" de Ramón Lull y el que se desarrolla y prolifera en la vida y la obra de Luis Vives, Juan y Alfonso de Valdés, Francisco de Vitoria, Bernardino de Sahagún o Bartolomé de las Casas.

La Utopía de Tomás Moro, origen de todas las utopías "modernas", surge de lo profundo de aquella mentalidad —la *Philosophia Christi*. Con una diferencia, sin embargo, esencial. Tomás Moro, se limita a escribirla. Vasco de Quiroga, intenta denodadamente realizarla. No es este el momento de analizar en detalle, las razones y las causas de esta diferencia. Un abismo se abría ante la mirada. La muerte de Tomás Moro lo anuncia trágicamente. El sueño secular se quiebra y se hunde. Por largo tiempo, la Utopía va a proyectarse fuera de todo lugar en fuga desesperada. En el horizonte se anuncia la quimera espectral de Don Quijote.

La Utopía en España fue y sigue siendo Idea en acción, espíritu encarnado, pasión y "arte" de vivir. No se encierra en un libro. Es el libro tan sólo el índice y la proyección luminosa de una vida en acción. No se trata de algo ilusorio, alejado, remoto, inverosímil. Es una empresa inmediata, a la vista, que se puede y se debe realizar.

Por ella se dirige Ramón Lull a los grandes de la tierra —reyes, emperadores, prelados y papas—, emprende cinco viajes a Roma, recorre de punta a punta el mundo, vuelve con reiterada insistencia a Berbería y a Túnez, a Abisinia y a Tartaria. Es escarnecido, golpeado, encarcelado y lapidado. Solicita, implora, hostiga, increpa, amenaza. Y en el colmo de la exasperación, se dirige a los cardenales "fastuosos y remisos", a duques, marqueses y barones, a los príncipes de la Cristiandad y al Papa y los emplaza para el día terrible: "En la jornada del tremendo día, yo me explicaré ante el eterno Juez y diré señalando con el dedo a los desidiuos: Señor y justo Juez: estos son, en persona, a quienes dije la palabra, por escrito les demostré la manera por la cual hubieran podido, si querido hubieran, convertir a los infieles y reducirlos a la Santa fe, recobrando

vuestro santo y precioso sepulcro con la ciudad de Jerusalem y toda la Tierra santa. El veredicto y sentencia que va a dar el Juez, yo lo ignoro. Pero sí sé, que la omnipotencia divina, no puede ser coaccionada, ni puede ser engañada la divina sabiduría, y sé que la justicia de Dios es insobornable..." "Quien tuviere oídos para oír, oiga."

Con más "cordura", sin duda, no empero, con menos pasión y altivez, se dirigen al Papa y al Emperador los grandes espíritus del siglo XVI: "Ojalá que Dios hubiera concedido a ciertas personas privadas, tanto poder como buena voluntad o vosotros príncipes tuviérais tan buena voluntad como poder", dice Luis Vives al Emperador Carlos V. Y añade: "Has emprendido la marcha sobre Italia. El alma de toda Europa y aun de toda el Asia, están pendientes del éxito de esta campaña; los ojos y los oídos de todo el mundo, están fijos en ti y en tu actuación y todos se preguntan: ¿qué proyecta? ¿adónde va? No es de pensar que tanto aparato, tal conmoción en la vida, tanto trastorno en todas las actividades que parecen arrancar a España de sus raíces, sea sólo para un ridículo alarde de fuerza o para cosechar pueriles aplausos..." Y Francisco de Vitoria, afirma con vigor, dirigiéndose al más alto soberano de la tierra: "El Emperador no es el Señor del mundo" Ni lo es tampoco el Papa.

¿Locura? ¿Fantasía? No sé. Ramón, el "sabio", se trueca en "loco", para el mejor servicio de Dios. De fantástico y aun más que fantástico —*phantastiquissimus*— le moteja un clérigo, compañero peregrino, camino del gran concilio de Viena, al enterarse de los extremados designios que lo llevan a él. "Acaso sea así como vos decís, mi Señor clérigo, replica Ramón, pero yo no acierto a ver dónde están mis fantasías. Todo lo que he dicho —su Utopía— es cosa *hacedera* y es un baldón para todos los cristianos, que ya *no esté hecho*. Pero quizá, el fantástico seáis vos, que de esta manera os habéis reído de mis fantasías. Y, no obstante, debíerais ser vos que sois clérigo y no yo que soy laico, vos que sois rico y no yo que soy pobre, quien tendría que haberse inclinado a un tal empresa de espíritu y devoción".

Ramón, anciano y enfermo, va a pie. El clérigo, cabalga ostentosamente seguido de una cohorte de familiares y servidores. Ante los improperios e injurias de éste, propone Ramón discutir quién tiene razón y que las razones invocadas por ambas, sean llevadas al Concilio.

Las razones del clérigo están llenas de "sentido práctico". Fue ruin, pobre, rústico y aun mendigo. Gracias a sus estudios, fue favorecido con un pingüe beneficio, laureado en Arte y en ambos Derechos, ordenado de presbítero, promovido a la dignidad de Arcediano; sumó beneficios a beneficios, pudo enriquecer a dos hermanos labriegos, los hizo caballeros, casó a dos hermanas con hijos de caballeros y del origen más vil levantó su sangre al más encumbrado abolengo; tres sobrinos suyos, que le siguen cabalgando, disfrutan ya de sendos beneficios y aún piensa grangear para ellos en este Concilio, unos cuantos beneficios más. En cuanto a él, llámale a la Corte una honrosa prelación en la cual piensa vivir con gran boato, trae para el camino, un lucido cortejo de palafrenes, escuderos, sirvientes, confiteros y pasteleros y es servido en su casa, en vajilla de plata.

“Por todo ello podis bien colegir, concluye el clérigo, que de fantástico no tengo pizca, sino que soy hombre mañero y diligente”.

Contesta Raimundo:

“Bien al revés he sido yo. Yo estuve ligado con lazos matrimoniales; tuve dos hijos; gocé de muchas riquezas, fui mundano, fui injurioso. Todas estas terrenales bienandanzas abandoné para servir a Dios con toda libertad y para gestionar y procurar el honor de su santo Nombre. Aprendí el árabe. Tres veces estuve en tierras de sarracenos. Por la fe católica fui prendido, encarcelado y azotado. He consagrado cuarenta años de mi vida a promover el público bien de la Cristiandad. He llegado a viejo y soy pobre; y todavía en mi sumido y fatigado pecho, sin huelgo casi y sin vida, fomento el mismo indesarraigable propósito. ¿Os parece que esto es fantasía o no os lo parece? Dígalo vuestra misma conciencia; pero a mi humilde entender, el fantástico y el huero sois vos. Apelo al divino juicio que no puede ser torcido ni sobornado”.

“Fantástico me juzgáis a mí y yo a vos os juzgo fantástico”. ¿Dónde está el sueño? ¿Dónde la realidad? Ramón Lull fue encarcelado, escarnecido, lapidado. Apedreado, vencido y derribado fue Don Quijote en las playas de Montjuich. “Arrancada de sus raíces, “levantada en vilo, sucumbió España en su empresa misionera”. . . No olvidemos el postrer eco metafórico de aquella palpitante realidad: “El orgullo reprimamos —por si ahora también soñamos. . .” Dejemos a todos hoy— “hacer libres sus papeles”. Y puesto que “en acto tan singular —aquello es representar— aunque piensa que es vivir”: “al teatro pasad de las verdades, que este es el teatro de las ficciones”. Y “no importa ser mejor su papel; no siendo su ser mejor. . .”

Sólo el Bien presta realidad al sueño. “Obrar bien, que Dios es Dios”.

JOAQUÍN XIRAU

- Andreu de Palma P., *Els sistemes jurídics i les idees jurídiques de R. L. Palma de Mallorca*, 1936.
- Avinyó J., *Historia del lulisme*, Barcelona, 1925.
- *Les obres autèntiques del beat Ramon Lull*. Barcelona, 1935.
- Bataillon M., *Erasmus y España*. México, FCE. 1950.
- Batlloori M., *El lulismo en Italia*. "Rev. de Filosofía". Madrid, 1943. Págs. 253-313; 479-537.
- Carreras y Artau J., *Filosofía cristiana de los siglos XIII al xv*. Madrid, 1939.
- Casadessús J., *El "Arte magna" de R. L.* Barcelona, 1917.
- Custurer J., *Disertaciones históricas del Beato Raimundo Lulio, doctor iluminado y mártir, con un apéndice de su vida*. Palma de Mallorca, 1700.
- D'Alós R., *Los catálogos lulianos*. Barcelona, 1918.
- *Lullistische Literatur der Gegenwart*. Friburgo de Br. 1935.
- Galmes S., *El dinamismo de Raimundo Lulio*. Pama de Mallorca, 1935.
- *Vida compendiosa de Beat R. L.* Palma de Mallorca, 1915.
- Gilson E., *La philosophie de Saint Bonaventure*. París, 1924.
- Gottron A., *L'edició maguntina de R. L.* Barcelona, Inst. d' Est. Catalans. 1915.
- Iriarte M., *Genio y figura de R. Lull*. "Arbor". 1945. Pp. 375-435.
- Litré-Hauréau, *Histoire littéraire de la France*. XXIX. París, 1885, pp. 1-386.
- Longpré E., *Lulle Raymond*, en el Dictionaire de Theologie catholique, IX. París, 1926.
- Menéndez Pelayo M., *Historia de los heterodoxos españoles*. México, 1983. Edit. Porrúa, Col. "Sepan cuantos..." núm. 405, pp. 336-351.
- *Historia de las ideas estéticas en España*. México, 1985. Edit. Porrúa, Col. "Sepan cuantos..." núm. 475, p. 275 ss.
- *La ciencia española*. Madrid, 1933.
- *La poesía rústica en España*. 1881. Obras completas, VII.
- *Orígenes de la novela*. 1943. Obras completas, XIII.
- Montoliu M. de, *Ramón Llull, trobador*, en Estudis Universitaires Catalans, 21, 1936, pp. 363-398.
- Pasqual A. R., *Vindiciae lullianae*. Avignon, 1778.
- Peers, E. A., *Ramon Llull. A Biography*. Londres, 1929.
- Probst J. H., *Caractère et origine des idées du b. R. L.* Tolosa, 1914.
- Riber L., *Raimundo Lulio*. "Col. pro Ecclesia et Patria". Barcelona, 1935.
- Rogent E. i Durán E., *Bibliografía de les impresions lullianes*. Barcelona. Inst. d' Est. Catalans. 1927.

Rubio Balager J., Art. *Lull, Ramon*, en la Enc. Espasa, 49, 1923, 551-559.
Rubio y Lluch A., *Documents per l'història de la cultura catalana mig-èval*.
Barcelona.

Sollier, J. B., *Acta beati Raymundi Lulli*. Amberes, 1708

Sureda Blanes F., *El beato Raimundo Lulio. Su época, su vida, sus obras, sus empresas*. Madrid, 1934.

——— *El lulismo como expresión de una escuela filosófica nacional*. Madrid, 1940.

——— *Estética luliana*. Madrid, 1944.

Torras i Bages J., *La tradició catalana*, obras completas. Barcelona, 1935, VI, 274-380.

Xiberta B., *La doctrina del maestro R. Ll. sobre la demeritación de los dogmas*. Palma de Mallorca, 1947.

Xirau J., *Vida y obra de Ramón Lull. Filosofía y mística*. México, 1946.

INTRODUCCIÓN AL BLANQUERNA

Todo conduce a concluir que el *Libro de Blanquerna* o *Libro de Evast y Blanquerna* es fruto de sucesivas refundiciones. En una refundición inicial constaría de parte de los primeros libros y el epílogo, tal como permite suponer el *explicit*. Más tarde Llull, ante el famoso “rifinto” de Celestino V, refundiría su obra según un plan mucho más vasto y ambicioso, en el que tomaría en cuenta, en muchos de sus aspectos, el “curriculum vitae” del ermitaño Pietro Di Morrone, que el día 5 de julio de 1294 fue elegido papa con el nombre de Celestino V y renunció a su dignidad el 15 de diciembre del mismo año.

En esta nueva redacción, de una estructura perfecta, debió dar entrada a obras que ya tendría compuestas con personalidad propia, como el *Libro del amigo y del amado*, y probablemente el *Libro de Ave María* y *L'art de contemplació*. El personaje Blanquerna, a quien vemos nacer, crecer, envejecer y retirarse, ya viejo y cansado, a la vida contemplativa, después de haber renunciado al Pontificado, aparece en otras dos obras de Llull bajo la forma de ermitaño: en el *Félix* o *Libro de las maravillas* y en el *Liber super psalmum Quicumque*, anteriores al *Blanquerna* en su forma actual.

A pesar de todo, la obra, tal como se nos muestra hoy día, es de una trabada unidad interna. “En significación de las cinco llagas que en el árbol de la cruz recibió nuestro Señor Jesucristo para redimir a su pueblo de la servidumbre, del dominio y del cautiverio en que estaba, queremos dividir este libro en cinco...” Así el libro I trataría del estado de matrimonio, el II del orden de clerecía, el III del orden episcopal, el IV del Pontificado y el V de la vida contemplativa. En cada uno de estos distintos estados u órdenes de la vida, Llull (que aparece en la novela bajo la forma de personajes episódicos y anónimos y bajo la del alucinante jular Ramon lo Foll, aun cuando indirectamente esté a la vuelta de cada una de las ideas y de cada uno de los personajes de la obra) intenta adecuar “su” realidad coteánea en un mundo perfecto presidido por la Fe cristiana.

Todo este proceso, que va realizándose en distintas gradaciones, desde un plano familiar a un plano universal, se aglutina en torno a la figura de Blanquerna. Así sus padres —Aloma y Evast— constituirían la visión ideal del matrimonio; Natana, la doncella destinada a ser su esposa, y él, realizarán el ideal de vida regular; el héroe será, después, y sucesivamente, obispo, papa y, final y sencillamente, ermitaño. La vida contemplativa, descrita magistralmente por Llull, es la coronación de la novela. En ella, Blanquerna escribirá el *Libre d'Amic e Amat* y tratará de *L'Art de Contemplació*.

Este es el esquema ideológico. Pero, junto a él, hay todo un mundo de aventuras (algunas de ellas de tipo caballeresco), de voluntad de creación literaria, de emoción, de intriga y de vida. Cruce de lo caballeresco y cortesano de la narrativa francesa y la lírica trovadoresca con lo burgués que empieza a despuntar para la literatura, todo ello dentro de una concepción espiritual de tipo franciscano y con ciertas reminiscencias del mundo oriental, el *Blanquerna* es una narración variopinta, por cuyas páginas discurren multitud de personajes, escogidos de entre el caos de la vida humana con premeditación, como si el autor hubiera ido seleccionando el ejemplo exacto de cada uno de los puestos de su arquitectura novelesca e ideológica en las calles de una gran ciudad. Es un constante fluir humano, con sus pasiones, sus dolores y sus alegrías; unos hundidos en lo más profundo del pecado, otros llevados a la más alta perfección espiritual; unos ignorantes y otros llenos de sabiduría. Bullen en sus páginas, cálidos de vida, mercaderes y artesanos, obispos y payeses, abades y cardenales, tahures y goliardos, caballeros y rameras, ermitaños y pobres, juglares y burgueses, avaros y lujuriosos, vanidosos, pecadores y arrepentidos, todos ellos palpitantes, vivos, pero como trasfondo, como encuadre a la acción novelesca e ideológica que le es propia.

Se trata, en realidad, de una concepción esquemática, fugaz, en la que Llull nos dibuja el perfil de unos personajes genéricos, sin entrar en individualizaciones diferenciales, que intentará en muy contados casos. Cada personaje es un tipo, que nuestro autor no cruza con los restantes, sino que sitúa en su lugar, en su único y posible lugar, que aísla en su mundo y en el novelesco, y a quien sólo permite el contacto —contacto estrictamente lineal— con *Blanquerna* para su resolución humana y, en definitiva, para la solución íntima de la novela.

JOAQUÍN MOLAS

Del *Libro de Blanquerna* hubo una traducción castellana del siglo xvi de Joseph Aubreau, hoy perdida. Aquí reproducimos la anónima, publicada en Palma de Mallorca en 1749 y reeditada numerosas veces.

BLANQUERNA

SEÑOR DIOS GLORIOSO

uno en esencia y trino en personas: a honra y gloria vuestra, con vuestra bendición, virtud y gracia, damos principio al libro de Evast, Aloma y Blanquerna, su hijo; el cual fue hecho a fin de que los hombres traten de amaros, conoceros, recordaros y servirlos como a su verdadero Dios, señor y criador de todas las cosas.

PRÓLOGO

En significación de las cinco llagas que en el árbol de la cruz recibió nuestro señor Jesucristo para redimir a su pueblo de la servidumbre del demonio y del cautiverio en que estaba, queremos dividir este libro en cinco, en los cuales daremos doctrina y regla de vivir a cinco estados de personas, a quienes este libro será muy útil. El primero será del estado de matrimonio; el segundo, del estado de religión; el tercero, del estado de prelación; el cuarto, del estado de la Apostólica Señoría, que reside en el señor Papa y en los eminentísimos cardenales; el quinto, del estado de la vida eremítica.

EMPIEZA EL LIBRO PRIMERO, QUE TRATA DEL ESTADO MATRIMONIAL

CAPÍTULO I

DEL MATRIMONIO DE EVAST Y ALOMA

1. En una ciudad aconteció que cierto bizarro joven, hijo de un hidalgo, por muerte de su padre, quedó muy rico en bienes de fortuna y, por la buena educación, no con menos fondo de buenas costumbres. Llamábase éste Evast, mozo de lindo talle, bello y de noble corazón, muy bien adeudado, y tan capaz en letras y ciencias, que entendía bastantemente la Sagrada Escritura. Prendas tan relevantes fueron motivo eficaz para que muchos religiosos desearan atraerle a su religión, como también algunos seglares ganarle así y emparentar con él por vía de casamiento. Tomando cuerpo estas pretensiones cada día, y vacilando en la elección, una noche sintió impulsos de tomar el estado de religión para huir los deleites vanos del mundo. Pero acordándose de los muchos bienes que su padre le había mandado, y viendo, por otra parte, que de sólo él pendía la conservación de su casa y familia y la continuación de las crecidas limosnas que hacía antes su padre, por todos estos motivos y porque era cabeza de su linaje, inclinóse al matrimonio, con resolución de que, mientras estuviera casado, había de dar buen ejemplo y enseñanza a los demás casados. Deseó también tener hijos que fuesen buenos y siervos de Dios, a quienes dejase su hacienda mientras perseveraba con ánimo de entrar a servir a Dios en alguna religión.

2. Habiendo ya deliberado y resuelto todo esto, encargó a los deudos de mayor confianza le buscasen en la ciudad para esposa una doncella noble, pues que en la nobleza de la sangre queda el corazón contra toda vileza ennoblecido. Quísola de cuerpo sano y en todas sus facciones bien formada, para que pudiese la naturaleza comunicar esta gallarda disposición a la prole. Mas, sobre todo, les encargó le buscasen mujer humilde y bien morigerada, quien y cuyos parientes se tuviesen de su parentesco por muy contentos y honrados.

3. Vivía entonces en aquella ciudad una señora principal de loables costumbres y muy honrada, viuda de muchos años, la cual tenía una hija llamada Aloma, quien, según la fama pública, era doncella muy recatada y tan capaz, que regía y llevaba todo el manejo y economía de su casa. Dábale la buena madre autoridad para ello, a fin de que a su tiempo, siendo casada, supiese regir y gobernar su casa. Teníala ocupada para que la ociosidad no fuese ocasión de que la viniesen algunos locos y malos pen-

samientos, que pudiesen inducir la a cometer alguna liviandad o desenvoltura.

4. Las calidades que buscaba Evast en la que había de elegir para esposa adornaban todas a Aloma, por lo que los deudos y amigos estuvieron bien seguros de haberlas encontrado en ella cabalmente. Y, por divina disposición, fue celebrado entre los dos el casamiento.

5. Corrió por toda la ciudad la voz del casamiento de Evast y Aloma, y fueron muchos los que desearon complimentarlos en el día de su boda. Pero Evast rehusó el cortejo para dar muestras de humildad al mundo, quien suele despreciarla en semejantes funciones, apreciando solamente la ostentación y soberbia. Vestidos, pues, entrambos con humildes ropas, se encaminaron a la iglesia con poca comitiva, para significar su humildad y no turbar con el bullicio lo sagrado y respetable del santo sacrificio de la misa. Llevaron en su compañía algunas personas santas y devotas para que fuesen de Dios más aceptas sus oraciones, y la oblación que ambos a dos le hacían de sus bienes y de sí mismo fuese a su divina Majestad más agradable.

6. Celebró la misa nupcial un santo sacerdote, a fin de que por su santidad se dignase Dios derramar su gracia y bendición sobre los recién casados. El mismo sacerdote les predicó y catequizó en el fin por el cual había ordenado el Señor el santo sacramento del matrimonio. Entre otros documentos, les dijo la forma de vida que debían guardar, la mutua obligación que en virtud de este sacramento contraían y la promesa que uno al otro había hecho, para que, con el exacto cumplimiento de sus obligaciones, fuera Dios servido y su gracia resplandeciera en ellos en presencia de todos.

7. Todo aquel día de bodas fue día de oración y devoción para ellos y de gran fiesta para los pobres de Jesucristo, los cuales alaban y bendicen a Dios cuando se les hace limosna, representándose en ellos Jesucristo en aquellas bodas en que son llamados y extrañados los ricos, que, olvidados de la pasión del Salvador, malbaratan sus bienes temporales, obsequiando a los hombres llenos de vanidad como ellos mismos, sin atender la falta que hacen sus prodigalidades a los pobres.

8. En aquel día los dos novios sirvieron a los pobres; y en memoria de la humildad de nuestro Redentor lavaron y besaron los pies a trece de ellos, que vistieron también con nuevas vestiduras. Mandaron, asimismo, pregonar por toda la ciudad que todo mendigo que quisiese limosna por amor de Dios acudiese a comer en aquellas bodas.

9. Los parientes y amigos de Evast y Aloma sirvieron también en aquel día a los pobres de Jesucristo. Después cada uno se fue a comer a su casa, para no usurpar a los pobres la comida, y los dos novios comieron juntos en la mesa de los trece mendigos. Después de haber comido, Evast se fue a un monasterio de religiosos, en donde perseveró en oración todo lo restante de aquel día, y lo propio hizo Aloma en un monasterio de religiosas. A estos dos monasterios y a todos los demás de la ciudad hizo Evast abultada pitanza para solemnizar su boda.

10. Con mucha honra y decencia trataba Evast a su consorte, a fin de que se arraigase más en ella el amor y el temor, que son las prendas más

apreciables en el corazón de la mujer. Dióle, asimismo, el mando y la economía de la casa, escogiendo para sí ejercitarse en la mercancia, sujetándose a este empleo para la manutención de su casa, sin menoscabo de su hacienda, y para no vivir ocioso; respecto que por este vicio viene el hombre a ser pobre, soberbio y perezoso, y por la misma confianza que ponen algunos ciudadanos en sus riquezas e hidalguía, van declinando en pobreza y dan en muchos vicios.

11. No vivía en casa de Evast criado alguno de traviesas costumbres, porque no sirviesen sus liviandades a Aloma de escándalo. Iban entrambos a misa cada día, y, en restituyéndose a casa, lo primero era repartir alguna limosna de los bienes que Dios les había encomendado, y después cuidaba de la economía de su casa. Entre semana y en las fiestas iban gustos a los sermones, y a algunas personas religiosas a oír la divina palabra y a tomar doctrina con que vivieran en santidad de vida.

12. Reformábase sobremanera toda la ciudad por los ejemplares procederes de estos dos casados, porque no sólo los del estado conyugal, si también los del estado religioso quedaban edificados de su modo de vivir. Teníanles amor y respeto todos los ciudadanos, y el crédito de sus virtudes era tan grande, que todos, así hombres como mujeres, encontraban en ellos consejo y favor y en sus necesidades consuelo.

13. Largo tiempo vivieron sin recibir fruto de bendición estos casados. Aconteció un día que, considerando Aloma la brevedad de la vida humana, acordóse que el fin que había tenido entonces en tomar aquel estado había sido tener hijos siervos del Altísimo. Vistióse luego de melancólica tristeza su corazón, y explicaron su dolor con vivas lágrimas sus ojos. Entró en un ameno vergel en su casa y, arrodillada a la sombra de un frondoso árbol que junto a una regalada fuente había, regaba con lágrimas el suelo, rogando a Dios se dignase por su piedad librar su corazón de aquella pena, dándole un hijo que fuera siervo suyo.

14. Al mismo tiempo que con lágrimas y suspiros rogaba al Señor oye-
ra sus clamores, entró Evast en el vergel, como solía, y, admirado de ver a su esposa tan llorosa, dijo: —¿Qué es esto, Aloma; de qué lloráis, de qué os afligís y en qué puedo yo aliviar vuestra pena? Mucho extraño veros con tantas lágrimas y que vuestro semblante indique a mis ojos un tal quebranto, puesto que jamás hasta ahora he conocido en voz señal alguna de tristeza, enfado o disgusto. Decidme, esposa, ¿qué es esto? Pensaba yo saber todo el secreto de vuestro corazón; mas ahora me parece que aflige vuestro pensamiento algún funesto objeto que no me habéis comunicado.

15. Consideró Aloma las palabras de su esposo, y como su amor iba siempre acompañado de las circunspecciones del respeto, se corría de haberle de descubrir su corazón. Mas, deseando precaver el daño si Evast, su marido, entraba en alguna dudosa sospecha con ella, resolvióse a descubrir abiertamente el motivo de su llanto. —Señor y esposo mío —le dijo—, desde que las leyes del matrimonio me sujetaron a vuestro dulce dominio, jamás sentí deseos que tan fuertemente apremiasen mi corazón como los que ahora siento de tener hijos; porque gran menoscabo fuera de nuestra hacienda si la heredase quien no fuese nuestro hijo; y conozco

bien la merced y favor particular que hace Dios a los casados dándoles hijos para su gloria, en quienes el nombre y linaje de sus padres se conserve. De aquí es que, pensando yo en la muerte y viéndome sin sucesión que mantenga en esta casa el bien y limosna que de ella sale, no puedo contener mi llanto, ni quiere mi corazón en cosa alguna consolarse.

16. —Esposa mía —respondió Evast—, no ignoráis que, si bien la virtud divina dio ser a todas las cosas para servicio del hombre, muchas veces, para ejercitar su paciencia y rendir a su alta providencia su voluntad, le niega lo que desea. Este orden lleva Dios para dar a los mortales ocasión de grande mérito, por el cual su divina justicia les remunere en el cielo con el colmo de mucha gloria. Siendo esto así, necias son aquellas almas que de otra suerte le consideran; y querer alcanzar todo lo concupiscible, indicio es no leve de soberbia. De aquí se deduce que mejor y mayor virtud es en el nombre la paciencia cuando no puede lograr el bien que desea, que el mismo bien que se sigue de la posesión de lo amable cuando consigue sus deseos. A más que si fuera cosa infalible y cierta que cuantos hombres hay y habrá en el mundo han de amar y servir a Dios, bueno fuera el deseo de tener hijos; pero siendo tan dudoso si le serán o no obedientes, muy perplejo estoy en desearlos.

17. Otras muchas buenas razones y ejemplos dio Evast a su esposa para consolarla y echar de su corazón la tristeza; y, como tiernamente se amaban, con las palabras de su esposo quedó Aloma consolada, y dijo así: —Bendigo y adoro aquel soberano Señor que tiene en su mano todas las cosas, y bendito sea quien me da a conocer mi propia miseria. No soy yo digna de conseguir todo lo que deseo, ni tengo merecidos ni agradecidos, como debiera, los bienes temporales de que Dios nos ha prosperado. Sujetar debo todos mis deseos y toda mi voluntad a la suya. Ahora conozco que en toda mi vida no me conviene desear sino sólo lo que a Dios pluguiere. Culpables y locos fueron mis deseos; mas la infinita misericordia de Dios será en adelante el blanco de mi amor y esperanza.

CAPÍTULO II

DEL NACIMIENTO Y BUENA EDUCACIÓN DE BLANQUERNA

1. En caridad, paciencia y humildad continua vivían ambos consortes. En los domingos y fiestas principales iba Evast a los monasterios de religiosos a alabar a Dios y a cantar con ellos los oficios divinos, y lo propio hacía Aloma en los monasterios de religiosas. Iban también a servir a los enfermos en los hospitales y a visitar los pobres vergonzantes, cuyas necesidades subvenían secretamente con limosna. Cuidaban, asimismo, de dar a los niños huérfanos oficio, porque, llegando a mayor edad, no les fuese la pobreza ocasión de caer en algún pecado.

2. Mientras que se ejercitaban en estos y otros oficios de piedad, Dios, que es de todo bien y gracia el complemento, se acordó de los buenos deseos de Aloma y de su paciencia y humildad, y dióle un hermosísimo

hijo, que fue llamado Blanquerna. Muy extraordinario fue el júbilo, alegría y contento que en este nacimiento tuvieron ambos consortes. Evast se encaminó a la iglesia a dar a Dios las gracias por el hijo recién nacido, rogándole le hiciera siervo suyo en toda su vida; y en expresión de su gozo dio a los pobres larga limosna. Recibió Blanquerna el sagrado bautismo, acogiéndole para padrinos personas de santa vida, por cuyos merecimientos enriqueciese más Dios al niño con los dones de su gracia. A petición de Evast, cantó misa solemne el que había sido ministro del sacro bautismo, que era un sacerdote muy ejemplar y virtuoso, pues no es razón que un tan gran sacramento, principio y senda de la vida eterna, sea administrado de quien se hace por sus pecados indigno.

3. Tuvo Blanquerna por ama una mujer muy sana y robusta, para que se criase el niño más sano y robusto, pues por la mala leche quedan los niños enfermizos y desmedrados. Era también de vida recatada y muy honesta; y debería en gran manera precaverse en dar los niños a amas de salud quebrada, viciosas o de recia condición, de corrompida complexión o aliento.

4. Un año entero estuvo el niño sin gustar otra cosa más que leche pura, pues por falta de robustez en la digestión no pueden los niños en aquel primer año digerir otra vianda, aunque sean papas de leche o de aceite u otra cosa semejante, que tal vez les hacen comer por fuerza; y de aquí nace ser algunos niños sarnosos, bubosos y padecer tumores y úlceras, acarreándoseles los humores a la parte superior, lo que les gasta el cerebro y la vista, engendrándose de aquí otras enfermedades y achaques.

5. Criado con toda inteligencia fue el niño Blanquerna. Vestíale su madre de manera que en el invierno sintiera en algo el frío, y en el estío el calor, para que los elementos de que el cuerpo se compone concordasen bien con el tiempo en el cual tienen sus operaciones, para influir al cuerpo templada calidad y no se habituasen a subir a la parte superior los malos humores. De esta manera crió Aloma a su hijo hasta que pudo andar y jugar con los demás niños. No le prohibió cosa alguna de lo que la naturaleza apetece y requiere en aquella infantil edad, así que hasta los ocho años le permitió vivir con libertad y según el curso natural.

6. Cumplida esta edad, le aplicó su padre al estudio de las letras, y le hizo enseñar según los tratados del libro de *Doctrina pueril*, en donde se previene que al principio debe el padre enseñar a su hijo en lengua materna, en la cual le ha de dar clara noticia de los artículos de nuestra santa fe, de los mandamientos del decálogo, de los sacramentos, de los pecados capitales y de las virtudes a ellos opuestas, y, en fin, de todo lo demás, como en dicho libro se contiene.

7. Sucedió un día que Aloma, antes de partirse el niño al aula, le dio de almorzar carne asada, y, por si le venía gana en la escuela, le dio de resguardo un tamaño flaón. Sabiéndolo Evast, reprendió ásperamente a su mujer, diciéndola que a los niños por la mañana se les había de dar un mendrugo de pan, y no más, porque o no se críen golosos o no pierdan la gana de comer en la mesa; pues el pan a secas no sabe tanto a los muchachos, que opriman y fuercen las operaciones de la naturaleza por la demasiada comida; y aun pan solo no se les debe dar sin que le pidan.

8. A todo género de viandas acostumbraron sus padres a Blanquerna, para que no se inclinara su naturaleza a unas más que a otras, y le vedaron el vino fuerte y generoso, y el muy aguada, y las salsas picantes, que destruyen el calor natural. Diéronle un pedagogo entendido, el cual cada día enseñábase a tener oración y oír misa con mucha quietud y devoción, y después le acompañaba a la escuela de música para que aprendiese a servir bien la misa cantada.

9. Tan capaz se hizo Blanquerna de la gramática, que entendía y hablaba el latín con toda perfección. Después estudió lógica, retórica y filosofía natural, con que entendiese más fácilmente la medicina, para saber conservar con entera salud su cuerpo. Cursó la sagrada teología para conocer, amar y servir más a Dios y dirigir a la eterna vida su alma.¹

10. Enterado que estuvo del *Libro de los principios y grados de la medicina*,² por donde alcanzó suficiente noticia para conservar la salud, aplicó su padre al estudio de la teología expositiva, en que oía de continuo la Sagrada Escritura y respondía algunas veces a las dificultades teológicas.

11. Mientras aprovechaba en estas artes y ciencias, criábase su padre con amor y temor, virtudes con que debe educarse la gente moza, ejercitándose en esta edad en ayunos, oraciones, confesiones y limosnas; en enseñarse humildes en el hablar y vestir, y en acompañarse con buenos. Estas y otras cosas a este tenor enseñaba Evast a su hijo, para que, cuando varón, fuese por hábito y por naturaleza agradable a Dios y a los hombres, y que no se resistiese en recibir y hacerse a las costumbres convenientes a la buena educación, que debe resplandecer principalmente en los nobles y personas de distinción.

CAPÍTULO III

DE LA CUESTIÓN QUE PROPUSO EVAST A SU HIJO BLANQUERNA

1. Los rayos de la divina luz despertaron en Evast la memoria de aquel tiempo en que deseó entrar en religión. Para ejecutarlo quiso hacer primero experiencias en su hijo, de si sería o no capaz de gobernarse a sí mismo y a su casa, según el gusto y agrado de Dios, con que pudiesen ambos consortes entrar en religión, dejando el mundo y todos sus bienes temporales. Mientras que Evast discurría esto, su hijo Blanquerna, que venía del aula, acababa de entrar por casa. Era éste entonces de edad

¹ Las disciplinas que en tiempos de Ramón Llull se estudiaban eran las siguientes: gramática, es a saber, la de la lengua latina; lógica, retórica, filosofía natural, la que Ramón Llull dice medicina y ahora diríamos higiene, y la ciencia de la teología, que hemos de creer no sería sino la doctrina cristiana.

² Obra del Doctor Iluminado, escrita en Mallorca cerca del año 1274. En la edición de Maguncia aparece intitulada *Liber principiorum medicine*. No pocos lulistas se inclinan a identificar dicho libro con los *Començaments de Medicina*, inédito, del cual se conservan manuscritos en Milán y en Palma de Mallorca.

de dieciocho años, muy gentil, bien dispuesto y agraciado y, sobre todo, muy obediente a sus padres, muchacho bien criado y de buenas costumbres.

2. —Amable hijo —díjole Evast—, ven aquí a ver cómo sueltas esta cuestión que voy a proponerte. En un castillo sito a la entrada de un dilatado bosque, no muy lejos de acá, un cazador de arco y flecha fue a cazar ciervos, cabras monteses y algún que otro venado, como solía. Aconteció, pues, que, disparando una saeta, la clavó en un ciervo, al que, mal herido, siguió sin poderlo alcanzar ni hallar en todo aquel día. Mientras que se restituía a la ciudad, encontróse con un parador que traía en su mano la saeta misma que él había disparado al ciervo. Preguntóle dónde había encontrado aquella saeta que había sido suya. Respondióle que la había arrancado de un ciervo que había encontrado herido y muerto, que había vendido después a un carnicero. Ventilóse aquí entre los dos la cuestión sobre de quién había de ser el precio del ciervo. Pretendíale el cazador, porque él había muerto al ciervo, y, a no haberle él herido, no le habría hallado el parador. Este respondía que a él sólo le tocaba, pues la fortuna se lo había dado, y que él ya, desconfiando del hallazgo, le había abandonado, pues se volvía ya a la ciudad. Ahora quiero saber de ti, hijo mío, cómo sentenciarás el pleito: por quién de los dos ha de quedar el ciervo, o si por entrambos.

3. —Bien sabéis, padre y señor mío —respondió Blanquerna—, que es de mayor fuerza y virtud la ocasión que la fortuna o casualidad, porque en la ocasión está la intención última por la cual fué herido y muerto el ciervo, y la casualidad o fortuna de todo en todo es *praeter* intención; y como el parador halló al ciervo de mera casualidad y éste fue muerto por ocasión, convirtiéndose la ocasión con el que mató el ciervo y no con el que le halló muerto, por esto, según derecho y justicia, y para conservar la mayoridad que tiene la ocasión sobre la casualidad, debe ser juzgado el ciervo a favor del cazador; pues que si fuera adjudicado al parador, se haría a la ocasión notable injuria y se daría a la fortuna el honor que no le corresponde. Por cuya razón, de todo en todo juzgo a favor del cazador el precio del ciervo, con tal que deba el cazador probar primero ser suya la saeta, porque es muy dable que fuera de otro cazador que hubiese muerto al ciervo, y no del que pretende haberle muerto.

4. Adelantó más Evast, preguntando si era justo que el parador restituyese al cazador el ciervo, o si sólo el precio que de él había sacado. A esto respondió Blanquerna que el carnicero tenía derecho y razón sobre el ciervo, pues, según costumbre de su oficio, le había comprado con intención de que era del parador, y éste, asimismo, se le había vendido con intención de que fuese suyo el precio. Por tanto —dijo—, se hacía injuria al carnicero quintándole la ganancia que sacaría del ciervo. A más de esto, no hay razón para que el parador reciba daño por aquello mismo que merece agradecimiento, lo que sucedería si, a más de restituir al cazador el ciervo, satisficiese su precio y ganancia al carnicero. Por lo cual es a justicia y razón conforme que sólo el precio del venado sea del cazador.

5. Prosiguió Evast: —Dime, hijo, ¿estará acaso el cazador obligado a dar al parador alguna parte del precio del ciervo? —Dos maneras de derechos generales, padre y señor mío, hay en el mundo, de quienes se derivan

los demás derechos especiales. El uno es según Dios, y el otro según el mundo. El primero, por ser regulado y ordenado según Dios, conviene sea más delicado, sutil y de mayor conciencia que el segundo. Luego por estas dos reglas sobredichas podéis inferir y conocer que, según derecho más noble y necesario, el cazador está obligado a darle algo por su trabajo, conforme caridad, conciencia y hermandad, y aun por urbanidad y cortesía contra la avaricia, envidia e injuria. Mas porque el cazador, por su libre albedrío, pueda ganar el mérito de las virtudes arriba mencionadas dando al otro parte del precio del ciervo, queda establecido, por divina ordenación y derecho temporal, que por ninguna ley humana esté obligado a dar parte alguna al parador del precio del ciervo; y de lo contrario no resultaría la libertad que se requiere y concuerda con el mérito, con la cual puede el hombre adquirir dichas virtudes. Ni menos el derecho temporal estuviera sujeto al eterno; y si esto fuera así, habría Dios injuriado al derecho más noble, para ensalzar al menos noble, lo que es grande inconveniente y muy opuesto a la razón.

6. Aún instó Evast diciendo: —Vaya, hijo, dime: ¿come acaso alguna culpa grave el cazador no dando al parador alguna cosa? —Diferencia va, padre mío —respondió Blanquerna—, entre culpa mortal y venial. Si el parador tuviera algún derecho en llevar parte del precio del ciervo, la ordenación de aquellas dos reglas sería, sin duda, contra Dios y justicia, lo que es imposible. Por cuya imposibilidad podréis entender y saber que no peca gravemente el cazador dejando de dar algo al parador. Pero en no querer usar de cortesía ni caridad, como conviene para modificar su codicia, comete culpa venial, por la cual no merece condenación eterna, si sólo menos gloria en el cielo.

7. Estas y otras muchas cuestiones, que fuera prolijo referir, proponía Evast a su hijo, quien a todas respondía con cabal solución y eficaces razones.

8. Viendo, pues, a su hijo ilustrado con tan alta sabiduría, y adornado de tanta pericia y buenas costumbres, tuvo de ello grande regocijo. Entróse en el oratorio de su casa, en donde con Aloma solía retirarse para orar y oír misa todos los días, como también después de haber comido para dar a Dios las debidas gracias. Venerábase en el altar la imagen del glorioso apóstol San Andrés, en quien los dos consortes tenían puestas sus esperanzas para que les alcanzase del Señor su bendición y gracia.

9. Arrodillado Evast delante del altar, santiguándose primero, como solía, hizo esta breve oración: —Señor Dios glorioso, que no olvidaste a tu siervo que tanto tiempo ha anhelado servirme en la religión; bendito seas y bendito sea tu humilde y piadosa misericordia, que quiso darme el cumplimiento de mis deseos en mi hijo Blanquerna, que tanto tiempo he suspirado y deseado, para que, renunciando los bienes temporales, yo y mi esposa te pudiésemos contemplar, amar y servir en el estado perfectísimo de religión, acordándonos de tu santa pasión y llorando nuestras culpas y pecados. Adoro, Señor, tu bondad, grandeza, poder, sabiduría, amor y todas las demás perfecciones con que eres un Dios en esencia, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Bendito seas en ti mismo, en todas tus virtudes y honores, porque me diste un hijo tan sabio y de tan buenas costumbres, a quien

desde hoy puedo fiar el cuidado y mando de mi casa. A ti te lo encomiendo, Señor, pues a ello estoy obligado.

CAPÍTULO IV

DE LA CONTIENDA QUE HUBO ENTRE EVAST Y ALOMA

1. En gran cuidado entró Evast buscando modo para descubrir su ánimo a su esposa e inducirla a entrar en religión, pues dudaba mucho de su consentimiento. Al otro día, oída la misa, y estando solos en el oratorio por haber ya salido los demás, habló Evast a Aloma, diciéndole así: —Querida esposa mía, por la gracia de Dios, nuestro hijo Blanquerna está dotado de gran sabiduría y de muy buenas costumbres y crianza. Ya me parece se halla en edad en que sabrá gobernarse a sí mismo, cuidar de nuestros bienes y de toda la casa. Ya es tiempo de buscarle esposa y de que nosotros, dejando este miserable mundo, nos retiremos a vivir en alguna religión más santamente; y así como con nuestro modo de vivir hemos dado hasta ahora luz y regla a los que viven en matrimonio, también deseo que en adelante, por santidad de vida, demos buen ejemplo a los que viven en religión. Para esto miro conveniente que desmembramos una porción de nuestros bienes temporales, para repartirla por amor de Dios entre los pobres de Jesucristo, y que escojáis vos un monasterio de religiosas, el que mejor os pareciere, y yo, con vuestra licencia, entraré en otro de religiosos, lo que tanto he deseado.

2. Muy extraña pareció a Aloma la propuesta, y luego mudó de color, recelando si en algo habría disgustado a su marido que le diese motivo de apartarse de ella. Antes de responder empezó a estar suspensa y pensativa, por lo que le dijo Evast: —Aloma mía, ¿por qué no respondéis? ¿En qué pensáis ahora? ¿Habéis oído lo que os he dicho? —Esposo y señor —respondió Aloma—, muy bien. Y de vuestras palabras imagino que quizá os habré dado algún disgusto que os dé motivo de apartaros de mí; y, si así es, castigadme como os pareciere, mas no con dejarme ahora, a la fin de mis días, cuando más que nunca necesito de vuestro amparo y consejo.

3. —Bien segura podéis estar, esposa —respondió Evast—, que no me habéis dado jamás ni el menos disgusto; antes os digo que, desde aquel día en que quiso Dios unirnos con el vínculo del santo matrimonio, he dado siempre gracias a su divina Majestad por haberme favorecido con vuestra amable compañía; pues entre los muchos favores que en este mundo está repartiendo a sus siervos el Altísimo, de que se le debieran dar siempre gracias repetidas, uno es el logro de una fiel y buena compañera. No penséis, pues, haberme en alguna manera disgustado en cuanto os he visto obrar, antes os pido perdón por si acaso he faltado o si algo he obrado contra vuestro parecer y dictamen. Mas estando nosotros al cabo de nuestros días, y siendo el estado religioso mucho más perfecto que el matrimonial, y debiendo los mortales acercarse siempre más a Dios por buenas

obras, cuanto les fuere posible, mientras ahora tenemos tiempo y ocasión oportuna para ello, os ruego que, así como siempre me habéis obedecido, os dignéis también ahora condescender en que, dejando a nuestro hijo Blanquerna en la vida activa, entremos ambos en la contemplativa, poniendo todo nuestro conato en ver cómo podremos, con la gracia de Dios, estar juntos en la gloria eternamente y sin fin.

4. —Dueño y señor mío —respondió Aloma—, con rubor y reverencia responde mi amor a vuestra propuesta. Sabe Dios que no cupo jamás en mi pensamiento ni dictamen dejar de obedecer en nada a vuestros preceptos, ni que hubiese jamás entre mi voluntad y la vuestra oposición alguna. Pero por cuanto al principio de nuestra sociedad estuvo en el vínculo del matrimonio, y el principio en todo tiempo mira al fin como su correlativo, por esto soy de sentir de que vivamos ambos juntos hasta la fin y sólo la muerte nos separe. Y así habéis de entender que no convengo en obrar contra el principio del estado primero en que Dios me colocó, conservó y guardó de faltar en algo la fidelidad del matrimonio. En todo lo demás, mientras redunde a gloria y alabanza de Dios, podréis mandarme, que obedeceré gustosa; pero tanto como dejar el estado en que Dios me ha puesto, eso no. Ni vos, salvando vuestro honor, me debéis aconsejar otro estado a que no tengo tanta inclinación como al en que al presente me hallo; pues sé que muchos hombres y mujeres, por falta de devoción, menosprecian su estado y le abandonan. Por ahora quisiera me dijeseis por qué más amáis el estado de religión que el del matrimonio que tenéis.

5. —Mucho siento, esposa mía, vuestra respuesta —dijo Evast—, aunque pienso me decís esto para enseñar que con resignaros a mi voluntad me hacéis mayor obsequio, y queréis darme a entender que con repugnancia dejáis este estado, y por mi respeto tomáis el de religión, porque os quede yo más deudor y obligado; pero en vano buscáis medios con que tenerme más grato, porque estoy sobre manera contento y satisfecho de vos y de vuestro entrañable cariño; apliquemos sobre todo nuestro conato en ganar amor y mérito para con Dios, a cuyo tribunal hemos de venir todos. Según sé vuestra santa vida y mis muchos deslices, más gustosa pasaréis vos al estado religioso que no yo.

6. Cuando Aloma entendió que su esposo creía que ella se excusaba de consentir a la propuesta sólo para probar su amor y ganarle más el agrado, se le llenaron de lágrimas los ojos y, entre sollozos y suspiros, le dijo: —Esposo mío, sólo Dios sabe los pensamientos del hombre. Habéis de entender que en mi vida no tuvo jamás mi corazón tanta pena como ahora, que contrasta con vuestra voluntad; porque, viendo que mi fidelidad y amor que siempre os he tenido, ahora no se rinde a vuestro querer, se oprime con tal fuerza mi corazón, que saltan las lágrimas a los ojos, quienes sólo de miraros quedan corridos; y mi conciencia con dificultad me hace pensar sea falta aquello mismo en que no puede haberla. Os hago haber, pues, que os respondo seriamente según mi amor y estado. Mi amor me da pena no obedeciendo a vuestros intentos y me hace aborrecer la separación que habría entre los dos en caso de entrar en religión. Intolerable fuera para mí vuestra ausencia, porque mi amor apetece vuestra sociedad en todo tiempo, ni puede consentir mi vista en carecer de vuestra

presencia. Sin duda siento mucho no poder cumplir aquello en que vuestro deseo tendría su complacencia, y mi afecto su despecho y desconsuelo.

7. —Mucho me gusta, esposa, vuestro amoroso razonamiento —respondió Evast—. Y sé muy bien que es voluntad de Dios que ame el hombre a su buena mujer. Todos estos motivos y otros muchos serán a mi corazón estímulos de dolor habiéndome de apartar de vos. Vuestra presencia llena de júbilo el cauce de mi pecho; vuestra honestidad y buenas costumbres abultan mucho más mi regocijo. Ni puedo disimularlo oyendo a muchos que alaban vuestros proceder, pues entonces sin querer se asoma el júbilo en mi semblante. Pero me conviene amar más a Dios, mi Criador y Salvador, que no a vos ni a cualquiera otra criatura; y porque deseo sacrificar y recibir su sacratísimo y glorioso cuerpo, por esto la valentía de mi ardentísimo deseo borra de la memoria los trabajos que padeceré ausente de vuestra amada compañía. Siento en el alma daros ocasión de pena y tristeza, pero el amor alienta al corazón a sufrir muchos trabajos y hace despreciar lo humano por lo divino. Ruégoo, pues, que para amar y servir a Dios nos alentemos a sufrir valerosamente los trabajos que han de resultar de mi separación y la vuestra.

8. —Verdad es, señor mío —dijo Aloma—, que el celebrar y sacrificar el sagrado cuerpo de nuestro Señor Jesucristo es el más noble y más provechoso ministerio que haya en este mundo; mas no por eso es lícito al hombre allegarse a tan alta dignidad sin ordenación y disposición, ni ha de ser con daño de tercero, a quien tal vez el enfado podría ser ocasión de algún pecado. No todos los hombres son dignos, ni alguno debe presumir serlo de tan alto y glorioso ministerio. Si tanto, pues, deséais ser eclesiástico y celebrar, suplid la ejecución con andar cada día a la iglesia de los religiosos, y allá les ayudaréis a misa, cantaréis con ellos los salmos, las acciones, los responsorios y las antífonas, y asistiréis a la misa solemne, como hasta aquí lo habéis hecho. Y, sobre todo, que arda en vuestro corazón el deseo del sacerdocio, muy enhorabuena; pero no os tengáis por digno de tan alta dignidad, que en verdad no lo sois; pues Dios os puso en el estado del matrimonio, en que no le podéis recibir. Yo todos los días me iré al monasterio de las monjas, como acostumbré, y las ayudaré a cantar y a responder a la misa. Hagamos cuanto podamos, mas no salgamos del estado en que somos, pues Dios en él nos ha puesto.

9. —Cansado y enfadado estoy, Aloma —dijo Evast—, de poseer y contratar los bienes temporales, porque estorban mis oraciones; y mi ánimo es renunciar las delicias de la carne y entregarme tan del todo a la oración, que nada haya en mi corazón y pensamiento sino Dios. Yo deseo hacer penitencia y dar satisfacción de mis culpas y de los excesos que hice comiendo, bebiendo, vistiendo, calzando y usando de blanda cama y de otras muchas cosas en que he faltado. Late también en mi pecho un fervoroso deseo de predicar la palabra de Dios y la pasión de su Hijo nuestro Señor. Y como el estado religioso es para esto y para otras muchas cosas más a propósito que el matrimonial, quisiera por esto dejar el mundo y el estado que tengo y vivir en el de los felices religiosos que hacen penitencia y todo lo sobredicho. Si vos me quitáis tantas dichas como puedo alcanzar en la religión, enemiga seréis de los auges de mi gloria.

10. —Señor —respondió Aloma—, si para servir mejor a Dios queréis renunciar al mundo, y vuestros bienes a Blanquerna, y convenís en que nos quedemos juntos, soy contenta. En este oratorio podremos adorar, alabar y suplicar al Señor sin cuidado de bienes temporales, ni aun del sustento corporal, que nuestro Blanquerna cuidará exactamente de todo. No hay necesidad de mudar estado: si buscáis vida penitente y austera, más apta es para esto vuestra misma casa, que no la religión, porque más secreta será en el estado del matrimonio. Si queréis que para esto pasemos a un desierto o a un monte, pronta estoy, que cuanto más austera será nuestra vida para servir al Rey de la gloria, mayor será el júbilo de mi alma. Vivamos castos, sin gozar aun de lo que permite el tálamo conyugal. Predicaréis a todos los casados con vuestro buen ejemplo y alentaréis a los religiosos en la perseverancia de su vocación. Haced de mí lo que os parezca mientras no desdiga al sacramento del matrimonio.

11. —Grande virtud es, esposa —dijo Evast—, vivir en obediencia y sujetar al albedrío de otro, por amor de Dios, la voluntad. —Virtud grande —replicó Aloma— es ser uno dueño de su propia voluntad, rigiéndola como debe, y ésta mejor la conoce cada cual en sí mismo que no en otro.

12. —Grande mérito atesora —respondió Evast— quien, dejándolo todo por Dios, se entrega todo a servirle. —Mérito grande granjea —replicó Aloma— quien vive en el mundo poseyendo sus bienes, sin culpa, y entregándose a servir los pobres de Jesucristo. Grande mérito es ser rico de bienes temporales y pobre de espíritu; y, si es virtud el pedir por amor de Dios, no se sigue ser vicio el dar por su amor a los pobres. A más de que no es seguro mandar a un mozo como Blanquerna tanta riqueza, no teniendo nosotros experiencia de si es capaz de administrarla. Por esto tengo por más acertado que hagamos en casa la penitencia que queréis; y, si os parece conveniente salirnos de ella, convengo, pero con tal que instruyamos primero a nuestro hijo cómo pueda y sepa gobernarse a sí mismo y a los bienes domésticos, para que se conserven para los pobres, los cuales hallan cada día en nuestra limosna su sustento.

13. —Muchas razones fuertes y verdaderas os he propuesto —dijo Evast—, por las cuales podéis y debéis obedecer a mis demandas. Y aun os ruego no os excuséis más ni os resistáis, antes bien me deis gusto en hacer lo que tanto tiempo ha que deseo. Ni es razón me provoquéis a tristeza o rencor, pues sabéis cuán fielmente os amé siempre.

14. Evast, mi señor —respondió Aloma—: oídas vuestras razones, he tanteado si podría mi corazón condescender a vuestros ruegos y preceptos, mas no hallo medio; y porque sé que de una inobediencia nacen no pocas veces la ira y el despecho, os suplico no me habléis más en esta materia, que no responderé palabra, pues temo no nazca algún desabrimiento entre los dos. Volvamos a nuestras pláticas y hablemos de Dios y de sus obras, como solíamos; y en cualquier ocasión que os determinéis a lo que antes tengo dicho, aparejada estoy para cuanto quisiereis.

15. Muy malcontento quedó Evast viendo no podía inducir a su esposa a su intento. Por muchos días y horas repitió las sobredichas razones, mas en vano, porque la hallaba siempre más constante, sin poder recabar cosa de ella, antes se airaba y afligía más. Compasivo Evast de su enojo, pro-

puso no hablarla más en este punto y dejólo todo en manos de Dios. Quiso contentarla con hacer penitencia en casa, guardando clausura para que por la vista o por el oído no entrasen las vanidades del mundo, que están reñidas con el entender, memorar y amar a Dios y a sus honores. Al otro día, oída la misa, llamó a Aloma, como solía, la cual, al oír su voz, empezó a llorar, pensando la quería persuadir sus pretensiones, que tanto la molestaban. A vista de su llanto, dijo Evast: —Esposa, no lloréis, pues tan intrépido y fuerte es vuestro coraje, que no pude rendirle con tantos ruegos; yo quiero inclinar mi corazón a vuestro querer y quiero obedecerlos. Tratemos del cómo hemos de hacer los dos penitencia y vida austera secretamente en casa todo el tiempo que, Dios será servido darnos vida. Demos a nuestro hijo Blanquerna absoluto poder sobre todos nuestros bienes, resevándonos sólo la porción de renta necesaria para el preciso sustento. Hagámosle espontáneamente donación de todo lo demás y casémosle cuanto antes. Mañana, después de la misa, le llamaremos y le comunicaremos nuestros designios. Al entranto dispongamos nuestras cosas y escribamos la regla a que nos obligamos para hacer penitencia.

16. Grande gozo tuvo Aloma de esta resolución, y alabó al Señor, que le había inclinado a su dictamen. Respondióle, pues, que estaba pronta en cumplir cuanto le había prometido. Aprobó lo de hacer penitencia secretamente en casa y el escribir la regla a que entrambos se obligasen.

CAPÍTULO V

CÓMO EVAST Y ALOMA DETERMINARON DAR EL MANDO DE LA CASA A SU HIJO BLANQUERNA

1. Al otro día, oída la misa, Evast y Aloma llamaron a Blanquerna en el oratorio, en cuyo altar estaba la santa cruz, y hablóle el padre en esta forma: —Amable hijo: mucho conviene el que tengamos presente el principio de donde procedemos, y el fin para que fuimos criados, y adónde vamos a parar, y que reconozcamos el favor que hemos recibido de Dios. Llegóse ya el tiempo en que yo y tu madre debemos menospreciar este mundo y renunciar los bienes temporales. Por nuestra ancianidad y flaqueza, barruntamos estarse ya muy cercana nuestra muerte. Tiempo es de emprender una vida recoleta y de gastar nuestros pocos días en llorar nuestras culpas en oración y penitencia. Por esto, amado hijo, desde hoy te nombramos heredero universal de nuestros bienes temporales, y en nuestras oraciones y buenas obras que haremos, te acogemos en parte. En adelante serás el dueño de nuestra hacienda y casa; procura gobernarla de manera que no perezca el bien que de ella sale, ni nos falte el congruo corporal sustento, y que los hijos que tengas puedan ser criados con ella de modo que sean agradables a Dios.

2. Dichas estas y semejantes palabras, tomó su sello y Aloma las llaves de la casa, para entregárselo. Mas Blanquerna, sin quererlo aceptar, dio en llanto. Dobló los ojos hacia el altar y, viendo la santa cruz, se acordó

luego de la pasión del Redentor y que él y sus discípulos, renunciando los bienes de la tierra, habían sido pobres. Después de haber gastado largo rato en este pensamiento, dijo:

3. —Señor padre, grande es la honra que vos y mi señora madre queréis hacerme y grande la confianza que tenéis en mí, pues queréis recomendarme tantos bienes sin examen previo de mi caridad, fidelidad, justicia y demás virtudes. Dios os lo pague; mas sabed que no quiero meter jamás en mi corazón riquezas ni deleites mundanos, ni mi afecto desea cosa fuera de sólo Dios, quien me ha criado para que fuera su tabernáculo. Grande injuria fuera echarle de donde quiere morar y quedaría mi corazón ofendido si le apartaba de Dios.

4. Sobremanera atónitos quedaron ambos de las palabras del hijo, a quien su padre respondió: —Pues ¿cuáles son tus designios, hijo mío? ¿Qué quieres decir con eso? Pasmado estoy de lo que dices, y te ruego no disimules a tu padre tus intentos. —Señor y padre mío —respondió Blanquerna—, la divina luz estimula mi alma a memorar, entender y amar la pobreza y la vida eremítica y a renunciar la escasez y poquedad de este mundo miserable. Sin ésta podré más perfectamente amar y contemplar al Hijo de Dios vivo, que vino al mundo a vestirse de nuestra carne para redimirnas y padeció acerbísima pasión y muerte, como aquella cruz me lo representa a la vista. Esta dolorosa memoria me estimula a seguir las pisadas de Elías, de San Juan Bautista y de los demás Santos Padres del yermo, quienes, para huir las vanidades del mundo y vencer las asechanzas del enemigo y las rebeldías de la carne, hicieron vida austera y penitente en los páramos y montes, sin que nada les estorbara la contemplación del Señor de las alturas, único principio y fin de todos los bienes.

5. —Hijo mío —dijo Evast—, contentísimo estoy de los devotos deseos de tu corazón. No pocas veces dudé en pedir hijos a Dios, temiendo no fueran malos y transgresores de sus divinos preceptos; mas ahora acabo de conocer que fueron santos los deseos de tu madre y las muchas plegarias que hizo al cielo para haberte. En atención, pues, que deseas servir a Dios, en ninguna manera reprendo tus desginios, pero, habiendo de recompensar los favores que de tus padres recibiste, debes quedarte en el mundo hasta que hayan muerto. Después podrás cumplir la devoción que tienes.

6. —Señor padre —respondió Blanquerna—, bien conozco el beneficio natural que recibí de vos y de mi madre y sé que me habéis criado con desvelo, mas a todo esto excede el beneficio que de Dios he recibido. Considero los muchos riesgos que el vivir en el mundo acarrea, particularmente en los mozos; por esto quiero escapar sus lazos volando al desierto a servir a Dios, quien será mi padre y mi maestro. Por su amor renuncio honras, riquezas y toda la gloria mundana, pues sé que teniéndole a él, nada me ha de faltar; y a faltarme este infinito bien, ¿quién podría suplir la falta del que mi alma ha deseado, y con tantas ansias desea?

7. —Amable hijo —dijo Evast—, si tú no obedeces a mis ruegos, injuria haces a tus padres y a los pobres de Jesucristo, que sacan de esta casa tanta limosna, la cual queda acabada si te ausentas de nosotros; y serás responsable delante de Dios si tus padres, por falta de administra-

dor, han de dejar de hacer la penitencia que desean. Y, en fin, tú serás causa de los trabajos que en nuestra ancianidad nos aguardan. Y siendo la culpa y la injuria tan aborrecida de Dios, según leyes de justicia y caridad, no pueden permitir que perezcan los bienes domésticos, ni debes ser ocasión de nuestros trabajos, ni óbice del bien que resultará de nuestra penitencia.

8. —Señor —replicó Blanquerna—, quiere Dios que el hombre trabaje en su servicio hasta la muerte. Según me parece de vuestra edad, vos y mi santa madre todavía podéis trabajar cuidando de los bienes de casa y haciendo de ellos limosna. Cuanto más contrarios serán vuestros días a los trabajos que en servicio de Dios padeceréis, tanto mayor será vuestro mérito. Perseverando, pues, en el estado que tenéis, no desconfiéis de la divina protección, ni sigáis el rumbo de muchos, que renuncian los bienes del mundo sólo a fin del descanso, lo que es peligroso para sí y para otros que toman su ejemplo. En vuestra decrepita ancianidad, estando vuestras fuerzas caídas, encomendaréis, sí, vuestros bienes a persona fiel, que haga de ellos el bien que acostumbráis, repartiéndolos a los pobres, a quienes se deben. Y así, señor, os ruego no seáis vos la rémora de mi felicidad y deseo y no me expongáis a riesgo por cosas corruptibles y transitorias, ni reprendáis lo que debierais alabar, ni se entristezca vuestro corazón de lo que debiera alegrarse.

9. —Prueba primero —dijo Evast— el hacer penitencia y vida austera entre nosotros, antes de partirte al yermo a hacerla. Tantea si tienes valor para permanecer en la austeridad de vida a que tu devoción te inclina, pues empresa grande es la que intentas, y no debes abalanzarte a ella sin tener en ti mismo alguna experiencia. Sabe que no pocas veces acontece que el hombre con facilidad emprende la austeridad y el rigor antes de experimentar su molestia, pero después, sintiendo su peso con fastidio, le aborrece, y echando la carga, vuelve a las comodidades del cuerpo y a sus primeras delicias. Entonces es ultrajada y mofada su inconstancia; por lo que amable hijo, no seas fácil en tus fervores, refrena tus descos y entiende lo que te digo.

10. —Señor padre —respondió Blanquerna—, ensayarse uno en sufrir trabajos y en hacer austera vida, no es más que meterse en una duda nacida de poca devoción y amor, porque la devoción alivia el peso, y el amor suaviza las amarguras. Cuanto más recios son los trabajos y rigores de la vida, tanto más noble y más grande es la devoción y el amor. Y lo son, asimismo, la paciencia y las demás virtudes; y, así, discurre que sólo será trabajo para mi alma el no ser mayor el trabajo y la austeridad de vida.

11. Otras muchas razones le propuso Evast para echar de su corazón sus propósitos; pero cuanto más le rogaba y argüía, con tanto mayor tesón y réplicas le veía. Acabó, en fin; temiendo no ofendiera a Dios y que no estuviese Blanquerna inflamado del divino amor para seguir su vocación. Después del padre entró la madre, quien con sentimiento y lágrimas dijo al hijo estas palabras:

12. —Amable hijo, hallándoos en el eremitorio, ¿qué comeréis? Y, roto este vestido, ¿qué vestiréis? Y si enfermáis, ¿quién cuidará de vos? ¡Oh

hijo mío, dulce y muy amado!, ten lástima de tu cuerpo, que yo crié con tanta delicadeza; ten compasión de Evast, tu pobre padre, y de mí, porque en tu ausencia y en los recelos de tu muerte y trabajos tendremos multiplicadas penas, cuando esperábamos de ti el consuelo y la asistencia a la fin de nuestros días. Ahora que habías de ser nuestra alegría y queríamos darte esposa hermosa, buena, noble y rica, ¿ahora quieres dejarnos y entregar tu cuerpo y padecer una muerte sin culpa?, pues no has cometido aún tan graves pecados que debas hacer tan rígida penitencia, afligiendo a tu cuerpo y a nosotros, que jamás te hicimos injuria ni agravio. Otras muchas razones le dijo, y todas con tantas lágrimas, que las movió a Evast y Blanquerna. Largo rato lloraron los tres antes de responder el hijo a los reparos de la madre.

13. Después que hubo pagado la naturaleza a la parte sensitiva el tributo de las lágrimas, no quedaron en Blanquerna amortiguados los impulsos de su vocación, ni tardó la fortaleza en alentar su corazón contra los desmayos del sentimiento. Esformado. pues, con el auxilio de la gracia, respondió: —Madre mía, el amor predominante en mi voluntad me hace inobediente a la vuestra, que siempre en verdad amé y finamente amo. Hijo vuestro soy; de vos y de mi padre Evast recibí el ser que tengo; criado me habéis con todo el desvelo posible; dueño queréis hacerme de cuanto poseéis y queréis sujetaros a mi dominio; mas ni puedo servirlos en el mundo ni alegraros con mi presencia; entristeceros conviene con mi ausencia. Ya sé que no puedo satisfacer lo mucho que por mí habéis hecho, ni el cariño que me tenéis; mas yo no soy mío, sino de otro que me ha tomado y prendido. Si yo fuera mío, a vosotros me diera para acataros siempre y servirlos; pero si Dios me ha prendido, y me arranca de vosotros, y me aparta de las delicias del mundo; si me obliga a vivir solo en selvas y dilatados bosques, entre ficras y bestias, y en parajes en donde faltan viandas, vestidos y sociedad humana y otras cosas muchas necesarias a la vida del hombre, Dios, que da de comer, beber y vestir a las bestias y aves de aquellos páramos, y los conserva con salud, proveerá mi cuerpo de todo lo necesario para sustento de la vida, de donde podrá mi alma contemplar sus perfecciones y su gloria. Y si acaso mi cuerpo, vencido de la necesidad, falleciere, habrá el Señor dispuesto de lo suyo y mi alma habrá usado de esperanza, caridad y fortaleza en vez de su Criador y de los trabajos del cuerpo, y la utilidad del alma será tanta, que los trabajos corporales en tal caso deben reputarse en nada, ni deben llamarse penosos. Toda mi vida rogaré a Dios por vosotros, y si acaso Dios, por algún mérito, quisiera premiarme con algún favor, le rogaré lo haga a vosotros. Perdonad, que no puedo obedeceros, y siendo ocasión de vuestra pena, en gracia os pido me olvidéis, para que no os dé más trabajo. Dadme vuestra bendición, que quiero partirme adonde puso Dios mis deseos.

14. Dichas estas y otras palabras, hincóse Blanquerna de rodillas y pidió a sus padres la bendición para partirse. —¿Cómo, hijo, ya te despiden? —dijo Aloma—. —Dilectísima madre mía —respondió Blanquerna—, resuelto estoy de partirme desde luego, con vuestra licencia, a los páramos adonde Dios y la fortuna me condujesen; dadme para ello vuestra bendi-

ción y no retardéis mi viaje, porque cuanto más tardare, tanto más se aumentará nuestra pena, y la dilación de mis deseos atormentará más mi corazón.

15. —Hijo mío querido —dijo Aloma—, quédate por lo menos este día y esta noche, que no hay razón para tan arrebatada marcha. Gaste-mos este poco tiempo en llantos, amor y sentimiento de tu despedida, y mañana, oída misa, tu padre y yo te daremos nuestra bendición y licencia por toda nuestra vida. Quiera Dios que en el cielo nos juntemos y nos conozcamos; y si ahora es tu ausencia para nosotros tan sentida, séanos tu amada presencia alegre por eternidades en la gloria.

CAPÍTULO VI

DE CÓMO TENTÓ A BLANQUERNA UNA DONCELLA POR NOMBRE CANA

1. Concluído que hubo Aloma su razonamiento, salió del oratorio y fué a casa de una señora viuda muy íntima amiga suya, llamada Anastasia. Tenía ésta una hija hermosísima y muy linda, cuyo nombre era Cana. Retiradas las tres a un aposento de la casa, empezó Aloma a lamentarse diciendo: —¡Ay de mí triste, y cómo me quedo por siempre desconsolada en quien pensaba había de ser toda mi alegría! Perdido he a mi hijo Blanquerna, a quien, después de Dios, amaba sobre todo lo del mundo; y si en vosotras, amigas, no hallo medio de recobrarle, dolorida y triste quedará mi alma toda la vida.

2. Atónitas se quedaron con esto Anastasia y Cana, y, compadecida Anastasia, la dijo: —Hermana y amiga, no lloréis; que, si en algo os podemos valer, os serviremos de gusto y con empeño, mientras de ello no resulte infamia o murmuración. Contóle Aloma lo que había pasado entre ella, Evast y Blanquerna; cómo éste no había querido obedecer sus fuegos y estaba en ánimo de partirse al desierto, al otro día, para hacer penitencia hasta la muerte. —El favor que os pido, señora —prosiguió—, es que Cana hable a Blanquerna y que mañosamente le haga olvidar esta químera, y que le incline al matrimonio y a que sea su marido. Nosotros les haremos donación de cuanto tenemos y, desde luego, serán suyos nuestros bienes.

3. Acordaron ambas que Aloma, el mismo día después de comer, llevase consigo a Blanquerna, a quien dejarían solo con Cana, para que tratasen de amores, de manera que entendiera él que Cana le quería para esposo y que este deseo tenía en su corazón hondas raíces. Por este medio pensaron torcer a Blanquerna la inclinación. Concertada la trampa, fué Aloma algo consolada a casa, en donde halló a Evast y a Blanquerna llorando en el oratorio la vecina despedida. —Tiempo es de comer —dijo Aloma—; salid y comamos, que os sobrará tiempo para lágrimas.

4. Muchos platos les sirvieron en la mesa; pero poco comieron. Acaba-

da la comida, tomó Aloma su manto y dijo a Blanquerna la acompañase a casa de una amiga suya, con quien había de tratar cierto negocio. Acompañóla a casa de Anastasia, a quien encontraron sola con su hija, ricamente vestida, a más de ser extremada su natural hermosura. Díjola Aloma que hiciese compañía a su hijo, al tiempo que ella hablaba con su madre. Quedaron ambos en la pieza a solas, y Aloma y Anastasia entraron a hablar en otro cuarto más retirado.

5. Mientras estaban sentados lado por lado y Blanquerna pensaba en ejecutar su viaje, empezó la doncella a explicarse así: —Tiempo ha, señor Blanquerna, que deseo descubriros mi corazón, y por la inclinación particular que os tengo, gustara sobremanera de ser esposa vuestra. La violencia del amor con que os amo me obliga a deciros estas palabras. Vuestro nacimiento y riquezas os hacen, sin duda, merecedor de más noble y rica esposa; mas el cordial afecto que os tengo y la buena intención que llevo de que seáis mi esposo, han de valerme con vos, pues no hay algún siniestro o desordenado fin en esta mi pretensión, y ojalá se cumplieran mis deseos, para lograr el tener hijos que sean buenos siervos de Dios y que se os asemejen en la santa vida que hacéis por la gracia del Señor y por la buena educación y ejemplo de vuestros padres, quienes son los más santos y virtuosos que hay en esta ciudad.

6. Bella y hermosa era Cana, y con mucha discreción y muestras de grande amor dijo estas y otras palabras a Blanquerna, quien no por eso olvidó ni apartó de su corazón su santo propósito, ni el fuego del divino espíritu que había inflamado su corazón tardó en socorrerle. Habiendo, pues, considerado un rato las palabras de Cana, dijo: —Aquel Rey de los reyes, consuelo y esperanza de todos los pecadores, que no olvida las necesidades de sus siervos, adoro y bendigo, porque su divina virtud me favorece contra las tentaciones que desde hoy empiezan a embestirme. Vístese de júbilo mi corazón en el principio de esta guerra, y la fuerza que siento de resistirme ahora, me hace esperar que la tentación en adelante. —Mucho en esta forma alabó y bendijo Blanquerna a Dios antes de responder a la propuesta de Cana.

7. Viendo ésta que Blanquerna, sin responderle, alegre bendía a Dios, no sin algún sobresalto, le dijo: —¿Cómo, señor, no respondéis a mis palabras? ¿Qué es lo que decís, que excita tanto gozo vuestro espíritu? —Con las luces de su gracia —respondió Blanquerna— ha iluminado mi corazón el Espíritu Santo, para desear la vida eremítica, en que tenga en mi corazón a Dios sólo. Sabed, señora, que al explicar vuestros afectos, el deleite sensual empezó a batir mi alma, tanto por la fragilidad natural como por astucia de enemigo. Mas ésta luego se puso en presencia de su amante, y la divina luz la ilustró con su amor; de donde conozco que no olvida Dios a su siervo, antes me esfuerza tanto para despreciar vuestra propuesta, que me admiro que en una señora como vos haya cabido pensamiento tan extraño como es el que deje yo el amor del soberano Dios por el vuestro. Tal cual vez dudé si tendría valor para resistir a las tentaciones que en el desierto me esperan; mas ahora bien entiendo que Dios me ayudará, y no temo, como antes solía, vengan tentaciones, pues el vencimiento que logro ahora en el principio me anima a despreciarlas todas.

8. Admirada la doncella de la santidad y ánimo constante del joven, le dijo: —¿Cómo no respondéis, amigo, a mis preguntas? —Si queréis hablarle de Dios —respondió Blanquerna—, o darme doctrina como le pueda más amar, honrar y servir, muy agradables me serán vuestras palabras: mas no me entretengáis con estas vanidades y dejadme discurrir mi viaje mientras que tarda mi madre en despedirse de la vuestra.

9. —¿Cómo podréis —dijo Cana— soportar hasta la muerte vida tan austera en las selvas y cómo se os hace tan fácil aguantar lo que tal vez no podréis sufrir? —¿Quién dio valor —respondió Blanquerna— para sufrir trabajos y tormentos a Santa Catalina, a Santa Eulalia, a Santa Margarita y otras vírgenes y mártires, que por amor de mi amado Señor Jesucristo fueron atormentadas, colgadas, quemadas y muertas? ¿Y si aquellas doncellas mozas, tiernas, y mujeres frágiles, con la gracia de Dios, padecieron tanto y aun deseaban padecer más, yo, que hoy hombre, no sabré tolerar en el eremitorio hambre, sed, frío, calor y miedo por amor de Dios? ¿Y no será en mí virtud, sin comparación mayor, confiar en la providencia divina en el desierto, que si en esta ciudad pusiese mis esperanzas en la asistencia a mis padres y en las riquezas de este mundo?

10. —Muchas veces acontece —dijo Cana— que, hallándose el hombre entre sus parientes y amigos, se resuelve animoso a emprender alguna grande obra o hazaña por donde pueda ganar aplauso y premio; pero cuando después siente el trabajo, desmaya y retrocede de la empresa que pensaba llevar a cabo. Así, cuando vos en el desierto experimentareis el rigor de vida y lo extraño y ruin de las viandas, os arrepentiréis de haber dejado a vuestros padres, parientes y amigos, y, hallándoos sólo entre fieras, mudaréis de parecer, temeréis lo que ahora no teméis.

11. —Señora —respondió Blanquerna—, yo voy a los bosques a contemplar a mi Señor Jesucristo y a su gloriosa Madre la Virgen María. Llevo por compañeras la fe, la esperanza, la caridad, la justicia, la prudencia, la fortaleza y la templanza. Necesito la fe para creer los artículos de nuestra santa fe católica, apostólica, romana, para vencer las tentaciones que causa la ignorancia. Llevo la esperanza para esperar y confiar en la fuerza y ayuda de aquel que sólo puede ayudarme. La caridad lleva mi corazón a las selvas, y ella me hace parecer que esta ciudad y demás poblaciones sean unos despoblados. Con ella lo puede todo el hombre y todo lo vence. La justicia me obliga a volver a Dios el cuerpo y el alma, porque es Criador y Bienhechor mío y de cuanto tiene ser. La prudencia me da a conocer y menospreciar al mundo, caduco, lleno de engaños y errores, y me hace desear la eterna bienaventuranza. La fortaleza, con la fuerza del Altísimo, alienta mi corazón para sufrir por su amor cualquier trabajo. Llevo conmigo la templanza, como señora de mi boca, de mi apetito y de mi vientre. En caso, pero, que yo en el desierto no pudiese usar de estas virtudes, sería preciso restituirme a casa; y si allá no pudiese sufrir hambre, sed, frío, calor, desnudez, temor, pobreza y tentaciones, ¿cómo me socorrerían las virtudes y sus obras?, sin las cuales ni pudiera ni quisiera vivir en aquellos ni en otros parajes. Vos, señora —prosiguió—, queréis espantarme con lo mismo que deseo padecer por amor de quien padeció por mi amor mayores trabajos que los que vos me ponderáis. Sabed que el deseo de pa-

decer éstos y muchos más me saca de mi patria y me lleva a donde los pomezca, y no es mi gusto vivir ni habitar donde me falte ocasión de padecer.

12. —Mucho me gustan vuestras palabras —dijo Cana—, por lo que quisiera siempre estar con vos: llevadme en vuestra compañía y hagamos juntos penitencia en donde os pareciere. —No conviene —respondió Blanquerna— que ni vos ni otra persona me acompañe; ni quiero más compañía que de Dios, de los árboles, de las hierbas, de las aves, de las fieras, de las fuentes y aguas; de los prados, de las riberas, del sol, de la luna y de los astros; pues nada de todo esto impide a mi alma el contemplar y entender a Dios.

13. —Señor —dijo Cana—, siendo yo vuestra compañera, si por acaso alguna vez sentís estímulos de la carne, tendréis con la resistencia mayor mérito y seréis más contrario a la lujuria, vicio tan abominable a Dios. Si vencéis vuestra carne, será mayor vuestra fortaleza. Si tenéis confianza de sujetarla, será mayor vuestra esperanza. En aquello en que podáis haber mayor mérito, será mayor vuestra sabiduría, y venciendoos a vos mismo, mayor será en Dios vuestra caridad. Por estos y otros motivos debéis admitirme por compañera. —Prohibido está por ley —respondió Blanquerna— el tentar a Dios; ni debe el hombre tentarse a sí mismo en la forma que decís, pues tiene esto resabios de soberbia y vanagloria y peligra mucho por la flaqueza con que quedó por la culpa. Cuando el hombre se halla casualmente en la ocasión, que use de las virtudes como decís, esto sí; pero yo, por cuanto hay en el mundo, no os llevaría conmigo; lo que os aconsejo es que dejéis el mundo y entréis en algún monasterio de religiosas, para memorar, entender y amar la santa virtud de Dios, para meditar la vileza de este mundo y la gloria eterna del otro.

14. —Entonces —dijo Cana—, en el principio de nuestra plática, el amor me inclinaba a amaros por el donaire y gentileza de vuestro cuerpo; mas ahora, con vuestras palabras, subió mi alma a amar vuestras virtudes. Mudado he mi parecer; ilustrado habéis mi alma con la virtud divina, y mi cuerpo habéis entregado a Dios. A Jesucristo me habéis dado por esposo, lo que no imaginaba cuando deseaba ser vuestra esposa. —Mientras que la doncella así hablaba, las madres estaban escuchando. Mucho le pesó a Anastasia lo que su hija acababa de decir, por lo que dijo a Aloma: —Señora, no sufriré yo que hable más Blanquerna con mi hija—. Y luego entraron en la pieza donde estaban los dos y cesó el razonamiento.

15. Despidióse Blanquerna de Cana, y el amor sencillo, sin rebozo, la obligó a decirle llorando en presencia de las dos estas palabras: —No me olvidéis en vuestras oraciones, Blanquerna, pues vuestra persuasión me hace semejante a vos en el deseo de servir a Dios. Esta casa ha de ser para mí el eremitorio que vos vais a buscar. —Instruyóla Blanquerna en el modo de guardar con cuidado las siete virtudes y el estado virginal toda su vida. Restituyóse a su casa con su madre, y ésta refirió a Evast el motivo que había tenido de llevar a su hijo a casa de Anastasia y lo que entre él y Cana había pasado. Mandó Evast que no se impidiese su viaje, porque era obra de Dios, y de temer mucho el querer impedir a los que están resueltos a servirle.

16. Toda la noche estuvieron los tres en el oratorio. Los llantos y los coloquios que entre sí tuvieron, ¿quién los podrá explicar? Las devotas palabras que dijo Blanquerna de Dios y de su gloria en aquella noche, ¿quién las sabrá referir? Las bendiciones que sus padres le dieron, ¿quién las podrá escribir? ¿Y quién podrá oír sin lágrimas los devotos coloquios de los tres?

CAPÍTULO VII

DE CÓMO EVAST Y ALOMA ACOMPAÑARON A SU HIJO BLANQUERNA

1. Al otro día, oída misa, llamó Evast a sus parientes y amigos para que viniesen a honrarle acompañando a su hijo. Cuando estuvieron todos juntos en su casa, les refirió cómo la divina bondad había enamorado a Blanquerna para hacerse ermitaño y contemplar la virtud de Dios en las selvas y lugares inaccesibles. Pasmados se quedaron todos al oír esto, y rogaron a Blanquerna no se ausentase, por no desconsolar a sus padres con su ausencia, diciéndole que todos le mirarían como a su jefe y caudillo, después de la muerte de su padre, como hasta aquí lo habían hecho. Pero Evast les dijo no le hablaran más en aquella materia, porque tan arraigada tenía la divina inspiración, que por un mundo entero no dejaría su viaje. —Padre y señor mío —dijo Blanquerna—, para sacudir de mí la vanagloria o para que la gente no atribuya a pompa la honra que vos y estos señores quieren hacerme, y aún más, porque soy indigno de ellas, si os parece, en casa me despediré de todos, y con vuestra bendición y la de Dios me partiré secretamente.

2. —Hijo —respondió Evast—, por el decir vano de la gente no hemos de dejar de dar un buen ejemplo, como tú le das a todos nosotros, pues que con ir a servir a Dios despreciando el mundo, da el hombre un buen ejemplo de sí mismo. Más monta el buen ejemplo que tomará la gente buena que no lo que dirán los fatuos, y con esto quedarás más esforzado y opuesto a vanagloria y resistirás con más valor las tentaciones de salir de tu eremitorio.

3. Acompañáronlo sus padres y otras muchas personas, y corriendo por la ciudad la voz de su partida, le dio muchas bendiciones todo el pueblo y a no pocos pecadores remordieron sus conciencias, cuando muchos justos se alentaron a aumentar sus buenas obras, aplicándose más al servicio de Dios. Muchos se lastimaron de Evast y Aloma, pues pensaron no habían de ver más a su hijo. Compadeciéronse de los trabajos y vida rígida que de preciso tendría en la soledad, en donde le había de faltar lo necesario para el sustento de la vida corporal.

4. Era entonces Blanquerna mozo galán, blanco, rubio, y colorado y muy agradable a la vista, porque la Naturaleza le había dotado de todas aquellas facciones que sirven de halago a los ojos. Su alma estaba colmada de virtudes y en su rozaón moraba día y noche la memoria de la grandeza de Dios. El santo propósito que deseaba cumplir su voluntad encen-

día en amor de Dios a cuantos le miraban, de modo que por la piedad y devoción que en ellos excitaba, enternecido el corazón, se explicaba en ágrimas sentidas.

5. Cuando Blanquerna, con toda la comitiva, estuvo fuera de la ciudad, rogó a sus padres y a los demás se sirviesen dejarlo solo. Pero su madre dijo no lo haría hasta entrar al bosque adonde iba. Del mismo parecer fue su padre con los demás. Por el camino le preguntó Evast el motivo principal que había tenido en dejar el mundo y hacerse ermitaño. —Señor —respondió Blanquerna—, quiso Dios que me aplicaseis a la teología y a otras ciencias que me dieron conocimiento de Dios, quien por lo que obra su virtud en las criaturas se representa, y como este mundo es grande estorbo para contemplarle y considerar su encumbrada virtud, por esto le dejo y me retiro a los montes y desiertos. Conmigo llevo todo lo que aprendí; solitario quiero vivir, para que nada me impida el memorar, conocer, amar, alabar y bendecir a Dios con lo que sé. Esta es, señor, la razón principal y la que más ilumina mi entendimiento y me convence para dejar el mundo, a vos, a mis parientes y amigos. Otras tengo sin ésta, y la una es que apenas veo en el mundo quien hago lo que debe, o lo que puede, en conocer, amar, honrar y servir a Dios, su Señor y Criador, ni quien le agradezca los beneficios recibidos y los que recibe cada día; antes ya casi el mundo todo va revuelto en engaños, trampas, errores y vanidades; por esto, señor, estimo más vivir entre las fieras, árboles y aves, que no tienen culpa, que entre hombres ingratos a los beneficios que han recibido y reciben de Dios nuestro Señor.

6. Dichas estas y otras razones que sería largo de contar, rogóle Aloma un favor. —¿Qué favor, madre? —respondió Blanquerna—. En caso que yo pueda sin estorbo mi viaje, gustoso lo haré; cuando no, perdonad, señora. —No pido tal —dijo la madre—; lo que te pido puedes hacerlo sin dificultad ni embarazo. —Pues, señora, como madre, bien sabéis que no reservé cosa en mí que no esté sujeta a vuestra voluntad, mientras no contraviniera a la voluntad del que me enamoró, en pesar y considerar sus honores. Si lo que me pedís se conviene con su voluntad, otorgado y concedido está. —Hijo —dijo la madre—, lo que te pido es que antes de morir vuelvas a habitar un poco en mi compañía; después pasarás otra vez a tu eremitorio, o si no, me envíes por lo menos algún mensajero, quien me dé noticias de tu morada, y yo iré a verte y a estar contigo el tiempo que te fuese de gusto mi compañía. —Bien entendéis, señora —respondió Blanquerna—, que no tengo certeza ni del tiempo de mi vida ni de mi muerte, ni menos de la vuestra. Si, pues, os prometiese de venir a visitarnos en tal tiempo y muriese antes, podrías culparme de mentiroso y desleal; y si yo algún tiempo volvía, sería esto renovaros la pena que tenéis ahora de mi partida. Enviaros mensajero no es posible, porque toda mi vida, según intento, ha de ser solitaria. Y así, señora, me pedís un imposible, según la divina voluntad me mandó obedecer a sus preceptos, a que no quiero contradecir.

7. —Amado hijo —dijo Aloma—, ¿en dónde, dime, harás tu morada o en qué parte andarás? —Madre —respondió Blanquerna—, no puedo decir lo que no sé; iré por los bosques y montañas a buscar paraje en

donde haya agua y algunas hierbas con que pueda alimentar mi cuerpo. Cuál sea este lugar ni cuál esta habitación, amena o áspera, ni por dónde se va a ella, todo lo dejo en la mano y voluntad de Dios; porque él es toda mi esperanza y conformidad, todo mi deseo y amor. En él espero, en él me alegro, y con humildad le ruego me enderece al encuentro de este sitio oportuno en donde le pueda contemplar, amar y servir y honrar toda mi vida y rogarle por vos y por mi padre.

CAPÍTULO VIII

DE LA DESPEDIDA

1. Llegaron, en fin, al lugar en donde había de emboscarse Blanquerna. Pararon todos, y éste, hincado de rodillas, pidió a su padre le diese la bendición en lugar de la herencia. Arrodillado también Evast y orando, dijo: —¡Oh divina Sabiduría, que eres infinita en bondad, grandeza, eternidad, poder, sabiduría, amor y perfección! ¡Tú eres tu virtud en todas estas virtudes y dignidades sin diferencia! Adórote en ti misma y en todas tus virtudes y dignidades. A servirte y contemplarte en tus honores se encamina mi hijo. En qué lugar, yo no lo sé; más sé, Señor, que adondequiera que vaya, eres tú allá por esencia, presencia y potencia, con todas tus virtudes y poderes y con todo complemento, un Dios eterno, que lo criaste y conservas todo, y eres el fin y complemento de todo. Divina esencia que lo comprendes todo, a ti te encomiendo a mi hijo; guárdale, pues en ti puso todo su amor y esperanza. Enamórale en su servicio y dale inteligencia de tu virtud para que te ame más. Señor eterno, recibe a mi hijo y hazle perseverar toda su vida en pensar y contemplar tu gloria. No quieras, Señor, castigar mis culpas en mi hijo; y si él ha pecado, sea de vuestro gusto el que haga yo por él la penitencia. No olvidéis el gusto que tengo de que vaya a serviros, ni la pena que siento de su ausencia. Esencia simple, acto puro sin fin y sin principio, tú me diste a Blanquerna; criéle con mis flacas fuerzas, instruíle en tu servicio; virgen en cuerpo y alma te lo vuelvo y encomiendo; y en gracia de tu santa Trinidad, y con la bendición de la santa humanidad que termina en el Hijo del divino Padre, que es en ti, encomiendo a mi hijo. La Reina del ciclo y tierra, Maria Madre de Dios, con todas las vírgenes; San Miguel, con todos los ángeles; Abraham, Isaac, Jacob y San Joaquín, con todos los santos patriarcas; San Pedro y San Pablo, con todos los apóstoles; San Lorenzo y San Vicente, con todos los mártires; San Benito, San Francisco y Santo Domingo, con todos los confesores, guarden y ayuden a mi hijo. En manos de Elías y de San Juan Bautista, que fueron ermitaños, le encomiendo, para que tú, Señor, por sus méritos, le guardes y defiendas en su eremitorio.

2. Acabada esta oración, rogóle su hijo se levantase para hacerle la debida honra. Hízolo el padre, y, arrodillado Blanquerna, besóle pies y manos, y Evast le besó en el rostro, y haciéndole la señal de la cruz, con lágrimas de sentimiento, le dio su bendición y gracia.

3. Obtenida la bendición paternal, postróse Blanquerna a los pies de su madre, a quien amaba tiernamente. Atendía asimismo la madre la hermosa vista, el gentil semblante y piadoso gesto de su hijo. Constriñóles la fuerza de amor, y sin poder hablar mirábanse los dos hito a hito, derramando muchas lágrimas. Largo rato estuvieron ambos en esta postura; pero Blanquerna, que deseaba partirse, alentando su corazón, dijo: —Tiempo es que me vaya y me separe de vos; ruégoos, madre mía, me deis vuestra santa bendición.

4. Recobrada Aloma por la virtud del muy alto Señor, dijo: —Amable hijo, razón es me acuerde de la Reina del cielo, Madre del Hijo de Dios nuestro Señor Jesucristo, para que te sea patrona favorable en todas tus necesidades. —Postróse Aloma, y besando la tierra, levantando ojos y manos al cielo, dijo: —Reina y Virgen Santísima, que por tu glorioso Hijo eres en todas partes venerada e invocada: mi hijo se va solo, y no sé adónde; sé que va a servir a tu amado Hijo, a memorarle, amarle y contemplarle; quieras tú, Reina, guardarle y defenderle. Tú reinas con tu Hijo en la gloria, y tu Hijo hace partir y alejar de mí al mío, y me hace quedar sola, sin hijo. Virge y Madre bendita, amaré a tu Hijo, para que tú al mío ames, y tú amarás al mío, porque el tuyo es amado de ti. Triste está mi alma por su partida; mas tú, Reina, estás alegre en presencia de tu Hijo. No tengo más que un hijo, y me lo quita el tuyo. Oblígale a exponerse a riesgo de dar en mala gente y fieras y a vivir solo toda su vida. Le obligará a comer yerbas crudas y llegarán a ser sus ropas los pelos, los cabellos, el aire, el sol y los astros. Inclina, Señora, tus ojos y atiende cuán bello es mi hijo en cuerpo y corazón. Atiende, Señora, cómo el sol, y el viento, y la desnudez denegrirán y afearán la belleza de sus facciones. Virgen gloriosa, cuando mi hijo tendrá frío, ¿quién le calentará? Cuando estará enfermo, ¿quién le asistirá? Cuando tendrá hambre, ¿quién le dará de comer? Y si teme, ¿quién le alentará? Si tú, Señora, no le asistieses, aunque yo no te lo rogase, ¿en dónde sería tu piedad y tu misericordia? El dolor que tuviste de tu Hijo viéndole crucificado y muerto, hágate memoria de la pena que tengo viendo que el mío va a morir solo, en aflicciones y penitencias, en los bosques, y no sé en cuál parte. Si tu Hijo, señora, murió por amor sin culpa, el mío lleva sólo el amor a la muerte. De lo que comprendo de tu Hijo y del mío y de la esperanza que en ti tengo, algo útil saldrá mi hijo.

5. Otras muchas cosas decía Aloma con devoción a la Reina del cielo, en las cuales, por el exceso de amor y devoción, no guardaba orden ni modo. En este intermedio levantó Blanquerna los ojos y vio que se caía ya el sol, por lo que dijo a sus padres y a la demás comitiva que era ya tiempo de que se volbiesen a la ciudad y que él hiciese su viaje. Levantóse Aloma, y su hijo le besó manos y pies, y ella le besó en los ojos, en las manos y en el rostro; hízole sobre su cabeza la señal de la cruz y dióle su bendición y gracia. Besóle otra vez, y con lágrimas le dijo: —Dulce hijo mío, encomiéndote a la protección y defensa de la gloriosa Virgen María y de sus virtudes, por quienes son favorecidos los pecadores todos. Su madre Santa Ana y el santo varón José Abarimatía, quien pidió el santísimo cuerpo del Señor, sean en tu custodia. Santa María Magdale-

na, Santa Catalina, Santa Eulalia, Santa Engracia y las demás santas sean en tu favor y ayuda, pues a todas te encomiendo, para que seas por sus manos defendido. Y por el dolor y lástima que tengo y tendré de tu partida, pido a todo viviente que pueda valerte se apiade de ti, te ayude y defienda contra el espíritu maligno. Y tú, hijo mío, puesto que eres tan noble de corazón, persevera en tu santa vida, de manera que, por la gracia y poder de Dios, tu padre y yo podamos hallarte en la eterna gloria. Amén.—Dicho esto le abrazó y besó con muchas lágrimas, y a breve rato cayó por tierra desmayada.

6. Recibida la bendición de sus padres y recobrada Aloma, postróse Blanquerna y, levantando al cielo sus ojos llorosos y sus manos, adoró a Dios en cada uno de los catorce artículos de nuestra santa fe católica, diciendo: —Señor Dios glorioso, que eres uno en Trinidad y trino en Unidad: en ti adoro unidad de esencia y trinidad de personas, sin alguna composición o minoridad. Adoro, Señor, alabo y bendigo en tu divina esencia al Padre infinito y eterno, el cual de toda su infinita bondad, grandeza, eternidad, poder, sabiduría, amor y perfección engendró al Hijo, infinito en bondad, grandeza, eternidad, poder, sabiduría amor y perfección. A este Hijo divino y singular adoro, bendigo y alabo en sí mismo y en el Padre, y al Padre adoro en sí mismo y en el Hijo. Adoro, Señor, alabo y bendigo al Espíritu Santo, cuyo ser es, saliendo y procediendo del Padre y del Hijo, infinitamente en bondad, grandeza, eternidad, poder, sabiduría, amor y perfección. A este divino Espíritu adoro en sí mismo, y en el Padre y en el Hijo; y al Padre y al Hijo adoro en el divino Espíritu; y las tres personas y virtudes esenciales dichas adoro en la esencia y en la unidad; y la esencia y unidad adoro en las virtudes personales. Señor Dios glorioso —prosiguió Blanquerna—, adórote como a Criador, que criaste de la nada al mundo y todo lo contenido en él, para que fueras conocido y amado en tus obras y nosotros fuésemos en tu gloria partícipes de tu bienaventuranza. Adórote, Señor Dios todopoderoso y misericordioso, como a recriador y bienhechor que sólo puedes perdonar pecados y restituir la gracia espiritual a los ángeles y a los hombres. Adórote, Señor Dios verdadero y glorificador de los santos, en tu interminable gloria, adonde por tu infinita bondad, grandeza, eternidad, poder, virtud y misericordia nos quieras elevar y acoger a la fin de nuestros días, pues que a causa de nuestras culpas no tenemos méritos propios condignos de ello. Adórote, Señor Dios, como a Criador y Salvador que eres, en tu santa concepción, por obra del Espíritu Santo, en las virginales entrañas de la humilde Virgen María, por la cual quedaron unidas las dos naturalezas, divina y humana, en una persona llamada Jesucristo. Adórote y bendígote, Señor, en tu santo y glorioso nacimiento, en que saliste Dios y Hombre, y en la virginidad de tu santísima Madre María, Señora nuestra, siempre virgen, antes del parto, en el parto y después de él, sin algún genero de corrupción. Adórote, Señor, en tu pasión y muerte que padeciste en la cruz para redimir al linaje humano. Adórote, Señor, en tu santísima alma, que bajó a los infiernos para sacar las almas de los santos padres, esto es, de Adán, Noé, Abraham, Moisés, David, y los demás santos patriarcas y profetas, que tanto tiempo habían deseado tu santo advenimiento. Adórote, Señor,

en tu gloriosa resurrección, porque quisiste resucitar y, glorificado, aparecer, primero que a ningún otro, a tu santísima Madre, para que le sirviera de consuelo y a nosotros de señal de nuestra resurrección. Adórote, Señor, en tu admirable ascensión, cuando por tu virtud propia subiste al cielo a sentarte a la diestra de Dios Padre. Adórote, Señor, y te temo, porque en el día del juicio universal has de venir a juzgarnos a todos, buenos y malos, a los buenos para darles gloria sin fin, y a los malos para conderales a eternos tormentos.

7. Habiendo Blanquerna adorado a Dios en los sobredichos catorce artículos, adoró y bendijo a la Virgen María, a los ángeles, a los apóstoles y a todos los santos del cielo, y púsose bajo la protección y amparo de Dios y de toda la corte celestial. Hizo gracias a Dios y a todos los santos y rogó mucho por sus padres. Tan devota era su oración, que todos los de su comitiva lloraban y pedían con clamores a Dios lo dirigiese y guardase siempre.

8. Concluida que hubo Blanquerna su oración, después de haber pedido a sus padres perdón de la pena y trabajo que por causa suya padecían, tomó el humilde y grosero vestido de un criado de la casa de su padre y dióle el suyo rico y delicado. Tomó siete panes, en memoria de las siete virtudes que deseaba tener toda su vida, santiguóse y, dirigiendo hacia el bosque sus pasos, empezó su camino, diciendo: —En nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo un Dios esencia quien sea principio medio y fin de todo mi viaje.

9. Evast, Aloma y los demás se detuvieron a mirarle hasta que, emboscado, le perdieron de vista. Entonces la madre dijo: —¡Ay, triste de mí, perdido he de vista a mi hijo, a quien no veré jamás en toda mi vida! Con grande sentimiento, suspiros y llanto, se volvieron todos a la ciudad hablando de Blanquerna y de la mucha devoción que Dios le había dado sobre cuantos hombres habían visto.

CAPÍTULO IX

DEL MODO CON QUE EVAST Y ALOMA ARREGLARON SU VIDA

1. Al otro día, oída misa, quedaron Evast y Aloma solos en su oratorio, tratando largamente del estado de su vida. La regla que habían de observar toda su vida la ordenaron en la forma siguiente. Primeramente determinaron de encomendar todos sus bienes a algún religioso lego fiel, quien, sacando sólo lo preciso para el consumo de la casa, repartiese lo demás entre los pobres de Jesucristo. Resolvieron vestirse de humildes y honestas vestiduras; de comer carne sólo tres días de la semana; de no vestir lino, ni dormir en lienzo; de no conocerse carnalmente; de levantarse a la madrugada a rezar; de oír misa cada día, después de la cual continuasen la oración o hablasen de Dios; de lavar, antes de comer, las manos y los pies a trece pobres, convidándoles a comer en su propia mesa con ellos, y de no salir de casa. En la noche, antes de acostarse, dispusieron examinar

muy por menudo sus conciencias, por ver si en aquel día habían faltado contra Dios o su regla, y que en tal caso, el uno diese al otro disciplina, diciendo su culpa. Esta es la regla que Evast y Aloma tomaron para guardarla por toda su vida.

2. No poco cuidado dio a entrambos el encontrar religioso a quien encomendasen todos sus bienes y rentas, pues en la ciudad no le hallaban a propósito. Aloma dijo a Evast que en tal caso nombrasen por mayordomo a alguno de sus parientes. Respondióle Evast que no convenía, porque los parientes se complacen de tales mandas y piensan y aun desean que los hagan sus herederos. Acordóse entonces de que en una abadía no muy lejos de la ciudad vivía un monje extranjero, sacerdote anciano muy ejemplar. Fue luego a visitarle, y habiendo hablando con él de su estado, rogó al abad diese licencia al monje para ser ecónomo y director suyo y de sus bienes, con que él y su mujer pudiesen guardar la sobredicha regla y tener quien les dijese misa y confesase. Otorgóle el abad la licencia que pedía para el monje, a quien nombró administrador de todo lo suyo, y así los tres tomaron la forma de vida según la regla sobredicha, lo que fue para toda la ciudad de grande edificación y ejemplo.

3. Por divina disposición cayó Evast en una grave enfermedad, de que creyó había de morir, por lo que llamó a Aloma, su mujer, y la dijo: —Señora, yo quiero con vuestro consejo hacer mi testamento, y quiero tomar vuestro parecer para acertar en ordenar y disponer de mis bienes de manera que Dios quede de ello bien servido. Y, así, os ruego me declararéis vuestra voluntad sobre lo que voy a disponer para después de mi muerte.—Vivamente se dolía Aloma de la enfermedad de su esposo y mucho lloró antes que pudiese responderle. —Señor Evast —le dijo—, por cuanto hay en el mundo, no ha de oponerse mi voluntad a la vuestra. Ordenad de vuestros bienes y de los míos como os pareciere, y disponed de mí cuanto fuese de vuestro gusto, porque en un todo tenéis rendida mi voluntad a la vuestra.

4. —Entre las cosas que por amor de Dios se hacen en el mundo —dijo Evast—, muy loable es la limosna perpetua que se da a los pobres de Jesucristo; por esto, mi voluntad es que de mis bienes se funde un hospital, en donde sean acogidos y asistidos todos los pobres desvalidos y enfermos, y que vos estéis allá para ayudar a su administración y para servir a los pobres que acudieren a él, para que por vuestros méritos Dios tenga piedad de mí pecador, conserve en su bendición y gracia a vos y a Blanquerina, y que el religioso y procurador de aquel hospital sea este santo varón que ahora nos manda, y muerto éste, se buscará otro hábil para su régimen, y se guardará este orden según las dichas condiciones.—Muy del agrado de Aloma fue esta disposición, y respondióle que estaba pronta para obedecer a todos sus mandatos. Dispuso Evast el testamento como queda dicho, dejando el hospital bajo la protección del príncipe, y del obispo, y de los regidores de la ciudad, según la sobredicha forma. Y mandó que después de muerto fuese su cadáver llevado a la iglesia humildemente, sin pompa ni vanidad, y que no se le cubriera con púrpura ni telas de oro, ni acompañara con llanto su parentela, ni se diera señal alguna de tristeza más de lo que exige el curso natural, y la voluntad de Dios.

5. Confesóse para morir y recibió el sagrado cuerpo de Jesucristo, en cuya presencia dijo estas palabras: —Adórote, verdadera carne y cuerpo de Jesucristo, que te haces presente a mis corporales ojos bajo la especie de pan, en que, mirándote con los ojos de la fe, te reverencio. Adórote, Hijo de Dios vivo, que en la santa cruz padeciste en este mismo cuerpo que glorioso espiritualmente miro, a quien te juntaste y uniste. Este glorioso cuerpo representa a mi alma tu infinito poder, quien, bajo la especie de pan, hace existir la verdadera carne y verdadero ser humano, y tu grande humildad y benignidad le presenta a los ojos de este ingrato y horrible pecador para comunicarle gracia y bendición. En su glorioso y glorificado cuerpo confío y espero; pídotte perdón, y quiero recibirte según todo tu poder, para que tú, Señor Dios mío Jesucristo, me recibas en tu soberano reino, para conocer y contemplar tus virtudes, y en tu virtud y por tu virtud quede libre de las manos de mis mortales enemigos. Amén.

6. Habiendo Evast recibido el sacratísimo cuerpo de Jesucristo y hecho cuanto toca a un devoto y fiel cristiano, se durmió, y por virtud de Dios y por los méritos de Aloma y Blanquerna, que oraban cada día por Evast, restituyóle Dios la salud, y convalenció enteramente. Hallándose, pues perfectamente sano, y vuelto a su prístino modo de vida, sucedió un día que, buscando una carta en su arca, encontró con el testamento que había hecho y lo leyó. Largo rato pensó en el bien que de su muerte había de seguirse por lo que mandaba en él, y, llamando a su esposa, le dijo: —Señora, si yo hubiera muerto, escrito veo el bien que a los pobres de Jesucristo hubiera venido de mi muerte; no es razón que, por haberme Dios alargado la vida, reciban daño o perjuicio aquellos a quienes se da limosna por su amor, y así me parece razón que cumplamos el testamento en vida, que quizá, faltando nosotros, no serán los albaceas tan diligentes como nosotros, y podría ser tal vez Dios abreviara nuestros días, para que no esté entretenido tanto bien como se espera de la fundación del hospital y de lo demás ordenado en el testamento.—Muy bien pareció a Aloma la propuesta de su marido, y respondióle que estaba resignada su voluntad en aquello y en todo cuanto dispusiese.

CAPÍTULO X

DEL HOSPITAL

1. Luego vendió Evast su casa, de que le pagaron crecida cantidad de dinero, y en un paraje de la ciudad muy a propósito levantó un famoso hospital, que alhajó muy bien y dotó de sus rentas. Largo tiempo le habitaron ambos consortes, sirviendo a los pobres de Jesucristo; esto es, Evast a los varones, y Aloma a las mujeres. Cumpliendo con los enfermos, siendo ya hora de comer, ambos a dos iban a pedir por amor de Dios lo preciso para el sustento de aquel día, o tal vez comían con alguno que por caridad los convidaba. No disfrutaban cosa del hospital, pues, gozando ellos de salud, querían sirviese todo para los enfermos y para los demás que no

podían buscar limosnas, y así pedían los dos cuanto era necesario para su sustento.

2. Era su vida muy ejemplar, y por sus méritos hizo Dios muchas gracias y favores en aquella ciudad a muchas personas, y por las oraciones de entrambos curaba Dios a muchos de aquel hospital. De aquí se reducían muchos a hacer penitencia de sus pecados y por su ejemplo entraban otros en religión; y, en fin, cuanto hacían los dos servía de regla y ejemplo, exhortación y remordimiento a cuantos atendían su santa vida, que ponía freno a los pecadores para refrenar y mortificar los siete pecados mortales, según veremos en los siguientes capítulos.

CAPÍTULO XI

DE LA GULA

1. Después de haber servido a los enfermos del hospital, salieron en cierta ocasión Evast y Aloma a buscar de limosna su comida. Al pasar por una calle vecina al palacio episcopal encontraron al obispo, que, acompañado de muchos clérigos y canónigos, venía a pasearse a caballo por el campo para vivir más sano y comer de más buen gusto. Este ejercicio solía hacer el obispo cada día muy de mañana, y en volviendo hacía cantar la misa y después se iba a comer. Cuando éste vio a los dos consoites, los convidó a comer, y así comieron con el obispo aquel día.

2. Acabada la comida, estando ya para dar gracias a Dios, un rico hidalgo, el mismo que había comprado la casa de Evast, regaló un pavo lardado al obispo, que todavía se estaba sobre la mesa. Volvió éste a comer, y le dio a gustar a los dos convidados, quienes humildemente, como pobres, estaban sentados en el suelo delante del obispo. Todos comieron del pavo, a excepción de Evast y Aloma, que no lo quisieron gustar, y preguntándoles el obispo por que no comían del pavo, respondió Evast: —Señor, ordenación y voluntad de Dios es que el hombre coma para satisfacer su cuerpo, según lo necesita, y no es ordenación ni voluntad de Dios que el hombre coma lo que el cuerpo no necesita, porque puede serle ocasión de enfermedad o muerte, que concuerda con la gula, que se opone a la templanza; y como nosotros ya hemos satisfecho al cuerpo lo que basta, por eso no queremos comer pavo ni otra vianda alguna que se oponga a la voluntad de Dios y al templanza, ni exponernos a peligros de enfermedad o muerte.

3. Mucho discurrió el obispo en todo aquel día sobre la respuesta de Evast, acordándose de su nobleza y estado honorífico que tenía antes, cómo los dos consortes habían dejado el mundo y vendido su casa, que era una de las mejores, más ricas y más antiguas de cuantas había en aquella ciudad, y cómo la había comprado el mismo que le había regalado el pavo. Mientras el obispo consideraba todo esto y el gran bien que los dos consortes hacían, sintióse algo indispuerto el estómago por haber comido demasiado, por cuya demasía había enfermeda ya muchas veces.

Haciéndose, pues, cargo el obispo del modo de vivir de Evast y de Aloma, se reprendió a sí mismo y túvose por culpable, y de allí en adelante cantaba misa antes de ir a paseo, y de esta manera venció el vicio de la gula que le tenía antes sujeto. Y con tal constancia se ejercitó en la virtud de la templanza, que con ésta adquirió después las demás virtudes y vivió muchos años con salud e hizo mucho bien en el obispado.

CAPÍTULO XII

DE LA TORPEZA

1. En la misma ciudad en donde Evast y Aloma hacían vida penitente aconteció que un viejo lujurioso se casó con una mujer moza, y otra ya casi vieja, que vivamente deseaba tener marido, se casó con un joven muy bizarro, quien convino porque ella era muy rica. La mujer moza y el marido mozo eran vecinos, y se veían y trataban con chanzas muy a menudo. El demonio, que se esfuerza cuanto puede en inducir a los hombres a pecar, hizo de manera que los dos cayeron en pecado de lujuria. Mientras vivían con esta mala correspondencia, sucedió que el viejo, el mozo y sus mujeres fueron a la iglesia un día de fiesta a oír misa, y al tiempo que la oían, se levantó una muy recia tempestad de lluvia. Estaban puntualmente en aquella misma hora Evast y Aloma a las puertas de sus casas, pidiendo limosna por amor de Dios, como solían. De cada una de las dos casas salió una criada con capotes, chancletas y sombreros, que llevaban a la iglesia para sus amos y señoras. Dijo la una a la otra: —Demos, hermana, limosna a estos pobres, para que nos lleven esta ropa a la iglesia sin que nosotras nos mojemos.—Convino la otra, y así lo ejecutaron.

2. Evast llevó el recado para los hombres y Aloma para las mujeres a la iglesia, que estaba toda llena de gente, y a vista de todo el mundo cumplieron con el mandato. Mucho se maravilló el auditorio, y en particular éstos, a quienes se dirigía este tan solemne acto de humildad. Y como su santa vida y antigua nobleza era en la ciudad bien notoria, el hombre joven y la mujer moza propusieron dejar su mala correspondencia, y la vieja se arrepintió de la intención con que había tomado marido mozo, y lo mismo hizo el viejo, amando cada uno la caridad por el buen ejemplo de Evast y de Aloma.

CAPÍTULO XIII

DE LA AVARICIA

1. Pasaban un día por la plaza los dos consortes buscando quien les diese de comer, y no encontraron. Vivía a la sazón en este puesto un cambiador de moneda, hombre muy rico y codicioso sin medida, quien tenía de-

lante gran cantidad de dinero. Rogáronle ambos consortes que, por amor de Dios, les diese de comer o algún dinerillo para mercarlo. El cambiador, que era muy avariento, les respondió se fuesen muy en hora buena, que ni lo uno ni lo otro les daría; y, levantándose de la tabla, se fue en casa de un zapatero a calzarse unos zapatos.

2. Prosiguiendo Evast y Aloma en buscar la limosna, acertaron a pasar por casa del zapatero adonde el cambiador avaro se calzaba. Llamóles el zapatero y díjoles: —Hermanos, hora es de comer; yo no soy rico, pobre soy, tengo hijos y mujer, que vivimos de mi trabajo; un pedazo de carne hay en mi olla y un dinerito de vino puedo comprar; el pan que tengo no basta para todos; por amor de Dios, os ruego que uno de vosotros se quede a comer conmigo y lleve su parte de lo que Dios me ha dado a ganar.

3. Evast dijo entonces a Aloma se quedase a comer, que él iría a buscar a otro que se lo diese; pero Aloma, que amaba y honraba mucho a su marido, respondió que más razón era que él se quedase allí, que ella buscaría en dónde comer. Caridad y amor ardían en los corazones de entrambos, y vivamente se compadecía el uno del otro, porque hacía recio viento y lluvia y con mucho trabajo iban por las calles buscando limosna por amor de Dios. Mientras estaban en esta amorosa contienda, Evast mandó seriamente a su esposa se quedase allí. Y, como ésta siempre había sido obediente a su esposo, se quedó, y Evast se fue a buscar donde por amor de Dios le diesen de comer.

4. Al tiempo que todo esto sucedía, el cambiador consideró su gran riqueza y pensó en la muerte y en la divina justicia, y dijo allá en su corazón estas palabras: “¡Oh mezquino y desdichado, cómo hasta hoy viste ciego en ti mismo! ¡Cómo eres siervo y esclavo de la avaricia! ¿Qué vale tu dinero y tu riqueza sin caridad? ¿Adónde está el agradecimiento que debes a Dios por los bienes que te ha dado? Cuanto tienes no vale tanto como la buena voluntad que este pobre zapatero enseña con los amigos de Dios, ni con todo tu dinero puedes comprar la recíproca caridad de Evast y de Aloma.” Una y muchas veces pensó el cambiador en el amor y santa vida de estos casados, y por el buen ejemplo que ellos daban de sí mismos y por la buena voluntad del zapatero salió aquel de la servidumbre del pecado de la avaricia, en adelante fue manirroto y liberal con los pobres de Jesucristo y por la virtud de la liberalidad adquirió para sí muchas otras virtudes.

CAPÍTULO XIV

DE LA SOBERBIA

1. En ocasión que Aloma comía en casa del zapatero, Evast buscaba en dónde comer, y acertó a pasar por casa de un hombre rico, soberbio y presumido. Era éste un mercader de paños que hacía a sus parientes y amigos un espléndido convite y deseaba casar una hija suya con un caba-

llero muy principal de aquella ciudad. Vio Evast a la puerta muchos pobres, que esperaban limosna de las sobras de la mesa; mezclóse con ellos, y los alentó y consoló en su pobreza, haciéndoles memoria de la pobreza y humildad de nuestro Señor Jesucristo y de sus apóstoles, que tanto amaron la mendiguez.

2. Después de haber comido señores y criados, sacó uno de éstos las sobras de mesa y cocina para repartir entre los pobres que estaban a la puerta. Tenía cada cual es escudilla o plato y su vaso, en que recibía el vino y lo demás que por amor de Dios le daban, menos Evast, que no tenía en qué recibir las coles que le daban, ni vaso en qué tomar el vino; por esto rogó a otro pobre le hiciese la caridad de recibir en su escudilla y vaso la ración. Hicieron, pues, los dos compañía y hermandad, y comieron y bebieron juntos a la puerta de la casa del mercader.

3. Al tiempo que comían, salió el dueño de la casa con todos los convidados, los cuales, viendo a Evast sentado en el suelo entre los demás pobres, se quedaron atónitos de su humildad, porque le conocían muy bien; y de aquí el mercader abrió los ojos y conoció su soberbia en pretender casar a su hija con gente de mayor distinción; ilustróle Dios por el buen ejemplo de Evast, y salió de la servidumbre de la soberbia, y en adelante amó la humildad y dio su hija por esposa a otro mercader, su igual.

CAPÍTULO XV

DE LA PEREZA

1. En aquella ciudad, donde Evast y Aloma continuaban su modo de vida mortificada y penitente, vivía un hombre muy rico, esclavo en extremo de la pereza. Éste no era casado, ni quería casarse, y toda la riqueza que tenía no le aprovechaba a él ni a otro alguno. Todos los días se estaba en la plaza burlándose en cuantos pasaban por allí, y era tal su genio, que tenía ira y disgusto viendo a alguno hacer alguna obra buena y se alegraba y complacía cuando oía decir mal de otros, así de hombres como mujeres. Aconteció, pues, un día que, yendo este hombre a comer, encontró por la calle donde iba a Evast y a Aloma, y reparó allí que dos mujeres, a quienes éstos habían casado por el amor de Dios, estaban batallando sobre cuál había de dar de comer en aquel día a sus bienhechores, pues las dos lo pretendían.

2. Prosiguiendo su camino, llegó al hospital que Evast y Aloma habían fundado, el cual era muy capaz y bien construido, en que vivían muchos pobres y criados, que con todo desvelo les servían. Cada pobre estaba en su cama y delante de sí tenía su ración. El perezoso comenzó a discurrir consigo el gran bien que Evast y Aloma hacían por amor de Dios cada día, y quiso examinar en su conciencia si él había hecho algún bien por amor de Dios con tantos bienes que Dios le había dado. Después de largo examen, no pudo encontrar que jamás hubiese hecho tanta limosna como era una ración sola de las que tenían delante de sí aquellos pobres enfermos.

3. “¡Oh ingrato y desconocido pecador —dijo consigo entonces—, y qué grande injuria has hecho a los pobres de Jesucristo en todo este tiempo! ¿Adónde son tus buenas obras y los méritos que de ellas se te esperan después de tu muerte para que presenten tu alma al Señor de cielo y tierra, que la crió para su servicio, y la defiendan del mortal enemigo que después de tu muerte la aguarda para llevarla al fuego eterno del infierno? ¡Ay de mí, mezquino, enfermo estoy! ¿Y qué enfermo hay en este hospital como yo?” Mientras que entre sí decía esto, reparó que en el fondo de la sala había dos camas de sarmientos dispuestas con un pobre jergón, y en cada una una manta grande. Fué este hombre a una de las dos y, quitándose la ropa, se echó en ella, diciendo a los sirvientes del hospital que le diesen de comer, pues estaba enfermo y había venido allí a curarse.

4. De todo cuanto quiso comer y beber le dieron a este enfermo pere-zoso, quien se estuvo en la cama hasta que Evast y Aloma se retiraron a dormir. Encontróle allí Evast y le dijo: —Hermano amigo, ¿quién sois, que os habéis echado en mi cama? Dejad ésa, y tomad una de las otras, que son mejores. —Señor —respondió el enfermo—, no pienso levantarme de esta cama hasta que esté sano. —Pues ¿y qué enfermedad es la vuestra? —le preguntaron ambos. Dijo el enfermo: —Señores, el pecado de acidia tiene mi alma encarcelada, de manera que no me da licencia de hacer algún bien de los bienes que Dios me ha recomendado, y creo y confío que por vuestras oraciones me sacará Dios de esta servitud en que estoy y quedará libre de su poder tiránico.

5. Respondió Evast que ni la acidia ni otro ningún pecado tiene tanto poder como es quitar el libre albedrío que Dios ha criado en el hombre, con tal fuerza y virtud, que por ningún pecado puede ser superado ni vencido. Pero, puesto que tenéis fe en nuestras oraciones, aunque no somos dignos de ser oídos, rogaremos a Dios que por su bondad os avive la memoria de su virtud y honor en la sagrada pasión de Jesucristo y en la viveza y brevedad de la vida humana, para que en adelante le sirváis con bienes y persona todo el tiempo de vuestra vida.

6. Muy devotamente y con gran contrición se arrepintió este enfermo y oró a Dios junto con Evast y Aloma, y, concluida la oración, se halló libre de la enfermedad de acidia, y rogó a entrambos le llevasen al altar que estaba dedicado a San Andrés, en cuya presencia se arrodilló y se ofreció a Dios con todos sus bienes, diciendo quería servir en el hospital por toda su vida.

CAPÍTULO XVI

DE LA ENVIDIA

1. Vivía en la misma ciudad un hombre muy rico, el cual en otro tiempo quiso comprar la casa de Evast. Esta, sobre ser muy bella, lograba la situación en un paraje tal, que siempre que aquel rico salía de la suya daba motivo con su vista de codiciarla más, llegando a tal extremo, que pasó a tener odio mortal al dueño que la habitaba, ocupando lo más del día en maquinan medios con qué adquirirla.

2. Mientras estaba así arraigado el odio en el corazón de este hombre, fue Dios servido de llevarse a mejor vida al que había comprado la casa de Evast, y concurrían a la puerta muchos pobres aguardando limosna, como es costumbre hacerla por el alma del difunto después de haber dado a su cadáver sepultura, y entre ellos estaban Evast y Aloma, esperando recibirla por amor de Jesucristo.

3. Grande ejemplo de humildad tomaron en esta ocasión todos los que habían acompañado el cadáver del difunto, viendo a Evast y Aloma estarse allí entre los pobres esperando la limosna, y encarecieron y alabaron mucho su modo de vida. Entonces el envidioso, que oía la conversación, acordándose de su pecado, dijo consigo mismo:

4. “¡Oh fatuo y sin juicio! ¿Y qué le vale ahora esta casa a su dueño? ¿Quién de los dos es más aplaudido, el que ha poco murió o Evast, que la vendió y de su precio edificó el hospital, en que se hace tanta limosna? Culpable envidioso, dime: ¿qué culpa tenía este hombre que ahora ha muerto para que, sin motivo, tanto tiempo le miraras con mala voluntad y sobrecejo? Desgraciado, ¿cómo podrás satisfacer por este pecado, que tanto tiempo te ha tenido a las puertas del infernal fuego, que nunca deja de atormentar a los que viven en el pecado de envidia? ¿Encontrarás, por ventura, algún medio para echar de ti a la envidia?”

5. Al tiempo que así discurría, reprendiéndose del pecado en que estaba, resolvió hacer, mientras duraba esta buena disposición, alguna acción tan señalada, que le mereciese con Dios el estar de manera confirmado en la caridad y en la virtud, que en adelante no le dominase la envidia. Por lo cual, viendo que todos aquellos caballeros que habían venido a honrar al difunto estaban para despedirse, les dijo estas palabras:

6. —Señores míos, que habéis venido a honrar al que era dueño de esta casa: por amor de Dios os ruego me acompañéis hasta mi casa, y vengán también Evast y Aloma con nosotros.—Siguiéronle todos, y, llegando al portal de su casa, mandó abrir las puertas, y en medio de la calle, en presencia de todos, confesó su envidia, puso a Evast y Aloma en posesión de su casa, que era muy rica, y con alta voz dijo que hacía de ella donación y entrega al hospital, y declaróles también todas aquellas palabras que en los adentros de su corazón había dicho de sí mismo, a fin que tuviese más ocasión de ser enemigo del pecado de la envidia y más amigo de la caridad y para que quedase más castigada su culpa.

CAPÍTULO XVII

DE LA IRA

1. Mucho tiempo había que estaba en el hospital de Evast un enfermo padeciendo una úlcera fistulosa en la pierna, que le consumía por no poder curar de ella perfectamente. Un día que sobremanera le dolía, viendo cuán largo tiempo había que duraba la enfermedad, se encolerizó de modo que, a más de desearse la muerte, se maldijo a sí, y al día en que había naci-

do, y a quien le había criado, y a la misma vida que gozaba. Tanto le subió la cólera, que maldijo en su corazón a Dios y a todas sus obras.

2. Mientras que el enfermo estaba con esta cólera, el cirujano le estaba curando, y Evast, que de costumbre allí asistía, le ató las vendas a la pierna y, puesto de rodillas, le besó los pies, como solía.

3. Por la grande caridad y humildad de Evast ilustró Dios la conciencia del enfermo, quien, conociendo su culpa y su ira, dijo consigo mismo: "¡Oh desdichado de mí, qué cosa tan rara! ¡Tú, por la ira en que estás, eres enemigo de Dios y de sus obras, y Evast piensa servir a los siervos de Dios y sirve a un esclavo del demonio!" Pasmóse Evast al oír esto y le preguntó qué significaban estas palabras.

4. —Señor —respondió el enfermo—, tanta es la ira de mi corazón por la enfermedad en que me hallo, que más estimaría morir que vivir; y tan apoderada está de mí esta ira, que me hace maldecir a Dios y a mí mismo y a todo cuanto hay. Pero vuestra piedad, humildad y caridad me hacen un vivo recuerdo y memoria de mis culpas y me dan a conocer la mucha gracia que Dios me ha hecho, dándome a un hombre como Evast por enfermo. Y puesto que tanta es mi sinrazón y mi olvido, no es justo que me permitáis estar más en vuestro hospital, ni sirváis a un pecador tan grande como yo.

5. —Hermano mío y buen amigo —dijo Evast al enfermo—, Dios quiere que yo tenga mérito en serviros, y vos en tener paciencia. De aquí podéis conocer la vileza y miseria en que estamos en este mundo, pues de lo que os airáis debierais alegraros: vos estáis en este mundo para adquirir méritos, por los cuales Dios tenga razón de llevaros a gozar de su gloria. Luego cuanto más Dios os multiplica la enfermedad y el dolor, tanto más os da ocasión de que os ejercitéis en la paciencia y os acordéis de la amarga pasión que sostuvo pendiente en la cruz por vos y por todos nosotros.—Tan devotamente hablaba Evast y tan piadosamente aconsejaba al enfermo que tuviese paciencia y se arrepintiese y refrenase su ira, que en fin se arrepintió y prorumpió en estas palabras:

6. "¡Oh Dios pacientísimo y misericordiosísimo! ¡Quién había de imaginar tu gran paciencia, con la cual has vencido mi ira con tal valentía, que de aquí en adelante por todos los días de mi vida me ofrezco a tener paciencia! Y cuanto más vivamente me sujetaras a padecer y sufrir, tanto más agradable me será la vida y mucho más se me hará evidente y demostrable tu excelente señorío e inefable caridad." Estas y otras muchas expresiones hacía el enfermo, pidiendo a Dios perdón y alegrándose en su infinita misericordia.

CAPÍTULO XVIII

DE LA VANAGLORIA

1. En una solemne fiesta predicó un religioso a un numerosísimo concurso. Acompañáronle a su monasterio muchos prohombres y otra gente, de lo que quedó el predicador muy pagado, porque así reparasen aquella hon-

ra los demás frailes. Mientras iban por la calle, hacíales el predicador varias preguntas, para oír en la respuesta elogios en su sermón, y logró el deseado efecto, de que estaba muy ufano.

2. Al mismo tiempo encontraron a aquella mujer moza que Evast y Aloma, por su buen ejemplo, habían sacado del pecado torpe. A su vista, se acordó el fraile de lo mucho que había trabajado en sacar aquella mujer, que él confesaba, de tal pecado, y que su predicación y avisos no habían podido tanto como el buen ejemplo de Evast y Aloma. Aquí conoció su vanagloria, y propuso castigarla con alguna penitencia y no mezclarla jamás en sus predicaciones.

3. Pasando esto, el religioso lego que le acompañaba le dijo: —Padre, dígame, ¿de qué sermón se saca más fruto: del de la palabra o del de obras buenas y ejemplares? Respondióle que, así como el obrar bien importa más virtud y mayor trabajo que el hablar y enseñar cómo se deba obrar bien, así es mayor el fruto que el hombre saca con el buen ejemplo que con las palabras, y no ha mucho, añadió, que por buen ejemplo se convirtió una mujer deshonesta en quien no habían aprovechado ni sermones ni palabras.

4. Despidióse luego de toda la comitiva, y se fue con su compañero al monasterio, sin permitir que otro alguno le acompañara. Y, por virtud divina y el ejemplo de Evast y Aloma, se resolvió a que sus obras en adelante correspondiesen a las palabras de sus sermones.

5. En esta forma iban Evast y Aloma desterrando de las almas los siete pecados capitales. Prolijo fuera haber de referir los muchos bienes que se seguían de su santo modo de vivir. Mientras que con todas sus fuerzas servían y amaban a Dios, plugo a su divina Majestad sacar a Evast de las miserias y peligros del mundo y llamarle a su santa gloria.

6. Murió Evast al mundo y vivió para el cielo. Quedó sola Aloma, rogando cada día por el alma de su marido y para que Dios la sacase de este mundo, en caso de haber hecho cumplida penitencia. No se atrevía a afligirse por no ser inobediente a la voluntad de Dios. Consolarse no podía, porque carecía de la vista de su esposo y de su hijo Blanquerna. Vieja era por sus años y aflicciones, y ocasionábale la ancianidad muchos trabajos y dolores. Mas Dios, que no olvida a los suyos, la llamó para la gloria, en donde encontró el alma de Evast, su marido tan amado.

Fin del libro que trata del matrimonio en persona de Evast, de Aloma y de Blanquerna su hijo, con la práctica de muy buenos y particulares documentos y ejemplos.

EMPIEZA EL LIBRO SEGUNDO, QUE TRATA DEL ESTADO RELIGIOSO

. PARTE PRIMERA

CAPÍTULO XIX

DE LA CONTIENDA QUE MEDIÓ ENTRE CANA Y ANASTASIA

1. Después que Blanquerna se hubo despedido de Cana, estaba la doncella pensando muy despacio, cada día, en las palabras que éste le había dicho al despedirse y muy a menudo meditaba en la sagrada pasión de Jesucristo, teniendo de continuo fija su imaginación en los trabajos, penas y muerte cruel que Santa Catalina, Santa Eulalia y Santa Margarita padecieron con tal constancia por amor de Jesucristo y para su mayor honra y gloria.

2. Por la virtud de Dios y porque es naturaleza del pensamiento el inclinar y convertir la voluntad a amar aquella cosa que frecuentemente piensa, tuvo la doncella gran deseo de dejar el mundo y entrar en religión.

3. Viendo Anastasia a su hija tan pensativa y mudada de lo que antes era, pensó estaba enamorada de Blanquerna, y hablóla diciendo: —Querida hija mía, ¿cómo estás tan deprimida? ¿Qué es lo que tienes? ¿En qué piensas? Bien creo yo que son en Blanquerna todos tus pensamientos. Si le querías por esposo, bien puedes olvidarlo, que, como sabes, ya se ha hecho para siempre ermitaño. Si quieres marido, yo conozco en la ciudad un hidalgo honrado que tiene un hijo joven, muy gentil y bizarro, que puede ser tuyo, porque tu dote es pingüe, tu linaje generoso, tu hermosura mucha y, sobre todo, eres bien criada. Con estas calidades, bien pueden escoger el mejor de cuantos hay.

4. Preguntóle Cana si sabía cuál era el hombre en todo el mundo más bello, mejor y más poderoso, y si éste la quería por esposa, pues que ella se sentía tan rica y noble de corazón, que no sólo quería escoger el mejor de la ciudad, sino el mejor de todo el mundo. —Hija —respondió la madre—, ¿quién sabe ni puede encontrar el mejor del mundo? Ni tú eres rica ni de tan noble linaje, que reyes, emperadores o príncipes te quisieran dar a un hijo por esposo. —Si a mí, pues, me falta riqueza —dijo Cana—, honra y virtudes para ser esposa digna de algún hijo de reyes, ¿habría acaso alguno tan humilde o tan bueno que quisiese humillarse a ser esposo mío? Respondióla la madre que, si le había, no lo sabía.

5. —Pues señora —dijo Cana—, ¿habéis oído hablar de Jesucristo, Hijo del Rey del cielo y tierra y Señor de todo lo criado, que es el mejor, el más bello, el más sabio y más amable de cuanto hubo ni habrá? Tan grande es su humildad, que quiso humillarse a tomar la naturaleza huma-

na en unidad de persona; tan grande es su humildad, que la piedad y el amor le humillaron a ser pobre, a padecer y morir, para que los pecadores, que por sí nada podían, se salvaran y escaparan de las penas del infierno. Y así, madre mía —Prosiguió Cana—, a este Señor quiero por esposo, y ruego me lo deis lo más pronto, porque le quiero muy mucho. No os haga fuerza el que sea tan grande y poderoso, que más se humilló en otras cosas.

6. Disgustóse mucho Anastasia, conociendo que su hija pedía estado religioso, y hablóle mal de éste y alabó el del matrimonio. De aquí se originó entre madre e hija la cuestión sobre cuál era mejor, religión o matrimonio. La madre alababa el matrimonio diciendo que Dios le había instituido en el paraíso, y que con el matrimonio se gobierna y sustenta el mundo, porque si todos entrasen en religión, en breve quedaría el mundo despoblado, y que la religión era por el matrimonio, el cual puede subsistir sin la religión. La hija respondió que así como Dios hizo en el paraíso el matrimonio corporal, así por luz de gracia y de fe, en la religión hace un matrimonio espiritual; y que si el matrimonio es orden para que los hombres sean en el mundo, la religión es orden para que sean en el cielo. Ni porque el fruto no puede ser sin el árbol, se sigue mejor el árbol que el fruto, aunque le haya Dios criado para el fruto.

7. Mientras estaban en esta contienda, dijo Anastasia que ella también en otro tiempo había estado casi resuelta de entrar en religión, pero que algunos religiosos y religiosas se lo habían disuadido, aconsejándole que se casase; de lo cual discurría que había algunas cosas difíciles de tolerar en la religión, en el matrimonio algunos placeres muy agradables y vida descansada.

8. —Madre y Señora —respondió Cana—, no todos los que viven en religión son de un mismo parecer. El estado de sí es tan noble, que no permite que alma alguna viva en él sucia por concupiscencia vana o mala. Por esto el mayor trabajo del religioso es estar descontento de su estado y apeteer las vanidades mundanas, y su mayor placer es amar su estado, conocer que escapó las vanidades y peligros del mundo y que tiene a Dios en su corazón, y estar siempre pensando y meditando en sus honores.

9. Anastasia dijo: —Hija, aquí hay un bizarro joven, lindo caballero y muy virtuoso, según tengo entendido por su madre y otras personas, el que te quisiera por esposa, y está de ti muy enamorado. —Señora madre —respondió Cana—, ¿y este caballero que me decís es tan fuerte y poderoso que pueda perdonarme mis pecados, o curarme si caigo enferma, o darme la gloria celestial y, si hay hambre o carestía, podrá darme los bienes temporales en abundancia? Vencida por estas razones, Anastasia cerró la boca, y por que su hija no se confirmase más en sus propósitos, pensó que en otra ocasión la inclinaría al matrimonio. Fué de donde estaba y asomóse a la ventana a entretenerse a ver pasar la gente.

10. Estando en la ventana, vio pasar a una doncella que el día después había de ser novia, la cual venía de la iglesia muy adornada, dando las galas a su natural hermosura mayor realce. Iba montada en un gallardo palafrén, y seguíanla a pie muchos hombres honrados y muchas mujeres; ni faltaban juglares que cantaban y tañían sus instrumentos, y

para hacerla favor, otros bailaban. Llamó la madre a su hija y díjola: —Mira qué gusto y alegría causa esta doncella en el estado que toma; mira qué honras la hacen. Aun no había acabado de hablar, cuando pasaron por la calle un difunto que llevaban a enterrar, a quien con alaridos y llantos seguía su mujer propia. —Muy afligida está, madre mía, aquella pobre mujer —dijo Cana—, por haber perdido a su marido. No respondió a esto Anastasia, antes se quitó de la ventana, porque se retirase también su hija y no atendiese más al llanto de la triste viuda.

11. Estando las dos en su cuarto, entró una criada muy llorosa y dio noticia a Anastasia de que una su comadre había muerto de sobreparto y que la había abierto para sacarle de las entrañas viva la criatura. —Madre, ¿entendéis esto? —dijo Cana—. No la respondió palabra, sino que, saliendo luego, fué a hacer duelo en casa de la difunta que se había de enterrar el mismo día. En ese intermedio pensó Cana en las repetidas persuasiones de su madre, y como temía las astucias del enemigo y la ligereza del corazón de la mujer, que fácilmente se muda, y aun [temía] que su madre no le urdiese alguna trampa para apagar su devoción que tenía de ser religiosa. Por esto, envió secretamente un recado a la abadesa de un ejemplar monasterio que había en la ciudad para que la enviase dos monjas el día siguiente por la mañana; tal hora, en que su madre sería a misa, porque tenía algunas cosas que comunicarle.

12. Hecha esta diligencia, asomóse otra vez a la ventana a ver la llorosa viuda cuando volviera del entierro de su marido. Al mismo tiempo vio a un trompeta queregonaba anduvieran todos a ver la justicia que se hacía de un hijo de un hidalgo, que llevaban al suplicio por haber muerto a un hombre. Por delante de la casa pasó el ajusticiado, a quien seguían sus padres y otra gente con incomparable dolor y lágrimas. Al mismo tiempo vio venir la doncella a su madre, que, habiendo encontrado este triste espectáculo, lloraba de piedad de la afligida madre del desgraciado joven. Llegando a casa, le dijo Cana: —Madre y señora, vuestros ojos me dicen que habéis llorado y que vuestro corazón se ha movido a piedad y devoción. ¿Habéis tenido acaso contrición o escrúpulo de haberme reprendido por la santa vocación que Dios me da de entrar en religión? —Hija —respondió la madre—, no me hables más de este punto ni pienses en tomar otro estado que el del matrimonio; cuando no, te desheredaré y apalcaré, y aun haré que tus parientes te den muchos palos y azotes. —Madre —respondió Cana—, semejante me haréis en esto a las santas del cielo, que por amor de su esposo Jesús padecieron muchas heridas, penas y trabajos en este mundo, y padeciendo así, murieron para obtener una gloria que no ha de tener fin. Y así no me amenacéis lo mismo que yo deseo y quisiera tener ya en mi corazón.

13. Toda aquella noche discurrió Anastasia cómo podría dar a su hija esposo que ella tuviese como a hijo y quienes poseyesen la mucha riqueza que su marido había mandado a Cana, su hija, y sentía perderla, en caso que ella se hiciese religiosa. Por el contrario, la hija discurrió toda la noche cómo entraría en religión. Al otro día por la mañana, estando Anastasia a misa, envió la abadesa dos monjas que acompañasen a Cana al monasterio. Y hallándose para salir de casa, porque la madre no pen-

sase que hubiese ido a algún paraje menos decente, dijo a la criada la dijese que ella estaría en el monasterio de las monjas.

CAPÍTULO XX

DÍCESE EN QUÉ MANERA CANA ENTRÓ EN RELIGIÓN ¹

1. Luego que Cana llegó al monasterio, fue recibida con mucha honra y cortesía por la madre abadesa y demás religiosas, quienes inmediatamente la introdujeron en capítulo. Y estando allí todas juntas, empezó a explicarse en esta forma: --Sabed, señoras, que la divina virtud ha vencido en mí a la falsa tentación del demonio, quien me hacía tentar a Blanquerna para hacerle inobediente a la divina inspiración, que le llamaba a la vida eremítica para que fuese su siervo y contemplativo amante. Al partirse me dejó siete matronas muy graves, las que vengo a guardar en mi corazón, y a quienes quiero servir en este monasterio, si es de vuestro gusto. Por estas siete señoras entiendo las siete virtudes, con las cuales el hombre sirve a Dios y alcanza la eterna bienaventuranza y huye de los siete demonios, que son los siete pecados mortales, que por tantos días Evast y Aloma en esta ciudad han combatido y vencido. Pan y agua pido no más para sustento de mi vida. Huir quiero el mundo antes de enredarme en él, o que me impida de ser súbdita y esclava de las siete señoras antedichas, a quienes no pudiera yo servir tan cabalmente estando en el siglo como en religión.

2. Estas palabras dijo Cana con tan grande devoción y lágrimas nacidas del interior de su corazón, que la abadesa y todas las religiosas, por su buen ejemplo, fueron excitadas a igual devoción y lágrimas, y dijo la abadesa a Cana: --Bendito sea y alabado el nombre de Jesucristo, y sea magnificada su santa virtud por el buen ejemplo y espejo que nos ha enviado, que nos hace más amable nuestro orden y despreciable la vanidad de este mundo. Seáis muy bien venida, hija mía --dijo la abadesa--, pues la divina luz ilustró vuestro corazón y vos nos ilumináis para que perseveremos en obrar bien. Muy gustosa estaré yo de recibirlos en nuestra compañía; pero primero conviene, según es costumbre, que proponga a todo el convento que yo os reciba; y así apartaos un poquito y dadnos lugar a que yo lo haga, y luego después os volveré la respuesta.

3. Al entretanto entró la doncella a la iglesia a suplicar a la Reina del cielo que, por su gran liberalidad y bondad, le alcanzase gracia de su Hijo Jesucristo que la abadesa y demás religiosas la quisiesen admitir y vestir su santo hábito. Mientras estaba en esta fervorosa oración, la abadesa propuso a las religiosas, que estaban en capítulo, si les parecía bien admitirla para religiosa. Conviniéron todas unánimes, y se alegraron mu-

¹ Este capítulo nos trae a las mientes la entrada en el claustro de Santa Inés de Asís, hermana de Santa Clara. ¿Podría decir algo en favor del franciscanismo de Ramón Llull?

cho de tenerla por hermana y compañera. Dijo una monja que como Cana era tan rica, su ingreso sería de mucha conveniencia al monasterio; mas las otras la reprendieron diciendo que, cuando se recibe alguna persona en religión, no se debe tener intención a las riquezas temporales, porque se le hace grande injuria a aquella persona cuando se recibe por la intención de las riquezas que posee y desprecia y no por las virtudes con que viene a la religión.

4. La sacristana dijo a la abadesa que a ella le parecía necesario, antes de darle el hábito, que fuese probada y examinada por algún tiempo su vocación. A esto respondió la abadesa que muchos, por no dar qué decir y como por vergüenza, permanecieron en el estado religioso tanto tiempo hasta que sintieron en sí verdadera devoción, por la cual amaron después hallarse en religión. Y dicho esto, envió a llamar a la doncella, diciéndole que estaba ya admitida por religiosa.

5. Habiéndose presentado Cana, propúsole la abadesa si quería vestir el hábito luego, o si primero estaría por algún tiempo en el monasterio para probar y experimentar la vida áspera que hacían las monjas para mortificar sus cuerpos, y ver si le gustarían el modo y costumbres del monasterio. A lo que respondió Cana que no había necesidad de probar su devoción, porque la que tenía al estado religioso bien se la podía conservar por su pracia y piedad el que se la había dado. Por esto quiso luego tomar el hábito, y también por si acaso su madre o sus parientes intentasen sacarla, pudiese el monasterio defenderla de ellos en virtud de sus privilegios.

6. Mientras Cana recibía el hábito y juraba los votos de la Orden y la abadesa le daba su bendición, como es costumbre, Anastasia, su madre, llegó a su casa y pensóse hallar en ella a su hija; pero la criada le dijo que ella se había ido al monasterio acompañada de dos monjas. Muy descontenta estuvo la madre oyendo estas palabras, y de hecho se fue muy airada al monasterio, y, preguntando por su hija, dijo la quería ver. Llamóla la abadesa, y salió la hija vestida de religiosa. Al verla su madre con aquel traje, rompió en grandes lágrimas, amenazando a la abadesa y todas las monjas, y volvióse a su casa, y llamó luego a todos sus parientes que viniesen apresurados a su casa.

7. Acudieron todos prontamente, y refirióles Anastasia todo el suceso de su hija. Muy coléricos y airados se quedaron contra el monasterio, y resolvieron unánimes pasar todos a él con intento de que si la abadesa no los restituía libre y voluntariamente a Cana, sacarla por fuerza, matando a las monjas, quemando y arruinando todo el convento. Anastasia, sus parientes y amigos fueron al monasterio y pidieron les entregasen a Cana. Respondió la abadesa que ya no era posible entregarla, porque ya había recibido el hábito. Alborotáronse todos, y con grandes gritos dijeron que, si no lo hacían voluntariamente, pegarían fuego al monasterio y las quemarían vivas. Espantáronse mucho las monjas y la abadesa, quien les pidió por merced se reportasen y que se apartasen un poco mientras lo consultaría con las monjas.

8. Juntáronse, pues, todas en capítulo, y a este tiempo lloraba Cana, y, orando de corazón a Dios, suplicaba a la abadesa y a las demás reli-

giosas que por ningún modo la sacasen de la religión ni la entregasen a su madre ni a sus parientes, que pretendían sujetarla a la vileza y vanidad del mundo. En gran peligro y duda se hallaba la abadesa y todo el convento y mucho temían; por otra parte, se compadecían más de verse obligadas a restituir a Cana. Estando todas en esta congoja, dijo una de las religiosas que valía más y era más acertado que restituyesen a Cana, que si, por retenerla, habían de perecer todas y destruirse el monasterio. Entonces Cana respondió y dijo a la abadesa y demás religiosas estas palabras:

9. —Bien persuadida estoy que habréis oído decir cómo nuestro esposo Jesucristo deseó morir y padecer martirio por nuestra redención; y que Dios quiso dar a los apóstoles y a muchos otros fervor y devoción, para que en ellos se demostrase el afecto que el Hijo de Dios tiene a muchos que le sirven y aman, sin poner el menor reparo en morir por amar a su amor y honrar a su honor. Dio también Dios semejante devoción a Santa Catalina, a Santa Eulalia, a Santa Margarita, a Santa Engracia y a las demás santas mártires para que amasen y desearan sufrir pasión y muerte por su amor para que sirviera de ejemplo a todas las gentes y que amasen y desearan morir para servir a su divina Majestad. De aquí es que si por mí morís, moriréis para honrar a Dios y lograréis el ser mártires, dando este buen ejemplo de vosotras a todas las gentes. Y si, tal vez, permitís que mi madre y mis parientes me saquen por fuerza de la religión, daréis un mal ejemplo y motivo a los demás de introducirse esta mala costumbre; de manera que en cualquier ocasión que recibáis alguna religiosa en este monasterio sin el consenso de sus parientes, vendrán amenazándoos, y cada vez os hallaréis en el mismo peligro y trabajo que ahora os halláis. Muy vivamente instaba Cana a la abadesa y a las demás monjas que no la desamparasen ni mostrasen tener falta de devoción, acordándoles la pasión de su esposo Jesucristo; y mucho les remordía la conciencia con los ejemplos del martirio de Santa Catalina, de Santa Eulalia, de Santa Engracia, de Santa Margarita y de las demás santas vírgenes, que gustosísimas murieron para honrar y servir a su amado esposo Jesucristo.

10. Tan devotas eran y tan piadosas las palabras que Cana decía a la abadesa y a las demás monjas y tenían tanta fuerza y virtud, que con ellas cobró tal fuerza y aliento su corazón, que resolvieron antes morir que entregarla o desampararla; y confiándose mucho en sus palabras, pusieron toda su esperanza en Dios, quien defiende y ampara a sus siervos siempre que quiere. Tal era el miedo que tenía la abadesa y todas las religiosas, que no se atrevían a participar su resolución a Anastasia ni a los que estaban con ella armados aguardando a la puerta del convento. Conoció Cana que estaban asustadas y que no osaban, y dijo que ella iría a volver la respuesta a su madre y a los demás de la resolución que la abadesa y religiosas habían tomado por influjo del Espíritu Santo, si le daban el permiso.

11. Dióselo la abadesa, y luego fue a esconderse en su celda; lo mismo ejecutaron las religiosas, temiendo mucho a la muerte. Pero Cana, como era noble y alentado corazón, santiguóse primero y después dijo estas palabras: —Esperanza, fortaleza, caridad y justicia, supuesto que me habéis sujetado a serviros en esta Orden, ya es tiempo que me ayudéis contra el furor de vuestros enemigos, quienes, por sacarme a mí, intentan destruir

a este monasterio con todas estas santas religiosas, que no tienen culpa alguna de los pecados que yo he cometido. Al decir esto, tomó las llaves de la puerta y, asomándose a una ventana que estaba más arriba, desde allí se dejó ver a su madre y a los demás y hablóles en esta forma:

12. —Sea usted muy bien venida, señora madre, y saludando a todos estos señores, sobre todos hago la señal de la cruz, por la cual os acordéis de la pasión del Hijo de Dios, Jesucristo, quien por nosotros quiso ser hombre y entregarse a la muerte por salvarnos a todos. De parte de mi señora la abadesa y de todo el convento, os saludo y os hago saber cómo todas están en resolución de padecer antes la muerte que restituirme a vosotros, para mostraros que nuestro Señor Jesucristo tiene señoras sus sirvientes que desean morir por su amor y por su honor. Sólo en Dios confían, y sólo recuerdan su justicia y su poder. Y así, no hay para qué armarse contra mujeres que no pretenden defenderse. Aquí están las llaves, haced lo que os pareciere. En esto Cana echó las llaves del monasterio a su madre Anastasia, rogándola encarecidamente que la matasen primero a ella, pues era la ocasión y el motivo de la muerte de las demás y de la destrucción del monasterio.

13. No faltaron en este lance en socorrer a Cana con su virtud la esperanza, la caridad, la justicia y la fortaleza. Y Dios, que no olvida a sus siervos que le alaban y le aman, puso tanta virtud en sus palabras, que su madre y los otros que estaban allí, movidos a compasión, lloraron por las piadosas palabras que Cana les decía y por la santa vida de la abadesa y de las religiosas de aquel convento, que habían elegido morir por amor de su esposo Jesucristo. Se mudó el corazón de Anastasia y de todos los demás, y vino en ellos la devoción, la abstinencia, conciencia y caridad, y se arrepintieron todos y alabaron y bendijeron a Dios, que había dado tanta virtud a Cana y a todas las religiosas del monasterio. Y, saludándole muy corteses, dijéronle que no temiese de ellos, mas que dijese a la abadesa que ellos se volvían a sus casas, que rogase por ellos a Dios les perdonase la loca intención e injurioso desco que habían concebido contra ella y contra todo el monasterio.

14. Volviéronse todas a vista de Cana, y luego ésta se fue a tocar la campana para convocar a capítulo a la madre abadesa y las demás monjas; mas tanto era el miedo que tenían, que no se atrevieron a venir, lo que la obligó a buscarlas por el convento, diciéndoles la gran misericordia y piedad que Dios había usado con ellas y cómo jamás se olvida de los que en Él ponen todas sus esperanzas. Es indecible el gozo y la alegría que causó este suceso a todas, y luego la abadesa fue a mirar por la ventana del monasterio, y vio que ya todos se habían retirado, a excepción de Anastasia, que sola se había quedado a la puerta, llorando amargamente y lamentándose con estas palabras:

15. —¡Ay de mí, triste y desventurada pecadora! —decía—; ¿adónde está el agradecimiento y las gracias debidas a su divina Majestad por haberte dado una hija tan buena y de corazón tan noble como es la mía? ¿Ni qué culpa tenía la abadesa ni las monjas de este convento para que tú amotinases a todos tus parientes e intentases quitarlas la vida? ¿Puede igualarse alguna culpa, por más grave que sea, a ésta? Y ¡oh, cuán sin

medida mayor se enseñaría conmigo la piedad y misericordia de Dios si se dignase perdonarme pecados tan enormes! ¿Podré esperar que la abadesa y las demás religiosas quieran perdonarme y enseñarse conmigo tan piadosas y humildes que consientan en admitir en su compañía a esta mujer culpable? De mucho gusto y agrado fueron los lamentos de Anastasia para la abadesa y para las demás religiosas que la escuchaban, y señaladamente para su hija. Y, después de esto, reparando Anastasia en la abadesa y en las demás que allí estaban observando, echóle las llaves del monasterio, suplicándola por amor de Dios mandase abrirle la puerta, porque deseaba entrar en el monasterio para pedir perdón a ella y a todas las otras.

16. Mandó luego la abadesa abrir la puerta, y con mucho agrado la recibió en sus brazos, y con toda la comunidad se encaminaron a la iglesia para alabar a Dios y bendecir su santo nombre, dándole repetidas gracias por haberlas librado de la muerte. Entraron inmediatamente después en capítulo, y allí, puesta de rodillas y besando la tierra, pidió Anastasia perdón a la abadesa primero, y después a todas las religiosas, las que la recibieron en sus brazos, dándole muchos besos en señal de que la habían perdonado. Cuando Anastasia llegó a pedir perdón a su hija, hincósele de rodillas; y al ver ésta a su madre en tal postura, arrodillóse luego, besándole pies y manos, regando con sus lágrimas la tierra que besaba, alabando la virtud y misericordia de Dios; mas la madre, hecha toda un mar de llanto, así le decía:

17. —Amable hija, aunque, como es costumbre, suele ponerse la hija de rodillas delante de su madre y pedirle perdón, tan grave es la culpa que contra ti he cometido, que no soy digna de pedirte perdón, ni de estar arrodillada, ni en otra postura delante de ti, por haber intentado, ¡ay de mí!, ser ocasión de tu muerte y de todas estas santas religiosas. Pero, dulce hija mía, si en tu corazón sientes piadosa y compasiva inclinación a perdonarme, ¿cómo podrá tu humildad dejar de consolarme con tu amable compañía? ¿Y cómo ha de dejar Dios, si interpongo tus méritos, de oír mis oraciones y perdonarme y, acordándose de mí, llevarme a su santa gloria? Mientras decía estas y otras palabras, que fuera prolijo referirlas todas, estaba Anastasia dando repetidos besos a su hija, la cual se hallaba tan absorta con la alegría, devoción y caridad, que no podía proferir palabra, con que sólo se explicaba con levantar las manos y ojos al cielo, mirando al santo crucifijo que allí estaba, continuando en besar pies y manos a su madre; y no eran solas éstas las que lloraban, mas la abadesa y todas las monjas estaban llorando, mientras oían las tiernas y devotas palabras de las dos.

18. —Hija —continuó la madre—, ¿adónde está tu corazón? ¡Oye mis voces, mira y atiende a mis palabras y olvida mis pasadas culpas! —Madre y señora mía— respondió la hija—, vuestro es mi corazón y toda soy vuestra. No parece que haya culpa en aquel corazón que favorece Dios con tanta y tal abundancia de devoción como hay en vos; ya os están perdonadas vuestras culpas, y, estando vos sin culpa, no hay para qué pidáis perdón; cuanto hay en mí y pende de mí, todo es vuestro.

19. En aquel día fue muy bendito y alabado el santo nombre de Dios

por todas las monjas en aquel monasterio, y en aquel mismo día pidió Anastasia a la abadesa y a las demás religiosas le vistiesen el hábito de su religión; pero, considerando que era muy anciana, delicada y de compleción muy débil, aconsejaronla que fabricase una casa delante del monasterio, vecina a la iglesia, y que allí habitase, destinándole para su sustento alguna pitanza de las que no pudiera usar en el monasterio. Tomó Anastasia este consejo de la abadesa y de las monjas, y vivió bajo su dirección, dando muy buen ejemplo a todas las señoras que observaban su modo de vida. Vistió humilde y honestamente, semejante en alguna manera al modo de vestir de las religiosas.

CAPÍTULO XXI

DE CÓMO CANA FUE ELEGIDA SACRISTANA

1. En breve tiempo supo Cana leer, cantar y rezar el divino oficio. Y estando la mayor parte del día orando en la iglesia, asistía con mucho gusto a la sacristana. La abadesa, que estaba pensando cuál empleo sería más de su genio para que le sirviese con mayor devoción, habiendo observado el gusto que tenía en frecuentar la iglesia y en asistir a la sacristana, dióle este encargo, de consejo de todo el convento, y díjole estas palabras:

2. —Cana, yo quiero daros un encargo en este monasterio, pues ya me parece tiempo, y porque tengo visto que os gusta mucho visitar los altares, y ver la santa cruz en que se nos representa nuestro Señor Dios Jesucristo, esposo de nuestras almas, y porque gustosa cuidáis del aseo y limpieza de la iglesia y de todo cuanto sirve para honrar a Jesucristo en el oficio de la Iglesia, por tanto, todo el convento quiere y os ruega seáis sacristana.

3. Muy agradecida se mostró Cana con la abadesa y demás religiosas por la honra singular que le hacían. Mas considerándose indigna, pidió encarecidamente se excusasen de honrarla con aquel encargo, pues no había venido al monasterio a este fin, ni parecía razonable quitar el cargo a la sacristana que actualmente lo ejercía, a más de no haber faltado en cumplir con su obligación.

4. A esto satisfizo la abadesa con decir que era muy natural y razonable conferir los empleos a los mejores, a fin de conservar más cabalmente la regla de la Orden; y que si alguna religiosa había por mucho tiempo trabajado en ejercer su oficio, entonces suele la religión hacerle alguna gracia; y como la sacristana está ya muy vieja y ha trabajado mucho en este encargo, por eso queremos que descanse y tome con humildad y paciencia si os damos a vos este empleo, pues queremos que trabajéis en él y obedezcáis a nuestros preceptos.

5. En fin, Cana aceptó, y cumplía muy bien con su oficio de sacristana. Estábase lo más del día en la iglesia en oración con su madre, tratando de Dios y de su poder y honor, de la pasión de Jesucristo, y de la gloria del paraíso, y de las penas del infierno. Decíale a su madre la hija un día: —¿No os parece que es más gustosa y agradable a Dios y a los

santos la conversación que ahora frecuentamos todos los días, que la que teníamos estando en el siglo hablando de las cosas de la tierra? —Bendito sea el nombre de Dios —respondió la madre—, que me ha puesto en este estado, favoreciéndome con el consuelo de tu amada compañía todos los días.

6. —Bien conozco, hija mía —prosiguió—, que, si hubieses quedado en el siglo y tuvieses marido, no me sería posible estar contigo cada día, como ahora que estás en religión; y bien claro veo ahora que era cieguera de mi entendimiento cuanto obrara para impedirlos el ingreso en ella; por lo cual, ya me parece sería tiempo de repartir la hacienda que nos queda entre los pobres de Jesucristo. A esto respondió Cana que cada día estaba pensando cómo podría repartir la que su padre le había dejado, para que diese mucho fruto y aprovechase por largo tiempo; y a este fin, dijo, siempre estoy observando, según el estado en que está el monasterio, en qué modo pudiera éste mejorarse con nuestros bienes, para servicio de Dios y de su Madre Santísima la Virgen María.

CAPÍTULO XXII

DE LA MUERTE DE LA ABADESA

1. La misericordia y la justicia de Dios quiso dar el galardón a la abadesa, ya muy anciana y que había trabajado mucho en la religión para servir a Su Majestad, quien quiso llamarla a su santa gloria para mostrarle cuál era aquel Señor a quien ella había servido, y, para enseñarle que su poder puede premiar a sus siervos, quiso darse a sí mismo a su sierva en la gloria para que fuese su gloria, porque la abadesa, cuando vivía en este mundo, toda se había entregado a Dios. Los nuncios que le envió para llamarla a sí fueron los trabajos que con resignación padecía en su conciencia y en su enfermedad, y esto a fin de ejercitarla en la paciencia y obediencia, para purificar su corazón de toda culpa y que después de esta vida pasase en derecho al eterno descanso.

2. Mientras estaba enferma acordaron las monjas les quisiese dar su consejo sobre cuál habían de elegir abadesa después de su muerte, supuesto que ninguna estaba tan informada de todas y de su obediencia como ella. Y así, algunas religiosas, las más celosas, le rogaron secretamente les dijese cuál en particula sería mejor para abadesa, a lo cual respondió, según su juicio y parecer, tenía por muy conveniente se eligiese a sor Cana, pues siempre la había encontrado muy obediente y muy amante del estado religioso, donde había entrado dejando tantas riquezas y honras. Y como estoy para morir —prosiguió—, bien podéis pensar en conciencia que no he de mentir, y así os aconsejo hagáis a sor Cana abadesa.

3. Fue la voluntad de Dios que la abadesa pasase de esta vida a la gloria perdurable del paraíso. Y procuraron enterrarla con mucha honra, asistiendo a su entierro los primeros de aquella ciudad, hombres, mujeres y religiosos, llorando toda la gente de aquel país, y en particular las reli-

giosas del convento, y más que todos sor Cana. Muchas misas se celebraron en aquel monasterio y en las demás iglesias de la ciudad por el alma de la abadesa, que estaba en opinión de una santa, empleando todo aquel día las religiosas en oración y en llorar la ausencia de la abadesa, que era lo que más estimaban en este mundo. Y resolvieron que, acabada la función del entierro y oración fúnebre, alguna de las religiosas hiciese en capítulo un discurso de las bellas prendas de la abadesa para consolar a las demás.

CAPÍTULO XXIII

DE CONSOLACIÓN

1. Todas las religiosas acordaron en que sor Cana dijese algo para consolarlas en la muerte de la abadesa. Y ella, alzándose en pie, se inclinó delante del crucifijo, dando gracias a Dios y a todas las monjas por honra tan particular, y añadió que en capítulo había muchas religiosas que, como más sabias, desempeñarían mejor el asunto; mas, supuesto que era su gusto, diría lo que Dios fuese servido inspirarle. Y empezó su discurso en esta forma:

2. "Vivamente deseo confortar y consolar a mí misma, que sea tal este consuelo, que sirva a todas las demás de norma y ejemplo para consolarse cada cual a sí misma. De este nuevo método solía usar un santo religioso que predicaba muy noblemente, hablando consigo mismo.

3. "Murió mi señora abadesa, la que hasta hoy fue mi superiora; y de aquí es que la caridad y la justicia para compadecer su muerte están moviendo a mi alma a tristeza y dolor, dando ésta fuertes impulsos al corazón para que suministre lágrimas a los ojos. Preciso es el llanto, pues mucho con el amor concuerda. Manda la justicia que en la muerte de sus superiores el hombre llore; luego, si quiero consolarme, justo es que llore, pues sin el llanto no habría modo para hallar consuelo. Lloro porque se ausentó de mis ojos la que amaba y enseñaba el camino de mi salvación. Si considero el gozo de su bienaventuranza, conviene alegrarme; y es tan crecida esta alegría, que me precisa a llorar, pues no hay alegría en este mundo cumplida sin el llanto. Todas sentimos su falta y ausencia, cuando en ésta encontró nuestra abadesa el cumplimiento de su descanso. Y así, alegrarme conviene por lo que logra, entristecerme debo por lo que pierdo; con que igualmente por el gozo y la tristeza es justo llorar. Y pues tengo dos motivos para llorar, será preciso que sea doble el llanto: y si no lloro, como es razón que llore, justo es que llore por culpa que tengo de no llorar. No se olvida mi alma en hacer cuanto puede para llorar. Pero si la justicia quiere desconsolarme y castigarme, no me permita el llanto; mas si gusta consolarme y premiarme, ruégola me deje llorar cuanto quisiere, y por mucho tiempo.

4. "Para complacerme en cuanto quiere y dispone su criador fue criada mi voluntad; luego, si ésta no quiere lo que su criador, preciso será mi desconsuelo. Si por mis conveniencias deseo lo que sería en menoscabo

de mi abadesa, ¿adónde está la caridad que me inclinaba a amarla? Es muy justo que, si estoy apesurada por la muerte del cuerpo, me alegre y consuele por el bien que está logrando su alma. ¿Será acaso razonable desconsolarme por verla ya libre de peligros? Y si tú, cuerpo mío, semejante en naturaleza a las bestias, pretendes desconsolar a mi alma por la muerte del cuerpo de la abadesa, a ti semejante en naturaleza, también mi alma quiere consolarme, por ser semejante, asimismo, en naturaleza a la suya. Llorar, llorar, cuerpo mío, cuanto quieras, pues en tu mismo llanto pretende hallar mi alma su consuelo. A ti, cuerpo mío, pertenece el llorar, y sólo debe estar mi alma toda ocupada en recordar la virginidad, perseverancia, santidad y buenas obras, dignidad y feliz muerte de mi superiora mi señora la abadesa; por lo que me consuelo esperando alegrarme con ella en la bienaventuranza que goza y estará gozando sin fin." Tan devotamente y con expresiones tan naturales, que son las más a propósito para el consuelo, se consolaba Cana a sí misma; y tan piadosamente lloraba, que movía a las demás a piedad y llanto, consolando a todas con las palabras que decía y con lo mucho que lloraba. Todas alabaron y bendijeron a Dios y a su divina voluntad, que quiso ejercer en ella su poder; diciendo que ya era ocasión de amar, y llorar, y tener paciencia, pues su llorar, recordar y amar servía para facilitar en todas el consuelo.

CAPÍTULO XXIV

EN QUÉ MANERA CANA FUE ELEGIDA ABADESA

1. Ya se habían juntado en capítulo para elegir abadesa Cana y todas las religiosas que tenían voto en la elección, cuando ésta empezó a persuadirles que era cosa muy necesaria e importante el tener un buen superior, porque de la bondad de éste sirve Dios como de conducto para comunicar virtud a los súbditos. —Y como nuestra superiora ha pasado de ésta a mejor vida, digo que es muy necesario e importante para todas nosotras, según pide la razón y la naturaleza, que busquemos cuál entre todas es mayor de santidad y en amor de Dios, pues, según buena ordenación y conforme a la voluntad de Dios, es aquélla la más digna de ser nuestra superiora y nuestra prelada.

2. Todas aprobaron lo que Cana había dicho, y querían elegir abadesa del modo que acostumbraban; pero les dijo que había oído y sabía un nuevo modo de elección, que consistía en arte y figuras, practicando las condiciones del arte de elección según el *Libro del gentil y de los tres sabios*,¹ que se conforma con el *Arte de hallar la verdad*,² con cuyo método

¹ El *Llibre del gentil e dels tres savis* (en la ed. de Maguncia *Liber de gentili et tribus sapientibus*), escrito en Mallorca (¿1272?), tiene por argumento una larga y tolerante discusión teológica entre tres sabios —un judío, un cristiano y un sarraceno—, cada uno de los cuales expone los fundamentos de su ley en presencia de un pagano. Ramón Llull primeramente lo escribió en árabe y después lo tradujo al catalán.

² *Art inventiva* (en la ed. de Maguncia *Ars inventiva veritatis seu ars in-*

siempre se halla la verdad, y por este modo —prosiguió Cana—, podemos saber cuál sea verdaderamente la más conveniente y mejor religiosa para ser nuestra abadesa.

3. Rogáronla todas les declarase el modo por el cual, según arte, pudiesen encontrar la que sería mejor para abadesa, y respondió Cana que con brevedad les diría los principios de este arte. —Dívidese —dijo— en dos partes: la primera enseña el modo con que se deben elegir los vocales; la segunda, en qué manera éstos deben elegir su prelado. Voy ahora a explicaros la primera parte, y luego la segunda.

4. Nosotras —dijo Cana— somos veinte monjas en capítulo, que tenemos voto en la elección. Según dicho arte, es menester de las veinte elegir número impar, como cinco o siete, por ser éste más conveniente, para hacer elección y encontrar la verdad, que otro número, y aun el siete es más a propósito que el cinco. En primer lugar, todas han de jurar dirán la verdad; después pregúntese, en secreto, a la primera monja, cuál de las diecinueve es mejor para una de las siete vocales que deberán elegir la abadesa, y en esta forma váyase preguntando a la segunda, después a la tercera, y así de las demás, hasta la última. Y se irá escribiendo y notando todo lo que cada una dirá, y después que todas habrán dicho su parecer, véase, y con puntualidad se encontrará, cuáles son las religiosas que han tenido más votos, y sean éstas las siete que deberán elegir a la abadesa.

5. La segunda parte de este arte de elección explica la manera con que los electores deben elegir su prelado. Por lo cual conviene, en primer lugar, que éstos concuerden en elegir en cierto número y de cierta calidad de personas, según les parecerá bien, cotejando la una con la otra, según estas cuatro calidades, es a saber: la primera, cuál ama y conoce más a Dios, La segunda, cuál ama y conoce más a las virtudes. La tercera, cuál más conoce y aborrece a los vicios. La cuarta, cuál es más conveniente cuanto a lo personal.

6. Cada uno de estos siete electores puede elegir a una persona, para que ésta entre en el número de los sujetos entre los cuales se debe elegir el superior. Y, para que más llanamente se entienda este arte, supongamos que el número cierto de personas, entre las cuales debe escogerse y elegirse superior, sea el número nueve. Primero deberán partirse los siete en dos partes, esto es, dos en una parte y cinco en la otra; y estos cinco escudriñarán cuál de aquellos dos debe ser elegido, y se escribirá secretamente el que tuviere más votos. Hecho esto, deberá cotejarse este que tuvo

tellectiva veritatis). Otro libro del Doctor Iluminado, escrito en Montpellier el año 1289 en lengua catalana y más tarde, en 1291, traducido al árabe por el mismo autor. “Esta *Art inventiva* —dice Carreras y Artau—, juntamente con el *Art amativa*, y el *Art memoraiva*, que Llull no llegó a escribir, respondían al plan de actualizar u *objetar*, mediante las reglas del arte, las tres potencias del alma, haciéndolas aptas para la vida contemplativa. De dichas tres artes derivan, respectivamente, tres árboles, a saber: el *Arbre de sciència*, el de *amar* (*Arbre de ilosofia d'amor*) y el de *membrança*, sólo esbozado en el *Arbre de filosofia, desiderat*” (*Historia de la filosofía española*, I [Madrid, 1939], 291).

más votos con uno de los cinco, que se pondrá en lugar del otro que quedó vencido por tener menos yotos, y se pondrá este que fue ya vencido en lugar del que entra en cotejo con el primero o segundo, y se hará lo mismo por orden en todos los demás; y si a este número se añade el octavo y el nono, que no son del número de los electores, según este número serán multiplicadas treinta y seis cameras, en las cuales se verán los votos que tuvo cada uno, y entonces se elija por prelado el que tuviere más votos o más cameras.

7. Después que Cana hubo explicado el arte de elección a las religiosas, una le preguntó que, si aconteciese tal vez hallarse en dichas cameras votos iguales, ¿qué manda el arte se haga en este caso? A esto satisfizo diciendo que, si fuesen dos o tres o más los que tuviesen iguales votos o cameras, en este caso debe por arte inquirirse cuál de ellos solamente tiene mayor conveniencia o concordancia con las cuatro condiciones o calidades arriba expresadas, y éste será el más digno de ser elegido por superior o prelado.

8. Mucho gustó a todas las religiosas este arte y manera de elección, diciendo que, según éste, no se podía errar en la elección, y luego establecieron de allí en adelante, siempre que se hubiese de hacer la elección, se practicase en aquel modo y arte que Cana les había señalado. Y habiendo buscado el libro que trata de este arte, lo aprendieron, y poco después hicieron la elección conforme el arte, y con éste hallaron que Cana debía ser su abadesa.

9. Eligieron, pues, a Cana abadesa; y aunque sintió mucho la hubieran hecho esta honra, con todo, bendecía a Dios, que se había dignado honrarla sobre las demás. Pero dudando por si acaso había errado en el arte, quiso ver las treinta y seis cameras en que éste se encuentran, pues en tal caso no debía ser ella abadesa, si sólo la que convendría más según el modo de proceder del arte. Según esto, Cana y las demás religiosas que no habían sido del número de las siete que habían hecho la elección, las reconocieron, examinando el modo que habían seguido en la elección según dicho arte, y encontraron que habían observado sus reglas puntualmente. Desde entonces entró Cana en cuidado de cómo sabría bien regirse a sí misma y a las demás, por lo que estaba meditando cómo podría ordenar el monasterio a buenas costumbres.

CAPÍTULO XXV

DE CÓMO LA ABADESA CANA ORDENÓ ACERCA DE LOS CINCO SENTIDOS CORPORALES, Y PRIMERAMENTE DEL OÍDO

1. La abadesa Cana mandó tocar la campana, para convocar a capítulo las monjas y tomar su consejo y parecer sobre lo que se podría hacer, para que en el monasterio todas usasen debidamente del sentido del oído, para observar y seguir mejor la regla de su Instituto. Mientras la abadesa estaba en capítulo y acudían las demás, una religiosa que volvía de pedir

limosna por amor de Dios en la ciudad entró en capítulo y contó a las otras monjas cómo había visto una novia muy hermosa y ricamente vestida, la cual acompañaban sus deudos a la iglesia con mucha honra y alegría. Esto contaba la monja con mucho agrado, y las demás lo escuchaban con igual gusto. Muy bien observó la abadesa las palabras y el desorden que se seguía de lo que las monjas que salían a pedir limosna estaban contando de las vanidades y deleites del mundo a las otras monjas.

2. Habiendo, pues, concurrido ya todas a capítulo, empezó Cana, la abadesa, a bendecir a Dios, y dijo estas palabras: —Mucho ha pensado y buscado mi alma en qué modo pudiera yo volver a Dios los bienes de mi madre Anastasia y los míos que me dio, para que con ellos le sirviera; pero ahora, por la virtud de Dios iluminada mi alma, determino dar a este monasterio todas nuestras riquezas, pero con condición que ninguna religiosa salga de este convento de aquí en adelante a buscar limosna por la ciudad, porque así no nos vengan a contar lo que hubiesen visto u oído de cosas del mundo; pues, por oír hablar de estos deleites temporales, nos acordamos y muchas veces deseamos las vanidades del mundo; y estos deseos nos impiden y embarazan en las oraciones y meditaciones de la pasión de nuestro Señor Jesucristo.

3. Establecieron, pues, que ninguna monja, sin urgente necesidad, saliese del monasterio, en atención que los bienes que la abadesa y su madre daban al monasterio eran tantos, que bastaban para subvenir a las necesidades que las obligaban antes a pedir limosnas. Buscaron, pues, algunos religiosos legos, hombres ancianos, de buenas y honestas costumbres, y aprobados en otra religión, quienes cuidasen de sus bienes, y de éstos proveían el monasterio, pero sin entrar en él; y si la abadesa o cualquiera otra religiosa necesitaba de alguna cosa secreta que no convenía comunicar a los frailes, tenían algunas mujeres viudas beatas en la ciudad, que eran muy buenas y muy honestas, quienes les procuraban cuanto necesitaban.

4. También ordenaron y establecieron cierto número determinado de religiosas, poniéndolo por escrito, y que no recibiesen otra alguna viviendo éstas; y lo hicieron a fin que bastasen para el monasterio los bienes que le había dado la abadesa, y también para tener motivo de excusarse si las empeñaban para que recibiesen alguna otra religiosa; a excepción que, si alguna señora seglar quisiese entrar o poner su hija en el monasterio, debiese corresponder con una pensión correspondiente hasta tanto que muriese alguna, y en este caso cesaría la pensión y entraría en lugar de la difunta.

5. La abadesa todos los días iba buscando si encontraría alguna cosa a propósito para ordenar el oído, cuando un día, entrando en el huerto, vio dos monjas que hilaban en una parte, y otra sola en otra parte. Entró después en el dormitorio, y de éste en las celdas, donde las religiosas acostumbraban hilar, y observó que no trabajaban todas juntas en un lugar. Al otro día por la mañana convocó a capítulo, y estableció que todas las monjas hilasen juntas en un mismo puesto, y que entre tanto estuviese una de ellas allí leyendo en lengua vulgar, para que todas lo entendieran, algún libro de la pasión de Jesucristo, de la vida y martirio de los santos

y santas y de la vida de los antiguos santos padres; y que estuviesen en este libro los milagros de la Virgen María, y de las vírgenes, y de los mártires, y de otros santos, y que se leyese en los días de fiesta y en los demás días, según que a cada cual tocaría por orden. Buscaron este librito, y se ejecutó la ordenación en el monasterio, y en muchos otros que tomaron doctrina y enseñanza de aquél.

6. Mucho deseó la abadesa se observase puntualmente esta determinación, para que, oyendo la lectura de aquel libro, apartase el alma su imaginación de las vanidades del mundo y de los viles y desordenados pensamientos que la inclinan al pecado, y que cada cual de las religiosas se enamorase de la buena vida de aquellos santos; pues del mismo modo que el alma, viendo algunas cosas hermosas, se mueve a amar, así, oyendo algunas palabras agradables, se mueve a desear.

CAPÍTULO XXVI

DE LA VISTA

1. Estando en capítulo la abadesa con todas las religiosas, les dijo que, según plugo a la divina ordenación de arreglar y ordenar el hombre, tiene éste obligación de usar de su vista corporal en tal manera, que vaya siempre ordenada a la vida espiritual. —Por lo cual será bien —prosiguió— que se haga ordenación y establecimiento entre nosotras para usar bien de la vista corporal. Y primeramente ordénense nuestros ojos a mirar las imágenes de Cristo crucificado, de María Santísima y las demás que nos representan los hechos de los santos que pasaron de esta vida. Honremos a estas figuras, humillándonos a ellas siempre que las veamos, acordándonos de lo que nos significan.

2. Sean honestos y humildes nuestros vestidos, y en la cara no haya afeite alguno, más de lo que Dios y la naturaleza han puesto en ella. Cuando las seglares vendrán a vernos y escucharnos, vayan reguladas nuestras palabras, según queda ordenado en el capítulo del oír. Y cuando veremos sus riquezas y soberbias vestiduras y sus caras afeitadas con arte, entonces conviene alabar y bendecir a Dios, que, haciéndonos sirvientes de la humildad, nos ha librado y defendido de las vanidades de este mundo miserable. Y entonces con los ojos espirituales debemos mirar a nuestro Señor Jesucristo, su santísima Madre la Virgen María, los santos apóstoles y demás santos, que vestían muy humildes vestidos. Cada una de nosotras puede ganar muchos méritos, si sabe ejecutarlo en esta forma. Antes bien, cuando veremos estas señoras seglares soberbiamente vestidas, las podremos advertir que, en viniendo a visitarnos, vengán con vestidos humildes y sin afeites en el rostro, para que no ocasionen a nuestra alma alguna tentación de algunos vanos deseos del mundo.

3. Cuando veamos el cementerio, entonces es tiempo oportuno de pensar en la muerte y, con los ojos del alma, ver los gusanos que nos han de roer los ojos con que ahora vemos, y las orejas con que oímos, y la len-

gua con que hablamos. Cuando estemos en las letrinas y veamos las inmundicias que salen de nuestro cuerpo, entonces es ocasión de pensar en la vileza de nuestra naturaleza, para que con esta consideración en nosotras se exalte y crezca la humildad y se mortifique y minore la soberbia. Si entramos en la huerta y vemos la pobre bestia que está rodando la noria y ponemos la vista en los árboles y en las yerbas, entonces es tiempo de dar gracias a Dios, que nos hizo de más noble naturaleza que a las bestias, árboles y yerbas, siendo así que pudo crearnos de naturaleza semejante a ellos, si hubiese querido.

4. Miremos el cielo, y consideremos cuán grande es; miremos el sol, la luna, las estrellas, el mar y la tierra. Consideremos cuántos hombres hay y hubo en el mundo; cuántas aves, cuántos peces, cuánto ganado y cuántos árboles y hierbas, y en todas estas cosas alabemos a Dios, que es tan grande. Porque si Dios ha criado tantas, tan buenas, tan grandes y tan varias criaturas, ¡cuánto más bueno, grande y poderoso es él, que es creador de todo cuanto hay! Y habiéndolas criado todas para servicio del hombre, ¡cuán grande debe ser el agradecimiento y las gracias que debemos hacer a Dios! —Con estas y otras consideraciones exhortaba la abadesa a las religiosas a mirar con los ojos corporales y espirituales, para que su corazón se exaltase en el amor de Dios y que no se inclinase al pecado ni a la maldad.

CAPÍTULO XXVII

DEL OLFATO

1. —Oler lirios, rosas y flores —continuó la abadesa—, da deleite y placer al cuerpo, mas el alma por este deleite está en peligro de inclinarse al deseo de alguna vanidad de la carne; y, según esto, bueno será que nosotras, que estamos en este monasterio para hacer penitencia y vida austera, no usemos flores, a excepción de cuando las llevemos al altar para que esté más aseado y adornado. Cuando sintamos los buenos olores de almizcle, ámbar, algalia u otros de los con que suelen llevar perfumados sus vestidos las señoras seglares, bueno será entonces nos acordemos de la esponja, hiel y vinagre con que dieron de beber a nuestro esposo Jesucristo en el día de su pasión santísima, y podemos acordarnos también de los escarnios que le hacían los malditos judíos escupiéndole en la cara; y asimismo cómo quiso nacer en un establo; para darnos ejemplo que no nos deleitemos en los olores que mueven al hombre al pecado.

2. Cuando las mujeres seglares vengan a mezclarse entre nosotras y sintamos olor de algunos colores que se hubiesen puesto en la cara para parecer más hermosas, entonces será ocasión de recordar la vileza de su corazón y será muy bien corregirlas, porque, si no están avergonzadas entre nosotras de dar muestras de su loca intención, menos debemos nosotras tener empacho de corregirlas, pues claro está que no cabe vergüenza sino en lo malo y defectuoso.

3. Mucho debe esquivarse el sentir malos olores, porque éstos infec-

tan el aire y por la corrupción se engendra en el cuerpo enfermedad y muerte. Pero aun más debe esquivarse el frecuentar la mujer que pone en su cara afeite y colores, y en sus vestidos olores y perfumes, pues todo esto da señal de que tiene malos deseos; porque si por la corrupción del aire enferma el cuerpo y se inclina a muerte corporal, más presto, por la privanza y amistad de mujer mala, se inclina el alma muchas veces a pensar y desear obras viles, por las cuales la voluntad culpable y el recuerdo son al hombre ocasión de pena eterna. En este modo y en otros muchos ordenó la abadesa en el monasterio los medios con que en el olfato obviasen el pecado y la ocasión de perder la celestial y perdurable bienaventuranza.

CAPÍTULO XXVIII

DEL GUSTO

1. La abadesa dijo a las monjas estas palabras: —La principal razón por que estamos nosotras en religión es para contemplar, adorar y servir a Dios; y como entre las otras cosas que mayormente impiden la oración y contemplación una es la superfluidad en el comer y en el beber, buena ordenación será que comamos y bebamos con templanza, de manera que entre nosotras no esté la hipocresía que hay en aquellos que entran en religión y comen y beben superflua y delicadamente, dando muestras a las gentes que hacen vida áspera comiendo y bebiendo pocas y ruines viandas.

2. Si le fuese prohibido al religioso el comer carne, no conviene que el pescado u otro manjar le sea semejante en el gusto y deleite, como sucede cuando se le mezclan muchas salsas, sainetes y otras cosas delicadas. Si es cosa buena el ayunar, no es lícito comer tanto en una hora del día como en dos, pues en este caso no habría gran virtud en el ayunar. Si nuestras vestiduras y nuestras camas significan que estamos en religión, el pan que comemos y el vino que bebemos debe también significar vida austera.

3. El mucho comer y beber engendran apostemas y mala sangre, que es ocasión de enfermedad y muerte. Y por la superfluidad de viandas, el cuerpo ocasiona al alma el desear los carnales deleites. Muchos monasterios hay que están pobres y empeñados por gastar superfluamente en el comer. Si algún religioso come mejor y más delicadamente en la religión que cuando estaba en el siglo, es evidente que hacía más penitencia cuando seglar que ahora cuando es religioso. Padecer hambre y sed con paciencia es mortificación para la culpa y salud para el cuerpo, y así como la paciencia con las demás virtudes destruye, por voluntad de Dios, los vicios en el alma, así también la naturaleza, por hambre y sed, consume en el cuerpo alguna superfluidad de malos humores.

4. Comamos y bebamos nosotras sólo a fin de conservar la vida para amar y servir a nuestro Señor Dios, y no vivamos para comer y beber y destruir los bienes del monasterio, poniendo en mal peligro nuestras almas. Si nos profesamos siervas de Dios porque somos sus criaturas y re-

dimidas por su glorioso Hijo, quien se encarnó por nosotras, no sirvamos, pues, a nuestro estómago, quien no perdona ni da remedio alguno a sus sirvientes, y confiemos más en las virtudes del alma que en los regalos del cuerpo. Todas estas palabras y muchas otras decía la abadesa a las monjas, para que cada cual procurase afligir su cuerpo con hambre, sed y viandas cuaresmales y que, por los méritos de su vida penitente, perdona-se Dios a todos los que están sujetos al pecado de la gula.

CAPÍTULO XXIX

DEL SENTIR

1. —El sentido a quien pertenece el sentir como sentido particular es el tacto, que se halla difundido por todo el cuerpo; de aquí es que todo el cuerpo debe sentir aflicción por amor de Dios. Si estamos en invierno, entonces es tiempo de sentir frío, y si en verano, de sentir calor por amor de Dios; y si quisiéramos excusarnos de sentir frío y calor, sería hacer injuria a la boca, si no la excusásemos igualmente el sentir hambre y sentir sed. Como el señor temporal quiere ser bien servido por su vasallo, así Dios quiere que el cuerpo del hombre, que es suyo, le sirva; y si nuestro cuerpo no sufre pasiones y trabajos, ¿en qué está el servicio que hace a nuestro Señor Dios? Porque así como nos ha dado ojos para ver las cosas corporales, y que por éstas le veamos espiritualmente, del mismo modo ha dado sentimiento al cuerpo, para que mediante éste, el alma, que es forma del cuerpo, tenga paciencia y alabe y bendiga a Dios.

2. Áspera y dura cama y hábitos groseros convienen al religioso, como al seglar vestidos delicados y blanda cama. Si algunos insectos nos están molestando sin dejarnos dormir, bien claro se nos significa que poco tiempo habemos empleado en la oración, pues más vale encomendarse a Dios y velar en la oración, que desear dormir y no poder por causa de esta molestia, la que suele no sentir quien vela mucho. El dormir mucho y la religión no concuerdan, pues, a ser así, no hubiera diferencia entre el religioso y el seglar.

3. En el concepto del entendimiento se corrompe la virginidad cuando llega el alma a desear los carnales deleites, y se hace merecedora de sentir la pena del infernal fuego el alma que desea corromperse en el tal deleite, cuando, por el contrario, el cuerpo que es virgen en obras y pensamientos es digno de obtener gloria sin fin. Sentir y consentir más a la nautraleza del cuerpo que a la virtud del alma, es demostrar que el cuerpo domina al alma, que es cosa muy perversa y mala. Y si nuestro esposo Jesucristo sintió por nosotras graves trabajos, angustias y muerte, razón será sintamos por su amor vida áspera y mortificada. Y pues estamos aquí congregadas para servir a Dios, si no queremos apartarnos de los duros y ásperos sentimientos del mundo, dejemos el monasterio y vamos a vivir en el mundo par sentir sus deleites y vanidades. Y si tenemos estos deseos, por los cuales hemos de ser juzgadas a sentir las penas del fuego eterno,

mas. Si nos profesamos siervas de Dios porque somos sus criaturas y reponga una de nosotras un dedo en el fuego para probar si podrá sufrir aquél una hora sola.

4. Cuando el alma, en las enfermedades, calenturas, dolores u otros trabajos que siente el cuerpo, tiene paciencia, entonces usa de la virtud. Y si, tal vez, Dios quiere que tu cuerpo los padezca, y tú no tienes paciencia, piensa allá en tu alma si tu voluntad concuerda o si es contraria a la voluntad de Dios. Si en tu corazón sientes alguna tristeza por no estar y vivir con tus parientes, como deseas tal vez, busca entonces si tienes a Dios en tu corazón. Y cuando sientas en tu alma alguna tentación o loco pensamiento, sabe que Dios entonces quiere que tu alma se despierte a contemplar en la oración su santísima voluntad, acordándote de su sagrada pasión y dándole muchas bendiciones, loores y gracias.

5. Después que hubo la abadesa concluido todas las ordenaciones, para dar enseñanza y doctrina a las religiosas de cómo debían usar los cinco sentidos corporales, continuó en decirles estas palabras:

6. —Dios, por su santísima voluntad, dispuso que Blanquerna me pudiese bajo el dominio y protección de estas siete reinas: fe, esperanza, caridad, justicia, prudencia, fortaleza y templanza, que son las siete virtudes de que más necesitamos. Y pues os plugo elegirme vuestra abadesa, os ruego y mando que las tengamos en grande estimación, obedeciéndolas en un todo; y si, por desgracia, alguna de vosotras cometiere algún error o engaño contra estas siete reinas, esté obligada a pedir perdón en capítulo delante de todas, para que tenga mayor erubescencia de su falta y tomen las demás ejemplo, para oponernos más a los enemigos de estas siete virtudes y reinas. Aprobaron todas cuanto había dicho la abadesa, y establecieron de juntarse en capítulo en una cierta hora, todos los días, para examinar en su conciencia cada cual si había faltado en alguna cosa contra las siete reinas arriba expresadas, o si hubiese hecho cosa que tuviese algún resabio o semejanza de los siete pecados mortales.

CAPÍTULO XXX

DE LAS SIETE VIRTUDES, Y PRIMERAMENTE DE LA FE

1. Aconteció un día que una religiosa por sugestión diabólica fue tentada contra la fe, mientras estaba considerando en la Santísima Trinidad de nuestro Señor Dios, y en la encarnación del divino Hijo, en la virginidad de la Virgen Santa María, y en la hostia consagrada, transubstanciada en verdadera carne de nuestro Señor Dios Jesucristo. Mientras estaba en esta tentación, acordóse de la ordenación y establecimiento hecho, según llevamos dicho en el capítulo antecedente. Y cuando la abadesa con todas las demás estaban en capítulo, púsose en pie, pidiendo disciplina y corrección con estas palabras: —Manda Dios y ordena que, hallándose el alma en alguna tentación, acuda a Dios y a las virtudes que nos dio, para que nos ayuden en nuestras necesidades. Obró mi alma como flaca y mi-

serable, y pecó para que por su flaqueza fuese mayormente conocido el poder de Dios y para que la fortaleza y la esperanza fortificasen la fe en mi alma. Mas ¿por qué ésta se olvidó de Dios, y de la fortaleza y esperanza, y dudó en la trinidad del Altísimo, escudriñando cómo era posible en Dios la unidad de esencia y trinidad de personas, que fuesen distintas sin diversidad y composición de esencia; y no solamente dudó en este misterio, si que también dudó en la encarnación del Hijo de Dios, pensando cómo podía caber tanta humildad en la naturaleza divina que quisiese unir a sí la humana para ser con ésta una sola persona? Y aún más: ¡dudó mi alma contra el poder de la divina virtud, imaginando cómo podía ser que la Virgen María Santísima fuese virgen en el parto y después del parto! De este modo cayó en duda mi alma en lo expresado, pero mayormente en la hostia consagrada, que tiene el color y sabor de pan, estando bajo de estos accidentes la verdadera carne de nuestro esposo Jesucristo. Por esta sola duda, bien merezco se me dé penitencia, y confieso ante todo el capítulo la flaqueza de mi fe, para que tomen todas ejemplo y sepan guardarse de la tentación del enemigo en igual lance. Y, en fin, pido se me declare esta duda, para que no vuelva en mi alma otra vez. La abadesa satisfizo con decir:

2. —No convenía que nuestra alma entendiéndose tanto como es la obra que tiene Dios en sí mismo engendrando el Padre al Hijo y procediendo el Espíritu Santo del Padre y del Hijo; porque, si nuestra alma no entiende todo lo que Dios ha hecho y criado, siendo cosa finida y terminada, ¿cuánto menos puede entender todo lo que Dios tiene y obra en sí mismo, que es infinito y eterno? Y lo que no entendemos en Dios es aquella cosa para cuya inteligencia no es suficiente nuestro entendimiento por la mucha imperfección en que ahora está; y, por esto, manda Dios que con la luz de la fe creamos lo que no podemos entender de su santa e incomprendible trinidad y demás artículos. Aunque bastantemente ha dado Dios virtud a nuestro entendimiento para conocer por medio de las criaturas al que es creador de todas; porque, así como puede entender que el hombre es una persona compuesta de dos naturalezas diversas, es a saber, de cuerpo y alma, aun mejor, sin comparación, puede Dios ser una esencia en tres personas y que estas tres personas sean la misma esencia; y si Dios no tuviese tal poder, se seguiría que Dios sería más poderoso en unir la pluralidad en la criatura que en sí mismo, lo que es inconveniente y no se puede conceder.

3. Todo cuanto hizo Dios en este mundo fue para demostrarnos sus virtudes y para que fuese conocido y amado por nosotros, y que por este medio tuviese razón y motivo de usar con nosotros de su justicia y misericordia, por la cual nos da gloria sin fin. Y así, el Hijo de Dios tomó nuestra humana naturaleza para usar con nosotros de humildad, dándonos ejemplo cómo debemos ser humildes. Quiso también enseñarnos su poder y caridad, que mayormente nos demostró en su encarnación que en la creación de todo un mundo de la nada; y mayor obligación tenemos de amar a Dios porque quiso encarnarse y morir por nosotros, que por cualquiera otra cosa que hubiera podido hacer por nosotros. Luego, así como nuestro entendimiento entiende que, según el curso natural, parece cosa

imposible que el Hijo de Dios deba encarnarse, del mismo modo nuestro entendimiento cree espiritualmente que Dios, según su grande humildad, caridad y poder, que son infinitos y una misma cosa en él, quiso y pudo encarnarse. Porque, si no quisiese o no pudiese unir a sí la naturaleza humana, sería demostrarnos que en él había falta de voluntad y de poder sujetándonos y obligándonos a conocerla y adorarla, lo que es imposible. Y así, por estas razones y, aún más, porque Dios quiere y puede unir el alma al cuerpo y que juntos sean una persona, si bien el alma es de una naturaleza y el cuerpo de otra, puede nuestra alma mortificar y vencer las dudas que tenía en la encarnación del divino Hijo.

4. Dios creó a Adán y púscle en el paraíso, y, sacándole un costilla del costado, hizo a Eva, su mujer. Esta obra fue milagrosa y no según el curso natural; y el concebir de la Virgen Santísima, quedando preñada del Hijo de Dios, que vino en ella y nació de ella verdadero hombre y verdadero Dios, quedando ella siempre virgen, fue obra milagrosa y sobrenatural, para demostrar que Dios tiene mayor poder que la naturaleza creada, en cuanto obra lo que ésta no puede obrar, demostrándose así Señor de la naturaleza. Luego, si Dios no obrase sobre la naturaleza, no demostraría tener poder sobre la misma.

5. Por ser el hombre compuesto de alma y cuerpo, no puede ser visto con los ojos corporales, pues éstos solamente ven parte del hombre, es a saber, el cuerpo; pero con los ojos espirituales puede ser visto y entendido, viendo con los ojos del entendimiento al alma y con los del cuerpo al cuerpo. Pues así con los ojos corporales ve el hombre la hostia sacrosanta en figura y color de pan, y con los espirituales el precioso cuerpo de Jesucristo; porque como aquéllos ven las cosas corporales, así éstos las espirituales; y así como los ojos del cuerpo, por el color y claridad, ven la hostia, así también los ojos del alma ven por virtud de Dios, en la sagrada hostia, la verdadera carne de nuestro esposo Jesucristo, el cual, con su voluntad, poder y sabiduría infinita, quiere que bajo aquella figura y color de pan esté verdaderamente la carne y sangre de Jesucristo. Y si esto no lo quisiera o no lo pudiera hacer Dios, se seguiría que no sería infinito y perfecto en su querer, poder y saber, lo que no es así, mientras vemos con el entendimiento que hay toda perfección y toda infinitud en las virtudes de Dios; y, por esto, con los ojos espirituales, mediante la virtud divina, vemos lo que los ojos corporales no pueden ver.

6. Con estas y otras razones venció la abadesa aquellas dudas en que había caído contra la fe aquella monja, y se alegraron de corazón todas las religiosas, y en particular la que había faltado, quedando muy fortificada contra las tentaciones en la fe, de manera que en adelante no pudo el demonio hacerla más dudas contra la fe en ninguno de sus artículos. Todas alabaron y dieron gracias a Dios por haberles dado tan buena abadesa, dotándola de tanta sabiduría, que con su ciencia y santa vida tan valientemente las instruía en conocer y amar a su esposo Jesucristo y todas sus obras y en saber servirle.

CAPÍTULO XXXI

DE LA ESPERANZA

1. Estaba en el monasterio una religiosa que en el siglo había sido grande pecadora, y aun estando en religión había cometido algunos pecados mortales. Un día, acordándose de la gran justicia de Dios y de los pecados cometidos, cargó tanto su consideración sobre sus faltas, que se olvidó de la misericordia de Dios y túvose por culpable, de manera y en particular por los pecados cometidos siendo religiosa, que desesperó de que Dios la quisiese perdonar, pareciéndole que, por mucho que obrase bien en adelante, no pudiera alcanzar la gracia y perdón de Dios.

2. Mientras pensaba así la religiosa, viniéronle deseos de volver a pecar, como solía antes; mas por los méritos de la penitencia que había hecho de sus pecados y por la santa vida de la abadesa y demás religiosas, Dios la miró con los ojos de su misericordia e hízola recordar lo que la abadesa había ordenado sobre la virtud de la esperanza y demás virtudes. Y estando en capítulo, en presencia de todas confesó la tentación que había tenido contra la esperanza, pidiendo perdón y consejo a la abadesa contra esta tentación que la atormentaba mucho.

3. Respondió la abadesa y dijo estas palabras: —El error contra la esperanza suele acontecer cuando el hombre piensa que Dios sea más justo que misericordioso; y por esto muchos caen en desesperación. Mas, siendo Dios misericordioso y mayor que todas las criaturas, de necesidad se sigue que el hombre, que es criatura, no pueda pecar tanto como Dios puede perdonar; por lo que es muy necesario, cuando uno está considerando sus culpas y pecados, que entonces acuda a pensar en la gran misericordia de Dios, a quien hacen mucha honra todos los que la comparan igual a su justicia, y por esta honra que le hacen, la misericordia de Dios perdona al pecador sus pecados y culpas mortales dándole dolor y contrición de ellos.

4. El recuerdo de la encarnación y pasión santísima del Hijo de Dios vivifica a la esperanza y mortifica a la desesperanza; porque, si Dios quiso unir a su divina naturaleza la humana y quiso que ésta padeciese grandes trabajos, pasión y muerte para redimirnos del poder del demonio, bien claro se infiere que, si nos confiamos en su piedad y misericordia, quiere perdonarnos; mas por falta de caridad, que no se halla en el alma que desespera de Dios, acontece que el hombre no se acuerda de la santa humildad que mostró en encarnarse y se olvida de su santísima pasión, y en este modo, la desesperación vence y se apodera de la esperanza. Pero cuando la caridad y la esperanza se concuerdan y se ayudan entre sí en oponerse a la desesperación y al pecado, entonces obligan a Dios a que perdone, haciendo que el hombre le ame y confíe en Él. Y por consiguiendo, quien en su recordar, entender y querer sabe con la caridad usar de la esperanza, es muy fácil que a éste le sean perdonadas todas sus culpas.

5. Mientras la abadesa decía estas palabras, díjole la bolsera que a

ella también le acontecía frecuentemente faltar contra la esperanza cuando pensaba en el gasto del monasterio, pues dudaba muchas veces que pudiese bastar el dinero que tenía. Respondiéndola la abadesa que, antes bien, debía suceder lo contrario, pues por lo mismo tenía ocasión de acordarse de la riqueza y largueza de Dios, quien franquea a las criaturas todo lo que necesitan; y si a las bestias, a las aves, a los peces, que son irracionales, y a los hombres seglares, que aman y siguen el mundo, les da Dios de qué vivir, injuria nos haría si faltase en darle a las que estamos en este monasterio para servirle y para huir de los terrenos deleites, y más cuando confiamos en Él. Y de aquí se infiere que el estar el pensamiento en estos temores y confiarse al mismo tiempo en Dios, es virtud, y así debe ejecutarlo luego que el hombre se sienta tentado de este vicio.

CAPÍTULO XXXII

DE LA CARIDAD

1. En presencia de la abadesa y demás religiosas, dijo una monja su culpa, en que había continuado por mucho tiempo, contra la caridad; porque había más amado a Dios por el interés de la gloria que por ser quien es, y mayormente le había temido por el temor del infierno que por su bondad. La abadesa respondiéndole diciendo estas palabras: —De tal manera es Dios merecedor de ser amado y temido por su excelente bondad y virtud, que más debe el hombre amarle y temerle por ser quien es que para obtener la gloria y evitar el infierno; pues amando la gloria se ama uno a sí propio, y por este amor teme las penas del infierno; y como el hombre debe amar más a Dios que a sí, por eso no es conforme a caridad y justicia el amar y temer a Dios por aquello que es menos noble, cuando debe amarle por ser Dios lo más noble, siéndolo más y mejor que todas las criaturas juntas.

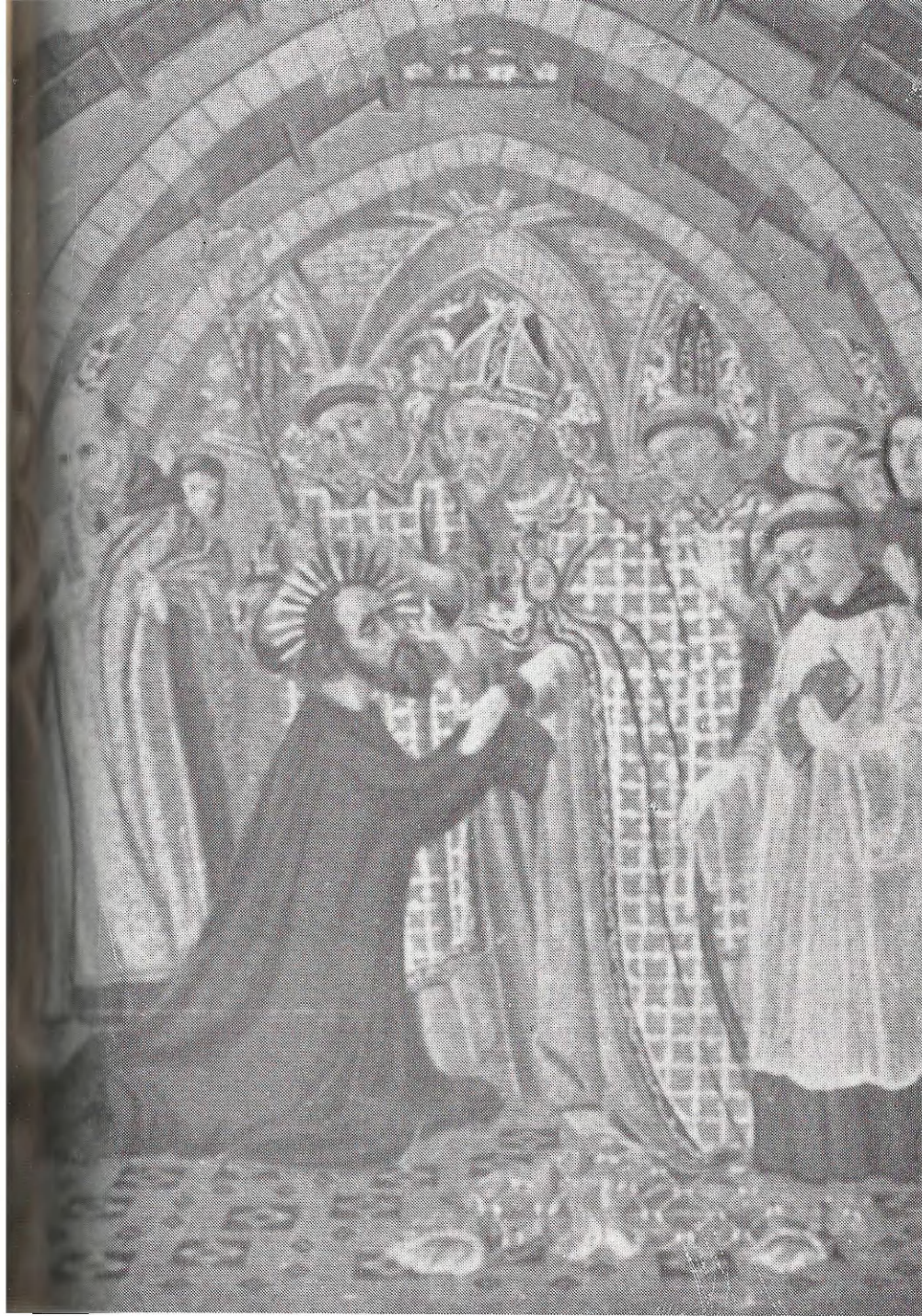
2. Después que la abadesa hubo dado la razón de cómo se debe amar a Dios y amar la gloria y temer el infierno, dijo otra monja que confesaba su culpa contra Dios y las demás religiosas, porque la intención con que entró en la Orden no fue regulada por el amor o caridad a Dios y a las monjas, si solamente había entrado porque era pobre y no tenía con qué sustentarse en el mundo. Satisfizo la abadesa, y dijo que en una misma obra puede ordenarse y desordenarse la intención, porque cuando alguno por pobreza entra en religión, puede dirigir principalmente la caridad a Dios y a la religión, y después a sí y a lo que necesita; mas porque, entrando en religión, vuestra principal intención fue en vuestra propia conveniencia y no en amar a Dios, la regla y la compañía de las religiosas, por eso sois en la religión culpable contra Dios y contra las religiosas, y quiero que hagáis penitencia por esta culpa.

3. —La verdad es —dijo otra monja— que yo deseaba ser abadesa más por mi honra que por caridad o amor que tuviese a Dios ni a las monjas. Respondiéndole la abadesa que desear y amar la prelación por el ho-

nor es soberbia y vanagloria y es contra Jesucristo, quien, viviendo en este mundo, quiso ser humilde y pobre; mas desearla para servir a Dios y enderezar y ordenar por las sendas de la virtud y salvación a los que van desordenados y descaminados, esto sí es amar a Dios y a su prójimo, y es caridad muy de su gusto y agrado. Y, por consiguiente, para mortificar y desvanecer tan locos deseos como son el desear prelacías por obtener honores, conviene acordarse de la vida de Jesucristo y de los santos, que siempre amaron la pobreza y humildad. Puede también vencerlos si considera los trabajos que en gobernar a sus súbditos sostiene el prelado, siéndolo para servir a todos. Y así, claro está que el yerro que habéis cometido en desear locamente la prelación fue contra vuestra libertad, porque ser monja conventual es estar sujeta a su menor, y ser abadesa es estar en sujeción y servidumbre de todas; por lo que, si fuese del gusto de Dios y de las monjas, cuando vuestra voluntad fuese bien ordenada, con grandísimo gusto torcaría con vos el empleo.

4. —Señora abadesa —dijo otra—, tiempo ha que estoy deseando haber caridad con Dios y mi prójimo, y como soy ignorante, quisiera me diese doctrina y enseñanza para lograrlo. Respondió la abadesa que quien desea tener caridad, según conviene tenerla, es menester que la sepa recordar y entender, porque, si falta sabiduría en su memoria y entendimiento, no puede estar en su voluntad la caridad; por eso, pues, conviene lo primero entender y acordarse frecuentemente de Dios y de su poder, sabiduría, amor y de sus obras y virtudes, y de la vileza y miseria de este mundo, de la gloria del paraíso y penas del infierno; y tener presente el gran amor que Dios usó con nosotros haciéndonos a todos de una misma naturaleza, carne y sangre, la cual quiso por nuestro amor unir a sí el Hijo de Dios y en ella morir crucificado por nosotros. Con este modo de recordar y entender concibe la voluntad caridad y amor; y por olvidarle e ignorarle huye y escapa el amor de nuestra voluntad, y se introduce en ella la ira, la iniquidad, la falsedad y la malicia.

5. Después de esto exhortó la abadesa a todas las religiosas a esforzarse en obtener la caridad, pues no se resiste a ninguno que la busca, pudiendo cada cual alcanzarla a medida de sus deseos. —Con la caridad —decía—, puede el hombre sostener cualquier género de trabajo, haciendo que sea fácil y suave lo que parece fuerte y dificultoso de sufrir, y en lo que es agradable al deseo y al pensamiento, la caridad llena de júbilo al hombre siempre que lo sepa con caridad recordar y entender, que hizo bajar al mismo Dios desde el cielo a la tierra; hizo que se encarnase, llorase y sufriese trabajos hasta hacerle morir crucificado. La caridad hizo que crease al mundo y cuanto tiene ser, y su caridad está proveyendo, hoy y cada día, a nosotros y todas las criaturas, y nos las dio todas para que nos sirvan, y nos da nosotras a nosotras mismas para que con aquéllas y con nosotras a Dios sólo sirvamos; y aún más, la caridad divina a creado para nosotros el paraíso, al cual nos llama, adonde tengamos gloria perdurable. Luego si tantos bienes, tan grandes y tan útiles y necesarios nos acarreo la caridad, comunicándose ésta tan liberalmente a quien la desea, gran maldad, gran iniquidad y gran culpa tiene el corazón de aquel en quien no habita la caridad.



Renunciamento de Ramón Llull



Iluminación de Ramón Llull en el monte de Randa

CAPITULO XXXIII

DE LA JUSTICIA

1. En dicho monasterio había una monja muy gravemente enferma. Y como la abadesa acostumbraba cada día buscar todo el convento por si había algo que mejorar, o si de su presencia podía seguirse algún fruto, entró también en la enfermería, y encontró aquella enferma que estaba muy impaciente en su enfermedad, de manera que con sus palabras, llenas de ira y despecho, daba indicios de que su alma no estuviese justificada.

2. Lo que dio motivo a la abadesa de preguntar a la monja qué había hecho de la justicia, caridad, fortaleza y paciencia y en dónde las había dejado. —Es —dijo— tan vehemente y agudo el dolor de este mal que me esta aniquilando, que no es dable pueda caber en mi alma virtud alguna, y estoy tan llena de ira y me domina ésta de manera que más presto deseara la muerte que la vida.

3. —¡Hay tal locura! —dijo la abadesa—. Dime por tu vida: ¿cuál te parece sería mayor pena de estas dos: o el estarte bajo de una gran montaña de azufre y fuego o la enfermedad que padeces y que murieses sin justicia? Es muy seguro que, si mueres así, irá tu alma a habitar entre las llamas del infernal fuego sin fin. ¿Quién piensas que es el que te da la enfermedad? Sepas que el no tener tú paciencia es no amar a Dios ni a su justicia, quien te da este mal para castigo de tus culpas, y te opones a su justicia con no amar sus obras. No tienes fortaleza en tu corazón, porque la enfermedad, ahuyentando a la caridad y justicia, puso en él la ira, la impaciencia y la injuria. Dándote Dios esa enfermedad, te pide que tú misma te des a Él con justicia, caridad y paciencia, para darte la salud de la eterna bienaventuranza. Tantas y tan buenas palabras dijo la abadesa a la enferma hasta que la caridad, paciencia, fortaleza y justicia recobraron aquella alma perdida, y dijo entonces la monja estas palabras:

4. “Adórote y bendigo, divina virtud de justicia, porque me castigas y me sustentas, no castigándome según la multitud de mis culpas, mereciendo ya padecer estos trabajos y muchos más. Haz de mí, Señor, lo que sea más de tu agrado y que mi voluntad quiera solamente lo que tú quieras. No soy digna de merecer la gloria, pues por mis culpas sólo merezco perdurables penas. Si quieres castigarme, ejercitarás en mí tu gran justicia, y tu gran misericordia, si me perdonas. En lo uno y en lo otro, Señor, adoro tu infinita justicia y espero en tu dulce misericordia, a quien está rogando por nosotros la Reina del cielo.” Mientras que la religiosa hacía estos coloquios, sintió tanta devoción con que la caridad, justicia, fortaleza y paciencia habían llenado su corazón, que en adelante le fue muy fácil de tolerar la enfermedad.

5. Después que la abadesa hubo con su buena doctrina consolado a la enferma, entró en un aposento secreto que servía de cárcel, donde estaba otra monja por haber faltado a su honestidad y a la Regla de la

Orden. Vino, pues, a verla y consolarla en la penitencia que hacía, y encontróla arrodillada llorando y que con sollozos decía así: “¡Oh santa justicia de Dios, bajo cuyo dominio están sujetas todas las cosas! Adórote y bendigo, porque en los trabajos que sufro conozco tu equidad y mis culpas, de cuyo conocimiento nace para mi alma el consuelo. Tu justicia me obliga a amarte, y mis pecados excitan en mí el desconsuelo. Cuanto más fuertemente me castigas, tanto más te me das a conocer y te demuestras, haciendo que más me acuerde de tu gran misericordia; por lo que estoy resuelta de permanecer siempre en esta pena que siento en el cuerpo, para que mi alma pueda de continuo conocerte, amarte y contemplarte y pueda en ti siempre alegrarme.” Tan devotas y santas fueron las palabras que decía esta monja, que movieron a devoción y misericordia a la abadesa para el perdón, quien, llorosa y compasiva, le dijo:

6. —No es conveniente que haya falta allí donde la justicia de Dios quiere tener su comunicación y residencia. Y así, estoy dispuesta a perdonaros, y aun a solicitar que todas las religiosas os perdonen, supuesto que la divina justicia perdona a todos los que bendicen y alaban en sus obras. Descarnada y macilenta os miro por la grande aflicción de vuestro cuerpo: pobres y rotos están vuestros vestidos, poca y ruin es vuestra comida; vuestra cama son duros sarmientos, y la soledad y las tinieblas son vuestra compañía; pero vuestra alma tiene por compañía el divino esplendor, que os hace conocer y amar su justicia. Pedid, y se os dará. Arrepentíos, y se os perdonará. Vuestra contrición y devoción os hacen más noble que a mí la virginidad.

7. Terminó su devoto discurso con el llanto de la abadesa, a quien la religiosa dio repetidas gracias, y añadió ser muy natural al Señor, que es bueno, el amar y desear el bien y la bendición de sus súbditos. —Esta mi cárcel —dijo— y modo de vida sirve de escarmiento y enseñanza a las demás, para que teman de macular sus cuerpos cometiendo alguna falta o alguna maldad. Perdón pido, arrepentida de mis culpas y pecados, y que por todos los días de mi vida me dejen estar en la penitencia en que al presente estoy, pues cuanto mayores son los trabajos que siento en mi persona, tanto más mi alma queda exaltada en Dios. Él sea en mi alma, y más que se me multipliquen trabajos y penitencias.

8. Terminada esta plática, salió la abadesa y fué a la huerta, donde vio bajo de un árbol otra monja que lloraba. Ésta había vivido en el siglo con grandes riquezas y honores, y, acordándose de los placeres y deleites que antes solía gozar, sentía mucho la vida áspera a que estaba precisada en el monasterio. Preguntóle la abadesa el motivo de su llanto y desconsuelo, y luego la monja le expresó cuanto tenía en su corazón. —¡Oh alma loca e injusta! —exclamó la abadesa—, ¿has pensado y reflexionado algún tiempo que hay justicia, y que con viandas ásperas castiga a los que en el mundo comieron delicadamente, y con humildes vestidos humilla a los que vistieron soberbias y ricas vestiduras, y con ásperas y duras camas atormenta a los que las buscaron blandas y delicadas? ¿Cómo no vas, ¡oh insensata!, a llorar a la iglesia? ¡Vete allí y levanta los ojos a la cruz, y mira a nuestro esposo Jesucristo, Señor de cielo y tierra, en cuál cama descansa! ¡Mira cómo están teñidas sus vestiduras de color bermé-

jo, es a saber, de la sangre que salió de su cuerpo precioso! ¡Mira cómo está desnudo, crucificado y desamparado! ¡Sed tuvo, pero mira cómo le dieron a beber vinagre con sal y hiel mezclado! ¡Mira con qué corona de agudas y penetrantes espinas, por honor, ciñeron su cabeza! ¡Y considera también cómo su delicado y precioso cuerpo fue cruelmente azotado y llagado! Con tal energía reprendió la abadesa a aquella monja y quedó ésta tan edificada para en adelante, que jamás cupo en su corazón aquel loco pensamiento, como antes solía.

CAPÍTULO XXXIV

DE LA PRUDENCIA

1. Una monja estaba en un pecado sin tener conocimiento cierto de si era venial o mortal, ni buscaba saberlo, porque deseaba continuar, y temía haberle de dejar sabiendo fuese mortal. Aconteció, pues, un día que, mientras estaba en capítulo con la abadesa, tuvo conciencia de la falta que había cometido contra sabiduría, como llevamos dicho; pidió perdón de su pecado, y díjole entonces la abadesa estas palabras:

2. —Dios ha dado al hombre razón y discreción para usar de ellas contra el pecado, amando las virtudes y aborreciendo los vicios. Cuando el hombre no quiere servirse de la razón para excusarse de tener conciencia del pecado en que está, entonces la justicia de Dios tiene razón de quitarle la discreción y conciencia mientras vive en este mundo; y, por eso, en él estamos viendo muchos pecadores que tienen obcecados los ojos del entendimiento, para que de aquí en adelante no tengan conciencia ni contrición de sus pecados, y vemos que mueren muchos en tal estado, en que bien se puede conocer que van condenados, pues no satisfacen los agravios e injurias que han hecho a otros, ni tienen en el fin de su vida contrición de sus pecados. Y como la justicia y sabiduría tienen entre sí compañía y amistad, de aquí que la justicia castiga a los que no honran a la sabiduría.

3. Mientras que la abadesa en capítulo hacía este discurso, estaba allí otra monja que tenía un hijo en aquella ciudad, grande abogado, quien antes quería estudiar las divinas letras y entrar en religión; mas la madre le hizo estudiar leyes y el derecho civil para que fuese seglar y se casase. Acordóse, pues, esta religiosa de haber visto muchas veces que su hijo se servía malamente de su ciencia, por lo que hizo conciencia de las faltas que había hecho contra la sabiduría y dijo estas palabras:

4. —Culpable me confieso contra la sabiduría y contra la Sagrada Escritura, por la cual el hombre tiene conocimiento de Dios. Y, en consecuencia, pidió esta religiosa perdón de su culpa, según hemos insinuado antes. Entonces le dijo la abadesa que muy gravemente había errado contra la sabiduría y contra el don del entendimiento que da el Espíritu Santo, porque la voluntad que tenía su hijo de ser religioso y de aprender la Sagrada Escritura le había sido dada de Dios por el Espíritu Santo, quien

quería darle también sabiduría y entendimiento para ser de él conocido y amado y darle la celestial bienaventuranza. —Y por esto —añadió—, de aquella falta y de todas las demás culpas y pecados que hará vuestro hijo usando mal del derecho y ciencia que aprendió tiene la culpa su madre, por la cual tendrá menos gloria, si se salva, y pena mayor, si se condena. Mucho se movió la abadesa contra esta religiosa y grande fue la penitencia que le impuso.

5. En el mismo tiempo que la abadesa hablaba de los dones que da el Espíritu Santo, una monja se acordó en sí misma de la ignorancia en que estaba, porque no sabía los diez mandamientos de la ley, ni los catorce artículos de la fe, ni los siete dones que da el Espíritu Santo, ni las ocho bienaventuranzas que nuestro Señor Jesucristo prometió en su Evangelio, ni sabía las siete virtudes, por las cuales va el hombre al paraíso, ni los siete pecados mortales, por los cuales se va al fuego del infierno. Todas estas cosas ignoraba esta religiosa en su alma, siendo tan necesario y provechoso el saberlas. De esta ignorancia contraria a la sabiduría pidió perdón, rogando se las enseñasen todas.

6. Muy vivamente reprendió la abadesa a esta monja con estas palabras: —Quien ignora los diez mandamientos de la ley, ¿cómo sabrá ser obediente Dios? Y si es inobediente, ¿cómo lo sabrá conocer? Y quien no sabe los catorce artículos de nuestra santa fe, claro está que no sabe creer ni usar de fe, según conviene. Y quien no sabe los siete dones del Espíritu Santo, ¿cómo ha de agradecérselo, si ignora lo que le da? Y el que ignora las ocho bienaventuranzas, no ha de saber desear la gloria perdurable. Y quien no sabe e ignora las siete virtudes, ¿cómo tendrá luz para ver las sendas por donde se camina a la salvación? Y el que no sabe conocer los siete pecados mortales, ¿cómo sabrá guardarse de ellos, arrepentirse y confesarse, y cómo ha de tener contrición de haberlos cometido? Quien, pues, desea saber todo lo sobredicho, lea el libro de *Doctrina pueril*, donde estas y muchas otras cosas buenas se hallan escritas.

CAPÍTULO XXXV

DE LA FORTALEZA

1. Así como a la prudencia llamamos sabiduría, así también a la valentía de ánimo llamamos fortaleza, para que las mujeres lo entiendan más fácilmente. Mientras, pues, una religiosa todos los días adoraba a Dios, rogando le diese las siete virtudes para servirle con éstas y que la defendiese de los siete pecados mortales, era frecuentemente tentada de vanagloria por su buena vida y devota oración que hacía, en la cual la caridad y contrición de sus culpas la hacían llorar y acordarse de la misericordia de Dios.

2. Era tan fuertemente tentada de esta vanagloria aquella religiosa, que le parecía que Dios debía de hacer por ella milagros y que la debía honrar en su gloria más que a todas las otras mujeres. Un día, estando la

religiosa con esta vanagloria en su oración, conoció su falta, y quedó muy maravillada de que tan mal pensamiento como es la vanagloria pudiese entrar en su alma cuando estaba en tan devota oración. Por lo cual, hallándose en capítulo, en presencia de las demás, confesó su culpa y preguntó a la abadesa de dónde podía venirle esta falta. A la que satisfizo diciendo:

3. —Compañía y hermandad tienen las mismas virtudes entre sí, porque las unas son exaltadas por las otras, mortificando a los vicios. De donde, cuando la caridad, justicia, fe y esperanza son muy altas y sublimes en contemplar las virtudes de Dios, entonces la prudencia y la fortaleza quieren estar en su compañía; y por esto, cuando acontece que el alma viene a ser tentada de vanagloria, si tiene bastante sabiduría para conocer aquella tentación y está fuerte la razón para resistirle, entonces se inclina su memoria a entender la vileza en que está por el pecado y sube el entendimiento a entender la nobleza y verdad de Dios, y a las horas de sabiduría esfuerza su alto poder y es virtud en compañía de otras virtudes. Pero cuando la vanagloria vence, y el alma se olvida de sus culpas, y no entiende en las virtudes de Dios, y consiente en la vanagloria, entonces por falta de sabiduría y valentía de ánimo descaecen las otras virtudes al pecado y se desvanecen.

4. Después que la abadesa hubo explicado el modo con que en la oración muchas veces se mezcla entre las virtudes la vanagloria, la cual tentación suele molestar a los que hacen buenas obras, otra monja le dijo que muchas veces estaba tentada de salirse de la religión, de lo cual se sentía culpable delante de Dios, y arrepentida pedía corrección y doctrina. Respondióle la abadesa que aquella tentación era por flaqueza y falta de valentía de ánimo en quien hay falta de caridad para amar la religión y despreciar al mundo; porque, acordándose la memoria del mundo y sus deleites y olvidando la honestidad y santa vida de las buenas religiosas que viven en religión, queda la fortaleza mortificada en la voluntad, y por eso debe el hombre olvidar aquellas cosas que pueden ocasionarle la tentación y debe recordar con gran valentía de ánimo otras cosas buenas contrarias a la dicha tentación.

5. Otra monja dijo a la abadesa que cada día tenía tentación de regalarle comiendo y bebiendo y de hablar mal de la Regla de la Orden. Y la abadesa le respondió que Dios quiso ordenar que las criaturas fuesen muchas y distintas, para que en muchos y distintos modos sirviesen al hombre, a quien les ha dado para que el hombre en muchas maneras sirva a Dios. Y por esto, la tentación es para que la fortaleza venza con la abstinencia a la gula y a la desordenación de las palabras, y este vencimiento logra cuando la caridad y la justicia le ayudan contra los pecados, y entonces la tentación es ocasión a las virtudes para que pongan en uso la Virtud que Dios les ha dado, a fin de que el alma logre por ello mayor gloria.

6. En el mismo capítulo asistía una religiosa muy bella y de muy noble familia, quien había dado al convento muchas riquezas. Era ésta muy a menudo tentada de soberbia, y pidió a la abadesa quisiese darle algún consejo contra este vicio. Aconsejóle la abadesa que, todas las veces que

le viniera esta tentación, entrase en el huerto, y que mirase al jumento que rodaba la noria, y que pensase por cuál cosa del mundo quisiera ser jumento, y aquello mismo que ella despreciaría para no serlo le fortalecería su corazón contra la soberbia, pensando en Dios, quien habría podido hacerla tal si hubiese querido. Y más le dijo: que, después de esta consideración, anduviese al cementerio, y que imaginase los muertos que estaban allí, y pensase en la corrupción y feter de sus carnes, y se acordase de la inmundicia y suciedad que sale de su estómago, y después anduviese a la iglesia, y que contemplase en la cruz, para recordarse a cuánta humildad quiso humillarse Dios. Todas estas cosas y muchas más dijo la abadesa a esta religiosa por darle doctrina para fortalecer su corazón contra la soberbia, y que todas las cosas repudiase y despreciase antes que ofender a Dios nuestro Señor.

CAPÍTULO XXXVI

DE LA TEMPLANZA

1. Hallábase la abadesa en capítulo, cuando dijo estas palabras: —Por virtud de Dios hemos ordenado y tratado de las virtudes antes expresadas. Ahora conviene que tratemos de la virtud de templanza, y quiero saber si hay entre nosotras alguna monja que haya cometido alguna falta contra esta virtud. Al oír esto, dijo una religiosa que no tenía conocimiento de la virtud de la templanza, por lo cual ignoraba si en ella había faltado. La abadesa dijo que la templanza es una virtud que está en medio entre lo poco y lo mucho. Y por que se dé más clara noticia de esto, supongamos que por lo mucho se entiende la grandeza de Dios, lo cual es mayor que todas las demás cosas, sin que por esto se siga alguna desordenación, y por lo poco se entiende el hombre, porque en Dios ninguna cosa hay que sea poca. Y porque lo mucho y lo poco constituyen el medio en la criatura, no cabe haber en Dios templanza, por cuanto en sí no tiene cosa alguna que sea mucho ni poco, pero sí en el hombre, quien tiene mucho y poco y según distintos términos es en sí mucho y poco naturalmente.

2. —Por otro modo —prosiguió la abadesa—, Dios ha creado a la templanza entre dos términos, es a saber, entre lo poco y lo mucho, para que la templanza sea medio por el cual el hombre pueda y sepa usar la sabiduría, justicia, fortaleza, caridad y de las demás virtudes, porque en el comer y en el beber, en el dormir y en el velar, en el hablar y en el callar, en el andar y en el estar, en el vestir y en el calzar, en el gastar y en el guardar, en el imaginar y discurrir y en otras cosas semejantes tiene necesidad el hombre de la templanza, a fin de que la sabiduría tenga conocimiento de lo que es mucho y de lo que es poco, y que la caridad ame el medio, y la justicia saque de los vicios templanza y la dé a la caridad, y que la fortaleza sea en el corazón del hombre contra lo mucho y lo poco, para que se convenga con la templanza, por la cual la fortaleza se concuerda con las demás virtudes que con la templanza concuerdan.

3. Después de haber la abadesa enseñado la manera con que se halla concordancia entre la templanza y las otras virtudes, la religiosa se acordó de las faltas que había hecho contra la templanza, y exclamó diciendo: —¡Ay de mí, pecadora! ¡Oh, cuán grande es mi culpa en lo que he faltado por mi ignorancia en el comer y beber, en el hablar y en otras cosas contra justicia, sabiduría, fortaleza y templanza! Pues la justicia me daba conciencia y la sabiduría me revelaba lo que era mucho y lo que era poco, para que la caridad amase a la templanza; y por haber dado Dios al alma la libertad para poder usar de estas virtudes y no haber mi alma querido usar de ellas, antes usó de los vicios, de aquí soy culpable, y pido perdón y penitencia de mi culpa.

4. Entonces dijo la abadesa a las monjas que en el alma hay tres potencias, es a saber: memoria, entendimiento y voluntad, y cuanto obra el alma es con estas tres potencias, y así, para que nuestra alma sea ordenada en sus operaciones, es preciso que cada cual de nosotras sea ordenada en estas tres potencias, por las cuales tenga ordenación en los cinco sentidos corporales, los que conviene sean ordenados por el alma en sus siete virtudes principales y en los actos de estas virtudes, según hemos dicho antes, la cual ordenación lograremos si nosotras somos ordenadas en las tres potencias del alma. Por lo cual, en primer lugar, es bien que tratemos de la memoria.

CAPÍTULO XXXVII

DE LA MEMORIA

1. —La memoria —dijo la abadesa— fue dada a nuestra alma para que nos acordemos del Soberano Bien, de donde tienen principio y se derivan todos los bienes, el cual nos creó y nos hizo gracia de juntarnos en este monasterio para acordarnos de Él y olvidar las vanidades de este mundo, y recibir premio en el otro, para olvidar en nuestras almas toda culpa. Y habiendo nosotras recibido de Dios tantos beneficios, y en particular habiendo Dios tomado nuestra naturaleza, entregándola a grandísimos trabajos y grave muerte para salvarnos, es, sin duda, grande la obligación en que estamos de acordarnos de todas estas cosas en todo el tiempo de nuestra vida y en todas las horas del día. Y por eso, quiero y mando que cada una de vosotras recuerde todos los días la bondad, grandeza, eternidad, poder, sabiduría, amor y perfección de Dios, y que os acordéis y penséis en su santa encarnación y pasión y en las otras cosas pertenecientes a Dios, porque con estas memorias desaparecen las tentaciones, y vienen a olvidarse los trabajos, y queda el alma iluminada con luz de bendición.

2. Acordarnos conviene de la gloria del paraíso para desearla y de las penas del infierno para temerlas, no olvidándonos de la muerte, a fin de que estemos preparadas, pues tenemos certeza que hemos de morir y no sabemos cuándo. Acordémonos que venimos de la nada, para que no haya entre nosotras soberbia ni presunción, sin olvidar la podredumbre y co-

rupción de nuestro cuerpo, para tener humildad y mansedumbre. Acordeémonos las unas de las otras y abracémonos con caridad y justicia, para que la paz esté siempre entre nosotras. Si sabemos memorar, sabremos olvidar, y si sabemos olvidar, sabremos memorar, y en sabiendo memorar y olvidar, sabremos entender y amar. Consideremos nuestros pecados, para acordarnos de la justicia y misericordia de Dios, y tengamos en la memoria las virtudes, para que las amemos.

3. No es conveniente acordarnos de lo que hacíamos en el mundo, pues con este recuerdo se mueve la voluntad a desear el mundo, y cuando nos halláremos en alguna tentación, recurramos a Dios y a la Virgen María Santísima y a todos los santos del cielo, y pidámosles socorro y ayuda. Cada cual de nosotras acuérdesse de su ángel custodio, que Dios le dio para guardarla y defenderla de pecar, haciéndole cada día alguna honra, y tenga también cada una devoción a algún santo especial, para que sea su procurador en la corte celestial, acordándose de él todos los días y haciéndole alguna honra y oración. Acordeémonos con frecuencia de la vida de los santos y santas, para que con esta memoria nos enamoremos a imitarles. Acordeémonos de los infieles, rogando por ellos a Dios para que les dé luz de inteligencia y fe para conocerle y adorarle y para que vengan en camino de salvación. Por la noche, después de las completas, cada una haga memoria si en aquel día ha ofendido en algo a su Creador, y por la mañana, después de los maitines, acordeémonos asimismo, en qué estado hemos pasado aquella noche. En este y en otros modos enseñaba la abadesa a todas las religiosas a memorar, para que en la dulce y piadosa misericordia de Dios fuesen acordadas y encomendadas. Y todas alababan y bendecían a Dios por haber dado tanta sabiduría, caridad y castidad a su abadesa sor Cana.

CAPÍTULO XXXVIII

DEL ENTENDIMIENTO

1. La abadesa sor Cana dijo a sus monjas que el entendimiento era luz espiritual que iluminaba el alma para entender verdad de su Creador y de sus obras, y que la voluntad, antes de moverse a querer o no querer alguna cosa, recibía luz del entendimiento para no errar en sus operaciones; porque así como los ciegos yerran el camino por donde van por faltarles la vista corporal, del mismo modo el alma yerra en su memorar y querer cuando no recibe luz del entendimiento.

2. —Muchas veces acontece [—dijo—] que por el demasiado memorar y querer se turba el entendimiento, y por esto, quien desea recibir de él la luz espiritual, conviencle que tenga templanza en su memorar, querer y entender; por lo cual, el hombre que desea entender, sepa memorar y querer, y el que desea memorar y querer, sepa entender; pues por el mucho memorar y querer se engendra el mucho entender, y por el mucho entender, el mucho memorar, y el mucho querer cuando sabe el hombre memorar la obra de su memorar, entender y querer.

3. Si deseamos entender a Dios, conviene, lo primero, que usemos de fe, y después de inteligencia, y que creamos lo que no podemos entender, y que entendamos lo que Dios tiene en su esencia y en sus obras, y entendamos que Dios es cosa mayor de lo que nosotros podemos entender, porque si nuestro entendimiento no es bastante para entender todo lo que somos y obramos, ¿cuánto menos, sin comparación, bastará para entender a Dios y a sus obras? Lo cual, si no fuese así, se seguiría que fuésemos en esencia y en obras mayores que Dios, lo que es imposible.

4. Este no poder entender, claro está que no es falta del entendimiento, mas sólo de aquel o de aquella que, teniendo entendimiento, no sabe o no quiere usar de él en aquello que no puede entender, siendo así que aquel que no quiere usar de su entendimiento en lo que podría entender, no quiere usar de la mejor criatura que Dios quiso crear por él, y desprecia el más excelente placer, como es el que logra el alma mediante la inteligencia, ni teme entristecerla con la ignorancia. Pues cuanto más el entendimiento entiende las cosas dificultosas y altas, tanto es mayor y más noble y elevado por su inteligencia, lo que no sucede siempre así en las otras potencias, pues, por acordar demasiado, puede ser la memoria menor en su acto, como también puede la voluntad ser menor en su querer por el demasiado amar o aborrecer. Y quien no quiere entender aquello que le fuera fácil de entender, ¿qué razón hay para que quiera memorar ni amarlo?

5. Antes debe desear que el entendimiento tenga ignorancia de lo que no le es posible entender. Y cuando el entendimiento entiende la verdad, debe la voluntad amarla, y si la falsedad, aborrecerla, y si el entendimiento entiende a la voluntad, debe ésta apreciarle y amarle, porque así como fue hecha la voluntad para amar al entendimiento, así también el entendimiento para entender a la voluntad, y cuando la memoria recuerda con frecuencia sin entender ni querer, entonces la imaginación se acostumbra a imaginar en tal manera, que el hombre suele volverse loco.

6. Al tiempo que la abadesa estaba así enseñando a las monjas cómo debían usar del entendimiento, una religiosa la preguntó en qué manera podía la memoria memorar, sin entender y sin querer. Respondióle la abadesa que cuando el hombre recuerda una cosa y después otra, haciéndola con tanta prisa y frecuencia que no da lugar a la voluntad de amarla o aborrecerla ni al entendimiento de entenderla, entonces la memoria recuerda sin entender ni querer y obra en su memorar casualmente y a la ventura, por cuyo uso se desordena la imaginación, y por este desorden se destruye la virtud memorativa, y sucede algunas veces que el hombre que así lo hace pierde el seso y se vuelve loco o mentecato, como tengo dicho.

CAPÍTULO XXXIX

DE LA VOLUNTAD

1. Prosiguió la abadesa diciendo a las monjas que Dios había dado al hombre la voluntad; y a los peces, y a las aves, y a los brutos, y a los demás vivientes, el apetito natural, que es muy semejante a la voluntad;

y, según esto, dijo que la voluntad del hombre era más noble que la de todas las demás criaturas que carecen del uso de razón, y esto a fin de que la voluntad humana no quiera cosa alguna sin razón, y de aquí que si el hombre o la mujer ama o aborrece alguna cosa sin razón, entonces tiene peor voluntad que ninguna otra criatura.

2. El amar lo bueno y desamar lo malo [—dijo—] conviene a la voluntad; pero cuando el hombre ama más el menor bien que el mayor, entonces dispone su voluntad para amar lo malo y desamar lo bueno. Al entretanto que así sutilmente se explicaba la abadesa, díjole una religiosa que no era lícito hablar con semejantes sutilezas a las mujeres, a lo cual satisfizo diciendo que; supuesto que el entendimiento podía entenderlas, era muy conveniente que quisiese la voluntad que el entendimiento las entendiese, para que más exaltase en su inteligencia y mejor pudiese la voluntad contemplar y amar a Dios y a sus obras, porque si Dios no quisiese ser contemplado por el entender y amar de las criaturas, no las hubiera dado tan gran virtud como les dio en su memorar, entender y amar, a fin que sea de ellas más entendido y por la mayor inteligencia sea mayor el amor. Que si tal vez por querer entender alguna cosa fútil naciere alguna duda, entonces se debe recubrir a la fe y a la fortaleza, por la cual se fortifica el corazón del hombre en creer aquello que no puede entender.

3. El libre albedrío concuerda más con la voluntad, mientras vivimos en este mundo, que con el memorar ni con el entender, como también la obediencia mejor se conviene con la religión que con el estado seglar o fuera de la religión, y esto es porque la libertad está más constreñida en la religión que en el siglo, por cuanto la voluntad que libremente ama la sujeción de su libre albedrío a la obediencia está más elevada para obtener más mérito, caridad y justicia, que la voluntad que no está sujeta a la obediencia; porque si el placer que hay en amar de grado a la cosa amada es grande, mayor es el mérito en amarla contra su voluntad, abodeciendo a sus mayores; porque la voluntad en este caso se sujeta a sí misma, en cuanto ama aquello que siente ser en sí mayor disposición para desamar, y si no te atreves a discurrir estas cosas por demasiadamente fútiles, tú pones duda y te opones a la exaltación de tu fe, que debes amar y desear, para que en ti sea mayor la fortaleza y la esperanza. Y advierte que, en lo que acabo de decirte, te doy indicios de algún secreto que no me atrevo a explicar del todo en la ocasión en que ahora estamos.

4. En fin, pues cada cual de nosotras tiene voluntad y entendimiento, tenga cada una su voluntad sujeta a su entendimiento, y quiero y mando que la voluntad de cada una esté obligada y sujeta a la mía, y que mi entendimiento y voluntad estén obligados y sujetos en general al entendimiento y voluntad de vosotras, porque según este modo está establecido el cargo de abadesa y abad.

CAPITULO XL

DE LA ORACIÓN

1. Estando la abadesa con todas las monjas en capítulo, quiso informarse del modo con que hacían oración, por ser muy necesario el orden en la oración, pues, siendo ordenada, es la más noble obra que hay en la religión, y, por el contrario, es muy desagradable a Dios cuando es desordenada. Mientras la abadesa decía estas palabras, una monja pidió perdón por haber errado muchas veces en la oración, diciendo algunas palabras de oración y teniendo al mismo tiempo su corazón en otras cosas vanas, contrarias a la oración. Respondióle la abadesa diciendo que la oración se puede hacer en cuatro modos. El primero es cuando el corazón contempla en Dios sin hablar la boca palabra. El segundo, cuando el corazón y la boca concuerdan en la oración y el alma entiende lo que las palabras significan. El tercero, cuando el hombre lleva una vida santa, sin cometer pecado mortal, pues en este caso cuanto hace por amor de Dios es oración. El cuarto es cuando el hombre con la boca dice palabras de oración y su corazón esta pensando en otras cosas. Este cuarto modo de oración es desagradable a Dios, y no se logra en ella algún buen fruto por faltarle la caridad, sabiduría y fortaleza, por cuya falta el alma olvida e ignora lo que significan las palabras de la oración, y en tal caso es muy conveniente el recurso dichas virtudes y que con ellas el hombre procure que su alma se concuerde con las palabras de la oración, memorando, entendiendo y amando el alma aquellas palabras que está pronunciando la boca.

2. —Bien habéis entendido, por lo que hemos dicho antes, cómo Blanquerna adoraba a Dios en los catorce artículos de la fe, y cómo Evast le adoraba en su esencia y en sus virtudes, y también cómo Aloma oraba a Dios y a la Santísima Virgen María por su hijo Blanquerna, y el gran fervor y amor que tenían en su oración, la cual se concordaba con las palabras; por esto, es conveniente que en nuestras oraciones amemos a Dios y a sus obras con tal fervor, que nuestra alma y las palabras se concuerden en la oración, de manera que el agua del corazón suba a los ojos, derramándose en lágrimas, y que en nuestra alma las virtudes superen y vencan a nuestros vicios y pecados, consolándose nuestra alma con los llantos y alegrándose con devoción, dando siempre en nuestras oraciones gloria y gracias a Dios.

3. Estando en oración, debemos memorar, entender y amar a las virtudes y obras de Dios, y debemos, con fe, esperanza, caridad, justicia, sabiduría, fortaleza y templanza, ordenar nuestra alma y nuestro cuerpo, para poder exaltar la memoria y el entendimiento en contemplar a Dios y desear su mayor gloria, y después nos conviene recordar, entender y aborrecer nuestras culpas y la vileza de este mundo, y en esta forma, con el auxilio del Espíritu Santo, será iluminada nuestra alma en orar a Dios, y nuestras oraciones serán oídas por la justicia y misericordia de Dios, en

quien está toda perfección y en el cual toda oración perfecta halla el cumplimiento y la virtud de saludable bienaventuranza.

4. Rogar debemos por el Santo Padre Apostólico, y por sus hermanos los cardenales, y por todos los prelados; por todos los reyes y príncipes y por todos los cristianos, para que Dios les dé tanta devoción, que toda su vida sea para conocerle y amarle, y para que vuelva en ellos aquel fervor y celo de la exaltación de la fe que había en el mundo en tiempo que en él estaban nuestra esposo Jesucristo y sus apóstoles.

5. En la oración no se olvide nuestra alma de los infieles, que son nuestra carne y sangre, siendo en especie y forma semejantes a nosotros. Ignorancia de fe y de ciencia hay en ellos por falta de maestros que los enseñen, según vemos. No conocen aquéllos a Dios, ni le aman y honran, ni le dan gracias por los bienes que les da, porque no creen en él del modo que debieran creer, y aun muchos de ellos están blasfemando y maldiciendo a nuestro esposo y señor Jesucristo, pensando que haya sido puramente hombre, pecador y falso engañador, por lo que gran virtud será en aquellos que, en presencia de estos infieles, confesaren el santo nombre de Dios y sus virtudes, honor y perfección, y sería muy del agrado del Señor aquel que procurase que le honrasen los que le deshonasen, siendo así que todos los que padecerán martirio para exaltar su santo nombre, comparecerán con vestiduras semejantes a las de Jesucristo, en cortes, el día del juicio.

6. Hagamos gracias a Dios por habernos dado el ser humano, haciendo también que nos sirvan tantas criaturas. Y como no somos bastantes para darle las debidas gracias por tantos beneficios, roguemos todos los días a la Virgen Santa María y a todos los ángeles y santos del paraíso, haciéndoles memoria que lo hagan y se lo agradezcan por nosotros. No nos estimemos dignos del bien que recibimos ni de la gloria que esperamos y seamos agradecidas a Dios, quien nos ha librado de la servidumbre del mundo y nos ha juntado aquí para hacer penitencia. Y para que seamos defendidas de los vicios, llevando una vida santa, pidamos a Dios nos colme de virtudes. Adoremos a nuestro Salvador en nuestros pensamientos con llantos y devoción, perseverando siempre así para no desviarnos de honrar, rogar y amar al que nos dio el corazón para amarle, y los ojos para llorar, y la boca para alabar su virtud y sus obras. En este y en muchos otros modos dio la abadesa enseñanza a las monjas para que pudiesen orar, adorar y contemplar a Dios nuestro Señor.

CAPÍTULO XLI

DE ESPIAR

1. En presencia de todas las monjas, habló la abadesa en esta forma: —Acuérdome que, cuando yo veía a mi señora la abadesa, que Dios haya perdonado, tenía su presencia y disimulaba algunas cosas por que no las reparase. Para que, pues, en el alma de cada una de vosotras esté de con-

tinuo el temor de la justicia de la religión, con vuestro parecer y consejo, quiero hacer un nuevo estatuto en este monasterio, es a saber: que cada semanaelijamos secretamente una monja para espía o escolta, que vaya observando cuanto haremos, con tal que ninguna sepa cuál es, a fin que la una se tema de la otra como si yo misma estuviese presente; y que después, en capítulo, vaya contando todo lo que habrá observado en nosotras que fuese mal visto y contra nuestra Orden.

2. Quiero también ordenar que pongamos otra espía en la ciudad, para que, cuando algunas monjas nuestras entraren allá por alguna precisión, vayan atendiendo cómo se portan y adónde van, y si oyeren hablar de ellas o de nosotras algo menos decente u otra cualquiera cosa de que seamos culpables.

3. Y no solamente quiero que se ponga espía que os observe a vosotras, pero también quiero que se me ponga a mí, para que me guarde yo mejor de cometer cualquiera falta; y, a este fin, quiero que todas las semanas elijamos tres monjas de las más ancianas y más honestas de nuestra Orden, y que éstas, con todo secreto, elijan a una monja que vaya observando todo lo que yo hiciere, sin que yo sepa cuál es. Y quiero que en capítulo, delante de todas las monjas, me acuse, si me habrá visto algo que sea desconveniente a mi religión y estado, para que en presencia de todas lleve yo la penitencia y pida perdón. Todas las monjas tuvieron por bien lo que la abadesa había propuesto, y, según lo quiso ordenar y disponer, del mismo modo consintieron gustosas que se hiciese.

4. Mucho tiempo vivió la abadesa en aquel monasterio observando todas las susodichas ordenaciones, por cuya buena doctrina y santas costumbres hubo en aquel monasterio muy santas religiosas. Y muchas buenas mujeres de aquella ciudad tomaron de ella buen ejemplo, y muchos otros monasterios tomaron la Regla, doctrina y forma de vida que la abadesa Cana había ordenado en su monasterio.

Hemos acabado, para gloria de Dios, la primera parte del libro, que trata del estado de religión en las bujeres. Ahora conviene que volvamos a tratar de Blanquerna, que va por la vía eremítica buscando paraje a propósito para adorar, contemplar, conocer y amar a Dios, Creador glorioso y Señor de todas las cosas.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO XLII

DE LOS DIEZ MANDAMIENTOS

1. Despedido ya Blanquerna de Evast y Aloma, sus padres, anduvo todo aquel día por el bosque, y al anochecer llegó a un prado muy ameno en que había una bella fuente, y sobre ella un árbol muy frondoso, en cuyo puesto descansó de su fatiga y durmió aquella noche. Siendo muy de mañana, empezó su oración, como tenía de costumbre, y por la soledad y

extrañeza de aquel sitio, pudiendo con libertad mirar por todas partes el cielo y las estrellas, se hallaba su alma exaltada en la contemplación y amor de Dios. Pero por el miedo de las fieras que sentía en aquel prado, se le entibiaba de alguna manera en su alma la oración, aunque con esperanza y fortaleza alentaba su corazón y confiaba en el soberano auxilio del Señor.

2. Hasta rayar el sol continuó Blanquerna su oración, y después prosiguió su viaje todo aquel día, hasta que, poniéndose ya el sol, llegó a un paraje muy delicioso cubierto de gran multitud de árboles, en el cual había un suntuoso palacio, noblemente construido, sobre cuyo portal estaban escritas en letras de oro y azul estas palabras: No adorarás a dioses extraños. No jurarás el nombre de Dios en vano. Guardarás el santo día del domingo. Honrarás a tu padre y a tu madre. No matarás. No fornicarás. No hurtarás. No levantarás falso testimonio. No desearás a la mujer de tu prójimo. No desearás los bienes de tu prójimo. Estos que ves son los diez Mandamientos, que están en este palacio bandidos y extrañados en este bosque, despreciados, desobedecidos y olvidados en el mundo por las gentes. En este palacio desconsolados lloran y se lamentan por el honor que en algún tiempo solían tener en el mundo, procurando que Dios fuese honrado y los hombres consiguiesen la salvación perdurable.

3. Muy maravillado quedó Blanquerna de las palabras que había leído escritas sobre el portal del palacio. Tocó a la puerta y quiso entrar en él para ver los diez Mandamientos. Un gentil joven que estaba a la puerta abrió, y, queriendo Blanquerna entrar, le detuvo diciendo que en aquel palacio nadie podía entrar que fuese desobediente a los diez Mandamientos. Respondió Blanquerna que él había echado de su corazón todas las cosas del mundo y entregado totalmente su alma al servicio de Dios, Señor y Creador de todos los bienes, y le hizo relación de toda su vida y estado para poder entrar en aquel palacio. Pero el joven, cerrando la puerta, le dijo que no podía dejarle entrar sin pedir primero licencia a los diez Mandamientos. Entróse adentro, pidió licencia y dio relación del estado de Blanquerna, de que se alegraron algo los Mandamientos, y mandaron al joven le dejase entrar y trajese a su presencia.

4. Entró Blanquerna, y se halló en un grande y hermoso salón, donde estaban escritos los nombres de todos aquellos que son inobedientes a los diez Mandamientos. Había en él diez sillas de oro, plata y marfil, primorosamente entalladas y sentados en ellas con grande honorificencia los diez Mandamientos, ricamente vestidos de telas de brocado y seda, grandes barbas y luengos cabellos, cuyos semblantes indicaban ser hombres ancianos. Tenía cada uno un libro en la falda, y, con llantos y gemidos, cada cual se lamentaba y decía estas donosas palabras:

5. —¡Ah mezquino y despreciado de las gentes! —dijo el primer Mandamiento—, muertos son ya tus amadores, por quienes eras tú servido muy honradamente. Muchos son los hombres en este mundo que creen en ídolos, haciendo dioses extraños del sol, de la luna y las estrellas, y que, amando más a sus propias personas, a sus mujeres, hijos y riquezas que a Dios, hacen dioses extraños de aquello que aman más que a Dios, que es el Soberano Bien sobre todos los bienes. ¡Oh triste de mí! ¿En dónde están

aquellos que aman a Dios sobre todas las cosas? ¿Quién es aquel que por amor de Dios quiera entregarse a la muerte y sufrir todo género de trabajos? Cuanto más recuerdo y considero la multitud de las gentes, más pocos veo ser los hombres que aman a Dios verdaderamente, y por esto crece en mi alma más fuertemente el dolor y se multiplica mi tristeza. Recordados con los pecadores por la misericordia de Dios, quien los sustenta y provee de los bienes temporales. Pero ¿quién es aquel que se acuerda de cuán grande es la justicia de Dios? ¿Y quién el que le da las gracias que debe por los beneficios que de ella recibe? Concluidas estas razones, púsose a leer en su libro, llorando y compadeciéndose de sí, y, mientras más leía, crecía más fuertemente su tristeza y desconsuelo.

6. Sobremanera admirado quedó Blanquerna del penoso duelo y triste llanto del primer Mandamiento, y le preguntó qué cosa era lo que leía en aquel libro que le causaba tan doloroso quebranto. —Amable hijo —respondió—, en este libro va escrita la gran gloria de la celestial bienaventuranza y la pena grande que padecerán todos aquellos que a mí son desobedientes y desleales. Y están escritos aquí todos aquellos que me obedecen y los que me son inobedientes; y, siendo mayor el número de éstos que no de aquéllos, sin tener yo la menor culpa ni injusticia de que me sean así inobedientes, y aun lo son más aquellos que en este mundo reciben de Dios mayores honras, por esto, toda la vez que leo en este libro, va doblándose mi desconsuelo, mi tristeza y mi dolor.

7. Mientars así se acongojaba este Mandamiento, lamentábase también el segundo, y lloraba tan fuertemente, que, oyéndolo Blanquerna, se enterneció de manera con sus tiernas palabras y amargas lágrimas, que le movieron a compasión y dolor de corazón. —¡Oh cautivo olvidado! —dijo el segundo Mandamiento—, jurar falsamente por Dios es gran desprecio de tu Señor, con que se hace honra a la criatura sobre el alto señorío de su Creador. Y amando más Dios una sola ánima que todas las riquezas de este mundo, el hombre perjuro ama más aquello por que jura, que a Dios y a su eterna gloria, que puede conseguir.

8. Del mismo modo se lamentaba y lloraba el tercer Mandamiento, y decía: —Dios mandó a los judíos que se santificasen y guardasen el día del sábado. Y el Hijo de Dios encarnado ordenó que los cristianos santificasen y guardasen el día de domingo. Y aunque los malditos judíos sean blasfemos contra nuestro Señor Jesucristo y estén en grandes errores, pero santifican y honran mejor que los cristianos su santo día. Luego, pues, ¿quién podrá consolar a mi alma del gran defecto de los cristianos? Y aún más, considerando cuánto mayores son las culpas y defectos que cometen los hombres comiendo, bebiendo, jugando y de todas maneras, usando más de vanidades en los días de precepto que en lo restante de la semana, ¿quiénes y cuántos son aquellos que me sirven y obedecen?

9. En altas voces llorando decía también el cuarto Mandamiento: —Padre es Dios de todas las criaturas por gracia y creación, y madre es de todos los hombres la justicia y misericordia de Dios. Yo soy dado Mandamiento al hombre que honre a su padre y a su madre. Pero ¿quién es a mí obediente en honrar a Dios como Creador y Redentor? ¿Y quién

es aquel que tiene verdadera confianza en su misericordia? ¿Y quién es el que teme y ama su divina justicia?

10. No pudo contenerse el quinto Mandamiento sin prorrumper en estas vivas expresiones, diciendo: —Muerta es la caridad en aquel que mata a su prójimo. Con el pecado mata su alma el que a mí es desobediente. Y más fuertemente soy desobedecido por la muerte espiritual que por la corporal. Más temido es por la justicia el príncipe y señor de la tierra que el Señor del cielo. Deshonrado y ultrajado soy por todos aquellos que no me obedecen. Triste y desconsolada está mi alma, viéndoles caminar por sendas que los precipitan a tormentos perdurables del infierno.

11. Dijo también el sexto Mandamiento: —Yo soy Mandamiento de Dios contra la fornicación. Dado soy por Dios nuestro Señor para destruir y anihilar la suciedad del cuerpo y corazón humano. Teñidas son cejas y cabellos; puestos son colores en la cara y en los pechos; hechos son ricos y bordados vestidos y puestos son olores de amizcle, algalia y otros perfumes; y todo para que sea yo desobedecido y despreciado de las gentes. Perdido tengo yo por la lujuria el mayorazgo y señorío de aquellos a quienes soy yo enviado. Enemigo soy de la lujuria y de todos sus valedores. ¿Adónde —decidme— ha parado mi virtud? ¿Y de dónde ha venido a la lujuria tanta fuerza como tiene en aquellos a quienes yo soy enviado? Pero sepan que, si por mi enemigo, me tienen las gentes deshonrado y desconsolado, mi hermana la justicia tomará venganza de cuantos me hubiesen deshonrado y desobedecido.

12. Aquí empezó el séptimo Mandamiento, y llorando dijo estas palabras: —Amistad y amor hay entre mí y la caridad y justicia. El latrocinio causa cada día falsedades y engaños. Yo soy Mandamiento contra el latrocinio para que viva entre mí y las gentes la caridad. Es verdad que la justicia castiga a los ladrones; pero no les hace obedientes a mí por la caridad, si no es por el temor de ella misma. Robados son los bienes que Dios da a mis desobedientes, porque no lo agradecen a Dios que se los ha dado, sino que el bien que tienen se lo apropian y atribuyen a sí mismos. Y si yo por su daño sufro en este mundo pasión y dolor, también padecerán ellos en el otro perdurables penas y tormentos por el deshonor que aquí me hacen.

13. Con gran pena y dolor habló también el octavo Mandamiento, y dijo: —Falso testimonio me persigue y acomete cruelmente entre las gentes, haciendo desobedientes a todos aquellos por quienes me creía ser yo más honrado y obedecido. Falso testimonio hace de la honra de Dios aquel que ama más las honras de su orden que las de su Dios. Negar en Dios la Trinidad y que el Hijo de Dios haya encarnado, es muy grande y falso testimonio contra el honor, bondad, grandeza, poder, sabiduría, amor y perfección de Dios. Contra mi voluntad son el multiplicar la mala fama y negar la verdad. Todos los días hago mandamiento, y todos los días soy desobedecido. Falso testimonio me ha desposeído de mi herencia, y por su causa me hallo yo en este bosque con los demás Mandamientos; porque a él solo se dan los honores que a mí solían darme en otro tiempo. Amar a este mundo más que al otro es un falso testimonio contra la

gloria, magnificencia y perfección de Dios, y por esta causa serán aquellos tales gravemente castigados por mi hermana la justicia.

14. Multiplicóse en el mundo la envidia, y quejóse gravemente el noveno Mandamiento de la injuria que le hacían la envidia y la lujuria, diciendo estas palabras: —Si tú, caridad, tuvieses en este mundo tanto poder como la envidia; y si tú, justicia, castigases prontamente aquellos que envidian y codician la mujer de su prójimo, sería yo honrado y temido por aquellos que ultrajan y deshonoran mi virtud. Y teniendo la lujuria tan gran fuerza contra mí, ¿dónde está el auxilio y favor que he de tener de vosotras? ¡No os olvidéis, caridad y justicia, amigas mías, de fortificar en las gentes nobles corazones y deseos, para ser yo honrado, amado y obedecido contra la envidia y la lujuria! No me dejéis vos, obediencia amiga, ni me desamparéis por la envidia y lujuria, las cuales me hacen ser desagradables a Dios y a mí toda vez que las obedezco.

15. Estaba ya Blanquerna en presencia del décimo Mandamiento, quien se compadecía tiernamente y decía: —¡Ay, desventurado de mí! ¿Quién me ha puesto en la ira y desgracia de la esperanza y fortaleza, cuando yo por ningún tiempo he cometido contra ellas falsedad ni engaño? Por cuanto codiciar riquezas y posesiones contra su prójimo es desesperanza y flaqueza de corazón, que no se confía ni espera en las riquezas y virtudes de Dios. Tratado se han mucho caridad, justicia y prudencia en destruir y perder a mis enemigos y reconciliarme en aquella antigua amistad que solía tener yo con la esperanza y fortaleza. ¡Olvidado me veo ya de mis valedores y despreciado y deshonorado soy por mis enemigos! Estas y otras muchas razones y tiernas palabras decían con dolorosos llantos los diez Mandamientos, y tan vivamente lloraban, que no podía Blanquerna contener sus lágrimas.

16. Mucho tiempo lloró Blanquerna en compañía de los diez Mandamientos, y les dijo si habría alguna cosa en que les pudiese ayudar y valer para cumplir sus deseos y aliviar el dolor y tristeza en que se hallaban. Respondiéronle los diez Mandamientos que a su gran pena y dolor ninguna cosa podía ayudar sino muy gran devoción y aflicción de espíritu en los grandes prelados, príncipes y religiosos, que con fervor y ánimo vigoroso castigasen a los inobedientes a sus mandatos. Con esta respuesta se arrojó Blanquerna ante los diez Mandamientos y, pidiéndoles licencia de proseguir su viaje, suplicóles gracia y virtud para que con cada uno de ellos pudiese perseverar en su santo propósito y serles obediente en su vida eremítica. Cada cual de los Mandatarios dio su bendición a Blanquerna, quien la recibió con mucho agrado, y se despidió de todos para ir a buscar algún puesto proporcionado, donde pudiese vivir sus días en estado de ermitaño.

CAPÍTULO XLIII

DE LA FE Y LA VERDAD

1. De aquel gran palacio de los Mandamientos salió Blanquerna para buscar en la selva, de un lugar a otro, algún sitio acomodado y a propósito donde pudiese edificar su celda. Y siendo ya hora de nona, en que había

rezado ya sus horas canónicas, sentóse junto a una bella fuente, y comió allá uno de aquellos siete panes que llevó de provisión, bebió del agua de la fuente y, habiendo hecho gracias a Dios, prosiguió su viaje. Mientras discurría por aquel bosque, encontrábase tal vez con leones, ya con osos, lobos, sierpes y otras mucha fieras y terribles bestias, cuya horrible vista ocasionaba en el corazón de Blanquerna gran terror y espanto, así por considerarse solo y desamparado como también por no tener en costumbre tan fieros y horribles objetos. Pero la esperanza y fortaleza le hicieron recuerdo del gran poder de Dios, y la caridad y justicia fortificaban su corazón, y, poniéndose en devota oración, daba gracias a Dios de tal compañía, por la cual se acordaba de su poder infinito, que le hacía confiar en su esperanza.

2. Yendo así Blanquerna por el bosque, oyó junto a sí una voz muy agria, extraña y dolorosa, que le causó muy grande y espantoso susto. Y a pocos pasos vio atravesar de un lado del bosque a dos mujeres solas, noblemente vestidas y de bellísima y agradable presencia, una de las cuales lloraba fuertemente y se lamentaba. Salió Blanquerna al encuentro de la desconsolada, y preguntóla que quién era y cuál la causa de su tristeza y llanto. Respondióle la afligida y dijo: —Yo soy la Fe, que en compañía de esta señora he pasado a tierra de los moros con el fin de convertirles al camino de salvación, y no me han querido recibir a mí, ni aquella cuyo nombre es Verdad. Incrédulos son y contrarios a mí y a esta señora Verdad. Triste y afligida está mi alma, porque Dios no es creído, honrado ni amado en aquellas tierras. Grande es mi dolor y piedad por la condenación de aquellas gentes ignorantes. Conviéneme llorar la gran perdición que causa aquel error en que están, y conviéneme también lamentarme por el mérito que pierden aquellos que no van a mostrarlos a mi hermano y a mi hermana.

3. Preguntó Blanquerna a la Fe quiénes eran sus hermanos. Respondióle la Fe: —Esta señora Verdad es mi hermana, y el Entendimiento es mi hermano, a quien voy yo ahora, para que él vaya a aquellas gentes de donde yo vengo y con razones necesarias les demuestre los catorce artículos, y aquéllos primero en los cuales son a mí descreyentes. Porque llegado ha un tiempo en que no quieren ya admitir autoridades de la Sagrada Escritura y santos padres; y no se ven ahora milagros como se hacían en otro tiempo, por los cuales eran iluminados los ignorantes, de mi luz y de mi hermana Verdad. Y porque las gentes piden razones y demostraciones necesarias, voyme yo a mi hermano, el cual tiene poder suficiente por virtud de Dios de probar mis catorce artículos.

4. Respondió Blanquerna que ella, que es Fe, perdería en ello su mérito si el Entendimiento demostrase con razones los artículos por los cuales ella recibe iluminación en su creer contra el entender. Pero la Fe respondió que no era conveniente cosa que la principal razón por la cual el hombre quiere convertir los infieles, sea para que la fe sea ocasión de mayor mérito. —Antes bien —dijo—, conviene que yo sea por la segunda intención, y sea la primera el que Dios sea amado y conocido y que el entendimiento pueda usar de su virtud, para que yo sea con él en mayor y más alto grado. Porque cuanto más alto asciende y puede ascender

el entendimiento a entender los artículos de la fe, tanto más puedo yo subir, que soy la Fe, y subo más alto sobre el entendimiento y creo aun aquello que no puedo entender. Y en cuanto más el hombre afirma que mi hermana la Verdad no está en las razones necesarias probadas por mi hermano el Entendimiento, en tanto más es contra mi hermana Verdad, que aquí está, y contra mi hermano, aunque puedan ser calumniadas por alguna floja y aparente razón, en comparación de mí, de mi hermana y de mi hermano.

5. A esto replicó Blanquerna y dijo: —Mirad, señora, que ya muchas veces han ido a los infieles hombres religiosos y otros muchos a predicarles la santa fe romana, y no les pudieron convertir; de que se infiere no querer Dios, al parecer, su conversión por ahora. Pero cuando Dios quiera, será muy fácil cosa el convertirles. Respondióle la Fe: —Si Dios aborreciera y no quisiera la conversión de las gentes, dime: ¿a qué fin habría encarnado? ¿Y por qué razón habría sufrido pasión y muerte en la cruz y por qué honrado tan altamente a los apóstoles y mártires, que padecieron muerte para exaltarme a mí en este mundo? ¿Y no sabéis vos que Dios aguarda, todo día, verdaderos y leales amadores, que vayan a él con libre y franca voluntad y de ninguna manera forzada, para que puedan merecer gloria grande, que a Dios se conviene más darla cuanto mayor? Sabed que esto es tentar a Dios y creerse las gentes que, cuando será su voluntad, se la dará a ellos de padecer martirio por su divino amor. Y si no, decidme: ¿cuál pronunciación tiene más fuerza y energía, la que con Dios manda al hombre sufrir y padecer trabajos y muerte por su amor, mientras esperan algunos simple y bestialmente que Dios lo vuelva a mandar, o verdaderamente la que la cruz de Cristo ya nos representa y manifiesta a nuestros ojos, y la que ahora nos significan las palabras de Jesucristo, que dijo a San Pedro en el Evangelio, cuando repitió tres veces: “Si me amas, apacienta mis ovejas?” ¿Y cuál, dime, es mayor error contra Dios, contra mi hermano y contra mi hermana? Entended, pues, que la falta de perseverancia y continuación de las disputas contra los infieles es la razón por que parece a las gentes que el error no puede ser vencido ni superado por nosotros con vivas razones.

6. Habiendo la Fe así reprendido fuertemente a Blanquerna, ella se tornó a su llanto, lamentándose con grandes gritos, como solía, y encaminóse en compañía de su hermana la Verdad hacia el Entendimiento, su hermano, y, siguiendo Blanquerna a los dos, procuraba con todas sus fuerzas consolar a la Fe, y le decía estas palabras: —Sabio es Dios en todas cosas, y su justicia en ninguna cosa es defectuosa. Y así, sabiendo Dios, señora Fe, que vos habéis hecho todo vuestro poder en convertir a los infieles a Dios, su divina justicia os tiene por excusada, y por esto os conviene consolaros en la sabiduría y justicia de Dios; y sabed que es tan grande vuestro mérito como si, en efecto, hubiésedes convertido ya a los infieles, pues que tan vivamente lo deseáis. —Respondió llorando la Fe, diciendo a Blanquerna: —¡Oh triste e infelice de mí! Jamás pude yo pensar ser tan fuertemente despreciada por las gentes; y ¿quién creará que pueda yo jamás consolarme, viendo a mi Creador y a mi Luz tan ultrajado, tan ignorado, desamado y blasfemado por las gentes? Si por mis

méritos y poderes me consolara, caridad y amor, ¿cómo serían en mi voluntad? Tal género de consuelo proviene por carecer de amor, devoción y piedad, que son hermanas mías, contra cuya virtud sería sin duda mi consolación. Mientras así reprendía la Fe a Blanquerna, llenóse su corazón de rubor y conciencia, y, continuando así su razonamiento, llegaron los tres compañeros a aquellas cercanías donde el Entendimiento tenía su tabernáculo y real asiento.

CAPÍTULO XLIV

DEL ENTENDIMIENTO

1. A la sombra de un árbol muy hermoso, cargado de flores y frutos, sobre la fresca hierba, junto a una bella y clara fuente, había una alta y magnífica silla de oro y plata, marfil y ébora, sutil y primorosamente labrada y tachonada de ricas piedras preciosas, esmaltada en azul y otros muy elegantes colores. Ocupábala sentado un viejo y respetable anciano, con barbas canas, vestido noblemente de terciopelo carmesí, en que era significada la pasión del Hijo de Dios. Llamábase aquel personaje Entendimiento, el cual dictaba a muchos escolares filosofía y teología. A este tiempo llegaron la Fe, Verdad y Blanquerna ante el Entendimiento, y saludáronle con gran respeto a él y sus discípulos, quienes los recibieron con mucho agrado y cortesía.

2. El Entendimiento quiso informarse de sus hermanas la Fe y Verdad, y preguntólas de su estado y qué fruto habían logrado en los intentos que las habían obligado a tan largo viaje. Con gran compasión y dolor de su corazón respondió la Fe, su hermana, y refirióle cuanto les había sucedido en su misión a tierras de moros, y que allí habían encontrado a muchos hombres sabios en filosofía, los cuales no creían en sus propios dogmas de Mahoma y que no querían admitir autoridades de santos ni tener creencia verdadera sin inteligencia. —Y por esta causa, yo, mi hermana la Verdad —dijo la Fe—, venimos a vos, y os rogamos sea de vuestro agrado pasar a aquéllos y demostrarles la verdad con razones necesarias, y les saquéis del error en que se hallan, para que Dios sea por ellos conocido y amado, y sean con esto aliviados mis tormentos.

3. Entonces el Entendimiento se volvió a sus discípulos, y les dijo: —Llegó ya el tiempo en que se halla exaltado nuestro conocimiento, y los infieles piden razones y demostraciones necesarias y desprecian a la creencia. Hora es ya que nos pasemos a ellos y usemos de la ciencia que tenemos; porque, si no usamos de ella según debemos, para honrar aquel de quien hemos recibido, haremos contra la conciencia y contra aquello mismo que sabemos, y así no querríamos tener el mérito y gloria que pudiéramos haber usando de nuestro entendimiento. Muy grande es la dificultad y duda que tienen los moros sabios en su misma ley y creencia. En duda se hallan los judíos por el cautiverio en que se hallan y desean tener seguro conocimiento de la verdad. Grande es el número de los idólatras

que no tienen conocimiento alguno de Dios. Así, pues, hora es que nos vamos. Y por esto deseo yo saber quiénes de vosotros quieren venir en mi compañía y de mis hermanas, y allá disputaremos con los infieles con un nuevo modo, enseñándoles el *Arte abreviado de hallar la verdad*.¹ Y cuando la hubiesen aprendido, entonces podremos fácilmente convencerles por el mismo arte y sus principios.

4. Habiendo concluido el Entendimiento esta propuesta, los discípulos se excusaron con su maestro, diciéndole: —Temerosa cosa es, señor, la muerte y sostener trabajos y tormentos, y extraña cosa es padecer hambre, sed, calor y frío, dejar a su propia patria y amigos, peregrinando en tierras extrañas entre bárbaras gentes, que martirizan y quitan la vida al hombre cuando los reprende de su falsa ley y creencia. A estas razones y respuesta no pudo contenerse la Verdad de hablar y decir estas palabras: —Si todo esto que decís son cosas terribles, ¿cuánto más lo será el ser enemigo de Dios, de mí, de mi hermano y de mi hermana, y aun de la Esperanza, Caridad, Justicia y Fortaleza? Si mi hermano, decídmelo, se ha dado a vosotros, ¿dónde está el amor y honra que vosotros tenéis y hacéis a mi hermano y a mí, contra la falsedad, la cual me tiene afrentada y deshonrada entre tantas gentes? ¿Y quién de vosotros en el día del juicio querrá ser semejante a Jesucristo con la insignia de las vestiduras encarnadas? O si no, ¿cuál de vosotros, si muriese de muerte natural, quisiera morir para honrar a su Señor celestial? Lloró la Verdad inconsolablemente y tornó la Fe a lamentarse con sus graves dolores. Y dijo el Entendimiento estas palabras: —¡Oh miserable de mí! ¿Cuál es el agradecimiento que manifiestan todos aquellos a quienes yo he demostrado la verdad? Y aún más: ¡Oh Fe y Verdad, id vosotras a la Devoción, vuestra hermana, y rogadla que venga a estos discípulos míos que viven sin piedad, para que les inflame y enamore su corazón a seguirme en el viaje que vosotras tanto deseáis! Luego se partieron la Fe, Verdad y Blanquerna en busca de la Devoción, en cuya jornada y compañía loaba Blanquerna y bendecía a Dios nuestro Señor, dándole infinitas gracias por haberle llevado a tal lugar, donde había oído tan sabias y devotas palabras, cuales por ningún tiempo había oído decir a persona alguna.

¹ Del libro de Ramón Llull *Art abreuçada d'atrobare veritat* (en la ed. de Maguncia, *Ars compendiosa inveniendi veritatem seu Ars magna et maior*), escrito en Mallorca cerca del año 1271, dice Carreras y Artau: «Obra capital, aunque no haya sido de las más divulgadas, puesto que constituye el primer modelo, harto complicado y difícil, del arte general luliano. Es el punto de partida para conocer la evolución del arte general en su doble proceso de reducción y de perfeccionamiento lógico. Nosotros, para distinguir esta obra del *Ars magna, generalis et ultima*, que cierra dicho proceso, la denominaremos también *Ars magna primitiva*. Es un artificio lógico, pero de base y trascendencia metafísicas, cuyo objeto es reducir los conocimientos humanos a un corto número de principios y, consiguientemente, expresar todas las relaciones posibles entre las ideas mediante combinaciones figuradas. De esta obra troncal, el autor hace derivar las diversas artes particulares» (o. c., p. 289).

CAPÍTULO XLV

DE LA DEVOCIÓN

1. Llegaron los tres compañeros a un cierto lugar, en donde encontraron a la Devoción, que estaba en oración bajo de un pino muy hermoso y lloraba, deseando el honor de Jesucristo y meditando su santísima muerte y cruel pasión. Con grande respeto recibió la Devoción a la Fe y a la Verdad, y saludólas con agradable y alegre semblante; pero las dos correspondieron a la Devoción con muestras de tribulación y de tristeza, por cuyo semblante la Devoción entró en recelo si su hermano habría recibido algún disgusto, y preguntólas luego de su estado. Respondiéronla las dos hermanas, refiriendo a la Devoción todo cuanto el Entendimiento, su hermano, había dicho, y que éste le rogaba muy encarecidamente que fuese, como debía ir, a sus discípulos y los enamorase y moviese a seguir en loar y honrar la Santísima Trinidad de Dios y la encarnación de su divino Hijo, y para que Dios y sus obras viviesen la alabanza que se merecen entre nosotros, con que seamos en el agrado de Dios nuestro Señor, y que todos aquellos que viven ciegos en la falsedad y error sean iluminados por la luz de la Fe, por la Verdad y por el Entendimiento.

2. ¡Cómo!, ¿qué me decís? —dijo la Devoción—; los discípulos de mi hermano el Entendimiento, ¿no me tienen a mí en su corazón? ¿Cómo puede ser eso, si mi hermano les enseña la Verdad, mi hermana? Por cierto es contra naturaleza —prosiguió la Devoción— que ellos tengan conocimiento de Dios y de sus obras y no tengan caridad y devoción en Dios y en sus obras. ¡Ah, qué desventura! Esta contrariedad es originada en el hombre por su olvido de la virtud divina, y de la gloria celestial, y de las penas del infierno, sin acordarse de las honorables virtudes que hoy en día son miserablemente despreciadas, y también por la demasía con que el hombre frecuentemente recuerda las vanidades del mundo, sin que la muerte les causa algún miedo ni espanto. ¡Oh triste y miserable de mí! ¿En dónde, pues, están la Esperanza, Caridad, Justicia, Prudencia y Fortaleza, para que ayuden a nosotros y a la sabiduría de mi hermano? Muy admirada quedó la Devoción y en gran manera se afligía con la expresión de sus voces.

3. Mientras la Devoción así se maravillaba y acongojaba de la ingratitud de los discípulos de su hermano el Entendimiento, que temían más en sufrir trabajos y muerte para honrar a Dios y poseer la gloria celestial que vivir sin caridad, esperanza, fortaleza y las demás virtudes y ser condenados a las penas del infierno, la Fe y la Verdad pidieron con grandes ruegos a la Devoción se encaminase a toda prisa a aquellos discípulos del Entendimiento, pues se tardaba demasiadamente, y era ya tiempo que los hombres devotos y científicos fuesen a predicar y enseñar a los infieles, cuyas miserables almas van corriendo a los infiernos, como las aguas del río no cesan de correr al mar. Respondió la Devoción, y dijo: —Bien sabéis vosotras que el poder de las virtudes no es bastante sobre el libre

albedrío de los discípulos de mi hermano, y por esto no puedo estar en ellos sin su libre voluntad, porque, si pudiera, sería ya en mis operaciones contra la Verdad, Caridad y Justicia, que se convienen con el mérito de gloria o de pena por culpa. Y por esta razón conviene que vosotras os volváis a mi hermano y a sus discípulos, y decidles que ellos pueden tenerme en su compañía y en su corazón a cualquiera hora que quieran tenerme, cuan presto quieran acordarse de mí y amarme; y decidles también que les hago presente que para que ellos me quieran tener está representada en la santa cruz la imagen de nuestro Señor Jesucristo, por quien debieran tener gran confusión y vergüenza en vista de la injuria que se le hizo, porque no quieren resolverse en ir a honrar su honor y tomarla por propia.

4. Habiendo la Devoción concluido estas palabras, la Fe y la Verdad se volvieron al Entendimiento llenas de desconsuelo, y Blanquerna se despidió de ellas con mucho agrado y reverencia, y se fue también a buscar su habitación por la selva, en cuya soledad y camino meditaba aquellas palabras que había dicho la Devoción, y loaba y bendecía a la caridad, sabiduría y justicia de Dios, quienes así habían encargado y obligado a los fieles cristianos, por la encarnación y pasión del Hijo de Dios, a que no dudasen en sostener trabajos y la muerte para honrar a Dios y a sus obras.

CAPÍTULO XLVI

DE LA DILIGENCIA

1. Con gran sollicitud y ansia buscaba Blanquerna por aquel desierto el puesto que deseaba para su habitación, y no cesaba su corazón de amar, ni su alma de recordar, ni su boca de bendecir y loar el santo nombre de Dios. A este tiempo descubrió a un hombre a caballo que venía al encuentro muy aceleradamente y traía gran cantidad de dinero. Llegado ya el hombre a emparejar con Blanquerna, éste le saludó y preguntóle la causa por qué andaba tan apresurado. Respondióle el hombre que él era mayordomo de un cierto rey, quien le enviaba a una ciudad para prevenirle posada y hacer todas aquellas prevenciones y provisiones que al honor de un rey correspondían, porque allí se habían de celebrar cortes con todos sus barones. Blanquerna quiso preguntarle otras cosas, pero el mayordomo no quiso detenerse con él, por no perder tiempo, ni quiso tampoco responder a todas sus preguntas.

2. Todo aquel día anduvo Blanquerna, hasta que, siendo ya muy tarde, sacó un pan de aquellos que llevaba y comiólo, con algunas hierbas crudas, junto a una fuente. Mientras así comía, vio Blanquerna a un escudero montado en un palafrén, que ligeramente caminaba. Venía éste de la corte romana, y pasaba a una ciudad donde habían elegido a un obispo que estaba ya confirmado y consagrado por el papa. Y por eso, aquel escudero corría la posta a pedir las albricias al cabildo de aquella ciudad y a los parientes del obispo. Mientras el escudero daba de beber al pala-

frén en aquella fuente, delante de Blanquerna, éste le preguntó de dónde venía y adónde iba tan apresurado. Pero era tan grande la ansia y prisa del escudero, que apenas pudo dejarse entender de Blanquerna, ni aún dejar al palafrén que saciase su sed.

3. Habiendo comido ya Blanquerna, se hincó de rodillas y dio gracias a Dios. Y, estando así loando y benediciéndole, siendo ya hora de nona, vio venir a pie a un pobre mercader derrotado, llorando y lamentándose fuertemente, y decía estas palabras: —¡Ah cuitado, miserable y triste de ti, después que por tiempo tan dilatado has ido trabajando en varias tierras, y sosteniendo tanta hambre, sed, calor, frío y temores para ganar lo que ahora tan desgraciadamente has perdido! Di, cautivo y mezquino, ¿qué harás y qué ha de ser de tu mujer y de tus hijos, habiéndote robado cuanto tenías y llevabas? Si pides justicia aquel que te ha robado, vivirás todo el tiempo en continuos peligros y celos que te quiten la vida los robadores, puesto que entre ellos y sus manos estás precisado a vivir y habitar. —Buen amigo —dijo Blanquerna—, ¿adónde vais y quién os tiene en tan gran tristeza como me representa vuestro desconsuelo?— Refirióle el mercader todo el suceso, diciéndole cómo un cierto caballero, dueño de un castillo junto al lugar adonde se encaminaba, le había robado cuanto tenía, perdiendo toda su hacienda, que había adquirido con tantas miserias, fatigas y trabajos por el discurso de toda su vida, y que por esto iba a clamar a la justicia contra aquel caballero que le había robado.

4. Poco después de haberse partido de Blanquerna el desgraciado mercader, llegó otro hombre que venía también a paso muy apresurado, llevando a cuestras gran cantidad de gansos y gallinas. Preguntóle Blanquerna si le sabría decir dónde podría encontrar en aquella selva algún puesto en que pudiese habitar, y fuese en algún monte donde hubiese agua viva y alguna fruta silvestre, para morar en él y vivir en vida ermitaña. Pero tan grande era la preocupación de aquel hombre por causas de un pleito que llevaba, que ya por esto, y también por el ruido de la carga que traía, ni entendió ni respondió a las palabras de Blanquerna. Y, creyéndose que le preguntaba de su estado y viaje, le respondió en esta forma: —Señor, yo voy ahí a una villa, junto a un castillo, porque llevo un pleito contra un hermano mío, pidiéndole una viña que mi padre me ha mandado en su testamento, y traigo este presente, que aquí veis, para el juez y los abogados de una y otra parte, y aun les traigo aquí unos dineros que he tomado de prestado a gran usura e interés. Y por amor de Dios os pido que, si vos entendéis de pleitos, me ayudéis con vuestros consejos.

5. En grn manera se admiró Blanquerna de la eficacia y fervor con que aquel hombre deseaba ganar la viña. Y, acordándose de aquellas palabras de la Fe, de la Verdad, del Entendimiento y Devoción y de la gran diligencia que había encontrado, conocido y experimentado en todos aquellos hombres, se arrodilló Blanquerna y, movido su corazón a gran devoción, llenáronse de lágrimas sus ojos y, llorando, prorrumpió en estas palabras: —¡Oh voluntad extraña contra todo orden y naturaleza, en quien falta el saber y rectitud de coraje y animosidad! ¿De dónde te ha venido a ti el que hagas olvidar con tanto esfuerzo el honor y conocimien-

to de Dios, y no quieras dar devoción a aquellos infelices que temen el sufrir trabajos y la muerte para honrar a Dios y enderezar a los errantes por el camino de la salvación? ¡Ah voluntad, cuán grande es tu fatuidad y cuán poco tu agradecimiento a tu Creador por lo mucho que por ti ha hecho! ¡Y cuán poco es el temor que tienes a los trabajos y penas infernales, en las cuales jamás podrás tú conseguir tus deseos! ¡Oh necia e ignorante voluntad! ¿En dónde es el bien merecido, por quien puede ser premiado, ni el mayordomo solícito, ni el escudero apresurado, ni el mercader afligido, ni el rústico mezquino y avariento, cuando todos juntos van siguiendo el camino de la ambición y codicia? ¡Ah miserable de ti! ¿Cómo no procuras los remedios que puedes haber en este mundo, antes que te acometa la muerte? ¿Y por qué no temes el perder en esta vida lo que en la otra jamás puede ser recuperable? ¿Y por qué —dime— temes ahora en este mundo perder los deleites temporales, pudiendo después conseguir en el otro la eterna herencia de bienaventuranza? Muy admirado se quedó aquel villano de las palabras de Blanquerna; pero despidióse de él, prosiguió su camino, volviendo en sus pensamientos y afanes.

CAPÍTULO XLVII

DE LOS AGÜEROS

1. Día era ya muy claro y el sol con sus resplandores iluminaba toda aquella selva por donde Blanquerna caminaba, cuando descubrió a un caballero en una alta montaña, montado en su caballo, bien guarnecido de todas armas. Era aquel caballero de profesión agorero, y había pasado a aquel puesto para levantar agüeros, que le manifestasen la verdad del suceso en un desafío que intentaba contra otro caballero, mortal enemigo suyo. Mientras aquel caballero estaba así, de observación, mirando por todas partes si pasaría alguna águila, azor, halcón o alguna otra ave en que pudiese levantar agüero y conocer lo que deseaba saber, Blanquerna subió a aquel monte para preguntarle si sabría en él algún lugar a propósito y conveniente para establecer su ermita.

2. Habiendo ya arribado Blanquerna al caballero, ambos a dos se saludaron cortesantemente, y preguntándose uno al otro de su estado, recíprocamente se informaron del motivo por que habían ido a aquel paraje. Y habiendo entendido Blanquerna la causa que había obligado al caballero a subir al monte, díjole Blanquera estas palabras: —Caballero y señor mío: noble sois y de corazón animoso, según me significa la belleza y disposición de vuestro talle, de vuestro caballo y de vuestras armas, con que manifestáis hallaros bien prevenido y armado para defenderos de cualquier otro caballero enemigo. —Decís bien, amigo mío— respondió el caballero—, que soy yo bien formado en mi persona, que estoy bien armado y que en mi corazón no sentí jamás flaqueza alguna que me inclinase a cometer por ningún tiempo maldad alguna ni engaño; y por la gracia de Dios, mucho tiempo ha que estoy en Orden de Caballería, cuyas leyes he

guardado inviolablemente; y por esto he creído siempre no poder ser vencido cuerpo a cuerpo por ningún otro caballero.

3. —Señor —dijo Blanquerna, todo cuanto tiene ser y existe en este mundo va encaminado por estas dos cosas, a saber: por la ocasión o causa y por la ventura o casualidad. La ocasión es aquella que tiene respeto y mira a las cosas por venir, según que la razón y discreción lo conoce por la iluminación del entendimiento y de la fe. Y la ventura o acaso es aquella cosa que acontece sin ocasión, causa o previsión alguna. Esto supuesto, preguntóos ahora cuál de estas dos cosas es más fuerte y poderosa: ¿la ocasión o la ventura? —Buen amigo —respondió el caballero—, sin duda será más fuerte la ocasión, que se conviene con la razón y con intención, que no la ventura, que se conviene con aquella cosa que sucede sin deliberación de razón, ni discreción, ni de intención. Dijo Blanquerna al caballero que muy sabiamente había respondido, pero que sus obras eran contrarias a sus palabras, en cuanto creía y se confiaba en agüeros, porque las aves van volando por el aire por ocasión, a fin de buscar su propia comida, y su volar es por la ventura en cuanto a la rectitud tomada en su vuelo, con que pasan cerca o lejos del hombre. Y, por esta razón, aquel caballero que batalla con otro, gobernado por el valor y naturaleza de las aves, no es tan fuerte ni sabio en el arte de la guerra como el otro que pelea por arbitrio de la razón y discreción de su entendimiento, lo cual significa el suceso de las cosas, según las circunstancias de la guerra. Y así, señor, por estas razones podéis entender que contra vos será más fuerte vuestro enemigo, si se dirige por aquello que le enseña la razón, que lo seréis vos contra él si os gobernáis por las operaciones que las aves hacen a ventura, sin necesidad de razón, por cuanto ésta en las aves no puede usar de su virtud, y mayormente porque esta detestable costumbre es muy desagradable a Dios nuestro Señor, y es contra la esperanza, caridad, fortaleza y justicia; y por esta causa os tengo y reputo por el más inútil en la guerra.

4. Mucho tiempo meditó el caballero las palabras que Blanquerna le dijo; y por los méritos de éste y por la fuerza y naturaleza de la razón conoció el caballero sus efectos y errores, y dijo estas palabras: —Repetidas veces me ha sucedido que la razón me demostraba cómo debía practicar algunas aventuras y ardidés en las armas, pero, creyendo y confiándome más en los agüeros que en mi entendimiento, dejaba aquello que me dictaba la razón y, siguiendo a los agüeros, hacía todo lo contrario al dictamen de la razón e inteligencia. Bendito y alabado sea mi Dios, que por vos me ha enviado tal conocimiento, por el cual, de aquí en adelante, no tendrán poder en mí hados ni agüeros.

5. —Señor —dijo Blanquerna—, aun os falta saber que Dios ha establecido otra ley en la guerra, distinta de la sobredicha, y consiste en que, cuando la razón dicta y enseña modo como pueda el hombre devastar a su enemigo, entonces la razón debe mirar si aquello tiene concordancia con caridad, esperanza, justicia y fortaleza; porque todas estas virtudes son hermanas de la razón, y ésta no puede tener buen efecto en sus pensamientos, siempre que se contrarie a sus hermanas. Y, por esto, conviene mucho que tengáis siempre en vuestra memoria la concordancia que hay

y media entre la razón y las dichas virtudes. Estas razones de Blanquerna gustaron mucho al caballero, y éste le aseguró que él haría un examen de conciencia cual no había hecho en todo el discurso de su vida.

6. Por largo rato pensó el caballero si en la guerra había usado de caridad y de justicia y de esperanza, hasta que en su conciencia se acordó de la injuria y enemistad que tenía contra su enemigo, y de la confianza y credulidad que había puesto en agüeros, y cómo en su corazón había reinado la soberbia y vanagloria, en lugar de la virtud y la fortaleza. Por donde, habiendo meditado el caballero mucho tiempo todas estas y otras cosas, por las cuales había entrado en conocimiento de sus faltas, entonces bendijo y alabó a Dios nuestro Señor, arrepintiéndose de sus culpas. Y poniéndose en servicio y obsequio de la razón y de sus hermanas, dijo a Blanquerna estas palabras: —Bendito y alabado sea mi Dios, que me ha dado fuerza, con la cual he vencido a mis enemigos y a mi propio corazón. En mi vida he ganado yo batalla tan ventajosa, y para mí tan estimable, como ésta. Por los enemigos que he vencido ahora en mi corazón, venceré yo también a mis enemigos en el corazón de aquel caballero, contra el cual he sido tanto tiempo mortal enemigo. ¡Ah infeliz de mí! ¿Cuál puede ser bien ganada y bien vencida batalla, sino aquella que se vence con la caridad, justicia, paciencia, humildad y fortaleza? Pues con estas virtudes vence el hombre y triunfa de toda maldad, de toda injuria y de toda soberbia y engaño. Concluidas estas palabras, despidióse Blanquerna del noble caballero y se encaminó a su viaje.

CAPÍTULO XLVIII

DEL VALOR

1. Muy descoso iba Blanquerna de hallar en aquel bosque el puesto que anhelaba para hacer penitencia, cuando, a este tiempo, descubrió un camino por donde venía un juglar a pie, muy pobremente vestido, cuyo gesto y semblante manifestaba su miseria y la tristeza de su corazón. Preguntóle Blanquerna cuál era la causa y motivo de su aflicción y dolor, que indicaba su semblante. —Señor —respondió el juglar—, yo vengo de una corte donde han hecho nuevamente caballero a un noble varón de esta comarca, en cuya corte me creí encontrar a Valor, para que me ayudase y socorriese en mi pobre vestir, en remuneración de las reprensiones que por dilatado tiempo tengo hechas contra todos los enemigos de Valor; y por más que hay alabado a los que en este mundo mantienen valor, por ningún tiempo en aquella corte he podido yo conseguir de él, ni de ninguno de sus amadores, premio alguno. Por cuyo motivo he pensado formar un nuevo poema para satirizar a Valor y a sus servidores.

2. —Buen amigo —respondió Blanquerna—, antes de formar este poema os conviene que sepáis primero qué cosa es valor y quiénes sus servidores, para que vuestro dictado contenga verdad. —Señor —dijo el juglar—, mucho tiempo ha que tengo yo conocimiento del valor, y le he

buscado siempre por varios países, sin que jamás me haya socorrido en mi pobreza ni por él haya podido librarme de la servidumbre y molestia de necias gentes. —Amigo —dijo Blanquerna—, si Valor fuese lo que vos entendéis, de ahí necesariamente convendría que él os valiese, porque si no lo hiciera, no sería valor. Y pudiera ser que lo que vos llamáis valor, sea desvalor, malicia y grande defecto. Y por eso, si la malicia y maldecir, ignorancia y desvalor os hacen vestir tan pobremente, se sigue muy bien que con grande injuria y sin razón decís que Valor os ha faltado e injuriado.

3. Señor —dijo el juglar—, pues que con tanto tesón defendéis a Valor, quiero que me digáis qué cosa es valor. Respondió Blanquerna que valor es valimiento de virtudes contra vicios; y valor es aquella cosa por la cual es la utilidad y conservación contra el engaño y defecto. Bajo de este valor están la verdad, liberalidad, cortesía, humildad, medida, lealtad, piedad, gratitud, conocimiento y otras muchas virtudes, hijas de la fe, esperanza, caridad, justicia, prudencia, fortaleza y templanza, de las cuales es hija la de valor. Mientras le manifestaba Blanquerna qué cosa era valor, venía un caballero a pie con espada en mano y lanza al hombro, y, estando ya junto a los dos, le conoció el juglar y dijo a Blanquerna que aquél era el emperador,¹ que le reconocía muy bien, porque le había visto muchas veces. Hiciéronle todos grande honor y reverencia, y el emperador les saludó también con agrado.

4. El juglar preguntó al emperador qué casualidad le había traído allí en aquel bosque, solo y a pie. Respondió el emperador que, siguiendo en la caza de un jabalí, se desvió tanto, que había perdido su compañía, y que, habiendo alcanzado al jabalí, éste le mató su caballo; pero, en fin, él, le había herido y muerto. Habiéndoles referido el suceso, el emperador les pidió si tendrían alguna cosa que comer, porque se hallaba muy hambriento, pues había pasado dos días sin comer ni beber cosa alguna. —Señor —dijo Blanquerna—, muy cerca de aquí hay una bella fuente de gentil y cristalina agua; allí podéis beber y comer también algunas tiernas y sabrosas hierbas que hay alrededor de la fuente. Pero el emperador le respondió que no podía beber sin comer y que no estaba acostumbrado a hierbas, por lo cual creía sin duda morir en breve mientras no tuviese algo que comer de aquello que tenía en costumbre.

5. Entonces Blanquerna condujo al emperador a la fuente, y reclinándose los tres sobre aquella fresca hierba, sacó Blanquerna tres panes que le habían quedado de su provisión, y juntos comieron aquél día. A este tiempo preguntó Blanquerna al emperador qué cosa le parecía entonces aprovecharle más, o el pan que comía o todo su imperio. A que respondió que, en aquella ocasión, más valía y le aprovechaba aquel pan que

¹ Evidentemente, hay en este capítulo una bella alusión al joven y apuesto Rodolfo de Habsburgo, landgrave de Alsacia primeramente, y más tarde heredero de la Casa de Hohenstaufen, la piedad del cual corría en alas de la fama. Tan grato es el recuerdo que Ramón Llull guarda del emperador, con quien trabó amistad en Alemania, que en varios pasajes de *Blanquerna* hace aparecer su figura con tanta devoción como cariño. (Cf. cap. 78, n. 7; 79, n. 3; 82, n. 7, y al final del libro).

comía que todo su imperio. —Muy pobre de valor pues —dijo Blanquerna—, es aquel imperio que no es tan provechoso como el pan para su señor. Y por esto tú, juglar, puedes conocer qué cosa es valor; pues todo valor consiste en tres cosas. La primera, en las cosas terrenales que valen para sustentar y mantener el cuerpo. La segunda, en ganar virtudes y mérito. La tercera, en cuanto todas las cosas son buenas, si Dios, con ellas y por ellas, es conocido, amado y servido y quiere usar de su poder en sus criaturas.

6. El emperador preguntó entonces a los dos con qué motivo habían entrado en hablar de valor. Respondió el juglar, refiriéndole cómo, habiéndose encontrado por el camino, disputaban de valor, a tiempo que su majestad había llegado a ellos. Entró después Blanquerna y dijo así: —Señor, en muy nobles y heroicas acciones habéis manifestado muchas veces ser amigo de Valor; pero, si vos en algún tiempo hubieseis hecho alguna maldad y engaño contra Valor, no os podrá él ahora ayudar en este bosque, donde vuestro poder es tan pobre y limitado como el de cualquiera de nosotros. Y si en vuestro ánimo hay noble y valeroso coraje que concuerda con el valor y las virtudes antedichas, de las cuales es hija la virtud de Valor. ésta os podrá ayudar en este bosque, para que tengáis paciencia y humildad y os consoléis con la esperanza en Dios, que os puede ayudar en este y cualquier otro lugar.

7. Muy grande conferencia tuvieron los tres sobre la virtud de Valor, y anduvieron juntos tanto tiempo, hasta que llegaron a un hermoso prado rodeado de vistosos árboles, en medio del cual había un palacio construido de mármol fino y cerrado de fuerte muralla, sobre cuyo portal estaban escritas las palabras siguientes: “Este es el palacio de la señora Valor, adonde no puede ni debe entrar hombre alguno que sea enemigo y perseguidor de Valor. En este palacio está la virtud de Valor, que está bendita y desterrada del mundo y de sus amadores, porque aman a Desvalor. Aquí llora Valor y se lamenta todos los días por sus daños, y deseando recobrar su honor, espera que sus valedores le restituyan en el mundo, para que el honor y valor de Dios sean multiplicados por todas las tierras y las gentes. Desconsolada está la virtud de Valor y multiplicado el Desvalor y la malicia. En la deshonor de Valor sienten daño los hombres todos. Si el Desvalor fuese Valor, sería mayor de lo que es en el mundo el honor de Dios. Perennemente espera Valor a quien le ame de corazón y recuerde con frecuencia, y deseando su honor, se compadezca de sus daños.”

8. Muy maravillados quedaron los tres de las palabras que habían leído sobre el portal de aquel palacio y de lo que significaban. Y queriendo entrar en él, tocaron a la puerta, y asomándose a la ventana una noble y gentil doncella, les preguntó a los tres qué querían y cuál era su calidad y estado. Cada uno de ellos dijo su nombre y condición a la doncella, pidiéndola les dejase entrar en aquel palacio para ver a la señora de Valor. Dio parte la doncella a Valor de las condiciones y nombres de los sujetos, pidiéndola licencia para dejarlos entrar a verla; pero Valor no quiso dejar entrar al emperador ni al juglar, porque eran sus enemigos y eran de aquellos que la perseguían en el mundo y la tenían desterrada

en aquel bosque. Y porque Blanquerna sólo era servidor suyo, le dio licencia que entrase él solamente, y mandó que se le hiciese un honrado recibimiento y hospedaje.

9. Entró Blanquerna solo en el palacio, donde vio a la virtud de Valor, que decía estas palabras: —Creada soy yo Valor para significar y demostrar el valor de mi Creador y Señor. Dios hace valer los cielos y las estrellas, los cuatro elementos, los metales, plantas, bestias, las aves y los peces, para que el hombre tenga valor sobre todas estas cosas. Y porque el hombre no quiere tenerle, vale menos que todas estas cosas y cualquier otra criatura, en cuanto ama y quiere a Desvalor, pensando que sea Valor. Muchos son los hombres en el mundo que poseen honores y riquezas mundanas, en las cuales hay desvalor. Pobres y despreciados son en el mundo los amigos de Valor. Muchos son los libros en el mundo donde se encuentra la descripción del Valor, y muchos son los libros en que está escrita la verdad de la encarnación del Hijo de Dios y de su muerte santísima, por la cual fue hecha la recreación. Pero muy poco valen los libros para los infieles por la falta que tienen de directores. Muchos son los que poseen bienes de la santa Madre Iglesia para que puedan ensalzar a Valor. Pero ¿quién es el que quiere exaltar al valor y honor de la santa Madre Iglesia contra el deshonor, infidelidad y error? Muchos son los hombres que quieren y desean que Dios haya valor, para que ellos tengan honor, pero pocos son los hombres que aman a Valor, para que Dios haya honor. Si jamás he hecho a nadie injuria, ¿por qué razón se me hace a mí deshonor? Y si Desvalor jamás hizo justicia ni premió a ninguno, ¿por qué razón se ha de llevar el honor? —Con estas ticnas y semejantes expresiones desahogaba su triste y afligido corazón, y vertía por sus ojos amargas lágrimas y se lamentaba de sus daños.

10. Hasta el día siguiente por la mañana estuvo Blanquerna en el palacio de la señora de Valor, en cuyo tiempo se ocupó en consolarla, y, dándole buenas esperanzas, la decía: —Fuerte es Dios sobre todos los poderes, y su sabiduría no tiene defecto alguno. Todo el mundo es obra y criatura suya; por esto, conviene que venga a su cumplimiento y perfección, a lo cual no pudiera llegar sin que el Desvalor viniese en desencamiento, y subiese Valor a su exaltación y pujanza, recuperando su honor. La misericordia de Dios no olvida a los pecadores, y la justicia de Dios no tiene amistad con los enemigos de Valor. Estas y otras muchas razones consolatorias decía Blanquerna a Valor con amorosas lágrimas, y así, con llanto y devoción, se despidió de Valor, a quien rindió su corazón para todo el tiempo de su vida, y Valor le aceptó en su comanda y guarda.

11. Salió Blanquerna del palacio, y, volviendo a su viaje, refirió al emperador y al juglar el llanto y desconsuelo en que había encontrado a Valor, dándole cuenta de cuanto había dicho y de las quejas que tenía contra sus enemigos. El emperador y el juglar consideraron mucho las palabras que Blanquerna les dijo de Valor, y a cada uno de ellos les remordía la conciencia por las faltas que habían cometido muchas veces contra Valor. Y habiendo el emperador considerado muy bien sus defectos, quiso saber y preguntó a Blanquerna de su vida, y éste se la refirió toda con puntua-

lidad, y también el estado y vida de sus padres Evast y Aloma, y que él iba a hacer vida eremítica para contemplar y tener en su corazón a Dios y su honor solamente y huir del mundo, enemigo de Valor.

12. Entonces la humildad de Dios nuestro Señor movió su divina piedad y paciencia al perdón para acordarse del emperador, quien por la misericordia de Dios concibió en su alma verdadera contrición y arrepentimiento de sus pecados, diciendo estas palabras: —¡Oh necio y culpable! ¿Por qué persigues a Valor, persiguiendo las bestias fieras con gran peligro y riesgo de tu vida? ¿Y el tiempo más precioso de ella has gastado en lo que es Desvalor, creyéndote que era Valor? Y puesto que a gran culpa corresponde satisfacción grande, y a gran desorden grande ordenación, por esto, aquí en este puesto y en presencia de Blanquerna, prometo y voto que de aquí en adelante mi persona y mi imperio nos hemos de poner en servicio de Valor, para que esta virtud recobre en mí y en los otros la posesión que de mucho tiempo había perdido. Y, por esto, conviene y es razón de que yo establezca una ordenación en mí y en todo mi imperio para honrar a Valor, y que por mi ejemplo le sea restituido el honor y vuelva a habitar en nosotros sin tristeza y con toda alegría.

13. Con esta conversación iban los tres compañeros por un camino que desviaba mucho a Blanquerna del destino que llevaba en su viaje. Por cuyo motivo dijo éste al emperador que a él le convenía volverse a aquellos parajes en que buscaba poner su ermita, y hallándose a la sazón bajo un hermoso árbol, pidió Blanquerna licencia al emperador, y con mucha urbanidad y cortesía se despidió de él y del juglar, y correspondiendo el emperador, dijo a Blanquerna estas palabras: —Bendita sea aquella hora en que os encontré en este bosque. Muy sensible y dolorosa es para mí la separación de vuestra agradable presencia. Veo que me conviene ordenar mi casa y la de la emperatriz, mi esposa, y quiero también poner en orden a todo mi imperio, valiéndome de aquellos hombres que son amantes de Valor para que, de este modo, pueda cumplirle lo que le tengo prometido. A este intento quiero formar un libro de aquella ordenación, y por este juglar y otros muchos le distribuiré por todo el mundo, para que manifiesten y demuestren qué cosa es Valor en las cortes de los grandes príncipes y señores, donde esta virtud es blasfemada y despreciada, y que reprendan a Desvalor y le destierren de todo lugar donde es amado y honrado. Mandaré también que estos juglares no tomen salario ni gaje alguno de otra persona que de la mía y de mi real erario, para que de este modo puedan ser más fieles loadores de Valor. Y, finalmente, en habiendo educado a mis hijos, quiero dejar a mi imperio y en vuestra compañía y ermita servir a Dios y a Valor toda mi vida, para que pueda poseerles por siempre mi corazón. Ruégoos, amigo, me encomendéis muy de veras a Dios que me perdone mis pecados, pues me confío mucho en vuestras oraciones.

CAPÍTULO XLIX

DE LA CONSOLACIÓN

1. A las cercanías de aquella comarca por donde Blanquerna caminaba a su destino, estaba un pastor que guardaba una grande grey, el cual tenía un hijo de edad de siete años que amaba mucho, y, por el grande amor que le tenía, quiso un día llevarlo consigo a la montaña. Sucedió, pues, que, estando los dos con el ganado, el pastor se durmió, como acostumbraba, y el muchacho se desvió del puesto donde su padre dormía, y un lobo que venía a embestir al ganado encontró con el chico, que estaba por allí divertido, e hizo presa de él y se lo llevó. Con los gritos y clamores que daba el chico despertó el pastor, y viendo que el lobo se llevaba a su hijo, le echó los perros y siguió al lobo con toda presteza; pero fue en vano, porque, antes que los mastines le hubiesen alcanzado, ya el lobo había muerto al chico y comídole las tripas y las entrañas. Cuando llegó el pastor y vio muerto y despedazado a su hijo, fue extraordinario su consuelo, y con grandes llantos dijo estas palabras:

2. —¡Ah miserable y triste de mí! ¡Perdido has lo que más amabas en este mundo! ¡Muerto yace aquí tu hijo, siendo tú la causa y ocasión de su muerte, pues contra la voluntad de su madre lo trajiste tú a este bosque! ¡En pena y tristezas has puesto tú a la pobre madre por todos los días de su vida! ¡Sobre todo dolor debes lamentarte y sobre todo llanto debes tú de llorar! ¡Aflígete, pues, y desconsuélate tanto, que en ti jamás pueda entrar gozo ni consuelo alguno! ¿Cómo has de tener aliento, triste y culpable de ti, de ponerte delante de tu mujer? ¿Qué cuenta le darás tú de su hijo tan amado y gracioso? Mientras así se lamentaba, no cesaba el afligido pastor de abrazar y besar a su hijo, y decíale también: —¡Ah hijo mío! ¿Dónde está aquella hermosura de tu semblante, que me representaba tu gracioso gesto? Y ¿dónde está ahora el gran gozo y placer que sentía mi corazón en tu amada vista? ¡Ah hijo! Muerto eres, y tu muerte me hace a mí desear morir. ¿Quién consolará a mi corazón en adelante, pues no tenía otra cosa que a ti solo en este mundo, ni otra cosa tenía en mi corazón que a ti solo? Vivo soy y no quiero vivir, sino morir. Con congoja y dolor grande estoy porque no me siento morir. Mi vida, hijo mío, es muerta en tu muerte; no espero ya consuelo alguno, ni que se me perdone la culpa y pecado que yo tengo en tu muerte.

3. Tan grandes y excesivos eran los gritos y el llanto del pastor y los alaridos de los perros que batallaban con el lobo, que Blanquerna, admirado de la vocería, atajó su camino a aquel ruido para ver qué cosa era. Y habiendo llegado al puesto, viendo aquella tragedia y al pastor tan afligido, llorando y lamentándose y abrazando a su hijo quiso Blanquerna consolarle, y empezó a decirle algunas palabras de consuelo; pero era tan grande la congoja y el dolor que le tenía oprimido, que no le daba muestras de que le viese ni oyese sus voces.

4. Viendo a este tiempo Blanquerna al lobo que peleaba con los mas

tines, y que había muerto ya uno de ellos y tenía ya al otro por el suelo, pensó de ayudar a éste y matar al lobo, para ver si con la muerte del lobo pudiese de algún modo consolar al pastor. A este fin tomó Blanquerna una porra que el pastor llevaba, y, movido de gran piedad por la muerte del niño, saltó con gran presteza contra el lobo, quien, queriendo escaparse, fue detenido por el mastín hasta que pudo llegar a él y le mató de un porrazo. Y volviéndose Blanquerna al pastor, le dijo: —Muerto tenéis ya a vuestro enemigo, por cuya razón conviene que vuestra tristeza y pena se convierta en consuelo.

5. Muy buenas y devotas palabras y razones de gran consuelo dijo Blanquerna al pastor; pero éste, por más que le dijese, no quiso responderle ni dejar su llanto y duelo que hacía con todas sus fuerzas, de que se admiró mucho Blanquerna y se movió a gran compasión y piedad. Y pensó que por la sobrada ira y tristeza había perdido el pobre pastor la memoria, y no tenía conocimiento de sí mismo ni de sus palabras. Y por esto, a fin de restituirle su popiro conocimiento, con el cual pudiese inducirle a algún consuelo, empezó Blanquerna a hablarle con un nuevo modo de consolación, formado según la razón natural, y dijo al pastor estas palabras:

6. —¡Oh necio desventurado! Tú que has sido la ocasión y causa de la muerte de tu hijo, ¿cómo no lloras y te lamentas mucho más por el daño que has recibido? Grande es tu desconocimiento, pues tan fácilmente has consolado de aquel que amabas tanto. Muerto es tu hijo, y el lobo ha muerto también a tu mujer y a tus perros. El pastor, que amaba mucho a su mujer, pensó que Blanquerna le decía la verdad y que él no lloraba, ni se dolía, ni lamentaba con el modo que había emprendido, y por esto dijo a Blanquerna: —¿Es verdad que mi mujer es muerta? ¿Y lo que hago ahora es llorar o consolarme! Respondióle Blanquerna: —Vete, y verás cómo el lobo ha muerto a tu mujer. Fuéronse los dos al puesto donde estaba muerto y tendido el lobo, y Blanquerna dijo al pastor: —Ve aquí, ésta es tu mujer. Se quedó el pastor absorto de las palabras de Blanquerna, con que creyó haber perdido el juicio que el lobo era su mujer.

7. Viendo Blanquerna que la memoria del pastor empezaba a recobrase, restituyéndose a su naturaleza y acción, y su entendimiento empezaba a entender, hizo volver al pastor al lugar mismo donde estaba el difunto muchacho, y tomándole Blanquerna en sus brazos, empezó con grandes llantos y lamentos a besarle y abrazarlo, de lo cual se admiró mucho el pastor. Y cuanto más se maravillava por el llanto de Blanquerna, tanto más iba recobrando la inteligencia que había perdido. Cuando, en fin, el pastor hubo totalmente recobrado su entendimiento, y su memoria se puso en su primer estado, se volvió al puesto donde estaba tendido el lobo, y se alegró en gran manera cuando conoció que el lobo no era su mujer, por cuyo gozo refrenó y disminuyó en gran parte su dolor y tristeza. Y volviéndose a Blanquerna y viéndole aún con su hijo en los brazos, llorando y lamentándose, le dijo el pastor: —Señor, ¿por qué lloráis vos tanto por mi hijo? Dádmelo a mí y dejadme volver a mi llanto y dolor, como de antes. —Costumbre es de mi tierra —le respondió Blanquerna— que el hombre ayude a llorar y sentir el daño y la pérdida del otro; y, por eso, yo os quiero también ayudar y acompañar en vuestro llanto y pena, para

que sea grande el llanto y luego que vos tenéis por la muerte de vuestro amado hijo, teniendo vos tanta razón de mucho llorar y gemir. Y si vos quisiéseis seguir la costumbre de mi país, yo os mostraré arte y modo con que lloréis mucho más la muerte de vuestro hijo, pues vos de ella sois muy culpable. —Señor —dijo el pastor—, vuestras palabras son para mí de mucho agrado y consuelo, y, por esto, os ruego me digáis el modo y costumbre que tenéis en vuestra tierra con el cual pueda yo llorar mucho y lamentarme por mi hijo mientras la muerte me mantenga en vida y más fuertemente sea yo en ello atormentado.

8. Respondió Blanquerna al pastor: —Antes que vos sepáis el arte y modo con que podáis tener grande llanto y duelo, conviene que tengáis conocimiento qué cosa es caridad, justicia y fortaleza, y conviene también que vos me digáis la verdad de lo que yo os preguntare. —Señor —dijo el pastor—, cuanto me dijereis aprenderé, y cuanto yo supiese os diré en verdad, con que vos me enseñéis el modo y arte con el cual pueda yo tener tanta tristeza y dolor, que pueda la muerte quitarme la vida en el desconsuelo que debo tener de la muerte de mi hijo. —Pues decid la verdad —le pregunto Blanquerna al pastor—, ¿cuál de los dos habéis amado más en este mundo hasta ahora, a Dios o a vuestro hijo? Respondióle el pastor que más había amado a su hijo que a Dios. —Gran falta de caridad —dijo Blanquerna— hay en el hombre que ama más a cualquier otra cosa que a Dios; y pues justicia es aquella virtud que castiga a todos aquellos que no aman más a Dios que a cualquiera otra cosa, y vos habéis tenido más amor a vuestro hijo que a Dios, por esto, la divina justicia os ha castigado y ha quitado la vida a vuestro hijo; y la sabiduría de Dios quiere en vos que de aquí en adelante, él sea amado sobre todas las cosas del mundo, para que de este modo haya en vos prudencia, por la cual tengáis fortaleza contra la ira en que estáis y mortifiquéis vuestro corazón, teniendo esperanza que veréis a vuestro hijo que ahora está gozando de la gloria de Dios, y por eso, en adelante no mortifiquéis ni dañéis más a vuestro cuerpo, sino que esperéis ver a vuestro hijo en la gloria del paraíso.

9. El pastor comenzó a acordar y entender las palabras que Blanquerna le decía; y cuanto más pensaba y meditaba en ellas, tanto más se sentía aliviado de su tristeza y dolor. Y porque creía que su dolor debía multiplicarse, por esto se maravilló mucho y dijo a Blanquerna: —Cuanto más recuerdo vuestras palabras, menos tristeza siento en mí; antes bien, por ellas me siento más consolado; pues ¿dónde es, señor, la tristeza que vos queréis multiplicar en mí con vuestras palabras? Respondió Blanquerna y preguntó al pastor: —Decidme la verdad: ¿cuál de estas dos cosas amábais más antes de la muerte de vuestro hijo, el gozo o la tristeza? —Respondió el pastor que el gozo. Entonces díjole Blanquerna: —Pues si ahora que vuestro hijo ha muerto amáis más a la tristeza que al gozo, ¡luego la muerte es dadora de gozo y de tristeza, conforme vos tanto la amáis! De donde, como la muerte haya sido para vos tan dañosa, no debéis permitirle tanto dominio y señorío que os haga desear más la tristeza que la paciencia y alegría; antes bien, conviene que ahora, que vuestro hijo ha muerto, seáis mucho más contrario a la muerte que cuando vuestro hijo vivía.

10. El pastor dijo a Blanquerna: —Pues, señor, ¿cómo podré ser yo

contrario a la muerte que ha muerto a mi hijo y no quiere matarme a mí? —Con paciencia y consolación —respondió Blanquerna—, teniendo gozo y complacencia de todo aquello que ordena la justicia de Dios, y teniendo alegría en vuestro corazón, en quien está la fortaleza y contra la tristeza, y teniendo gozo de tener prudencia y utilidad de lo mismo en que recibís daño en las cosas terrenas, por cuyo gozo el hombre se contraría con la muerte corporal y espiritual y tiene concordancia con la vida celestial, que ha de durar eternamente.

11. Muy largo sería de contar todo lo que Blanquerna dijo al pastor para poderlo consolar; y por el arte y método que usó, consiguió el intento y le sacó de la gran tristeza en que se hallaba, poniéndole en estado de consolación y gozo, como lo manifestó el pastor con las siguientes razones: —Alegrado se ha mi alma en esto que de aquí en adelante quiere y desea tener conocimiento de su Creador y poseer las virtudes que no tenía en uso ni costumbre. Salido ha mi hijo del gran peligro en que estaba en este mundo, subiendo a gozar de su Señor y Creador en su eterna gloria. Sea mi voluntad en todos tiempos rendida y resignada a la voluntad de Dios, y mi querer en obedecer a mi Dios y Señor y a su infinito querer. Y acabando estas palabras y otras muchas, el pastor tomó a su difunto hijo y, besándole, se lo cargó a cuestras, y, bendiciendo y alabando a Dios, dijo que mucho mayor era el mérito y provecho que había logrado por la muerte de su hijo, usando de las virtudes referidas, que el daño que había recibido. Y, finalmente, se despidieron ambos a dos con recíproco agrado, y el pastor se quedó muy consolado y pacífico por las palabras de Blanquerna y prometió usar de paciencia todo el tiempo de su vida. Pero quedaba en gran cuidado cómo podría consolar a su mujer de la muerte de su hijo, a quien amaba sobre todas las cosas.

12. Blanquerna dio modo y regla al pastor cómo pudiese consolar a su mujer, siguiendo el método con que le había consolado a él, y le dijo que cuando daría cuanta a su mujer de la muerte de su hijo, que al mismo tiempo la diese noticia de la muerte de un hermano de ella, al cual también amaba mucho; y que cuando ella estuviera en su llanto y duelo, que su hermano viniese a consolarla, y, viéndole vivo, ella se consolaría y alegraría de su vida, del mismo modo que se alegró el pastor cuando entendió y conoció que el lobo muerto no era su mujer.

CAPÍTULO L

DE LA FORTALEZA

1. En aquella selva por donde iba divagando Blanquerna había un fuerte castillo, del cual era señor y dueño un esforzado caballero, el cual era tan arrogante y soberbio, así por lo incontrastable del castillo como por su gran pericia y destreza en las armas y valentía de su persona, que por eso hacía muchas injurias y violencias a los que vivían en su vecindad y cercanías. Aconteció un día que este caballero, bien guarnecido y monta-

do en su caballo, por sí solo temerariamente asaltó otro castillo que poseía una señora viuda, la cual tenía una hija de extremada belleza. Y teniendo la fortuna de encontrar fuera de la puerta del castillo a la doncella, que se paseaba con otras doncellas, robó a aquélla y, poniéndola sobre el cuello del caballo con violencia y forzosamente con su voluntad y de las otras compañeras, se la llevó y entróse por aquel gran bosque. Mucho fue el alboroto y grande la vocería que levantaron los del castillo, corriendo precipitados al alcance de aquel temerario caballero para quitarle de su poder a la doncella, que con grandes gritos y llantos se lamentaba, a cuyo tiempo pudo llegar a sus alcances un escudero de la comitiva, y se puso a combatir con el caballero; pero éste le hirió tan fuertemente, que lo derribó al suelo, le mató el caballo y se escapó con la doncella hacia su castillo.

2. La casualidad llevó a Blanquerna, que iba de una parte a la otra del bosque, a encontrarse con el caballero y la doncella. Viéndole ésta, con llantos y gemidos imponderables le pidió socorro y ayuda. Pero Blanquerna, considerando que la flaqueza de sus fuerzas corporales no era bastante para competir con la valentía y poder del caballero, resolvió de ayudar a la doncella con la virtud de la fortaleza y caridad, que son las fuerzas espirituales del alma, y habló al caballero con este ejemplo.

3. —Cuéntase que, en cierta ocasión, un hombre muy sabio en filosofía y teología y otras ciencias tuvo devoción de ir a predicar a los moros la verdad de la santa fe católica, para destruir su error y que el nombre de Dios fuese adorado y alabado entre ellos, así como lo es entre nosotros. Este santo varón lo puso en ejecución, y predicaba y enseñaba la verdad de nuestra santa fe y, en cuanto podía, destruía la maldita secta de Mahoma. Divulgóse por toda aquella tierra todo lo que hacía y predicaba, por cuya causa el rey moro hizo mandato a aquel santo hombre cristiano que saliese desterrado de todo su reino, apercibiéndole que, de lo contrario, sería condenado a muerte. No quiso el santo hombre obedecer al mandamiento corporal del rey moro, porque la caridad y fortaleza tenían apoderado su corazón y le hacían despreciar la muerte corporal. Sabiendo el rey su desprecio, se indignó en gran manera contra aquél, y haciéndole venir a su presencia, le dijo estas palabras:

4. —Necio y fatuo cristiano, que has despreciado mi mandamiento y la fuerza de mi señorío, ¿no ves que en mí hay tanto poder, que lo tengo para quitarte la vida o hacerte penar con variedad de tormentos? ¿Adónde está tu poder, con el cual has despreciado mi fuerza, autoridad y mandamiento? —Señor —respondió el santo hombre cristiano—, verdad es que vuestro poder corporal puede vencer y superar el poder de mi cuerpo; pero la fortaleza de mi corazón no puede ser vencida por la fuerza que vos tenéis, ni por la de todos los hombres de vuestro reino, porque la fuerza del corazón ama tan fuertemente la fortaleza que hay en él, que me hace despreciar la fuerza corporal de vuestro mandamiento que vos tenéis en vuestra persona y en todo vuestro reino. Por lo cual la fuerza y caridad de mi corazón están prontas a combatir contra todos los poderes de vuestra alma y de todas las almas que son en todo vuestro reino y señorío.

5. Admiróse mucho el rey de la respuesta del cristiano, y quiso saber qué cosa era aquella gran fortaleza de su corazón que de tal manera desafiaba a todas las fuerzas y caridad de las almas que había en su tierra. —Señor —respondió el cristiano—, tan grande es la encarnación del Hijo de Dios y la pasión que sufrió por nosotros y tan fuerte cosa es la verdad contra la falsedad, que por esto estoy yo con tan grande caridad y con tanta fortaleza de corazón, que ni vos ni todos los hombres de vuestro reino no pudieran contrastar mi fortaleza, porque todos vosotros estáis en error y no tenéis fe ni devoción en la encarnación ni en la pasión de mi Señor Jesucristo.

6. Muy airado se puso el rey moro contra el cristiano, y mandó que se juntasen a su presencia todos los más sabios y doctos de su tierra y todos aquellos que tuviesen mayor caridad, para que venciesen la gran fortaleza y caridad del corazón de aquel cristiano y diesen a su cuerpo cruel muerte. Juntáronse todos contra el cristiano; pero éste les venció a todos y superó con la fuerza espiritual y con la caridad. Y dijo también al rey que él haría injuria al cuerpo si le separaba del alma, que tiene mayor virtud en fortaleza y caridad que no tenía él, ni todas las almas de todos los moros de su reino, y que también haría injuria a su alma si no la premiaba por sus méritos.

7. Cuando Blanquerna hubo referido al caballero este suceso y ejemplo, le hizo esta pregunta: —Señor —dijo Blanquerna—, ¿cuál os parece más fuerte y noble en sí, la fuerza del corazón del cristiano, que superó y venció los corazones y fuerzas de tantos hombres, o aquella fuerza corporal que el rey moro tenía mayor que el cristiano? Respondió el caballero que, sin duda, la fortaleza del corazón es la mayor y más noble cosa que pueda haber en el hombre. —Pues, señor —dijo Blanquerna—, en cuanto mayor y más noble es la fuerza, en tanto debe ser más amada por la caridad, y vos bien conocéis que la fuerza corporal en mí, ni la doncella que lleváis no es tan grande que pueda contrastar la fuerza de vuestro caballo, de vuestras armas y vuestra persona; y, por esto, mirad muy bien en dónde hay más fuerza: ¿en vuestro corazón o vuestro caballo, armas y persona? Y si en vuestro corazón hay más fuerza contra injuria, maldad y lujuria que en vuestro caballo, armas y persona, es cierto que vos volveréis la doncella, que lleváis contra su voluntad, al mismo lugar de donde la habéis robado, y no inclinaréis vuestro corazón a maldad ni defecto alguno; porque así como Dios ha dado fuerza a vuestro cuerpo, del mismo modo, por virtud de Dios, tendréis fortaleza y noble corazón, con el cual tendréis caridad a toda buena operación en que haya lealtad, cortesía, crianza y humildad.

8. Consideró mucho el caballero las palabras que decía Blanquerna, y no quiso que mala crianza, descortesía ni vileza fuesen por él en tanto exaltadas, que le venciesen ni dominasen su corazón, con el cual él había vencido y superado varias veces a muchos caballeros en combates y torneos, y por esto, dijo a Blanquerna estas palabras: —Jamás fui yo vencido ni superado por hombre alguno; pero, si no obedeciere yo a vuestras palabras, mala crianza, vileza y villanía vencerían a mi corazón, que para mí es muy amable, pues por su valentía he sido siempre sobrado a mis

enemigos, y ahora ya por vuestras palabras va venciendo en mí el poder a la maldad y villanía que solían estar en mí. Y, por esto, aquí tenéis a la doncella; ruégoos que vos mismo la volváis al castillo de donde yo la he robado a su madre, porque yo no pudiera volver allá con seguridad, aunque les volviese la doncella, por haber malherido a un escudero del castillo. Y con esto Blanquerna y la doncella se partieron despidiéndose con mucho agrado del caballero.

CAPÍTULO LI

DE LA TENTACIÓN

1. Muy disgustado quedó Blanquerna por la precisión de torcer su camino para acompañar aquella doncella que el caballero le había encomendado; pero la caridad y fortaleza le obligaron a encaminarse con la doncella hacia su castillo, en cuyo tiempo se sintió Blanquerna tentado en su corazón del deleite carnal, así por la hermosura y gentileza de la doncella como por la soledad en que se hallaba en aquel bosque. Pero apenas sintió Blanquerna la tentación, cuando prontamente se acordó de la medicina con la cual mortifica el hombre toda tenación, a saber: el acordarse de Dios, de la pasión de su Hijo, de la gloria celestial y de las penas infernales. Y púsose en oración, pidiendo socorro y ayuda a las siete virtudes que iban en su compañía, teniendo también en memoria la vileza y suciedad que hay en la obra de lujuria, y deseó tener aquella noble obra que tienen las virtudes cuando unas a otras se ayudan mutuamente contra los vicios y purifican de ellos al alma.

2. Repetidas veces tuvo Blanquerna en el camino la tentación de lujuria; pero, según queda dicho, aplicaba luego todo su entendimiento a la oración, y de este modo mortificaba la tentación del espíritu maligno. Por sugestión del demonio entró semejantemente la doncella en la misma tentación de pecar con Blanquerna; y porque ella no tenía el arte y modo que aquél contra la tentación, le dijo la doncellas estas palabras: —Señor, en vuestro poder estoy, vuestras palabras me han librado de las manos de aquel caballero, por lo cual no os puedo dar otra paga ni puedo hacer otra cosa por vos, sino que os podéis servir de mi persona a vuestro beneplácito.

3. Con estas palabras de la doncella sintió Blanquerna multiplicarse en sí la tentación, y tornó a acordarse de Dios y de las virtudes, como había acostumbrado. Mientras Blanquerna consideraba así la virtud de la fortaleza y nobleza de coraje, por su luz de gracia y por inspiración de la divina sabiduría, recordó y entendió cómo Dios desamparaba algunas veces a muchos pecadores para que sean ocasión a los hombres justos que no yerren, sino que puedan multiplicar sus virtudes. Y, por esto, entendió Blanquerna que la gracia de Dios había desamparado a la doncella, para que él tuviese mayor ocasión de ser más fuerte contra la tentación de lujuria y por la mayor fortaleza tuviese mayor mérito. Y, por esta causa.

Blanquerna prontamente se postró por tierra y bendijo y alabó a Dios, quien le daba tantos modos por donde pudiese exaltar sus virtudes. Y estando así adorando y bendiciendo a Dios, por la divina virtud fue inspirada la voluntad de Blanquerna cómo instruyese y adoctrinase a la doncella contra la tentación, siempre que fuese tentada por la lujuria o cualquier otro pecado.

4. —Doncella —díjola Blanquerna—, es naturaleza del entendimiento que haga amar mucho o aborrecer aquello que es muy recordado; y por esto, toda la vez que el hombre es tentado de cometer algún pecado, debe el hombre acordarse mucho de la vileza, suciedad y fealdad del pecado y del daño que de él se sigue; porque cuanto más el hombre recuerda de este modo la vileza de la obra, en tanto el entendimiento hace que la voluntad más fuertemente aborrezca el pecado. Hay otro modo de mortificar la tentación, y es de esta manera: si el hombre se acuerda de Dios y de su bondad, grandeza, poder, sabiduría, justicia, amor y perfección, y del grande amor que tiene al hombre, y la gran gloria que le tiene preparada, y cómo es gran cosa usar de la fe, esperanza, caridad, justicia, prudencia, fortaleza y templanza. El tercer modo es que el hombre debe olvidar el pecado y todas sus circunstancias luego que se siente tentado, porque, con olvidar el pecado y todas sus circunstancias, la voluntad queda mortificada para no amar al pecado; y por esto, debe el hombre divertir su memoria a otras cosas que no tengan semejanza con aquellas de que es tentado. Y con estos tres modos referidos puede el hombre mortificar la voluntad de pecar y vencer toda tentación. Entendió la doncella que Blanquerna le decía todo esto porque había conocido el pecado de que estaba tentada, y bendijo y alabó a Dios, que había dado a Blanquerna tanta virtud contra la tentación. Y todas las veces que se sentía tentada con Blanquerna, usaba de la doctrina que éste le había dado, por lo cual mortificaba su tentación y habituaba su alma a las virtudes.

5. Muy largo tiempo anduvieron la doncella y Blanquerna por el bosque, y caminaron tanto, que la doncella, fatigada del camino, quiso descansar bajo de un árbol, a cuya sombra se rindió al sueño. Y mientras dormía, se detuvo Blanquerna en oración, contemplando la divina bendición. Y a este tiempo oyó una voz lamentable y llorosa, que daba indicios de gran tristeza y desconsuelo. Y con este motivo dejó la oración y se encaminó hacia aquella voz, y encontró aquel pobre escudero que el caballero había herido, que se volvía muy desconsolado y afligido.

6. —Buen amigo —díjole Blanquerna—, ¿qué es lo que tenéis, de que tanto os quejáis y lamentáis? ¿Habría alguna cosa que pudiese compensar vuestro daño, por donde os quedaseis alegre y consolado? —Señor —respondió el escudero—, desconsolado estoy y airado, porque no puedo cumplir aquello a que soy mandado. Refirióle entonces cómo él fue en seguimiento de aquel caballero para recuperar a la doncella, que éste le había herido y llevádose a la doncella. —Buen amigo —dijo Blanquerna—, la razón quiere que vos estéis consolado por haber hecho cuanto habéis podido, por lo que merecéis tanto agradecimiento como si hubieseis recuperado a la doncella. —Señor —respondió el escudero—, naturaleza es de la caridad que hombre ninguno debe consolarse con hacer solamente todo

lo que puede, sin dar cumplimiento a todo aquello que desea hacer; y deseando tanto yo servir a la señora que me ha criado, no habiéndose por mí cumplido mi deseo, por esto es razón que en su desconsuelo quede yo también desconsolado, por más que en ello haya yo hecho mi posible.

7. Consideró mucho Blanquerna las razones del escudero, las cuales le significaban gran perfección de caridad y fortaleza; y en esta consideración se acordó que, por defecto de caridad, se tenían por excusados algunos que quieren ampliar la santa fe ctólica, en cuanto que en ello aplican su poder, sin poder llevar al fin de perfección lo que tanto deseaban, por cuya falta de perfección debieran estar desconsolados por el deshonor que Dios recibe de aquellos que no le conocen y de los que no quieren honrarle, según que le conocen. Mientras Blanquerna se hallaba en estas consideraciones, dijo al escudero: —Buen amigo, ¿ves allá la doncella que vos buscáis, reclinada bajo aquel árbol, que está durmiendo? Y saber que, porque vos tenéis perfecta caridad, quiere Dios que sea cumplido el deseo de vuestro corazón y que llevéis mérito de aquello en que vos habéis trabajado. Muy alegre se quedó el escudero de lo que Blanquerna le dijo, y luego, al punto, se fue a la doncella que dormía bajo el árbol y despertóla, y, despidiéndose los dos de Blanquerna muy agradablemente, se volvieron al castillo con mucho gozo y alegría.

8. Volvióse Blanquerna a su viaje, deseando con ansia y congoja encontrar algún puesto donde pudiese servir a Dios como deseaba, sin que en dos días continuos pudiese encontrar en aquel bosque alguna cosa que comer, hasta que al tercer día se halló fieramente apretado del hambre, y cuanto más le apretaba, tanto más valeroso esperaba y confiaba en Dios nuestro Señor, que le ayudaría contra el hambre y la tentación que tenía, con la cual el demonio le quería hacer pecar contra la virtud de la esperanza y paciencia con la desesperanza e impaciencia. Mientras Blanquerna así batallaba con la hambre y resistía con la virtud a la tentación con todo su poder, la prudencia quiso ayudarle, e iluminó los ojos mentales de su pensamiento considerando que la grande aflicción y elevada oración mortifican el cuerpo por la influencia de caridad y devoción. Y estando en esta consideración, entonces se esforzó, con todos sus poderes, en loar y rogar y contemplar a Dios, amándole y sirviéndole. Y por la virtud de Dios, que dirigía a Blanquerna, y por la naturaleza de su entendimiento, que le entendía, y de su voluntad, que le amaba, sus ojos se llenaron de lágrimas y su corazón de devoción y caridad; con que tan altamente fue arrobado Blanquerna en su oración, que ni sintió hambre, ni sed, ni pasión alguna, antes bien se halló en muy grande bienaventuranza, y su cuerpo cobró virtud y fuerza por la oración, a la cual con todo afecto se había entregado. De este modo Blanquerna adoraba a Dios, e iba por la selva sin comer ni beber, y a toda hora que se sentía oprimido del hambre o sed, adoraba a Dios de la manera que arriba se ha dicho, y Dios le enviaba fuerza y virtud, por la cual su alma se mantenía en devoción y su cuerpo en fuerzas y sustentación.

CAPÍTULO LII

DE LA PENITENCIA

1. Caminando Blanquerna por aquel bosque, acordándose y amando a su Señor, Dios y Creador, y cantando *Gloria in excelsis Deo*, descubrió un camino, por el cual anduvo, hasta que, siendo hora de nona, se encontró con un escudero, que venía por otro camino muy lloroso y que con su semblante manifestaba gran tristeza. Blanquerna preguntó al escudero por qué lloraba. Respondió éste: —Señor, estoy llorando por causa que mi amo, a quien yo servía, que se llama Narpán, me retiene la paga de mi servitud, y no me la quiere dar; y le he dejado porque no puedo servirle a su gusto, a causa de que él es un hombre tan codicioso y desordenado en sus operaciones, que hombre ninguno le puede sufrir ni tolerar.

2. —Buen amigo —dijo Blanquerna—, ¿dónde está este señor Narpán que vos me nombráis y a quien servíais? —Señor —respondió el escudero—, vive ahí cerca una abadía de monjes, en cuyo monasterio ha fabricado una casa, y ha venido allá a hacer penitencia; pero sabed que la penitencia que hace es muy semejante a la penitencia del lobo. Preguntóle Blanquerna: —Pues—decidme—¿cuál es la penitencia del lobo? —Señor —dijo el escudero—, cuéntase que en cierta ocasión sucedió que un lobo entró en un corral de muchas ovejas, carneros y corderillos y mató un gran número de ganado. Al día siguiente por la mañana, cuando el dueño de las ovejas entró en el corral y vio la gran carnicería del lobo y el daño que había hecho matando a tantas ovejas, se indignó tan fuertemente contra el pastor, porque no había guardado en aquella noche el corral, que furiosamente le mató; y después de haberlo ejecutado, él se arrepintió y sintió la muerte del pastor y de las ovejas. Cuando el lobo supo que el dueño del ganado había muerto al pastor por el mal que él había hecho, se compadeció mucho del daño que había causado, y de la pérdida del buen hombre dueño del ganado, y mucho más de la muerte del pastor, de la cual él había sido ocasión; y tuvo gran contrición de corazón, y dijo que convenía de todos modos que él hiciese penitencia por ello. Y, por eso, se retiró en una viña bien cargaba de uvas maduras, que era del mismo dueño de las ovejas que él había muerto, y todos los días iba comiendo, gastando y destruyendo las uvas de la viña a toda su voluntad y satisfacción; y de esta manera hacía penitencia. Y así, sabed que del mismo modo hace penitencia aquel señor que yo he servido mucho tiempo, porque él es hombre que ha sido gran pecador en este mundo, y ha muerto a muchos hombres y cometido otros muchos pecados; y, por esto, ahora ha venido a este monasterio para hacer penitencia; donde come y bebe delicadamente, duerme en buena y mullida cama, cubierta de ricas ropas, y vive en gran deleite de su persona y gran bienaventuranza; de cuyo modo de vida toman aquellos monjes muy mal ejemplo, y muchos de ellos se lo envidian y desearían vivir como él en tantas delicias.

3. —Decidme, amigo mío —dijo Blanquerna—, ¿os parece que, si yo

fuese al monasterio y estuviese algún tiempo con él, le pudiera convertir y poner en buen estado? Respondió el escudero: —Si vos os estáis con él, podrá sucederos lo que al papagayo. —¿Y cómo le sucedió al papagayo? —dijo Blanquerna. —En una tierra aconteció —dijo el escudero— que dos monas ponían leña sobre una lucerna, creyéndose que era fuego, y soplaban para que se encendiese. Un papagayo que estaba en un árbol decía a las monas que aquello que lucía no era fuego, sino lucerna; pero las monas no escuchaban sus palabras ni paraban de soplar a la lucerna. Al entretanto sobrevino un cuervo, y le dijo al papagayo que no quisiese cansarse en dar corrección a los que no la reciben, porque las monas eran bestias que no admitían doctrina; pero el papagayo no quiso contenerse por el consejo del cuervo, antes bien bajó del árbol y metióse entre las monas para que le oyesen, y una de ellas se agarró del papagayo y le mató. Así os sucederá a vos, si quisiéredes corregir y castigar aquel que no admite corrección ni castigo de nadie; antes bien os digo que sus malos vicios, si habitáis con él, os harán perder algunas buenas crianzas, si las habéis.

4. Entonces dijo Blanquerna: —Yo me confío en las palabras que la zorra dijo una vez al puercoespín. El escudero le rogó que le contase aquel ejemplo. —Una zorra —dijo Blanquerna— iba por un bosque, y encontró a un puercoespín que esparaba a un león, con quien quería combatirse. Preguntóle la zorra qué era lo que esperaba. Y el espín le descubrió todo su interior. Pero la zorra le dijo que él no tenía sino dos colmillos con que combatir con el león, mas éste tenía muchos dientes y muchas uñas, con que podía bien defenderse de él; por lo cual a ella le parecía que el león había de llevarle gran ventaja en la batalla. Y dicho esto, llegó el león y combatió con el puercoespín, y le mató y despedazó todo, por cuanto le llevaba ventaja en armas. Y así, de semejante modo, tengo yo pujanza y señorío de armas contra Narpán, porque yo combatiré con él con el auxilio de las divinas virtudes y de las virtudes creadas, y él no podrá combatir conmigo sino con los vicios tan solamente, los cuales no tienen fuerza ni poder contra Dios ni contra las virtudes.

5. Y habiendo oído el escudero este ejemplo, se despidió de Blanquerna y prosiguió su camino. Consideraba Blanquerna el gran peligro que podía tener el monasterio por el mal ejemplo de Narpán, que falsamente hacía penitencia en él; y la caridad y esperanza le movieron a encaminarse al monasterio, en donde encontró a Narpán, de quien el escudero le había hablado. —Amigo —díjole Narpán—, ¿de dónde venís? ¿Quisiereis, por ventura, estar con un señor y servirle un año o más tiempo? —Señor, yo salgo ahora de esa selva —respondió Blanquerna— y voy buscando mi conveniencia. Yo estaría gustoso con algún señor, como yo por él pudiese mejorar mi fortuna y que él también por mí ganase alguna mejoría. Y así, pues vos habéis preguntado de mi estado, el que yo os he referido, os ruego también me digáis del vuestro y a qué fin vivís en este monasterio.

6. Respondió Narpán: —Yo estoy en este monasterio para hacer penitencia de mis pecados que he cometido en el mundo, del cual he huido. Y un escudero que yo tenía me ha dejado, y necesito de otro; y por eso, si vos queréis estar conmigo, yo os pagaré vuestro trabajo, de manera que

vos estaréis satisfecho y contento. —Señor —dijo Blanquerna—, si vos hacéis penitencia y yo estuviere con vos y os sirviere, por consiguiente, yo haré también penitencia; y por esto, yo estaré con vos un año, con tal condición que vos hagáis penitencia. Ajustáronse los dos en su contrato, y Blanquerna le sirvió ocho días, según la voluntad de Narpán, con el fin de que éste le cobrase amor en su corazón y que Blanquerna pudiese conocer mejor y saber sus costumbres.

7. Al octavo día mandó Narpán a Blanquerna que matase un pato de aquellos que tenía a pasto y le guisase para comer. Entróse Blanquerna en el corral donde estaban los patos y otras muchas gallinas y capones, y habiendo encontrado en él a la zorra que había entrado para comer de las gallinas, la mató y la desolló toda, salvo la cabeza, el rabo y las manos; púsola en el asador, y así bien asada, cuando Narpán estuvo en la mesa, se la trajo cubierta en un taller y púsosela delante. Cuando Narpán vio a la zorra en la mesa, se admiró mucho y dijo a Blanquerna que por qué no había guisado el pato que le había mandado y había guisado la zorra, que era cosa tan horrible de verla y de comerla. —Señor —respondió Blanquerna—, no tienen los patos y las gallinas tan mortal enemigo como es la zorra, y porque vos amáis tanto los patos y las gallinas, conviene que vos os comáis a su enemigo. Muy enojado se puso Narpán contra Blanquerna, y le dijo mil villanías, porque le persuadía comiese de la zorra y no le había guisado el pato. —Señor —dijo Blanquerna—, así como la zorra es contra las gallinas y los patos, así los patos, gallinas, capones y buenos pucheros son contra penitencia; y por cuanto yo estoy obligado a serviros según forma de penitencia, os he guisado la zorra, que se conviene con penitencia, y si vos coméis de ella y os dejáis de viandas delicadas, vos haréis penitencia.

8. Todo aquel día pasó Narpán sin querer comer carne y estuvo muy airado contra Blanquerna. Y cuando a la noche quiso Narpán echarse en la cama, encontró que Blanquerna había puesto la almohada bajo los colchones, y sobre éstos el jergón, y sobre el jergón las tablas de la cama, y sobre las tablas la colcha, y después la manta, y sobre la manta las sábanas. Cuando Narpán vio este trastueco, dijo a Blanquerna por qué no había hecho la cama como solía, y cómo no le bastaba ya el haberle dado tan mal día y mal comer, que aun le quería dar mala noche. Respondió Blanquerna que aquélla estaba hecha conforme a penitencia, y que de otra manera él no sabía componer la cama para hombre que quería hacer penitencia. Como Narpán era hombre perezoso, no quiso recomponerse la cama ni ponerla según se acostumbra hacer. Él se sentó, esperando que Blanquerna se hincase para descalzarle, como solía; pero éste le dijo que la humildad era amiga de todos aquellos que hacían penitencia, y por esto, que él mismo se descalzara. Aquella noche Narpán se echó en la cama que Blanquerna había contrahecho, no pudo pegar los ojos en toda ella, y consideró mucho en los pecados que había cometido en el mundo y en las palabras que Blanquerna le había dicho.

9. A la media noche, cuando los monjes se levantaron a cantar maitines, Blanquerna oyó la campana, y dijo a Narpán que se levantase a los maitines para hacer oración a Dios. Pero Narpán le respondió que no es-

taba acostumbrado a levantarse a tal hora ni avezado de ir a maitines. Con todo, Blanquerna quiso que se levantara absolutamente, y le quitó de encima la ropa de la cama. Y entonces Narpán se levantó y se fue vistiendo, dándole Blanquerna en primer lugar un escapulario de paño muy gordo y áspero, hecho de pelo de cabra, el cual llevaba Narpán sobre el vestido talar. Y por lo que Narpán había considerado aquella noche y porque empezó ya a tener contrición en su corazón, obedeció a Blanquerna y vistió sobre sus carnes aquel escapulario de sayál. Y después le dio Blanquerna el vestido, que era de blanquilla de Narbona, y después la camisa de Holanda fina, y púsosela sobre el vestido.

10. Cuando Narpán estuvo así levantado y vestido, Blanquerna se fue con él a la iglesia para estar en oración y contemplación, y díjole rogase a Dios para sí y por todos sus prójimos que eran pecadores en el mundo. Pero Narpán le dijo que él tendría gran vergüenza del abad y de los monjes cuando le viesen vestido de aquella forma. Y Blanquerna le respondió que vergüenza y fortaleza se convienen con penitencia, y díjole también que Dios premiaba en la bienaventuranza del paraíso a todos aquellos que tenían paciencia y humildad en este mundo y sufrían ser mofados y reprendidos por hacer obras de penitencia.

11. Blanquerna y Narpán continuaron su estación en la iglesia hasta día claro, que los monjes querían entrar en capítulo a pedir satisfacción por sus culpas, para que, después de la satisfacción y las disciplinas, diesen misa, la cual más dignamente es celebrada precediendo la satisfacción del capítulo. A tiempo que los monjes entraban en él, preguntó el abad a Narpán cómo iba vestido tan extrañamente y por qué se había levantado tan de mañanita. Respondióle Narpán que porque así le había vestido su criado y le había despertado y hecho levantar a aquella hora, y que en adelante él quería ser obediente a Blanquerna, su criado, en cuanto le aconsejase. Después Blanquerna dijo al abad que él tenía que hablar algunas cosas a Narpán en presencia suya y de la comunidad. Conque los tres entraron en capítulo, y los monjes se maravillaron mucho del traje y vestido de Narpán, tan extravagante.

12. Cuando toda la comunidad estuvo en capítulo, Blanquerna se levantó en pie y dijo estas palabras: —A la penitencia pertenecen tres cosas, a saber: contrición de corazón, confesión de boca y satisfacción por obra de los pecados que el hombre ha cometido. A la contrición se conviene el recordar y arrepentirse, llorar y aborrecer los pecados cometidos; y conviene también que el hombre confíe en la misericordia de Dios, tema y ame su divina justicia. A la confesión se conviene que el hombre confiese sus pecados, sin rebozo ni repugnancia alguna, con todas las circunstancias que los agravaren, y también que tenga propósito de no querer por ningún tiempo volverlos a cometer. A la satisfacción se conviene que el hombre restituya todo aquello que injustamente retiene de otro, sean bienes o la fama, y que aflija y castigue su cuerpo con vigiliass y oraciones, con pocas y ruines viandas, con dura cama, con humildes y groseros vestidos y otras cosas semejantes. Ahora, pues, como estas tres cosas correspondan a la penitencia, y entre yo y Narpán tengamos firmada carta de contrato que yo deba servirle según regla de penitencia, por esto, en presencia de todo

el capítulo, requiero a Narpán que me sea guardada la condición de nuestro contrato.

13. Concluida la propuesta de Blanquerna, respondió Narpán en presencia de todos, diciendo que hasta entonces, por mucho tiempo, había vivido ciego y sin conocimiento, ignorando las condiciones que pertenecían a la penitencia, y que Dios le había enviado a Blanquerna, quien había iluminado los ojos de su alma, por lo cual en adelante, todo el tiempo de su vida, quería servir a Dios y hacer penitencia en todos aquellos modos que serían del gusto y agrado de Blanquerna. El abad con todos los monjes loaron mucho y dieron grandes alabanzas a Dios nuestro Señor, porque manifestaba su divina virtud en las palabras de Narpán y de Blanquerna.

14. Salieron los dos del capítulo y se fueron a su posada, y estando los dos solos en su cuarto, no se olvidaba Blanquerna de su viaje, antes bien deseaba con ansia irse a buscar su ermita, y con este motivo declaró a Narpán su resolución, y le rogó encarecidamente le soltase la promesa con que se había obligado a servirle por tiempo de un año, suplicándole le restituyese el auto de obligación, por cuanto su merced ya había entrado en el conocimiento de sus defectos. Pero fue muy grande el disgusto de Narpán cuando entendió que Blanquerna quería separarse de él, y con gran dolor de corazón, llantos y devoción, le dijo estas palabras:

15. —Iluminado estoy por la divina inspiración y movido a devoción, contrición y satisfacción. Si mis malditas costumbres, que son mis mortales enemigos, quisiesen de nuevo apoderarse de mí, ¿quién me ayudará a defenderme de ellos? Si quedara yo ahora sin maestro, ¿quién me enseñaría a amar, servir y honrar a Dios, que es digno de tan grande honor y ante quien soy yo tan culpable? A la justicia reclamo, para que me sea guardada la conveniencia que me ha sido prometida por mi maestro Blanquerna. Si yo soy obediente a mi maestro, ¿por qué mi maestro ha de ser mi enemigo apartándose de mí? Compañero quiero ser y servidor de Blanquerna, pero no señor, como entre los dos estaba convenido y contratado. Con mi señor y maestro Blanquerna iría yo de toda mi voluntad al desierto; pero quedarme conviene en este monasterio, para dar satisfacción al señor abad y a todo el convento, que tanto tiempo me han servido, y me conviene dar buen ejemplo, pues en mi mejorada vida debe tener algún provecho este monasterio.

16. Tan devotas y llenas de razón eran las palabras de Narpán y tan devotamente pronunciadas, que movieron el corazón de Blanquerna a devoción y contrición, llanto y consideración. Por lo cual se resolvió a quedarse con Narpán todo aquel año, para que así le conservase en su buen estado y disposición y que ambos a dos diesen buen ejemplo a todos los monjes de aquel convento. En aquel día confirmó y ratificó Blanquerna la promesa y obligación que había hecho a Narpán, y los dos concordaron en que vistiesen cilicio sobre sus carnes y fuesen buenos compañeros todo aquel año en el monasterio, haciendo penitencia y dando gloria y alabanzas a Dios nuestro Señor. Alegráronse mucho el abad, Narpán y todos los monjes de haber revocado Blanquerna su partenza y resuelto de quedarse en el convento.

CAPÍTULO LIII

DE LA PERSEVERANCIA

1. Todo aquel año perseveraron juntos Narpán y Blanquerna haciendo penitencia; y éste todos los días cantaba con los monjes en la iglesia las antífonas, salmos, prosas, himnos y responsorios y expositaba y declaraba a los monjes la Sagrada Escritura. Deseaban mucho el abad y todos los monjes que Blanquerna lo fuese y que les enseñase gramática y teología y las demás ciencias que sabía; pero Blanquerna siempre se excusaba, porque quería perseverar siempre constante en la vocación de vivir en vida eremítica.

2. En un día de fiesta quiso el abad predicar el sermón, y dudó en predicar, porque no sabía hablar en latín ni declarar las Escrituras, y tenía gran vergüenza por Blanquerna, porque sabía que él conocería muy bien los yerros y defectos de sus palabras. Por lo que, cuando el abad y toda la comunidad estuvieron ya en el capítulo y Narpán y Blanquerna hubieron entrado para oír al abad que había de predicar, antes que éste hubiese empezado el sermón, entró en capítulo el aposentador para avisar al abad cómo muchos caballeros y otras personas a pie habían venido al monasterio para honrar la fiesta y habían determinado de quedarse a comer aquel día en él. Mandó luego el abad que les previniesen una buena comida, que diesen cebada a los caballos y a todos lo que fuese necesario, por ser así costumbre de aquel monasterio. Y volviéndose después a Blanquerna, le dijo estas palabras: —Sabed que yo tenía voluntad de predicar hoy el sermón, pero conociendo que en mí hay falta de saber, no hallo en mi alma que yo pueda predicar ni que esté en disposición para decir lo que corresponde al honor del santo que hoy veneramos. Y, por eso, yo deseo mucho que vos, Blanquerna, seáis monje, para predicar a todos nosotros y a aquellos que vendrían a este monasterio a honrar las fiestas; porque si nosotros tenemos la costumbre de proveer a los cuerpos de viandas corporales por medio de la limosna, haríamos injuria a las almas si no las saciáramos de viandas espirituales, con sermones y doctrinas, enseñándoles la palabra de Dios.

3. Respondió Blanquerna al abad, diciendo que la perseverancia es una virtud en la cual se demuestra la perfección de las otras virtudes. —Pues sin perfección de virtudes —dijo— no puede la perseverancia ser virtud; y por cuanto yo me he sujetado a ser para siempre servidor de las virtudes, por eso conviene que sirva también a la perseverancia, en la cual todas las virtudes muestran sus operaciones. Y así, si yo dejara ahora el propósito con el cual he salido de mi tierra y mudara de voluntad, sin duda haría injuria a la caridad, fortaleza y demás virtudes, lo que yo no tengo en deliberación. Por todo lo cual os ruego, señor, y a toda la comunidad, me tengáis por excusado.

4. —Oíd, Blanquerna —respondió el abad—: en cierta ocasión aconteció que un ermitaño iba hacia una ciudad, cuyo rey pocos días antes había

muerto. Era costumbre de aquella ciudad que el primer hombre extranjero que, al tercer día después de la muerte del rey, entraba en ella, aquél había de ser rey. Por ordenación de Dios sucedió que aquel ermitaño entró primero, al tercer día, en aquella ciudad, y le hicieron rey; pero el ermitaño de ningún modo quería serlo, antes bien se opuso fuertemente a la elección, porque absolutamente quería perseverar en vida ermitaña. Siguióse causa y pleito entre el ermitaño y los electores que le había elegido y aceptado por rey sobre si éste pudiera perseverar, siendo rey, en la devoción que tenía, en la cual quería aún permanecer. Y fue sentenciada la causa a favor de los electores: que el ermitaño podía muy bien ser extraño, por el entendimiento y voluntad, al oficio de rey y perseverar en la devoción entre las gentes siendo rey, como en la soledad en que vivía como ermitaño, y que con mayor fuerza podía usar de la fortaleza, esperanza y justicia y de las demás virtudes, y con esto serviría mucho más a la perseverancia. —Del mismo modo, pues —dijo—, será razón que vos, Blanquerna, estéis obligado a perseverar con nosotros, que también somos ermitaños y queremos ser vuestros compañeros.

5. A esto respondió Blanquerna y dijo: —Bien podéis acordaros, señor, que San Juan Bautista fue ermitaño, viviendo solo en su ermita, en donde, comiendo langostas y miel silvestre, traía sus vestiduras de piel de camellos; y cómo Jesucristo dio testimonio de él, dijo que, entre los nacidos de las mujeres, no había salido otro mayor que San Juan Bautista. Y porque San Juan vivía solo en su desierto, donde hacía áspera vida y pasaba grandes aflicciones, por esto le honra Dios en su gloria, según su divina palabra.

6. Pero el prior respondió así a Blanquerna: —Nuestro Señor Jesucristo, que es hombre mejor que San Juan Bautista, sin comparación alguna, y andaba y estaba en compañía de los apóstoles, ha dado significación que más noble virtud es la perseverancia entre los hombres que viven juntos en comunidad, y en quienes no se pierde la perseverancia por la compañía de otros hombres, que aquella perseverancia que se halla solamente en un hombre que está solo y sin compañía. Por cuya razón convenía que, según razón de justicia y esperanza, fuese Blanquerna obediente en aceptar aquello que el abad y todo el monasterio quería y le rogaba.

CAPÍTULO LIV

DE LA OBEDIENCIA

1. El monje bolsero dijo a Blanquerna que en todo el mundo no había virtud más meritoria que la obediencia. Y como la obediencia sea mayor en el hombre que se sujeta a la voluntad de otros que no el que vive solo en su ermita, por esto sería Blanquerna más contrario a la obediencia, si la dejase de tener y profesar allí donde es más virtuosa y a Dios más agradable.

2. Respondió Blanquerna con este ejemplo: —En cierta ocasión sucedió que un hombre ciego tenía un hijo que le guiaba cuando iba pidiendo li-

mosna de puerta en`puerta por amor de Dios. El hijo del ciego crió un perro y le enseñó a guiar a su padre. Por muerte de su hijo, se vio precisado el pobre ciego a guiarse por el perro que llevaba atado, como su hijo le había enseñado. Y saliéndose un día fuera de la ciudad, se encaminó a una aldea para pedir limosna por amor de Dios. Por el camino saltó una liebre, y el perro, queriéndola alcanzar, se salió del camino, y el ciego le seguía. Pero el perro, persiguiendo a la liebre que se había bajado por un despeñadero, quiso andar tras la liebre; y el pobre ciego, que seguía al perro, se cayó por el despeñadero y se rompió una pierna y se crujió todo. Y prosiguió Blanquerna con estas palabras:

3. —Grande es la gracia que hace Dios al hombre cuando le da vista corporal, para que los ojos de la mente obedezcan a aquello que la vista corporal significa en las criaturas visibles de la nobleza del Creador; pero mayor gracia hace Dios al hombre cuando su voluntad obedece a los ojos de su entendimiento, que entiende aquellas cosas a que la voluntad debe ser más obediente, porque la voluntad obediente a aquel que no tiene entendimiento es semejante al estado en que me hallo. Y si el entendimiento hubiese de ser obediente a la voluntad, no estaría la inteligencia en tan grande honor mientras la voluntad no le fuese mucho más obediente.

4. Cuando Blanquerna hubo acabado estas y muchas otras razones, el padre sacristán quiso responderle, y dijo así: —Muy bien conocemos y tendemos el símil con que os habéis explicado, significando en esto que la voluntad está en peligro de errar cuando obedece al entendimiento en quien hay falta de inteligencia; y por esto, en fuerza de las mismas razones vuestras, queremos que la caridad y justicia hagan juicio sobre ello. Mientras el sacristán decía estas palabras, vino un criado a decirle que fuese a dar el viático a un fraile lego que estaba enfermo a la muerte. Fué luego el sacristán, y el abad y todos los monjes acompañaron el santísimo cuerpo de Jesucristo y confortaron al enfermo. Cuando el padre sacristán dijo al enfermo que él debía creer que aquella hostia consagrada era el verdadero cuerpo de Jesucristo, respondió el enfermo que él no creía que aquella hostia, que veía bajo la figura del pan, fuese carne de Jesucristo.

5. Escandalizáronse mucho el abad y todos los monjes cuando vieron que el fraile estaba en aquel error y descreencia; y por eso llamaron a Blanquerna, y le rogaron que exhortase al enfermo y le instruyese, para librarle del error en que estaba. Obedeció Blanquerna a este ruego, y preguntó al enfermo si el entendimiento humano tenía más noble virtud que los ojos corporales. El enfermo concedió que en el entendimiento era más noble cosa la inteligencia que la vista en los ojos corporales. Entonces Blanquerna dijo al enfermo que, supuesto que la inteligencia era cosa más noble que la vista corporal, convenía que el hombre fuese más obediente a la inteligencia que a la vista corporal, para que así guardase el hombre a la inteligencia su honor; la cual entiende en la hostia consagrada una obra de gran milagro hecha por el poder divino, así como entiende que el mundo es creado por la nada.

6. Díjole también que naturalmente, bajo la forma del cuerpo del hombre, están los cuatro elementos que son invisibles a los ojos corporales, los

cuales no ven otra cosa sino solamente la forma o figura del hombre, en la cual están compuestos; pero la forma primera de los elementos existe en aquella forma secretamente, según el entendimiento bien lo percibe. Luego, pues, si la naturaleza es bastante y tiene poder suficiente para hacer tal obra, ¿cuánto más lo serán el poder, la sabiduría y la voluntad de Dios en hacer que la carne y cuerpo verdadero de nuestro Redentor Jesucristo existan bajo los accidentes y figura de pan? Porque, si esto no fuese así, Dios no daría muestras de que su poder sea sobre el poder natural. Estas y otras muchas razones dijo Blanquerna al enfermo, las cuales creyó. Y confirmado por ellas en la fe, recibió el sacratísimo cuerpo de Jesucristo, como fiel cristiano, y adoró y alabó a Dios por haberle sacado del error en que solía estar. Murió después el enfermo devotamente con fe y Dios llevóse para sí a su alma. Poco después de este suceso se volvieron el abad y dos monjes a aquel razonamiento en que estaban con Blanquerna.

7. Y díjole el abad lo siguiente: —Este caso que ahora acaba de acontecer con este fraile, a quien Dios haya perdonado, es para nosotros un vivo ejemplo y manifestación de que Dios nuestro Señor quiere que vos seáis su servidor en nuestra compañía; porque si vos ahora no hubieseis estado con nosotros, sin duda que Dios hubiera perdido a esta alma, que hoy ha pasado de esta vida, y de su condenación tuviéramos nosotros grande escrúpulo y cargo de conciencia por la ignorancia que en nosotros hay, en cuanto ninguno sabíamos decir al difunto aquellas razones que vos le habéis dicho. Muchas veces sucede que dispone Dios semejantes casualidades para que por ellas perciba el hombre y entienda la voluntad de Dios. Y vos no solamente habéis aprovechado al alma del difunto, sino aun a todos nosotros habéis dado doctrina con que podamos contrastar a las tentaciones, siempre que las tengamos en semejante caso.

8. Respondió Blanquerna y dijo: —Aún hay otra manera con la cual puede el hombre librar de error a aquel que tiene tentación contra la verdad del sagrado cuerpo de Jesucristo, y es por medio de la fe; porque Dios quiere que el hombre sea obediente a la fe, mortificando la imaginación cuando quiere dar al entendimiento falsa semejanza contra la obra del poder divino; y vosotros podéis usar de este modo, aunque os halléis en ignorancia por falta de ciencia. Pero el abad respondió a Blanquerna, y dijo que es más fuerte cosa y más segura combatir al error con fe y con inteligencia que con la fe solamente, y por eso la justicia acusa a nuestra conciencia, la cual es contra vuestras razones excusándoos de nuestra compañía.

CAPÍTULO LV

DEL CONSEJO

¹ Blanquerna consideró muy bien y pensó en todo lo que le habían dicho y en el suceso de la tentación del difunto. Y mientras Blanquerna estaba en esta consideración, el abad y todos los monjes le rogaban y persuadían a que entrase por monje. Y Narpán, llorando, dijo a Blanquerna estas pa-

labras: —Amable amigo y maestro mío Blanquerna, ¿en qué pensáis! ¿Por qué no obedecéis a los ruegos del señor abad y de toda la comunidad, y mayormente a vuestro entendimiento, el cual os hace cargo de conciencia si no diereis a estos siervos de Dios inteligencia, con la cual puedan más fácilmente tener conocimiento de Dios y de sus obras? Porque en cuanto el entendimiento es más exaltado en el conocimiento de Dios, en tanto la voluntad se halla más altamente dispuesta para ser exaltada en el amor de Dios y de sus servidores. Por donde, si vos ahora os hacéis monje, yo también entraré con vos, y quiero ser vuestro compañero y vuestro sirviente, y de este modo aprovecharéis a vos mismos y a todos los demás, y si os estuviereis solo en el desierto, no aprovecharéis sino a vos tan solamente.

2. Respondió Blanquerna, diciendo que injuria se haría al hombre contemplativo que vive solitario por el amor de Dios, si su oración no aprovechara a otro sino solamente a sí. —Pero yo [—dijo—] he entrado en consideración por otro modo, a saber, por la conciencia, la cual me hace acordar en mi corazón de la devoción y de que muchas y diferentes voluntades deben ser unidas y estar sujetas debajo de un iluminado y exaltado entendimiento, el cual sea su director y pastor; y la conciencia me hace acordar también del capítulo de devoción y del daño que sienten los discípulos del entendimiento cuando no tienen devoción. Luego, pues, por todas estas razones —dijo Blanquerna al señor abad y a los demás—, debe el hombre en todas cosas obrar con deliberación y consejo antes de pasar de un propósito a otro. Y así, que él se aconsejaría con las siete virtudes, las cuales le habían dado buen consejo muchas veces. De esta respuesta quedaron el abad y todos los monjes con gran júbilo y alegría, y rogaron a Dios que, en aquel acuerdo y consejo que Blanquerna se había reservado para su determinación, se les fuese salvado su derecho y satisfecha su necesidad.

3. Todo aquel día y toda la noche estuvo el pensamiento de Blanquerna ocupado en otras muchas consideraciones, porque algunas otras cosas debe el hombre considerar en el medio antes de entrar en el consejo principal de aquello que entiende inquirir; porque por razón que el entendimiento comienza nuevamente a restablecerse en su virtud en aquello que el hombre intenta haber, de ahí el entendimiento entiende aquella cosa más clara y manifiestamente, por haberse hecho en ello doblado discurso. Al otro día por la mañana, después de haber oído misa, hizo Blanquerna, como había siempre acostumbrado, y finida su oración, volvió en sus pensamientos y revocó en su memoria a cada una de las siete virtudes de por sí, y continuó en esta consideración hasta hora de nona, que le llamaron a comer. Después de haber comido, se fue Blanquerna al jardín a pasearse un poco y recrear su espíritu para entrar en oración, y después de ella se fue a tomar la siesta, para que de este modo la comida fuese más prontamente digerida y en la noche pudiese velar mejor y considerar. Pero aquella noche no quiso velar, sino que se puso a dormir para poderse levantar muy de mañanita y entrar otra vez en sus pensamientos y consideraciones, por razón que siempre que oraba o meditaba por las mañanitas, su imaginación tenía mayor concordancia con el entendimiento.

4. Levantóse Blanquerna a la hora de maitines, y entróse en el jardín para mirar al cielo y las estrellas y con esto tener mayor devoción. Arrodillóse en tierra y santiguóse y, alzando sus manos y ojos al cielo con afectuosa voluntad, rogó a Dios nuestro Señor fuese servido de acordarse de su servidor y le diese luz para obrar todo aquello que fuese de su mayor agrado. Por voluntad de Dios fue inspirado Blanquerna en determinarse de ser monje, porque consideró y entendió que podía hacer mucho mayor bien y servicio a Dios estando en el monasterio que en el desierto. Y confirmándose en este propósito, se acordó que toda la vez que había considerado sobre aquella materia había formado aquel mismo concepto, sin que ninguna de las virtudes le hubiese contrariado. La esperanza le puso en el consuelo y confianza de que podría venir tiempo en que sería ermitaño y en aquella vida que tanto deseaba, y la prudencia le hacía entender que la vida que él haría en aquel monasterio sería ocasión de multiplicar su santidad en vida ermitaña.

5. Habiendo Blanquerna concebido esta devoción, se fue al capítulo, donde encontró al abad y todos los monjes, que hablaban con Narpán de la santa vida y gran ciencia de Blanquerna, y éste se arrodilló delante del abad y toda la comunidad que allí estaba, y se entregó a la orden y a todo el convento, sin retención ni condición alguna, para en todo y por todo obedecer sus preceptos, pidiendo le vistiesen el hábito; de lo cual tuvieron el abad y todos los monjes grande gozo y alegría. Blanquerna y Narpán recibieron el hábito y la bendición con mucho agrado, y después hicieron los votos y promesas que se requerían en aquella orden.

CAPÍTULO LVI

DE LA ORDENACIÓN DE LOS ESTUDIOS

1. Al día siguiente, el abad y toda la comunidad entraron en el capítulo con Blanquerna, para el fin de ordenar y establecer los estudios. Y fue ordenado por todos que se destinase un monasterio que fuese más a propósito y conveniente para estudiar y leer. Después de haber destinado el puesto proporcionado para el estudio, ordenaron también el tiempo, porque sin ordenación de tiempo no puede ser provechoso ni duradero el estudio. Después de la ordenación del tiempo, ordenaron de las personas que debían destinarse para las escuelas, según proporción de la edad, de la inclinación, de natural entendimiento y de buenas costumbres, y, finalmente, después de todas estas ordenaciones, quisieron determinar qué ciencias debían enseñar y estudiar. Mientras se discurría sobre el establecimiento de las ciencias que se debían estudiar, un hombre trajo al capítulo una carta de dos monjes en que pedían dineros para su gasto y compra de libros de jurisprudencia. Leyó el abad aquella carta en presencia de todo el convento, y después refirió a Blanquerna cómo ellos mantenían dos monjes en Montpellier para estudiar de leyes, para poderse servir de ellos en el monasterio en sus neocios temporales. Al tiempo que el abad refería estas

cosas, vino otro hombre a decir que un fraile lego estaba muy malo en una granja del monasterio, y que enviase luego a llamar un médico para visitarle y recetarle lo que fuese menester. Envio el abad luego un criado a la ciudad por un médico, y éste no quiso ir a la granja sin gran propina, y aun no quería estar con el enfermo más que un día, y el fraile se murió por falta de médico que le visitase a menudo, y el abad y monjes tuvieron gran disgusto y escrúpulo de conciencia por su muerte.

¿Estando aún en capítulo el abad y monjes, aconteció que un obispo por casualidad pasó por aquel monasterio y entró en el capítulo, donde fue recibido por el abad y monjes con grande honor y reverencia. El obispo era un gran prelado y hombre sabio en muchas ciencias, por eso hizo muchas preguntas y propuso algunas cuestiones sobre varias ciencias y materias; pero ninguno de aquellos monjes supo responder a ellas, sino Blanquerna solamente, el cual respondía y expositaba con razón natural todas las cuestiones del obispo. Todo aquel día se ocupó la comunidad en cortejar al señor obispo, manteniéndole la conversación caritativamente, y al otro día, por la mañana, montó a caballo y prosiguió su camino. Y el abad y monjes, después de haber celebrado misa, se volvieron a juntar en capítulo para ordenar sobre qué ciencias había de enseñar Blanquerna.

3. Preguntó el abad a Blanquerna qué ciencias le parecía que debía enseñar a los monjes y frailes que habían de estudiar. —Señor —respondió Blanquerna—, en cierta ocasión sucedió que un hombre fue vulnerado de muerte, habiendo recibido una herida en la cara y otra mortal en el vientre. El médico aplicó primeramente sus remedios para curarle la herida de la cara, que había visto primero, y mientras se ocupó en curarle la cara, el hombre fue perdiendo tanta sangre por la herida del vientre, que acabó la vida. En otra ocasión aconteció que una zorra preguntó a una gallina para qué tenía las alas y el pico, las plumas y las uñas. Respondióle la gallina que por la necesidad, y que la naturaleza le había dado todas estas cosas porque le eran necesarias. Por esta parábola y por otras muchas —dijo Blanquerna al abad— podéis entender cuáles son las ciencias más necesarias que deben aprender vuestros monjes.

4. El abad y todos los monjes rogaron a Blanquerna les declarase las palabras que les decía por símiles. Y éste después les declaró el ejemplo del hombre vulnerado por otro ejemplo, diciendo: —Una vez sucedió que un abad envió un monje a estudiar, el cual era muy bien disciplinado cuando salió del monasterio. Y el tiempo que estudió estuvo en compañía de otros estudiantes seglares y mundanos, y aprendió las malas costumbres de aquéllos, olvidando las buenas que tenía, y por eso, cuando el monje volvió al monasterio, era muy vicioso, y con las obras les enseñó vicios, y con su doctrina ciencia; y con los vicios corrompió todos los monjes en malditas costumbres y abusaron de la ciencia que les había enseñado. Cuando Blanquerna hubo declarado el primer ejemplo, les declaró el segundo por otro ejemplo, diciendo: —sucedió una vez que, estando un ruiseñor en un árbol muy frondoso y florido, le preguntó al árbol por qué tenía tantas hojas y flores. Respondió el árbol que la naturaleza había ordenado que en él fuesen las hojas y las flores para que fuesen en él los frutos. Luego, según estas palabras —dijo Blanquerna—, está significado

que, pues nosotros estamos en este lugar y hemos desamparado el mundo, conviene que tengamos distintas ciencias, para poder obtener la ciencia de la sagrada teología, la cuales el fin y complemento de todas las demás ciencias.¹

5. Cuando Blanquerna hubo declarado las parábolas y ejemplos sobre dichos, ordenaron que Blanquerna primeramente les enseñase gramática, para mejor entender las otras ciencias, y después les enseñase la lógica, para entender y aprender la filosofía natural, y la filosofía moral, para que mejor entendiesen la teología; y cuando hubiesen aprendido la teología, les enseñase la medicina, y después la ciencia del derecho. Mientras se establecía esta ordenación, uno de los monjes dijo que le parecía imposible que los estudiantes pudiesen aprender todas estas ciencias. Pero Blanquerna respondió que de cada ciencia podrían aprender cómodamente lo que era menester, y después, a la fin, con un año o poco más tiempo, los principios y el arte de cada una de las cuatro ciencias principales y más necesarias, que son: la teología, la filosofía natural, el derecho y la medicina; y con los principios, en debida forma enseñados y aprendidos por el arte, podían usar después de las ciencias, según les fuese necesario; porque con los principios bien ordenados y enseñados por el arte en una ciencia, puede el hombre usar de otros principios y servirse de ellos en otras ciencias.

¹ Sabido es que, hasta el siglo XIII, casi no existían más centros de formación científica que las escuelas monacales, para la instrucción de los mismos monjes, y las catedralicias, en que se educaban los hijos de los nobles que aspiraban a las prebendas eclesiásticas. Mirando solamente a España, algunas de estas escuelas, como la de la catedral de Vich, alcanzaron un renombre glorioso, y no menos alto fue el nivel a que llegaron los estudios en los monasterios de Ripoll, San Millán de la Cogolla, Santo Domingo de Silos y San Juan de la Peña. Mas no siempre en todas y en cada una de estas instituciones monacales y catedralicias se había dado a la sagrada teología el lugar de honor que para ella reclamaba Ramón Llull y reivindicaría más tarde solemnemente el concilio de Trento.

Está fuera de duda que, bajo el velo simbólico de los monjes de que se habla en todo el lib. II *De religión*, se esconden los de la tan conocida como amada abadía de Santa María de La Real, de Mallorca, entre los cuales el cultivo de la ciencia no era muy vehemente en la época del polígrafo mallorquín. Como en él no se daban clases de estudios generales, los que se consagraban a la ciencia eran enviados a Montpellier, en donde asistían a las lecciones públicas de una Universidad en que prevalecían las ciencias de medicina y derecho. Con ello el monasterio de La Real siempre tenía entreabierta una puerta a la relajación, ya que no era raro que a los estudiantes que volvían de la Universidad se les hubiera pegado algún tanto el polvo de la vanagloria del siglo; por esto, ¿por qué no establecer en cada monasterio un estudio general, en donde los monjes, sin salir de la clausura, cultivaran con ahínco las ciencias eclesiásticas? De esto se seguirían notables ventajas, tales como el incremento de la vida contemplativa y el buen nombre del monasterio.

CAPÍTULO LVII

DE LA VANAGLORIA

1. Conforme la ordenación arriba dicha, enseñaba Blanquerna a aquellos monjes las ciencias referidas y el arte de cada una de ellas. Y un día, mientras Blanquerna les enseñaba, estando el abad en su cuarto en compañía del prior y del bolsero hablando de Blanquerna y sus discípulos, el bolsero dijo al abad y al prior que él se temía que vendría tiempo en que ellos serían despreciados por los discípulos de Blanquerna, por razón que la ciencia es ocasión de vanagloria y soberbia, por lo cual son despreciados los que tienen ciencia. Y, por eso, el bolsero aconsejaba al abad y prior que quitasen los estudios, y mayormente por el motivo del gran gasto que ocasionaban al monasterio.

2. Consideraron mucho el abad y el prior la propuesta del bolsero; pero como el abad era hombre muy santo y devoto, aunque no muy sabio, tenía buen juicio natural, acompañado con devoción, y por eso dijo al bolsero estas palabras: —En la ciencia natural hay un libro que trata de las virtudes morales, y Blanquerna enseña en teología tres virtudes teológicas. Y así, aquellas virtudes serán razón y doctrina para los estudiantes, como tengan humildad y conciencia y nos honren y respeten a nosotros, que somos sus procuradores y proveedores en que ellos tengan ciencia, y por eso yo vivo en la esperanza que la vanagloria y soberbia no inclinarán sus corazones a cosa alguna contra nosotros que sea villanía ni maldad.

3. El prior imaginaba, consideraba y deseaba frecuentemente ser abad por muerte de éste; pero, por cuanto se reconocía hombre de poca ciencia, consideraba que si el abad muriese, de consecuencia sería elegido Blanquerna o alguno de sus discípulos, por cuyos celos el prior vivía triste y melancólico y deseaba que se perdiesen los estudios. Pero como el abad era muy diferente y de santa vida y estaba todos los días muy vigilante sobre las operaciones y porte de los monjes, viendo al prior todos los días tan triste y pensativo, quiso saber la causa de su continuada tristeza; porque muy mal indicio es en el monje y cualquier religioso el estarse triste todo el día, mientras no lo esté por tener presente en su memoria los pecados que ha cometido o las culpas y defectos que hay en este mundo, por los cuales no se hace a Dios aquel honor y reverencia que le pertenece.

4. Por eso el abad mandó al prior, en virtud de santa obediencia, le revelase y declarase la tristeza que reinaba en su corazón. A que respondió el prior diciendo que la causa de sus pensamientos y tristeza era cosa secreta, la que no convenía ser sabida sino por vía de confesión. Con esto entendió el abad que la tristeza en que estaba el prior no era virtuosa, y acordándose del día en que el bolsero le dijo aquellas palabras ya referidas, por esto el abad refirió al prior este ejemplo: —En cierta ocasión aconteció en este monasterio que un joven, hijo de un ciudadano muy honrado, quería entrar monje. Pero su padre con otros amigos suyos vinieron aquí, y por la fuerza le sacaron del monasterio, diciendo que de ninguna

de las maneras querían consentir que fuese monje de este monasterio, porque nosotros teníamos falta de ciencias y de saber, y consintieronle que se hiciera fraile de otra religión en que había muchos hombres de letras y ciencias.

5. Mientras el abad hablaba con el prior, diciéndole muy buenas palabras de consuelo para librar de la tristeza en que estaba, llegaron al monasterio dos religiosos extranjeros muy doctos, y vinieron con mucha reverencia a visitar al abad, que estaba con el prior, y aquél les recibió con mucho agrado, haciéndoles entrar en su cuarto, en donde se mantuvieron los cuatro juntos por gran rato hablando siempre de Dios. Los dos religiosos proponían al abad y al prior algunas cuestiones de teología y de la Sagrada Escritura, pero ninguno de los sabía responderlas. Y estando en esta conferencia, se acordó el abad de un monje discípulo de Blanquerna, que estaba siempre manifestando gran contento y alegría, y le envió a llamar para que respondiese a aquellas cuestiones que los dos religiosos proponían. Vino luego aquel monje y les soltó las cuestiones y él les propuso otras, a que no supieron responder. A este tiempo, el apesentador fue a llamar a comer a los dos religiosos, y habiéndose ya despedido, preguntó el abad al monje cuál era la causa de estar siempre tan alegre y contento. —Señor —respondió el monje—, tan grande es el gusto que recibo de lo que aprendo en la ciencia de filosofía, por la cual se me da ocasión de tener conocimiento de Dios, y me tengo por tan venturoso y bienaventurado de estarme en la religión y haberme huido del mundo, que de día y noche estoy en continuo gozo y alegría. Y mayormente porque mi ciencia me hace despreciar al mundo y la vanagloria y me hace amar a Dios y a la humildad.

6. El monje se volvió a oír la lección de Blanquerna, en la cual demostraba por razones naturales de filosofía cómo las criaturas significan a su Creador y a sus obras, y el abad se quedó en su cuarto con el prior y le refirió este ejemplo: —En cierta ocasión suedió que entre el pino, la palma y la higuera hubo gran cuestión, ponderando cada uno la nobleza con que Dios le había dotado por naturaleza más que al otro. Alegaba el pino que la piña y la cáscara del piñón estaban en él para conservar al piñón, que era su semilla, la cual era conservadora de su especie y linaje, y por eso era él más noble que los otros. La palma defendía su derecho y decía que ella era más noble, porque daba dulzura al dátíl y en su hueso conservaba su naturaleza. La higuera decía que ella valía más que los dos, porque todo el fruto que ella daba era dulzura y todo bueno, dentro y fuera. Y así, del mismo modo —dijo el abad al prior—, puede ser consolada vuestra alma, porque nosotros somos la corteza y la cáscara, y Blanquerna y sus discípulos son el grano; nosotros somos lo que está por fuera del dátíl, que el hombre come, y el hueso es la conservación de las ciencias; y por esto, muertos nosotros, vendrá tiempo que todo este monasterio será semejante al fruto de la higuera, y en él habrá muy grandes y doctos eclesiásticos, muchos abades, oficiales y estudiantes.

7. Por las razones y símiles del abad conoció el prior su error, y empezó a descubrir sus faltas, confesando al abad cómo la soberbia y vanagloria le habían inducido a la ambición de honores, con lo cual se quedó

su alma aliviada del trabajo y molestia en que le había tenido la tristeza por mucho tiempo, por eso dijo al abad estas palabras: —En cierta ocasión sucedió que un hombre muy rico estaba gravemente enfermo, y sentía mucho su muerte, porque había de dejar sus riquezas a su mujer y a sus hijos, y por la tristeza de su alma y por el temor de la muerte, era atormentado en dos maneras: de una parte, por la enfermedad, y de otra, por la tristeza de su alma. Cuando el prior hubo revelado sus pensamientos con este ejemplo, pidió perdón al señor abad de sus faltas, y salió de la opresión de su tristeza y recuperó la alegría en que antes solía estar.

8. En aquella tierra aconteció que, con motivo de celebrar el rey sus cortes para tratar negocios muy difíciles y de grande importancia, consultaba los grandes barones y prelados, y envió letras al abad de este monasterio para que pasara a sus cortes, con orden de llevar consigo a los más doctos y sabios monjes de su convento. El abad y el prior pasaron a las cortes acompañados de Blanquerna y otros monjes. Y en aquella asamblea fue tan distinguido Blanquerna, que entre todos los dictámenes y consejos que se propusieron al rey, sólo fue elegido y aprobado el de Blanquerna, y éste predicó aquel día al rey y a todo su pueblo, en que concurría un gran número de prelados y religiosos que fueron llamados a aquellas cortes, y fue muy alabado del rey y de todos los demás aquel sermón. Cuando el abad y el prior se restituían con Blanquerna al monasterio, le tocaban las especies sobre lo que había dicho en el consejo y en el sermón, pero Blanquerna los divertía con otros asuntos, con el fin de mortificar en sí la vanagloria. El abad, regocijado, ponderaba al prior cuán grande era la gracia y virtud de Blanquerna, que así acertaba en todos sus hechos, y el honor que por él habían recibido en aquel día todos los monjes de su monasterio, y cómo el rey, por el gusto y satisfacción que había tenido de Blanquerna, había elegido sepultura en aquel monasterio.

CAPÍTULO LVIII

DE LA ACUSACIÓN

1. Por el tiempo de la Pascua había ya Blanquerna concluido la lectura de sus libros a los estudiantes, y por el trabajo que había pasado en los estudios, el abad y el bolsero quisieron llevárselo a las granjas, para que su persona tomase algún recreo. Y a su partida del monasterio mandaron hacer prevención del pescado salado, salsas y otra muchas cosas para llevárselo. Pero Blanquerna reprendió al abad y bolsero de esta providencia, diciéndoles que llevaban estas cosas para el viaje contra la virtud de la esperanza y pobreza; y porque convenía que ellos hiciesen su viaje acompañados de las virtudes, era muy justo que dejaran algunas de aquellas cosas, que son contrarias a la vida austera y semejantes a la vida activa. Muchas cosas de las que querían llevarse el abad y bolsero las hizo dejar Blanquerna con sus persuasiones, aunque el bolsero contradecía con grande esfuerzo a Blanquerna, mayormente sobre las colchas, almohadas, tazas y jarros que había descargado de la mula.

2. Mientras los tres estaban ya por camino, encontraron al obispo que iba de paseo, y delante de él un sobrino suyo a quien amaba mucho, con gran número de compañeros que cazaban con azores y halcones y llevaban muchos perros de varias especies. El obispo convidó aquel día al abad con sus compañeros, y juntos entraron en la ciudad y comieron con el obispo, en cuya mesa se sacó gran variedad de viandas muy bien guisadas, se presentaron muchas fuentes doradas y otra vajilla de plata y gran multitud de familia que comía todos los días en aquel palacio. Después de haber comido y rezado la oración acostumbrada, se levantaron de la mesa, y luego entraron allí algunos juglares con varios instrumentos, que bailaron y cantaron y decían muchas palabras contrarias a los versos que habían rezado al levantarse de la mesa. —Señor —dijo Blanquerna al obispo—, aquí veo estos juglares que se tienen por obligados a daros gusto y placer, por haberles vos dado de comer. Yo he comido con vos, y por esto, si fuese de vuestro agrado, quisiera también ser vuestro juglar y deciros algunas palabras que fuesen de vuestra complacencia y provecho. Gustó mucho al obispo y a los demás el que Blanquerna hablase y dijese lo que deseaba.

3. Entonces Blanquerna se levantó en pie y empezó a reprender agriamente al obispo de la superfluidad de las viandas que hacía guisar todos los días, de los vestidos, de la excesiva familia que mantenía, de la abundancia de vajilla de plata tan preciosa que tenía para la mesa, y, sobre todo, le reprendía por el gusto que tomaba en oír aquellos juglares y bufones, que son enemigos del honor de Jesucristo, por el cual era él tan honrado, y quien había creado para él tantas criaturas con que daba placer a su persona. Y sacando Blanquerna un santo cristo que llevaba siempre consigo, lo enseñó al obispo y a todos los que estaban allí, y prorrumpió en estas vivas voces: —Muerto es Jesucristo y muerta es devoción. Para honrar a Jesucristo son dadas las prelaturas, dignidades, prioratos, canonicatos, pabordías y otros muchos eclesiásticos beneficios; pero ¿quién es el que honra a Jesucristo? No vos, sino quien honra a su santa pasión. Lloró mucho Blanquerna en esta ocasión, y el obispo y todos los demás quedaron muy avergonzados de aquella reprensión de Blanquerna, y el abad y el bolsero tomaron gran disgusto de la reprensión tan fuerte que había dado Blanquerna al obispo.

4. El abad y sus compañeros se despidieron del señor obispo y fueron a hospedarse en un monasterio, en el cual había un célebre predicador que regía y gobernaba todo aquel monasterio, el cual, por respeto de aquel gran predicador, era muy respetado y frecuentado de toda la gente de aquella comarca. Aquella noche fueron muy bien hospedados y servidos en el monasterio el abad y sus compañeros; y el bolsero tuvo ocasión de conversar despacio con el predicador, y le aconsejó que se saliese de la en que estaba y entrase en su orden. Cuando el abad y Blanquerna hubieron salido de aquel monasterio, el bolsero les dio parte cómo él había procurado y solicitado aquel religioso tan gran predicador que viniese a tomar el hábito de su monasterio; pero Blanquerna, reprendiéndole fuertemente, le dijo estas palabras: —Envidia, que es defecto de caridad; soberbia, avaricia e injuria, todos estos vicios vienen en nuestra compañía. Aquellos buenos

religiosos que esta noche nos han hospedado han procurado agasajarnos y cariñosamente nos han recibido y abrazado, y nosotros les hemos sonnacado y hurtado un religioso que es la honra y complemento de su comunidad. De esta maldad conviene sea hecha acusación en capítulo y sea dignamente castigada.

5. Al anochecer fueron a hospedarse el abad, Blanquerna y el bolsero en otro monasterio, donde fueron muy bien recibidos. Y mientras el abad y Blanquerna hablaban con los religiosos que les enseñaban todo el monasterio, el bolsero se estaba en contienda con uno de aquéllos, diciendo que era mucho mejor y más bella la iglesia, el claustro y capítulo, el refitorio, dormitorio y demás partidas del monasterio de donde era monje que no la iglesia y demás cosas de aquél. Y cuando hubieron altercado sobre esto, empezaron a disputar sobre la orden de cada uno de ellos; y cada cual alababa de tal manera la suya, que decía mal de la otra, y mayormente el bolsero. Blanquerna atendió muy bien a las palabras de éste, y guardólas muy bien en su memoria para acusarle de ellas cuando entrara en su capítulo.

6. Continuando su viaje el abad, Blanquerna y el bolsero, pasaron por un paraje muy delicioso y abundante de aguas, campos y viñas, árboles y muchos pastos, de que era dueño un rico hidalgo, y el bolsero entonces dijo al abad que, toda la vez que pasaba por aquel paraje, lo codiciaba para la abadía, porque les sería muy provechoso y de gran cosecha. Pero el abad preguntó al bolsero si tendría el tesorero dinero bastante para comprarlo. A que respondió el bolsero que todo el caudal que tenía el tesorero lo había de menester para pagar las deudas que habían contraído por la compra de un castillo; pero que, en habiendo pagado aquellas deudas, irían ahorrando dinero para comprar aquel predio, y se moderarían en sus viandas, a fin que mejor y más prontamente lo pudiesen comprar, cuyo ahorro y moderación habían ya hecho en ocasión que compraron el castillo. Blanquerna notó muy bien y guardó en su corazón estas palabras, y dijo que aún no se habían apartado de su compañía la envidia, injuria y avaricia, por lo cual así exclamó: —¡Ah infeliz, cuán grande es el error de este mundo! Pues no está defendido el religioso de pecado por el hábito que viste, sino por la caridad y por la justicia. ¡Comer habas y lentejas, beber vino pasado y agrio, llevar largos hábitos, dos capillas y estribos de madera y levantarse a maitines! ¿Por qué no ayudáis a la justicia y caridad, para que estén en nuestra compañía? Y dicho esto, rogó al abad que se volviese al monasterio, porque su alma estaba muy trabajada y turbada y deseaba recrearse en compañía de sus discípulos hablando con ellos de Dios.

7. Cuando el abad, Blanquerna y el bolsero se hubieron restituido a su monasterio, habiendo entrado en capítulo, Blanquerna acusó al abad y al bolsero del grande equipaje que llevaban por el camino cuando se partieron del monasterio, y dijo que el hombre constituido en religión debe tener complacencia cuando en su viaje experimenta alguna falta o necesidad de algunas cosas, porque aquella penuria le es ocasión de tener esperanza, paciencia, pobreza y humildad, y a los rústicos y demás personas que encuentran por el camino les sirve de buen ejemplo.

8. El abad y el bolsero acusaron también a Blanquerna, porque repre-

dio tan fuertemente al obispo quien les había convidado; pero Blanquerna se excusó diciendo: —La caridad, verdad, justicia y fortaleza me hacían reprehender al obispo, el cual no podía darme ni ocasionarme daño alguno en la vida corporal ni espiritual. Y si yo hubiese tenido rubor y miedo en reprehenderle, ¿en dónde estarían las virtudes sobredichas? Y si yo me avergonzara y temiera de hablar lo que es razón que diga, ¿sin duda me tendría por gustoso de callar el deshonor e injuria que se hace a mi Señor, Creador y Salvador! Amar y acordarse de Jesucristo y aborrecer por él todo mal, se conviene contra el comer y holgarse, olvidando el honor y las gracias que deben darse a Dios.

9. Blanquerna se excusó muy bien, porque tenía buen derecho, y acusó al bolsero, porque quiso sonsacar y hurtar aquel buen predicador a los religiosos que los habían hospedado tan cortesantemente. Y con muy fuertes y verdaderas razones probó Blanquerna cómo envidia, falsedad, injuria, villanía y codicia reinan en aquellos que sonsacan los unos religiosos de otros, siendo contra la ley de comunidad cualquier religioso que sonsaca de cualquier orden a otro religioso, y puede aquel tal, por vicio de propiedad, ser acusado y castigado.

10. Alabar alguna religión contra la irregularidad de otra religión es cosa lícita; pero alabar una religión sobre otra religión es decir mal de ésta, y es contra comunidad, caridad, justicia, hermandad y unidad de Dios. Codiciar villas y castillos es avaricia y propiedad. Empeñarse y pedir prestado para adquirir villas y castillos y muchas posesiones, es hacer compañía de religioso y de hombre seglar y es hacer injuria a la pitanza y abstinencia del convento y a las limosnas de los pobres. Empeñar el monasterio por la necesidad de la comida, que falta por causa de la peste o por falta de lluvias o por otras causas naturales, es cosa muy lícita, y lo es igualmente usar de la abstinencia y moderación en las provisiones y en el comer con el fin de servir a Dios. Y por eso dijo Blanquerna que acusaba al bolsero de todos los antedichos cargos, y quería que en su presencia le fuese dada una buena disciplina.

11. Sentenciado fue el bolsero a pasar por algunas disciplinas, a cuyo fin uno de aquellos monjes trajo un manojo de mimbres atados, y queriendo sacudir al bolsero con todo aquel manojo, se opuso Blanquerna, y tomó las mimbres y desatólas, diciendo que muchas mimbres significaban vanagloria en dar disciplinas, porque causaba daño a la persona en cuanto la cascaban y no daban tanto sentimiento la pasión como una varilla sola. Y por esto el bolsero fue disciplinado con una sola mimbre, por lo cual sintió mayor pasión que la que habría tenido con todas juntas. Y desde entonces fue ordenado y establecido que en adelante se diesen las disciplinas sobre las carnes desnudas con una sola varilla.

12. Muy confuso y avergonzado se quedó el bolsero en esta ocasión, y quiso excusarse de algunas cosas diciendo estas palabras: —La razón por que yo soy acusado de envidia y codicia es contra justicia y caridad, las cuales me hacen desear que el monasterio tuviese muchas villas y castillos y posesiones, para que en este monasterio pudiese haber muchos monjes y pudiese hacerse mucha limosna. Pero Blanquerna respondió que nuestro Señor Jesucristo podía haber tenido en este mundo la compañía de muchos

príncipes, si los hubiese querido, pero que, para significarnos y demostrarnos humildad y pobreza, quiso elegir la compañía de pobres hombres y pocos, para destruir la soberbia y vanagloria. Y por esta razón es mucho mejor querer y desear la santidad de pocos hombres que no la multitud de muchos en quienes se halle defecto, engaño y pecado; y que mayor limosna dio Santa Sofía en la edificación de la iglesia de Constantinopla que no el emperador, porque más agradable era a Dios aquella malla que ella daba todos los días a aquella obra, que todo cuanto el emperador expendía, por cuya malla se edificó y concluyó la iglesia. Y porque vos, padre bolsero, os habéis excusado contra justicia y contra verdadero arrepentimiento y contrición, conviene que otra vez hagáis satisfacción con disciplinas. Por lo cual el bolsero fue otra vez castigado con disciplinas por razón de su excusa no valía nada.

CAPÍTULO LIX

CÓMO BLANQUERNA FUE ELEGIDO SACRISTÁN

1. Por tanto tiempo continuó Blanquerna en leer y enseñar a sus discípulos, que muchos de ellos se aprovecharon maravillosamente y salieron grandes maestros y grandes predicadores y muy devotos. Por la fama que se divulgó en todas aquellas tierras de la gran doctrina que Blanquerna enseñaba en aquel monasterio, muchos monasterios enviaban a aquél monjes para aprender la doctrina de Blanquerna, y muchos hombres de aquella comarca se aficionaron a aquel monasterio por la doctrina y predicación de Blanquerna y de sus discípulos, en tanto que en él fundaron capellanías perpetuas en sufragio de sus almas y de todos los fieles difuntos. Grande fue el bien y la utilidad que granjeó aquel monasterio por la ciencia que en él enseñaba Blanquerna. Regentando aún Blanquerna su magisterio, aconteció pasar el padre sacristán de ésta a la mejor vida.

2. Y deseando Blanquerna con vivos afectos estarse todos los días en contemplación, no lo podía conseguir por las ocupaciones del estudio en que vigorosamente trabajaba. El abad y todo el convento determinaron que Blanquerna fuese sacristán y que otro monje, que era ya gran maestro en la ciencia que Blanquerna le había enseñado, gobernase, la escuela en lugar de su maestro. Conque nuevamente fue ordenado Blanquerna de sacerdote, habiendo recibido con gran temor y reverencia aquel sagrado oficio; reputándose por indigno de recibirlo, y humilde y secretamente cantó misa nueva sin fausto no vanidad alguna. Fue asimismo nombrado sacristán, y cuidaba de tener muy limpia la iglesia y todo cuanto pertenecía a su oficio. Celebraba misa todos los días y estaba en oración. A la noche dormía en el suelo delante del altar para honrar a la Virgen Santa María. Los lloros y oraciones que hacía Blanquerna, ¿quién las pudiera referir? El alto modo que usaba en su contemplación fervorosa, ¿quién le pudiera explicar? Y el arte que tenía en elevar su alma a Dios, ¿quién la pudiera saber?

3. Sucedió una noche que Blanquerna, después de las completas, se estaba en oración, y por la grande abundancia de devoción derramaba copio-

sas lágrimas, y meditaba cómo, mientras el sacerdote estaba en el santo sacrificio de la misa, que allí estaban presentes los ángeles haciendo reverencia y honor al santo sacrificio y sacratísimo cuerpo de Jesucristo, su Señor. Muy fuertemente concibió Blanquerna esta consideración, y mientras estaba en este pensamiento, y vencido del sueño, soñó todo cuanto había meditado, y consideró que, por influjo de la grande imaginación que tenía, cuando velando pensaba y meditaba en el sagrado ministerio referido, le parecía, cuando dormía, que él cantaba la misa y que San Miguel y San Gabriel se la ayudaban. Dos o tres veces se despertó Blanquerna aquella noche, y cada vez que se dormía tornaba en aquel sueño mismo; a media-noche se levantó a tocar la campana, y cantó los maitines con los monjes, y después púsose en oración, y revocó a la memoria todo cuanto había soñado aquella noche. Mientras Blanquerna recordaba todo esto, se revistió para cantar misa. Y cuando estuvo ya delante del altar, le pareció que a cada un lado del altar veía un ángel con alas, y que en la una mano tenía cada cual una cruz y en la otra un libro. Quedóse Blanquerna muy admirado de esta visión, y fue de opinión que fuese realmente así como a él le parecía; pero Blanquerna no quiso adelantarse a decir misa hasta que salió de aquella duda, y, por esto, recurrió prontamente a las virtudes, con las cuales a toda hora se había ayudado en sus necesidades. Y primeramente la justicia le hizo acordar su indignidad de poder ver a los ángeles. La prudencia le dio inteligencia cómo, por el exceso e influjo de la consideración, y por la flaqueza del cerebro y del sentido de la vista, que se le había debilitado por la abstinencia y vigiliat, y por la gran vivacidad de su corazón, la imaginación le fantaseaba y representaba algunas vanidades con semejanza de verdad. La fortaleza fortificó su corazón contra la potencia imaginativa, la cual alguna vez imaginaba alguna desordenación, de la cual tomaba la vista algunas vanas semejanzas contra la verdad. Por todas estas virtudes fue ayudado Blanquerna hasta que fue librado de la duda en que había entrado, y después pasó a celebrar misa muy devotamente, como siempre había acostumbrado.

4. Una noche aconteció que, estando Blanquerna solo en la iglesia, imaginó los demonios y sus horribles figuras que toman cuando quieren espantar y atemorizar a los hombres. Y mientras se hallaba preocupado de esta consideración, sintió entrar en su corazón un grande espanto, por lo cual tuvo miedo de estarse solo en la iglesia, y estuvo en resolución de irse a dormir aquella noche en el dormitorio con los otros monjes; pero en este intermedio se acordó y conoció que era tentado contra la fortaleza y contra la prudencia, para que estas virtudes fuesen en él más exaltadas, cuya exaltación adquirieron cuando Blanquerna se acordó del grande y perfecto poder de Dios que podía así igualmente defenderle estando solo en la iglesia como en el dormitorio en compañía. Y con esto fortificó su corazón contra la tentación y el miedo que tenía, y poniéndose en oración, se acordó cómo el gran poder de Dios, que había querido que Blanquerna fuera tentado, como se ha dicho, era tan poderoso en un lugar como en todos.

5. De muchas y varias maneras era tentado Blanquerna de día y de noche; pero, luego que sentía la tentación, inmediatamente traía a su memoria las siete virtudes, y, según aquella virtud que era más conducente para

mortificar la tentación, adoraba a Dios en aquellas virtudes increadas que se representaban a Blanquerna por el recuerdo que tenía de las siete virtudes creadas; y cuanto más era tentado y mayor el combate con la tentación, tanto más elevados eran sus méritos, y por esto loaba y bendecía a Dios, que le daba ocasión, como fuesen grandes sus méritos, para que la divina justicia le diese gran gloria. En esta forma vivía Blanquerna y servía a Dios todos los días. Grande era la virtud que Dios nuestro Señor manifestase de sí mismo en Blanquerna, porque era éste luz y ejemplo a todos los otros monjes y a las demás gentes de aquella tierra, como todos viviesen y perseverasen en santa vida. Y por la santa conservación de Blanquerna, enviaba Dios su bendición sobre todos los moradores de aquella comarca y a todas las demás tierras circunvecinas, con salud, paz y abundancia de frutos espirituales y temporales. Y todos, asimismo, bendecían y loaban a Dios por tanta virtud como había dado a un hombre, por el cual muchos hombres adquirían muchas virtudes y abundaban de todos los bienes.

CAPÍTULO LX

CÓMO BLANQUERNA FUE ELEGIDO ABAD

1. La avanzada edad del señor abad no daba ya lugar a su cansada persona en poder satisfacer y cumplir con todos los negocios y necesidades del monasterio. Y habiendo entrado en capítulo con toda la comunidad, les pidió misericordia, diciendo estas palabras: —Mucho tiempo ha que por vosotros, señores míos, se me está haciendo el honor de tenerme por vuestro superior. Indigno me confieso de tan grande honor que he recibido. A tiempo he llegado ya en que me veo desposeído de fuerzas en mi persona, por cuyo motivo soy yo mucho más indigno de ser vuestro pastor. He llegado ya al fin de mis días, y por esto quisiera estarme sujeto a alguno de vosotros, para que así pudiese ser yo más obediente. Y por esto, os ruego muy de veras que tengáis compasión de mí y elijáis entre vosotros a alguno por abad. Y si yo en algo hubiese faltado o cometido algún error contra vosotros, os pido perdón y os suplico me lo perdonéis.

2. De común consejo y acuerdo de Blanquerna y de toda la comunidad fue resuelto conceder al señor abad la gracia que les había pedido, para significar y demostrar caridad y justicia, las cuales requerían que se le fuese dado el premio correspondiente al trabajo en que por mucho tiempo había perseverado y prestado en guardar y servir a sus ovejas. La caridad quiso que al señor abad se le fuese señalado un puesto conveniente en alguna granja del monasterio, donde se estuviese y viviese por todos sus días, y también un monje para que le sirviese, y, asimismo, se le diese a su cuerpo alguna pitanza con que prolongase más su vida. El abad dio muchas gracias a todo el capítulo por la misericordia que le habían concedido y les entregó el sello de la abadía, renunciándola en presencia de todo el capítulo; y todos los monjes determinaron y ordenaron que el señor abad se quedase con ellos hasta tanto que hubiesen elegido nuevo abad.

3. Fue acordado por los monjes que, conforme al Arte de elección en que fue elegida sor Cana en abadesa, fuese elegido también el abad. Y habiendo preguntado los vocales a Blanquerna cuál de los monjes le parecía más digno para abad, respondió con estas palabras: —Común hermandad es la caridad entre nosotros; luego se sigue que, para significar que la caridad sea común virtud y para dar buen ejemplo de nosotros mismos, sería cosa muy conveniente que eleгиésemos en pastor algún obispo de estas vecindades que fuese hombre de más santa vida que otros obispos. Respondieron los padres vocales, diciendo que no era costumbre en su Orden de elegir en abad hombre que no fuese de su religión, y, mayormente, que ellos no creían que obispo alguno quisiese dejar su obispado y entrar en su Orden para ser abad, por razón de que el obispo tiene más amplia regla que el abad.

4. Replicó Blanquerna a los vocales, diciendo que muchas veces sucedía que abades elegían a muchos obispos; y por eso era grande razón que de los obispos se eligiese alguno en abad, siendo así que el ser abad se convenga más con la vida contemplativa que no el ser obispo y esté más con la vida activa que no el abad. Luego como la vida contemplativa sea mejor y más cercana a Dios que la vida activa, y de la vida contemplativa pasan los abades para ser obispos a la vida activa, con mucha mejor razón pueden y deben pasar los obispos de la vida activa para ser abades a la contemplativa. Y por esta razón es y será cosa muy buena que, de aquí en adelante, se introduzca la costumbre que el obispo pueda y deba ser elegido abad, para que de este modo la vida contemplativa sea exaltada y amada sobre la vida activa. Y así —dijo Blanquerna—, según mi entendimiento y mi voluntad, hallo ser bueno que elijamos en abad a algún obispo.

5. El uno de los siete vocales del capítulo era el bolsero, y dijo a Blanquerna que, si eligiesen en abad a algún obispo u otra persona extraña de la Orden y de su monasterio, sería dar a entender que en él había falta de buenas personas dignas de ser elegidas para abad; por lo cual no convenía fuese elegido para este ministerio obispo alguno, mayormente quando él creía que no era posible se encontrase obispo que quisiese dejar su obispado para ser abad. A esto respondió Blanquerna: —Las palabras del bolsero significan soberbia, vanagloria, desesperanza y propiedad, contra la justicia, caridad y esperanza. Porque la prudencia quiere que la mejor persona sea elegida, la caridad hace comunidad en diversidad de Ordenes, la justicia condena la propiedad en aquello que debe ser común caridad y hermandad y la esperanza hace acordar que, si nuestro Señor Dios Jesucristo sufrió muerte y pasión por los hombres que poseen obispados, por consiguiendo, nosotros encontraremos algún obispo que, para honrar a Jesucristo, quiera dejar su obispado para la abadía.

6. El bolsero dejó esta razón que primero había propuesto contra Blanquerna y tomó esotra, diciendo así: —El abad debe estar acostumbrado a comer de nuestras viandas, a seguir la comunidad, y debe estar bien instruido de nuestras costumbres, a fin de que sea luz y ejemplo a todos nosotros, para que estemos y perseveremos en todas buenas obras, y por eso, no me parece que hombre alguno que esté fuera de nuestra Orden sea tan conveniente y a propósito para ser abad como uno que haya perseverado

por mucho tiempo ordenadamente en la Regla de nuestra Orden. —Padre bolsero —respondió Blanquerna—, aun va siguiendo vuestra voluntad el camino y captividad de la desesperanza; pues que Dios, que os ha dirigido y enderezado en nuestra Orden, puede dirigir y acostumar a otro religioso extraño, si entrase en nuestra Orden, en todas las costumbres de la religión. Mientras Blanquerna y el bolsero se contendían de este modo, aquel obispo a quien Blanquerna había reprendido tan fuertemente cuando les convidó, como arriba se dijo, vino a aquel monasterio, y cesaron las controversias de Blanquerna y el bolsero, y salieron todos los monjes a recibirle y hacerla honras a él y a toda su familia.

7. El obispo quiso hacer grande honra a aquel monje que había renunciado la abadía, según el honor que corresponde hacerse a todo abad. Pero aquel monje refirió al obispo la gracia que el capítulo le había concedido, habiendo resginado y renunciado la abadía, y cómo le había asignado una granja muy deliciosa, donde pudiese vivir fuera del monasterio y dar en aquel lugar agluna pitanza a su cansado cuerpo, algo mayor de la que en el monasterio podía haber significado a la comunidad. El obispo tuvo gran complacencia de lo que el monje le dijo, y le rogó muy de veras le quisiese admitir en su compañía, para que ambos a dos pudiesen contemplar en Dios. Apreció mucho el monje la compañía del obispo, y juntos se fueron a habitar en aquella granja; y aunque el obispo llevaba toda su familia, pero no se quedó con él sino un solo criado. Largo tiempo estuvo aquel prelado con el monje haciendo penitencia, empleando los días su conversación en cosas de Dios y de su gloria y de la vanidad de este mundo, con desprecio de ella.

8. Después de todo eso, el bolsero con los demás vocales se juntaron otra vez en capítulo par hacer elección de abad, y discurrieron por el Arte cuál de todos los monjes del monasterio era más suficiente para ser abad cual necesitaban, y fue manifestado a todos los vocales que Blanquerna debía ser elegido, según todas las condiciones que convienen al que ha de ser abad, a excepción de una sola condición, a saber: que Blanquerna era hombre mucho más amante de la vida contemplativa que de la activa. Como al oficio de abad conviene más la vida activa que la contemplativa, para que así contribuya mejor en su providencia a las urgencias del monasterio, por eso fue disputado con los vocales la cuestión de sí, por aquella condición, debía Blanquerna ser excluido del oficio de abad. Mas uno de los vocales satisfizo a los otros, diciendo: —Así como nuestro maestro Blanquerna nos ha enseñado el modo cómo son las virtudes socorramos a nuestras necesidades, conviene también que en este caso recurramos a la esperanza y a la justicia y confiemos en la santa vida contemplativa en que Blanquerna se ejercita, que satisfará en su vida activa por la justicia a todos nosotros, tanto o mucho mejor como si fuese inás ejercitado en la vida activa que en la contemplativa. Por lo cual, no dudemos en elegir a Blanquerna por abad y que sea nuestro pastor, pues ha sido primero nuestro maestro y doctor.

9. En vista de todas estas razones, concordaron unánimes todos los capitulares y eligieron por su abad a Blanquerna, y publicaron a él y a todos los otros monjes la elección que habían hecho. Muy sensible fue para Blan-

querne esta elección, y alegaba muchas razones para excusarse y probar que él no debía ser abad. Pero ninguna de estas razones quisieron admitir los monjes, antes bien quisieron absolutamente que lo fuese. En fin, Blanquerne fue abad, y siéndole preciso todos los días perseverar en su oficio, ocupado en tratar y pensar en las cosas temporales, le embarazaban éstas para meditar en las cosas espirituales y celestiales. Y por esta causa lloraba Blanquerne, por la servidumbre en que había parado, y deseaba la libertad para poder contemplar a Dios y meditar la santa pasión de su Redentor, por lo cual exclamó, diciendo:

10. —Virtudes amigas, vosotras que solíais ayudarme y me guardasteis y librasteis de la servidumbre en que mis padres Evast y Aloma querían sujetarme, ¿adónde os habéis ido? Y ¿por qué no me habéis ayudado contra la servidumbre en que he venido a parar? —Mientras Blanquerne desahogaba su corazón con esas palabras, en su consideración encontró a la fortaleza y a la prudencia, que le decían mentalmente:

11. —Fuerte es el corazón que no cuida de soberbia por honor de abadía ni por ser señor de muchos hombres. Obediente es el abad, por fortaleza de corazón, cuando finge aquello mismo que su entendimiento le dicta que ha de seguir, como es el convento y entrar en la enfermería. Al tiempo que la fortaleza así le hablaba, respondió la prudencia, diciendo que en los méritos de todos los monjes entra en parte el abad cuando tiene ordenada su voluntad a ser servidor y súbdito de todos los monjes. —Grande soy yo —dijo la prudencia— en gobernar a una persona; pero mucho mayor soy en gobernar a muchas personas, y por esto la justicia y el mérito se concuerdan mejor en mí que no solían antes de ahora.

12. Por lo que la prudencia le significaba aumento de gloria, quiso alegrarse Blanquerne; pero la caridad le hizo acordar que él no podía contemplar en Dios tan bien como antes solía. Y porque amaba más a Dios que a su mérito y gloria, por todo esto la caridad y los cariños al tiempo pasado, en que solía contemplar a Dios a su medida y gusto, le hicieron llorar dilatadamente. En esta disposición se estaba Blanquerne y permaneció por largo tiempo con el oficio de abad Y por devoción de lograr algún recreo y consuelo, se pasaba muchas veces a la granja en donde moraban el obispo y aquel monje que fue abad, y junto con ellos recreaba su persona algún poco y su alma con la contemplación de Dios nuestro Señor.

CAPÍTULO LXI

QUE TRATA DE LA MANERA EN QUE EL ABAD BLANQUERNA HIZO EL LIBRO DE "AVE MARÍA"

1. Blanquerne, como va dicho, fue abad de una abadía muy honorífica, de una comunidad muy numerosa, rica y de muchas rentas. Y pensaba todos los días cómo pudiese por algún nuevo modo servir más y honrar a la Virgen María. Estábase un día considerando y meditando en el honor de nuestra Señora Santa María, y por la divina virtud fue inspirada su

voluntad que edificase en el monasterio un cuarto o celda en puesto apartado, para habitar un monje que todos los días se ocupase en saludar en ella a la Virgen María, y que allí comiese y durmiese sin seguir a la comunidad, y que fuese jubilado y exento de todas aquellas obligaciones por donde mejor pudiese estudiar, saludar y contemplar a la Virgen Santa María. Y en efecto, el abad Blanquerna hizo edificar aquella celda, imponiéndole el título y nombre de Ave María. Después de edificada esta celda, entraron en capítulo el abad con todo el convento y dijo estas palabras: —Toda la mayor honra que la criatura haya podido recibir de su Creador fue hecha en el vientre virginal de la humilde Virgen nuestra Señora Santa María, cuando el Hijo de Dios tomó en él carne humana. Y por esta razón conviene que nuestra Orden, la cual está bajo el título e invocación de la Virgen María, honre con todos sus poderes a la Virgen Santa María. Y por eso yo deseo saber quién de vosotros quisiera saludar todos los días a la Virgen María, estándose perenne en la celda que tiene por nombre Ave María. Muchos fueron los monjes que deseaban habitar aquella celda y servir un tal oficio. Pero el abad dijo que el monje que había de tener aquel encargo convenía que fuese un grande eclesiástico y docto en muchas y varias ciencias, para que supiese elevar mejor su entendimiento en contemplar y saludar a la Virgen María, y convenía también que aquel monje fuese muy devoto y de santa vida. Según esto, fue elegido entre todos aquel monje en quien concurrían mejor las condiciones referidas.

2. Aquel monje elegido fue a ocupar aquella celda de Ave María, y en ella tenía sus libros, su silla y una imagen de nuestra Señora. Y un fraile lego le traía todos los días la ración del convento. El monje decía misa todos los días en la iglesia, e iba con libertad por todo el monasterio, y hablaba con cualquier que quisiese, y gozaba de otros muchos privilegios. Sucedió un día que el abad entró en la celda de Ave María y quiso saber de qué manera saludaba el monje a la Virgen María. Y luego el monje se arrodilló delante de la imagen de nuestra Señora, como acostumbra, y dijo estas y otras muchas palabras:

3. “¡Ave María! Salúdame este tu siervo de parte de los ángeles, de los patriarcas, de los profetas, de los mártires, confesores y vírgenes; y salúdame yo de parte de todos los santos de la gloria. ¡Ave María! Saludos te traigo de todos los cristianos, justos y pecadores. Los justos te saludan, porque eres tú digna de salutación y porque eres esperanza de su salvación. Los pecadores te saludan, pues que te piden perdón y tienen esperanza que con tus ojos misericordiosos mires a tu Hijo bendito; para que él tenga misericordia y piedad de sus culpas y pecados, haciéndole recordar tú, Señora, de su gran pasión, que sufrió por ellos y para perdonarles sus pecados.

4. “¡Ave María! Saludos te traigo de parte de los moros, judíos, griegos, mogoles, tártaros, turcos, búlgaros, húngaros de Hungría la Menor, comanes, beduínos, asasinos, surianos, jacobinos, nestorianos, marotinos, russios, armenios y georgianos. Todos estos y otros muchos cismáticos e infieles te saludan por mí, que soy su procurador. En tu salutación los pongo para que tu Hijo piadoso quiera acordarse de ellos, y tú, que eres madre de misericordia, consigas de él que les envíe devotos predicadores que los

dirijan y enseñen a conocerte y amarte, y a tu Hijo glorioso, de tal modo que puedan salvarse y en este mundo sepan de todo su poder servirte y honrarte a ti y a tu Hijo bendito.

5. "Ave María! Estos infieles, por quienes te saludo, viven con ignorancia de tu salud y del honor grande que Dios te ha dado. Hombres son semejantes en figura y naturaleza a la de tu Hijo, a quien tú amas tanto y por quien eres tú tan honrada y amada. Perdidos, se van todos los días al fuego perdurable por la ignorancia que tienen de Él. Y la gloria perdurable de tu Hijo glorioso van perdiendo, porque ninguno les predica ni enseña la verdad de la santa fe católica. Bocas tienen, con que podrán alabarte si te conocen; corazón tienen, con que podrán amarte; manos tienen, con que podrán servirte, y pies tienen, con que podrán caminar por tus carreras. Digna eres tú, Señora, que por todas las gentes y por todas las tierras del mundo seas conocida, amada, servida y honrada. Salúdante todos mucho por mí, pidiéndote tu gloria y bendición.

6. "¡Ave María! Conviene llorar, y hacer penitencia, y sufrir áspera vida, y me conviene también, Señora, que te ame, te alabe, te sirva y te conozca por todos los días de mi vida, para que mis saluciones te sean más agradables. Lloraba el monje con exceso mientras saludaba a la Virgen Santa María, y lloraba también el abad Blanquerna por la devoción del monje y las saluciones devotas que daba a la Virgen María. La dulzura y virtud que había en los dos mientras lloraban y saludaban a la Virgen María, ¿quién os la pudiera decir? Y la piedad y compasión que tenían de los infieles olvidados por los fieles, ¿quién os la pudiera referir?"

7. —Amable hijo —dijo el abad—, saluda muchas veces a la Virgen María, la cual es nuestra salud y bendición, en cuya salud son salvados aquellos que sin su salud fueran ultrajados y condenados. En nuestra madre Eva fue nuestra condenación, y en la Virgen Santa María es nuestra salvación. María es luz y resplandor iluminado e iluminante contra las tinieblas y pecados, sin defecto alguno. Ave es un ser sin malicia y sin defecto. Saludemos, pues, y amemos a la Virgen Santa María, en la cual y por la cual conseguiremos virtudes con que vencemos a los vicios. Acuérdate, hijo, como son muchos los que no saludan a nuestra Señora Santa María y cuán bienaventurados son aquellos que nuestra Señora Santa María ama y recuerda por aquel tan noble recuerdo y tan piadoso afecto que le tuvieron. ¡Mira cuán grande es el cielo y cuán bellamente iluminado por el sol, por la luna y las estrellas todas! ¡Mira la tierra y el mar, los hombres, las aves, las bestias, las plantas, las hierbas y peces y todos los demás vivientes del mundo! Todo cuanto tiene ser, es todo en servicio de la Virgen Santa María, y todo es de su Hijo, que lo ha creado todo. Saluda, pues, hijo, a la Virgen Santa María, amándola y acordándola, pues ella no cesa de acordarse y de amar y ayudar a todos aquellos que la saludan con elevado entendimiento, y salúdala y llora con afectuosa voluntad, pues le agrada mucho a nuestra Señora Santa María este género de salutación. Reconoce, pues, hijo, todos los poderes de tu alma y mira si los empleas todos en saludar a la Virgen María.

8. Mientras el abad esforzaba y animaba al monje de Ave María en saludar a nuestra Señora cuanto podía, dijo éste al abad estas palabras:

—Vencido está mi poder y elevado en el honor de la Virgen Santa María. No puedo ya más amar, ni puede mi discurso más altamente ascender, ni mi consideración considerar. Acá abajo, pues, me conviene quedarme en mis defectos. Y si pudiera, quisiera más fuertemente llorar, amar y saludar a la Reina de los cielos, de la tierra y del mar. Consolado y alegre me tiene la Virgen Santa María todas las veces que la saludo, pues su salutación es toda mi compañía, mi descanso y mi consuelo.

Grande admiración y gusto tuvo el abad del monje de Ave María por el admirable modo con que saludaba y sabía saludar y contemplar a la Virgen María, y por esto, muchas veces en la semana venía a saludarla con el monje, para honrar a nuestra Señora y para que ayudase a llorar y cada cual por sí pudiese más vigorosamente exaltar su alma a honrar y contemplar a la Virgen Santa María. Hombre de tan santa vida fue aquel monje de Ave María, que muchos de los monjes del monasterio por su ejemplo servían más devotamente a la Virgen Santa María.

CAPÍTULO LXII

DE "GRATIA PLENA"

1. En un tiempo sucedió que, por falta de lluvias, se experimentó en aquella tierra gran carestía de trigo, en cuya ocasión el abad hacía grande limosna a todos los pobres que venían a aquel monasterio, y por razón del hambre que se padecía en aquella tierra y por la excesiva limosna de pan y de legumbres que se daba en el monasterio a cuantos en él recurrían, creció el número de los pobres que iban allá a tomarla. Un día aconteció que el bolsero entró a reconocer los graneros del monasterio, y halló que la grande limosna que daba el abad no podía durar mucho, porque el convento no tenía trigo para su abasto, que pudiese bastar hasta la cosecha del nuevo. Por lo cual estuvo muy disgustado el bolsero, y dijo al abad que suspendiese la limosna que hacía, porque era tan poco el trigo que había encontrado en los graneros y en las granjas, que en breve había de faltar para el convento.

2. Muy desconsolado quedó el abad por lo que el bolsero le dijo, y luego se fue a las granjas junto con el bolsero para ver si era tanta la falta de trigo como éste le había dicho. De camino que se restituían los dos al monasterio, el abad se fue solo a una granja, de la cual cuidaba como granjero un fraile lego que amaba y honraba sobre todas las cosas la Virgen María. Y en toda aquella granja no se encontró más que un silo de trigo. Malcontento estuvo el abad de haber encontrado tan poco de trigo, y tuvo gran dolor y compasión, porque había de cesar aquella gran limosna del monasterio; por cuyo dolor sintió su alma gran tristeza y sus ojos derramaron muchas lágrimas. El fraile granjero preguntó al abad por qué lloraba. —Buen hijo —respondió el abad, llorar me es preciso la muerte de los pobres que, sin duda, habrán de morir de hambre si cesare la limosna que se acostumbra dar en este monasterio, la cual habrá de cesar

por la falta que tenemos de trigo. —Señor —dijo el fraile—, a honor de la Virgen Santa María haced limosna como hasta aquí lo habéis acostumbrado, que yo os proveeré de trigo bastante para todo este año; y no lo dudéis, señor, que yo os doy por fiadora la Virgen María, la cual es llena de gracia. Respondió el abad: —Tan abonada y suficiente es la fianza, que seríamos muy culpables si la rehusáramos y cesara la limosna.

3. Con grande alegría se volvió el abad al monasterio y continuó todos los días en dar limosna, como lo había siempre acostumbrado. Pero por la continuación del tiempo y la multitud de pobres que recibían limosna, se acabó el trigo del monasterio y de todas las granjas, a excepción del trigo que había en el silo de la granja de aquel fraile que había dado por fianza la Virgen María. El abad envió orden al granjero que le remitiese el trigo, como lo había prometido, y éste se fue a abrir el silo, y remitió la mitad del trigo que había en él. El abad envió otra vez por trigo al granjero, y éste, abriendo el silo, lo encontró como lo había dejado medio de trigo, y lo envió todo al abad. Cuando el fraile hubo cerrado el silo y cargado todos los bagajes del trigo y partídose ya del monasterio, entonces dijo: *Ave Maria, gratia plena*, como acostumbraba. Y al decir *gratia plena*, se admiró mucho de que el silo estuviese vacío y sin trigo y cómo la Virgen Santa María no lo tenía lleno, pues la había dado por fiadora al señor abad.

4. Mientras el granjero estaba en este pensamiento, dudó que la Virgen María fuese llena de gracia, pues le parecía que, si la Virgen María fuese llena de gracia, el silo había de estar perenne lleno de trigo. Envió otra vez el abad al granjero, diciéndole que le enviase trigo, porque el que le había remitido se había ya consumido. Y entonces el fraile, poniendo toda su confianza en la Virgen María, otra vez abrió el silo, y le encontró lleno de trigo, por lo cual, acordándose de la Virgen María, le dio muchas alabanzas, y conoció verdaderamente que con toda plenitud era llena de gracia. En todo aquel año encontró siempre el granjero lleno de trigo aquel silo toda la vez y a toda hora que le abriese, y bastó aquel silo solo a todo el convento y para toda la limosna que en él se daba hasta la cosecha del nuevo. El abad y los monjes dieron alabanzas y bendiciones a la Virgen Santa María por haberse dignado de acordarse de ellos y abastecerlos tan cumplidamente de su gracia en todas sus necesidades.

5. En una fiesta aconteció que el granjero vino al monasterio para celebrarla. El abad le preguntó cómo había sido lo del trigo del silo, que los había bastado para todo el año. Respondió el lego que entre las demás palabras que son en la *Ave Maria*, tenía, él gran devoción en *Gratia plena*, y que por eso confiaba en la Virgen Santa María que había de tener el silo lleno de trigo mientras durase la carestía en aquella tierra. Consideró mucho el abad en las palabras que le dijo el fraile granjero de la Virgen Santa María y de la devolución que tenía a *Gratia plena*. Y por esto, en un puesto del monasterio apartado, hizo edificar una celda, que intituló con el nombre de *Gratia plena*, en la cual estuviese el fraile todos los días de su vida honrando y contemplando a la Virgen Santa María, llena de gracia.

6. Muy santo y devoto era el fraile de *Gratia plena*, y de todo su poder honraba todos los días a la Virgen Santa María meditando y contemplando en la gracia de la cual era llena. Y por la vejez y santa vida que tenía

el fraile, iban los monjes a estar con él algunas horas del día para oír las devotas palabras que decía, las cuales les causaban mucha edificación y movían a devoción y caridad, y por ellas volvían consolados y alegres. Todo aquel monasterio era iluminado por aquel fraile y el otro monje de *Ave Maria*, y muchas veces se veían y saludaban los dos, y el monje hablaba de *Ave Maria*, y el fraile de *Gratia plena*. El regocijo y la fraternal compañía, ¿quién os lo pudiera decir? Y el ejemplo y saludables consejos que daban a todos los monjes y frailes, ¿quién los pudiera referir?

7. El abad Blanquerna tuvo deseo de llorar y contemplar a la Virgen María, a causa que por los grandes negocios temporales que debía tratar para el monasterio había demasiadamente inclinado sus pensamientos en aquellas cosas temporales; y por este motivo, un día se fue solo a visitar al fraile de *Gratia plena*, y quiso saber de él en qué manera contemplaba a la virgen María. Mientras el abad entraba por la celda del fraile, le encontró que estaba arrodillado delante de la imagen de la Virgen María, y llorando y contemplando en *Ave, gratia plena*, decía estas palabras:

8. "Virgen Santa María, llena eres tú de gracia, cuya gracia es tu Hijo bendito, quien es el complemento y plenitud de todo cuanto hay en el mundo. En ti, llena de gracia, está llena la memoria y el entendimiento y la voluntad de mi alma, y todo el mundo no puede llenar lo que tú tienes lleno. Y ¿sabes por qué? Por cuanto tú puedes ser y eres más llena por tu Hijo, que no es todo el mundo, como sea así que todo el mundo no es tan bueno como tú lo eres. Tú eres llena de gracia, por la cual recuperamos la gracia que habíamos perdido. En ti, llena de gracia, están llenas nuestras virtudes, a saber: nuestra fe, esperanza, caridad, justicia, prudencia, fortaleza y nuestra templanza. Por ser tú toda llena de gracia, aquel que te acuerda, entiende y ama es lleno de gracia; y el que por ti es acordado, entendido y amado, no tiene defecto alguno.

9. "Llena de gracia. Llena fuiste tú, Virgen María, de Dios y Hombre después que el ángel San Gabriel te saludó. Aquel Dios y Hombre de quien tú eres madre, es lleno de bondad, grandeza, eternidad, de poder y saber infinito. Luego si tu plenitud es eternal e infinita en bondad, grandeza, poder, sabiduría y voluntad, tu grande plenitud no puede ser vacía ni menguada. De donde, como tú, llena de gracia, seas, María, tan llena de todo cumplimiento, llena, pues, a mi alma de caridad y de saber, con que pueda yo llenamente amarte y conocerte; y llena mis ojos de lágrimas y de lloros para honrar tus honores y para llorar las deshonras y ultrajes que recibes de las demás gentes del mundo, y para llorar también mis culpas y pecados."

10. Al tenor de estas razones y otras muchas, adoraba y contemplaba aquel fraile a la Virgen María cuando fue a visitarle el abad, quien se maravilló mucho de oír que de boca de un hombre lego pudiesen salir tan sutiles y devotas palabras; y pensó que por la plenitud y complemento de la Virgen María eran llenas sus palabras de ciencia infusa y devoción. Por lo cual, el abad dijo al fraile: —Dios te salve, buen hijo, ¿quién te ha llenado de la *Gratia plena* de la Virgen María? Respondió el fraile al abad con las saludes, y le dijo: —Señor, si vos supieseis algunas cosas por las cuales pudiese yo mucho amar y honrar a la Virgen Santa María, os suplico me las enseñéis; porque, siendo la Virgen María toda llena de gracia

y de virtud, necesito yo de cumplida inteligencia, con la cual pueda perfectamente entender; y por el perfecto conocimiento llenase yo y cumpliese mi voluntad de mucho amar y loar a la Virgen Santa María de *Gratia plena*.

11. Cuando el abad vio la plenitud de la devoción y grande caridad que había en el alma del fraile y se acordó que en su alma no había tanta devoción como en la del fraile, dijo estas palabras: —¡Ah, por qué he sido yo abad y no fui fraile ermitaño, y que tuviese gran cumplimiento de devoción, como tiene este fraile! El abad Blanquerna es arrodilló delante del fraile de *Gratia plena* y le rogó mucho que le enseñase el modo como pudiese reemplazar aquella devoción en que solía estar, la cual había perdido por los negocios de la abadía. Lloró el fraile y lloró también Blanquerna, y el uno miraba al otro con semblante amoroso y de piedad, sin que uno al otro pudiese hablar por el exceso de amor, pero cada uno señalaba al otro la imagen de la Virgen María, y la pasión de su Hijo santísimo, y el dolor que sufría cuando los judíos le atormentaban y mataban en la cruz, en que estaba pendiente para que todos le vieses y le mofasen.

12. Lloraron muy mucho los dos antes que pudiesen hablarse, y el abad se estuvo tanto tiempo de rodillas, hasta que el fraile le dijo estas palabras: —Llena era de gracia la Virgen María, cuando su Hijo se estaba muriendo. Aquella gracia significaba la gracia de la cual están llenos los hijos de Dios en este mundo, cuando padecen trabajos y muerte para honrar al Hijo de la Virgen María, que está en la gloria, en la cual está la *Gratia plena* de la Virgen María. Y por falta que hay en el mundo de la *Gratia plena*, lloró el abad Blanquerna las culpas y pecados de aquellos que no dejan estar en este mundo a *Gratia plena* y dijo estas palabras:

13. —Llorar, conocer y amar, ¿tendrías por ventura tanto poder que a la Señora llena de gracia hicierais acordar del defecto en que estamos en esta presente vida? ¡Y que quisiera por vosotros inclinarse a rogar muy de veras a su bendito Hijo que os llenara de tanta gracia, que os hiciera ir a predicar su honor a los infieles! ¡De manera que la santa Iglesia romana recuperase la Tierra Santa que poseen los moros en gran deshonor nuestro! ¡En el cual deshonor está significado el desconocimiento o ingratitud y defecto de caridad y la poca memoria de la santa y preciosa sangre que allí derramó por nosotros pecadores! ¿Habría alguna cosa que para conseguir todo eso nos pudiese ayudar? —Hermano —dijo el abad—, ayudadme vos a llorar y a rogar, y lloremos juntos tan vivamente y tanto tiempo hasta que la Reina del cielo, a quien vos amáis tanto, quiera ayudar a todas las gentes del mundo y darles tanta gracia, que para honrar y amar a su Hijo bendito quieran despreciar y abandonar cuanto hay de mundano en esta vida. Lloraron amargamente el abad y el fraile, y después de sus lloros se despidieron los dos muy agradablemente. El abad Blanquerna sintió en su alma que la devoción en que solía estar había ya vuelto en su primitivo ser, y por eso propuso de volver a menudo a llorar y contemplar a la Virgen María en la celda de *Gratia plena*.

CAPÍTULO LXIII

DE "DOMINUS TECUM"

1. En una ocasión sucedió que, estando el abad Blanquerna en capítulo, vino un granjero a dar noticia al capítulo cómo un pagez había entrado a cavar en una viña de la granja pretendiendo que la viña era suya, y había amenazado fuertemente al fraile que le quería sacar de la viña. El abad pidió consejo a los monjes sobre el hecho que el fraile refirió; y un monje anciano dijo al señor abad estas palabras: —Mucho tiempo ha que hay esta cuestión entre nosotros y el pagez sobre aquella viña, y gran daño ha recibido el monasterio en ello, habiéndonos difamado mucho este hombre entre las gentes por causa de aquella viña, y así me parece nos será conveniente que pasemos a la granja y de hecho saquemos al pagez de la viña, y nos pongamos en custodia y defensa de algún caballero que la guarde y defienda por nosotros del pagez.

2. El abad consideró mucho sobre el dictamen del monje, y en presencia de todos dijo estas palabras: —Cosa es muy indecente que hombres religiosos, por derechos de posesiones, se pongan en peligro de muerte, ni de matar ellos a alguno, y también es contra justicia que hombres religiosos se dejen perder sus herencias. Por eso, según caridad y esperanza, conviene que en tal caso el hombre recurra a Dios y a las virtudes, combatiendo con ellas a los vicios; porque con estas armas debe cualquier hombre primeramente combatir y defenderse; y con mayor razón el hombre religioso. Habiendo el abad proferido estas palabras, se puso a caballo, y acompañado del bolsero se fueron a la viña que labraba el pagez, al cual saludó el abad diciéndole: —*Dominus tecum*. Pero el pagez no respondió palabra al abad, sino que prosiguió en cavar la viña, teniendo las armas junto a sí para defenderse, siempre que le quisiesen ofender. Cada vez que el pagez daba con el azadón en la tierra repetía el abad: *Dominus tecum*. Pero el pagez hacía como que no sentía ni veía al abad, sino que continuaba en cavar más y más la tierra.

3. El abad se admiró de que el pagez no le respondiese, y aún más porque la virtud de las palabras de la salutación no aprovechaban; con lo que pensó el abad que les convenía apearse, y, arrodillado delante del pagez, le saludase con devoción y humildad para que viniese la virtud sobre su salutación. En efecto, se apeó el abad, y puesto de rodillas delante del pagez, elevando su pensamiento y sus manos y sus ojos al cielo, dijo estas palabras:

4. —Reina del cielo y de la tierra, Dios fue en ti Hombre y Dios. En gloria es el Señor, y en ti es como hijo, Dios y Hombre. Tuya es en este mundo nuestra Orden y bajo de tu protección. Y así, por aquella virtud con que el Señor fue en ti, te ruego que tú seas entre nosotros y este hombre, de manera que por ti recibamos virtud por la cual seamos siervos de la virtud que tú tenías cuando el Señor fue en ti.

5. El bolsero reprendió fuertemente al abad, diciéndole que todo el

monasterio quedaba envilecido y deshonrado por la honra que hacía al pagez. Pero el abad le respondió diciendo que el Hijo de Dios hizo un acto de grande humildad cuando quiso ser todo en la Virgen María, Dios y Hombre, y en la cruz quiso ser atormentado, injuriado y muerto; por lo cual las mejores armas del monje son la humildad, caridad, paciencia y oración. Tan humilde y devotamente oraba el abad y decía *Dominus tecum*, que Dios puso tan gran virtud en sus palabras y en la devoción que tenía, que el pagez entró en conciencia de la injuria que hacía al monasterio, y por la conciencia tuvo contrición, caridad y justicia, y así prorrumpió en estas palabras:

6. —Señor abad: ¿cuál debe ser la causa que así, de repente, mi corazón se haya mudado a contrición, caridad y justicia? Y ¿quién ha echado de mi corazón a la avaricia, ira e injuria? Respondió el abad y dijo: —Por la voluntad de Dios sucedió que el ángel San Gabriel bajó a saludar a la Virgen Santa María, y entre otras palabras le dijo éstas: *Dominus tecum*. Y por la virtud de estas palabras, la virgen me ha hecho confiar como *Dominus tecum* te dé virtud por la cual el Señor de cielo y tierra y de todo cuanto tiene ser sea en ti y contigo, para que las virtudes sean en tu corazón, por las cuales los vicios y pecados te sean abominables.

7. Cuando el abad hubo dado esta respuesta al pagez, dijo éste que vencido y superado le tenía el *Dominus tecum*, y que por esto quería servir para siempre a *Dominus tecum*. Y rogó al señor abad le concediese provisión del monasterio, para poder vivir en vida ermitaña en un lugar eminente junto a la abadía. Concedióle el abad todo lo que pedía, y mandó se le fabricase un celda en aquella montaña cerca del monasterio, en la cual él quería habitar para contemplar todos los días a nuestro Señor Jesucristo y a la Virgen Santa María en *Dominus tecum*. Y el abad puso nombre a aquella celda *Dominus tecum*, y quiso también en aquel puesto edificar una capilla; pero el pagez no lo consintió, por temor de que con motivo de romerías o vigiliase allí algunas personas y le embarazasen su oración y le amortiguasen su devoción.

8. Cuando el pagez estuvo ya en la celda de *Dominus tecum*, el abad le dio regla y modo como por *Dominus tecum* pudiese contemplar en Dios y en la Virgen Santa María, según la fórmula de estas palabras: —El Señor de los ángeles y de todo cuanto tiene ser hizo en la Virgen María la mejor obra que la criatura pueda recibir, cuando en ella quiso tomar naturaleza humana, porque obra más noble no pudo hacer Dios en la criatura. Señor es Dios de la naturaleza en la Virgen Santa María y en todas las cosas donde sea la naturaleza naturada, pero más altamente exaltó Dios la naturaleza en la Virgen María que en ninguna otra criatura. Y, por tanto, el Señor de la naturaleza en mucho mejor y más noble modo fue en la Virgen y con la Virgen Santa María cuando el ángel la dijo *Dominus tecum*, que no fue en otra criatura alguna, y por esta razón deben todos hacer honor y reverencia a *Dominus tecum*. Por estas y otras consideraciones dio regla y doctrina el abad al pagez ermitaño como contemplase en Dios y la Virgen Santa María con las palabras *Dominus tecum*.

9. Por dilatado tiempo estuvo el ermitaño en aquel lugar haciendo penitencia y áspera vida, contemplando en Dios y la Virgen María. Y la abundancia de su gran devoción exaltaba su entendimiento por ciencia infusa a mayor inteligencia, que no era el entendimiento de muchos monjes que tienen ciencia adquirida, la cual por falta de devoción no puede llegar al alto conocimiento de la divina esencia y de su operación. Tan grande era la devoción del ermitaño, que muchos de los monjes iban a él para vivificar y fortificar su devoción y ciencia, en vista de la santa vida en que vivía y por las santas y altísimas palabras que decía de *Domini tecum*.

CAPÍTULO LXIV

DE "BENEDICTA TU IN MULIERIBUS"

1. El abad Blanquerna tenía por costumbre ir a visitar con frecuencia aquel monje que había sido abad, y al señor obispo que habitaba con el monje en aquella granja. Sucedió un día que, yendo el abad a visitar a los dos, pasó por una dilatada selva, y en el camino había una bella fuente debajo un frondoso árbol, a cuya sombra estaba un caballero bien prevenido de todas armas, el cual iba buscando aventuras por amor de su amada. Aquel caballero, por el gran calor que hacía, se había quitado el yelmo de la cabeza, y su caballo se apacentaba por la fresca hierba que había junto a la fuente. Cantaba el caballero una nueva canción, con la cual maldecía de los trovadores que habían dicho mal del amor y no habían alabado sobre todas a aquella mujer, su enamorada, que él tanto amaba.

2. El abad Blanquerna que oyó la canción y entendió las palabras, llegó a aquel lugar donde el caballero cantaba y, apeándose, se acercó junto a él y le dijo estas palabras: —Naturaleza es del amor que al hombre hace amar aquellas cosas que le son gustosas y agradables. Y pareciéndome que vos estáis enamorado de alguna mujer, según vuestra canción me indica, pues la alabáis sobre todas las otras mujeres, os ruego que me digáis la verdad: si por ventura hubiese otra mujer y mejor y más noble y más bella que vuestra dama, si la amaríais más que a la que ahora amáis tanto. El caballero dejó su canto y respondió al abad, diciendo:

3. —Si hubiese por ventura otra mujer más noble y más bella que aquella a quien el amor me ha rendido, injurioso sería el amor si no me hiciera amar la mejor más que a todas las otras mujeres; y el amante que no ama la mejor mujer tiene defectuoso amor; y el amor comete gran falta contra la mejor mujer si no la hace ser amada con más vigor y por el mejor amante que a cualquiera otra mujer que no sea de tanta belleza, valor ni riqueza. Cuando el caballero hubo dado esta respuesta, el abad le hizo las siguientes preguntas:

4. —Señor caballero, os suplico me digáis por qué lleváis estas armas. Respondió el caballero: —Para poder defender a mi cuerpo contra aquellos que quisieren ofenderme. Preguntó más el abad al caballero si tenía

algunas armas con que poder defender a su amada contra aquella mujer que el abad amaba mucho. Respondió el caballero: —Amor, belleza y valor me esfuerzan y animan a defender y probar que mi señora es la mejor y digna de mayor loor y honor sobre cualquiera otra mujer. —Señor —dijo el abad—, en más noble manera puede y debe ser loada mi señora que no la vuestra, en cuanto el amor, belleza y valor le son más favorables; y por eso es digna de mayor loor mi Señora que no la vuestra, y, por tanto, yo soy más noble amante, servidor y loador de mi señora que no vos de la vuestra.

5. Muy disgustado quedó el caballero de lo que el abad le dijo, y le respondió que, si el abad fuese caballero, que bien presto le libraría a muerte o prisión y ultraje por aquellas palabras que decía, y que a fuerza de armas le haría otorgar que su señora era la mejor y más noble mujer de cuantas haya en el mundo. —Señor —respondió el abad—, conocimiento y razón son las armas espirituales con que el hombre vence a la maldad y error. Luego si vos con estas armas quisiéredes combatir conmigo y que veamos cuál señora es mejor y más bella y digna de mayor honor, o la vuestra o la mía, de esta manera estoy contento y no temo a vuestras razones, antes bien me siento en el corazón bastante fuerza, con que os haré otorgar que mi señora es mejor y de mayor estimación y valor que no la vuestra.

6. En gran contienda estuvieron el abad y el caballero sobre cuál señora era la mejor. Y los dos acordaron en que cada uno alabara a su señora, para ver cuál de cuál podría decir mejores alabanzas. Quiso el abad que fuese primero el caballero en decir las alabanzas de la que tanto amaba y apreciaba. Y el caballero empezó a alabarla con las siguientes palabras: —Tan bella y galante es mi señora, que su amor me ha hecho vencer y sujetar a muchos caballeros, y para honrarla me he expuesto yo muchas veces a peligro de muerte, y por su amor he sufrido repetidas veces hambre, sed, calor, frío y otros muchos trabajos en mi persona, para servirla. Luego, como todas esas cosas sean mejores y de mayor trabajo que no lo que vos hacéis y sufrís por la que servís, por esto, señor monje —dijo el caballero—, está significado que, si vuestra señora fuese mejor y más bella que la mía, vos haríais y hubierais hecho mayores cosas y pasado mayores trabajos para loarla y servirla que lo que yo he hecho y padecido para loar y servir a mi señora. Otras muchas razones dijo el caballero en alabanza de su dama, que sería largo de contar.

7. —Señor caballero —dijo el abad—, muchas alabanzas pudiera yo referir, en verdad, de mi señora; pero porque una sola basta para loarla cumplidamente y probar que ella es mejor y más bella que la vuestra, por esto no la quiero loar contra todas vuestras alabanzas, sino con esta única y sola albanza: *Benedicta tu in mulieribus*. El caballero quiso que el abad le declarase la alabanza de *Benedicta tu in mulieribus*, y el abad le declaró las palabras que el ángel San Gabriel dijo a la Virgen María por estas razones.

8. Voluntad fue del Hijo de Dios, que quiso elegir a la Virgen Santa María entre todas las otras mujeres, y quiso hacerla mayor gracia que toda la gracia que hay en todas las otras mujeres, en cuanto Dios tomó

de la Virgen Santa María carne humana, cuando en ella se encarnó y cuando ella lo concibió Dios y Hombre en su vientre virginal por gracia del Espíritu Santo, quedando ella siempre virgen y pura. Esta mujer es madre de Dios y Hombre. El Dios de quien ella es madre, es mayor que todas las criaturas. Y el Hijo Hombre de quien ella es madre, es mejor que todas las criaturas, porque es una persona con el Hijo de Dios, que es Creador de todas las criaturas. Esta mujer es mi señora, la cual es patrona y cabeza de nuestra Orden. Y esta alabanza solamente es bastante para vencer cualquiera otra alabanza que se hubiese dicho de cualquiera otra mujer, sea quien fuere.

9. Consideró mucho el caballero en la alabanza que el abad había dicho de la Virgen Santa María. Y por luz de gracia y por los méritos del abad, el caballero consideró en el vano y necio amor que tenía a la mujer que amaba, y cómo por aquel amor vivía en pecado mortal y en peligro de condenación, y cómo la dama a quien servía no tenía poder para defenderle del fuego infernal, ni de darle por premio la celestial gloria, ni tenía modo cómo poderle alargar la vida estando enfermo. Mientras el caballero pensaba y meditaba todo esto, rompió en suspiros y llantos y dijo estas palabras:

10. —Tardado os habéis, amor, en hacer enamorar a este culpable pecador de la que es la mejor mujer. Si yo, amor, os hubiera conocido, os hubiera amado y por vos hubiera sido todos los días de mi vida súbdito y servidor de la mejor mujer de quien es siervo este monje, el cual ha hecho honor a su señora, en cuanto me la ha dado a conocer por la mejor, la más noble y de mayor estimación sobre todas las mujeres. Si en vos, amor, hubiese piedad, perdón, paciencia, don caridad y humildad, ¿podierais hacerme servidor de la mejor señora? ¿Y, por ventura, la muerte quisiera detenerse hasta tanto que yo por su amor hubiese ejecutado muchas cosas? Esas y otras muchas expresiones decía el caballero con gran contrición; tanto, que el abad que lo estaba oyendo, se sintió movido a lágrimas y devoción.

11. —Señor monje —dijo el caballero—, ¿podierais hacer que la señora a quien vos amáis tanto fuese contenta de que yo la amara? ¿Y que para honrarla me esforzara yo con todos mis poderes, todos los días de mi vida, en batallas y guerras, en las cuales yo me ejercitase siempre contra aquellos que la deshonoran y le niegan su valor? Respondióle el abad que en cuanto es mayor el valor de la mejor mujer, en tanto le es más agradable el hombre pecador que se arrepiente de sus pecados y se hace su siervo y amante; y por esto es ella tanto más digna de tener mayor honor sobre todas las demás mujeres. Muy grande gozo tuvo el caballero, y lloró dilatadamente, diciendo estas palabras:

12. —No soy yo sabio ni entendido en las lenguas con que yo pudiese con palabras decir alabanzas de esa Virgen Santa María a los infieles; pero yo con armas quiero ir a honrarla y tenerla por mi señora, pues la ha honrado Dios a ella sobre todas las otras mujeres. Un nuevo modo quiero emprender en honrar a la Virgen Santa María, y es de esta manera: que me vaya a tierra de moros a combatir contra todo caballero que no fuere servidor de la Virgen Santa María, y habiendo vencido a uno, pase a ven-

cer a otro. Habiendo dicho el caballero estas palabras, se despidió del abad, y éste le dio su bendición y puso por nombre a aquella nueva regla que el caballero había tomado *Benedicta tu in mulieribus*.

13. Por voluntad de Dios sucedió que el caballero servidor de *Benedicta tu in mulieribus* fue a una tierra de un rey moro, y cuando estuvo allí, se fue armado con su caballo al palacio del rey y dijo que quería hablar con él. Mandó el rey que entrara a su presencia. Y cuando el caballero estuvo delante del rey moro, le dijo estas palabras: —Yo soy servidor y amador de una señora que es mejor y más noble que todas las mujeres del mundo, la cual es Madre de Dios y Hombre por gracia del Espíritu Santo, y se llama Santa María y es virgen y madre. Y así, a cualquier hombre que negare este honor a esa Señora, yo, desde ahora, en vuestra corte le desafío a batalla para hacerle confesar el honor que pertenece a la Virgen Santa María, mi señora, de la cual me he hecho nuevamente caballero.

14. El rey moro respondió al caballero que él no creía que Santa María fuese Madre de Dios, aunque bien creía que era mujer santa y virgen y madre de un profeta; y que sobre esto no quería que él se combatiese con ninguno de su tierra, sino que le respondiese y se lo probase, con razón, a él mismo, que negaba a la Virgen María, el honor que él le decía. Respondió el caballero al rey, diciendo que el mayor honor que tiene la Virgen Santa María es el ser Madre de Dios, y que, por tanto, él se combatiría con cualquier hombre que quitase y negase aquel honor a la Virgen Santa María, el cual de ella sola conviene ser proclamado. Y por cuanto él no tenía letras ni sabía las Escrituras, no quería responder al rey ni a ningún otro hombre de su reino con razones, pero que, a fuerza de armas, él desafiaba sobre este punto a todos los caballeros de su corte, uno por uno.

15. Muy airado se puso el rey contra el caballero cristiano que así desafiaba a toda su corte, y mandó que le quitasen la vida a mala muerte. Pero un caballero moro dijo al rey que, si el caballero cristiano muriese sin batalla, sería dar a entender que en su real corte habría falta de caballería, y pidió al rey le concediese el permiso de combatirse con el caballero cristiano. Del agrado del rey fue y de toda su corte que se tuviese la batalla entre los dos caballeros. Cuando los dos se hallaron en el campo, el caballero cristiano se acordó de su señora la Virgen Santa María y dijo: *Benedicta tu in mulieribus*, y haciendo sobre su cara la señal de la cruz, picó fuertemente su caballo, y embistiendo al caballero moro, le hirió y a fuerza de cuchilladas le venció y mató.

16. A grande ira e indignación fue conmovido el rey moro y todos sus caballeros contra el caballero cristiano por la victoria que había ganado. Y mandó entonces el rey moro que tantos caballeros, uno después de otro, se combatiesen con el caballero cristiano hasta haberlo vencido y muerto. Entró luego en el campo uno de aquellos caballeros contra el cristiano, y combatiéronse todo aquel día con grande esfuerzo y denuedo, sin que el uno pudiese vencer al otro. Y aquella noche descansaron los dos caballeros de sus fatigas, habiendo tenido el rey moro la justicia en el campo de batalla el día de la función, para precaver no se divulgase la fama que

por exceso de voluntad y parcialidad hubiese sido en algo injuriado en la batalla aquel caballero cristiano, y mandó saliesen los dos del campo. Al día siguiente volvieron otra vez los dos caballeros a entrar en el campo de batalla para combatirse. Y al tiempo que el caballero cristiano iba ya con la espada en mano a descargar sobre el caballero moro, éste se dio por vencido y confesó que la Virgen María era digna de ser loada con aquella alabanza por la cual la loaba el cristiano. Y en presencia de todos dijo estas palabras: —Yo quiero ser cristiano de la Regla y Orden de *Benedicta tu in mulieribus*, y estoy pronto y aparejado a combatir con otro moro que negase su honor a la Virgen Santa María. Grande ira concibió el rey moro, y mandó luego prender a los dos caballeros y que fuesen muertos degollados. Ellos fueron mártires por nuestra Señora la Virgen Santa María, la cual los honra en la gloria de su Hijo bendito, porque por su honor habían recibido martirio, y está pronta en honrar a todos aquellos que del mismo modo la quisieren honrar.

CAPÍTULO LXV

DE “BENEDICTUS FRUCTUS VENTRIS TUI”

1. Habiendo llegado el abad a la granja donde vivían en contemplación el obispo y aquel monje que fue abad, les refirió el abad Blanquerna el suceso del caballero que había encontrado junto a la fuente cantando canciones de amor; y les refirió cuanto había dicho el caballero y la regla a que se había obligado. Consideró mucho el obispo lo que el abad les refirió del caballero, y se acordó de las palabras que son en la *Ave María* después de *Benedicta tu in mulieribus*, y habiendo meditado gran rato sobre esto, dijo el obispo al abad estas palabras:

2. —Bendigo yo a la divina luz de piedad y de gracia, que ha iluminado a ese hombre pecador, que se ha sujetado para todos los días de su vida a ser servidor del bienaventurado Fruto que estuvo en el vientre de la humilde Virgen, nuestra Señora Santa María. Aquel Fruto precioso adoró y bendigo, y a loarlo me sujeto con todos los poderes corporales de mi cuerpo y con todos los espirituales de mi alma. El obispo después, con mucho agrado y gran devoción, se despidió del abad [y] del monje, de quien había sido compañero en honrar a la Virgen Santa María, y se volvió a su obispado. Los canónigos y clero y todo el pueblo de aquella ciudad tuvieron muy grande regocijo por haber recuperado a su obispo, el cual creían ya haber perdido.

3. Desde que el obispo se hubo restituido a su obispado, se ocupaba todos los días su pensamiento cómo pudiese encontrar algún modo con el cual pudiese honrar mucho el bendito Fruto que la gloriosa Virgen María tuvo en su virginal vientre por gracia del Espíritu Santo. Aconteció un día que, celebrando sínodo el obispo, predicaba al clero y le pedía consejo cómo pudiera honrar mucho el bendito Fruto del vientre virginal de la Virgen Santa María. Por casualidad y fortuna concurría en aquel sínodo un eclesiástico que era natural de una isla sobre el mar, que se llama Mallorca, y dio relación al obispo, en presencia de todos, cómo

aquella isla es la de un rey noble, muy sabio, que se llama Jaime, rey de Mallorca, el cual es un rey condecorado con muchas y muy buenas costumbres y tiene gran devoción cómo por la predicación sea honrado Jesucristo entre los infieles; y por esto ha ordenado que trece frailes menores estudien y aprendan la lengua árábica en un monasterio llamado Miramar, el cual está fundado y establecido en un paraje a propósito y conveniente, y les ha proveído para esto de todo lo necesario, y cuando sepan bien la lengua árábica, con licencia de su general, vayan a predicar y honrar entre los infieles el bendito Fruto del vientre virginal de la Virgen Santa María, por cuyo honor padezcan hambre, sed, calor, frío, pavor y la muerte. Cuyo estatuto está allí establecido para siempre.¹

4. Agradó mucho al obispo y a todos los demás aquel establecimiento, y fue muy alabada la devoción del rey y de los frailes, los cuales por el amor de Dios deseaban ser mártires. Y por esto, pocos días después, el obispo estableció y fundó en lugar conveniente y apartado de la población un monasterio muy bello, y por voluntad del papa y del cabildo de aquel obispado fue dotado aquel monasterio de lo suficiente para poderse mantener cómodamente y estudiar en él trece personas que aprendiesen diversas ciencias y lenguas, para que la santa Madre Iglesia hiciese su deber en honrar el bendito Fruto del vientre virginal de la Virgen Santa María. Y el obispo intituló aquel monasterio con el nombre de *Benedictus fructus ventris tui*, y renunció el obispado, y, con algunos canónigos y otros seglares, se entró en aquel monasterio para honrar el bendito Fruto del vientre virginal de la Virgen Santa María, según la Regla y norma del monasterio de Miramar que hay en la isla de Mallorca.

CAPÍTULO LXVI

DE "SANCTA MARIA, ORA PRO NOBIS" ¹

1. Aquel monje que había sido abad tenía grandes deseos de ver al obispo que había estado en su compañía. Y hallándose en estos pensamientos, se acordó en la *Ave Maria* de aquellas palabras *Sancta Maria, ora pro*

¹ Cerca del año 1275, el rey Jaime II de Mallorca, siendo aún niño, a ruegos de Ramón Llull, su antiguo senescal y maoyrdomo, fundó el colegio de lenguas orientales de Miramar, en la vertiente norte de la sierra de Mallorca, entre las ahora llamadas villas de Valldemosa y Deyà, dotándole de muchas rentas, en la cual viviesen *in perpetuum* trece frailes menores, ocupados en el estudio de diversas lenguas. Para su sustentación, el rey les señaló la pensión anual de 500 florines de oro.

Un año después (16 noviembre 1276), el Papa Juan XXI aprobó la nueva fundación.

Por causas que todavía permanecen en el misterio, la vida del colegio de Miramar —que, según los deseos de Llull, no era sino la primera simiente de un bello plantel de colegios de misiones que habían de florecer por todo el mundo— fue tan efímera, que el Procurador de infieles, quiero decir Ramón, llora con lágrimas de sangre su destrucción en el poema *Desconort*, escrito seguramente en 1295.

¹ En tiempos de Ramón Llull todavía no estaban en uso en la Iglesia las

nobis, y resolvió de por toda su vida ser predicador de estas palabras a honor de la Virgen María. Y considerando el monje como son muchos los predicadores que predicán la palabra de Dios en los lugares poblados y en las iglesias, pero para los pastores que viven en las montañas y en las selvas y bosques no hay predicadores destinados, por esto él mismo dijo al abad estas palabras:

2. Según mi conocimiento, gran necesidad tienen de predicadores las gentes que viven por las montañas y por los desiertos, y no vienen ni tienen disposición de venir a las iglesias, y por este motivo pido se me dé por regla y oficio cómo todos los días de mi vida sea yo predicador de los pastores, a los cuales predique *Sancta Maria, ora pro nobis*, por cuanto los pastores tienen grande oportunidad y disposición para considerarlo y meditarlo bien, porque están solos y no hay alguno que les embarace en pensar aquello que uno les puede significar del honor de la Virgen Santa María; y cuanto mayor y mejor es la consideración, tanto más puede en ellos multiplicar la devoción y amor en amar y honrar a la Virgen Santa María.

3. Agradó mucho al abad la devoción y el nuevo método que el monje quería tomar para honrar a la Virgen María, y se volvió a su monasterio para procurar establecer, con aprobación de todo el capítulo, para que siempre fuese en costumbre y por ordenación que un monje de aquel monasterio fuese predicador de los pastores, y que aquel oficio tuviese por título y nombre Oficio de "*Sancta Maria, ora pro nobis*". A todo el convento pareció muy bien aquel establecimiento, y aquel monje que fue abad tomó este oficio y pidió la regla y doctrina al abad Blanquerna cómo había de predicar a los pastores *Sancta Maria, ora pro nobis*. Y el abad significó con estas palabras la regla y doctrina que el monje pedía:

4. —Es cosa natural —dijo el abad— que entre el entendimiento y la voluntad haya concordancia cuando el entendimiento entiende aquello mismo que la voluntad ama y la voluntad ama aquello mismo que el entendimiento entiende. Y por eso es muy provechoso aquel sermón, cuando por él son declaradas las razones necesarias probables por naturaleza del entendimiento. Luego, como los pastores sean gente más dispuesta para entender por razones que por autoridades, por tanto, amarán más fácilmente los honores de la Virgen María si los entendiesen por razones naturales probables que si los hubiesen de entender por autoridades.

5. Cuando el entendimiento ha entendido una razón de las que predica el predicador, entonces, el entendimiento la encomienda a la memoria, entendiendo otra razón que propone el predicador. Y cuando el sermón es muy prolijo o de muy sutiles conceptos, la memoria no puede retornar todo aquello que el entendimiento le ha encomendado, y por esta causa se origina en los oyentes la ignorancia y falta de devoción. Luego como esto sea así, por tanto, será muy buena ordenación que el predicador haga breves los sermones.

6. La voluntad tiene naturaleza de amar aquello que le es más agra-

demás palabras de la Santa María: *nunc et in hora mortis nostrae. Amen*. A quién corresponda su paternidad ha sido muy discutido.

dable. Luego, en cuanto las razones son de mejor naturaleza, tanto más las debe guardar el hombre para la fin, para que la voluntad quede en ello con mayor deseo, y que por el deseo entre la devoción a las palabras, y por la devoción se siga la obra. Y, por tanto, conviene que el hombre a la fin de su sermón diga las mejores razones que supiere. Estas y otras muchas cosas dijo el abad Blanquerna que eran necesarias para saber predicar, y con especialidad las buenas obras y devotas palabras.

7. Cuando el abad hubo enseñado al monje *Ora pro nobis* los modos referidos y otros muchos por los cuales supiese predicar, el abad se puso a contemplar delante el monje a la Virgen Santa María, a fin que éste tomase en ello la regla y doctrina para predicar *Ora pro nobis*, y, por esto, el abad dijo estas palabras:

8. —Santa María, yo adoro y bendigo a tu hijo glorioso, a quien ruegues tú por nosotros pecadores. Siendo tú, Señora, más voluntariosa en rogar por nosotros, pecadores, que lo somos nosotros, no hay necesidad de que te roguemos a que ruegues por nosotros. Pero por cuanto no seríamos dignos de ser participantes en tus oraciones si no te rogáramos y confiáramos en tus oraciones, por tanto, somos obligados a rogarte y contemplar en tus honores y de hacerte reverencia y honor, para que tú nos recuerdes con tu piadoso recuerdo, y nos mires con tus ojos misericordiosos en este tiempo tenebroso en que estamos por falta de devoción y caridad, por cuya falta olvidamos la santísima pasión de tu Hijo bendito, en cuanto nos acordamos de él como debiéramos, ni menos para honrarte a ti y a tu Hijo hacemos todo aquello que debiéramos y pudiéramos hacer; pero tú, Señora, no ceses de rogar a Dios por nosotros con todos tus poderes. Luego siendo esto así, tú Reina de los reyes y Reina de las reinas, ayúdanos a que te honremos, honrando a tu Hijo en aquel lugar donde eres tú deshonrada y tu Hijo desamado, deshonrado, descreído y blasfemado por aquellos hombres a quienes tu bendito Hijo espera que vayan a honrarle y defenderle de los defectos que falsamente le son atribuidos por aquellos que viven en error y van caminando al fuego perdurable.

9. Cuan presto tú, Reina, fuiste llena de gracia y del Espíritu Santo y del Hijo de Dios, que concebiste, tan presto fuiste tenida y obligada a rogar por nosotros pecadores; porque en cuanto fueron mayores tus honores, en tanto conviene que se considerasen más en ti los justos y los pecadores; y cuanto más fuertemente nos confiamos en ti, tanto tu justicia te hace ser más cuidadosa en curar nuestras enfermedades y perdonar nuestras culpas.

10. Inclina, Reina, tus ojos aquí abajo entre nosotros, y mira cuántos son los hombres que te ruegan y te honran, acordándote y cantando tus lores. ¿Dónde, pues, es tu justicia, tu piedad, tu caridad y nobleza, si no ruegas a tu Hijo glorioso por nosotros? Y si tu Hijo no oyere tus plegarias, ¿dónde está el amor que te tenía cuando en ti se encarnó? ¿Y cuando estando crucificado en la cruz, próximo a la muerte, se acordó y se despidió de ti, cuando te recomendó a San Juan?

11. —Amable hijo —dijo el abad al monje—, según el modo que habéis oído, podéis ir a predicar y hacer contemplar a los pastores la Virgen

María; y estaos allá con ellos, y algunas fiestas del año volveréis acá entre nosotros. La gracia y bendición de Dios y de la Virgen María sea en vos. A Dios y a la Virgen María seáis encomendado. Y pues os habéis humillado para honrar a la Virgen María, seréis exaltado como hagáis que ella sea acordada, rogada y amada; porque sus oraciones os subirán a la gloria, que no tiene fin. El monje se despidió del abad y de sus compañeros y se fue a aquellos parajes donde viven los pastores.

12. Andaba el monje de *Ora pro nobis* por los montes y por los llanos y por los bosques a predicar a los pastores los honores de la Virgen María y a rogarla por los justos y por los pecadores. Sucedió un día que el monje se hallaba en un espacioso valle, donde había gran número de ganado y una cueva muy grande, en la cual un pastor tenía escondida una mujer, que la había robado a su marido, y pecaba con ella todos los días. El monje por acaso llegó a aquella cueva, en la cual encontró al pastor que comía con aquella mujer, y fue agradablemente recibido y hospedado por los dos, y le convidaron a comer, diciendo: —Señor —dijo el pastor—, nuestra comida es pan y agua y un poco de queso y cebolla; plegaos de comer de lo que Dios nos ha dado. El monje contentóse de comer con el pastor y bebió del agua, como había acostumbrado cuando comía con los otros pastores a quienes predicaba.

13. Mientras estaban comiendo, fue preciso que el pastor fuese a sacar las ovejas que habían entrado en un campo de panes, y con este motivo se quedó el monje con la mujer en la cueva. Y preguntándola de su estado, le refirió cómo era mujer de otro pastor y que vivía con aquél en pecado, y que estaba muy arrepentida de la gran falta que había cometido contra su marido, pero que, por el temor tan grande que tenía, no osaba volverse a su marido, ni el pastor con quien ella vivía la quería soltar por el grande amor que la tenía. Cuando el pastor hubo enderezado su ganado, se volvió a la cueva y comieron juntos, y cuando hubieron comido, el monje santiguó y bendijo la mesa, y les refirió este ejemplo:

14. —En cierta ocasión sucedió que un pastor vivía con una mujer en pecado de lujuria en una montaña. Aquella mujer rogaba todos los días a la Virgen Santa María que la sacase del pecado en que estaba. Una noche, cuando el pastor dormía, le pareció ver a la Virgen Santa María que escribía en un libro todos aquellos por quienes rogaba a su Hijo bendito. Y escribiendo en el libro el nombre de aquella mujer que el pastor tenía, éste rogaba a la Virgen María que escribiese también en aquel libro su nombre. Y la Virgen Santa María le respondió diciendo que, por cuanto él no la rogaba todos los días, no era digno que su nombre fuera escrito en aquel libro.

15. —Señor —dijo el pastor al monje—, ¿sabéis vos si la Virgen María quisiera rogar a Dios por mí, si yo todos los días la rogara? Respondió el monje que él le afianzaría que la Virgen María rogaría por él a Dios, con tal que él no hiciese deshonor a su Hijo, a quien deshonoran todos aquellos que viven en pecado, y a quien honran todos aquellos que salen de pecado. Mientras el monje decía estas palabras, el pastor tuvo conciencia del pecado en que estaba y dijo al monje así:

16. —En pecado de lujuria estoy, y quisiera salir de él para que así

honrara al Hijo de la Virgen Santa María, y que la Virgen María rogara por mí a su Hijo; pero por cuanto esta mujer no tendría quien la cuidara ni quien mirara por ella, si yo la dejase, ni tampoco se atrevería a volverse a estar con su marido, por eso me conviene estarme en pecado. El monje preguntó a la mujer si ella se confiaba tanto en las oraciones de la Virgen Santa María que quisiese irse con él para volverse a estar con su marido. Respondió la mujer que ella volvería gustosamente a vivir con su marido y que delante de él se acusaría a sí misma de sus faltas, para que de ellas tomase la venganza, esperando que la Virgen Santa María le ayudaría en la penitencia y castigo que su marido la hiciese padecer y sufrir, si él la quisiese acompañar.

17. Fuéronse el monje y la mujer a la casa del pastor su marido, y quedó el pastor en la cueva haciendo penitencia por toda su vida, adorando y rogando todos los días a la Virgen Santa María. Mientras el monje y la mujer iban a esto, encontraron al pastor, marido de la mujer que buscaba, que estaba durmiendo a la sombra de un árbol, el cual andaba buscando a su mujer e iba con armas para matar al otro pastor que se la había robado. El monje y la mujer se arrodillaron delante del pastor su marido, que estaba durmiendo, y dijo el monje estas palabras:

18. —*Sancta Maria, ora pro nobis.* Virgen Santa María, cumplida es tu oración en esta mujer pecadora que está arrepentida de su pecado; porque si tú no rogaras por ella, no se arrepintiera. Pero aun te queda que cumplir y hacer otra cosa, y es que el pastor su marido reciba la gracia de tu Hijo, por la cual perdone a su mujer. Y conviene que tú remuneres a nuestra esperanza que en ti hemos puesto, con que nos ayudes. Cuando el monje hubo concluido estas palabras, la mujer con grandes lágrimas y contrición de su corazón y empezó a decir: —Pecadora soy y culpable contra mi marido y mi señor, el cual puede usar en mí de justicia y de perdón, siendo yo contenta de todo aquello que en mí quisiese ejecutar. Mas si sucediese tal vez que mi marido quisiese perdonarme, deseosa estoy yo de vivir en vida ermitaña y estarme sola haciendo penitencia, todos los días de mi vida, por la falta que he cometido contra mi marido. Si acaso mi marido me hiriese, me atormentase y me pudiese en prisión, él obraría con justicia, y yo con justicia y paciencia sufriré mi tormento. Daré gracias a la Reina del cielo y bendeciré a su Hijo bendito, porque dispondrá que yo en este mundo haga penitencia de mis pecados, por los cuales soy yo también culpable. Y mientras la mujer del pastor estaba diciendo esto, decía también muy a menudo *Sancta Maria, ora pro nobis*, porque le parecía que estas palabras le ayudaban en sus necesidades.

19. Estando el monje y la mujer arrodillados delante del pastor que dormía, éste soñaba que le prendían y lo ahorcaban por haber muerto a un hombre, y cuando estaba para expirar, un demonio de horrible figura quería apoderarse de su alma, pero la Virgen María le detenía en su cuerpo para que el demonio no la agarrase. Y rogaba a su Hijo bendito que quisiese perdonar al pastor la muerte tan injusta que había cometido en aquel hombre, con grande injusticia. Cuando el pastor hubo hecho este

sueño, se quedó con agonía y pesadilla, y oyó tendido aquellas palabras que decían el monje y su mujer, con las cuales se despertó, y vio a su mujer y al monje que, arrodillados delante de él, adoraban y rogaban con lágrimas a la Virgen Santa María, diciendo las palabras referidas.

20. Muy maravillado se quedó el pastor del monje y su mujer; y por la virtud de las palabras que decían y por lo que había soñado, fue movido su corazón a llorar y perdonar, y junto con ellos, con muchas lágrimas, alabó y rogó a la Virgen Santa María. Y así llorando se estuvieron los tres largo rato en oración, y, después de ella, dijo el pastor estas palabras: —Si la lujuria mueve el cuerpo a pecar, ¿cuánto más la memoria de la pasión del Hijo de Dios Jesucristo y de la nobleza de la Virgen Santa María debe mover la voluntad a tener piedad y a perdonar? Al que se arrepiente y se juzga a sí mismo, no quieras castigar dos voces. Y si yo no perdonare, injustamente pido yo perdón; y por esto, no sólo perdono yo, sí que aun daría cuanto pudiese dar a quien me pidiese perdón. Y pues la Virgen Santa María por mí está pidiendo perdón, mucha razón es que yo perdone también.

21. Habiendo el pastor dicho estas palabras, arrodillándose su mujer delante de él, le besó las manos y los pies y le pidió perdón. Su marido la perdonó y le dijo se fuese a su casa y en ella estuviese con santa paz, como de antes habían estado por largo tiempo. —Señor —respondió la mujer—, yo no soy digna de habitar en vuestra compañía; y así, no solamente os conviene perdonarme, pero aun os conviene que me deis permiso por el cual pueda yo estar me sola y vivir pobremente en vida ermitaña, comiendo de las hierbas crudas y bebiendo agua fría, haciendo penitencia por mis grandes pecados y defectos, que he cometido contra Dios y contra vos. Después de este razonamiento fue ordenado entre los tres que la buena mujer hiciese penitencia en una alta montaña, dentro de una cueva que había allí junto a una fuente, y que su marido alguna vez la trajese alguna pitanza, con la cual pudiese mantener su cuerpo, y que, de allí en adelante, los dos no se conociesen carnalmente, sino que estuviesen y viviesen siempre en castidad. Muy grande fue la devoción y santa vida de los dos consortes, y cuando el marido iba a visitarla eran muy grandes las bendiciones que el uno daba al otro, y era también grande la doctrina que recíprocamente se daban como pudiesen honrar, servir y loar a Dios y a la Virgen Santa María.

22. En un hermoso prado, junto a una bella fuente, estaban muchos pastores guardando gran número de ganados. Y vino allí el monje de *Orti pro nobis* y saludó a los pastores, y les rogó que quisiesen oír su sermón, y el monje les predicó con ejemplos para que así les moviese mejor a devoción. Tan agradables sermones hacía el monje a los pastores, que todos los días pensaban en aquello que les predicaba; y por aquello que pensaban y meditaban, se enamoraban de servir y loar a Dios y de honrar y orar a la Virgen Santa María. Siete días estuvo allí el monje con ellos, y al octavo día se despidió, y se fue a predicar a otros pastores de aquellas comarcas. Los bienes y loores que se daban, por los cuales era Dios más loado por aquellos pastores a quien el monje predicaba, ¿quién os los pudiera decir? Y la buena fama que tenía el monje por todas aque-

llas tierras, ¿quién os la pudiera referir? Y el número de los pastores que venían a oírle predicar, ¿quién os los pudiera nombrar?

Aquí ha finido el libro de Religión, donde por gracia de Dios se ha tratado, con bellas invenciones y deliciosos ejemplos, con mucho doctrina, todo lo esencial y bueno que los verdaderos religiosos deben saber practicar y tratar en sí y en los otros para más cómodamente servir a Dios, como a ello están obligados por especial cargo y promesa que le tienen hecha.

EMPIEZA EL LIBRO TERCERO: DE PRELACIA

CAPÍTULO LXVII

CÓMO EL ABAD BLANQUERNA FUE ELEGIDO OBISPO

1. Después de haber el obispo renunciado su obispado, y retirándose ya en el monasterio y estudio del idioma arábigo, que él mismo había establecido y fundado a fin que muchos pudiesen estudiar y aprender en él varias ciencias e idiomas, según hemos dicho en el antecedente libro, los canónigos se juntaron en capítulo para disponer la elección de prelado. En cuya ocasión dijo uno de ellos que, antes de pasar a la elección, sería muy conveniente tomar consejo del obispo que había renunciado el obispado, para saber cuál de entre todos le parecía debía ser elegido obispo, pues por tanto había renunciado, deseoso de morir para honrar a Jesucristo, le parecía que debía ser llamado a la elección y votar en capítulo como los demás. Todos aprobaron la propuesta del canónigo, y luego le enviaron a llamar. Vino, pues, a capítulo el que antes había sido obispo, y después de haberle notificado el motivo por el cual le habían hecho venir, dijo en presencia de todos eligiesen al abad Blanquerne, pues no sabía otro tan digno como él para ser obispo. Y caso que lo rehusase, les aconsejaba eligiesen obispo según el modo y arte de elección.

2. Desagradó mucho esta proposición al arcediano y a algunos canónigos, pues, siendo ellos seglares, se recelaban que, si el abad Blanquerne era su obispo, les obligaría a que fuesen canónigos reglares. Aunque la mayor parte del cabildo aprobó que el abad Blanquerne fuese su obispo, con todo, quisieron se eligiese según el modo del referido arte de elección; pero el arcediano con algunos canónigos se opusieron a que se hiciera la elección según el arte, por cuyo motivo los demás canónigos que deseaban que Blanquerne fuese el obispo le eligieron sin usar el arte de elección, si bien algunos se opusieron y pasaron a elegir al arcediano por obispo.

3. Gran discordia había entre los canónigos por no haberse concordado en la elección, y dos de ellos fueron a notificar al abad Blanquerne cómo le habían elegido por obispo, habiendo tenido más votos que el arcediano, por lo cual le suplicaban muy de veras, como también por parte de sus compañeros, viniese a tomar posesión del obispado, y luego pasaría a Roma por la confirmación del Pontífice. Sintió vivamente el abad Blanquerne la noticia que los canónigos le participaron, y de hecho se excusó, diciendo no convenía a la vida contemplativa dejar la religión para ser obispo, con que los dos canónigos y los demás que le habían elegido quedaron muy descontentos por haberles dicho el abad que no

quería ser obispo. En ínterin, el arcediano pasó a Roma para obtener la confirmación del Papa; pero la mayor parte de los canónigos enviaron también a Roma sus procuradores para oponerse a la elección del arcediano, y suplicaron al Santo Padre Apostólico mandase al abad Blanquerna aceptar el obispado, pues había sido electo por la mayor parte de los canónigos.

4. Después de haber el señor Papa oído ambas partes, habló en esta forma: —Todo lo que tiene resabios o semejanza de simonía debe esquivarse en cualquier elección, y lo que más se opone y es más contrario a la simonía es siempre lo más conveniente. Por cuya razón, soy de parecer que el abad Blanquerna, que rehusa el ser obispo y no quiere pasar de la estrechez de vida en que está a otra más amplia, deba ser y de hecho sea obispo, y no el arcediano, quien, según parece, viene muy voluntarioso. Por todo lo cual quiso el Papa y mandó que absolutamente Blanquerna fuese obispo, y a este tenor le fue mandado por escrito. Muy desconsolado quedó el abad Blanquerna y todo el convento por el precepto que le había impuesto el Pontífice, por lo cual le envió dos monjes a ver si podría excusarse, proponiéndole el derecho que le asistía, haciéndole presente que, si el otro había podido renunciar el obispado para elegir vida más austera, bien parecía justo que él pudiese renunciar la elección siendo ya monje y estándose en vida más estrecha y contemplativa.

5. De hecho, estos monjes se fueron a Roma, y suplicaron al señor Papa se dignase de no quitarles a su abad Blanquerna por la gran falta que les haría, en atención a lo mucho que había mejorado y continuaba en mejorar a su monasterio, y mayormente porque se excusaba razonablemente, según el derecho y los motivos que se le habían expuesto. Pero el Papa no quiso admitir ni dar lugar a las explicaciones propuestas por los monjes, antes quiso absolutamente que el abad Blanquerna fuese obispo para que mejorase el obispado, como había mejorado el monasterio. Y porque quería se ejercitase en la obediencia, despachó expresamente un rescripto al abad, en el que se le mandaba por santa obediencia dejase la abadía y aceptase el obispado. En fin, el abad Blanquerna hubo de obedecer renunciando la abadía, con universal sentimiento y dolor de los monjes, porque perdían tan noble abad, y aceptando el obispado con singular gozo y alegría de los canónigos que le habían elegido, por cuanto en él lograrían el más digno y mejor obispo.

CAPÍTULO LXVIII

DE QUÉ MANERA EL OBISPO BLANQUERNA ORDENÓ SU OBISPADO

1. Entró en capítulo el obispo con sus canónigos, y les habló de esta forma: —Vuestra voluntad es, señores, que yo sea vuestro pastor. En gran servitud me hallaba yo cuando era abad, mas ahora estoy en mucha mayor, pues con más grande afán y peligro guarda el pastor a sus ovejas cuando gordas que cuando son flacas. Y así, pues habéis querido que yo

sea vuestro obispo, os pido ayuda y consejo para ser buen pastor y guardar bien mis ovejas. Y quiero primeramente saber de vosotros cuánta es la renta de esta iglesia, cuántos son los canónigos y los beneficiados en la catedral y cómo se reparten las rentas de la iglesia. Todas estas cosas quiero se me pongan por escrito, para que pueda yo allá a mis solas discurrir si pudiera mejorar algunas cosas en esta iglesia a honra de Dios y de la Virgen María, y para dar buen ejemplo a los seglares, los cuales pecan muchas veces por el mal ejemplo que les dan su pastor y sus compañeros los canónigos y los otros eclesiásticos y curas.

2. Luego, en presencia del obispo y de los canónigos, fue puesto por escrito todo lo que el obispo mandaba, y vio que en aquella catedral había veinticuatro canónigos, sin contar al arcediano, sacristán, paborde, deán y cabiscol; y que había trece racioneros y otros oficiales, según se conviene haber en una catedral. Muy dotada estaba aquella iglesia, pues la porción sola del obispo montaba hasta tres mil libras de renta por cada año. Mucho estaba pensando el obispo en el estado de su diócesis y en cuál modo pudiera mejorarlo.

3. Sucedió un día que en la misa se cantó el evangelio en que nuestro Señor Jesucristo prometió las ocho bienaventuranzas. Y después de concluida la misa, entró el obispo en capítulo, según tenía por costumbre una vez a la semana, y, estando allí con todos los canónigos, habló en esta forma: —Bien habéis entendido, señores, cómo nuestro Señor Jesucristo promete en su evangelio ocho bienaventuranzas; por lo cual quisiera, con vuestro consejo y voluntad, ordenar en este obispado tal regla y ordenación, con que pudiésemos todos obtener las ocho bienaventuranzas referidas. Y empezando primero por mis rentas, hago de ellas tres partes: la una quiero sea repartida entre los pobres de Jesucristo; la otra se gaste en pacificar a los que están en enemistades y disensiones, y la tercera, para mi manutención y para el gasto de toda mi familia.

4. El arcediano dijo entonces al obispo que gran deshonor sería de su persona y de todo el clero de la catedral si no mantenía en su casa mucha familia para acompañarle y honrarle, lo que no pudiera mantener con sola la tercera parte de sus rentas. Mas el obispo respondió diciendo que ninguna honra debe ser deseada, si no es con la intención de servir a Dios; y que honra uno más a Dios con hacer limosna que con tener mucha familia superflua por ostentación y vanagloria. Pues mucho mejor y más honrado queda el palacio del prelado cuando están en sus puertas muchos pobres a quienes se da bien de comer y se les hace limosna, que no cuando en la mesa del prelado sirven muchas copas doradas y otra vajilla de plata, ni cuando comen en ella muchos criados y familia, ni cuando en la caballeriza hay muchos caballos y muchas mulas, ni menos cuando en los cofres guarda muchos preciosos vestidos y mucha moneda y dinero recogido.

5. En fin, quiso el obispo y ordenó que el número de los canónigos se dividiese en tres partes: la una fuese destinada para servir las ocho bienaventuranzas, la otra para estudiar la teología y cánones, y la tercera se destinase para el servicio de la iglesia. Y ordenó asimismo que todos los veinticuatro canónigos y él mismo fueran reglares; como también para

todos los clérigos que servían sus beneficios cantando en la iglesia, concluidas las honras y la misa, estudiasen teología y el derecho canónico, y que comiesen juntos en el refitorio y durmiesen en el dormitorio, a fin de que, muriendo algún canónigo, fuese uno de ellos elegido en lugar del difunto, y que se les proveyesen las vicarías o curatos de las iglesias parroquiales. Todas estas ordenaciones quiso el obispo Blanquerna fuesen establecidas para siempre, y que fuesen otorgadas por todo el cabildo de los canónigos y por los demás eclesiásticos de su iglesia y confirmadas por el Papa y cardenales.

6. Fuerte disputa tuvo el obispo sobre estas ordenaciones con el arcediano y algunos canónigos, sus parciales; pero en resolución les dijo que no sería obispo, menos que ellos otorgasen y consintiesen en aquellas ordenaciones, y que enviaría al Papa a suplicarle las confirmase, y caso que no quisiese confirmarlas, le excusase de ser obispo, pues no quería ser pastor sin poder defender sus ovejas de los lobos. De hecho envió luego al Papa todo el proceso de sus ordenaciones por medio de dos canónigos muy santos y devotos. Al instante que el Papa hubo leído todas las ordenaciones que el obispo Blanquerna había hecho en su obispado, envió un rescrito para que en todo se hiciese la voluntad del obispo. Y alegróse mucho entonces de haberle confirmado, esperando entrar en parte del mérito de todo el bien que hacía el obispo Blanquerna, por cuya razón confirmó para siempre todas las ordenaciones que él le había enviado. Cuando llegaron de la corte romana los enviados con la confirmación de las ordenaciones, alegróse sumamente el obispo Blanquerna, y arregló su obispado según queda dicho arriba, empezando por la ordenación de los estudios, y después por la de las ocho bienaventuranzas, como se dirá en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO LXIX

DE LA POBREZA

1. El obispo entró en capítulo con los canónigos, y les dijo que nuestro Señor Jesucristo prometió el reino de los cielos a todos los que serían pobres de espíritu; y por esta razón quería que uno de los canónigos fuese destinado al oficio de pobreza para predicarla y ser cabeza y jefe de todos los pobres de aquella ciudad, a cuyo efecto, ante todas las cosas, había de partir todo el producto de su canonicato por amor de Dios, y en seguida de esto, ir pidiendo por amor de Dios todo lo preciso para sustentar su vida, vistiendo pobremente y corrigiendo sin empacho alguno a los ricos de espíritu. Mientras el obispo proponía el método que se debía llevar en aquel oficio, un canónigo de muy santa vida se puso en pie y pidió se le concediese el tal oficio de Pobreza, prometiendo cumplir con todo su poder las condiciones expresadas pertenecientes a este oficio y encargo, si se lo otorgaban.

2. Fuéle concedido al canónigo el empleo, y luego el obispo hizo publicar por todas las iglesias de la ciudad cómo tal canónigo había tomado

el oficio de pobreza para ser jefe y cabeza de todos los pobres; y así, que todos recurriesen a él, quien iría con ellos por la ciudad pidiendo por amor de Dios cuanto necesitasen para sustentar la vida. Y el obispo concedió muchos días de perdón a los que le hiciesen limosna. El canónigo dio por amor de Dios todos sus ricos vestidos, sus caballerías y demás alhajas y muebles de su casa, y, pobremente vestido, iba pidiendo por amor de Dios para los pobres vergonzantes, desvalidos y enfermos; y, asimismo, para casar pobres doncellas y criar chicos huérfanos y menesterosos, a quienes procuraba después dar maestros de letras o artes mecánicas, para que pudiesen así ganarse la vida.

3. Aconteció un día que este canónigo fue convidado a comer en casa del arcediano. Y mientras estaban comiendo, vio que el arcediano se regalaba con distintas viandas muy delicadas y costosas. Vista por el Canónigo de Pobreza toda aquella profusión, levantóse de la mesa, exclamando en alta voz: "Huyamos de aquí, huyamos, que el arcediano gasta los bienes de Jesucristo y de sus pobres." Y así gritando, salióse de casa del arcediano y fué por las calles de la ciudad y casas de los canónigos. Y seguíanle muchos pobres, que decían a voces las mismas palabras del canónigo. Muy corrido se quedó el arcediano en esta ocasión, y muchos fueron los que sintieron se les remordía la conciencia por la reprensión que daba el canónigo al arcediano.

4. Otro día sucedió que el Canónigo de Pobreza comía con el cabiscol; y mientras estaba comiendo, entraron en casa de éste muchas caballerías cargadas de trigo, propio del cabiscol, quien era hombre muy avaro y recogía dinero para enriquecer un sobrino suyo que amaba mucho. Al punto que el canónigo reparó entrar tantas cargas de trigo, se levantó de la mesa y se fue por las calles de la ciudad recogiendo los pobres de Jesucristo. Después que hubo juntado a muchos, se fue con ellos al palacio del obispo gritando: "¡Justicia, justicia!" Y clamaban así con él todos los pobres. Mucho se maravilló el obispo y los que estaban con él al oír estos clamores, y saliendo a la puerta de palacio con sus canónigos, encontraron muchos pobres, que, acompañados del Canónigo de Pobreza, su procurador, clamaban a grandes voces: "¡Justicia, justicia!" Preguntó el obispo al canónigo que por cuál motivo clamaban así, y respondióle con estas palabras:

5. —Señor: está escrito que todo lo que sobra a los eclesiásticos, a excepción de lo preciso y honesto, debe de ser y es de los pobres de Jesucristo. Y como el cabiscol de vuestra iglesia tiene recogido mucho trigo y quiere ahora venderlo para comprar con este dinero un castillo para su sobrino, pídeos, señor, que el trigo o el dinero que se saque de él sea entregado a los pobres que vos me habéis encomendado, pues debe ser suyo; porque el cabiscol no tiene boca ni estómago para tanto trigo como tiene recogido; y no siendo su sobrino eclesiástico ni pobre, no tiene derecho para servirse de él; y, por tanto, pido y requiero que se me haga justicia. Entonces el obispo, para saber la verdad del hecho, envió a llamar al cabiscol, y encontró que era así como decía el canónigo; por lo cual quedó muy avergonzado y confuso, en cuya consecuencia el obispo sentenció que todo el trigo fuese entregado a los pobres de Jesucristo, con

tal que, si el sobrino quisiese juzgarse y tenerse por pobre, pudiese obtener igual porción de trigo como uno de los demás pobres.

6. Predicaba el canónigo todos los días por las plazas de la ciudad la pobreza e increpaba el deseo a las riquezas, cuando, un día, cierto caballero muy rico y muy honrado de aquella ciudad le convidó a comer. Y antes de ponerse a la mesa, rogó el canónigo al caballero le enseñase toda la casa. El caballero condújole por todo, y el canónigo observó que en toda la casa no había pieza alguna que no estuviese con todos los adornos correspondientes; pues, a más de ser la casa muy hermosamente fabricada, estaban todos los cuartos con todo el aseo y compostura que a su estado correspondía. En algunas piezas había muchas camas cumplidamente aderezadas con ricos lienzos, mantas y pabellones. En otras había distintas armas, bellísimas colgaduras de terciopelo y bancos primorosamente entallados. En las caballerías había bellos caballos y bellas mulas. En la cocina, grande aderezo, y en el corral, gran multitud de gallinas, gansos y otra volatería, y bastante leña. En el jardín, muchos árboles y bellas flores. En la bodega, gran copia de vino blanco y tinto. En los graneros abundaba el trigo y la cebada, y en la despensa, el pan y la harina. En los aparadores había copiosa vajilla de plata, y en los guardarrropas, bellas ropas y ricos vestidos. En las arcas, cantidad de moneda, y en los cofres, muchas, ricas y preciosas joyas y copiosa cantidad de telas finas. En suma, sí el caballero como su esposa y demás familia estaban muy bien y ricamente vestidos, y lograban cumplidamente todo cuanto necesitaban. Después que el canónigo lo hubo visto todo, dijo que, en cuanto había observado en toda la casa, nada había visto que tuviese rastro ni señal de pobreza, y, por consiguiente, que él no quería comer en aquella casa, puesto que aquel caballero era siervo de la riqueza, que era contraria a su señora la pobreza.

7. Ya estaba el canónigo para salir de aquella casa e irse a comer a otra parte, cuando el caballero le dijo que aun tenía otro aposento secreto en casa, que él no había visto, y deseaba que le viese; y condujo al canónigo en aquella pieza, que estaba pobremente aderezada. En ella comenzaron privadamente aquel día el canónigo, el caballero y su mujer unas pocas y flacas viandas. Después el caballero le enseñó la pobre cama donde solía dormir con su mujer y el cilicio que vestían, y le enseñó un libro donde estaban escritas todas las limosnas secretas que hacían. En otro cuarto excusado había un crucifijo, en cuya presencia el caballero y su mujer acostumbraban estar en oración y contemplación, rogando a Dios y hablando de Dios. Mucho se maravilló el canónigo del modo de vivir de aquel caballero y su mujer, y preguntóles por cuál motivo iban los dos vestidos tan ricamente, y por qué tenían su casa tan ricamente aseada y abastecida de todo, y por qué tanta familia y ostentación. A esto satisfizo el caballero diciendo que tenía su casa así abastecida de todo a fin de que fuese más pobre de espíritu; por cuanto mayores eran las riquezas y los bienes temporales y más frecuente las veía y las despreciaba, tanto más era pobre de espíritu. Agradó mucho al canónigo el modo de vida de aquel caballero y su mujer, y alabó y bendijo a Dios, que le había dado tan buenos compañeros en servir a la pobreza de espíritu.

CAPÍTULO LXX

DE LA MANSEDUMBRE

1. El obispo Blanquerna encargó a otro canónigo el oficio de Mansedumbre, con la obligación de predicarla, y que se mostrase mansueto y benigno, para que sus sermones fuesen más veraces y diesen mayor fruto. Y repartió los demás oficios entre los otros canónigos destinados a servir las otras bienaventuranzas, reservando para sí el oficio de Paz. Aconteció un día que el mayordomo del arcediano había comprado mucha carne, gallinas y perdices; y a tiempo que el Canónigo de Pobreza, acompañado de muchos pobres, iba por la ciudad pidiendo por amor de Dios, se encontró con dicho mayordomo, que conducía a dos hombres cargados con toda aquella provisión de carne y volatería. Y luego el canónigo, con todos los pobres que iban con él, gritaron a grandes voces: "¡Ah ladrones, ah ladrones, que el arcediano hurta la carne a los pobres de Jesucristo!" Muy airado y disgustado se quedó por ello el mayordomo, y mucho se escandalizó y enfadó el arcediano cuando aquél se lo contó; tanto, que pensó sacudir al Canónigo de Pobreza. Mas el de Mansedumbre le hizo presente a la memoria cómo nuestro Señor Jesucristo fue mansueto en su pasión y en la cruz, en la cual, siendo inocentísimo, se dejó enclavar, vulnerar y matar, y siendo el arcediano culpado, ¡con cuánta mayor razón debía ser más paciente y mansueto si el Canónigo de Pobreza con justicia le acusaba y le reprendía de la injuria que hacía a los pobres de Jesucristo, que el obispo y todo el cabildo le tenían recomendados! Con tanta devoción y humildad habló el Canónigo de Mansedumbre al arcediano, que tuvo paciencia y conciencia, refrenó la ira y mala voluntad y pidió perdón al Canónigo de Pobreza.

2. En la misma ciudad había una mujer que amaba mucho a su marido. Era éste lujurioso; y porque faltaba a la fidelidad debida a su mujer, estaba ésta muy impaciente, y prorrumpía frecuentemente con muchas palabras villanas y descorteses contra su marido. Aconteció un día que, mientras iba con otras mujeres a la iglesia, estaba el Canónigo de Mansedumbre predicando en la calle, delante de la iglesia, de la paciencia y mansedumbre, y decía estas palabras: "Mucho más fuerte es el simple y el mansueto que el iracundo y el impaciente orgulloso, porque el mansueto pelea con caridad, justicia, prudencia y fortaleza contra el otro, y el impaciente airado pelea con los vicios contrarios a estas virtudes." Hízose cargo la mujer de lo que decía el canónigo, y quiso probar si con blandas y humildes palabras corregiría a su marido con mansedumbre y paciencia; por lo cual, en adelante, sabiendo que su marido le había faltado, le avisaba con palabras suaves y humildes y le mostraba alegre el semblante, como si tal cosa no fuese; y con esto vino a suceder que, cuanto mayores eran los yerros que el marido cometía contra ella, tanto más se aumentaban en su conciencia los remordimientos de sus pecados; y por la multiplicación de la conciencia, vinieron en él la castidad, la justicia y la

vergüenza, que concuerdan con la conciencia, y vencieron con la fortaleza a la lujuria en el corazón del marido.

3. Predicaba en la plaza el Canónigo de Mansedumbre al tiempo que un hombre increpaba a otro de latrocinio, y éste airadamente se escudaba, amenazándole de manera que, según las palabras que decía, parecía que fuese como Dios, que no pudiese errar ni cometer alguna falta; y cuanto más fuertemente se excusaba, tanto más crecía la ira, por la cual iba aumentándose la sospecha en el otro que le increpaba, siendo así que la ira y la sospecha concuerdan entre sí, y suelen los hombres culpados excusarse con mayor energía de voces que los inocentes. Mientras los dos así porfiaban, el canónigo que estaba predicando dijo estas palabras: "Increparon a Jesucristo muy injustamente cuando le decían que era encantador, endemoniado y samaritano; respondió, pero humilde y benignamente, con pocas palabras, diciendo que no era endemoniado ni encantador. Y, por esto, el que se excusa más altamente de lo que hizo Jesucristo, parece da a entender con sus palabras que no puede errar ni cometer pecado."

4. A tiempo que el canónigo acababa de decir las palabras referidas, desprendióse una teja de un tejado muy alto y le abrió una grande llaga en la cabeza, que sufrió con paciencia y mansedumbre, diciendo algunas palabras muy humildes y devotas. Y sucedió también que, mientras le llevaban en casa del cirujano, estaban dos hombres riñendo en la calle, y el uno, queriendo dar al otro con un cuchillo, hirió al canónigo en un brazo y le llagó malamente. Mas éste, con gran benignidad y paciencia, dijo que Dios le perdonase la mala obra que le había hecho; y alabó y bendijo a Dios, que quería y ordenaba que tuviese paciencia. De estas palabras del canónigo quedaron muy edificados todos los que iban con él, y mayormente el otro, que tanto se excusaba del latrocinio de que le acusaban.

5. Después de largo tiempo, cuando ya el canónigo se hallaba sano de sus heridas, sucedió que el príncipe de aquella tierra desheredaba y hacía muchas injurias a la Iglesia, por ser un mal cristiano, quien no quería obedecer al obispo Blanquerma en lo que le amonestaba y le decía según su oficio. Vino a noticia del Papa la violencia y la injuria que hacía aquel príncipe a la Iglesia, y, en consecuencia, envió orden al obispo que le descomulgase. Mas como sabían que el príncipe era hombre malo y cruel, por temor que nos les matase, estaban todos muy medrosos y reparaban y tenían mucho descomulgarle. Entró, pues, un día el obispo y los canónigos en capítulos, donde concurrieron también los que eran oficiales de las ocho bienaventuranzas del Evangelio; y se disputó entre todos cuál de ellos, según su oficio, debía ir a descomulgar al príncipe. Y determinó el obispo que el Canónigo de Mansedumbre debía ejecutarlo por razón que Jesucristo, que es su Pastor, de quien son procuradores los demás pastores y prelados de este mundo, fue mansueta; y también porque la excomunión debe intimarse con palabras de mansedumbre y contrición, por todo o cual fue concluido que el Canónigo de Mansedumbre debía ir a descomulgar al príncipe.

6. Vino, pues, el canónigo en presencia del príncipe, y le habló en esta forma: —Nuestro Señor Jesucristo dijo que los mansuetos poseerían la tie-

rra; por tanto, a mí, que tengo el oficio de Mansedumbre, me envían a vos para descomulgaros por la violencia e injuria que hacéis a la Iglesia. Vencido ha en mí la mansedumbre al temor, y me hace venir a vos, despreciando el peligro de muerte. Mas, si en vos hay fortaleza, justicia, paciencia y mansedumbre, éstas harán que os sean agradables mis palabras; si, pero, en vos se encuentran la ira, la desobediencia y la injuria, con mis razones humildes y benignas pretendo vencer vuestras orgullosas palabras.

7. Sintió vivamente el príncipe que el canónigo le descomulgase, y mandó que, en su presencia, le despojasen, le atasen y le azotasen, y que le hiciesen después morir a mala muerte. Mas el canónigo, mientras le desnudaban y ataban, rogaba a Dios que perdonase al príncipe y a los que estaban para azotarle, y alababa y bendecía a Dios, que le hacía llevar esta penitencia por los pecados que había cometido en este mundo. Y cuanto más reciamente le azotaban y atormentaban, tanto más se le traslucía la piedad en el aspecto y con mayor devoción decía: "Señor Jesucristo, tú me criaste a tu semejanza y tomaste naturaleza semejante a la mía, y ahora dispones que yo sea atormentado en este modo semejante a la manera con que quisiste ser atormentado, para que yo te sea semejante, por lo que no podría yo retribuirte ni agradecer los dones y el favor que te has dignado darme y hacerme. Alábote y bendígote, Señor, porque quieres honrarme tanto y exaltarme. No sería yo mansueto ni a ti semejante si aborreciese y maldijese a los que me atormentan y mandan atormentarme."

8. Mucho se maravilló el príncipe de las palabras que decía el canónigo, por lo cual mandó que no le azotasen ni atormentasen más, y luego le habló de esta forma: —Solían los eclesiásticos en algún tiempo ser soberbios, holgazanes y descomedidos: ¿de dónde, pues, viene ahora que tú hables con palabras tan humildes, tan mansuetas y devotas? ¿Habría ya, por ventura, llegado el tiempo en que vuelvan en vosotros, eclesiásticos, la humildad, la mansedumbre y la devoción? ¿Y que los seglares tomásemos de ello ejemplo y enseñanza? Ruégote, por Dios, y te conjuro que me digas la verdad sobre el estado de tu obispo y de tus compañeros, pues no dejará de haber alguna nueva y rara virtud en los que, en lance tan apretado como es éste, han enviado a mí un hombre como eres tú.

9. Entonces el canónigo refirió al príncipe todo lo que había acontecido al obispo Blanquerna: cómo antes era abad de cierto monasterio de monjes y cómo después ellos le habían elegido por su obispo, y le informó de cómo había ordenado y regulado toda su diócesis y que él era uno de los ocho canónigos, los cuales, en su forma y modo de vida, significaban las ocho bienaventuranzas que prometió Jesucristo a sus apóstoles y discípulos y a todos sus sucesores. En esto, la divina luz, con amor celestial, ilustró el corazón del príncipe, quien se explicó con estas voces: —No es razón que un tal obispo y tales compañeros sean desobedecidos en cosa alguna. Y luego después, el príncipe, junto con el canónigo, se fue a pedir perdón al obispo Blanquerna y a sus canónigos y satisfizo el agravio e injuria que había hecho a la Iglesia. Y cuando le hubieron absuelto de la excomunión, encomendóse en la gracia y bendición del obispo y de todo el cabildo.

CAPÍTULO LXXI

DEL LLANTO

1. El obispo Blanquerna instruyó al Canónigo de Llantos cómo debiese llorar en común por todas aquellas cosas que convenían ser lloradas, y dióle arte y regla para mover su corazón a amar tan de veras a Dios, hasta que llegase a subir el agua a los ojos para llorar. Aconteció, pues, un día que este canónigo pasaba por el matadero, y reparó que el Canónigo de Mansedumbre se entretenía allí mirando cómo los cortantes ataban y degollaban a los corderos sin que éstos se resistiesen ni balasen; antes recibían la muerte en paz. Preguntóle entonces el Canónigo de Llantos por cuál motivo se entretenía allí. Y respondióle que estaba mirando matar aquellos corderos para acordarse de su señor Jesucristo, quien, como manso cordero, se dejó prender, atar, atormentar y matar para salvar a los pecadores. Al oír esto el canónigo, dijo: —Llorar, pues, me conviene ahora la muerte de Jesucristo. Y luego los dos canónigos se detuvieron algún tiempo llorando con devoción. Y muchas veces venían allí los dos a llorar, por el consuelo que experimentaban en el llanto y por el fruto que sacaban de muchos hombres que, viéndoles llorar así, se sentían movidos a contrición de sus pecados y lloraban la pasión que por ellos había sufrido nuestro Señor Jesucristo.

2. Otro día, el Canónigo de Llantos pasaba por delante de una sinagoga, y vio que concurrían allá muchos judíos para rogar a Dios. Y parándose delante de la puerta, se acordó de cómo los malditos judíos habían concertado la muerte de Jesucristo; y cómo en este mundo le habían deshonrado, despreciado, atormentado, blasfemado, crucificado y muerto; y cómo perseveraban en no creer en él, y le maldecían sin cesar todos los días. Pensando en todas estas cosas el canónigo y cómo los tales judíos ignorante y maliciosamente se condenan, lloró muy fuertemente, diciendo estas palabras: “¡Ah caridad y devoción! Y ¿por qué no acudís a honrar a nuestro Señor Dios entre aquellas gentes que creen honrarle y le deshonrar? ¡Oh piedad! Y ¿cómo no os compadeceís de estas gentes perdidas que todos los días se precipitan ignorantemente en el fuego perdurable?” Muchas otras exclamaciones, acompañadas con lágrimas, hizo allí el canónigo. Y repetidas veces venía en aquel paraje a llorar, para que la divina gracia iluminase a los errantes y diese devoción a los cristianos, con que, por virtud de Dios, tuviesen mayor cuidado y diligencia que no tienen en alumbrar a los infieles.

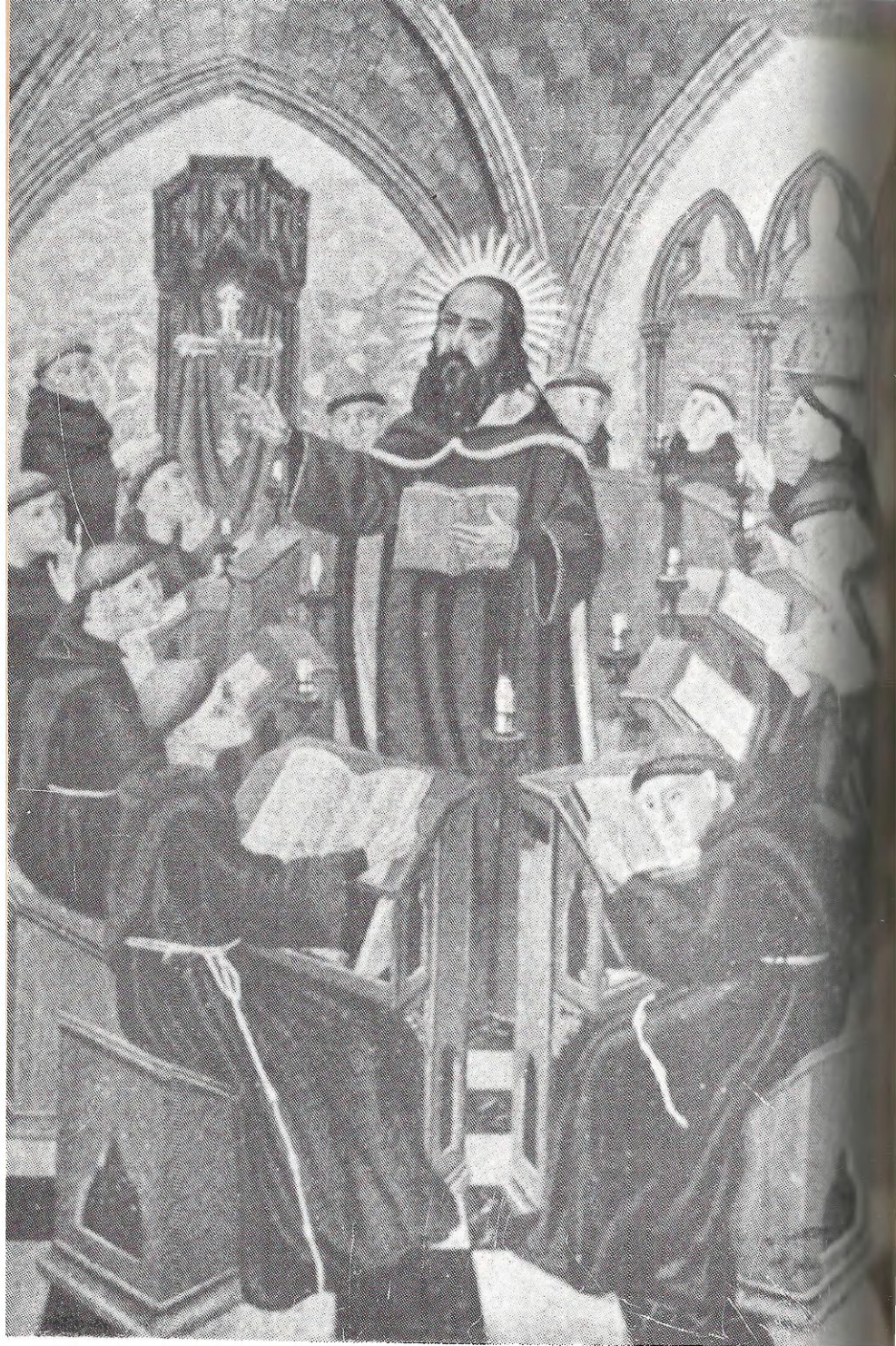
3. Cierta mujer tenía a su marido, que mucho amaba, esclavo en tierra de moros, que fue después redimido por gran cantidad de dinero. Y como, después de haber vendido la buena mujer todos sus bienes y los de su marido, no bastase lo que había sacado para pagar la redención, iba por las iglesias y por las plazas recogiendo por amor de Dios, para cumplir la cantidad de dinero para el rescate. Un día, pues, el Canónigo de Llantos encontró en la plaza a esta buena mujer, que llevaba consigo a

cuatro hijos chiquititos, pidiendo limosna y llorando, mientras estaba contando a muchos hidalgos la esclavitud en que se hallaba su marido y los tormentos que padecía en su cautiverio. Todos aquellos señores, compadeciéndose de aquella mujer, le dieron dineros y la consolaron en su tribulación. Desués que la buena mujer hubo acabado de explicar sus sentimientos y recibido la limosna, el canónigo, llorando, dijo estas palabras: —Llora la mujer a su marido y se compadece de los tormentos que padece en su cautiverio; reducido ha sus hijos a la mendiguez y va con ellos entre la gente pidiendo una lismona por amor de Dios, y ¡hace cuanto puede para recobrar a su marido! Pero ¿quién es el que haga otro tanto para honrar a su Creador, Bienhechor y Señor de todo cuanto hay, digo a nuestro Señor Jesucristo? Este Señor es mucho más amable que no lo es el marido de esta buena mujer. En esclavitud están los lugares donde él fue concebido, donde nació y donde fue aprisionado, crucificado y muerto, porque se hallan en poder de los moros. Luego más sentidamente debemos llorar por Jesucristo que no por el hombre que vive estando en poder de los infieles. Y así, ¿cuál de vosotros me ayudará a llorar la ingratitud de las gentes que no hacen cuanto pueden para honrar y obedecer a su Señor Creador y Redentor? Muy fuertemente lloró el canónigo, hasta obligar a los demás que se humillasen en acompañarle con el llanto.

4. A la entrada de la ciudad habitaban las mujeres prostitutas. Y pasando por aquel barrio en una ocasión el Canónigo de Llantos, vio a muchas de ellas que vivían allí, y acercándose a ellas, empezó a decir estas palabras: —Llorar quiero los pecados de estas infelices pecadoras, que por un dinero se entregan al demonio, y siendo así que un mundo entero no vale tanto como una sola alma, con todo esto, cada una de estas mujeres entrega su alma y cuerpo al demonio por un dinero. Llorar me conviene el que el príncipe o los regidores de la ciudad no prohiban que en lugar tan público como es éste habitan estas mujeres, las cuales son ocasión de pecar a cuantos pasan por aquí. Lloran mis ojos, pues no hay en esta ciudad quien procure que estas mujeres no anden y estén en tan peligroso oficio. Mientras así lloraba el canónigo, aquellas mujeres comenzaron a llorar con él, excusándose con decir que lo hacían a causa de su pobreza. Tan piadosamente lloraba el canónigo y las mujeres, que movían a gran compasión la gente que por allí pasaba. A este tiempo, un caballero muy rico, que no tenía sucesión, entraba montado a caballo por la ciudad con su mujer y mucha familia, y acertaron a pasar por allí y oyeron las palabras que decía el canónigo llorando con aquellas infelices. Y Dios, por los méritos del canónigo, fue servido de inspirar con su divina gracia al caballero y su mujer, de manera que recibieron como a hijas aquellas mujeres, llevándoselas en casa. Y, en consecuencia, aquel caballero y su mujer casaron a las unas, y las otras encomendaron a otros señores para que en casa las enseñasen a servir y vivir honestamente; a otras dieron algún oficio para ganarse la vida; y al cabo hizo aquel caballero un hospital, donde estuviesen sirviendo a Dios todas aquellas mujeres que quisiesen abandonar y apartarse de aquel pecado público de lujuria, dotando el hospital con algunas rentas. Y después trató con el príncipe y con los ministros de la ciudad que en adelante no estuviesen



Ramon Llull presenta al rey Jaime II de Mallorca el *Libro de Contemplación*



Ramón Llull en el Colegio de Miramar

semejantes mujeres en las cercanías de las puertas de la ciudad, ni en las calles o caminos públicos, para obviar el mal ejemplo que pudieran tomar de ellas los hombres y las mujeres que van transitando por allí.

5. En el día de Pascua de Resurrección, el Canónigo de Llantos, para dar alguna tregua a las lágrimas y recrearse de lo mucho que había llorado la sagrada pasión de nuestro Señor Jesucristo en la Semana Santa, vino a la iglesia donde el obispo Blanquerna debía predicar, y al llegar a las puertas, vio que entraban en ella muchas mujeres ricamente vestidas, compuestas las cejas y afeitadas sus caras con colores blancos y encarnados, para ser vistas de los hombres y codiciadas torpemente. También reparó algunos mozos noblemente vestidos y bien peinados, con guirnaldas en la cabeza y divisas en sus vestidos, y que antes miraban y atendían a las mujeres y a sus facciones que no al altar ni a la cruz, donde se nos representa la santa pasión del Hijo de Dios, Jesucristo. Viendo el canónigo todos estos desórdenes, púsose a la puerta de la iglesia, y se estaba allí llorando los pecados de las gentes y el olvido e ingratitud que tenían de la cruel pasión de Jesucristo, su Salvador.

6. Mientras el canónigo así lloraba, vino el obispo a la iglesia, y encontrándole allí a la puerta llorando, le preguntó el motivo de su llanto. A que respondió: —Señor, acordándose el Hijo de Dios de su pueblo perdido, quiso encarnarse y sufrir pasión y muerte para recuperarle. Olvidada es ahora su santa pasión y no hay alguno que santamente se alegre de su santa resurrección. Recordada es por hombres y mujeres la lujuria, pues todos traen y dan señal de ella viniendo a esta iglesia, no para arrepentirse de sus pecados, sí para multiplicar aquí sus vicios. Consolarme en mis llantos, pues en ellos solamente encuentro mi consuelo, porque el acordarme de sus pecados es el motivo de mi pena y desconsuelo.

7. Pareció bien al obispo el que así llorase el canónigo, y, acercándose a él, lloraron los dos largo rato. E inmeditamente cuantos estaban dentro de la iglesia supieron el motivo por qué lloraban, y se quedaron muy corridos y avergonzados todos aquellos hombres y aquellas mujeres, que daban señas de lujuria en su porte y modo de vestir. En seguida de esto predicó el obispo, y les dijo que no permitiría en adelante que los hombres y las mujeres entre sí pudiesen verse en la iglesia. Y valióse del ejemplo de los judíos y de los moros, diciendo que si aquéllos, que son infieles y se halan en error y en vía de condenación, tienen y observan esta buena ordenación, ¡con cuánta mayor razón debemos guardarla y observarla los que somos cristianos y estamos en la verdadera ley y camino de salvación, precaviendo que no se haga alguna irreverencia y deshonor al santo sacrificio del altar, cuando es digno de infinito honor!

8. Continuaba todos los días el Canónigo de Llantos a llorar en la iglesia por los pecados del pueblo, e iba por todas las calles de la ciudad, y lloraba siempre que veía alguna cosa que mereciese ser llorada; porque en aquellas cosas en que podía percibir que Dios no fuese amado, conocido y obedecido, en todas se esforzaba a llorar, para mover la gente a contrición y conciencia y que diesen gloria a Dios pidiéndole perdón y devoción. ¿Quién sería bastante para decirnos el bien que hacía el Canónigo de Llantos y el mal que se evitaba por lo que él obraba? ¿Y los que

se ríen y huelgan mientras van errados, cómo pudiera holgarse y dormir si quisieran imitarle?

CAPÍTULO LXXII

DE LA AFLICCIÓN

1. Predicaba todos los días el Canónigo de Aflicción ayunos, vigiliass y aflicciones, diciendo que nuestro Señor Jesucristo promete hartura a los que padecerán hambre y sed por su amor. Aconteció, pues, un día que un trajinero comía pan y cebolla mientras el macho comía la cebada. Flaco y descolorido estaba el trajinero, cuando el macho bien gordo y brioso; y reparándolo el canónigo, preguntóle por qué cuidaba más del macho que de sí propio. A que respondió que el macho no podría llevar la carga si no comía bastante cebada, pero él bien podía pasar con pan y cebolla. En seguida de este razonamiento, dijo el canónigo en presencia de muchos hombres:

2. —El ayunar o comer flacas viandas por avaricia, no es ocasión para merecer obtener la bienaventuranza de la hartura que Dios promete en su Evangelio, quien no manda al hombre saciar más a su jumento que a su propio cuerpo, porque no concuerdan entre sí la avaricia y la justicia.

3. Otro día que el Canónigo de Aflicción predicaba en una plaza, acertó a pasar por allí montado a caballo, el arcediano, que iba a un castillo a divertirse, y en otra caballería hacía llevar barriles de vino y gallinas muertas ya del día antes a fin que fuesen más tiernas para la comida, con su provisión de pan fresco, salsas y dulces. Era muy gordo y gran comedor el arcediano, a quien delante de todos, preguntó el canónigo cuál valía más para el cuerpo y para el alma: la hartura de viandas corporales o la hartura de la gracia que Dios promete a los que por su amor padecerán hambre, sed y aflicción. Fuése el arcediano sin responderle palabra, porque llevaba mal pleito.

4. El canónigo salió de aquélla y se fue a otra ciudad a predicar aflicción. Y en el crucero de los caminos encontró a dos religiosos que disputaban sobre cuál camino habían de tomar, pues el uno tenía devoción de ir a predicar en un lugar y el otro decía que era muy lejos y que antes de llegar allí, padecerían por el camino hambre y sed y por esto, más quería andar por el otro camino para hallarse más presto en poblado. Cuando el canónigo hubo entendido el asunto de la contienda, reprendió severamente al fraile que para predicar la palabra de Dios temía padecer hambre y sed, diciéndole que si nuestro Señor Jesucristo no temió el sufrir hambre y sed, pasión y muerte para salvar a su pueblo, ¡cuánto menos debe el hombre excusarse de sufrir hambre y sed para honrar a Dios habiendo recibido de Su Majestad tan grandes beneficios!

5. Entrando después el canónigo en aquella ciudad donde iba a predicar, encontró a un hombre que por amor de Dios daba de limosna un dinerito a un pobre para que Dios le perdonase y le tuviese por excusado de un ayuno que había quebrantado en la Cuaresma, sobre lo cual hubo

entre el canónigo y el que daba la limosna una larga disputa, a saber, si aquel dinerillo le excusaría o no del ayuno. Alegaba el hombre que se seguía mayor bien de aquel dinerillo que daba que del ayuno, y, por consiguiente quedaba excusado por aquella limosna que hacía. Respondió el canónigo que, en el presente caso, no era aquella limosna hecha según justicia, porque según ésta, era conveniente que el que había pecado por superfluidad de gula fuese castigado y mortificado con hambre y sed, a cuya mortificación no equivalía aquel dinerito. Y con esto le convenció el canónigo, y reprendióle después severamente.

6. Estando ya el canónigo dentro de la ciudad, encontró a muchos pobres que iban buscando limosna por amor de Dios; y todos acudieron a él como a su jefe, quien andaba con ellos por las casas de los ricos gritando a voces: “Hambre, hambre, hambre.” Cuando un día sucedió que un mercader muy rico mandó que al canónigo y a los demás pobres se les diese tanto de comer y beber hasta que estuviesen del todo hartos. Pero, después que todos hubieron comido muy bien, volvieron a gritar con mayor ahínco que antes: “Hambre, hambre.” De lo que se maravilló mucho aquel mercader, y creyéndose que aun no habían comido bastante, mandó se les diese más. Entonces le dijo el canónigo: —Señor, muy bien hemos comido todos, a Dios gracias. y a vos, por la merced recibida; pero sabed que, si gritamos “hambre”, es para animaros a vos y los demás ricos a padecer hambre y sed por amor de Dios, para que logréis estar altos de saludable bendición en la gloria de Dios.

7. El canónigo se esforzaba cuanto podía a padecer hambre y sed por amor de Dios, en penitencia de sus propias culpas, y para dar ejemplo a la gente como sufriesen hambre, sed y aflicciones y tuviesen muy frecuente en la memoria la hambre que tuvo Jesucristo en el desierto y la sed que padeció en la cruz, para salvar y redimir del poder del demonio a nosotros pecadores. Y no tan solamente el oficio del canónigo era de emplearse en predicar la hambre corporal, sino también la espiritual, para que todo el mundo tuviese hambre y deseos de justicia, caridad y de las demás virtudes, hasta llegar por ellas a hartarse y saciarse en el estado de una buena y santa vida.

CAPÍTULO LXXIII

DE LA MISERICORDIA

1. Mientras el Canónigo de Misericordia la iba predicando todos los días, aconteció que, según justicia, debía ser sentenciado a muerte un hombre: éste tenía mujer y cinco hijos, quienes se sustentaban de lo que él ganaba trabajando con su oficio. Mandó el rey que se hiciese justicia de aquel hombre; y luego su buena mujer recurrió al Canónigo de Misericordia, rogándole vivamente que intercediera por ella y por sus hijos con el rey que usase de misericordia con su marido, para que la madre y los hijos tuviesen de qué vivir. El canónigo se fue al rey y le habló en esta forma:

2. —Señor, hermanas son la misericordia y la justicia. Luego, así como vos sois elegido rey para administrar justicia, del mismo modo conviene que seáis el conservador de la misericordia, para que ésta os perdona y que se cumpla en voz la palabra que nuestro Señor Jesucristo dijo en el Evangelio: "Que todos los que vivirán misericordiosamente, alcanzarán misericordia." Y si vos, algunas veces, no sois misericordioso, no se os concederá misericordia. Siendo, pues, yo el procurador de Misericordia, por esto, en presencia de la Justicia, os requiero que tengáis misericordia y la ejercitéis con esta mujer, dándole y restituyéndole su marido. Mucho consideró el rey en las palabras que le dijo el Canónigo de Misericordia, y temiendo obrar contra justicia si obedecía al canónigo, le respondió así:

3. —Es muy justo y conveniente que yo tema y honre a la justicia, pero temo deshonrarla si perdono ahora; y si dejo de perdonar, también temo que no quede agraviada, porque no obedezco a la misericordia, su hermana. Por lo cual estoy en gran cuidado, e ignoro lo que debo hacer para elegir lo mejor. Respondióle el canónigo y dijo que cuanto más el hombre era en sus obras semejante a Dios, en tanto era mejor y más noble y de mejores costumbres. Y siendo así que Dios perdona a los pecadores algunas veces y otras no, es evidente que al que era señor terreno y príncipe para representar a Dios y ser su ministro en la tierra, le sería lícito algunas veces el perdonar y otras el castigar. Tantas y tan buenas razones dijo el canónigo al rey y tan piadosamente le pidió misericordia, que el rey le concedió la gracia para aquel hombre ya sentenciado a muerte, diciendo que no merecía el canónigo dejar de ser obedecido en lo que pedía, ni otro cualquier hombre que fuese así de veras servidor de Misericordia y que tan piadosamente como él la supiese pedir y procurar.

4. Era tan solícito en servir a su oficio este canónigo, que muchas veces se presentaba en las curias para honrar, asistir y abogar por los pobres y por los huérfanos y viudas que no tenían quien los defendiese, y esto sin paga o salario alguno. Este canónigo, sobre ser un buen cristiano, era muy gran letrado, y muchas veces reprendía a los abogados que defendían los pleitos con trampas y embustes, y todos le temían, de manera que por temor de él no enredaban más los pleitos, como solían antes. Un día aconteció que un labrador recibía gran daño e injuria de un su vecino, que injustamente pretendía quitarle una pieza de tierra; y por más que repetidas veces había acudido a quejarse ante el juez de la injuria que se le hacía, nunca pudo recabar ser atendido. Después de esto, se fue el labrador a palacio del rey para hacerle evidencia de la injuria que se le hacía, pero no pudo lograr ocasión oportuna para hablarle, pues unas veces había salido el rey a cazar, otras estaba retirado solo en su cámara, otras estaba comiendo o dormía y otras se estaba de recreo y divertimiento. En vista de esto, recurrió el labrador al Canónigo de Misericordia, y después de haberle informado del aprieto en que se hallaba y cómo no había podido lograr en tantas veces hablar con el rey, imploró su patrocinio. Estaba a la sazón el canónigo en la curia defendiendo a una pobre mujer en un pleito, y alzando la voz, dijo: —¿Hay alguno que espere y confíe en la Misericordia? Y luego, muchos hombres y mujeres respondieron que sí, que ellos esperaban en la Misericordia. Entonces el canó-

nigo les rogó le ayudasen en honrar a la Misericordia; y se fue con todos al palacio del rey, y allí, en altas voces, clamaron juntos: "¡Misericordia, misericordia!"

5. Mucho se admiró el rey y cuantos estaban con él de aquellos clamores, y, saliendo a la puerta, preguntó al canónigo por cuál motivo él y sus compañeros gritaban así. Respondióle el canónigo y dijo: —Nuestro Señor Jesucristo, por tener misericordia, se entregó a la muerte, y vos, señor, por misericordia os habéis dado en comer y dormir, cazar y pasearos, y en otras diversiones, por cuya causa no podemos veros ni hablaros nosotros ni los que acuden a vos precisados a pedir justicia. Avergonzado sobremanera se quedó el rey por lo que le decía el canónigo, y mandó y estableció que en adelante, en la puerta de palacio, estuviese perenne un hombre que recibiese y oyese a cuantos acudirían a él por falta de juez ordinario, y que le informase de todo, para que fuesen castigadas las justicias, jueces o cualquier oficiales o ministros que debidamente y justamente no se hubiesen portado en el oficio y empleo que se les tenía encargado.

6. En presencia del canónigo aconteció un día que un labrador al principio de linvierno, que se comienza a sembrar, perdió un buey, quedándose con uno solamente. El pobre hombre, recogiendo todo el dinero que pudo, se fue al mercado para comprar otro buey. Estaba en el mercado un pañista a quien el labrador debía algunos dineros, y se fue al juez a instar para que el labrador le pagase lo que le estaba debiendo. Y luego el juez le obligó a pagar, sin darle más tiempo. Entonces el pobre labrador recurrió al Canónigo de Misericordia, suplicando le ayudasen e intercediese para que se le concediese más tiempo para satisfacer la deuda, y que ínterin pudiese comprar el buey de que necesitaba para no perder la siembra, para que su mujer y sus hijos tuviesen de qué vivir en aquel año. Luego el canónigo se fue con el labrador al juez y al pañista, y les rogó que, por amor de Dios, diesen alguna dilación al pobre hombre para pagar la deuda, para que su familia en aquel año tuviese de qué alimentarse. Pero por más súplicas que hizo, no pudo recabar ni del juez ni del pañista que se le dilatase la paga, antes hubo de pagarle con el dinero que traía para comprar el buey. No tenía el canónigo con qué pudiese socorrer a este hombre, porque ya había repartido por amor de Dios todo el producto de su canonicato, pero dijo que le trujese el buey que le quedaba. Y habiéndolo ejecutado el labrador, anduvieron los dos con el buey por el mercado y por toda la ciudad, diciendo a alta voz si había en aquella ciudad quien quisiese darse a sí mismo por aquel buey. Pero, por más que fuesen gritando y buscando, no encontraron quien quisiese darse a sí mismo por el buey. En ínterin encontraron al rey que venía de oír misa, y el canónigo le preguntó si quería darse a sí mismo por aquel buey. Mucho se maravilló el rey de lo que decía el canónigo, y le dijo le declarase lo que significaban sus palabras.

7. —Señor —dijo el canónigo—: Dios se da a sí mismo a todos los que se dan a él; y en cuanto Dios excede y vale más que no valen aquellos a quienes se da, en tanto les hace misericordia del exceso. Luego mayor es la misericordia que Dios hace de sí mismo cuando se da a aquellos

a quienes perdona y a quienes se da, que no sería la misericordia que vos haríais de vos mismo a este labrador si él os diera el buey y vos le dieseis a vos mismo. Agradó mucho al rey y a todos los circunstantes el razonamiento que hizo el canónigo de la misericordia de Dios y mucho los alentó en la esperanza de su misericordia, y en seguida de esto contó al rey cuanto había pasado con el labrador y la necesidad en que se hallaba. Entonces mandó el rey que fuesen luego restituidos al labrador los dineros que el juez le había hecho pagar, y satisfizo por aquél de su propio al pañista, e hizo notar en su libro todo lo acontecido, por si algún día el pañista recurriese al rey pidiendo misericordia, porque había resuelto usar con el pañista de justicia y no de misericordia, puesto que éste no había querido usarla con el labrador. Y estableció después que ningún hombre fuese apremiado ni despojado de cosa alguna que le fuese precisa para ejercer su oficio.

8. Todos los días andaba el canónigo por la ciudad, reparando con aquellos que agraviaban a la misericordia, y escribía sus nombres, y después acudía al Canónigo de Mundicia para que les hiciese cargo de conciencia, y el Canónigo de Llantos se los nombrada para que llorase sus pecados, y que el Canónigo de Aflicción ayunase, orase y sufriese alguna mortificación y aflicción por ello. En este modo trabajaba noche y día el Canónigo de Misericordia para servir y honrar a la Misericordia. Y todos los ocho canónigos oficiales de las ocho bienaventuranzas se juntaban todos los días en un puesto destinado, y se ayudaban los unos con los otros en honrar y servir a las ocho bienaventuranzas, para que con ellas fuese Dios servido y honrado. El bien y la bella ordenación que de sus obras se seguía en aquella ciudad, ¿quién os lo pudiera decir? Y el buen ejemplo que de ello tomaban las otras ciudades, ¿quién os lo pudiera explicar?

CAPÍTULO LXXIV

DE LA LIMPIEZA

1. El Canónigo de Mundicia predicaba todos los días la mundicia y limpieza de corazón, para que en la otra vida viesen a Dios todos los que tendrían limpia su conciencia, según había prometido Jesucristo en el Evangelio. Este canónigo iba cada día por la ciudad observando los que vivían en estado de pecado mortal y los que vivían en estado de penitencia. Y a los que estaban en pecado mortal les predicaba, proponiéndoles muchos símiles y ejemplos, con que les movía a tener remordimientos y conciencia de sus pecados. Sucedió un día que este canónigo, en presencia de muchas personas de distinción, hizo esta comparación y dijo así:

2. —En cierto país había un hombre que tenía en el vientre una gran culebra que le roía el vientre y devoraba las entrañas, y tenía en su mano una piedra preciosa muy hermosa, con cuya vista divertía algún tanto los cuidados en que se hallaba por la culebra que le atormentaba y le acababa la vida sin remedio. Mientras este hombre se hallaba en esta congoja,

vino un médico y le dijo que le sacaría del vientre la culebra con tal que él le diese aquella piedra preciosa. Pero aquel hombre la estimaba tanto que no quiso darla al médico que quería curarle, y, luego después, la serpiente le mató en presencia del médico, y éste se llevó la piedra preciosa. La culebra —prosiguió el canónigo— significa la conciencia del hombre, que está remordiéndolo el alma por los pecados en que está. La piedra preciosa significa las riquezas temporales que aunque mal adquiridas se poseen con gusto. Y la muerte significa que las riquezas quedan para los vivos y el alma del que malamente las poseía las pierde y va al fuego eterno. Luego, siendo esto así, más loco es el que con conciencia de pecado muere en pecado que no aquel hombre que quiso antes morir que dar al médico aquella piedra preciosa.

3. A tiempo que el canónigo decía esto, un hombre lloraba copiosamente en su presencia, y dijo estas palabras: —La culebra tengo en el vientre que me roe el corazón, y la piedra preciosa que me está pidiendo el médico tengo en mis manos, y la muerte viene con el demonio que quiere quitarme la piedra preciosa y llevarse mi alma consigo. El canónigo secretamente rogó a aquel hombre que le explicase aquello que significaban sus palabras. Díjole el hombre que estaba en pecado mortal, y que le remordía la conciencia porque no se confesaba y salía de él, pues veinte años había que perseveraba en la culpa y no se había confesado. Muy severamente reprendió el canónigo a aquel hombre, porque no salía del pecado en que estaba, y mayormente porque no se confesaba. —Señor —respondió el hombre—, temo de manera que la confesión no me quite la piedra preciosa, que no quiero confesarme; y cuando quiero confesarme, pienso que no dejaré de pecar, despreciando la confesión, la cual nada aprovecha si el que confiesa no lleva intención de dejar del todo el pecado. Grande fue la disputa que hubo entre el canónigo y aquel hombre sobre si el que permanecía en voluntad de no dejar el pecado debía confesarse o no. Mientras estaban los dos en esta contienda, llegó el Canónigo de Misericordia, a quien eligieron por juez, y luego dio la sentencia, diciendo que la misericordia de Dios era más cercana a los confesantes sin ficción ni dolo, ya sea que no estén con propósito de dejar el pecado descubriéndolo al confesor, que a los no confesantes. Y esto era porque la misericordia, la conciencia y la confesión concuerdan entre sí contra la obstinación, la crueldad y desesperación.

4. Estaba el Canónigo de Mundicia discurriendo con algunos hidalgos en la plaza, cuando pasó por delante de ellos una mujer muy ricamente vestida, que se había puesto en la cara muchos afeites y colores para ser más bien vista y mejor parecida para los deleites sensuales. Entonces el canónigo, haciendo de manera que la mujer lo entendiese, propuso esta cuestión a los circunstantes: —¿Cuál puede ser mayor, o la limpieza del cuerpo o la suciedad del alma? Un hombre sabio de los circunstantes respondió, y dijo que, por cuanto el alma era más noble criatura que el cuerpo y tenía mayor limpieza y pureza, en tanto podía ser más ensuciada, a fin que la voluntad la amase. Agradó mucho al canónigo lo que en verdad había dicho aquel sabio, y rogó fuese su compañero para servir a la Mundicia de corazón. Estando los dos en estas razones, pasó por

allí un marrano que se había revolcado en un lodazal muy hediondo; y luego dijo el canónigo, en presencia de todos, que no había en aquel cerdo tanta suciedad y hediondez como en la mujer que llevaba aquellos afeites y colores en la cara. En aquella misma plaza había un hombre menos cuerdo, pariente de aquella mujer, y reprendió y amenazó al canónigo por lo que estaba diciendo; mas el canónigo le respondió que tan contrario era a la limpieza de corazón el callar la verdad como el hablar contra su propia conciencia; por lo cual pidió que dijese los demás cuál de los dos había cometido el error.

5. Continuaba todos los días el canónigo en ir por las casas de los eclesiásticos para inquirir quiénes eran los que llevaban una buena y santa vida, e iba escribiendo sus nombres, y después los indicaba al obispo y a los canónigos, para que, viniendo el caso de haber de elegir algún canónigo o de proveer algún beneficio, supiesen ya a quién debía ser proveído. Informábase también de los pecados de los seglares y de su mala educación y costumbres, notándolo todo por escrito, y después procuraba con todo su poder plantar en ellos las buenas costumbres y desarraigar las malas. Por las noches iba por las calles tañendo un caracol para ser oído, y decía en alta voz estas palabras: "Ya pasó el día y ha venido la noche. Antes de dormir examine cada uno su conciencia, por si en este día ha hecho alguna cosa contra la limpieza de corazón y su conciencia, y por la mañanita vaya a perder perdón y tomar penitencia. Si es cosa sucia el que se vea en la persona lo que por indecente manda la naturaleza que se cubra, ¡cuánto más sucia cosa es el amar, recordar y entender culpas y pecados, que son la causa de que el alma pierda el ver a Dios y se está en infierno por toda una eternidad, volviéndose a sí misma y a los demonios, que es el más feo y horroroso espectáculo!"

CAPITULO LXXV

DE LA PAZ

1. Eligió para sí el obispo Blanquerna el oficio de pacificación, porque los que se ejercitarán en él serán llamados hijos de Dios; y por esta razón quiso el obispo tener este encargo y destinar la tercera parte de sus rentas para emplearla en pacificar a los que estaban en riñas y enemistades. Viniendo un día el obispo de cantar vísperas en la catedral, donde para el mayor decoro de la misma iglesia concurría todos los días a horas y a cantar misa, aconteció que muchos judíos acudieron a él, quejándose de los cristianos, que en la víspera de Pascua de Resurrección les habían apedreado y herido malamente a dos de ellos. Mucho discurrió el obispo en la querella que le habían dado los judíos contra los cristianos, y pensó que la enemistad y mala voluntad que hay entre judíos y cristianos cesarían si tuviesen todos una misma fe y creencia, por lo cual determinó ir, todos los sábados, a la sinagoga a disputar con los judíos y a predicarles para que se hiciesen cristianos, para alabar y bendecir a nuestro Señor

Jesucristo, y que tuviesen paz y amistad con los cristianos. Por este medio se logró que muchos judíos venían a bautizarse y recibir la santa fe de los cristianos. Y el obispo de aquella tercera parte de sus réditos que repartía por amor de Dios, les hacía copiosa limosna, y señaló un procurador que cuidase de todos los que se harían cristianos, socorriéndoles hasta que tuviesen algún oficio o algún medio para poder vivir o con que pudiesen, sudando y trabajando, pasar la vida.

2. En los contornos de la misma ciudad había dos caballeros hermanos a quienes el padre había dejado un castillo, y no podían ajustarse en la repartición de la heredad, y, particularmente, litigaban sobre una viña, por cuyo motivo había tal ojeriza entre los dos, que estaban resueltos a matarse, sin que ninguno fuese bastante a ponerles en paz. Supo el obispo Blanquerna la discordia de los dos caballeros hermanos y convidó un día a uno de los dos y le regaló un hermoso caballo, rogándole después encarecidamente le vendiese aquella parte de la viña sobre que pleiteaba con su hermano. Y logró que el caballero se la vendiese por mil morabatines. Otro día convidó el obispo al otro hermano, regalóle otro caballo y compróle también su parte de la viña por otros mil morabatines. Toda la viña no valía más de los mil morabatines y así el obispo la compró dos veces, porque cada uno de los caballeros tuvo intención de vender toda la viña, por cuanto cada cual la tenía toda por suya. Después que el obispo hubo tomado posesión de la viña, pasó allá y rogó a los dos caballeros hermanos le ayudasen a partir la viña en dos partes iguales. Y hecha la partición por los dos junto con el obispo, dio éste una parte al uno y la otra al otro, y así hizo que en adelante estuvieran en paz y concordia los dos hermanos.

3. En la ciudad en que Blanquerna era obispo había un ciudadano muy honrado por su linaje y riquezas, pero sin honra en cuanto era muy sujeto al pecado de la lujuria. Vivía ese hombre en continua inquietud y riña con su mujer y con sus parientes, porque por una vil mujercilla no cuidaba de su casa ni de su mujer. El obispo Blanquerna no podía recabar en ninguna manera con el hidalgo que se apartase de aquella mala mujer. Un día, pues, el obispo envió a llamar secretamente la mujercilla, y la instó vivamente que dejase y no admitiese aquel ciudadano, y por razón de su oficio se lo mandó. Mas ella respondió al obispo que le placía, pero que era pobre y que, si aquel ciudadano u otro no se lo daba del suyo, no tenía con qué vivir. Con tan devotas y humildes palabras la rogó y amonestó el obispo, prometiendo darle del suyo y socorrerla, que ella, en fin, le prometió que se casaría con la limosna que le diese y que jamás por ningún tiempo volvería ni estaría con aquel hidalgo. Dióle el obispo quinientos florines para su dote y le dio marido. Y aquel ciudadano, por el buen ejemplo y castigo que le dio el obispo y porque la mujer no quiso en adelante volver al pecado de lujuria en que vivía antes con él, volvió a querer y amar a su mujer, e hízose la paz con todos sus parientes y se acabó toda aquella mala voluntad en que solían estar.

4. Esforzóse el demonio un día y procuró en aquella ciudad que un pañista matase a un mercader a quien debía gran cantidad de dinero por paños que le había comprado. El mercader tenía dos hijos: el uno era ya

de edad robusta, y perseguía fuertemente al homicida de su padre, por lo cual había varios muy reñidos en la ciudad entre las dos parcialidades que eran muy prepotentes, sin que ninguno pudiese ponerlos en paz. Los prohombres de aquella ciudad acudieron al obispo Blanquerna, suplicándole que, supuesto que tenía el oficio de pacificar, pudiese en paz aquellos dos partidos en que se originaba la ruina y perdición de toda la ciudad. El obispo inmediatamente pasó en casa de aquel que deseaba vengar la muerte de su padre, y le rogó le diese al otro hermano estudiante, pues quería cuidar de su educación y, cuando estuviere en edad, hacerle canónigo. El hombre, gustosísimo, entregó su hermano al obispo, quien en adelante le convidaba muchas veces en la semana para trabar con él amistad estrecha, y le hizo también su baile, y toda la vez que se entretenía con éste, para ganar más su amor, se mostraba muy cariñoso con su hermano el estudiante, con muestras de muy grande amor. Después que el obispo hubo hecho tanto que conoció y vio que su baile le amaba y temía mucho, siendo así que amor y temor concuerdan entre sí, hizo un día un gran convite, donde fueron convidados y comieron juntos todos los bandoleros de la ciudad de una y otra facción. Y acabada la solemnidad del conviete, hizo al hermano del baile, en presencia de todos, rector de una gran iglesia muy rica; y en seguida de esto, empuñando una cruz, arrodillóse a los pies del baile, rogándole que en honor y reverencia de la santa cruz, en que nuestro Señor Dios Jesucristo perdonó a los que le estaban crucificando, quisiese perdonar al pañista, quien, muy arrepentido de haberle muerto a su padre, le estaba pidiendo perdón. Todos los prohombres, los canónigos y demás personas que estaban allí, al ver al obispo arrodillarse, se arrodillaron también. Viendo el baile que el señor obispo, junto con el pañista, tan humilde y devotamente le pedían perdón, movido a gran piedad y misericordia, perdonó generosamente al pañista. Y luego allí, en presencia del obispo, inmediatamente se concluyó la paz, amistad y concordia entre los dos bandos. Y para mayor seguridad y firmeza, fue tratado entre las dos partes matrimonio, a que contribuyó el obispo con dineros y joyas de la renta que tenía destinada para tratar y componer paces entre los hombres.

5. Con muchos y distintos modos el obispo Blanquerna iba pacificando a los que estaban reñidos, convidando y regalando a los prohombres de aquella ciudad, y les honraba mucho, a fin de que todos le amasen y por amor le bendijesen. Y como estaba en gracia y estimación de todo el pueblo, que le amaba, luego que sucedía alguna riña o disensión en la ciudad, de contado lo ajustaba todo y poníalo todo en paz. Continuamente estaba el obispo predicando la paz, y decía y enseñaba que las riñas y disensiones eran ocasión de todo mal, y la paz y concordia lo eran de todo bien, y por esta razón nuestro Señor Jesucristo, mientras estuvo acá entre nosotros, predicaba cada día la paz. Grande era en verdad el bien que el obispo hacía y procuraba con su buena conducta a todo el pueblo, y todos alababan y bendecían a Dios, que les había dado tan buen pastor, y por sus méritos llenaba Dios de bendiciones a toda aquella ciudad.

CAPÍTULO LXXVI

DE LA PERSECUCIÓN

1. Consideró el Canónigo de Persecución el gran cargo que llevaba por razón de su oficio. Y para obrar según justicia, iba todos los días por las calles de la ciudad observando si acaso encontraría alguna cosa en que pudiese ejercer su oficio, cuando un día, al pasar por delante de una taberna, reparó que se habían juntado allí muchos tahures, golosos, truhanes y otros pícaros glotones, que bebían en la taberna y cantaban, bailaban y tañían instrumentos. Entróse luego el canónigo en la taberna, compró vino y bebió con todos aquellos tahures, y después, bailando con ellos, cantó las siguientes coplas en honra y alabanza de la Virgen Santa María:

Señora Virgen Santa, a vos, María,
doy mi querer, que quiere enamorarse
tanto de vos, que sin vos no querría
amar nada de cuanto puede amarse,
si amor que os lleva a vos por norte y guía
suele sobre otro amor más afinarse;
quien quiere amar sin vos, su amor malogra;
con vos, Madre de amor, amor se logra.

Pues quiere mi querer a vos, Señora,
mi recuerdo y saber os quiere dar;
pues de ellos sin querer, ¿qué haría ahora?
Si os place, haced al clero memorar,
entender y amar, yendo ya en buen hora
a Siria y demás partes de ultramar,
a convertir los moros predicando,
los cristianos aquí pacificando.

¿Cuántos son hoy los fieles
que dicen morirían
por vuestro Hijo, si lances se ofrecían?
Pero muy pocos van a los infieles
para los convertir,
pues los más temen mucho allí morir.

2. Cuando el canónigo hubo acabado de cantar, rogóles se sentasen y bebiesen y que cantasen algunas canciones agradables. Mientras el canónigo se entretenía en la taberna con aquella gente vil, los que pasaban por la calle le escarnecían y reprendían porque estaba en compañía de aquellos pícaros. Mas el canónigo sólo ponía todo su cuidado en ganarles el amor y la amistad, y con esto, todos gustaban de su compañía, respetándole como a su principal, y escuchaban de buena gana lo que les decía de Jesucristo y de los apóstoles y del desprecio del mundo. Y por las pa-

labras dulces y devotas que les decía y porque muchos días en la semana iba acompañándose con esta gente, muchos de ellos se convertían y se ejercitaban en obras buenas, y no dejaba de continuarlo, por más que la gente le murmurase y le mofase.

3. El Canónigo de Persecución iba todos los días por las calles observando los artífices de aquella ciudad, como son pañistas, sastres, curtidores, zapateros, plateros, herreros, y así de los demás, y cuando veía o conocía que alguno de ellos hacía alguna maula en su oficio, luego se lo afeaba y reprendía en tal modo, que toda la vecindad lo oyese y lo notase. Por lo cual todos los artífices de la ciudad le temían grandemente y le respetaban, y con esto no cometían engaño alguno en su oficio, aunque otros lo llevaban mal y le tenían mala voluntad.

4. En la calle de los Pañistas, cuando éstos se habían ido a comer, vino un día el Canónigo de Persecución, acompañado de una tropa de tahures y zagalones, y subiendo en los cobertizos que suelen tener sobre las puertas de sus tiendas para oscurecerlas y hacer que no se pueda bien distinguir el color y la mala calidad del paño, los rompieron y los destrozaron todos, como también las cortinas que estaban allí para embarazar la luz, y lo echaron todo en la calle. Cuando los dueños, volviendo ya de comer en sus casas, encontraron que el canónigo y sus compañeros habían hecho aquel destrozo, se encolerizaron grandemente y se dijeron de una y otra parte mil villanías y vituperios. Mas el canónigo y sus compañeros estaban gritando: “¡Justicia! ¡Justicia!”, mientras los pañistas acudieron a dar querella contra el canónigo y toda su comitiva. El baile y el juez de la ciudad, informados del suceso, reprendieron muy severamente al canónigo y a sus compañeros hasta perderles el respeto, diciendo que habían hecho muy mal, y señaladamente al canónigo, porque se acompañaba con gente tan vil.

5. Hallábase a la sazón en la misma plaza el Canónigo de Misericordia, el cual acudió a mantener la razón de su compañero, y dijo así: —El Canónigo de Persecución trabaja para que se mantenga justicia, la cual quiere y manda que la luz del sol que ilumina los ojos, por cuyo medio quiere Dios que el hombre vea, no sea impedida de entrar en las tiendas por los engañosos pañistas, que trampean a los que vienen a comprarles el paño. Los jugadores bellacos ni los demás pícaros no encubren con arte sus vicios, antes los están manifestando a todos, mas los pañistas celan con maña y ocultan lo que la justicia manda que esté patente y manifiesto; por cuya razón más vil gente son estos pañistas que aquellos pícaros desvergonzados, en cuanto están más opuestos a la justicia. Después que el Canónigo de Misericordia hubo dicho esto, el Canónigo de Persecución, con todos los tahures y demás pícaros que iban con él, clamaron con altas voces: “¡Injuria, injuria hace el rey en no tener bailes, jueces o ministros que amen y sirvan a la justicia!” Y continuando en clamar: “¡Injuria, injuria!”, fuéronse todos al rey a querellarse del juez, del baile y de sus miembros todos, como también de los pañistas, requiriéndole que les administrase y mantuviese justicia. El rey, después de estar informado de todo el suceso, mandó y estableció que, en adelante, ningún pañista o mercader tuviese en su tienda cobertizo, ni cortinas, ni

otra cosa alguna que pudiese allí impedir la luz y claridad del cielo ni la vista a los que quisiesen comprar paños.

6. En aquella ciudad murió un caballero, y mientras le llevaban a la iglesia a enterrar, seguían el cadáver su mujer, sus hijos y sus parientes, todos enlutados, y llorábanle grandemente, explicando el sentimiento con mesarse los cabellos y rasgarse los vestidos. Acompañaba también el entierro un escudero armado, montado en un caballo, arrastrando bayetas, quien con fuertes gemidos lloraba la muerte de su señor, llevando las armas punta abajo. Encontróse el Canónigo de Persecución con el entierro, y vio que los que lloraban así hacían deshonor a la voluntad de Dios nuestro Señor, la cual quería que aquel caballero hubiese pasado de este mundo al otro. Ocasión le pareció ésta de trabajar por la justicia y recurrió luego al Canónigo de Llantos y al Canónigo de Pobreza, rogándoles vivamente le ayudasen a mantener el honor que convenía hacerse a la voluntad de nuestro Señor Dios. Y los tres canónigos acudieron al príncipe y al obispo, y propusieron a los dos estas razones.

7. —Señores —dijo el Canónigo de Persecución—: en vosotros dos está representado el divino señorío; por tanto, os pido decidáis si los que lloran al caballero difunto, que Dios quiso que muriese, hacen deshonor a la voluntad de Dios. Y si por derecho de justicia juzgáis que ofenden a Dios, pido por satisfacción que de hoy en adelante no acompañe al difunto persona alguna que llore ni dé muestras de tener sentimiento ni disgusto de lo que Dios quiere y dispone su divina voluntad, ni que con sus llantos vayan perturbando el divino sacrificio de la misa. Luego después el Canónigo de Llantos añadió que el llorar debe ser por contrición y confesión. —Y [—dijo—] como los que acompañan al difunto lloran por vanagloria e hipocresía, y sean sus llantos contra la voluntad de Dios, por tanto, me querello de los que con sus llantos hacen deshonor al oficio que se me ha encargado, en cuanto no lloran por lo que debe el hombre llorar. El Canónigo de Pobreza habló después, y dijo que todo el dinero que se gastaba en las garnachas y mantos de luto que vestían los que lloraban y asistían a la función fúnebre era hurtado a los pobres y al alma del difunto, y quería recobrarle y que se mandase que, en adelante, todo lo que habían de gastar en lutos fuese dado de limosna a los pobres de Jesucristo, quedando prohibido el vestir luto por muerte de ninguno jamás. El obispo y el príncipe tuvieron junta con los prohombres de la ciudad sobre lo dicho y alegado por los tres canónigos, y fue acordado y resuelto que en aquella ciudad para siempre se observase y guardase la ordenación y pragmática que se hizo al tenor de lo propuesto y suplicado por los tres canónigos.

8. Después de Navidad aconteció que el arcediano quiso cantar su primera misa, y fue grande el concurso de la gente forastera que acudió para hacerle honor. Cuando el arcediano hubo llegado a la iglesia con mucho fausto y pompa, acompañado de juglares, y estaba ya para empezar la misa, empezó el Canónigo de Persecución a decir en altas voces: “Simple fue nuestro Señor Jesucristo, que quiso nacer y conversar con los hombres con suma humildad y pobreza, para darnos ejemplo; mas el arcediano,

que con soberbia y vanagloria ha juntado aquí tanta gente, no parece quiera ser semejante a Jesucristo ni seguir su doctrina."

9. Mientras el canónigo exclamaba en esta forma, los circunstantes le reprendían y amenazaban; mas por eso no dejaba el canónigo, levantando la voz cuanto podía, de corregir la falta del arcedian, diciendo que no era lícito ni conveniente que hombre alguno cantase misa ni ministrase un tan alto sacrificio como es el Santo Sacramento del Altar teniendo en su cuerpo el demonio de la vanagloria. Sobre lo cual lloró el Canónigo de Llantos el deshonor que se hacía a la misa. El obispo predicó para componer la paz entre el arcedian y la humildad; pero el Canónigo de Mundaya reprendió al obispo por haber dado el permiso al arcedian de empezar con tanto fausto y soberbia el más alto y más noble y más santo ministerio de cuanto hay, y reprendió, asimismo, al rey por haber venido a oír aquella misa, que habían deshonorado cuantos habían concurrido allí.

10. Era por el mes de abril, cuando en aquella tierra, donde había venido el canónigo a predicar, se experimentaba una grande escasez de agua, por lo cual el obispo con muchos clérigos y religiosos hicieron una procesión a honra de Dios para que les diese lluvia para las mieses que morían de sed. El Canónigo de Persecución, como si fuese loco, según tenía por costumbre, iba por la ciudad diciendo algunas locuras, a fin de inducir con éstas a los hombres a buenas costumbres. Y mientras continuaba en ir así, pensando todos que fuese loco, púsose en medio de la procesión entre el clero y en alta voz, para que todos le entendiesen, dijo estas palabras: "Aquí es Dios honrado por muchos clérigos y frailes para que envíe la lluvia para las mieses; pero pocos son los eclesiásticos y religiosos que honren o quieran honrar a Dios, yendo a predicar a los moros y a los judíos y a los demás infieles, entre quienes es deshonorado y desconocido el santo nombre de Dios, cuyas almas por esta causa van perdidas y condenadas, de cuya perdición se sigue mayor daño, que no sería si se secasen todas las mieses de la tierra. Luego, si en esta ciudad hay tantos frailes y clérigos para pedir a Dios la lluvia, ¿cómo puede ser que en todo el orbe no pueda juntarse igual número, que vayan a predicar a los infieles la santa Trinidad de Dios y la encarnación y pasión del Hijo de Dios?" Muy fuertemente decía el canónigo estas palabras en alta voz, sin querer callar por ninguno. Dos capellanes le dieron algunos golpes y le sacudieron malamente por lo que decía; pero cuanto más le maltrataban, tanto más rogaba a la justicia que le ayudase, pues la servía.

11. Acabada la procesión, sucedió que llevaban a ahorcar a un hombre por ladrón. Preguntó el Canónigo de Persecución a los que le acompañaban por qué habían de ahorcar aquel hombre, y respondieronle que porque era un gran jugador y gran ladrón. Preguntó después al sentenciado si era verdad lo que decían. Y respondióle que había sido ladrón para poder jugar a la gresca con los dados. Entonces dijo el canónigo que el rey debía ser ahorcado antes que el ladrón, y en la horca más alta. Sintieron mucho aquellos ministros que el canónigo hablase del rey con tal desprecio; y después de haberse ejecutado la sentencia, llevaron al canónigo maniatado, como si fuera un loco, a presencia del rey, diciéndole todo lo que había dicho. El rey quiso saber por cuál motivo había habla-

do así. Y respondióle el canónigo que por Justicia, a quien servía; pues por no haber prohibido el rey en sus dominios el juego a los dados, había sido ladrón aquél, que hubiera sido hombre veraz y justo a no ser por los dados. —Luego [—dijo—] cuando el príncipe que da ocasión a la maldad manda ahorcar a los que hacen lo que él no quiere, debiera más presto ser ahorcado él mismo, que no los que ejecutan la maldad. Mucho consideró el rey en las palabras del canónigo loco, y dijo que éste se fingía loco y quería parecer tal para hacer sabios a los demás; y mandó que todos le honrasen y que ninguno le perdiese el respeto por lo que dijese o hiciere, y, asimismo, ordenó se publicase por todos sus dominios un bando prohibiendo el juego a los dados bajo cierta pena.

12. En ocasión que el Canónigo de Persecución salía de aquella ciudad para pasar a otra, aconteció encontrarse con una tropa de peregrinos que venían de Santiago, vestidos a semejanza de los apóstoles. Preguntóles el canónigo de cuál Orden eran. Y respondieronle: De la de los Apóstoles. Y luego el canónigo les dijo que el oficio que él ejercía y el nombre de la Orden que ellos profesaban concordaban entre sí. Entonces estos religiosos, que habían dicho ser de la Orden de los Apóstoles, rogáronle les explicase en qué estaba la concordancia que decía. Explicóse el canónigo diciendo que el apóstol debe ser perseguido injustamente, por cuya razón, si ellos querían ser de la Orden de los Apóstoles, convenía que en las ciudades, villas y lugares por donde pasasen predicasen allí la palabra de Dios y reprendiesen severamente los pecados de los hombres, sin temer la muerte o sufrir cualquier otro trabajo, y que fuesen a predicar la santa fe católica a los infieles sin temor alguno, a fin de ser más semejantes a los apóstoles. En esta forma iba el Canónigo de Persecución por aquellos países corrigiendo a todos los que no cumplían con todo su poder y deber en sus oficios y empleos, aunque muchas veces era perseguido, herido y atormentado por aquellos que él estaba corrigiendo. Y por sus méritos hacía Dios muchos beneficios a todos aquellos países donde iba y moraba este canónigo, porque en la multiplicación de los trabajos y persecuciones que padecía, multiplicaba Dios en su pueblo su virtud y gracia por los méritos del canónigo.

CAPÍTULO LXXVII

DE QUOLIBET

1. Según tenía por costumbre, el obispo Blanquerna ordenó y mandó se tuviese una disputa *quodlibetal*, a fin que si algún eclesiástico o seglar veía o conocía alguna cosa que pudiese mejorar o establecerse nuevamente en su obispado, fuese allí propuesta a manera de cuestión, para que él la pudiese reformar y poner en ejecución. Mientras el obispo en una ocasión se estaba en capítulo con la disputa *quodlibetal*, vino un hombre seglar a proponerle esta cuestión, a saber: si el obispo, al levantarse por la mañana, debe ir a paseo antes de decir u oír misa. Muchas razones se-

alegraron a favor de una y otra parte, pero el obispo soltó la cuestión, diciendo que si los seglares tienen por regla y costumbre de ir primero a oír misa antes de ir a pasearse o hacer otras cosas, ¿con cuánta mayor razón los eclesiásticos, que viven del patrimonio de la santa Madre Iglesia, deben primero oír o decir misa que hacer cualquier otra cosa? Y no siendo así, dan mal ejemplo a los seglares.

2. Otras muchas cuestiones muy buenas fueron propuestas en presencia del obispo, quien las soltó y resolvió todas; pero señaladamente se le propusieron diez cuestiones que son las siguientes:

La primera, si los cristianos son culpables de la ignorancia en que están los infieles que ignoran la santa fe católica.

La segunda, quiénes son los que tienen mayor poder y oportunidad, o los católicos, que tienen y siguen la verdad para reducir a los infieles a abrazar y seguir las sendas de la verdad, o los infieles para echar a los católicos de la verdad y ponerles en error.

La tercera, si los cristianos son culpables de que esté en poder de los moros la Tierra Santa de ultramar, donde Jesucristo fue concebido y nació y fue crucificado y muerto.

La cuarta, si los artículos de la santa fe católica de los cristianos pueden ser entendidos por razones necesarias.

La quinta, si la fe vale más o menos, en caso de poder ser entendidos sus artículos por razones necesarias.

La sexta, cuál es la más principal razón por que el hombre fue criado.

La séptima, si debe hacerse la visita sobre los obispos y los arzobispos, por la cual sean depuestos en caso de usar mal de su oficio.

La octava, cuál es mayor pecado, o que el obispo dé a sus parientes los bienes de la Iglesia o el retenerse para sí los bienes del cristiano que se encontrase ser judío.

La nona, si los bienes de la santa Iglesia debe el hombre emplear y gastar en pacificar los reyes y demás príncipes cristianos.

La décima, cuál es la obra más noble que el hombre pueda procurar a honra de Dios.

3. Maravillado se quedó el obispo de las diez cuestiones referidas cuando le fueron propuestas, porque tenían mucho fondo y harta dificultad, y mucho se discurrió sobre ellas por una y otra parte. Mas el obispo no quiso resolverlas, sí que determinó pasar a Roma para proponerlas al Papa y a los cardenales que las soltasen y resolviesen, y que obrasen en consecuencia de la resolución y determinación que tomarían. Y, si tal vez no lo hiciesen así, estaba en ánimo de reprenderles delante de todos, sin temor de perder su obispado y sin temer cualquier trabajo, ni aun la muerte.

4. Cuando el obispo Blanquerna estuvo en Roma, propuso en el consistorio ante el Papa y los cardenales las diez cuestiones referidas, y dijo en esta forma: "El error se ha introducido en el mundo, y nos hallamos muy faltos de caridad y devoción. Extrañada de entre nosotros está la virtud de Valor, según se notó ya en el libro de religión, por lo cual vengo a suplicar se me resuelvan y determinen estas diez cuestiones, y a sus verdaderas resoluciones y determinaciones se haga la debida satisfac-

ción, en que la verdad eche del mundo al error, multiplicando en él la caridad y la devoción.”

Muy del agrado del Santo Padre Apostólico y de los cardenales y de toda la corte fueron las cuestiones; y pasando a informarse del sujeto, supieron que el obispo Blanquerna era hombre muy docto y de muy santa vida. Mientras que el Papa y los cardenales trataban de resolver y determinar las cuestiones referidas, fue voluntad de Dios nuestro Señor que el Papa cayese en una enfermedad de que murió, y por esta razón quedaron las cuestiones indecisas.

Finido es el tercer libro, del estado de prelación, en que, por gracia de nuestro Señor Dios, se ha mostrado, con el ejemplo del obispo Blanquerna y de sus canónigos, el buen modo que podrían los prelados practicar en regir y apacentar las ovejas de sus obispados que están a su cargo, como lo ejecutó santamente Blanquerna en su obispado para el servicio de Dios con muy buenas ordenaciones, pías exhortaciones y bellos ejemplos, según queda dicho en todo este libro.

EMPIEZA EL LIBRO CUARTO, QUE TRATA DEL ESTADO APOSTÓLICO

CAPÍTULO LXXVIII

DE QUÉ MANERA EL OBISPO BLANQUERNA FUE ELEGIDO PAPA

1. Muy gran disgusto tuvo el obispo Blanquerna de la muerte del Papa por muchas razones, y señaladamente por razón de las cuestiones que había propuesto al Sacro Colegio. Mientras los cardenales trataban la creación del Papa, el obispo Blanquerna se fue a un cardenal para decirle que, si por algún motivo se dilatase la elección del Papa, rogaba y suplicaba con todas veras que el interino se dignase de proveer se le diese respuesta y solución a las diez cuestiones que él había propuesto, por cuanto deseaba mucho saber el dictamen de los cardenales que tomarían en la determinación de aquellas cuestiones. Respondióle el cardenal, diciendo que en breve tiempo se haría la elección del Papa, porque era muy grande inconveniente y que sería cosa muy peligrosa que el Pontificado estuviese vacante por mucho tiempo. Pero que él mismo, según le parecía a primera vista, respondería a una de las cuestiones, pero sin determinar aquélla. Y dijo de esta manera:

—Si los artículos de la santa fe cristiana pudieran ser entendidos por razones contrarias, la fe, por esto, valdría menos, porque el hombre no tendría por ello tanto mérito.

2. Respondió el obispo diciendo:

—Dos maneras hay de demostración: la una es cuando la cosa se demuestra sin que pueda en ello haber contradicción, así como es demostrar que el cuadrángulo tiene más ángulos que el triángulo. La otra es cuando en ella puede ser hecha contradicción, como es probar la causa por efecto. Y por esto, la fe tiene sujeto en aquello en que la demostración puede ser calumniada e impugnada. Pero que él no entendía decir que los artículos de la fe pudiesen ser demostrados de tal modo que no pudiese ser hecha contradicción, como se ha dicho de su primera especie de demostración, porque, si pudiesen ser demostrados por el primer modo de demostración, sería imposible que los artículos estuviesen fundados en la fe; y sí que él preguntaba si por el segundo modo de demostración podían ser o no entendidos los artículos, de forma que pudiese ser destruida por razones necesarias, y que lo contrario, por razones necesarias, pudiese ser destruido. Aun dijo más el obispo [es a saber]: que si los artículos podían ser entendidos por razones necesarias, que él entendía probar por necesarias razones que la fe por ello sería más noble

y mayor y más meritoria, y que el entendimiento y la caridad estarían con más noble disposición, según está demostrado en el primer libro *De la demostración de los artículos*.¹ Y si esto no fuese así, se seguiría que la fe y el entendimiento serían el uno para la destrucción del otro, lo cual es imposible, según las condiciones de los árboles del libro intitulado *Del gentil y de los tres sabios*.²

3. Agradó mucho al cardenal la respuesta del obispo, y cuando se halló en el consistorio con sus compañeros, él alabó mucho al obispo Blanquerna por su ciencia, según la respuesta que le había dado. Mientras el cardenal así alababa al obispo Blanquerna, sucedió que aquel eclesiástico que había renunciado el obispado que tenía el obispo Blanquerna había venido a la corte romana con dos religiosos y un hombre seglar, y todos cuatro habían aprendido y sabían muy bien la lengua arábica, y habían pasado a la corte para pedir licencia y la bendición con letras apostólicas para pasar a alguna tierra de infieles a predicar y convertir aquellas gentes hasta recibir el martirio por amor de Dios. Y mientras estaban en el consistorio con los cardenales, declarando su petición, sobrevino el obispo Blanquerna, y, como se conocieron, fue muy devoto y amoroso el recibimiento que recíprocamente se hicieron. Y habiendo salido Blanquerna del consistorio, los cardenales preguntaron a aquellos cuatro que allí se habían presentado de las cualidades de Blanquerna, y ellos dijeron mucho bien de él y les refirieron todo el bien que primeramente hizo en la abadía y lo que últimamente había obrado en su obispado, según ya hemos dicho.

4. Sucedió cierto día que, estando comiendo un cardenal, vino a su corte un juglar muy bien vestido y muy bien aderezado, que era hombre de muy agradable y graciosa loquela, de bello y gentil talle y cantaba y tañía muy bien los instrumentos. Aquel juglar se hacía llamar juglar del Valor, y era aquel mismo que Blanquerna encontró en la selva cuando encontró al emperador y a Valor, como está dicho en el libro segundo, capítulo de Valor. Cuando el cardenal hubo ya comido, entró el juglar y cantó unas canciones y coplas que el emperador había compuesto a honor de la Virgen Santa María y de Valor, y tocó algunos instrumentos, con los cuales formaba las danzas y notas que el emperador había hecho a honor de nuestra Señora. Y fue muy gustoso y agradable de ver al juglar con sus instrumentos. Cuando el juglar hubo concluido toda esta diversión, le preguntó el cardenal de algunas noticias y de su estado.

5. —Señor —respondió el juglar—: por disposición de Dios sucedió que mi señor el emperador y yo nos encontramos en una selva con un

¹ El *Llibre de demostracions* (en la ed. de Maguncia *Liber mirandarum demonstrationum*), Mallorca, 1274. Este libro, redactado originariamente en catalán, viene a ser un bello tratado de teodicea racional para la conversión de los infieles, dividido en cuatro partes: 1º *Posibilidad para el entendimiento de demostrar en cierto modo los artículos de la fe católica*. 2º *Pruebas de la existencia de Dios*. 3º *Pruebas de la Trinidad*. 4º *Pruebas de la Encarnación*. En él se nota el influjo de Ricardo de San Víctor y de San Anselmo.

² Del *Llibre del gentil e dels tres savis* ya hablamos en la nota del capítulo 24.

santo hombre, que se llamaba Blanquerna, el cual iba buscando por aquel desierto algún puesto proporcionado en donde pudiese poner su ermita, para adorar y contemplar a Dios nuestro Señor todos los días de su vida. En aquella selva estaba la virtud de Valor, que se lamentaba contra aquellos que la habían quitado y mudado su nombre y todos los días la están persiguiendo en este mundo. Y, por eso, mi señor el emperador ha nombrado diversos juglares para que vayan por el mundo y sean predicadores y pregoneros de Valor, y entre ellos me ha enviado a mí a esta corte para ser loador de Valor y reprender y calumniar a todos aquellos que son sus contrarios, alabando a Desvalor en apariencia de Valor. Agradaron mucho al cardenal y a todos los de su corte las palabras y razones del juglar, y después el cardenal le mandó dar una bella copa de plata dorada en que él bebía; pero el juglar no la quiso aceptar, diciendo estas palabras:

6. Mandamiento se me ha hecho por el emperador, mi señor, y lo he jurado corporalmente sobre los Santos Evangelios, de no tomar cosa alguna de este mundo de ninguna persona, sino solamente de mi señor el emperador, el cual me da renta bastante todos los días para todo lo necesario que yo he menester para mi subsistencia. Por lo cual yo estoy excusado de recibir vuestro regalo, y también porque por dádivas son corrompidos los juglares en alabar aquellos que deben ser blasfemados y en blasfemar aquellos que deben ser alabados. Y por cuanto por semejantes falsas alabanzas y blasfemias sea deshonrada y olvidada la virtud de Valor, por tanto, mi señor el emperador no quiere que yo, ni otro juglar alguno de su corte, tome dádiva alguna de vos ni de hombre alguno del mundo.

7. —Buen amigo —respondió el cardenal—, ¿por ventura, conoceríais vos aquel hombre que vos llamáis Blanquerna si lo viérais?

—Señor —respondió el juglar—, muy bien le conocería yo si le viera; pero no creo verle en un lugar como éste, porque creo tiene hecha su habitación en lugares desiertos e inhabitados, en la cual propuso mi señor el emperador ser su compañero cuando hubiese ordenado su imperio y educado a su hijo hasta que fuese mayor y pudiese y supiese regir bien y gobernar su imperio. El cardenal envió por el obispo Blanquerna, a que viniese luego a estar con él. Y habiendo llegado allí, el juglar le miró y remiró, y conociéndole, tuvo gran gusto de verle; pero se maravilló mucho porque lo vio tan noblemente vestido y que traía anillo de oro en los dedos. El obispo le preguntó por el emperador, y refirió al juglar toda su vida, porque el juglar quiso saberla, para que le corriega, si acaso se había entibiado en su devoción que tenía antes de ser ermitaño.

8. Gran complacencia tuvieron uno del otro de haberse encontrado allí, y el juglar rogaba mucho al obispo Blanquerna que le ayudase en aquella corte a mantener Valor mientras estuviese en ella, y el obispo le prometió que lo haría muy gustosamente. Al otro día por la mañana, después de misa, el juglar se presentó en el consistorio de los señores cardenales, en donde se esperaban el uno al otro para hacer su elección; y cuando estuvo dentro, en presencia de los cardenales, dijo estas palabras: —Valor tiene mayor esperanza en aquellos que son mayores y más honrados en este mundo que no en los otros; y aquellos le hacen más deshonra que por

ella están en mayor honor, y por esto se les sigue y espera mayor culpa y maldición, por la cual llevarán en el otro mundo mayor pena, que no tendrán aquellos a quienes Valor no les tiene tan honrados, por el mayor deshonor que hacen en este mundo a la virtud de Valor.

9. Cada uno de los cardenales consideró muy profundamente lo que el juglar les había dicho. Y después de haber salido éste del consistorio, el cardenal que le había convidado refirió a sus compañeros todo lo que el juglar le había dicho de Blanquerna, y por aquellas palabras que el cardenal les dijo en favor de Blanquerna, y por otras muchas que habían oído decir a otros, concordaron unánimes todos los cardenales en elegir que Blanquerna fuese creado Papa. Y todos quisieron y dijeron en una voz que él fuese Papa, y luego inmediatamente cantaron el *Veni Creator Spiritus* y el *Te Deum laudamus*, y tomaron a Blanquerna para sentarlo en la silla apostolical; pero Blanquerna no lo quiso, y dijo estas palabras:

10. —Fama es por todo el mundo que el Papa podría con sus hermanos los cardenales ordenar y poner en buen estado a todo el mundo, si quisiese. Y como el mundo ahora se halle en tan gran discordia y desorden, es cosa temerosa el ser Papa, y en él es significada gran culpa mientras no use de su poder en ordenar el mundo, siguiéndole su voluntad todo el poder que Dios le dio para ordenarle. Y, como yo sea indigno de tener poder tan grande, en cuanto me falta el saber y querer, por esto tan noble y tan grande poder como es este poder apostolical, no debe ser encomendado a mi flaco saber y querer. Y, por tanto, yo renuncio el poder apostolical y pido que sea dada respuesta a las diez cuestiones que yo he propuesto a esta corte.

11. Cuanto más fuertemente el obispo Blanquerna se excusaba y renunciaba el pontificado, con tanta mayor fuerza se movía la voluntad de los cardenales a que él fuese Papa, siendo condición de la elección que aquellos que más fuertemente se excusan y renuncian deben ser preferidos en la elección, como se convenga con las demás condiciones que corresponden al hombre digno de ser elegido. Mientras que así se estaban, excusándose el obispo Blanquerna en que de ninguna manera quería ser Papa, uno de los cardenales, que descaba serlo, dijo que él quería hablar aparte a sus compañeros, y les dijo estas palabras: —Muchas veces sucede que los hombres, con maestría, se hacen de rogar y rogar en admitir el pontificado para que tengamos voluntad en crearle Papa. Luego, si en él hay esta tal voluntad, por esto es indigno de ser Papa.

12. Pensaron mucho los cardenales en lo que el cardenal les propuso; pero, por cuanto vieron que en las palabras del obispo Blanquerna no se significaba haber maestría alguna, y ya por la buena fama que tenía y porque aquel cardenal quería ser Papa, de lo que tuvieron algún conocimiento por ciertos indicios, por esto conocieron que lo que cardenal decía era todo cautela, y quisieron de todas maneras que el obispo Blanquerna fuese Papa por la buena fama que tenía. Pero, con todo eso, no quiso admitirlo ni otorgarlo hasta tanto que uno de los cardenales le dijo que, si él era Papa, podría ordenar todo aquello que deseaba cumplir por la solución de las cuestiones sobredichas. Y por este motivo, el obispo

Blanquerna, con gran temor y con grande esperanza de que Dios le ayudaría y con la intención de que podría hacer mayor fruto y provecho a la ordenación que significaban las cuestiones, consintió entonces en recibir el oficio papal, y dijo estas palabras.

13. —En mí hay falta de saber y querer que se iguale al poder apostolicar. Si por vosotros soy elegido Papa, os pido que me ayudéis, como por igual querer y saber usemos del poder que me se ha dado en procurar que Dios sea conocido y amado, y que su pueblo sea por él bienaventurado. Y si no lo hicieris, me haréis grande injuria y gran pecado. Todos los cardenales prometieron gustosamente al Papa que le ayudarían en todo lo que era su voluntad, según la libertad del saber y del poder que Dios les había dado y según el cargo a que Dios había sujetado su voluntad a servirsele. Y, de esta forma, el obispo Blanquerna fue elegido Papa.

CAPÍTULO LXXIX

DE LAS ORDENANZAS QUE EL PAPA BLANQUERNA HIZO EN SU CORTE

1. Según dejamos ya referido, quedó elegido y creado Papa el obispo Blanquerna. Bendito sea Dios por ello. Antes que el Papa Blanquerna dispusiese alguna ordenación en su corte, estuvo así por algún tiempo con inacción, por el fin de examinar y conocer el estado y modo de la corte, y todos los días iba notando en unas tablillas que llevaba consigo todas aquellas cosas que necesitaban de mejorarse en su corte. Sucedió un día que, estando el Papa Blanquerna en la ventana, vio venir un cardenal con mucho acompañamiento de su familia, los cuales iban muy bien vestidos y montados a caballo; había muchos parientes del cardenal. Y poco después vio venir a otro cardenal con poco acompañamiento, y que no iban tan bien vestidos y ataviados. Consideró mucho el Papa todo esto que había visto de los dos cardenales, y cuando estuvo en el consistorio, dijo estas palabras al cardenal que había venido con poco acompañamiento y humildemente vestido y ataviado:

2. —Saber quiero de vos la causa: ¿por qué no habéis venido a mi corte con tanta compañía y tan noblemente vestido como el otro cardenal que venía delante de vos, siendo así que vos tenéis obligación de honrar tanto a mi corte como el otro cardenal, teniendo vos tanta renta como aquél?

—Señor —respondió el cardenal—, yo para la manutención de mi familia y en la limosna consumo toda la renta del cardenalato, que no me sobra nada, y he prestado juramento de no tomar dádivas de hombre ninguno por servicios ni sobornos; y como mis rentas no basten para más, por eso no he podido llevar más acompañamiento ni más bien ataviado. Preguntó el Papa al otro cardenal por qué había venido con tanto acompañamiento y tan bien vestido. Respondió el cardenal que para honrar a su corte. El Papa hizo estar a la vista de este cardenal, y quiso informar-

se con toda diligencia de su modo de vivir. Y halló que el cardenal tomaba servicios y sobornos, y había quebrantado el sacramento y promesa que había prestado cuando fue creado cardenal y que las gentes le prestaban servicios y rogaban con donativos para el despacho de sus peticiones y negocios, y le acompañaban siempre que iba a la corte; y por eso llevaba mayor acompañamiento que los otros cardenales.

3. Cierta día sucedió que el Papa convidó a todos los cardenales, y tuvo gran corte quel día. Y después de haber comido entró por el palacio un hombre vestido como loco, raso de cabeza, que en la una mano traía un gavilán y en otra un perro atado con una cuerda. El hombre saludó al señor Papa, a los señores cardenales y a toda la corte, de parte del señor emperador, y dijo estas palabras: —Yo soy Raimundo el fatuo, y vengo a esta corte de mandamiento del emperador para usar de mi oficio y para buscar a mis compañeros. Y habiendo dicho estas palabras, dio de comer al gavilán e hizo se le venir a la mano dos o tres veces. Después le hirió con la cuerda con que llevaba atado a su perro, y otra vez le llamó que viniese a la mano; pero el gavilán, escarmentado de haberle herido el loco, se escapó volando fuera del palacio del Papa y se hizo salvaje. Después que Raimundo el fatuo hubo perdido el gavilán, él sacudió y castigó muy fuertemente a su perro dos o tres veces; pero siempre, y cuando le llamaba, el perro se volvía a él voluntariamente, que no se le esquivaba.

4. —Raimundo fatuo —preguntóle el Papa—, ¿cuál es tu oficio? ¿Y por qué has venido, como dices, a esta corte para buscar a tus compañeros? ¿Y qué significa lo que has hecho ante nosotros con tu gavilán y con tu perro? —Señor —respondió Raimundo el fatuo—, yo me hallaba en la corte del emperador y aprendía de ser loco para ganar dineros. El emperador me ha contado tantas cosas de la pasión de Jesucristo y de la nobleza de Dios, que quiero ser loco para hacerle reverencia y honor, y no quiero guardar modo en mis palabras, a fuer de gran amor. Y por cuanto vuestra corte tiene mayor honor por la encarnación y la pasión de mi Amado que cualquiera otra corte, creo encontrar aquí muchos compañeros que sean de mi oficio. El gavilán significa los hombres que no ayudan a sostener el honor y la ordenación de vuestra corte sin paga y sin servicios, y cuando el hombre les pide alguna cosa sin darles nada, entonces el hombre les hiere su corazón con pena y trabajo, y por eso se hacen al hombre extraños y esquivos. El perro significa los hombres que viven tan inflamados del amor y unidos con el honor y ordenación de vuestra corte, para que Dios sea en ella honrado, que sin satisfacerles el hombre sus trabajos sufren voluntaria y gustosamente trabajos y afanes por aquellos que tienen pretensiones en la corte, y esos son amables a los hombres y agradables a Dios.

5. Habiendo Raimundo el fatuo hecho su oficio y respondido al Papa, el juglar de Valor cantó y tocó sus instrumentos muy dulcemente a honra de Valor, y después dijo estas palabras: —Para la honra del señor se hace honra a su caballo con bello freno, bella silla y ricos jaeces; y si el señor en su corazón tiene amor a las virtudes, entonces es honrada la virtud de Valor en su corazón, y en su cota de malla y en sus adornos Y cuando

es honrado el señor que ama los vicios y aborrece las virtudes, queda entonces deshonrada la de Valor en el honor de su enemigo, quien ama el deshonor de Valor. —Juglar de Valor —dijo el Papa—, ¿qué quieres decir con estas palabras? —Señores —respondió el juglar—, mis palabras significan las preguntas que vos habéis hecho a los dos cardenales, de los cuales el uno honraba a Valor con injuria, perjuicio y vanagloria, y el otro le honraba con justicia, verdad, humildad y fortaleza.

6. Habiendo dicho el juglar estas palabras, exclamó el Papa, y con lágrimas en los ojos dijo: —¡Oh Canónigo de Llantos, cuánto quisiera yo que os hallareis en esta corte, para ayudarme a llorar el deshonor que en ella se hace a Valor, por el cual cesa el honor que se debe a mi Señor Dios Jesucristo! Lloró mucho el Papa, y dijo que, a no echarse de su corte el deshonor que se hace a Valor y hacer que en ella se mantenga con honor, que todos los cardenales faltarán a su obligación y serán contrarios a Valor, y, mayormente, al Papa su señor, al cual libremente prometieron que de todo su saber y querer ayudarían a mantener el poder que tenían en honrar a Valor. Todos los cardenales, a excepción del camarlengo, dijeron al Papa que estaban prontos a convenir en ordenar todas aquellas cosas por las cuales fuese restablecido a Valor el honor que solía tener.

7. Y el Papa, con grandes lágrimas y devoción, teniendo presente vivamente el cargo tan grande en que estaba constituido para honrar la santa pasión de Jesucristo, dijo estas palabras: —Quince son los cardenales que me están dados por compañeros, por los cuales pueda yo ser conservado y asistido en ser en la tierra procurador de Jesucristo. Dividamos en dieciséis partes el himno *Gloria in excelsis Deo*, y la primera parte me sea dada a mí, por ser el primero por la dignidad de oficio, y a cada uno de los cardenales le sea dada su parte según el orden y antigüedad de su oficio y según la serie de cada una de las partes o versículos; y cada una sea el propio oficio, con el cual se tenga cada uno por obligado en honrar y mantener la corte, para que en ella y por ella sea honrado Jesucristo, y por toda la redondez del mundo. Todos los cardenales tuvieron por muy santo y bueno lo que el Papa les propuso, y Su Santidad tomó por oficio propio *Gloria in excelsis Deo*; después el cardenal decano tomó *Et in terra pax hominibus bonae voluntatis*, y así, consecutivamente, los demás cardenales, por su orden, tomaron las partes y versículos siguientes; y a cada una parte le asignaron por propio oficio, y cada uno de los cardenales era llamado con el propio nombre del versículo que le correspondía por la serie y el orden del *Gloria in excelsis Deo*.

8. Habiendo hecho el Papa y los cardenales la ordenación sobredicha, ordenaron también que todos los cardenales tuviesen rentas iguales para el gasto necesario, y determinado número de familia y cabalgaduras, según lo que convenía a justicia, templanza y humildad, como también que tuviesen alguna ayuda de costa supernumeraria para los gastos extraordinarios, y tan suficiente que no tuviesen necesidad de tomar de ninguna persona servicio alguno ni soborno, mientras no fuese alguna cosa comestible, y el cardenal que tomase servicio de cualquiera persona, que fuese

privado desde luego del cardenalato; cuando no, que el Papa y todos los cardenales hiciesen alguna penitencia, ayunando a pan y agua todos los viernes, hasta que el cardenal hubiese perdido el cardenalato. Este establecimiento fue confirmado por el Papa y los cardenales, y fue estipulado con promesa y juramento. Después fueron nombrados varios oficiales, que se llamaban espías, para que éstos velasen si algún cardenal contravenía a los establecimientos referidos. Y sobre estos espías fueron asignados otros, para inquirir si aquéllos cumplían bien en su oficio, y si no lo hiciesen, que fuesen privados perpetuamente de toda prebenda y de cualquiera otro beneficio eclesiástico. Muy bien ordenado fue el establecimiento referido, siendo muy necesaria su conservación, a fin de que los cardenales por el motivo del mayor poder no tengan disensiones entre sí, ni soberbia el uno contra el otro, y que los que van a la corte a sus pretensiones no sean robados ni vivan con pobreza ni mal ejemplo, ni se les dé ocasión de murmurar del Papa y de sus compañeros, antes bien, conciban mayor devoción de loar y servir a Dios y por la santa vida, caridad y hermandad del Papa y sus compañeros.

9. A más de las ordenaciones y establecimientos sobredichos, fue asimismo ordenado que de los bienes de la santa Madre Iglesia y de los que sobre del gasto a los obispos y arzobispos y demás prelados y religiosos fuesen procurados, gobernados y mantenidos los oficios, y que todos los obispos, arzobispos y prelados, y sus súbditos, deban ser tenidos en abastecer y reemplazar a los cardenales, para que puedan proveer con sus oficio en todas sus diócesis.

10. Fue ordenado también por el Papa y los cardenales que, un día en la semana, el Papa tuviese consistorio con los cardenales tan solamente, y que en él cada uno acusase al otro, como lo hacen los religiosos en su capítulo, y que cada uno de los cardenales pidiese venia y tomase disciplinas por sus faltas, en presencia de los otros. Y este mismo establecimiento fue ordenado por los mismos cardenales, en que un día en la semana tuviesen capítulo o residencia cada uno en sus oficiales. Después fue ordenado que uno de los cardenales tuviese capítulo a los escribanos un día en la semana, y después de aquél, otro cardenal, y asimismo los jueces y abogados de la corte, según se seguían por orden.

11. Otro estatuto muy importante y necesario ordenaron el Papa y los cardenales, y es que por todo el mundo tuviesen procuradores que les hiciesen saber por cartas o por otros mensajeros el estado en que se hallaban los pueblos, para el fin de que si en ellos ocurriese alguna irregularidad o mudanza, o se necesitase de enmendar en ellos alguna cosa, que pudiesen desde luego tratar y proveer de remedio para la utilidad y provecho de aquellas tierras. De este modo ordenó el Papa Blanquerna y enderezó su corte, cuyo buen gobierno y ordenanza no lo pudiera ninguno expresar. Y el mérito que por ello tendría, ¿quién os lo podrá decir y escribir?

CAPÍTULO LXXX

DE "GLORIA IN EXCELSIS DEO"

1. El Papa Blanquerna tuvo consistorio con sus cardenales para el fin de que por sus buenas obras fuese dada gloria a Dios en las alturas; y por esto, el Papa rogó muy encarecidamente a los cardenales que le ayudasen a usar de su oficio en dar gloria a Dios, de tal manera que las gentes pudiesen restituirse a la intención por la cual son los oficios y las ciencias y dar gloria a Dios, por cuanto el mundo ha llegado a tan grave defecto, que apenas hay hombre alguno que tenga verdadera intención al fin por que es creado, ni al oficio en que está constituido. Mientras el Papa así exhortaba a los cardenales, un embajador moro entró en el consistorio, y, en presencia de todos, presentó al Papa una carta de parte del soldán de Babilonia, en la cual entre otras muchas cosas, le decía que se maravillaba mucho de él y de todos los príncipes y reyes cristianos, porque no conquistaban la Tierra Santa de ultramar y porque querían llevar el método de su profeta Mahoma, que adquirió aquellas tierras por conquista a fuerza de armas, y no querían llevar el modo que usó Jesucristo y sus apóstoles, los cuales con la predicación y martirio convirtieron a todo el mundo. Y por cuanto el Papa y los cristianos no querían seguir el modo que tuvieron los primeros fundadores en conquistar las tierras, por esto no quería Dios que ellos fuesen poseedores de la Tierra Santa de Jerusalén ni de las demás ultramarinas. Estas letras presentó el moro al Papa, y otras semejantes a los reyes y príncipes cristianos. Consideró mucho el Papa y los cardenales en lo que el soldán le había escrito; y entonces Raimundo el fatuo les dijo estas palabras: —Envió la Fe a Contrición para que la Esperanza le remitiese devoción y perdón, para que le honrasen en aquellos lugares en donde su amado Jesucristo es dehonrado y vilipendiado. El juglar de Valor dijo también que gran deshonor recibe la virtud de Valor en aquellos lugares en donde el Hijo de Dios y los apóstoles la hicieron mayor gracia y honor que en ningún otro lugar del mundo. Habiéndose pronunciado estas sentenciosas palabras, entró por la corte un mensajero con la noticia de que dos asesinos habían muerto a un rey cristiano y que los habían cogido y hecho morir a mala muerte. Y habiendo el mensajero acabado su relación, entonces dijo el juglar de Valor: —¿Qué valió a Jesucristo su humildad y la gran caridad que hizo de sí mismo a su pueblo cuando quiso sufrir muerte y pasión, si por error los asesinos tienen mayor devoción de morir por su superior que no la tienen los cristianos de morir para honrar a Dios y Señor? A este tiempo vio el fatuo a los cardenales que se hablaban en secreto, y pensó que hablaban de su Amado, y ellos hablaban de la elección de dos obispos, que habían sido elegidos en discordia, y por eso dijo a los cardenales que las palabras de mayor gusto son aquellas que pasan entre el Amigo y el Amado.

2. Muy maravillosa fue la moción que tuvo el Papa en ordenar cómo

la fe de la santa Madre Iglesia puede multiplicarse y que la devoción que solía haber entre las gentes en rogar a Dios pudiese restablecerse en este mundo; y, por eso, envió mensajeros por todas las tierras a los superiores de las religiones y a los maestros del templo y del hospital, con orden de que viniesen a hablar con él, para ordenar el modo cómo pudiesen todas las gloria a Dios. Habiendo ya llegado todos aquéllos, y presentándose delante del Papa y los cardenales, Raimundo el loco dijo estas palabras: —Encontráronse el Amigo y el Amado, y sus bocas callaron, y los ojos, con que se hacían señas de amor, lloraron, y sus amores hablaron. —Este ejemplo —dijo el juglar de Valor— significa aquello que se ha denunciado al Papa y a los cardenales por el soldán y el suceso de los asesinos; y si de esto no se sigue algún provecho, se hace injuria a Valor, y no son amados los criados más honrados que mueren por amor, puesto que valen más los amores que entre sí se hablan que las bocas que comen. Dijo también Raimundo el loco que un escribiente escribía en un libro los nombres de los amantes y los de los amados; y uno de los amantes le preguntó si había escrito en aquel libro el nombre de su amado. El escribiente le respondió: —¿Has tú comido tal vez algún manjar que haya sido escogido con fuego de amor? ¿Y te has lavado las manos con lágrimas de tus ojos? ¿Y eres tú beodo y loco por amor que hayas bebido? ¿Te expusiste jamás a peligro alguno para honrar a tu Amado? ¿Tienes tú materiales de amor de que hagas tinta con que escriba tu Amado? Sin todo esto, no eres digno de que tu Amado sea escrito en este libro.

3. Concluidas estas palabras, el Papa y los cardenales y los religiosos, para honrar la Gloria de Dios, establecieron que de todos los religiosos científicos fuesen señalados algunos para aprender varias ciencias y lenguas; y que por todo el mundo fuesen establecidas casas de estudios, en donde fuesen suficientemente proveídos y abastecidos de todo lo necesario para su manutención, según la planta del monasterio de Miramar, que hay en la isla de Mallorca. Del agrado del Papa y de todos los demás fue esta ordenación. Y entonces el Papa envió por todas las naciones de los infieles a que hiciese venir algunos de ellos para aprender nuestra lengua y que se aprendiese la suya, y después juntos con ellos fuesen a sus tierras a predicar a los otros infieles. Y que a aquellos infieles que habrían aprendido la lengua latina y tendrían conocimiento de la santa fe católica, se les fuese dando dinero, bagajes y ricos vestidos, a fin de que con esto se diesen por agradecidos y satisfechos y alabasen a los cristianos, y habiéndose restituido a sus tierras, les ayudasen y mantuviesen.

4. Dividió el Papa todo el mundo en doce partes, y señaló doce procuradores, para que fuese cada uno de ellos a aquella parte que le estaba asignada para informarse del estado de aquella tierra, a fin que con esto el Papa pudiese tener puntual noticia del estado general de todo el mundo. Aconteció que aquellos procuradores que pasaron a los infieles trajeron de Alejandría y de la Georgia, de la India y la Grecia, algunos cristianos religiosos para habitar entre nosotros, y que su voluntad se conformase con la nuestra y con nuestros religiosos, y por la unión y comunicación fuesen dirigidos y avisados en aquellas cosas en que yerran contra la santa fe romana, y después se volviesen para enseñar y dirigir

aquellos que poseen sus tierras. Por este motivo, el Papa envió algunos de nuestros religiosos a aquellos procuradores, y mandó que cada año tuviesen obligación de enviarle cierto número de religiosos de los de allá para comunicar con nosotros y aprender nuestra lengua.

5. —Amables hijos —dijo el Papa a los religiosos—, judíos y moros viven entre nosotros, que tienen creencia y están en error, destruyendo y menospreciando la fe católica. Y porque todos estamos obligados a honrar la Gloria de Dios, quiero y mando que de los judíos y moros que viven entre los cristianos sean señalados algunos para aprender latín y entender las Escrituras, y que lo aprendan dentro de un cierto y determinado tiempo; cuando no, que lleven alguna pena. Y mientras estén ocupados en este estudio sean proveídos y gobernados de los bienes de la santa Iglesia, y cuando lo hubieren aprendido, sean hechos francos y que los honren sobre todos los demás. Y de este modo serán más a propósito para entender la verdad y convertir a los otros.

6. Habiendo dicho el Papa estas palabras, el camarlengo dijo que, si el Papa ponía tal estatuto, todos los judíos y moros que viven entre nosotros se huirían a otras tierras, y de este modo se disminuiría el fondo de la santa Madre Iglesia. Y entonces Raimundo el loco dijo al camarlengo esta parábola: —Un hombre amaba mucho a una bella mujer, a quien decía que la amaba más que a ninguna otra. La mujer le preguntó por qué la amaba más que a ninguna otra mujer, y él le respondió que porque era más bella que cualquiera otra mujer. Entonces ella con el dedo señaló hacia una parte; dijo que allá, en aquella parte, había otra que era más hermosa que ella; el hombre se volvió luego a aquella parte a mirarlo. Y porque lo hizo, le dijo la mujer que si otra hubiese visto allí más hermosa que ella, que sin duda la amaría más; y con esto significó que no la amaba perfectamente. Entonces dijo el juglar de Valor que, si hubiese otra cosa mejor que los dineros, que el camarlengo la amaría más que a los dineros, y por esto propuso esta cuestión: ¿cuál cosa es contraria a la Gloria de Dios y a Valor: la disminución de las rentas o el deshonor que los moros y judíos hacen a la Gloria de Dios y a Valor?

7. Y, en virtud de esto, fue establecido todo en la forma y modo que quiso y mandó el Papa. A más de todo esto, preguntó el Papa a los maestros del templo y del hospital qué parte pondrían ellos en honrar la Gloria de Dios. Y respondieron los dos que ellos ya estaban en Ultramar para defender la Tierra Santa y exaltar la fe católica. Entonces dijo el juglar a Raimundo el loco si el amor que tenía él a su Amado iba creciendo a medida que recibía de él más gustos y consuelos, o si disminuía cuando su Amado le escaseaba los placeres. Respondió el loco: —Si el Amado me disminuyera los placeres que me da, se seguiría que le amaría menos, si le podía amar más. Y si no pudiera dejarle de amar, el amor no podría multiplicarse en amar a su Amado. Pero que los trabajos que sufría iban creciendo todos los días, y en cuanto mayores eran, multiplicaban más los placeres que tenía en amar a su Amado. Entonces dijo el Santo Padre Apostólico a los dos maestros que, según lo que significaban las palabras sobredichas, se seguía que para honrar la Gloria de Dios los dos maestros ordenasen que se formase de las dos una sola Orden, para que el

jugar de Valor no se quejase del deshonor que hacen a Valor, en cuanto se contrarían en aquellos en que tendrían concordancia si tuviese una Orden solamente; y que en sus casas y maestrazgos erigiesen y ordenasen estudios, en los cuales sus caballeros aprendiesen algunas breves razones por el *Arte abreviado de hallar la verdad*, para probar los artículos de la santa fe católica y para dar consejo de este *Arte* y ser consejeros de los maestros, príncipes y prelados; y que, habiendo aprendido en ellos diferentes lenguas, se fuesen después a los reyes y príncipes infieles para desafiar un caballero a otro en hechos de armas o ciencia, para mantener la verdad y el honor debido a Valor que tiene la santa fe católica. Otorgado fue al Papa la ordenación referida por los maestros y por todos los frailes de sus Órdenes. Y entonces Raimundo el fatuo dijo estas palabras: —Venció la humildad a la soberbia. Y el Amigo dijo a su Amado: —Si tú, Amado mío, murieras, yo iría a llorar sobre tu sepulcro. Y el amado le respondió: —Llora en presencia de la cruz, que es mi monumento, Lloró amargamente el Amigo, y dijo por mucho llorar se le oscurece la vista y se le aclara la ciencia en los ojos de su entendimiento. Y por esta causa hizo aquella Orden cuanto pudo para honrar la Gloria de Dios.

8. En el modo que arriba se ha dicho ordenó el Papa cómo la gloria de Dios fuese honrada, teniendo oficiales administradores y procuradores para cumplir y observar todo aquello que había ordenado, y todos los días se esforzaba cuanto podía en que se consiguiese el fruto y utilidad de esta ordenación. Cierta día sucedió que Raimundo el fatuo y el jugador de Valor se presentaron delante del Papa con papel y tinta, diciéndole que ellos querían enviar escrita la ordenación referida al soldán y al califa de Bagdad para que viesan si ellos tenían tan nobles súbditos como el Papa, en quienes pudiesen hacer tan bella ordenación como el Papa había hecho para honrar la Gloria de Dios en los cielos y para restituir en el mundo a Valor.

9. Aconteció también un día que el Cardenal de *Domine Deus, Agnus Dei, Filius Patris* envió a cierta tierra para explorar el gobierno del obispo y del príncipe de aquella tierra. Y mientras la espía se mantenía en aquel país, fue hecho mandamiento a aquel obispo, de orden del Papa, que mantuviese y proveyese cada un año cincuenta tártaros y veinte frailes que el Papa enviaba a su obispado para que los tártaros enseñasen su idioma a los frailes, y éstos el suyo a los tártaros, conforme se había ordenado en la corte de Roma, y, asimismo, que el obispo hiciese construir un monasterio fuera de la ciudad, en que estuviesen todos ellos juntos, y les contribuyese perpetuamente con cierta renta, con que pudiesen vivir. Muy descontento quedó el obispo del mandamiento del Papa, porque sentía mucho el gasto. Y por esto dijo mal del Papa y de los cardenales en presencia del príncipe de aquella tierra, el cual respondió muy fuertemente al obispo, diciéndole que por ningún tiempo jamás había oído decir que ningún Papa y otros cardenales hubiesen usado tan bien de su poder en ordenar cómo la Gloria de Dios fuese tan honrada; y que él, para honrar la Gloria de Dios y por el buen ejemplo que el Papa y los cardenales le daban, quería ser participante en gasto que causarían los estudiantes y quería a sus costas y expensas hacer la mitad de aquel monasterio. Mu-

chas alabanzas dio el rey de la ordenación del Papa y de los cardnales, y dijo que le parecía haber llegado ya el tiempo en que Dios quería que sus siervos le diesen grande honor y que los errantes viniesen a su conversión.

10. Inmediatamente que la espía tuvo noticia de las palabras que el obispo y el príncipe habían dicho, lo escribió todo a su señor el cardenal, y le escribió también que el obispo había comprado una heredad para un sobrino suyo por veinte mil libras, según se había podido informar. Aquella carta fue leída en el consistorio ante el Papa. Y el cardenal a quien se había remitido la carta anotó el nombre de aquel rey, a fin de que, si sucediese alguna ocasión de pasaje a ultramar o de hacer el Papa alguna gracia de algún rey, se la concebiese a aquél. Envió luego el Papa su nuncio al rey para darle las gracias, y mandó que fuese suyo aquel castillo o heredad del obispo y que este hombre hubiese de pagar diez mil libras para la obra del monasterio referido. Y mandó también al cabildo de aquel obispado que, en caso de resistirse el obispo en pagar el gasto y obra de aquel monasterio, fuese depuesto de su dignidad, y en su lugar eligiesen a otro obispo que hiciese la obra y gasto referido, y que aquel obispo que había hablado mal del Papa se quedase en la iglesia con la renta de un simple canónigo. Dijo entonces el loco a su Amado: —Págame y dame el galardón del tiempo que te he servido. Multiplicó el Amado al amante sus amores y la enfermedad de amor que padecía, y le dijo: —Mira cómo el Papa y los cardenales honran la Gloria de su Señor y hacen bien lo que deben cada uno en su oficio. Y el juglar, por medio de Devoción, envió carta a la virtud de Valor para consolarla, la cual lloraba por el deshonor que sus enemigos habían hecho por largo tiempo a su Señor.

11. Por todo el mundo se extendió la fama del gran bien y santa vida del Papa, y cada día multiplicaba Valor y disminuía Deshonor. El bien que se seguía de la ordenación que el Papa había establecido iluminaba a todo el mundo. Y Devoción decía a todos aquellos que oían hablar de la ordenación que por todo el mundo estaba ya escrito y trasladado el tenor de aquella ordenación. Sucedió un día que el Papa envió un caballero eclesiástico del orden de ciencia y de caballería a un rey moro, y aquel caballero, a fuerza de armas, venció a diez caballeros moros, uno por uno, en distintos días; y después venció con razones a todos los moros sabios de aquella tierra, probándoles a todos ellos, con toda claridad, que nuestra santa fe católica es verdadera. Por este tal bienaventurado mensajero y por otros semejantes iluminaba el mundo la ordenación que el Santo Padre había establecido.

12. Aconteció un día que de aquellos cincuenta tártaros que aprendieron nuestro idioma y se catequizaron en nuestra santa fe, se convirtieron los treinta. Y el Papa los envió, con cinco frailes que sabían la lengua tártara, al gran kan, a quien predicaron la santa fe de los cristianos y convirtieron a muchos en su corte, y al gran kan le sacaron del error en que estaba, poniéndole en estado de duda, por cuya duda después, con el tiempo, se redujo a la vía de salvación.

13. En una tierra también estaban estudiando en nuestras letras diez

judíos y diez moros con diez religiosos; y habiendo aprendido nuestra ley y nuestra ciencia, convirtiéronse a Dios la mitad de ellos, y predicaban a los otros judíos y moros la santa fe católica delante de aquellos que no se habían convertido, y esto lo continuaban todos los días. Y por cuanto la corte apostólica empleaba su poder, y por la continuación de la predicción y disputas, y porque, asimismo, la verdad en todos los tiempos es poderosa y dominante sobre la falsedad, Dios nuestro Señor dio gracias a aquellos predicadores y disputadores, de tal suerte que todos los judíos y moros de aquella tierra se convirtieron y bautizaron y predicaban a los demás la santa fe cristiana. Luego, como esto fuese así, ¿quién podría referiros el bien y honor que se seguía a la santa fe católica por el Papa Blanquerma honrando la Gloria de Dios?

CAPÍTULO LXXXI

DE "ET IN TERRA PAX HOMINIBUS BONAE VOLUNTATIS"

1. El cardenal que servía el oficio de *In terra pax hominibus bonae voluntatis* enviaba por toda la ciudad de Roma sus espías para espiar y saber si algún hombre estaba reñido con otro, y lo mismo hacía por varias tierras, tratando paz todos los días con todo su poder. Aconteció que un espía que había enviado por la ciudad de Roma, le dijo un día que en aquella ciudad había un cristiano y un judío que estaban todos los días en contiendas y disputando sobre su ley y tenían entre sí gran discordia, en tanto que, mientras disputaban, se airaban mucho el uno contra el otro y por esto vivían entre sí con mala voluntad. Cierta día vino el cardenal a aquel puesto donde disputaban y, hablando con ellos, les dijo estas palabras:

2. —Naturaleza es del entendimiento que entienda mejor cuando el hombre está alegre y contento que cuando está airado, porque la ira turba el entendimiento y por la turbación no entiende aquello que podría y debería entender, si el hombre no estuviera airado. Otra naturaleza tiene el entendimiento para entender, es a saber: que el hombre afirme ser posible aquello que la voluntad quiere que entienda el entendimiento; porque si antes que el entendimiento lo entienda afirmase ser imposible aquella cosa, entonces el entendimiento no estará dispuesto para poder entender la posibilidad o imposibilidad que fuere inteligible en aquella cosa. Aun tiene otra naturaleza el entendimiento para subir a entender alguna cosa, y es que ame igualmente la voluntad aquello que afirma o niega antes que el entendimiento la entienda; porque cuando la voluntad se inclina a una parte antes que el entendimiento la entienda, entonces queda impedido el entendimiento para entender. Todos estos modos y otros muchos son menester para entender, y aún más, a fin que el entendimiento pueda entender. Y dado caso que por todos estos modos el entendimiento no pudiera entender, convendrá que el hombre recurra al *Arte abreviado de hallar la verdad*, que es arte por el cual el entendimiento asciende a en-

tender, del mismo modo que la voz va subiendo con el canto y por el arte de la música. De tal manera instruyó el cardenal a aquellos dos sabios disputantes, que, por la humildad que usó en irles a buscar, quedaron los dos muy amigos y se amaron y amigablemente continuaron en sus disputas, otorgándose en adelante el uno al otro la verdad. Partiósese el cardenal de los dos dándoles su bendición y amonestádoles que se reglasen el uno al otro, para que así tuviesen ocasión de grande amistad, por lo cual más fácilmente pudiesen entenderse en sus disputas.

3. En aquel tiempo, dos reyes cristianos, muy nobles y poderosos, se estaban reñidos entre sí y en sangrienta guerra, habiéndose ya presentado batalla. El cardenal, con letras del Papa, pasó a aquellos dos reyes, para efecto de pacificarles, y trajo consigo muchas joyas y mucha moneda para regalar a uno y a otro, y dio también mucha moneda a sus caballeros. Todo el esfuerzo puso el cardenal para poner paz a aquellos dos reyes, porque había mucho tiempo que perseveraban los dos en su mala voluntad, sin que jamás se hubiese tratado de paz; por cuyo motivo estaba el uno tan airado contra el otro, que el cardenal no pudo conseguirla, ni aun hubo modo con que les redujese a unas treguas, ya que no podía lograr la paz, por lo cual escribió al Papa esta carta:

4. "Guerra hubo entre Dios y el género humano, después que Adán hubo pecado, y todos éramos desviados de la paz y de la bendición de Dios. Y por cuanto la guerra era muy grande, fue conveniente que Dios en su propia persona viniese a poner paz y concordia entre él y la criatura y, como Soberano Bien, darse a sí mismo a la criatura. Y, por tanto, la Persona del Hijo de Dios quiso venir a tomar carne humana en la humilde Virgen María, y subió después de padecer muerte y pasión en la cruz en cuanto hombre." Esta carta fue leída en presencia del Papa y de los cardenales, y Raimundo el loco dijo este ejemplo: —Cierta mujer padecía gran discordia y grandes trabajos con su marido. Y estando en esta desunión, se nació un hijo; y por el hijo, que los dos amaban mucho, tuvieron paz y concordia todo el tiempo de su vida. Dijo el juglar de Valor que Humildad, Caridad, Verdad y Paz eran hermanas de Valor.

5. El Papa consideró mucho en lo que aquellas palabras significaban, y, por la gran voluntad que tenía de tratar de todo bien, entendió lo que significaban. Y por esto el Papa, con cuatro cardenales, se fue a los dos reyes que estaban muy remotos de la corte romana, y les regaló de muchas joyas y donativos, y tuvo gran corte de prelados, príncipes y barones y gastó mucho en aquellas cortes. Antes que el Papa hablase de la paz a aquellos dos reyes, dijo en presencia de todos que él había venido allí para tratar una expedición y pasaje a ultramar contra los enemigos de la cruz, y que quería y rogaba a los dos reyes que ellos emprendiesen el pasaje y expedición, el uno contra los moros de Levante y el otro contra los de Poniente, y habiéndolos conquistado, que se juntasen los dos y fuesen a conquistar los moros que están al Mediodía. Y el Papa les concedió grandes indulgencias y otorgóles la cruzada, y de los bienes de la santa Madre Iglesia hizo grandes donativos a los dos príncipes y otros barones, y él se encargó del gobierno y comando de las tierras de los dos reyes. Tan del gusto de los dos fue aquella ordenación y fue tan grande el ardor y co-

raje que cada uno de ellos concibió en esta empresa contra los infieles, que ambos a dos acordaron de poner en manos y poder del Papa el hecho de sus pretensiones, que eran el motivo de la guerra, y emprendieron la expedición, y sobreseyó la cuestión del punto sobre que litigaban, y con el fin que no se dilatase su ejecución.

6. Habiendo hecho aquellos dos reyes grandes prevenciones con los pertrechos necesarios para la expedición, emprendieron el pasaje, en el cual concurrieron muchos de aquellos religiosos que habían aprendido la lengua arábica, con el destino de mensajeros de los moros, para que se convirtiesen antes que los dos reyes les quitasen las vidas y sus almas no fuesen a parar en el fuego perdurable. Volvióse el Papa a Roma, y procuraba con todo su poder que el santo pasaje de ultramar llegase a su total cumplimiento. El cardenal que tenía el oficio de pacificar se mantuvo por dilatado tiempo en aquellas tierras de los dos reyes, con el fin de pacificar las unas gentes con las otras. Aconteció un día que, pasando a caballo por la plaza, vio a dos roperos que se reñían por la envidia que el uno tenía al logro del otro, pareciéndoles a cada uno que el otro le quitaba la ganancia. El cardenal compró las dos tiendas, que eran de un ciudadano de aquella ciudad, y mandó construir otras dos, distantes la una de la otra, y a cada uno de los dos roperos dio una de ellas. Y de las dos que había fabricado hizo fabricar dos casas, en cada una de las cuales puso un hombre que viviese encerrado, y que los dos se mantuviesen de limosna y predicasen la paz y concordia y otras buenas doctrinas a las gentes de aquella plaza y a los que pasarían por aquella calle.

7. Un día aconteció que un espía del cardenal, pasando por la plaza, vio a los dos encerrados que se reñían, diciéndose el uno al otro palabras villanas, porque se tenían envidia. Luego que lo supo el cardenal, sacó a uno de aquellos reclusos y lo mudó a otro lugar distante de aquél, y de la casa que lo había echado hizo construir una plaza, donde viviesen hombres a quienes el encerrado les hablase de palabras de paz y de Dios, y semejante plaza hizo para el otro recluso. Muy grande era el bien que aquellos dos hombres ocasionaban en aquella ciudad, y fue igualmente muy bueno el establecimiento que allí hizo el cardenal de que en las plazas, donde se cometían tantos males, daban estar hombres buenos y devotos, para que mortifiquen allí los males por el ejemplo de buena vida, por devotas palabras y por la lición de libros de oraciones y contemplaciones.

8. Pasó el cardenal a esta ciudad que mediaba entre la tierra de un arzobispo y de un rey, los cuales lidiaban sobre los lindes de aquella ciudad, por cuyo motivo había grande enemistad entre los dos. El cardenal no pudo componer sus diferencias, porque nunca pudo echar la avaricia que estaba arraigada en el alma de cada uno de los príncipes, y por eso se volvió a Roma y suplicó al Papa se dignase de pasar en persona a poner paz entre el arzobispo y el rey. Condescendió el Santo Padre, y pasó luego a aquella ciudad donde había la disensión, y convocó al rey y al arzobispo, haciéndoles un gran convite y una solemne fiesta, en cuyo día les predicó la paz, diciéndoles que nuestro Señor Jesucristo la predicaba todos los días. Antes de irse a comer, quiso el Papa que el rey le

manifestase el punto sobre que lidiaba con el arzobispo, y el rey le enseñó los lindes hasta donde pretendía extenderse su señorío. El Papa dijo al rey que, según tenía entendido, aun se extendía más allá su señorío, y por eso quiso que el rey tomase algo más de lo que era de la Iglesia, porque más apreciable era la paz que de esto resultaba que no valía la renta que el arzobispo percibía de aquella porción de aquella porción. Cuando el rey vio que el Papa le quería dar más porción de la ciudad de lo que él pretendía, dijo al Pontífice estas palabras: —Venid, señor, y tomad vuestra parte de mi porción, de la cual por mucho tiempo he desheredado a la Iglesia. Y por eso el rey quiso asignar a la Iglesia aun mucho más de lo que pedía el arzobispo. Gran trabajo y contienda hubo entre el Papa y el rey antes de poderse concordar, porque cada cual quería dar al otro de los derechos de su propio señorío; y por esto fue puesta la cuestión en manos de dos varones ancianos, bien noticiosos de la verdad de las lindes, y aquéllos dieron su dictamen y fue aprobado su parecer, con lo cual fue hecha la paz y amistad entre el rey y el arzobispo.

9. En una ciudad donde se hallaba el cardenal que iba procurando la paz, había un hombre viejo casado con una mujer moza, a la cual amaba tan excesivamente, que le tenía grandes celos, los cuales le causaban gran trabajo en su persona. Y llegaba a tal extremo su celosía, que su mujer y él propio y toda su familia padecían grandes trabajos y graves daños. Aconteció un día que, hallándose en la plaza el celoso viejo, pasó por allí el cardenal, y al verle dijeron todos: “Aquél es el cardenal que va tratando paz.” Consideró entonces el buen hombre si el cardenal podría ponerle en paz y sacarle del gran trabajo en que los celos le habían puesto. Cuando el cardenal se hubo restituido a su posada, fue el viejo celoso a visitarle, y le refirió secretamente cuanto le pasaba y le suplicó se dignase darle consejo cómo podría lograr la paz. El cardenal respondió al buen hombre, y le dijo muchas buenas palabras y razones, y le encargó que todos los días fuese una vez a hablar con él secretamente. Al otro día, el cardenal envió a llamar a aquella mujer y le habló, aconsejándola que no se adornase con vestidos ni atavíos, ni se pusiese afeites en la cara, ni mostrase en su persona señal alguna ni gesto de liviandad, antes bien que a su marido le diese todo honor y que en sus rígidas palabras ejercitase la paciencia. Cuando el cardenal hubo dado esta doctrina a la mujer, sin que su marido lo supiese, predicaba todos los días cosas de Dios y de santa vida, vituperando el vicio de la torpeza y alabando la virtud de la castidad; y en cualquier parte que el cardenal predicase, llevaba siempre en su compañía aquel hombre celoso; y cuando se volvía a su posada, el cardenal lo convidaba, y leían los dos la Sagrada Escritura. Tanto tiempo se mantuvo el cardenal en aquella ciudad con el fin de pacificar a aquel hombre y librarle de la celosía en que vivía, hasta que aquellas palabras que el cardenal le hablaba de las cosas de Dios y la buena vida de la mujer le libraron de aquellos malos pensamientos que son la causa de ponerse celosos los hombres.

10. A otra ciudad pasó el cardenal para inquirir si en ella había alguna enemistad o trabajo. Sucedió un día, que el cardenal, según había

siempre acostumbrado, envió por cuatro prohombres de aquella ciudad para informarse si en ella había algún hombre que necesitase de pacificarse con otro. Entre aquellos cuatro prohombres había uno que era de muy honrado linaje y había sido muy rico, y estaba en grande aflicción y trabajo noche y día, cuando consideraba que no podía conservar el honor que había empezado a mantener y había por mucho tiempo mantenido. Por lo cual pidió consejo al cardenal, refiriéndole el trabajo en que le habían puesto sus pensamientos. Aquel buen hombre no tenía mujer. Pero tenía cinco hijos, y el cardenal le aconsejó que entrase en alguna religión, en la cual no tendría miedo de venir en pobreza y sonrojo. Y recomendó uno de sus hijos al príncipe de aquella tierra, y otro al obispo de aquella ciudad para hacerle eclesiástico, y el cardenal tomó otro para criarlo y aconsejarlo, con que los restantes se quedaron bien heredados de los bienes su padre, y éste se entró en orden de religión, donde tuvo paz todos los días de su vida, huyendo del mundo y de la vanagloria en que antes estaba.

11. Mientras el cardenal se hallaba en aquella ciudad, le vino de Roma un mensaje o enviado de un espía que el cardenal mantenía en ella avisándole que se restituyese a aquella corte para pacificar a dos procuradores de dos príncipes que estaban muy encontrados uno contra otro. Pasó el cardenal a Roma, y secretamente envió por uno de los procuradores, y le hizo prestar juramento de guardar el secreto de lo que el cardenal le diría. y habiéndolo jurado, le dijo el cardenal que en su nombre regalaría con dádivas y joyas al otro procurador, su contrario, y por cuanto él era hombre avaro y pensaría que el otro le enviaba las joyas, refrenaría de este modo y mitigaría su ira, advirtiéndole que, en el caso de que su contrario le diese las gracias por alguna cosa, le diese a entender que él se la había regalado. La misma diligencia practicó el cardenal con el otro procurador, adversario del primero, y les enviaba a los dos muy frecuentemente dádivas y presentes, de manera que cada cual de ellos se creía que el uno regalaba al otro. Y por este medio, sin que el cardenal tuviese necesidad de hablarles más en adelante, quedaron ambos a dos muy amigos. En esta y otras muchas maneras pacificaba el cardenal a los hombres para que se tuviesen buena voluntad y hubiese paz en la tierra, la cual fuese ocasión de vida y de la vía de salvación. Grande era el bien que hacía el cardenal procurando la paz en la tierra; porque cuando en ella se experimentaba algún trabajo, recurrían luego todos a él para que tratase la paz y concordia entre las gentes.

12. Iba también el cardenal por las cortes donde había pleitos y contradicciones, y mantenía en ellas sus procuradores para pacificar y componer los litigantes, y muchas veces él mismo pasaba en persona y los ajustaba y pacificaba. Asimismo trataba el cardenal con muchas devotas y virtuosas mujeres, privadas suyas, a quienes daba regla y doctrina cómo pacificasen a otras mujeres que se hallaban con trabajos y en mala voluntad. Aquel gran bien que hacía el cardenal pacificando a las gentes era tan agradable a Dios y a ellas, que nuestro Señor, por los méritos del cardenal, abundaba la paz en aquellas tierras adonde iba y moraba y toda la gente alababa a Dios.

CAPÍTULO LXXXII

DE "LAUDAMOS TE"

1. El Cardenal de *Laudamus te* se apropió el oficio de loar a Dios en la corte de Roma, y enviaba sus procuradores por las tierras de cristianos para loar a Dios, y aun él mismo iba muchas veces en persona por aquellas tierras dando lores a Dios por la predicación de la obra que tiene en sí mismo, esto es, en sus Personas divinas por la generación y espiración, y loándolas también por la obra que tiene en las criaturas creándolas y conservándolas, y beatificando en su gloria a los ángeles y a los hombres, y cómo castiga en el infierno a los condenados. En un tiempo sucedió que el cardenal alababa a Dios en una ciudad en la cual había una buena mujer que tenía dos hijos, uno eclesiástico y otro seglar, y la buena mujer y sus hijos alababan mucho a Dios todos los días. Y sobre eso era la cuestión: ¿cuál de todos tres alababa más a Dios? Cada una de las partes tenía sus defensores, que daban sus razones y ponderaban las alabanzas que cada una daba a Dios en esta forma.

2. La buena mujer había educado a sus hijos en la buena crianza de alabar a Dios, y ella tenía en costumbre, después que su marido había muerto, de ir entre las mujeres reprendiéndolas de todos aquellos defectos en que erraban, y en su presencia alababa a Dios con todo el esfuerzo que podía. Y por la reprensión que la buena mujer daba a las otras por sus vestidos, por sus afeites y malas crianzas y por las alabanzas que le veían dar a Dios, eran muchas de ellas bien morigeradas en aquella ciudad y todas la temían, porque ahí tan fuertemente reprendía, conocía y expiaba sus secretos y faltas.

3. El hijo eclesiástico era sacerdote y amante de la pobreza, y decía misa todos los días. Y cuando era hora de comer, se iba a casa de algún bienhechor y le pedía de comer aquel día por amor de Dios, y que al día siguiente él diría misa por su alma. Muchas veces aquel eclesiástico iba a comer y pedir limosna con los pobres a las puertas de los conventos de religiosos y del palacio del obispo. E iba entre los eclesiásticos, reprendiéndolos de las faltas que les veía cometer, y no reparaba en decir la verdad, reprendiendo a cualquier eclesiástico que le viese ultrajar la honestidad y santa vida. Y cuando los reprendía loaba siempre a Dios y bendecía su santo nombre, y loando a Dios, los corregía. Aquel eclesiástico tenía por costumbre de ir todos los días por las calles de la ciudad, y cuando se encontraba con otros eclesiásticos y los veía cometer algunos yerros, luego los reprendía y después se entraba en una iglesia que tenía por costumbre, y allí se estaba muy despacio en oración y contemplación, loando siempre y bendiciendo a Dios nuestro Señor. Y si en aquella iglesia veía algunos eclesiásticos deslizar en algunas acciones defectuosas, los reprendía, y lo mismo ejecutaba en todas las demás iglesias.

4. El otro hermano, que era hombre seglar, iba por las calles de la ciudad, y cuando encontraba algún otro seglar que cometiese alguna falta

y se desordenase en su vestir o en el porte, como en el hablar o en cualquier cosa que fuese, le daba luego su reprensión, sin que temiese la calumnia ni daño alguno en su persona; y cuando él los había reprendido, alababa y bendecía a Dios delante de aquellos mismos que había corregido. Y por la gran libertad que tenía en reprender a los errantes y en loar a Dios nuestro Señor, todos los hombres de aquella ciudad le temían, mayormente los que erraban.

5. Grande era el bien que aquel hombre hacía en aquella ciudad, y grande igualmente el bien que en ella hacía la buena mujer, su madre, y su hermano el eclesiástico. Y por eso había muy fuerte cuestión en aquella ciudad, entre las mujeres y los eclesiásticos y los seglares, cuál de los tres más y mejor alababa a Dios. Y cada una de las tres parcialidades defendía a aquel que en su estado era loador de Dios. Todas las partes comparecieron delante del cardenal y le propusieron la cuestión, la cual fue muy del gusto del cardenal, y la pasó a Roma para que Su Santidad la decidiera y estableciera que en la ciudad de Roma hubiese otra mujer y otro eclesiástico y un hombre secolar que, del mismo modo, alabasen a Dios, y que aquellos tres oficios se conservasen perpetuamente en dicha ciudad de Roma.

6. Cuando el cardenal estuvo ya en la corte romana y hubo propuesto al Pontífice y a los cardenales aquella cuestión, Raimundo el loco se presentó ante el sagrado consistorio y trajo fuego, leña, un cedazo, harina y agua, y dijo que él quería hacer una hogaza de esperanza, justicia, castidad y humildad para darla a comer a aquellos en quienes se halla desesperanza, crueldad, injuria, lujuria y soberbia. Y después el juglar de Valor dijo al cardenal que había propuesto la cuestión que le suplicaba muy mucho que Raimundo el loco fuese entendido y oído en aquella cuestión, porque para loar a Dios y reprender los defectos de la corte romana Raimundo el Sabio había tomado el oficio de loco. Agradó mucho al cardenal y a todos los demás que Raimundo el loco fuese oído y entendido en la cuestión.

7. Mientras el Papa y los cardenales trataban de decidir la cuestión, un correo del emperador trajo una carta al juglar de Valor, en que se mandaba dijese al Papa y a los cardenales se dignasen de declarar cuál de cuatro loadores alaban más altamente a Dios, los cuales se expresan en el contenido de estas palabras:

8. En un monasterio había un religioso de santa vida que era grande eclesiástico. Tenía aquel religioso gran devoción de alabar a Dios en aquellas obras que Dios tiene en sí mismo, a saber: en engendrar el Padre al Hijo, y en proceder el Espíritu Santo del Padre y del Hijo. Aquel religioso se había entregado totalmente en alabar la Santa Trinidad, diciendo que, sobre todas cosas, debe darse alabanza a la más noble y más alta obra que sea; y por cuanto la mayor y más alta obra es en el engendrar a Dios y dar procesión a Dios, en el cual, Engendrado y Procedido, existe la afinidad y eternidad de bondad, grandeza, poder, sabiduría, amor y protección, por eso no tenía el religioso intención de alabar a Dios sino tan solamente en su Santa Trinidad y Unidad. En el modo susodicho alababa continuamente a Dios de palabra y de pensamiento este buen

religioso. Y por las criaturas y por la obra que Dios hace en ellas se esforzaba, con todos sus poderes, en probar a los cristianos aquello por que se loaba y debía loarse a Dios. Y de los loores que él decía y probaba se originaba gran devoción y caridad en aquellos en quien el religioso decía alabanzas de Dios, y por la devoción y caridad que tenían, se seguía de ello muy buenas obras y se evitaba y cesaban muchas malas.

9. Había también un obispo que tenía gran devoción de alabar a Dios en la obra de la encarnación del Hijo de Dios, por cuanto la mayor obra que el Creador puede hacer en la criatura es unir a sí mismo el Creador y la criatura, con lo cual sea una persona solamente. Y por la gran devoción que el obispo tenía de alabar a Dios en la mayor obra que Dios puede hacer a la criatura, propuso de ir a loar a Dios entre los infieles, para con aquel loor poderlos convertir y allí pudiese recibir martirio. Aquel obispo pasó a tierra de moros para loar a la santa encarnación y pasión del Hijo de Dios, y con la predicación causó mucho bien en aquella tierra, y, finalmente, por loar a Dios nuestro Señor en esa moda, lo gró en ella la corona de martirio.

10. En la misma ciudad en donde el santo obispo recibió el martirio había un filósofo que era grande maestro en filosofía, y por las razones que había oído decir al obispo de la encarnación del Hijo de Dios, se convirtió a la fe cristiana y tuvo devoción de loar a Dios en aquellas tierras en que no es conocido, y todas las gentes que hay en ellas creen y adoran a los ídolos. Y, en efecto, aquel filósofo se fue a aquellas tierras para loar a Dios y probar que Dios existe y que es un solo Dios, el cual es primera causa y soberano bien sobre todas las cosas. Y le loaba, asimismo, en el bien que hacía a las criaturas, las cuales, según su bondad, significan y demuestran la bondad de su Creador. Mientras el filósofo por las criaturas les probaba y demostraba que hay Dios y que es todo bueno soberanamente, el pueblo de aquella ciudad lo mató y fue mártir por loar a Dios, diciendo que era Señor y Creador de todas las criaturas.

11. Después de la muerte de aquel filósofo, un caballero cristiano vino a aquella ciudad misma en que el filósofo había recibido martirio para loar a Dios, por cuya muerte y martirio obraba Dios en ella muchos milagros, por los cuales muchas gentes se convirtieron a Dios y le loaban. Aquel caballero había pasado a aquella ciudad para desafiar cuerpo a cuerpo a cualquiera que dijese que no había Dios y que Dios no había creado el sol, la luna y las estrellas y a todas las demás criaturas del mundo, algunas de las cuales adoran los idólatras en semejanza de Dios. Y sobre este punto combatió con muchos caballeros, y venció a muchos, hasta que, finalmente, lo mató un archero con un dardo que lo tiró, partiéndole por medio el corazón. Y con esto el caballero fue mártir por loar a Dios con las armas.

12. Habiéndose leído aquella carta, el Papa y los cardenales loaron y bendijeron a Dios por los loores que aquellos cuatro loadores le habían dado. Y fueron muy grandes los encomios que se dijeron en la corte y los razonamientos que por una y otra parte se hicieron. Y cuanto más fuertemente se empeñaban las partes en juzgar cuál de todos los cuatro había alabado mejor a Dios, tanto más fuertemente crecía la devoción en

los que oían las contiendas y disputas de las partes. Y por eso el Cardenal de *Laudamus te* suplicó al Santo Padre que dilatase y suspendiese la solución y decisión de aquellas cuestiones por largo tiempo, y que, al entretanto, fuesen asignados en la corte abogados a cada una de las partes, y que diesen todas sus razones por escrito, porque si en la corte había dos reyes que lidiaban sobre sus derechos por espacio de veinte años, y aun no se había dado sentencia ni declaración, con cuánta mayor razón debía ser prorrogada la determinación de las referidas cuestiones, a fin que por este medio fuese creciendo en la corte la devoción y el buen ejemplo entre las gentes, por cuyo ejemplo y devoción se dispusiesen muchos en ser leedores de Dios y morir mártires, a imitación de los sucesos referidos.

13. Fue concedido al Cardenal de *Laudamus te* por el Papa y los cardenales todo lo que pedía, y de los bienes de la santa Madre Iglesia fueron gratificados abogados para que todos los días alegasen en favor de las partes sobredichas. Sucedió un día que el abogado que defendía la parte del obispo que fue martirizado por loar la encarnación del Hijo de Dios, puso dos razones en su alegato, a saber: que Dios puede ser más alabado por justicia y por misericordia en un pecador eclesiástico que en otro hombre que no sea eclesiástico, porque el eclesiástico, que hace oficio de Jesucristo, es más pecador cuando peca que cualquier otro hombre, y por esto Dios puede manifestarle mayor justicia en castigarlo o mayor misericordia en perdonarle sus pecados. Y pues esta mayor demostración de loor se forma por la encarnación del Hijo de Dios y por el sacrificio del altar y por la santa pasión de Jesucristo, por tanto, entendía probar el abogado que el obispo loaba más fervorosamente a Dios que todos los demás. Semejantes razones formaban los abogados de las otras partes, y proponían muchas y muy buenas cuestiones en su pleito, de lo cual se originaba en la corte mucho bien en todos aquellos que las oían.

14. Mientras que el pleito referido se sustanciaba, todos los días, en la corte, Raimundo el fatuo propuso al Papa y a los cardenales esta cuestión: ¿cuál debe ser la causa que en las crónicas e historias fueron y son más alabados los Papas que fueron pobres y menesterosos de los bienes temporales que los Papas que tienen muchas riquezas y abundancias de bienes de este mundo después que adquirieron el Imperio de Roma? Respondió el Ppaa, y dijo a Raimundo el loco que muy leve y fácil de soltar era aquella cuestión.

CAPÍTULO LXXXIII

DE "BENEDICIMUS TE"

1. El Cardenal de *Benedicimus te* se presentó delante del Papa y los cardenales acompañado de muchos hombres, a quienes había asignado diferentes oficios para bendecir a Dios y que fuesen por varias tierras bendiciéndole, para que Dios bendijera a aquellas tierras, a fin que en ellas fuese bendecido su santo nombre. Aquellos hombres habían de tener obligación de ir gritando por las calles, y decir: "Bendito sea nuestro Señor

Dios, que ha creado los ángeles y los cielos, y las estrellas, los hombres, las aves, las bestias, los peces, los árboles, las plantas, las hierbas, las piedras, los elementos, los metales y todas las otras criaturas. Y bendito sea Dios, como ordenador del mundo, ha puesto y ordenado en él tantos y tan diversos oficios, como son eclesiásticos, religiosos, caballeros, prelados, príncipes, labradores, mercaderes, roperos, curtidores, carniceros, pescadores, herreros, carpinteros y todos los demás oficios." Aquellos hombres habían prometido de ir pregonando a alta voz y bendecir a Dios, porque quiso humillarse a tomar carne humana, sufrir pasión y muerte en ella por nosotros para redimir nuestros pecados y salvarnos, y porque quiso hacer milagros, y porque ha creado el paraíso y el infierno, y porque resucitará a los buenos y a los malos, sentenciando los buenos a gloria sin fin, y a los malos a pena eterna. Aun deben aquellos hombres pregonar y bendecir a Dios en su esencia divina y en su Trinidad santa, y en sus divinas virtudes, y en todas las demás cosas en que puedan significar su divina nobleza y voluntad.

2. Habiendo el cardenal hecho relación al Papa y a los otros cardenales de la ordenanza que había establecido para bendecir el santo nombre de Dios, suplicó al Santo Padre concediese grandes indulgencias a todos aquellos que se encargarían y servirían el dicho oficio, mandando a todos los eclesiásticos que, dondequiera que aquéllos estuviesen, se le diese de comer todo el tiempo que se mantuviesen en sus tierras bendiciendo el nombre de Dios. Aplaudió mucho el Papa y los cardenales lo que el Cardenal de *Benedicimus* te había ordenado. Y mandó a todos los obispos y demás prelados cuidasen de la asistencia de aquellos operarios en todo lo necesario, mientras se mantuviesen en sus diócesis, y concedió grandes perdones a aquéllos y a todos los que diesen favor y auxilio; y les envió de dos en dos con sus privilegios por varias tierras y obispados. Muy admirablemente loaban y bendecían a Dios estos operarios, pregonando noche y día el santo nombre de Dios y su alta virtud. Y por las bendiciones que decían de Dios, les bendijo Dios a ellos y a sus palabras y daba devoción a las gentes, por lo cual vivían en santa vida.

3. El cardenal andaba por la ciudad de Roma, y traía consigo mucho dinero, el que repartía entre los pobres para que bendijesen a Dios, y por las calles rogaba y exhortaba a las gentes que bendijesen a Dios. Sucedió un día que un pregonero que hacía las gridas por la ciudad consideró en la gran devoción del cardenal y por la voluntad divina concibió devoción de hacer gridas del nombre de Dios por la ciudad; y vino al cardenal, y con su licencia tomó el oficio de pregonar que el santo nombre de Dios fuese bendecido por todas las gentes. Y el cardenal le asignó, todos los días, cinco sueldos de renta para mantenerse y comprar fruta y avellanas para dar a los muchachos que le siguiesen, gritando que el santo nombre de Dios fuese bendito y alabado, diciendo así: "Bendito sea nuestro Señor Dios, loado sea Dios, adorado sea Dios, obedecido sea Dios, y la obra y la virtud de Dios sea por siempre loada y servida." Aquel pregonero andaba todos los días por la ciudad de Roma acompañado de un gran número de muchachos, y pregonaba y bendecía con ellos a Dios y a su virtud. Mientras el pregonero y los muchachos así gritaban y bendecían a

Dios, muchos hombres pecadores recordaban, entendían, amaban y temían a Dios, y mortificaban sus vicios, y vivificaban en sus corazones las virtudes, y los hombres justos, por ello, exaltaban su devoción de amar y servir a Dios.

4. En cierta ciudad donde moraban dos de aquellos hombres queregonaban y bendecían a Dios, sucedió un día que un rico y sabio mercader, que había quedado viudo, tuvo voluntad de bendecir a Dios en aquella manera que más fuertemente la pudiese bendecir, y vendió todo lo que tenía, y del dinero compró un buen caballo y una copa de oro muy bella y muy ricamente labrada. Aquel mercader, montado a caballo y llevando la copa de oro en la mano, andaba por la ciudad gritando que él daría el caballo y la copa al que mejor le enseñase a bendecir a Dios. Mientras el mercader iba de este modo gritando por la ciudad, había en ella muchos hombres que deseaban haber el caballo y la copa, que valían mucho, y discurrieron muchos diversos modos de bendecir a Dios, y por eso se puso en cuestión cuál de aquéllos era el mejor modo de bendecir a Dios.

En cierta elección de obispo tuvo un canónigo muchos votos para serlo, y bendijo a Dios por no haber sido obispo. Y el que tuvo la elección bendijo a Dios por haberle encargado de un cargo tan grande y tan peligroso y de tan honrado y provechoso oficio. Y por esto fue hecha cuestión cuál de los dos daba a Dios mayor bendición.

Y es cuestión quién da mayor bendición a Dios: ¿el hombre a quien multiplica Dios sus bienes y le da salud y honra en este mundo, y bendice a Dios, o aquel que está enfermo y deshonorado y a quien Dios le quita los bienes temporales, y lo lleva con paciencia y bendice a Dios?

Un hombre hirió de muerte a otro con gran sinrazón, y el herido tuvo paciencia y bendijo a Dios. Y el que le hirió bendijo y alabó a Dios cuando lo ahorcaban y se juzgó culpable y lo llevó con paciencia. Es cuestión: ¿cuál de los dos bendecía mejor a Dios?

Un hombre loaba y bendecía a Dios cuando veía a los leprosos y a las bestias, por no haberle hecho Dios bestia ni leproso, sino que le había hecho hombre. Otro bendecía y loaba a Dios porque le había hecho gracia de vivir sin pecado mortal. Y por eso es cuestión: ¿cuál le bendecía más vivamente?

Entre un hombre y una mujer había cuestión: ¿quién debía bendecir más a Dios, o el hombre, porque no le había hecho Dios mujer, o la mujer porque no le había hecho hombre y estaba más sujeta en este mundo que el hombre?

Otra cuestión hubo entre un cristiano y un moro: ¿cuál debía, según su ley, bendecir mejor a Dios nuestro Señor?

Entre una mujer y un hijo suyo había cuestión. Porque el hijo bendecía a Dios por haberle dado buena madre, y la madre bendecía a Dios por haberle dado un buen hijo. ¿Cuál de los dos bendecía más a Dios?

Un rey bendecía a Dios porque le había dado un buen pueblo. Y el pueblo bendecía a Dios porque le había dado un buen rey. Y por eso era cuestión: ¿quién bendecía mejor a Dios, el rey o el pueblo? Todas estas cuestiones y otras muchas fueron dadas por escrito al mercader, para que él diese el caballo y la copa a aquel que le había traído la mejor cues-

ción, que era significativa del que mejor y más altamente bendecía a nuestro Señor Dios.

5. Cuando el mercader tuvo por escrito las cuestiones sobredichas, montado en su caballo con las cuestiones y la copa, se fue a Roma, al Cardenal de *Benedicimus te*, y le suplicó hiciese determinar aquellas cuestiones, a fin de que él pudiese escoger aquel modo con que pudiese bendecir a Dios y diese el caballo y la copa al que le habría traído la mejor cuestión. El cardenal, acompañado del mercader, vino en el consistorio ante el Papa y los demás cardenales para decidir y determinar según cuál de aquellas cuestiones se alababa más a Dios. Pero de común acuerdo del Papa y cardenales fue resuelto que las cuestiones se disputasen por largo tiempo en la corte, a fin que no fuesen olvidadas y que por el recuerdo que de ellas habrían muchos hombres tomasen ejemplo y modo de devoción en loar y bendecir a Dios y el oficio del cardenal lograse por ello mayor utilidad. Y por esto fue ordenado que a la puerta de la iglesia mayor de Roma fuese fabricado un caballo de márbol, y montado en él, un hombre que llevase una copa en la mano, y en pedestal fuesen grabadas y escritas las cuestiones sobredichas y el motivo por que el mercader pasó a Roma.

6. Aconteció un día que, paseándose el cardenal a caballo por la ciudad de Roma para ver si oiría a algún hombre bendecir a Dios, acertó a pasar por delante de su bodegón, donde había muchos pícaros y holgazanes que jugaban a dados, uno de los cuales maldecía y blasfemaba de Dios, diciendo muy viles y sucias palabras contra Jesucristo y la Virgen Santa María por causa de un juego que había perdido a los dados. El cardenal se apeó del caballo que montaba, y lo dio a este pícaro que blasfemaba de Dios, para que le bendijera y que por ningún tiempo jamás le maldijese ni blasfemase. Y después se fue al Papa y a los otros cardenales y les dijo estas palabras: —Había un religioso que, hallándose presente un día a la misa que cantaba un maestro en teología, consideraba cómo el maestro, por sus palabras, había dado razón y doctrina por dilatado tiempo cómo Dios fuese loado y bendecido por sus discípulos. Y así, yo estoy más fuertemente airado —dijo el cardenal—, cuando considero y veo con mis ojos que por el juego de dados son tantos los pícaros y tacaños que blasfeman y maldicen a Dios y a Santa María y a los santos de la gloria. Y por eso pido se me dé satisfacción de la injuria y agravio que me hacen los dados en perjuicio del ministerio que se me está encomendado. Y si no se diere satisfacción a mi oficio por aquellos que tienen el poder, son contrarios a la bendición de Dios y concuerdan en llevar en él la maldición. Tan vivas y eficaces palabras dijo el cardenal al Papa y a sus compañeros, que movieron sus corazones a contrición y a pensamientos y tuvieron conciencia del poder que tenían, el cual superaba a su querer en el bien que podían hacer y no lo hacían. Entonces el juglar de Valor dijo: —¿Qué vale el Amigo que no veda el deshonor de su Amado? Y Raimundo el loco dijo que el amante fue atormentado por su Amado, al cual amigo preguntaron si era hora de descansar mientras le atormentaban. Y él respondió diciendo [que,] con lo que supiese su Amado, hora era de descansar en los trabajos que sufría por su amor.

7. Y mientras estaban en estas razones, entró en el consistorio un le-

gado del Papa, dándole relación de haber cumplido su mandato en excomulgar a un príncipe que usurpaba los bienes de la Iglesia. Entonces el Cardenal de *Benedicimus te* propuso esta cuestión al Papa: ¿cuál cosa debía ser más prohibida: aquellos por que las gentes blasfemaban y deshonraban a Dios o el príncipe que usurpaba solamente bienes a una obispado?

8. Paseábase un día a caballo el Papa Blanquerma, y vio a muchos holgazanes, pícaros y gente perdida que estaban en una taberna, gritando y diciendo: "Bendito sea Dios y alabado sea el nombre de nuestro Señor Dios." Preguntó el Papa cómo podía ser que los pícaros bendijesen a Dios en aquel lugar y que el nombre de Dios fuese por tal gente alabado. —Señor —respondió un caballero romano—, ahí hay uno de esos a quien el cardenal de *Benedicimus te* ha dado un bello caballo, y aquél ha tomado la costumbre de que, cuando está en compañía de otros pícaros y semejante gente perdida, les habla muchas buenas palabras de Dios. Y tan devotamente las dice, que muchas veces los hace llorar, hablándoles de la misericordia de Dios y de su santa pasión, que voluntariamente quiso padecer para salvar los pecadores; y los conforta en su pobreza, haciendo que la tomen con paciencia; y cuando los tiene dispuestos en aquella devoción, los hace gritar y bendecir el santo nombre de Dios. Y todo aquella gente perdida de esta ciudad lo han hecho caporal y señor a aquel pícaro, el cual es ahora de tan buenas costumbres, que causa gran devoción a las gentes con sus palabras y con las buenas obras que hace. El Papa se alegró de lo que oyó decir a aquel hombre, y dijo que, si el nombre de aquél era vil, su vida era santa y gloriosa. Y le hizo venir a su presencia, y le preguntó cómo podía hacer bendecir a Dios a gente tan vil como son todos los pícaros y semejante gente ruin, mayormente en la taberna. —Señor —respondió aquél—, en todos los lugares en donde el santo nombre de Dios es más frecuentemente deshonrado y vituperado, y por aquellas gentes que menos le aprecian y le bendicen, debe el hombre esforzarse más en que su santo nombre sea allí bendito y alabado por ellos y por aquellas gentes que menos le bendicen. Consideró profundamente el Santo Padre en las palabras que le dijo aquel perdido, y dijo que era cosa muy necesaria que el santo nombre de Dios fuese bendecido entre aquellas gentes que están sin creencia y que no hacen honor ninguno ni reverencia al nombre de Dios.

9. Habiendo el Papa dicho estas palabras, vino un caballero a su presencia y le dijo: —Señor, yo he sido hombre de armas, y toda mi vida he gastado en matar y destruir hombres para ganar nombre y fama entre las gentes sobre otros en la destreza de las armas. Y si fuere de vuestro agrado, quisiera yo ahora el oficio de que todos los días de mi vida vaya asistiendo a los que están próximos a la muerte, o por enfermedad o por la justicia, y les predique devotas palabras de Dios, para que así satisfaga a nuestro Señor por mis culpas, y que los hombres moribundos estén en devoción y queden mejor informados en nuestra santa fe católica y la misericordia de Dios, y que mueran loando y bendiciendo su santo nombre, y que después sea yo el consolador de los parientes del difunto. Gran consuelo tuvo el Papa de estas palabras, y concedió aquel oficio al ca-

ballero que se lo pidió, y cuando estuvo en su palacio, hizo un libro, en que estaba escrita la doctrina que daba al caballero de las palabras que había de decir a los moribundos. El caballero tomó aquel libro en que estaba escrito todo lo que convenía a su oficio, y andando por la ciudad de Roma, preguntaba y se informaba por los que estaban cercanos a la muerte, y les decía tan devotas palabras, que ellos se quedaban confortados y confirmados en la santa fe católica, y los hacía tener tanta conciencia, que satisfacían los daños y las injurias y les hacía despreciar este mundo y desear la vida eterna, y, a la fin, cuando morían, loaban y bendecían el santo nombre de Dios. Y después a los parientes de los difuntos les decía el caballero tan buenas palabras, que ellos se quedaban consolados, lo llevaban con paciencia y alababan y bendecían la justicia de Dios y su gran misericordia. Tan grande era el bien que hacía el caballero en aquella ciudad, que cuando en ella había algún moribundo o alguna persona que necesitase de consuelo por alguna tribulación en que se hallase, luego enviaba a buscar al caballero, y éste traía su libro, y, leyendo, les decía aquella doctrina que el Papa Blanquerna le había dado, con la cual les consolaba en las tribulaciones o necesidad en que se hallaban.

CAPÍTULO LXXXIV

DE "ADORAMUS TE"

1. El Cardenal de *Adoramus te* entró en gran consideración como pudiese encontrar modos con que Dios nuestro Señor fuese perfectamente adorado y contemplado como conviene y según que Dios le tiene encargado a su pueblo. Mientras que el cardenal se encaminaba al ermitaño y discurría en aquello que tanto deseaba, encontró en el camino por donde pasaba una iglesia, en la cual servía de sacristía y limosnero un pobre hombre, el cual, de las limosnas que recogía, hacía cantar misas en aquella iglesia. En ella había un crucifijo muy grande de bulto y noblemente entallado. En aquella iglesia había entrado un peregrino que a grandes pedradas destruía el crucifijo, y el buen hombre sacristán se lo impedía con todo su esfuerzo. Al tiempo que los dos luchaban, entró el cardenal en la iglesia, y se admiró en gran manera de la acción del peregrino que de aquella manera apedreaba al crucifijo, y le dijo que por qué deshonoraba y apedreaba la figura que representaba la imagen de Jesucristo. —Señor —respondió el peregrino—, costumbre era en los tiempos pasados que las gentes adoraban ídolos, y en el tiempo en que ahora nos hallamos, del mismo modo, hay gentes que adoran ídolos, y los moros y los judíos reprenden mucho a nuestros cristianos porque adoramos las imágenes. Y por cuanto imagen entallada y de bulto es más propincua y cercana en figura a ídolo que imagen plana, por tanto, para significar que las imágenes planas son más a propósito y convenientes que las de bulto, he tomado yo la costumbre cómo destruya todas las imágenes entalladas que están sobre los altares semejantes a los ídolos.

2. Estando el cardenal con el peregrino en estas razones, entró en aquella iglesia un hombre que venía de tierras extrañas, y arrodillándose delante del altar, adoró a Dios y le hizo oración muy devota. El cardenal consideró que Dios había puesto en aquel hombre alguna virtud por la cual adoraba tan devotamente a Dios, y quiso saber de aquel hombre la manera con que adoraba a Dios tan devotamente. —Señor —respondió el hombre—, casi en todos los hombres del mundo es costumbre de que adoran a Dios para que les dé la gloria y no les dé pena. Y muchas veces le adoran para que les dé bienes temporales a medida de su deseo. Y como sea cosa muy injuriosa adorar a Dios por respeto de lo que el hombre ha menester, más que por respeto a la bondad que es en Dios, por eso yo me voy a pedir la bendición del Papa, y quiero predicar y pregonar por las plazas y por las calles de las ciudades y de las villas el modo como las gentes deben adorar a Dios principalmente, y, mayormente, por ser el supremo bien y digno que por su bondad y por su misma perfección el hombre le adore, le ame y le tribute honor y reverencia.

3. Con admiración grande quedó el cardenal, y con el peregrino y aquel hombre que quería ser pregonero y predicador de la mejor manera que puede tener el hombre en adorar a Dios retrocedió su camino, y se encaminó a la ciudad de Roma para representar al Papa lo de aquellos dos hombres, como arriba se ha dicho. Mientras los tres iban de camino hablando del modo como el hombre debe adorar a Dios, encontraron a un judío anciano que iba a la corte del Papa, y estaba muy fatigado del viaje tan dilatado que había hecho, el cual, en su cara y gesto, daba muestras de gran pena y tristeza. El cardenal le preguntó la causa de por qué iba tan triste y pensativo. —Señor —respondió el judío—, de mucho tiempo acá he entrado en un pensamiento que no me deja y me atormenta tan frecuentemente el alma, que apenas siento gusto alguno en cuanto veo y oigo. El cardenal quiso saber de cualquiera manera el pensamiento del judío, y éste le manifestó sus consideraciones con las siguientes palabras: —Señor —dijo el judío—, en los principios, cuando plugo a Dios —bendito sea él—, que ha honrado al pueblo de los judíos sobre los otros pueblos, estuvimos dos veces en cautiverio. La primera duró por espacio de cuatrocientos años; la segunda duró setenta años; en cuyos dos cautiverios estuvimos en castigo de algunos pecados que habíamos cometido. Pero después del cautiverio y de las penas que padecimos en él, recuperamos la libertad en que de antes nos hallábamos. Ahora que ya no matamos profetas ni adoramos a ídolos, como antes lo hacíamos, pasamos esta vida mundana con grandes trabajos y deshonras, y estamos en cautiverio más ha de mil doscientos años, sin saber el porqué. Y por eso me temo mucho que nosotros no tengamos gran culpa en la muerte de Jesucristo, por la cual nos hallamos en esta prolongada cautividad, por cuya causa voy yo como un hombre desterrado, buscando si alguno podía significarme y mostrarme si nosotros estamos en cautividad porque no adoramos a Jesucristo, a quien hemos crucificado y muerto.

4. Cuando el judío hubo acabado sus palabras, el cardenal le propuso esta cuestión: —Entre tres sabios se disputaba cuál de todos tres adoraba más altamente a Dios. El uno de ellos iba por los montes y por los llanos

adorando a Dios en las hierbas, en las plantas, en las bestias, en las aves, en los peces, en los hombres y en todas las criaturas. El otro sabio adoraba a Dios en aquello que Dios obraba sobre el curso de la naturaleza, como son los milagros que Dios hizo en crear el mundo de la nada, y en resucitar a los muertos, y en todas las demás cosas que la naturaleza no puede hacer. El tercer sabio adoraba a Dios en aquello que Dios es, y obra en sí mismo, y de sí mismo, y por sí mismo, y en aquello que Dios hizo de la criatura en sí mismo. Pregunto ahora: ¿cuál de los tres sabios adoraba más perfectamente a Dios? Y si hubiera otro que adore a Dios según los tres modos referidos, pregunto: ¿éste le adoraría más altamente que cualquiera de los tres sabios referidos? —Señor —respondió el judío—, más perfectamente adora a Dios aquel que le adora en aquello que Dios es y obra en sí mismo que no aquel que le adora en aquello que obra fuera de sí. Y aquél adora más alta y perfectamente a Dios que le adora con los tres modos referidos que no el otro, que lo adora con un solo modo. A que respondió el cardenal diciendo: —Rectamente has juzgado. Y le dijo que los filósofos antiguos eran aquellos que adoraban y loaban a Dios en los milagros y en las obras que creían hacía Dios sobre la naturaleza. [Y continuó]: —Ahora ha llegado el tiempo que los judíos no creen en los milagros y no adoran a Dios, en cuanto no creen lo que hace sobre la naturaleza para demostrar su poder. Pero los cristianos creen que Dios en sí mismo tiene mayor obra de la que la naturaleza pueda hacer ni recibir, engendrando el Padre, que es Dios, al Hijo, que es Dios, y procediendo de los dos juntos el Espíritu Santo, que es Dios, y todos juntos no son más que un Dios y una esencia tan solamente, y creen también que Dios Hijo ha unido a sí la naturaleza humana de Jesucristo, con la cual no es más que una Persona. Y cómo éste, que es verdadero Dios y verdadero Hombre, haya sido por vosotros, judíos, crucificado y muerto, y él haya venido entre vosotros a tomar carne humana, y para salvaros ha sufrido pasión y muerte, y porque vosotros no lo adoráis, por esta causa os ha castigado a que estéis en cautiverio de los cristianos, y aun de los moros, para significar que de todas maneras sois indignos de la libertad, en cuanto os hace estar sujetos a los fieles e infieles. Consideró mucho el judío las palabras del cardenal, y, por las preguntas y razones que le hizo, entendió la verdad y se convirtió a la fe cristiana, y se tomó el oficio de ir por las sinagogas de los judíos y, en presencia de todos, adorar a Dios con aquellos tres modos referidos, de cuyo oficio le concedió el Papa especial gracia.

5. Hallándose el cardenal con sus oficiales delante del Papa a procurar su oficio, entró un sarraceno muy viejo y anciano, y presentó al Papa una carta de parte de un rey moro, con la cual le suplicaba le enviase a decir si era verdad lo que un cierto cristiano le había referido de la fe católica y lo había desengañado de la ley de Mahoma, en que estaba. Quería ser cristiano; pero por cuanto el cristianismo le decía que la fe católica no podía probarse con razones, por esto dudaba en hacerse cristiano, porque no quería dejar una fe por otra. Pero decía que por inteligencia dejaría la fe de Mahoma y entraría en la fe católica, como el Papa le dijese que era probable; pues si lo era, él se haría cristiano y adoraría a

Jesucristo como Dios y sujetaría todo su reino a la obediencia de la Iglesia romana, para que todos sus vasallos adorasen a Jesucristo.

6. Cuando aquella carta fue leída en presencia del Santo Padre Apostólico y de los cardenales, entró un gentil que venía de aquellas partes del Mediodía, de una tierra muy adentro en las arenas que está junto a una ciudad que se llama Gana. En aquellas tierras había muchos reyes y príncipes que adoraban ídolos, y al sol, a las estrellas, a las aves y a las bestias. La gente de aquel país es muy numerosa, y de estatura muy altos, y negros, y no tienen ley. En cierta ocasión sucedió que un hombre de aquel país consideraba que convenía que una cosa solamente fuese adorada, y que aquélla fuese más noble que cualquiera de aquellas que ellos adoraban, y a honor de aquella cosa que él ignoraba lo que era andaba por las tierras, gritando en altas voces que se buscara y preguntase cuál era aquella cosa que debía ser adorada tan solamente. Por tanto tiempo se empleó aquel hombre en el oficio y lo sirvió con tal diligencia, que movía a devoción a todos los moradores de aquel país y a un deseo muy grande de tener conocimiento de aquella cosa que debía ser adorada sobre todas las cosas. Y por esto tuvieron consejo y acordáronse y ordenaron que enviasen por varias tierras mensajeros, para inquirir cuál podía ser aquella cosa que era digna de ser adorada sobre todas las cosas; y uno de aquellos mensajeros fue aquel que vino al Papa. Y el Santo Padre luego prontamente envió los artículos de la fe, y los libros por los cuales son demostrados probables, por medio de religiosos que habían aprendido la lengua arábiga, los cuales anduvieron a aquel rey sarraceno que había remitido la carta al Papa. Y cuando los religiosos estuvieron allá, por la gracia de Dios, convirtieron al rey y gran número de sus vasallos. Y después aquellos mismos religiosos, mensajeros del Papa, se pasaron con el gentil a aquellas tierras de donde habían venido, y denunciaron y demostraron con razones necesarias que Dios es el Soberano de todas las cosas. Y aquellas gentes le adoraron y loaron y destruyeron todos los ídolos, en quienes antes creían y adoraban. Y fue establecida concordia y amistad entre aquellas gentes y los católicos, y, por la amistad y participación que éstos tuvieron en ellos, en breve tiempo recibieron el santo bautismo.

7. En una solemne fiesta que se celebró, se hizo una procesión en que concurrió el Papa y los cardenales con muchos prelados y religiosos y gran número de eclesiásticos, en la cual fueron muy grandes los cánticos y alabanzas que dieron todos a nuestro Señor. En aquella procesión concurría también el Cardenal de *Adoramus te*, y consideró cuántas y varias son las tierras en el mundo donde hay muchas gentes por las cuales Dios no es alabado ni adorado, y deseaba vivamente que Dios fuese adorado en todas aquellas tierras. Mientras el cardenal estaba en aquella consideración, pasaba en esta ocasión por una calle de muchos botigueros y plateros, los cuales tenían en sus tiendas muchas copas, fuentes, aguamaniles, platos y escudillas de oro y plata y otras muchas joyas, como son sortijas, cintillos, bolsas, perlas y otras piedras preciosas. Entonces mandó el cardenal a cuatro de sus criados que echasen a la calle todas aquellas

joyas y vajilla y que dijese que él se lo había mandado. Los criados cumplieron su mandato, arrojando toda aquella vajilla y joyas a la calle. Los dueños de aquellas joyas se quedaron muy escandalizados y alborotados, y estuvo para descomponerse la procesión por aquella función que mandó el cardenal a sus criados y por la pendencia que pensó formarse entre ellos y los dueños de las joyas.

8. Después de éste sucedió otro lance, y es que el Cardenal de *Adoramus te* vio una mujer que seguía la procesión muy adornada de oro y plata y piedras preciosas, y brillaba su cara, por los afeites que se había puesto, del modo que lucen las imágenes embarnizadas. El cardenal se arrodilló delante de la mujer, y, con ademanes de quererla adorar, la dijo: —Según os ví tan afeitada y gentil, os parecéis a algún ídolo, y por esto os he hincado la rodilla. Muy avergonzada se quedó aquella mujer y todas las circunstancias de esta acción. Y cuando el Papa hubo celebrado misa, concluida la procesión, quiso saber la causa por qué el cardenal había turbado la procesión y por qué se había arrodillado delante de aquella mujer. Y aquel cardenal le refirió la devoción que había tenido, considerando que eran muchas las tierras en el mundo donde Dios no era adorado, y que, como las copas de oro y plata y demás joyas de que los prelados adornaban sus mesas y llenan sus cofres embarazan su oficio de *Adoramus te*, por esa causa había mandado echar a la calle todas aquellas joyas. Y entonces el Papa estableció que, de allí en adelante, en ninguna ciudad ni lugar donde se hallasen se permitiese ni usasen semejantes joyas ni aderezos, para que no fuesen ocasión alguna de inhonesta voluntad de prelado. Y después ordenó que ninguna mujer que anduviese vestida ni ornada a semejanza de ídolo pudiese concurrir en ninguna procesión ni en iglesia alguna donde el Papa cantase misa.

CAPÍTULO LXXXV

DE "GLORIFICAMUS TE"

1. Aquel cardenal a quien el Papa había encomendado el oficio de *Glorificamus te* dijo al Padre Santo que él quería usar el oficio de honrar en este mundo la voluntad de Dios contra aquellos que le hacen deshonor; y por eso propuso este ejemplo: En una ocasión, cierto rey se fue a pasear y divertirse en una selva en compañía de muchos barones y otros caballeros privados suyos, y en ella andaba, comía y se recreaba con gran delicia. Aconteció un día, a esta sazón, que entró un tiempo muy fuerte, de recios fríos, de nieve y lluvias, en aquella selva en que el rey se estaba divirtiendo, y el rey se mantenía retirado en su tienda y allí comía buenas viandas con buenas salsas, y bebía buenos y generosos vinos, y vestía con mucha ropa; y con esto no le ocasionaba ningún daño a su persona ni el frío ni el mal tiempo que hacía en aquel sitio, pero destruía y mataba a sus siervos y a su familia, porque no podían defenderse del mal tiempo que hacía. Cuando el cardenal hubo concluido el ejemplo, él

mismo hizo la exposición por estas palabras. Aquel rey es el Papa, y los barones y los caballeros son los cardenales y prelados de la santa Iglesia, los cuales no ponen por fronterizos algunos religiosos y otros hombres buenos que aprendan varias lenguas para que participen con aquellas gentes infieles y puedan entenderles y predicarles sin necesidad de intérpretes y truchimanes. Y porque esta obra sería muy agradable a la voluntad divina, todos aquellos que podrían y deberían hacer y no hacen aquello por lo cual la voluntad de Dios sea en este mundo servida y muy glorificada, tienen gran culpa. Los que mueren sin poderse defender del mal tiempo que hace son los cristianos que están entre los sarracenos y los tártaros en sujeción y cautiverio, y tienen ignorancia de la santa fe y necesidad de predicadores. Y por el cautiverio en que se hallan, temiendo el que se les haga injurias en sus personas o en sus mujeres e hijos, por esto muchas veces les creen y renigan d la santa fe católica y abrazan la creencia de los infieles, en la cual permanecen contra la voluntad de Dios.

2. Habiendo oído el Papa estas palabras, ordenó a las Órdenes y religiones que cultivan las ciencias que, así como el príncipe que guerrea con otro príncipe ordena y pone sus guarniciones en las fronteras de sus dominios, del mismo modo fuesen contruidos monasterios de regiliosos por las extremidades de las tierras de los cristianos que confinan con los infieles, y que, según fuese su idioma, que le aprendiesen para comunicar con ellos y les prediquen y enseñen los artículos de la santa fe católica. Todo esto ordenó el Papa por el fin de emplear todo su poder y esfuerzo en tener contenta y honrada la voluntad de Dios.

3. Grandes deseos tenía el cardenal de honrar la voluntad de Dios, para que, honrando su voluntad, glorificase a Dios, y destinó varios oficiales que con diferentes oficios le ayudasen a honrar la voluntad de Dios. Aconteció un día que paseándose el cardenal por la ciudad de Roma, pasó por una plaza donde había mucha gente, y preguntó a aquellos hombres que pasaban arriba y abajo por aquella plaza cuáles eran sus deseos que así les obligaban a andar con tanta diligencia. Y le respondieron que la pasión que tenían a los negocios temporales les hacía andar con aquella diligencia. Y por esto el cardenal ordenó que en adelante estuviese por él un hombre prepetuamente en aquella plaza, que dijese en altas voces a toda la gente que enderezasen su intención a servir a Dios cuando quisiesen procurar los negocios de este mundo, y que por la intención de servir a Dios los procurasen siempre con él, para que en aquella solicitud y procuración fuese más honrada la voluntad de Dios que la que ellos tenían en amar los negocios temporales. Aquel hombre estaba perennemente en la plaza, gritando a las gentes del modo como el cardenal lo había ordenado, y eran muchos los hombres que, por lo que oían decir y gritar, enderezaban su voluntad a servir la voluntad de Dios.

4. El cardenal nombró otro nuevo oficial que tuviese la obligación de ir gritando por las calles, diciendo a las gentes cómo debían obedecer la voluntad de Dios en creer los catorce artículos de la santa fe católica y en obedecer y cumplir todo aquello que se les manda hacer en los diez mandamientos de la ley, y que glorificasen la voluntad de Dios por haber querido crear el mundo, y haber querido encarnarse, y haber dado al hom-

bre el mundo para su servicio. Y este oficial que dijese también a cada uno de los hombres que glorificasen perennemente la voluntad de Dios, por razón de que, si la voluntad de Dios no hubiese querido, no hubiera creado el mundo, ni hubiera tomado nuestra naturaleza, ni dado el mundo al hombre para su servicio, y a los que ha hecho hombres podía haber hecho bestias. Cuando el cardenal hubo dado estas doctrinas a aquel hombre, ministro suyo, éste le preguntó de qué había de vivir. Y el cardenal le respondió que si un juglar vivía de las dádivas que las gentes le regalaba, y éste no sabía decirles otra cosa sino adularles y acusarles dónde hay buena vino, ¡cuánto más segura tendría él su vivienda si servía la voluntad de Dios diciendo las palabras sobredichas!

5. Aun ordenó el cardenal otro oficio muy necesario para honrar la voluntad de Dios, a saber, que otro hombre anduviese entre los eclesiásticos y religiosos por las calles y por las iglesias, y en cualquier lugar los encontrase, les presentase a la memoria la obligación de obedecer la voluntad de Dios, quien les manda en el Evangelio que vayan por todo el mundo a predicar su Evangelio a todas las criaturas. Después que aquel oficio fue establecido por el cardenal, aconteció un día que, encontrándose aquel oficial con dos eclesiásticos en la calle, les dijo todo aquello que el cardenal le había mandado decir, y ellos le respondieron que cuando sería la voluntad de Dios que el hombre anduviese a predicar a los infieles, que Dios ya daría al hombre los deseos. Aquel oficial se quedó muy escandalizado de la respuesta de los dos eclesiásticos y replicó, diciéndoles que Dios ya se lo había mandado cuando lo dijo a los apóstoles en persona de toda la Iglesia santa. Y que Dios, en cuanto había querido ser hombre y morir por todos aquellos que están en el gremio de la Iglesia, había encargado tanto a cada uno de hacer y obrar por su amor, que ninguno debía esperar que Dios le fuese su libre albedrío, sin el cual no sería digno de predicar la voluntad de Dios. Gran contienda hubo entre aquel procurador del cardenal y los dos eclesiásticos, y sobre este punto se hubo razón en juicio en la corte del Papa.

6. Propuso un día el cardenal a un criado suyo, que le había servido mucho tiempo, si quería servir la voluntad de Dios en ir mendigando de puerta en puerta por el mundo, para honrar la voluntad de Dios; y cuando le darían limosna, que glorificase a Dios; y cuando se la negaría alguno a quien la pidiese, lo sintiese con dolor de su alma y llorase, por cuanto aquellos que no dan limosna por la voluntad de Dios, sino por su propia voluntad, no son amados de Dios. Aquel escudero quiso aceptar el oficio, y andaba con los pobres pidiendo limosna por amor de Dios para conocer aquellos que honran la voluntad de Dios dando limosna, y los que aprecian menos la voluntad de Dios que la limosna que les piden, cuando la niegan a los pobres que la piden por amor de Dios. El escudero cumplía muy bien su oficio todos los días, y cuando había mendigado por las puertas la comida que había menester aquel día, se estaba lo restante de él en la iglesia contemplando la voluntad de Dios.

7. Presentóse un filósofo al cardenal y le dijo estas palabras: —Señor, costumbre es entre nosotros negar todo aquello que es sobre el curso natural. Y como yo la haya tenido también hasta ahora, la quiero mudar en

otra costumbre en adelante, y quiero tomar el oficio de andar entre los filósofos y los grandes maestros, diciéndoles que si la obra milagrosa es cosa inconveniente a la naturaleza, ¡cuánto más inconveniente ha de ser al Señor de la naturaleza el que no pueda hacer aquello que pertenece a su deber sobre la obra de la naturaleza! Muy a propósito le pareció a aquel cardenal aquel oficio, y se lo concedió. Y después aquel filósofo hizo con él mucho bien, probando que ha muchas cosas que son sobre el curso de la naturaleza, por tal que Dios no sea contrario a su voluntad en perfección de justicia, bondad, infinitad, poder, sabiduría, humildad y misericordia. Todos estos oficiales y otros muchos ordenó el Cardenal de *Glorificamus te*, para que, honrando la voluntad de Dios, fuese Dios glorificado por los hombres y que éstos después fuesen glorificados en la gloria por la voluntad de Dios.

CAPÍTULO LXXXVI

DE "GRATIAS AGIMUS TIBI"

1. El Cardenal de *Gratias agimus tibi*, que había tomado el oficio de honrar la sabiduría de Dios, estando un día delante el Papa y sus compañeros los cardenales, les dijo estas palabras: —Es cosa natural que en cuanto el entendimiento humano está mejor aderezado a entender a Dios, en tanto la voluntad está mejor dispuesta para amar a Dios y aborrecer los pecados. Y por eso, yo pido el oficio cómo pueda tratar que el entendimiento humano sea exaltado a entender a Dios, para que sea conocido y muy amado por su pueblo, y que éste le dé las gracias y bendiga su gran gloria. El Papa y los cardenales le concedieron el oficio que pedía.

2. Mientras esto se trataba, entró en el consistorio un célebre y famoso artista, el cual representó al Papa que, con la multiplicación y variedad de declaraciones que se hacen en cada una de las ciencias en teología, filosofía natural, derecho y medicina, se habían multiplicado muchas y varias opiniones y que crecían de día en día; y esto se originaba de que los doctores y maestros escribían muchas obras sobre cada una de ellas, en las cuales los unos eran de distinta opinión de los otros, y, por esto, el artista dijo al Papa y a los cardenales que era conveniente que el hombre concordase todas las ciencias sobredichas, y reduciéndolas a breves y necesarios principios, que discurriesen por vía de arte, para que, si se levantase algún error o falsa opinión, pudiese el hombre dirigirse y regularse por el arte en los principios de cada ciencia, y destruyese el hombre todos los errores y falsas opiniones contrarias a las ciencias referidas.

3. Aplaudió mucho el Cardenal de *Gratias agimus tibi* la propuesta del artista, y la corroboró y se interesó en que fuese recibida su petición. Luego después entró ante el Papa un doctor canonista y de leyes, y representó que eran tantas las glosas y los escritos que había en la ciencia del derecho, que el entendimiento humano entraba por ello en gran confusión y, por esta causa, no podía juzgar ni discernir con claridad los he-

chos ni los pleitos, ni los estudiantes que aprendían aquella ciencia podían bastantemente instruirse en sus fundamentos. Y por eso aconsejaba que aquella ciencia fuese reducida a arte y a breves principios que insiguiesen necesidad y razón, a los cuales se redujese toda la ciencia del derecho. Con semejantes súplicas y propuestas representaron en distintas ocasiones tres maestros, uno en teología, otro en filosofía natural y otro en medicina, suplicando al Papa y a los cardenales que a cada una de estas ciencias fuesen establecidos por arte breves y necesarios principios, para que la multitud de escritos no ocasionase confusión en el entendimiento humano en ninguna ciencia, y a fin que en los tiempos de Anticristo pueda el hombre estar más prevenido para destruir breve y artificioosamente todos sus falsos errores.

4. Cuando aquellos maestros hubieron hecho sus representaciones, el Cardenal de *Gratias agimus tibi* respondió que aquellas palabras le causaban mucha alegría, y que aquel proyecto correspondía a su oficio, que había tomado para honrar la sabiduría de Dios, y por eso quería que su empleo fuese el de procurar aquel negocio. Después de esto, un sabio religioso se levantó en pie y, en presencia de todos, dijo que él pedía el oficio de andar entre los judíos, moros, tártaros y los demás infieles, para exponer y declararles los artículos de la santa fe católica, porque muchos de los infieles dudaban en entrar en la santa fe romana y hacerse cristianos, por cuanto no entendían el modo como los cristianos tienen otra creencia distinta de la que profesan, y por eso no quieren ser cristianos.

5. Antes que el Papa y los cardenales diesen respuesta a los maestros antedichos sobre las providencias y oficios que suplicaban, se presentaron ante el Papa dos sabios, uno griego y otro latino, y dijeron al Papa y a los cardenales estas palabras: —En el libro de Espíritu Santo hay escrita una controversia y disputa entre un latino y un griego, ante un sabio sarraceno, el cual les preguntaba: —¿Cuál cosa es verdadera de la Persona del Espíritu Santo: que proceda del Padre y del Hijo, o si tan solamente del Padre? Cada cual de los dos sabios, con todo su esfuerzo, probó por diez razones, y el sabio sarraceno se quedó perplejo a cuál de las dos ciencias debía inclinarse. Y por esto dijeron aquellos sabios: —Nosotros hemos andado toda la Grecia y mucha parte de tierra de los latinos, y en cada lugar que hemos entrado hemos propuesto aquella cuestión a los sabios, para que inquieran la verdad de cuál fe les parece deba haber tomado aquel sabio sarraceno. Muy gustosos quedaron el Papa y los cardenales de la representación de los dos sabios, y el Papa sometió la respuesta al cardenal que había tomado el oficio de honrar la sabiduría de Dios. Entre aquellos sabios había un cristiano que andaba entre los sarracenos y judíos a preguntar al gentil cuál de las tres leyes había abrazado, según que se refiere en el libro *Del gentil y los tres sabios*.

6. El Cardenal de *Gratias agimus tibi* tuvo muchos coadjutores para servicio su oficio, y los enviaba por varias partes del mundo a informarse del modo como los maestros usaban de las ciencias que enseñaban. Y cuando encontraba que algún maestro usaba mal de la ciencia que enseñaba, le castigaba luego y privaba de su oficio, y de esto se seguía mucho bien, porque todos los maestros le temían, por cuyo temor los estudiantes

quedaban más prontamente fundados en las ciencias que estudiaban, por cuanto los maestros con mayor diligencia y más breves palabras los instruían y enseñaban. Aconteció en cierta ocasión que el cardenal iba a una ciudad donde había un grande estudio de ciencias, y al entrar dentro de la ciudad, encontró a dos hijos del rey, señor de aquella ciudad, el cual hacía enseñar a sus hijos de manejar armas y saber esgrimir. El cardenal preguntó a los maestros de aquellos dos infantes si el rey les hacía enseñar ciencia de letras. Y los maestros respondieron que sólo les hacía enseñar de montar a caballo y manejar las armas. —Simple es el rey —dijo el cardenal— que enseña primero a sus hijos de matar hombres que conocer a Dios, ni si el hombre debe matar hombres. Después el cardenal se fue al rey y le reprendió muy fuertemente, porque no cuidaba de hacer enseñar a sus hijos buenas letras y ciencias, como era costumbre en los tiempos antiguos entre los reyes y los príncipes, los cuales mandaban enseñar a sus hijos ciencias para saber regir y gobernar a sus pueblos. Plugo mucho al rey la amonestación del cardenal, y fue prontamente obediente a su consejo.

7. Tan fervoroso era el Cardenal de *Gratias agimus tibi* en enderezar y multiplicar la sabiduría, que iba a los capítulos generales de los religiosos que amaban y cultivaban las ciencias, y junto con ellos ordenaba y dirigía el modo como podía honrar la sabiduría de Dios y que la ciencia fuese multiplicada en todos los hombres para el fin que conociesen y amasen a Dios. En cierta ocasión aconteció que un hijo de un conde pasaba a Bolonia para estudiar leyes, y el cardenal, que también iba a aquella ciudad, donde se había de celebrar el capítulo general de los padres predicadores, se encontró con él, y por el camino le habló tan buenas palabras, que se enamoró de la ciencia de la teología, la cual es más necesaria a los eclesiásticos que la ciencia de leyes. Y por esto, el hijo del conde se volvió a París, y allí estudió la sagrada teología, en la cual fue después gran maestro.

8. Iba un día el cardenal a la escuela de los padres predicadores a oír la lición de teología, y de camino encontró una escuela de leyes, en la cual había muchos estudiantes vestidos en hábito clerical. Y, prosiguiendo más adelante, encontró otra escuela llena de canonistas, que vestían hábito eclesiástico. Por lo cual el cardenal hizo mandamiento a los estudiantes legistas que, por cuanto las leyes eran ciencia secular, que la estudiasen en hábito seglar, para que no hiciesen deshonor al honor que la ciencia del derecho canónico debe haber sobre la ciencia del derecho civil, y más principalmente hizo aquel mandamiento para que la simonía no tomase principio en los legistas, los cuales, después de haber estudiado la ciencia de las leyes, se hacen canonistas para obtener algunas prebendas y prelacias en la Iglesia.

9. Establecida esta ordenación, pasó el cardenal a visitar la escuela de los padres predicadores, en la cual leía un maestro teólogo, y en ella casi no había otros estudiantes, sino religiosos. Por lo cual el cardenal, entonces, en altas voces se quejó, diciendo que gran deshonor recibiría la sabiduría por aquellos que aman más la ciencia lucrativa que la meritoria y demostrativa de la divina Sabiduría. Y por esto mandó el cardenal que,

una vez cada semana, los padres predicadores y los menores predicasen en cada una de las escuelas de leyes, ponderándoles el grave perjuicio que recibe la teología por causa de aquellos que, siendo beneficiados de los bienes de la santa Iglesia, aprenden ciencia de leyes o se aplican más a las leyes que a la teología. Por estos medios y otros muchos se esforzaba el Cardenal de *Gratias agimus tibi* en honrar a Dios y a la sabiduría, a fin de que por ésta el hombre adquiriese conocimiento como es tenido y obligado cada uno en dar gracias a Dios de los bienes que le concede, y a bendecir su gran gloria, a todo lo cual es contraria la ignorancia y el usar mal cada uno de su saber.

CAPÍTULO LXXXVII

DE "DOMINE DEUS, REX CAELESTIS, PATER OMNIPOTENS"

1. Entró en el consistorio el Cardenal de *Domine Deus, Rex caelestis Deus Pater omnipotens*, y, en presencia del Papa y de los demás cardenales, les dijo que él quería servir el oficio de honrar el poder de Dios, el cual era deshonorado en este mundo por muchos hombres, de varias maneras. Aconteció un día que el Papa había resuelto enviar a sus mensajeros a cierta tierra, que se llama Georgia, y está bajo el dominio de un rey cristiano, para rogarle le enviase algunos religiosos de sus dominios que pudiesen enseñar su lenguaje y sus letras a los religiosos latinos; que aquéllos aprendiesen la lengua latina, y después se volviesen a sus tierras, juntos con los latinos, para predicar allí la santa fe católica y la doctrina de Roma, en la cual les instruyesen. Mientras el Papa Blanquerna estaba ordenando todas estas cosas, dijo el camarlengo que sería cosa muy trabajosa el enviar a aquellas gentes a aprender su idioma y enseñarles nuestra latinidad, y que todo eso requería mucho tiempo e importaba mucho gasto.

2. Desagrado mucho al cardenal lo que el camarlengo había dicho, y propuso este ejemplo: En cierta ocasión aconteció que cierto hombre que se llamaba Jofat iba por un camino y vino a parar en una orilla de una gran laguna o río, donde había muchos hombres que estaban mirando a un pobre hombre que se había ahogado en aquella agua. Preguntó Jofat a aquellos hombres por qué aquél no había pasado más arriba del agua, donde había muy poca, y hubiera pasado por allí a la otra parte. Respondióle uno de aquellos: —Pero decidme, ¿hasta cuándo lo habría él ejecutado, habiendo de aquí al cabo del agua cinco jornadas enteras? —¿Y me sabríais vos decir —respondió Jofat— hasta cuándo se levantará este hombre de ahí y se volverá vivo? De este modo respondió el cardenal al camarlengo, y le reprendió fuertemente, diciéndole que el poder de tan dilatado tiempo puede dirimir y llevar a su debido efecto todo esto que el Papa quiere ordenar sobre los religiosos de Georgia, pero el poder de los hombres no puede volver los condenados a estado de salvación, porque ya han pasado de la presente vida. El cardenal tenía un escudero que le había servido muchos años para lograr de él algún ascenso.

Éste cayó enfermo de una calentura continua muy fuerte, y el cardenal sentía mucho su enfermedad; el escudero le decía que le curase y quitase la calentura, porque aquel poder era tan solamente propio de Dios, cuyo poder hacía del poder de la naturaleza todo lo que quería. Curó en fin el escudero de la enfermedad, y después tomó el oficio de honrar el poder de Dios, discurriendo por varias tierras, gritando en altas voces y diciendo que el poder de Dios es superior a todo el poder de la naturaleza, y, por esto, puede Dios resucitar el primer hombre y hacer concebir y parir a mujer virgen por divina gracia; y que el poder de las estrellas y de los cuerpos celestes es vencido y superado y dispensado por el poder soberano de Dios. Muy buen oficio era el que tomó aquel escudero, con el cual muchas veces confirmaba los fieles cristianos en su fe y vencía y reducía a los infieles, que no creían que mujer virgen pudiese concebir y parir y que hombre alguno pudiese resucitar, siendo así que el poder de Dios sea tan poderoso para ello como lo es en haber creado el mundo de la nada, la cual creación fue sobre el poder de la naturaleza.

3. —Señor —dijo el cardenal al Papa—, preguntóos: ¿cuál cosa tiene mayor poder: la verdad o la falsedad? Respondióle el Papa diciendo que la verdad tenía mayor poder que la falsedad, por cuanto la verdad tenía la ayuda de Dios y se convenía con el ser, y la falsedad no tenía ayuda de Dios y se convenía con el no ser. Preguntó otra vez el cardenal al Papa: —¿Pues cómo puede tener la falsedad tanto poder en el mundo, siendo más los hombres idólatras que creen en ídolos, que no aquellos que creen en Dios? Respondió el Papa que aquel error no provenía de que la falsedad fuese más poderosa que la verdad, sino que era por la falta de devoción y de caridad, que no quieren enseñar la verdad; y por eso, como las tinieblas son por deficiencia de la luz, del mismo modo, el error y la falsedad son por defecto de aquellos que no osan decir ni predicar la verdad.

4. En cierta provincia sucedió que aquellos bienaventurados devotos que iban a predicar la palabra de Dios a los infieles no fueron de ellos oídos, sino que los echaron de aquella tierra. En vista de esto, el cardenal de *Domine Deus, Rex caelestis* recurrió al brazo seglar, y trató con los príncipes cristianos y con el Papa que a fuerza de armas fuesen invadidos todos aquellos príncipes que no permiten entrar ni detenerse en sus dominios a los devotos y sabios cristianos que les irían a predicar la palabra de Dios, y que la Iglesia nunca hiciese treguas con ningún príncipe ni dominio de infieles que impidiese la predicación de los cristianos y enseñanza de la verdad de la santa fe católica. Y fue tan grande el poder de los cristianos, que los infieles de aquella tierra hubieron de sufrir que les pudiesen predicar y tuviesen treguas con ellos todo el tiempo que ellos consentirían la predicación de los cristianos en sus tierras y en ellas convirtiesen a los infieles.

5. Aconteció después que un rey sarraceno muy poderoso no quiso consentir a que los religiosos cristianos entrasen a predicar en su reino; y dos religiosos que los moros habían echado de su tierra recurrieron al Cardenal de *Domine Deus*, representándole que ellos no podían mantenerse ni predicar en aquella tierra, porque los moros no lo querían. Pero el carde-

nal respondió que ellos habían deshonorado el poder de la voluntad, el cual es más noble y más fuerte que el poder corporal, y por eso fue a llamar al Papa y le dijo estas palabras: —Señor Padre Apostólico: el poder de la voluntad hace a los hombres ayunar y llorar y trabajar para honrar y loar el poder de Dios, el cual ha sujetado y subordinado el poder corporal al poder espiritual. Luego, si el rey moro se defiende con el poder corporal contra el de nuestras almas, conviene que su poder sea vencido y superado por mucho amar y honrar la santa pasión del Hijo de Dios, con derramar lágrimas y sangre, y por varones santos, los cuales, ocultamente y a cara descubierta, vayan a los infeles y se detengan entre ellos predicándoles y enseñándoles el camino de salvación. Y en esta forma, por dilatada continuación de tiempo, el poder corporal de aquéllos sea vencido por el espiritual, para significar que el poder de Dios, espiritualmente, vence y apodera el poder sensual e intelectual que hay en todas las criaturas, según se nos está representando en la hostia consagrada.

6. Tan fervoroso y devoto era el cardenal en honrar y servir el poder de Dios, que estableció por ello varios oficios; pues a uno encargó el oficio de andar por el mundo predicando y gritando a altas voces que ninguno se confiase en el poder de la riqueza, ni de amigos, ni de sabiduría, ni juventud, ni de agüeros, ni hados, ni adivinaciones, ni en otro poder alguno por los cuales el hombre pierde la gracia del poder divino. Otro oficial instituyó el cardenal que iba también gritando y diciendo que el poder de Dios era tan grande, que podía hacer todas las cosas, como no se siguiese de ello algún pecado y contradicción. Otro oficial gritaba y decía que Dios no podía haber pecado, por cuanto el pecado y el no poder eran concordantes entre sí y contrarios al poder y a las virtudes que se concuerdan. Otro oficial gritaba y decía que Dios en las criaturas no usaba de todo su poder, porque podía hacer más cosas de las que había hecho y que ahora hacía. Otro oficial, asimismo, iba gritando y decía que Dios en su Trinidad, que es la suprema obra, hacía lo que podía. Muchos otros oficiales había que honraban el poder de Dios, y todos tenían su regla y doctrina cómo honrasen y bendijesen el poder de Dios. Y, entre los otros oficiales, había un oficio de enseñar por la naturaleza el modo como podía el hombre mortificar los vicios, y multiplicar las virtudes, y llorar sus pecados. Había también otro oficio de un hombre que traía un ramo y una ave y un perro, y andaba diciendo a gritos que no había hombre alguno que pudiese hacer una hoja de ramo, ni una pluma de ave, ni menos un pelo de perro, ni una uña de su mano, sino sólo el poder de Dios.

7. En tan grande fama estaba el Cardenal de *Domine Deus, Rex caelestis*, y también sus oficiales, de buenos honradores del poder de Dios, que, cuando algún hombre tenía falta de poder, prontamente era socorrido, aconsejado y consolado por el cardenal y sus oficiales, y lo mismo se experimentaba por medio del cardenal que servía a la voluntad de Dios y del cardenal que servía a la divina sabiduría. Y por esto, aquellos que tenían falta de querer, y de saber, y de poder, luego inmediatamente recurrían a aquellos cardenales, y quedaban socorridos en sus necesidades.

CAPÍTULO LXXXVIII

DE "DOMINE FILI UNIGENITE, IESU CHRISTI"

1. Muy grande fue la devoción que tenía el cardenal a la Persona del Hijo de Dios, que unió a sí a la naturaleza humana, y por aquella su gran devoción dijo al Papa y a los cardenales estas palabras: —Cosa manifiesta es que vos, señor Padre Santo, y todos nosotros los cardenales heramos recibido grande honor sobre todos los demás cristianos del mundo por el Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo. Y, por esto, es cosa muy digna y somos obligados a que enviemos por todo el mundo diferentes mensajeros, los cuales inquieran y nos den aviso del estado de aquellas tierras y del modo como en ellas es honrado y servido el Hijo de Dios por algunos de ellos y deshonorado y olvidado por otros. Y así, para procurar este negocio, yo pido se me dé este oficio y las asistencias para mensajeros, que yo enviaré por todo el mundo para que me informen y avisen de todo el estado del orbe. Y después yo lo pondré en vuestra noticia, para que ordenéis lo que convenga, a fin de que el Hijo de Dios sea amado, loado y honrado por toda la redondez del mundo y que en él sea anunciada y predicada su virtud y todo lo que él hizo por nuestro amor en la tierra. Pareció muy bien al Papa y los cardenales este oficio de administrar noticias que pedía el Cardenal de *Domine Fili*, y fuéle otorgado cuanto pedía. Y entonces se cumplió la figura o administración de cómo los emperadores romanos, que dominaban todo el mundo, enviaban y tenían sus mensajeros en todas las tierras, los cuales les daban noticias e informaban del estado de todo el mundo. En lo cual estaba figurado como el Papa había de ser lugarteniente de Dios en la tierra y señor de Roma, y sabría el estado de todas las tierras, para sujetarlas a la santa fe católica romana.

2. El Cardenal de *Domine Fili* dividió el mundo en doce provincias, y estableció doce mensajeros para que fuesen a todas las tierras y saber el estado general de todo el mundo. Aconteció que un mensajero del cardenal, que pasaba hacia las partes del Mediodía, encontró una cáfila de seis mil camellos cargados de sal, que salían de una villa que se llamaba Tíbelberche y se encaminaban a una tierra donde tiene origen el río de Damiata, y se fue en compañía de aquella cáfila, y vio allí el mensajero tanta gente, que en el espacio de quince días fue vendida toda aquella sal que traían aquellos hombres con ¹ quienes iba de conserva. Aquella gente son todos negros e idólatras, y son hombres de un genio jovial, y mantie-

¹ También añade el traductor "con... conserva". La idea y el recuerdo del Imperio romano, así como ya había fascinado a San Agustín en su *De civitate Dei*, preocupó también a Santo Tomás en su *De regimine principum*, a Dante en su obra *De monarchia*, y a otros ilustres pensadores medievales. Es como recogiendo este sentimiento y aspiración común de la época que Ramón Llull considera al Papa como heredero de aquel Imperio, transformado, sin descuidar el aspecto político, en una comunidad religiosa y universal, hasta incluir en ella a todas las gentes y a todos los pueblos del mundo conocido.

nen justicia muy severamente, y matan a todo hombre que encuentran en mentira, y de todo cuanto tienen hacen comunidad. En aquel país hay una isla en medio de una gran laguna, en la cual tienen un dragón, a quien sacrifican todas aquellas gentes y lo adoran como Dios. Aquel mensajero anduvo por todas aquellas tierras para ver e informarse de las costumbres de sus moradores y de la gran multitud de aquéllos. Admirábanse mucho aquellas gentes de ver aquel mensajero, porque era hombre blanco y cristiano, pues por ningún tiempo habían visto ni oído decir que ningún cristiano ni hombre blanco hubiese arribado a aquellos países. Aquel mensajero, por mano de un criado suyo, envió por escrito relación de todo lo referido y de otras muchas cosas al Cardenal de *Domine Fili*, quien lo relató todo al Papa y a sus compañeros. Muy grande fue el disgusto que todo el Colegio Apostólico tuvo cuando oyeron que el dragón era adorado allí como Dios, y trataron luego los medios cómo pudiesen derribar aquel error en que vivían aquellas miserables gentes.

3. Otro mensajero se fue hacia las partes del Norte, y allí vio y oyó decir a algunos hombres latinos que en aquel país había muchas gentes que vivían en varias creencias y el demonio los tenía obcecados con muchos errores por algunas ilusiones con que los tenía engañados. Porque había una tierra, que se llama Girlanda, a la cual, de cinco años, viene un oso blanco, que les anuncia en aquel año gran abundancia de pescado, que es el pasto de aquellas gentes. Hay otra tierra también donde por encantamiento hacen hablar los árboles. Y hay otra tierra, cerca de Bohemia, en la cual viene una abubilla a un gran bosque, y si algún hombre se atreve en él a cortar algún ramo mientras ella se halla en el bosque, inmediatamente caen del cielo relámpagos y truenos, que ponen en gran peligro de la vida a todos los que entonces se encuentran en el bosque. También hay otra tierra en la cual cada uno cree tener un dios en su campo, otro en su ganado y otro en su jardín. En otra tierra, cerca de Dacia, hay gentes que no viven de otra cosa sino de la caza, y van corriendo tras la fiera o caza hasta haberla muerto, y allí se paran hasta que la han comido, y después van a perseguir otra. Todas estas noticias y otras muchas envió escritas el mensajero del Norte al Cardenal de *Domine Fili*, el cual las comunicó al Papa y a sus compañeros. Y, en su consecuencia, fue establecida la ordenación de que fuesen enviados a aquellas gentes hombres devotos y de santa vida, que supiesen y aprendiesen aquel lenguaje y les predicasen por ejemplos, por metáforas y semejanzas, hasta que sus sensualidades estuviesen ordenadas para elevar sus semejanzas a los poderes del alma, con los cuales por la intelectualidad fuesen iluminados en la santa fe católica.

4. Otro mensajero del cardenal pasó a la parte de la Berbería, y allí vio muchos gladiadores y alfaquines que predicaban a los moros el Alcorán y las bienaventuranzas de su paraíso. Y les predicaban con tan devotas palabras, que cuasi todos los que lo oían lloraban. Admiróse mucho el mensajero de la devoción que aquella gente tenía en aquellas palabras, siendo todo cuanto los predicaban un error muy grande; y conoció que por el buen modo y tan devoto que tenían aquéllos en predicar y llorar, y porque en las predicciones les referían la vida de muchos hombres que

morían por devoción, por esto lloraban aquellas gentes. También halló un *Libro del Amigo y del Amado*, en el cual se refiere que los hombres devotos hacían cánticos de Dios y del amor y cómo por el amor de Dios renunciaban los deleites temporales e iban por el mundo padeciendo pobreza y otros muchos trabajos. Aun vio el mensajero que en la curia, donde se sentenciaban los pleitos, eran brevemente terminadas las causas y las cuestiones de los litigantes. Todas estas cosas y otras muchas escribió el mensajero de Berbería al cardenal, y le envió copia del *Libro del Amigo y del Amado*, para que por él se tomase regla y modo como por devoción de buenas palabras fuesen los sermones más agradables a las gentes, y cómo por la ordenación que los moros observan se pudiesen abreviar los pleitos y las diferencias que hay entre nosotros.

5. Otro mensajero pasó a la Turquía, en donde encontró a cuatro religiosos que habían aprendido aquel lenguaje, pero los turcos no les dejaban predicar en aquella tierra, y sobre este punto escribió al cardenal, el cual lo refirió al Papa y a sus compañeros. Y luego fueron elegidos otros mensajeros, y el Papa les envió con grandes donativos al gran señor de los turcos y al de los tártaros, que habían sujetado a su dominio a la Turquía. Y el Papa, por medio de aquellos mensajeros, suplicó al gran señor que se sirviese de permitir y tolerar que aquellos cuatro religiosos pudiesen predicar por toda la Turquía a honor del Hijo de Dios. El tártaro señor de la Turquía, movido de los ruegos y donativos del Papa, consintió y toleró aquella predicación, y en adelante los turcos ya no se atrevieron a impedir aquellos religiosos.

6. Pasó también a ultramar otro mensajero denunciador, el cual dio noticia al cardenal cómo dos asesinos habían muerto a un príncipe y que los habían muerto a ellos. En vista de lo cual, entonces el cardenal se fue a exhortar a los religiosos que aprendían varias lenguas se dispusiesen a desear con todo ardor el morir por amor de Jesucristo, en vista de que por el error había hombres en el mundo que deseaban morir por la libertad de sus parientes. Y, por esta razón, fue hecho estatuto que un día a la semana se predicase a aquellos religiosos, a fin que con mayor afición estudiasen y desearan morir.

7. En el modo que se ha dicho, fue hecha la ordenación de los mensajeros que se distribuyesen por varias partes del mundo. Y en otra manera había también muchos hombres que tomaban el oficio de contar ejemplos y buenas palabras a las gentes, para que más a menudo se acordasen del Hijo de Dios y de la cruelísima pasión que sufrió por nosotros. Estos operarios iban por las villas y por las ciudades y castillos, y comunicaban con los oficiales y otras gentes, refiriéndoles buenos y saludables ejemplos. Aconteció un día que uno de aquellos hombres fue a un carpintero que acepillaba un madero, y le refirió cómo había oído decir que en el mundo había habido un leño tan fuerte, que había sostenido más peso que todo el mundo. Quedóse muy admirado el carpintero de aquella noticia, y por la admiración que tuvo, concibió devoción cuando aquél le declaró y expuso aquellas palabras, diciéndole que aquel leño de que hablaba era el madero de la santa cruz, en que fue enclavado el Hijo de Dios, el cual ha cargado y obligado más a su pueblo a servirle y honrarle que no es

todo el mundo. Y por la devoción que el carpintero concibió en aquellas palabras, fue después hombre de buena vida y salió de un pecado mortal en que se hallaba.

8. Sucedió un día que, saliendo de una villa uno de aquellos operarios, iba a un castillo, y encontró por el camino muchos peregrinos que iban en romería a Santiago, y, juntándose en su compañía, se fue con ellos a aquel santuario. Por el camino les contaba muchos ejemplos y otras buenas y devotas palabras, y les refería historias del Antiguo y del Nuevo Testamento, y los Hechos de los Apóstoles, y también de los emperadores, como se hallan escritos en las crónicas. Tan grande era el placer que aquellos peregrinos tenían en las palabras de su compañero, que por esto sentían menos trabajo y fatiga del camino y se les aumentaba la devoción de proseguir su romería; a cuyo ejemplo hubo muchos de ellos que tomaron este mismo oficio para aliviar a los peregrinos el camino y mantenerles en su devoción.

9. Muy grande era el bien y provecho que se seguía del oficio del cardenal, y éste tenía muy gustoso al Papa y a los demás cardenales con aquellas noticias que le venían todos los días de varias partes del mundo. Sucedió un día que cierto hombre, por la ambición de juntar dinero, se hizo relator de noticias de parte del cardenal, y andaba con los peregrinos, y éstos le hacían mucha limosna y asistencia. Pero como el hombre no estaba bien instruido en aquel ministerio de contar buenos y devotos ejemplos, viniendo a noticia del Cardenal de *Domine Fili*, le hizo prender y poner en la cárcel por el atrevimiento de haberse apropiado este oficio sin su licencia. Por cuyo motivo estableció que, de allí en adelante, ningún relator de noticias se atreviese a tomar dinero ni admitir cosa alguna de ningún peregrino, y que si cosa alguna necesitase, se le fuese dada por el obispo de la ciudad donde se hallase, y que cada uno de estos operarios llevase sus despachos sellado del cardenal.

CAPÍTULO LXXXIX

DE "DOMINE DEUS, AGNUS DEI, FILIUS PATRIS"

1. Entró un día el Papa con los cardenales en consistorio y les dijo estas palabras: —Es cosa muy cierta que las Órdenes de los religiosos que están entre nosotros se rigen y gobiernan por el capítulo que tienen, en el cual ordenan todos los años el modo como la Orden sea conservada en religión y santa vida. Y por eso es cosa muy necesaria a nosotros, eclesiásticos seculares, que ordenemos de tener capítulo en tal forma y manera, que nuestra vida sea agradable a Dios, y a las demás gentes buen ejemplo; pues sin tener capítulo general y especial no podemos estar perfectamente ordenados en este mundo. Y siendo esto así, por tanto, yo os exhorto a cada uno de vosotros, hermanos y compañeros míos, que me ayudéis a tratar cómo ordenemos de tener capítulo general y provincial entre nosotros. Aplaudieron mucho todos los cardenales lo que el Papa

les propuso y, unánimes con el Papa, ordenaron de tener capítulo en esta forma:

2. Primeramente fue establecido que cada obispo tuviese capítulo una vez al año en su obispado, donde tuviese varios pesquisadores, que en capítulo denunciassen si había algún eclesiástico que mereciese ser castigado por algunas faltas que hubiese cometido en aquel año. Después fue establecido que, una vez al año, el arzobispo tuviese capítulo a todos sus obispos sufragáneos, y que en cada uno de sus obispados tuviese pesquisadores que en los capítulos les acusasen de sus faltas y fuesen castigados por el arzobispo. Después ordenó el Papa con los cardenales que se dividiese el mundo en cuatro partes, y que los arzobispos de una parte se juntasen todos en un lugar, y los de la otra parte en otro, y así de las demás, y que cuatro cardenales les tuviesen capítulo, pasando un cardenal a cada una de las cuatro partes, y que los cardenales hiciesen pesquisa sobre los arzobispos. A más de esta ordenación, establecieron que el Papa tuviese capítulo a aquellos cuatro cardenales una vez al año, y que tuviesen pesquisadores sobre ellos para saber si habrían administrado justicia contra aquellos arzobispos, y si habrían cometido alguna falta contra su regla, que los castigase. Después ordenaron que el Papa, una vez al año, tuviese capítulo a todos los cardenales de su corte, sobre los cuales tuviese asimismo pesquisadores. Aun después fue hecha ordenación que fuesen señalados pesquisadores sobre el Papa, celebrándose capítulo una vez al año, y manifestándose que el Papa hubiese cometido algún defecto en todo aquel año, se tomase alguna penitencia. Establecieron también que de cinco en cinco años se celebrase capítulo general, al cual concurriesen todos los arzobispos con dos discretos electos por los obispos de cada metrópoli. Finalmente, ordenaron que de diez en diez días celebrasen su concilio, donde concurriesen todos los arzobispos, obispos y abades.

3. Cuando estuvo ya ordenado y establecido el método de tener capítulo, preguntó el Papa a los cardenales: —¿Cuál de vosotros quiere servir el oficio de pesquisador mayor, debajo de cuyas órdenes deben estar sujetos los demás pesquisadores, el cual pesquisador mayor sea el director del capítulo? A esta proposición del Santo Padre respondió un cardenal, diciendo que él quería y deseaba aquel oficio para honrar y servir *Domine Deus, Agnus Dei, Filius Patris*. Y el Papa le concedió aquel oficio para sempre con tal que le sirviese con toda diligencia y cuidado, usando bien de él. E inmediatamente compusieron un libro de la regla y método como el cardenal pudiese y debiese proceder en su oficio y según la cual se debía celebrar el capítulo.

4. Luego el Papa envió por todas las tierras convocando a los prelados a la corte romana para celebrar concilio, en el cual fue establecida y conformada toda la ordenación referida. Y después el Cardenal de *Domine Deus* ordenó y estableció sus espías y pesquisadores para inquirir y saber secretamente si los prelados observarían y guardarían el establecimiento antedicho, y si las cosas llegaban a noticia del capítulo tan puntuales como el cardenal lo hacía inquirir y espiar. Y también si las espías de los eclesiásticos contra los prelados, y de los prelados contra los eclesiásticos, y de los de un cardenal contra el otro, se concordaban con las

espías del cardenal. Grande fue el bien y utilidad que resultaba de la ordenación referida, y los príncipes y barones tomaron de ello tan buen ejemplo, que del mismo modo ordenaron en sus cortes varios pesquisadores, a fin que en sus dominios fuese mantenida la justicia y la paz.

5. Las cosas sobre que se debía hacer inquisición y pesquisas son éstas, a saber: sobre vanagloria, soberbia, avaricia, lujuria, injusticia, infidelidad, gula y otras cosas semejantes a éstas. Aconteció un día que un obispo había hecho inquisición en su obispado contra dos eclesiásticos, que halló culpables, y por dinero que recibió de éstos, no los acusó ni castigó en su capítulo; y los pesquisadores del arzobispo averiguaron que el obispo había perdonado a aquellos eclesiásticos por los dineros que había admitido de ellos. Y cuando el arzobispo tuvo su capítulo, sus pesquisadores acusaron al obispo; pero éste regaló secretamente con dineros al arzobispo y por esto no le castigó. Pero los pesquisadores del cardenal lo averiguaron, y acusaron al arzobispo cuando vino a capítulo, y el cardenal, celebrado el capítulo, castigó severamente al arzobispo y obispo privándoles de sus dignidades y oficios.

CAPÍTULO XC

DE "QUI TOLLIS PECCATA MUNDI, MISERERE NOBIS"

1. Por largo tiempo consideró uno de los cardenales cómo pudiese tomar algún oficio para servir a Jesucristo, que cargó sobre sí los pecados del mundo. Cierta día, mientras andaba paseando a caballo por la ciudad de Roma discurriendo qué oficio podía tomar para servir a Jesucristo, vio a dos procuradores de dos príncipes que tenían sus cuestiones y contiendas con mucho enfado y cólera, diciéndose el uno al otro muy vilanas palabras. Por lo cual el cardenal consideró que en la ciudad de Roma era necesario que hubiese un procurador superior y todos los demás procuradores, a quien todos temiesen, y, por eso, se fue al Papa y le dijo estas palabras:

2. —Señor Padre Santo: vos sabéis muy bien que en vuestra corte hay muchos procuradores de varias tierras del mundo, que unos son contradictorios a los otros, y por eso, hay grandes trabajos y contradicciones entre ellos; por lo cual, si fuese de vuestro agrado, yo tomaría gustoso el oficio de procuración, y sería causa y razón por donde los procuradores estarían ordenados en sus negocios y en sus palabras, y no siéndolo, que yo les pudiese castigar según la justicia que pidiese. Muy gustoso concedió el Papa al cardenal aquel oficio sobre todos los procuradores. Y después el cardenal estableció otros procuradores subordinados a él, para ser procuradores en corte generalmente de todos aquellos que en ella no tienen procurador; y aquéllos habían de ser asalariados de los bienes de la santa Iglesia, con el fin que no tomasen salario ni otro estipendio de ningún hombre del mundo.

3. Sucedió un día que había de determinarse un pleito que se seguía

entre un obispo y un canónigo de su iglesia, y antes de publicarse la sentencia, el uno de los dos procuradores murió, por lo cual hubo de suspenderse el pleito, por cuyo motivo el otro procurador recurrió al Cardenal de *Qui tollis peccata mundi*, y éste sustituyó y nombró a otro procurador para proseguir la causa que llevaba el procurador difunto, y con esto se dio sentencia en el pleito; de lo cual resultó la cuestión: si la sentencia era válida o no de derecho. Y fue declarado en la corte que la sentencia era válida, en cuanto el Papa había hecho la ordenación de que el cardenal pudiese nombrar y sustituir procurador que fuese suficiente por los ausentes, el cual no tomase ningún salario de aquéllos.

4. En otra ocasión sucedió que un procurador de un arzobispo puso demanda en la corte contra los canónigos de su cabildo, los cuales no tenían procurador en la corte, y el cardenal envió uno de sus procuradores para seguir, y escribió luego al cabildo y les envió a decir cómo el procurador de su arzobispo había puesto la demanda contra ellos en la curia romana. Y aquel procurador del cardenal llevó tanto tiempo la causa en la corte hasta que los canónigos enviaron su procurador.

5. Asimismo, el Cardenal de *Qui tollis peccata mundi* instituyó un procurador entre aquéllos con obligación de estarse siempre a las puertas de la antesala del Papa, el cual fuese procurador de todos aquellos que no tienen dineros que dar a los porteros, y representando al Papa todo lo que aquéllos pidiesen y hubiesen menester. Un día sucedió que aquel procurador se estaba a la puerta de la antesala del Papa, y un pobre eclesiástico, a quien el obispo había quitado injustamente una rectoría que poseía, quiso entrar a clamar al Papa; pero los porteros no le dejaron entrar y lo permitieron al obispo que le había quitado la prebenda, y, por esto, el procurador de pobre presentó aquel eclesiástico al Cardenal de *Qui tollis peccata mundi*, y el cardenal defendió la causa por él delante el Papa contra el obispo.

6. En cierta ocasión dijo el cardenal al Papa: —Padre Santo, olvidados son los difuntos, y no tienen procuradores que soliciten el que sean cumplidas sus voluntades en los testamentos que ordenan, y por esto os pido vuestra licencia para ser yo su procurador. El Papa fue muy contento de ello, y mandó que el cardenal fuese procurador de los difuntos; y éste luego nombró otros de sus procuradores, y les envió por varias partes del mundo a informarse si en ellas había algunos que se quejasen de los hombres vivos que no han cumplido la voluntad de los ya difuntos. Por eso cada uno de aquellos procuradores del cardenal hacía inquisición contra el obispo y arzobispo de aquella tierra donde moraba, si había apremiado a los albaceas de los difuntos a cumplir sus testamentos; y si algún obispo o arzobispo había sido en ello negligente, inmediatamente era acusado al cardenal, quien le castigaba como le parecía conveniente.

7. En una ciudad llamada Montpellier, en la cual fue escrito este libro de Evast y Blanquerna, se celebró un gran capítulo general de los padres predicadores, en que concurriesen muchos obispos y otros prelados y gran número de religiosos de todas las partes de la cristiandad. Y los frailes leyeron en el capítulo diferentes cartas y libros que relataban la muerte de muchos religiosos de su Orden que habían fallecido hasta aquel

año. A esta sazón levantóse en pie un hombre lego que allí estaba de procurador cómo los infieles vienen a la santa fe católica, y dijo en presencia de todos estas palabras: —Si de la muerte de los religiosos, cuyas almas son vivas en el paraíso, se hace tan puntual memoria, ¡con cuánta mayor razón debería hacerse de la de los infieles, que mueren en pecado de ignorancia y pierden la vida perdurable. y muriendo, se van en derecho al fuego infernal! Y que se les fuese dada doctrina por la cual entrasen en conocimiento de cómo nuestro Señor Jesucristo ha cargado sobre sí los pecados del mundo por su encarnación, por su pasión y muerte y por su resurrección! Al cardenal procurador de difuntos llegó la noticia de la propuesta que aquel hombre lego había hecho en el capítulo, y por este motivo ordenó que en todos los capítulos generales de los frailes religiosos fuese hecha memoria de los infieles difuntos que mueren en pecado de ignorancia. Y el cardenal enviaba sus procuradores a cada uno de estos capítulos generales con sus letras, con el fin de que la santa fe católica fuese por todo el mundo predicada y exaltada.

CAPITULO XCI

DE “QUI TOLLIS PECCATA MUNDI, SUSCIPE DEPRECATIONEM NOSTRAM”

1. El Papa y todos los cardenales, a excepción de cinco de ellos, habían ya tomado y repartídose varios oficios, que fueron intitulados según las rúbricas del *Gloria in excelsis Deo*, como hemos referido, y, por esto, el Santo Padre dijo a aquellos cinco cardenales que, según el estado de la corte romana, discurriesen de tomar oficios para completar el número de las rúbricas del *Gloria in excelsis Deo*. Por lo cual, uno de aquellos cinco cardenales andaba a caballo por la ciudad de Roma para ver y observar en qué oficio debía ocuparse, que fuese nombrado con el título de *Qui tollis peccata mundi, suscipe deprecationem nostram*. Y al tiempo que iba así a caballo por la ciudad de Roma, pasando por la curia, en donde se tenía audiencia, vio un hombre que, llorando, decía entre sí mismo estas palabras: “¡Ah desdichado e infeliz de mí, cuán grande es el deshonor que se hace a la santa fe católica! Pues un judío que reniega y descrece y blasfema todos los días al Hijo de Dios nuestro Señor Jesucristo, el cual es cabeza y fundamento de la santa Madre Iglesia, tiene a su pleito abogados y procuradores contra ti, y tú, que eres cristiano, no tienes hombre alguno que hable por ti y defienda tu buen derecho contra aquél. Por lo cual habrás de ser pobre y andar con tu mujer e hijos de puerta en puerta pidiendo una limosna por amor de Dios.”

2. Se admiró mucho el cardenal de las palabras que aquel hombre decía en sí mismo, y preguntándole por qué lloraba y decía aquellas palabras, le respondió diciendo: —Señor, un judío, por su gran riqueza, me hace injuria; sin razón me pide más dinero del que le debo ni pudiera tener, y, sobre esto, hemos litigado largo tiempo. Y por cuanto yo no

me hallo en posibilidad bastante como él para poder dar gran salario al juez ni abogado, por esto no puedo hallar justicia en la corte contra él y a favor de mi derecho, y téngolo a gran afrenta, pues por falta de dinero pierdo mi buen derecho en la corte de Roma, a la cual son más contrarios los judíos, malvados por su creencia y mala voluntad, que ninguna otra gente del mundo.

3. Muy grande e imponderable fue el disgusto que sintió en su corazón el cardenal cuando oyó las palabras que aquel buen hombre le dijo, y entró en grandes y profundos pensamientos. Mientras el cardenal tenía así preocupada su imaginación, entraba en Roma un obispo que tenía veinte mil marcos de plata de renta todos los años, y pasó por la plaza en que se hallaba a la sazón el cardenal. Y la gente que allí había, a verle pasar, decía: —Ese es el obispo que tiene veinte mil marcos de plata de renta y ha comprado para un hermano suyo treinta mil sueldos de renta. Al oír el cardenal estas palabras, prorrumpió en un gran suspiro, y en su misma conciencia dijo estas palabras: “¡Oh mezquino pobre de entendimiento, de devoción y caridad, a quien Dios ha dado sus veces en la tierra! ¡Cuán mal repartidos son los bienes de la santa Iglesia!”

4. Cuando el cardenal hubo considerado largo tiempo sobre este punto, vino ante el Papa y los otros cardenales y les propuso esta cuestión: En una ocasión sucedió que el Entendimiento fue requerido para dar una sentencia. Aquel Entendimiento tenía dos hermanas: la una se llamaba Memoria, y la otra Voluntad. Cuestión hubo entre las dos cuál de ellas debía más presto acompañar al Entendimiento. Alegaba la Voluntad contra la Memoria que por voluntad es el entendimiento diligente en inquirir la verdad y en querer juzgar según la rectitud de justicia, y por el mucho recordar está muchas veces impedido el entendimiento para entender, y por esto era razón que más presto la voluntad acompañase al entendimiento para dar aquella sentencia. De otra parte, alegaba la Memoria contra la Voluntad diciendo que por el demasiado querer es corrompido el entendimiento e inclinado a la ignorancia; y por esto conviene más presto que la memoria y el entendimiento estén en concordancia, que no el entendimiento y la voluntad. Por lo cual, según el derecho natural, es razón que la memoria más presto acompañe al entendimiento que no la voluntad. Habiendo propuesto el cardenal las razones de una y otra parte, suplicó al Papa y a los cardenales que le determinasen aquella cuestión por recta justicia.

5. Por ser la cuestión tan fuerte y difícil, fue conveniente que se tuviese sobre ella deliberación y consejo para inquirir la solución verdadera. Y habiendo el Papa y los cardenales examinado las razones de una y otra parte y deliberadamente inquirido el derecho de aquéllas, sentenciaron que la memoria fuese primero con el entendimiento, par que la voluntad en el principio no inclinase el entendimiento a una parte, sino que fuese igual entre las dos partes, y que, después, viniese la voluntad, la cual sería igual por la igualdad de la memoria y del entendimiento. Agradó mucho al cardenal la sentencia que dieron el Papa y los cardenales, y dijo estas palabras:

6. —Según la naturaleza de las tres potencias del alma, está ordenado en derecho que sea dado juez que lleve primeramente su memoria con el entendimiento y que los dos abogados que llevan el pleito, uno contra otro,

usen primeramente de memoria que de voluntad; pues por dádivas y servicios se muda muchas veces en el juez la voluntad en lugar de la memoria, y los abogados, por presentes y servicios, multiplican la voluntad y disminuyen la memoria, por cuya disminución se desvía su entendimiento del entender, y por esto se dilatan muchas veces los pleitos y se dan sentencias injustas, de que se originan disensiones, trabajos, guerras y muertes, y se multiplican los pecados. De donde, para evitar todos los males sobredichos, mucho más conveniente sería el que de los bienes de la Iglesia se diese tanta renta a diez jueces y a veinte abogados que estuviesen en la corte de Roma y no tomasen salario ni servicio de hombre alguno, que no es el dar a ese obispo veinte mil marcos de plata de renta, el cual ha comprado para su hermano treinta mil sueldos de renta, cuyos dineros por ahora ya están alineados de los negocios de la santa Iglesia. Aplaudieron mucho el Papa y los cardenales lo que el Cardenal de *Suscipe deprecationem nostram* había propuesto, e inmediatamente fue hecha ordenación y establecimiento de que diez jueces y veinte abogados se mantuviesen en la corte de Roma, y que el Papa les pagase cumplidamente sus salarios de los bienes de la santa Madre Iglesia, con calidad de que no tomasen de hombre alguno otra paga, dádivas ni servicios, y que si lo hiciesen, fuesen luego depuestos de sus oficios y castigados condignamente. Por cuya ordenación fueron abreviados los pleitos en la corte y fueron establecidas otras muy bellas ordenaciones para la expedición de los pleitos.

7. Divulgóse la fama por todas las tierras de la ordenación sobredicha, y muchos pretendientes venían a la corte romana para que sus pleitos fuesen determinados con gran brevedad. Y fue tan grande la multitud de los que acudieron a aquellos diez jueces y a los veinte abogados, que ya no bastaban para defender y sentenciar las causas que se avocaban a la corte, por lo cual recurrieron al Cardenal de *Suscipe deprecationem nostram*, a quien estaban subordinados los oficios de aquellos jueces y abogados, y le representaron que ellos ya no podían llevar todo aquel trabajo, y, por eso, el cardenal presentó al Papa y cardenales aquella súplica, y les ponderó cuán sobradamente ocupados y cansados se hallaban aquellos jueces y abogados por la gran multitud de pleitos. Por lo cual el Papa y los cardenales ordenaron que en cada obispado se nombrasen jueces y abogados que del mismo modo juzgasen y abogasen los pleitos y cuestiones de la gente pobre, y que fuesen asalariados de los bienes de la santa Iglesia, sin tomar salario ni servicio de persona alguna por quien abogasen ni juzgasen, so pena de veinte marcos de plata y pérdida de su empleo y de ser descomulgados.

CAPÍTULO XCII

DE "QUI SEDES AD DEXTERAM PATRIS, MISERERE NOBIS"

1. En una fiesta muy grande que se celebraba en la ciudad de Roma, sucedió que un diácono cantaba aquel evangelio en el cual dijo Jesucristo [Mat. 18, 9] que mejor cosa es entrar en el paraíso con un ojo y con un

pie que entrar en el infierno con dos ojos y dos pies. Y considerando profundamente aquel diácono sobre esta comparación, por la gracia del Espíritu Santo fue movida su voluntad de ir por todo el mundo haciendo comparaciones a las gentes para inducirles a la vía de salvación. Por lo cual el diácono se presentó ante el Papa y los cardenales, y pidió el oficio de comparaciones. Pero el Santo Padre le respondió que aquel oficio lo tenía destinado para un cardenal que tuviese sujetos a sí muchos oficiales, los cuales anduviesen por todo el mundo haciendo comparaciones, y que aquel oficio debía ser llamado *Qui sedes ad dexteram Patris, miserere nobis*. Habiendo el señor Papa proferido estas palabras, uno de los cardenales se levantó en pie y dijo que se encargaba de aquel oficio. Aquel cardenal compuso un gran libro, en que estaban escritas las comparaciones que sus discípulos debían proponer a las gentes.

Aconteció un día que cierto rey vino a la corte romana a clamarse al Santo Padre Apostólico y a los cardenales contra otro rey que injustamente le había desheredado del reino, sin que le hubiese hecho agravio ni injuria alguna. Y cuando hubo explicado su querella, aquel pobre rey, vertiendo muchas lágrimas y manifestando gran tristeza de su corazón, prorrumpió en estas palabras: —Honrado he sido yo en el mundo por mucho tiempo, y ahora estoy hecho un pobre miserable, despreciado de las gentes, y vivo en grande rubor y vergüenza por causa de un rey soberbio e injurioso, el cual, con su gran poder y desordenada codicia, me ha usurpado injustamente mi reino. Mientras que el rey estaba en este llanto y desconsuelo, el Cardenal de *Qui sedes ad dexteram Patris* preguntó al rey cuál cosa le era más agradable: la justicia o la injuria. Respondióle el rey que la justicia. Entonces el cardenal le dijo que más le valdría y mejor cosa era el ser desheredado y ser justo y paciente, que no el ser rey injusto, avaro y soberbio, y que, por esta razón, él hacía contra justicia en cuanto lloraba por lo mismo que debía alegrarse, y que el otro que le había desheredado era el que debía llorar, porque tenía en sí la injuria y la soberbia. A más de ésta, le hizo otra comparación, a saber: que mayor provecho lograba en ser amado de Dios aquel que ejercita la paciencia y la humildad, que no es el daño que recibe de ser despreciado y vituperado de las gentes. Consideró mucho el rey lo que había dicho el cardenal y dijo estas palabras; —Si mi corazón ha poseído en este mundo un reino terrenal que me han quitado, de aquí en adelante posea mi alma el reino de la paciencia, esperanza, humildad, justicia y caridad, loando y amando para siempre la voluntad de Dios. Muy agradables al Papa y a todos los cardenales fueron aquellas palabras del rey; y de los bienes de la Iglesia le destinaron una pensión correspondiente para su manutención y trataron el modo como fuese reintegrado en el reino de que estaba desposeído.

2. En otra ocasión vino a aquella corte un obispo con el motivo de haber sido capitulado por su cabildo. Era aquel prelado muy justo y de santa vida; y porque mantenía justicia en sus eclesiásticos, intentaron deponerle, deseando aquéllos tener un prelado que les consintiese sus defectos. El obispo se fue al cardenal y le pidió consejo, [es a saber]: ¿cuál cosa les convendría más de estas dos: o que se dejase escapar sin defen-

derse, y lo tomase con paciencia, humildad y pobreza, o que se defendiese y acusase al cabildo, y prosiguiese en la corte su acusación según tuviese lugar en derecho? Largamente conferenciaron el cardenal y el obispo sobre la materia y discurren en cuál de las dos partes sobredichas podría el obispo usar de mayor perfección y demás virtudes; y concluyeron que, en cuanto a la persona del obispo, era cosa más virtuosa el que no se defendiese, pues se seguía de ello mayor paciencia, fortaleza y humildad; pero en cuanto a justicia y caridad, era cosa muy buena el que se defendiese y se manifestase la verdad, para que la justicia no perdiese su derecho en su cabildo, que injustamente le acusaba. Por lo cual dijo el carnal al obispo que escogiese la que más gustase, por cuanto en cada una de las partes antedichas podía obrar virtuosamente, de tal manera que sería a Dios muy agradable.

3. A cierta ciudad llegó un hombre que se empleaba en hacer comparaciones y andaba gritando por las calles, diciendo cuál cosa era más necesaria: ¿o criar sus hijos en las buenas costumbres o enriquecerles de grandes heredades? Y cuál cosa era mejor: ¿o restituir lo mal ganado y dejar a sus hijos pobres y entrar en el paraíso, o no restituirlo y dejar a sus hijos con riquezas, sin satisfacer sus injurias, y entrar en el infierno? Mientras este hombre iba así gritando por las calles, pasó por casa de un logrero, el cual, oyendo las palabras de aquel hombre, entró en gran consideración de ellas. Y como se le oía gritando con toda frecuencia, la conciencia le venció en la sensualidad y le fortificó en la caridad, y satisfizo todas sus injurias y agravios y crió a sus hijos en buenas costumbres.

4. La muerte, que no perdona a los jóvenes ni a los ancianos, mató a un hijo de un honrado ciudadano de Roma, el cual no tenía sino a este solo hijo ni esperaba tener otro, por cuya muerte estaba muy triste y apesadado. Supo el cardenal el desconsuelo de aquel ciudadano, y fue a visitarle y le propuso las siguientes comparaciones: —Amable hijo —le dijo el cardenal—, ¿cuál cosa es de mayor provecho al hombre: o el loar a Dios por los bienes que le ha dado en este mundo o alabarle por los bienes que le quita? —Señor —respondió el ciudadano—, la una alabanza tiene respecto a la gratitud y la otra a la paciencia; y por cuanto la virtud de la paciencia causa pasión en el hombre sin culpa, conviene que se siga de ello mayor mérito que no de la virtud de la gracia, la cual da placer al hombre sin pasión. —Bienaventurado hijo —dijo el cardenal—, rectamente has juzgado, y por esto tú mismo te has sentenciado a haber de tener paciencia; y, así, entiende que Dios te ha probado en dos maneras: la una por la virtud de la gratitud, la cual ejercitas en alabar a Dios por haberte dado a tu hijo en este mundo, la otra por la virtud de la paciencia, en cuanto te lo ha quitado y arrebatado de esta vida. Y, así, si tu hijo no hubiera muerto, habrías perdido el mérito de la paciencia, el cual es a ti disposición para obtener gran bienaventuranza.

5. Por la plaza de Roma iba otro hombre gritando: “¿Cuál cosa vale más: vender a buen mercado y decir verdad o mentir y vender caro?” Mientras decía aquel hombre esta comparación, pasaban por la plaza muchas mujeres, y entre ellas iba una muy adornada, y su bella cara muy compuesta de afeites y colores y otras cosas. Y al verla aquel hombre,

a grandes gritos dijo: "¿Cuál cosa vale más: o la mujer hermosa que se muestra amante de la lujuria o la mujer fea que da muestras de castidad?" Y en esta forma iba gritando aquel buen hombre delante aquellas mujeres, repitiendo las mismas palabras. Y aquella mujer, a quien acompañaban muchos escuderos, les mandó zurrasen a aquel hombre por las palabras que decía, y los escuderos sacudieron fuertemente al pregonero de las comparaciones; pero no quiso éste llevarlo con paciencia, antes bien se fue a clamar al cardenal de la injuria que le habían hecho. Y el cardenal le reprendió severamente por haberse querellado y le depuso del oficio, y, en su lugar, subrogó otro que fuese más amante de la paciencia.

6. A otra ciudad vino un hombre que por las calles iba del mismo modo gritando y diciendo: "¿Cuál cosa vale más: o poco se me da de eso o qué dirán las gentes?" Mientras que pasaba por la plaza así gritando, la gente que estaba allí le preguntaron qué significaba aquello que decía. Y él respondió que el qué dirán las gentes contra aquellos que desprecian las vanidades de este mundo y el poco se me da de eso era el desprecio que el hombre hace de la murmuración de las gentes, mientras no obre cosa alguna contra las virtudes y contra la honra de Dios, despreciando el mundo. Entonces respondió a aquel hombre un sabio varón, y le dijo que el qué dirán las gentes tenía muchos secuaces, pero el poco se me da de eso los tenía mejores.

7. Aconteció, en cierta ocasión, que dos religiosos que habían aprendido la lengua arábiga se fueron a tierra de moros a predicar la encarnación y la pasión del Hijo de Dios. Enfríose en uno de ellos la devoción y la caridad, y se volvió atrás, dejando a su compañero, porque la muerte le causaba espanto y extrañaba las buenas viandas que solía comer y las honras que tenía entre las gentes. De camino que se volvía atrás, al entrar por una ciudad, se encontró con un hombre que en altas voces decía cuál muerte valía más, o la que venía por enfermedad o la que venía por martirio. Y cuál de las dos se convenía mejor con las siete virtudes y era más contraria a los siete pecados mortales. O si no, por cuál muerte es el hombre más semejante a las vestiduras encarnadas que el Hijo de Dios vistió en la humana naturaleza. Mientras este hombre iba así gritando, aquel religioso que había retrocedido de su viaje vino a ponerse junto a una mujer hermosa, y sintió luego la tentación carnal; en cuya ocasión el oficial de comparaciones, con grandes gritos, prorrumpió diciendo: "¿Cuál cosa es más meritoria: o loar a Dios entre los infieles con peligro de la muerte, mortificando el temor a fuer de coraje, o estarse entre los fieles cristianos combatiendo con los deleites corporales?" Consideró mucho aquel religioso en las palabras de aquel buen hombre, y tuvo contrición de la pusilanimidad de su corazón en que le puso la falta de devoción; con que volvió a tierra de moros a encontrar a su compañero.

8. En otra ocasión sucedió que aquel mismo oficial clamaba en el palacio del rey y decía: "¿Cuál cosa vale más: o ser rey o caballero de un simple escudo?" Después pasó al palacio del obispo y decía con gran grito: "¿Cuál vale más: el ser obispo o simple clérigo parroquial?" De aquí pasó a una abadía de monjes y gritaba, diciendo: "¿Cuál vale más: o ser el abad o monje claustral?" Y, por último, se fue delante el Papa, gritan-

do: “¿Cuál vale más: o que la décima de la santa Madre Iglesia sea para siempre asignada a enderezar el mundo o que los obispos no gasten superfluamente en vanidades?” En todos estos modos y otros muchos gritaban por todo el mundo los oficiales de comparaciones, siendo muy grande el bien que ocasionaban, pues todos los días despertaban los corazones de las gentes a la devoción, con ciencia, caridad, diligencia y otras muchas virtudes.

CAPÍTULO XCIII

DE “QUONIAM TU SOLUS SANCTUS”

1. Estando un día el Papa Blanquerna con sus cardenales discurriendo en si podían hacer una obra de utilidad y exaltación de la santa fe católica, entró un cardenal, el cual venía de predicar a un grande auditorio. Preguntóle el Papa si había visto llorar a alguno en su sermón. Y respondió el cardenal que no había visto llorar a alguno, pero sí había visto dormir a muchos en su sermón. —Gran maravilla es —dijo el Papa a los cardenales— cómo las gentes tienen tan poca devoción en los sermones, cuando los sarracenos, que viven en error, lloran en los sermones y los oyen con tanta devoción. Respondió a la sazón un secretario del Papa de la lengua arábiga, el cual había nacido y criádose en tierra de ultramar, y era de los cristianos de la Sintura, y dijo que los sarracenos predicaban de devoción y de las consideraciones de la gloria del paraíso y de las penas infernales, y por esto tienen tanta devoción en sus sermones y lloran por la devoción que tienen.

2. Dichas estas palabras, uno de los cardenales, que era gran filósofo natural y gran predicador, dijo que para el ministerio de la predicación sería cosa muy útil y provechosa probar por razones naturales el modo cómo las virtudes y los vicios son contrarios, y cómo una virtud concuerda con otra virtud o con dos, y cómo puede juntar y vivificar una virtud con otra virtud, el cual modo y regla se halla en el *Arte abreviado de hallar la verdad* y en el libro de los *Sermones de las virtudes y vicios*, que se compuso después de aquél en la ciudad de Mallorca. Por lo cual dijo el cardenal que para la predicación se convienen estas cosas: arte natural, devoción y consideración de las penas del infierno y de la gloria del paraíso y breve sermón, a fin que las gentes no se fastidien y queden con la devoción.

3. Habiendo el cardenal concluido su dictamen, el Papa y los cardenales ordenaron que se compusiesen tantos sermones como días tiene el año, y que en ellos fuese tratado de la mejor materia que se hallase a propósito y conveniente para predicar, y que fuesen de proporcionada cantidad e inteligible a las gentes, pues por la ignorancia se hallan muchas veces los corazones de los hombres faltos de devoción; y también que aquellos 365 sermones fuesen generales y se predicasen por su orden cada año, uno después de otro, y que fuesen breves. Ordenó el Santo Padre que algunos hombres devotos y de santa vida anduviesen todos los días por las calles

de las ciudades y villas, diciendo y proponiendo a las gentes consideraciones de las penas infernales y de la gloria celestial para que lo tuviesen presente todos los días. Después que estas cosas estuvieron ordenadas, el Papa encomendó este oficio a un cardenal, para que fuese oficial de *Quoniam tu solus sanctus* por medio de consideraciones y predicación.

4. Este cardenal, condecorado con el oficio referido, tuvo y estableció después sus procuradores y oficiales para que fuesen por varias tierras clamando y predicando las penas infernales, y la gloria y bienaventuranza del paraíso, y la muerte y brevedad de la vida en este mundo, en el modo que está expresado en el libro *De la doctrina pueril*, que compuso un hombre para su amado hijo. Y después ordenó el cardenal con los religiosos, y con los que tenían el oficio de predicadores, el cómo debían predicar; y si en aquel oficio se cometiese algún exceso o falta, cómo se pudiese corregir; y cómo por la predicación se pudiese la voluntad en tal manera exaltar, que Dios nuestro Señor, por el esfuerzo y exaltación de la devoción, fuese en gran manera amado y servido.

CAPÍTULO XCIV

DE "QUONIAM TU SOLUS DOMINUS"

1. Aconteció un día que el Cardenal de *Tu solus sanctus* envió un mensaje al Cardenal de *Tu solus dominus*, noticiándole que, por la diversidad de lenguas, se hallaba muy impedida la predicación y las gridas o pregones de consideraciones no podían con tanta facilidad y claridad influir a las gentes devoción del paraíso ni temor de las penas infernales. Habiendo el cardenal recibido este aviso lo representó al Papa a fin que se hiciese alguna ordenación para que los predicadores y oficiales de consideraciones consiguiesen mayor libertad y mejor modo en el dicho su oficio.

2. Mientras el Cardenal de *Tu solus dominus* hacía presente al Papa las letras que le había enviado el Cardenal de *Tu solus santus*, aconteció que otro mensajero del Cardenal de *Domine Fili unigenite Iesu Christe*, que tenía el oficio de relator de noticias, se presentó ante el Santo Padre refiriéndole cómo por el mundo había experimentado grandes guerras y tribulaciones entre las gentes por ser de distintas naciones y tener varios lenguajes, por lo cual no se entendían los unos a los otros, y por cuya diversidad de idiomas lidiaban entre sí, y por aquellas guerras habían venido en variedad de afectos y creencias los unos contra los otros. Consideró mucho el Papa sobre la relación de ambos a dos mensajeros, y mandó juntar todos los cardenales, pidiéndoles consejo de lo que se debía obrar en este caso para destruir la diversidad de tantos lenguajes, de que se originaban tantos males, y qué lengua les parecía ser más a propósito y conveniente se enseñase a todas las gentes del mundo en general para que todos se entendiesen y se amasen y se conviniesen mejor en servir a nuestro Señor Dios.

3. Respondió uno de los cardenales y dijo: —Señor Padre Santo, por

lo que vos proponéis, es cosa muy necesaria que vos y vuestra corte seáis muy amables a los príncipes cristianos y que éstos y sus vasallos concuerden en las costumbres, eligiendo a los mejores; y que en cada provincia sea destinada una ciudad, en la cual todos hablen en latín, por cuánto la lengua latina es la más general, y en ella hay muchas palabras de varias lenguas, y en latín están todos nuestros libros escritos y estudiados. A más de esto, conviene que para ellos sean señalados y destinados hombres y mujeres de varias naciones, que vayan a aquella ciudad para aprender la lengua latina, los cuales cuando vuelvan a sus tierras, la enseñen a los hijos cuando empezaren a saber hablar; y de este modo, por larga continuación de tiempo, podréis llevar al fin deseado que en todo el mundo no se hable sino una lengua, ni haya sino una creencia y una fe, continuando un Papa después de otro, que todos asimismo tengan devoción en este negocio, según conviene, para tratar de un asunto tan grande como el que vos ahora habéis emprendido.

4. Habiendo el cardenal concluido su discurso, respondióle el camarlengo del Papa que lo que él había propuesto era muy dificultoso de llevarlo a su debido efecto, y que importaría un gran gasto y dispendio el procurar tan grave negocio. Mientras el camarlengo dijo estas palabras, se presentó ante el señor Papa un electo obispo, que venía a la corte para ser confirmado en su obispado, el cual tenía quince mil marcos de plata de renta. Con aquel obispo electo venía también un mensajero del Cardenal de *Domine Fili Jesu Christe*, el cual refirió que por todos los lugares en donde él había estado había oído decir que todo el mal y el error que había en el mundo era por culpa y omisión del Papa y de los cardenales, quienes, pudiendo tomar los medios para poner en orden todo el mundo, no ponían en ello todo el cuidado y diligencia; y que, por este mal ejemplo que recibían las gentes de ellos y sus oficiales, se hallaba el mundo en tribulaciones y en error.

5. Habiendo finido el mensajero su relación, preguntó el Santo Padre Apostólico a su camarlengo qué cosa le parecía mejor: o tratar el negocio referido, y aplicar para ello cinco mil francos de plata de renta, o confirmar el obispo y quedarse en la mala fama en que estaban él y los cardenales y demás prelados de la Iglesia. Respondió el camarlengo y dijo que mejor cosa era tratar aquel gran negocio, como fuese seguro el que pudiese llegar al fin deseado. Preguntó aún el Papa al camarlengo si con el poder de Dios y el de la santa Iglesia sería posible que aquel negocio, o en todo o en parte, viniese a cumplido efecto. Pero el camarlengo, avergonzado y confuso, se vio entonces precisado a otorgar al Papa su intención.

6. —Hermanos, amigos, compañeros e hijos míos muy amados— dijo el Papa a los cardenales—, para honrar la pasión de Jesucristo os requiero que me ayudéis a tratar cómo todos los lenguajes del mundo puedan reducirse a un solo lenguaje; pues no habiendo sino uno solo en el mundo, podrán de este modo entenderse las gentes las unas con las otras; y por este recíproco entenderse, amaránse y serán más semejantes en sus costumbres, con las cuales se concordarán entre sí. Y por este tal trabajo

y comunicación, nuestros predicadores irán con mayor afición y con más secreto a tratar con los infieles, los cuales más presto y de mejor modo entenderán la verdad de la vía saludable; y por este medio podrá todo el mundo venir en buen estado y ser más fácilmente destruidos los errores y convertidos los errantes a la verdad. Muy agradable fue a los cardenales todo lo que el Papa les exhortaba y requería, y cada uno de ellos se le ofreció a tratar aquel negocio con todos los poderes de su saber y querer. Y de esta ordenación establecieron luego oficio e instituto, el cual encomendaron especialmente a un cardenal que se llamase con el título de *Tu solus dominus*, el cual tuviese bastante dotación de los bienes de la Iglesia para poder mantener con toda diligencia aquel tan alto oficio.

CAPÍTULO XCV

DE "TU SOLUS ALTISSIMUS, IESU CHRISTE. CUM SANCTO SPIRITU
IN GLORIA DEI PATRIS. AMEN"

1. En grandes pensamientos se hallaba el Papa Blanquerna considerando cómo podría tratar paz y concordia, por cuanto no se convienen en sujetarse a la obediencia de un solo príncipe que los mantuviese en paz y justicia. A esta sazón, dos religiosos que habían aprendido la lengua árabe, no habiendo podido pasar a una ciudad en donde querían predicar los Evangelios, remitieron una carta al Papa representándole cómo se hallaban impedidos en su misión por el motivo de no poder viajar con seguridad por los caminos, y suplicaban al Santo Padre se dignase de escribir a los príncipes y señores de aquella tierra para que les diesen una escolta, con que pudiesen pasar seguros a aquella ciudad donde deseaban predicar. Habiendo leído el Papa aquella carta, llamó a los cardenales y les habló en esta forma:

2. —De común acuerdo fue resuelto entre nosotros que, en tanto que durase la *Gloria in excelsis Deo* que se canta en la santa Iglesia, fuese asignada a cada uno de los cardenales una parte en propio oficio y título para servir a gloria de Dios. Y, así, es cosa muy necesaria destinar mensajeros que vayan por el mundo a los príncipes y traten con ellos el modo como nuestros religiosos puedan seguramente ir por todo el mundo a predicar la palabra de Dios; y que enviemos cartas a los príncipes, suplicándoles que por nosotros den todo favor y auxilio a dichos religiosos. También es necesario que enviemos continuadamente mensajeros a las repúblicas para poder tratar paz entre la Lombardía, Toscana, Venecia, Pisa y otras repúblicas, y que procuren cómo se trate en justicia y caridad entre una y otra república, y, por tanto, yo encargo este oficio al cardenal que aun no lo tiene asignado.

3. Con mucho agrado recibió aquel cardenal el oficio de mensajeros que el Papa le había encomendado, y luego envió los suyos por varias

provincias a examinar qué caminos eran los más practicables y convenientes a los religiosos y otros sujetos que se habían instruido en diferentes lenguas, para que por ellos pudiesen pasar secretamente de una a otra tierra. Y cuando el cardenal tuvo todas estas cosas bien ordenadas, envió el Papa sus nuncios y mensajeros a aquellos príncipes de aquella comarca con cartas y regalos, pidiéndoles tuviesen los caminos asegurados para aquellos que serían enviados por el Papa.

4. El cardenal hacía construir por los caminos puentes, iglesias y casas de campo, para que los viandantes pudiesen pasar con seguridad y que por la comunicación de unas naciones con otras hubiese caridad y concordia entre ellos, y que la santa fe romana fuese predicada, conocida y amada en las tierras de los infieles. Grande era el gasto que costaba el camarlengo al cardenal para tratar este negocio, y, por esto, dijo al Santo Padre que recogiese mucho tesoro de la santa Madre Iglesia para que pudiese ser bastante a todos los oficiales de *Gloria in excelsis. Deo*. Y el Papa mandó que todos los oficiales fuesen muy bien asistidos de todo lo necesario, y por la extensión y mejoras que la santa Iglesia romana adquiría por los operarios de *Gloria in excelsis Deo* lograba el Papa más renta que no importaba todo el gasto que se empleaba en los referidos oficiales.

5. —Padre Santo —dijo un día el Cardenal de *Tu solus altissimus*—, deseo saber cómo podríamos ordenar nuestros mensajeros para tratar la paz entre las repúblicas. A que respondió el Papa que los mensajeros procurasen saber e inquirir ante las repúblicas cuál de ellas tenía quejas y agravios de la otra; y que después él trataría cómo cada potencia anualmente viniese a un lugar señalado, donde concurriesen todas las demás potencias, para que, según forma de capítulo o congreso, se tratase allí de amistad y corrección de unos a otros, y que se estableciese entre ellos una pena pecuniaria contra el que no quisiese convenir a las resoluciones de los finidores de aquel capítulo. —Y por esta ordenanza —dijo el Papa— podrán las repúblicas reducirse a la paz y concordia.¹

6. En una ocasión sucedió que dos embajadores del rey de la India vinieron al Papa a suplicarle les diese algunos estudiantes para aprender su lengua; y el Papa luego inmediatamente envió a llamar al Cardenal de *Tu solus altissimus*, y le mandó procurarse en cumplir lo que el rey de la India pedía, pues aquella procuración pertenecía a su ministerio; por lo cual el cardenal, sin pérdida de tiempo, procuró dar las disposiciones correspondientes a aquel negocio. Muy grande era el bien y buen ejemplo que se seguía por el oficio del Cardenal de *Tu solus altissimus*. Y por cuanto el Papa y los cardenales contribuían con todo su poder en cumplir y servir sus oficios, pues los habían aceptado para servir a Dios, según el orden de *Gloria in excelsis Deo*, por esto, Dios nuestro Señor les

¹ Muchos años antes de que Juan López de Segovia (final s. xv), Domingo Báñez († 1604) y Gabriel Vázquez († 1604) predicaran la conveniencia u obligación de recurrir al arbitraje para resolver los conflictos entre las naciones, vemos la idea del arbitraje obligatorio en un plan de comunidad universal, ordenada en sentido religioso, de acuerdo con las ideas místicas del autor, pero también con un aspecto político, en la novela moral *Blanquerna*.

concedió su gracia, bendición y acierto en todas sus operaciones y les hacía agradables a las gentes.

Finido está, por gracia de Dios nuestro Señor, el *Libro del Apostólico Señorío*, en todo lo que ordenó y obró el Papa Blanquerna con sus cardenales para enderezar el mundo y reducirle a buen estado, según el cántico de *Gloria in excelsis Deo*. Amén.

EMPIEZA EL LIBRO QUINTO, DE VIDA EREMITICA

CAPÍTULO XCVI

DE CÓMO EL PAPA BLANQUERNA RENunció AL PONTIFICADO

1. Envejeció, finalmente, el Papa Blanquerna, y se le acordaron los primeros deseos de vivir vida eremítica. Teniendo consistorio secreto con los cardenales, les habló de esta forma: —Por la divina bendición, en buen estado se halla al presente el pontificado y toda la corte romana, por cuya ordenación se sigue gran exaltación de la fe. Y así, por la gracia que Dios ha repartido en esta corte, y para que Dios mantenga en ella el buen orden en que está, bueno sería que eligiésemos un oficial que fuese procurador de la corte, que hiciese todos los días especial oración, estándose de continuo en vida contemplativa para rogar a Dios que mantuviese esta corte en la buena ordenación en que se halla, a fin que su honor fuese exaltado con provecho de esta misma corte. Cada cual de los cardenales aprobó la propuesta, y buscaron entre ellos uno que fuese santo y devoto y de gran perfección, para que su oración fuese más agradable a Dios.

2. Cuando el Papa Blanquerna hubo entendido el parecer de todos los cardenales, hincóseles de rodillas, rogándoles que consintiesen en que él renunciase el pontificado y que se le diese el oficio de emplearse en aquella oración. Levantáronse al oír esto todos los cardenales, y, arrodillándose delante del Papa, se opusieron con grande esfuerzo, diciendo que no convenía renunciase la dignidad apostólica, y más cuando en este caso peligraba la corte de no permanecer en tan grande y buena ordenación como era la en que se hallaba entonces por la gracia de Dios y de la santa vida del Pontífice. A que satisfizo éste, diciendo que a tan grande y buena ordenación y perfección habían arribado los cardenales por los oficios del *Gloria in excelsis Deo*, que no había peligro se destruyese aquella buena ordenación, y mayormente por el buen régimen del Papa su sucesor, cuando fuese elegido según el arte de elección con que fue elegida en abadesa sor Cana. Tanto tiempo perseveró el Papa Blanquerna de rodillas, y lloró tanto delante de los cardenales, y con tanta devoción y afección demostraba pedirles esta gracia, que finalmente obedecieron a sus plegarias y llantos.

3. Cuando el Papa Blanquerna logró el ser suelto del Pontificado y se vio y se sintió libre para retirarse a servir a Dios en vida eremítica, es indecible el gozo y la alegría que tuvo; y las gracias que hizo a Dios y los cardenales, ninguno sería bastante para explicarlas. Estando, pues, en

CAPÍTULO XCVII

DE CÓMO BLANQUERNA SE DESPIDIÓ DEL PAPA Y DE LOS
CARDENALES

1. Levantóse muy de mañana Blanquerna y celebró privadamente misa del Espíritu Santo. Y, algo después, el Papa nuevamente electo cantó misa solemne, y predicó y refirió todo el bien y las sabias ordenaciones que su antecesor Blanquerna había hecho en la corte, y cómo por el fervor y deseo de servir a Dios más altamente había renunciado el Pontificado y se iba a hacer penitencia en los altos montes, determinando de estarse en compañía de los árboles, de las aves y de las bestias por toda su vida, para contemplar al Soberano Señor Dios de la gloria. Tan bueno era el asunto que tenía el Papa hablando de Blanquerna el ermitaño y lo narraba con tanta energía y devoción, que los cardenales y el pueblo romano que estaban escuchando el sermón no podían contener el llanto, sintiendo todos que Blanquerna les dejase; y compadeciéndose mayormente de él, porque, siendo ya tan anciano, quería atormentar su cansado cuerpo con la soledad y vida áspera y penitente.

2. Continuaba aún el sermón y el desconsuelo y llanto del pueblo, cuando un ermitaño que tenía su habitación en las montañas de Roma dijo al Papa estas palabras: —Señor Padre Santo, en la ciudad de Roma hay muchos ermitaños que viven en el recinto de las murallas de la ciudad, y acontece muchas veces que algunos de ellos son tentados y no tienen arte para saber contemplar a Dios y llorar sus pecados. Y habiendo Blanquerna instituido muchos oficiales para ordenar el mundo al servicio de Dios, vengo yo aquí, de parte de todos los ermitaños de Roma, a rogarle que quiera estarse con nosotros en la ciudad de Roma y que sea nuestro maestro y nuestro visitador, tomándose este oficio; pues así será de gran provecho para nosotros y para sí y podrá perseverar y vivir en la vida eremítica que tanto desea.

3. El Papa y los cardenales rogaron mucho a Blanquerna que se quedase y tomase el oficio que decía el ermitaño, por el gran bien que se seguiría de ello, y aún más por el buen ejemplo que daría al mundo. Mas Blanquerna se excusó diciendo que por ningún modo se quedaría entre el bullicio de las gentes; y con esto se despidió de todos, y les pidió perla buena. En algo les había ofendido o hubies faltado y que rogasen a sucesor, cuando tuldido esto, el ermitaño pidió al Papa aquel oficio que gida en abadesa sor Crna, y el Papa se lo otorgó y concedió con su gracia rodillas, y lloró tanto c
afección demostraba ped:ros vestidos tomó Blanquerna, según convenía a plegarias y llantos. prendía, y haciéndoles en la frente la señal de la

3. Cuando el Papa Bl:presenta nuestra redención, besó los pies y manos vio y se sintió libre para le pidió su gracia y bendición, encomendándose indecible el gozo y la ale:Papa le dio su bendición, y llorando le dio un los cardenales, ninguno serfmo ejecutaron los demás cardenales. Mandó el

Papa a dos de ellos le acompañasen hasta la ermita donde había de habitar, y que, si hubiera algo que necesitase de componer, que lo mandase hacer luego. Los dos cardenales, y todo el pueblo de Roma con ellos, acompañáronle hasta fuera de la ciudad. Y allí Blanquerna rogó mucho a los cardenales que se retirasen, pues bastante le habían acompañado; mas no quisieron los cardenales volverse, antes bien fueron juntos con él hasta la celda que se le había prevenido para su ermita.

5. Había allí una bella fuente, y una iglesia antigua, y una celda muy decente, que había hecho fabricar el Papa para Blanquerna. Y, a cosa de una milla distante de la iglesia, había también hecho fabricar una casa para habitación de un hombre que sirviese a Blanquerna y le aparejase la comida, para que, sin estorbo en ello, pudiese mejor estarse en contemplación. Aquel hombre era un diácono muy amado de Blanquerna, quien no quiso dejarle, antes quiso estar en su compañía para ayudarle cada día en un oficio divino. Cuando Blanquerna estuvo en su eremitorio y estuvo compuesto todo lo preciso y necesario para un ermitaño, los cardenales, llorando, se despidieron de Blanquerna con recíprocas demostraciones de cordial y sincero amor, y encomendándose a sus oraciones, se volvieron a Roma.

CAPÍTULO XCVIII

DE LA VIDA QUE BLANQUERNA HACÍA EN SU ERMITA

1. Estando Blanquerna en su eremitorio, levantábase a medianoche y abría las ventanas de su celda para ver el cielo y las estrellas, y empezaba a orar con la mayor devoción posible, a fin que su alma estuviese toda en Dios y sus ojos en lágrimas y llantos. Después de haberse ocupado hasta maitines en contemplar y llorar copiosamente, entrábase en la iglesia a tocar maitines, y luego venía su diácono y le ayudaba a rezarlas, y al romper el alba celebraba devotamente misa y después decía algunas devotas palabras al diácono, a fin de enamorarle de Dios; y estando así hablando de Dios y de sus obras, lloraban juntos, por la gran devoción que sentían en estos espirituales coloquios. Entrábase, pues, el diácono en el jardín, y se ocupaba en cultivar los árboles, y Blanquerna salía de la iglesia para recrear su alma de las fatigas que había sostenido en su persona, y esparcía su vista por los montes y por los llanos a fin de tomarse algún recreo.

2. Luego que Blanquerna se sentía recreado, entraba en oración y contemplación, o leía la Sagrada Escritura y el gran *Libro de contemplación* hasta la hora de tercia, y después, rezaba tercia, sexta y nona. Y concluidas estas horas, íbase el diácono a guisar algunas hierbas o legumbres para la comida de Blanquerna, quien al entretanto entraba en el jardín y cultivaba algunas hierbas para evitar el ocio y conservar con el ejercicio la salud. Entre mediodía y hora de nona comía, y después de haber comido, se volvía solo a la iglesia, y allí hacía gracias a Dios. Concluida la oración, empleaba una hora en el recreo o en el jardín o en la fuente, paseándose por aquellos parajes donde mejor se alegrase su alma, y, des-

pués, dormía para poder más fácilmente soportar las fatigas de la noche. Después de haber dormido, lavábase las manos y la cara, y se estaba así hasta que tocaba vísperas, y luego acudía al diácono; y después de haber dicho las vísperas decían las completas, y el diácono volvía a su celda, y Blanquerna se quedaba solo, pensando y considerando aquellas cosas que más le agradaban y le parecían más a propósito para disponerse a entrar en oración.

3. Después de puesto el sol, subía Blanquerna sobre el terrado de su celda, y allí, hasta la primera hora del sueño, estábase en oración mirando con sus ojos llorosos el cielo y las estrellas y con el devoto corazón considerando los honores y grandezas de Dios y las faltas que contra él cometen los hombres de este mundo. Con tanta afección y tan gran fervor estaba Blanquerna contemplando desde puesto el sol hasta la hora del primer sueño, que cuando estaba echado para dormir le parecía estar tratando con Dios en aquel punto, según antes había sido el de su meditación y oración.

4. Este modo de vida tan feliz logró Blanquerna hasta que las gentes de aquella comarca empezaron a tener particular devoción en visitar el altar de la Santísima Trinidad que había en aquella iglesia, por lo que concurría mucha gente a hacer allí sus vigiliass, estándose las noches en oración, y estorbaban la contemplación y oración de Blanquerna, quien no osaba decir ni prohibirles que viniesen, por no dar motivo que la gente perdiese la devoción que tenía en visitar aquella iglesia; por cuyo motivo mudó su celda en otro puche distante una milla de la iglesia y de la casa que habitaba su diácono, y allí dormía y estaba Blanquerna, excusándose de ir a la iglesia mientras había concurso, sin permitir que ningún hombre ni mujer alguna entrase en aquella celda que antes habitaba y había dejado después.

5. Así vivía y estaba el ermitaño Blanquerna, considerando que jamás había gozado vida tan alegre y gustosa, ni había logrado nunca tan buena disposición para exaltar su alma en contemplar a Dios, quien por su santa vida bendecía y enderezaba a todos los que tenían devoción en frecuentar aquella santa iglesia; y el Papa y los cardenales como también todos sus oficiales, mejor se conservaban en su estado y en la gracia de Dios por la santa vida y oraciones de Blanquerna.

CAPÍTULO XCIX

DE LA MANERA COMO BLANQUERNA ERMITAÑO COMPUSO EL LIBRO DEL AMIGO Y DEL AMADO

1. Aconteció un día que el ermitaño que había en Roma, según llevamos dicho, anduvo a visitar los ermitaños y religiosos que vivían retirados en los montes dentro de Roma, y halló que en algunas cosas tenían muchas tentaciones, porque no sabían portarse de la manera que más convenía a su modo de vida; por lo cual pensó ir al ermitaño Blanquerna a rogar-

le hiciese un libro que tratase de la vida eremítica, para que los otros ermitaños se enseñasen con este libro a saber estar en contemplación y devoción. Estaba Blanquerna en oración un día, cuando aquel ermitaño vino a su celda y le rogó por caridad le compusiese y arreglase aquel libro. Mucho discurrió Blanquerna sobre la materia y el método que elegiría para esta obra.

2. Y mientras lo estaba discurriendo, le vino en voluntad de entregarse con mayor esfuerzo a la oración y contemplación, para que en ella Dios le enseñase la materia de que había de componer el libro y método que había de observar en él. Y continuando así en sus lágrimas y oración, Dios fue servido de exaltar a la suprema elevación de sus fuerzas su alma, que le contemplaba, y sintióse Blanquerna fuera de sí por el gran fervor y devoción en que estaba; y de aquí pensó en que la fuerza de amor no sigue método ni modo cuando el amigo ama fuertemente al amado. Por lo que le vino en voluntad de hacer un *Libro del Amigo y del Amado*, entendiendo por amigo cualquier fiel y devoto cristiano, y por el amado, a Dios nuestro Señor.

3. Mientras Blanquerna estaba en esta consideración, se acordó de que, en cierta ocasión, siendo él Papa, le refirió un moro que entre ellos había algunas personas religiosas, los cuales son muy respetados y estimados sobre los demás, y se llaman sofíes y morabutos, que suelen decir algunas parábolas de amor y breves sentencias que influyen al hombre gran devoción y necesitan de exposición, y por la exposición sube el entendimiento más alto en su contemplación, por cuya elevación asciende la voluntad y multiplica más la devoción. Después de haber considerado todo eso, resolvió Blanquerna componer el libro según el dicho método, y dijo al ermitaño se volviese a Roma, que en breve le enviaría por su diácono el *Libro del Amigo y del Amado*, con el cual podría multiplicarse el fervor y la devoción en los ermitaños, que deseaba enamorar de Dios nuestro Señor.

Poníase en oración Blanquerna y consideraba la manera con que contemplaba en Dios y sus virtudes, y saliendo de este ejercicio, escribía lo que había contemplado. Esto hacía todos los días, mudaba y variaba en la oración nuevas y diversas razones para componer el *Libro del Amigo y del Amado* de distintas materias y diversos modos, para que pudiese el alma en poco tiempo discurrir de muchas maneras. Comenzó Blanquerna con la bendición de Dios su ¹ *Libro de contemplación*, que se sigue inmediatamente después de este *Libro del Amigo y del Amado*.

1. Preguntó el Amor a su Amado si había quedado en él alguna cosa que amar. Respondióle el Amado que aquello por lo cual el amor del Amigo podía multiplicar se restaba aún por amar.

2. Las sendas por donde el Amigo busca a su Amado largas son y peligrosas, llenas de consideraciones, suspiros y llantos e iluminadas de amores.

3. Juntáronse muchos amadores para amar a un Amado, quien les abundaba a todos de amores. Y cada uno de ellos tenía por joya y caudal a su Amado, de quien concebía agradables pensamientos, por los cuales sentía gustosas tribulaciones.

4. Lloraba el Amigo y decía: —¿Cuándo llegará el tiempo en que cesarán en el mundo las tinieblas y los caminos del infierno, por que cesen

¹ No es improbable que el poema en prosa *Llibre de Amic e Amat* formara primitivamente un libro aparte, que después el autor, *per un anacronisme de romançador*, como dice Mn. Galmés, le incluyera en el *Blanquerna* juntamente con el *Art de contemplació*, que viene a ser como su complemento.

De hecho, en el más antiguo catálogo de obras lulianas, formado ya en vida del autor, se pone por separado el *Liber Braquerna* y el *Liber Amici et Amati*, y, como reconociendo su carácter independiente, el autor regalaba a Pedro Gradenigo, dux de Venecia, una versión latina de este mismo libro, exornada con un autógrafo, hoy en la Biblioteca Marciana, de Venecia.

La numeración y división de los versículos en el *Libre d'Amic e Amat* es muy diversa en los distintos manuscritos y códices. Aquí nos separamos de la traducción de 1749 —reproducida por E. Ovejero en 1929—, que es la que hemos seguido constantemente, pues admite muchos versículos que la crítica textual moderna ha rechazado por espúreos. Adoptamos, pues, el orden de los versículos de la edición crítica catalana de S. Galmés y M. Ferrà, echando siempre mano de la traducción de 1749, fuera de aquellos versículos que faltan en aquella versión castellana, y que nosotros traducimos directamente; son los marcados con un asterisco. Finalmente, los versículos castellanos de la edición de 1749 y 1929 que Galmés y Ferrà tienen por apócrifos los damos en el primer apéndice de *Blanquerna*, p. 316.

las carreras infernales? Y ¿cuándo llegará la hora en que la agua, que acostumbra correr hacia abajo, tomará la inclinación y naturaleza de subir hacia arriba? Y ¿cuándo serán más los inocentes que los culpables?

5. —¡Ah!, ¿cuándo se gloriará el Amigo de morir por su Amado? Y ¿cuándo verá el Amado a su Amigo enfermar por su Amor?

6. El Amigo dijo a su Amado: —Tú que llenas al sol de resplandor, llena mi corazón de amor. Respondióle el Amado: —A no estar tú lleno de amor, no derramarían lágrimas tus ojos, ni tú habrías venido a este lugar para ver a tu Amado.

7. Tentó el Amado a su Amigo para ver si le amaba perfectamente, y le preguntó de dónde nacía la diferencia que hay entre la presencia a la ausencia del Amado. Respondió el Amigo que de la ignorancia y del olvido, del conocimiento y del recuerdo.

8. Preguntó el Amado a su Amigo: —¿Te acuerdas de cosa alguna que yo te haya remunerado, para que tú quieras amarme? —Sí —respondió el Amigo—, pues entre los trabajos y placeres que me das no hago diferencia.

9. —Dime, Amigo —preguntó el Amado—: ¿tendrás paciencia si te doblo tus dolencias? —Sí —respondió el Amigo—, con tal que doubles mis amores.

10. Preguntó el Amado al Amigo: —¿Sabes aún lo que es amor? Respondió el Amigo: —Si no supiere qué es amor, sabría qué cosa es trabajo, tristeza y dolor.

11. Preguntaron al Amigo: —¿Por qué no respondes a tu Amado, que te llama? —respondió el Amigo: —Ya me ofrezco a padecer grandes peligros por que él venga, y le hablo ya deseando sus honras.

12. —Amigo insensato: ¿por qué acabas tu cuerpo, gastas tu dinero, y dejas las delicias de este mundo, y andas despreciado de las gentes? Respondió el Amigo: —Para honrar los honores de mi Amado, el cual es desamado y deshonorado por más hombres que amado y honrado.

13. —Dime, fatuo por amor: ¿cuál cosa es más visible: el Amado o el Amigo, o el Amigo en el Amado? Respondió el Amigo y dijo que el Amado es visto por amores, y el Amigo por suspiros, llantos, trabajos y dolores.

14. Buscaba el Amigo quien dijese a su Amado que él por su Amado padecía grandes trabajos, y moría; y encontró a su Amado leyendo en un libro, en donde estaban escritas todas las enfermedades que el Amor le daba por su Amado, y todos los agradecimientos que de ello había el Amado.

15. La Reina del cielo presentó su Hijo al Amigo para que le besase el pie, y que escribiese en su libro las virtudes de la madre de su Amado.

16. —Pajarillo que cantas, dime: ¿te pusiste al resguardo de tu Amado, para que te defienda de desamor y que multiplique en ti el amor? Respondió el pájaro: —¿Y quién me hace cantar sino sólo el Señor de amor, quien tiene el desamor a deshonor?

17. Entre temor y esperanza hizo el Amor su hospicio, en donde vive por pensamientos y muere por olvido, cuyos fundamentos distan mucho de los deleites y placeres de este mundo.

18. Cuestión hubo entre los ojos y la memoria del Amigo, porque los ojos decían que más valía ver al Amado que rememorarle, y la memoria decía que por la recordación suben las lágrimas a los ojos, y el corazón se inflama en amor.

19. El Amigo preguntó al entendimiento y a la voluntad cuál de los dos era más cercano de su Amado. Y corrieron los dos, y el entendimiento llegó mucho más presto a su Amado que no la voluntad.

20. Contienda hubo entre el Amigo y el Amado; y lo vio otro amigo, el cual lloró tan largo tiempo, hasta que se hizo la paz entre el Amado y el Amigo.

21. Los suspiros y los llantos vinieron al tribunal del Amado, y preguntáronle por quién de los dos se sentía más fuertemente amado. El Amado sentenció que los suspiros están más cerca al amor, y los llantos, a los ojos.

22. Vino el Amigo a beber en la fuente en donde quien no ama, bebiendo, se enamora, y después de haber bebido, se le doblaron sus langores. Y vino el Amado a beber en la misma fuente para redoblar a su Amigo sus amores, en los cuales le doblase sus langones.

23. Enfermó el Amigo, y estaba en éxtasis y exceso de pensamientos. El Amado le cuidaba: de mérito le alimentaba, de amor le abrevaba, en la paciencia le recostaba, de humildad le vestía y con verdad le curaba.

24. Preguntaron al Amigo en dónde era su Amado. Quien respondió diciendo: —Vedle ahí en una casa más noble que todas las demás noblezas creadas, y vedle ahí en mis amores, en mis langores y en mis llantos.

25. Preguntaron al Amigo: —¿Adónde vas? Y respondió: —Vengo de mi Amado. —¿De dónde vienes? —Voy a mi Amado. —¿Cuándo volverás? —Me estaré con mi Amado. —¿Qué tiempo estarás con tu Amado? —Todo el tiempo que serán en él mis pensamientos.

26. Cantaban los pájaros la alba, y despertóse el Amigo, que es alba; y los pájaros acabaron su canto, y el Amigo murió en el alba por su Amado.

27. Cantaba el pájaro en el vergel del Amado. Vino el Amigo y dijo al pájaro: —Si no nos entendemos por la habla, entendámonos por amor, porque en tu canto se representa a mis ojos mi Amado.

28. Tuvo sueño el Amigo, quien había trabajado mucho en buscar a su Amado, y temió que no se le olvidase su Amado; lloró para no dormirse y para que no se le olvidase su Amado.

29. Encontráronse el Amigo y el Amado, y dijo el Amado al Amigo: —No hay necesidad de que me hables; mas hazme señas con tus ojos, que son palabras a mi corazón, que te dé lo que me pides.

30. Desobedeció el Amigo a su Amado, y lloró el Amigo, y el Amado vino a morir con el vestido de su Amigo, para que el Amigo recobrase lo que había perdido, y dióle mayor don que el que había perdido.

31. Prendaba el Amado a su Amigo, y no le dolía su desfallecimiento para que fuese de él más fuertemente amado, y en el mayor desfallecimiento encontró el Amigo mayor gozo y recreo.

32. Dijo el Amigo: —Los secretos de mi Amado me atormentan cuan-

do mis obras no los revelan, y porque mi boca los tiene secretos y no los revela a las gentes.

33. Las condiciones del amor son: que el Amigo sea sufrido, paciente, humilde, temeroso, solícito, confiado y que se arriesgue a grandes peligros para honrar a su Amado. Y las condiciones del Amado son: que es verdadero, liberal, piadoso y justo para con su Amigo.

34. Buscaba el Amigo devoción en los montes y en los llanos para ver si su Amado era servido, y en todos estos lugares halló falta; y, por esto, cavó en tierra por ver si en el fondo encontraría cumplimento, puesto que sobre la haz de la tierra había falta de devoción.

35. —Dime, pájaro que cantas de amor: ¿por qué mi Amado me atormenta con amor, puesto que me ha recibido para servidor suyo? Respondió el pájaro: —Si por amor no padecías trabajos, ¿con qué amarías a tu Amado?

36. Pensativo iba el Amigo por las sendas de su Amado, y resbaló y cayó entre espinas, las cuales le parecieron rosas y flores y que fuesen cama de amores.

37. Preguntaron al Amigo si cambiaría a su Amado por otro alguno. Y respondió diciendo: —¿Cuál otro es mejor ni más noble que el Soberano Bien, eterno e infinito en grandeza, poder, sabiduría, amor y perfección?

38. Lloraba y cantaba el Amigo cánticos de su Amado, y decía que más pronta y más viva cosa es el amor en el corazón del amante que el relámpago en el resplandor, ni el trueno en el oír; y más viva cosa es la agua en los llantos que el viento en la fluctuación del mar; y que más cercano es el suspiro al Amado que el candor a la nieve.

39. Preguntaron al Amigo por qué su Amado era glorioso, y respondió: —Porque es gloria. Dijéronle: —¿Por qué es poderoso? —Porque es poder. —Y ¿por qué es sabio? —Porque es sabiduría. —Y ¿por qué es amable? —Porque es Amor.

40. Madrugó el Amigo, e iba buscando a su Amado, y encontró gente que iba por los caminos, y les preguntó si habían visto a su Amado. Y respondieronle diciendo: —¿Cuándo fue la hora en que tu Amado estuvo ausente de tus mentales ojos? Respondió el Amigo: —Después que yo vi a mi Amado en mis pensamientos, nunca jamás estuvo ausente de mis ojos corporales, porque todas las cosas visibles me representan a mi Amado.

41. Con ojos de pensamientos, langores, suspiros y llantos miraba el Amigo a su Amado; y con ojos de justicia, gracia, piedad, misericordia y liberalidad remiraba el Amado a su Amigo. Y un pájaro cantaba el sobre-dicho placentero aspecto.

42. Las llaves de las puertas de amor son sobredoradas de consideraciones, deseos, suspiros y llantos; y el cordón de ellas es de conciencia, contricción, devoción y satisfacción por obra; y el portero es justicia, misericordia y piedad.

43. Llamaba el Amigo a las puertas de su Amado con aldabadas de amor, y el Amado oía los toques del Amigo con humildad, piedad, pacien-

cia y caridad. Abriéronse las puertas de la Divinidad y de la Humanidad, y entró el Amigo a ver a su Amado.

44. Propio y común se encontraron, y entre sí se mezclaron para que hubiese benevolencia y amistad entre el Amigo y el Amado.

45. Dos son los fuegos que calientan el amor del Amigo: el uno es de deseos, placeres y pensamientos; el otro se compone de temor y desmayos, lágrimas y llantos.

46. Deseaba soledad el Amigo, y fuése a vivir solo para lograr la compañía de su Amado, sin el cual se halla solitario entre las gentes.

47. Solo estaba el Amigo a la sombra de un bello árbol. Y pasando varios hombres por aquel paraje, le preguntaron por qué estaba solo. Respondióles el Amigo: —Ahora estoy solo que os he visto y oído; pues antes tenía la compañía de mi Amado.

48. Con señas de amor se hablaban el Amigo y el Amado; y con temor, pensamientos, lágrimas y llantos refería el Amigo a su Amado las angustias de su corazón.

49. Dudó el Amigo si su Amado le faltaría en sus mayores necesidades, y el Amado desenamoró al Amigo. Mas el Amigo tuvo contrición y penitencia en su corazón, y el Amado restituyó al corazón del Amigo la esperanza y la caridad, y a sus ojos lágrimas y llantos, para que volviese en el Amigo el amor.

50. La misma proporción tiene la cercanía entre el Amigo y el Amado que la distancia, porque como mezcla de vino y agua se mezclan los amores del Amigo y del Amado, y como claridad y resplandor se eslabonan sus amores, y como esencia y ser se acercan y se convienen.

51. Dijo el Amigo a su Amado: —En ti está mi salud y mi dolencia; cuanto más perfectamente me sanas, crece más mi langor, y cuanto más me enfermas, más salud me das. Suspiraba el Amigo y decía: —¡Oh y qué cosa es mi amor! Respondió el Amado: —Tu amor es sello que imprime y sella amor cuando manifestas a las gentes mis honores.

52. Veíase el Amigo apresar y atar, herir y matar por amor de su Amado. Y los que le atormentaban preguntábanle: —¿Adónde está tu Amado? Respondióles el Amigo: —Helo aquí en la multiplicación de mis amores y en la tolerancia que me da en mis tormentos.

53. Dijo el Amigo a su Amado: —Yo jamás me excusé ni me aparté de amarte desde que te conocí, pues por ti, en ti y contigo estuve dondequiera que me hallase. Respondió el Amado: —Ni yo, desde que tú me conociste y amaste, te he olvidado, ni jamás te engañé ni te he faltado.

54. Iba el Amigo como un loco por cierta ciudad, cantando de su Amado, y preguntóle la gente si había perdido el seso. Respondió que su Amado le había robado su voluntad y que él le había entregado su entendimiento, y por esto le había quedado sólo la memoria, con que se acordaba de su Amado.

55. Dijo el Amado: —Milagro es contra el amor del Amigo que éste se duerma olvidando a su Amado. Respondió el Amigo: —Milagro es también, y contra el amor del Amado, si éste no despierta a! Amigo, pues que le ha deseado.

56. Subióse el corazón del Amigo en las alturas de su Amado, porque

no tuviese embarazo de amarle en el abismo de este mundo, y cuando estuvo con su Amado, contemplóle con dulzura y placer. Pero el Amado le hizo bajar a este mundo para que le contemplara con tribulaciones y penas que da el amor.

57. Al Amigo preguntaron: —¿Cuáles son tus riquezas? Respondióles: —Las pobrezaas que por mi Amado padezco. —Y ¿cuál es tu descanso? —El desfallecimiento que por amor me da. —¿Y quién es tu médico? —La confianza que tengo de mi Amado. —¿Y quién es tu maestro? Respondió que las significaciones que las criaturas le dan de su Amado.

58. Cantaba una avecilla en un ramo lleno de hojas y flores, y el viento movía las hojas y esparcía el olor de las flores. Preguntaba el Amigo a la avecilla qué significaba aquel movimiento de las hojas y el olor de las flores. Respondió que las hojas en su movimiento significan obediencia, y el olor de las flores, el tolerar tribulaciones y angustias.

59. Iba el Amigo deseando a su Amado, y encontróse con dos amigos, quienes con amor y llanto se saludaron, se abrazaron y besaron. Desmayóse el Amigo, pues tan vivamente le hicieron los dos amigos memoria de su Amado.

60. Pensó el Amigo en la muerte, y temióla, hasta que se acordó de su Amado, y con alta voz dijo a los que tenía presentes: —¡Oh, señores: amad mucho, para que no temáis la muerte ni los peligros en honrar y servir a mi Amado!

61. Preguntaron al Amigo en dónde tuvieron el primer principio sus amores. Y respondió que en la nobleza de su Amado, y de aquel principio se inclinó a amar a su Amado, a sí mismo y al prójimo y a desamar al engaño y a la falsedad.

62. —Dime insensato por amor: si tu Amado te desamaba, ¿qué harías? Respondió y dijo: —Amaríale para no morir, puesto que el desamor es muerte y el amor es vida.

63. Preguntaron al Amigo qué cosa era perseverancia. Y respondió que era bienaventuranza y tribulación en el Amigo que persevera en el amar, honrar y servir a su Amado con fortaleza, paciencia y esperanza.

64. Dijo el Amigo a su Amado que le diese la paga del tiempo que le había servido. Tomó el Amado en cuenta los pensamientos, deseos, llantos, peligros y trabajos que por su amor había padecido el Amigo, y añadió el Amado a la cuenta la eterna bienaventuranza, y se dio a sí mismo en paga a su Amigo.

65. Preguntaron al Amigo qué cosa era bienaventuranza. Y respondió que tribulación padecida por amor.

66. —Dime, loco: ¿qué cosa es tribulación? Respondió que memoria de los desacatos que se hacen a mi Amado, digno de toda honra.

67. Volvió el Amigo a mirar un lugar en donde había visto a su Amado, y dijo: —¡Oh! lugar, que me haces presentes las bellas costumbres de mi Amado! Dirásle que yo por su amor padezco trabajos y fatigas. Respondió el lugar: —Cuando en mí estaba tu Amado, padecía por tu amor mayores trabajos y tribulaciones mayores que todas las que puede dar a sus siervos el amor.

68. Decía el Amigo a su Amado: —Tú eres todo, y por todo, y en

todo y con todo. A ti quiero entregarme todo para tenerte todo. Respondió el Amado: —No puedes tenerme si no eres mío todo. Dijo el Amigo: —Tenme a mí todo y yo téngate a ti todo. Respondió el Amado: —Si tú me tienes todo, ¿qué tendrá tu hijo, tu hermano y tu padre? Dijo el Amigo: —Tal todo eres tú, que puedes abundar y ser todo de cada uno que a ti se te entrega todo.

69. Extendió y dilató el Amigo sus pensamientos en la grandeza y duración de su Amado, y no halló en él principio, ni medio, ni fin. Y dijo el Amado: —Mentecato, ¿qué es lo que me dices? Respondió el Amigo: —Mido el mayor con el amor, el cumplimiento con la falta, la infinidad con la cantidad y con el temporal la eternidad, a fin que la humildad, la paciencia, la fe, la esperanza y la caridad sean más vivas en mi memoria.

70. Las sendas del amor son largas y breves, porque el amor es claro, puro, limpio, verdadero, sutil; siempre fuerte, diligente, resplandeciente y abundante de nuevos pensamientos y de antiguos recuerdos.

71. Preguntaron al Amigo cuáles eran los frutos del amor. Y respondió que placeres, pensamientos, deseos, suspiros, ansias, trabajos, peligros, tormentos y dolencias, puesto que sin estos frutos no se deja tocar el amor de sus servidores.

72. Muchas gentes estaban en presencia del Amigo, quien se quejaba de su Amado porque no aumentaba sus amores, y quejábase del Amor porque le daba trabajos y dolores. Excusábase el Amado diciendo que los trabajos y dolores de que acusaba al Amor era multiplicación de amores.

73. Dime, fatuo: ¿cómo no hablas y qué es esto en que estás turbado y pensativo? Respondió: —Pienso en las bellezas de mi Amado y en las semejanzas de las felicidades y dolores que traen y dan los amores.

74. —Dime, fatuo: ¿cuál fue primero, tu corazón o el amor? Respondió que a un mismo tiempo fueron su corazón y su amor, porque, a no serlo, el corazón no fuera creado para amar, ni el amor para pensar.

75. Al insensato de amor preguntaron en dónde comenzó primero su amor: si en los secretos de su Amado o si en revelarlos a las gentes. Respondió que el amor, siendo perfecto, no hace en esto diferencia, porque con secreto tiene secreto el Amigo los secretos de su Amado, y revélalos con secreto, y en la misma revelación los tiene secretos.

76. Secreto de amor sin revelación da pena y sentimientos, y revelar el amor da temor y fervor. Y, por esto, el Amigo en cualquier manera desfallece.

77. Llamó el Amor a sus amantes y díjoles que le pidiesen los dones más deseables y agradables. Y ellos pidieron al Amor les vistiese y adornase de sus facciones, porque fuesen al Amado más aceptos y agradables.

78. Llamó el Amigo con voz alta a las gentes, y díjolas que Amor mandaba que amasen caminando, estando sentados, velando y durmiendo, hablando y callando, comprando y vendiendo y riendo, ganando y perdiendo, en placeres y penas; y que en cualquiera cosa que hiciesen amasen en todas, que así lo mandaba el Amor.

79. —Dime, hombre sin seso: ¿cuánto vino en ti el Amor? Respondió que en aquel tiempo cuando [—dijo—] me enriqueció y pobló mi

corazón de pensamientos, deseos, suspiros y desfallecimientos y llenó mis ojos de lágrimas y llantos. —¿Qué te trajo Amor? —Hermosas facciones, honores y valores de mi Amado. —¿En dónde vinieron? —En la memoria y en el entendimiento. —¿Con qué las recibiste? —Con caridad y esperanza. —¿Con qué las guardas? —Con justicia, prudencia, fortaleza y templanza.

80. Cantaba el Amado, diciendo que poco sabía el Amigo de amor si se avergonzaba de alabar a su Amado, y si temía honrarle en aquel lugar en donde es más deshonrado; y poco sabe amar quien se enfada de tribulaciones, y quien desconfía de su Amado, y quien no hace concordancia de amor y esperanza.

81. Envió el Amado sus cartas a su Amado, en que le decía si había otro amante que le ayudase a llevar y a sufrir los grandes afanes que padece por su amor. Y el Amado respondió a su Amigo que no había en él con qué le pudiese hacer injuria ni falta.

82. Al Amado preguntaron por el amor de su Amigo. Y respondió que el amor de su Amigo es una mezcla de gozo y tribulación, de temor y confianza.

83. Al Amigo preguntaron por el amor de su Amado. Respondió que el amor de su Amado es influencia de infinita bondad, eternidad, poder, sabiduría, caridad y perfección, la que influye el Amado a su Amigo.

84. —Dime, fatuo por amor: ¿qué cosa es maravilla? Respondió que amar más las cosas ausentes que las presentes, y amar más las cosas visibles corruptibles que las visibles e incorruptibles.

85. Buscando el Amigo a su Amado, encontró a un hombre que moría sin amor y dijo: —¡Ah, qué daño tan grande es que los hombres, de cualquier suerte que mueran, mueran sin amor! Por esto dijo el Amigo al moribundo: —Dime, hombre, ¿por qué mueres sin amor? Respondió: —Porque sin amor vivía.

86. Preguntó el Amigo a su Amado cuál era mayor: ¿o amor o amar? Respondió el Amado que en la criatura, amor era el árbol, y amar era su fruto, y los trabajos y fatigas son las hojas y las flores. Pero que en Dios, amor y amar eran una misma cosa, sin algún trabajo o pena.

87. Estaba el Amigo lánguido y triste a causa de la superabundancia de pensamientos, y por esto envió a rogar a su Amado le remitiese algún libro en donde estuviesen escritas sus bellezas, para que le diese algún remedio. Remitió el Amado a su Amigo el libro, y se le doblaron sus enfermedades y trabajos.

88. Enfermó de amor el Amigo, y entró a visitarle un médico, quien aumentó sus dolencias y sus pensamientos, y el Amigo en aquella misma hora sanó.

89. El Amigo y el Amor salieron a recrearse hablando del Amado, quien se les hizo presente. Lloró el Amigo y quedó en éxtasis, y el Amor se anonadó en el desmayo del Amigo. Hizo volver en sí el Amado a su Amigo, haciéndole memoria de sus bellezas y facciones.

90. Decía el Amigo al Amado que venía a su corazón por muchas sendas, y por muchas se le hacía presente a sus ojos, y que con muchos nom-

bres le nombraba su habla. Mas que el amor con que le vivificaba y mortificaba no era más que uno solo.

91. Enseñóse a su Amigo el Amado vestido de vestiduras nuevas y encarnadas, y extendió sus brazos para que le abrazase e inclinó su cabeza para que, besándole, le diese ósculo de paz, y está en alto para que le pueda encontrar.

92. Ausentóse el Amado de su Amigo, y buscaba el Amigo a su Amado con su memoria y entendimiento para poderle amar. Halló el Amigo a su Amado, y preguntóle adónde había estado. Respondióle que en la ausencia de su recuerdo y en la ignorancia de su inteligencia.

93. —Dime, insensato por amor: ¿te avergüenzas de las gentes cuando te ven llorar por tu Amado? Respondió que vergüenza sin pecado es por falta de amor en quien no sabe amar.

94. Sembró el Amado en el corazón del Amigo deseos, suspiros, virtudes y amores. Regó el Amigo aquellas semillas con lágrimas y llantos.

95. Y sembraba el Amado en el cuerpo del Amigo trabajos, tribulaciones y enfermedades. Sanaba el Amigo a su cuerpo con esperanza, devoción, paciencia y consuelo.

96. En una pomposa fiesta tuvo el Amado grande concurso de muy honrados varones; hízoles espléndidos convites y dióles grandes dones. Vino en aquella corte el Amigo, y preguntóle el Amado: —¿Quién te ha llamado para que vinieras a mi corte? Respondióle el Amigo: —Necesidad y amor me han obligado a que viniese a ver tus bellas facciones, tu gracioso gesto, tus adornos y tu gloria.

97. Preguntaron al Amigo de quién era. Respondióles que del Amor. —¿De qué eres? —De amor. —¿Quién te engendró? —Amor. —¿En dónde naciste? —En amor. —¿Quién te crió? —Amor. —¿De qué vienes? —De amor. —¿Cómo te llamas? —Amor. —¿De dónde vienes? —De amor. —¿Adónde vas? —A amor. —¿En dónde habitas? —En amor. Preguntáronle más: —¿Tienes otra cosa más que amor? Respondió: —Sí, injurias, culpas y pecados contra mi Amado. —¿En tu Amado hay perdón? Dijo el Amigo que en su Amado había misericordia y justicia, y, por esto, su hospicio era entre temor y esperanza, porque la misericordia le obligaba a esperar, y la justicia, a temer.

98. Ausentóse de su Amigo el Amado. Buscóle el Amigo con sus pensamientos, y con lenguaje de amor preguntaba por él entre los hombres.

99. Encontró el Amigo a su Amado despreciado entre las gentes, y díjole que grande agravio se hacía a sus honores. Respondióle el Amado que padecía agravios por faltarle siervos y amantes devotos. Lloró el Amigo, y se le aumentó su dolor; y el Amado le consolaba enseñándole sus acatamientos, su semblante y magnificencia.

100. La luz del aposento del Amado vino a iluminar el aposento del Amigo para expeler las tinieblas y llenarle de placeres, desfallecimientos y pensamientos de amor. Y el Amigo echó fuera de su aposento todas las cosas para que descansase en él su Amado.

101. Preguntaron al Amigo qué empresa llevaba en su estandarte el Amado. Respondió el Amigo que de un hombre muerto. Dijéronle por

qué llevaba tal empresa. Respondió: —Porque él fue hombre muerto y crucificado por amor, para que los que se glorían de amantes le sigan.

102. Vino el Amado a hospedarse en casa de su Amigo, y el mayor-domo le pidió la paga del hospedaje; mas díjole el Amigo que su Amado debía ser acogido graciosamente y aun con donativo, porque mucho tiempo ha que el Amado pagó el precio de todos los hombres.

103. Juntáronse la Memoria y la Voluntad, y subieron en la montaña del Amado, para que el Entendimiento se exaltase y el amor del Amigo se duplicase en amar a su Amado.

104. Cada día, los suspiros y los llantos son mensajeros entre el Amigo y el Amado, para que haya entre los dos consuelo y compañía, amistad y benevolencia.

105. Deseaba el Amigo a su Amado viéndose lejos de él, y remitióle sus pensamientos para que le trajesen la bienaventuranza de su Amado, en la cual por largo tiempo le había entretenido.

106. El Amado dio a su Amigo el don de lágrimas, suspiros, penas, pensamientos y dolores, con cuyo beneficio servía el Amigo a su Amado.

107. Rogaba el Amigo a su Amado le diese libertad, paz y honra en este mundo; y el Amado enseñó sus bellezas a la memoria y al entendimiento del Amigo, y dióse por objeto a su voluntad.

108. Preguntaron al Amigo en qué consistía el honor. Respondió que en entender y amar a su Amado: Preguntáronle en qué estaba el deshonor. Y respondió que en olvidar y no amar a su Amado.

109. —Amado mío: el Amor me atormentaba, hasta que le dije que tú estabas presente en mis tormentos; y entonces el Amor mitigó sus dolencias, y tú, ¡oh Amado!, en premio, multiplicaste mi amor, quien me dobló los tormentos.

110. El Amigo en la senda del Amor encontró al amante que no hablaba; mas con llantos, tribulaciones y macilento rostro acusaba y reñía al Amor. Este se excusaba con la lealtad, esperanza, sabiduría, devoción, paciencia, fortaleza, templanza y bienaventuranza; y por esto reprendió al amante que se quejaba del amor, mientras que tan nobles dones le había dado.

111. Cantaba el Amigo y decía: —¡Oh, qué gran malandanza es el amor! ¡Ah, qué grande bienaventuranza es amar a mi Amado, quien ama a sus amantes con amor infinito, eterno y en toda perfección cumplido!

112. Iba el Amigo a una tierra extraña, en donde pensaba encontrar a su Amado, y por el camino le embistieron dos leones. El Amigo temió la muerte, pues deseaba vivir para servir a su Amado, y envió su recuerdo a su Amado, para que amor asistiese a su tránsito y con él pudiese mejor padecer la muerte. Mientras que el Amigo se acordaba de su Amado, vinieron con mansedumbre los leones al Amigo, a quien lamieron las lágrimas de sus llorosos ojos y le besaron las manos y los pies; y el Amigo prosiguió en paz su camino en busca de su Amado.

113. Andaba el Amigo por montes y llanos; y no podía encontrar puerta por donde pudiese salir de la cárcel del amor, que largo tiempo le había tenido encarcelado el cuerpo, sus pensamientos, sus deseos y placeres.

114. Mientras que el Amigo iba así ansioso, encontró a un ermitaño

que dormía cerca de una hermosa fuente. Despertó el Amigo al ermitaño, a quien preguntó si soñando le había visto a su Amado. Respondióle éste que igualmente encarcelados estaban sus pensamientos en la cárcel del amor, velando y durmiendo. Mucho gustó al Amigo encontrar compañero en cárcel, y lloraron mucho los dos, porque no tenía el Amado muchos de estos amadores.

115. No hay en el Amado cosa alguna en que el Amigo no tenga sus ansias y tribulaciones, ni tiene el Amigo en sí cosa alguna en que el Amado no tenga placer y señorío; y, por esto, el amor del Amado está en acción, y el Amigo, por amor, está en dolores y pasión.

116. En un ramo cantaba una avecilla, diciendo que daría un nuevo pensamiento de amor a quien le diese dos. Dio el ave el nuevo pensamiento al Amigo, y éste le dio dos al ave, para que le prolongase sus tormentos; y el Amigo sintió multiplicados sus dolores.

117. Encontráronse el Amado y el Amigo, y de su encuentro fueron testigos las saluciones, abrazos y ósculos, las lágrimas y llantos. Preguntó el Amado al Amigo por su estado, y quedó confuso y turbado el Amigo en presencia de su amado.

118. Lucharon entre sí el Amigo y el Amado, y pusieronlos en paz sus amores, y fue cuestión cuál amor puso entre ellos mayor amistad.

119. Amaba el Amigo a todos los que temían a su Amado y temía a todos los que no le temían; y de aquí resultó esta duda: ¿cuál era mayor en el Amigo: amor o temor?

120. Creía el Amigo seguir a su Amado, y pasaba por un camino en donde había un león muy fiero, que mataba a cuantos pasaban por allá perezosamente y sin devoción.

121. Y decía el Amigo: —Al que no teme a mi Amado, le conviene que todo lo tema; y quien le teme, conviene que en todo tenga osadía y ardimiento.

122. Preguntaron al Amigo qué cosa sea ocasión, y respondió que ocasión es placer en penitencia, entendimiento en conciencia, esperanza en paciencia, santidad en abstinencia, consolación en reminiscencia, amor en diligencia, lealtad en vergüenza, riqueza en pobreza, paz en obediencia y guerra en malevolencia.

123. Iluminó el amor el nublado que media entre el Amigo y el Amado, e hízole así claro y resplandeciente como la luna en la noche, como la aurora en la alborada, como el sol en el día y como el entendimiento en la voluntad, y por aquella nube así resplandeciente y clara se hablaban el Amigo y el Amado.

124. Preguntaron al Amigo cuáles eran las mayores tinieblas. Respondió que la ausencia de su Amado; y preguntado cuál era el resplandor mayor, dijo que la presencia de su Amado.

125. La seña del Amado aprende el Amigo quien por amor se halla en tribulaciones, suspiros, llantos, pensamientos y desprecios de las gentes.

126. Escribía el Amigo estas palabras: “Alégrese mi Amado porque le envió mis pensamientos, y por él lloran y están en continuas lágrimas mis ojos y siento langores, y sin él ni vivo, ni toco, ni veo, ni oigo, ni huelo.

127. —¡Oh entendimiento y voluntad! Gritad y despertad los perros grandes, que duermen olvidando a mi Amado. ¡Oh ojos! Llorad. ¡Oh corazón! Suspira. ¡Oh memoria! Acuérdate del deshonor grande que a mi Amado hacen aquellos a quienes él tanto ha honrado en este mundo.

128. Aumentóse la enemistad que hay entre las gentes y mi Amado. Mas no por eso deja mi Amado de prometerles dones y retribución; y con justicia y sabiduría amenaza a la memoria y voluntad de aquellos que desprecian sus promesas, y sus amenazas no estiman. Y de aquí es que su miseria y su mal les viene por su culpa, y no por mi Amado.

129. Acercábase el Amado al Amigo para consolarle; éste contentóse de las penas que padecía y de su llanto; y cuanto más el Amado se le acercaba, tanto más amargamente lloraba y sentía las deshonras que hacían a su Amado.

130. Con pluma de amor, tinta de lágrimas y papel de pasión escribía el Amigo a su Amado unas cartas, en que le decía que la devoción tardaba, y el amor moría, y que la falsedad y el error, sus enemigos, se multiplicaban en el mundo.

131. Atábanse los amores del Amigo y del Amado con memoria. entendimiento y voluntad, para que el Amigo y el Amado no se dividiesen; y la cuerda con que estos dos amores se ataban era de pensamientos, suspiros, enfermedades y llantos.

132. Recostado estaba el Amigo en el lecho del amor. Las sábanas eran de placeres; el cobertor, de enfermedades, y la almohada, de llantos. Y dudábase si la tela de la almohada era de la tela de las sábanas o de la tela del cobertor.

133. Vestía el Amado a su Amigo con manteo, sotana y sayo, y le hacía jubón de amor, camisa de pensamientos, medias de tribulaciones y guirnalda de llantos y suspiros.

134. Rogaba el Amado a su Amigo que no le olvidase. El Amigo le decía que no podía olvidarle, pues no podía ignorarle.

135. Decía el Amado al Amigo que en aquel lugar donde más se teme el alabarle, le alabase y defendiese. Respondía el Amigo que le abasteciese de amores. Respondió el Amado que por su amor se había encarnado y fue crucificado y muerto.

136. Decía el Amigo a su caro Amado que le enseñase medio de hacerle conocer, amar y alabar a las gentes. Llenó el Amado de devoción, paciencia, caridad, tribulaciones, pensamientos, suspiros y llantos al Amigo; y vino en su corazón osadía para alabarle, y en su boca alabanzas de su Amado, y en su voluntad desprecio de la murmuración de las gentes que juzgan falsamente.

137. El Amigo, gritando a las gentes, decía: —Quien verdaderamente se acuerda de mi Amado, en las circunstancias de su recuerdo, olvida todas las cosas; y quien todo lo olvida para acordarse de mi Amado, de todo le defiende mi Amado y le da parte de todo.

138. Preguntaron al Amigo de dónde nacía el amor, de qué vivía y por qué moría. Respondió el Amigo que amor nacía de recuerdo, vivía de inteligencia y moría por olvido.

139. Olvidó el Amigo todo cuanto está bajo el alto cielo, para que el

entendimiento pudiese subir más alto a conocer al Amado, a quien la voluntad deseaba entender, contemplar, alabar y predicar.

140. Iba el Amigo a pelear en honra de su Amado, y llevaba en su compañía fe, esperanza, caridad, justicia, prudencia, fortaleza y templanza, con que venciese a los enemigos de su Amado. Y el Amigo hubiera sido vencido a no ayudarle su Amado y a no haberle enseñado sus noblezas y significado su voluntad.

141. Deseaba el Amigo pasar al último fin, por el cual amaba a su Amado, y los otros fines impedían su tránsito; y, por esto, los dilatados deseos y pensamientos dábanle tristeza y pena.

142. El Amigo se consolaba y alegraba en las noblezas de su Amado. Mas a poco rato se acordó del desorden de este mundo, y sus ojos se llenaron de lágrimas por la redundancia de su dolor y tristeza. Adolecía el Amigo a causa de la sobreabundancia de pensamientos y deseos. Y le fue propuesta esta cuestión: ¿qué sentía más vivamente, los placeres o los tormentos?

143. El Amigo era mensajero del Amado para con príncipes cristianos e infieles, a fin de enseñarles el arte y sus principios, para que pudiesen conocer y amar las dignidades de su Amado.

144. Si ves a un amante adornado con ricos vestidos, honrado por vanagloria y gordo por comer, beber y dormir, sepas que ves en él condenación y tormentos. Pero si ves a un amante con pobres vestidos, despreciado de las gentes, pálido el semblante y macilento a causa de los ayunos y vigiliass, sepas que ves en él salvación y eterna bendición.

145. Lamentóse el Amigo, y quejóse su corazón del ardor de su amor, y pensó morirse. Compadecióse de ello el Amado, y pidióle el Amigo consuelo de paciencia, esperanza y tribulación.

146. Considerando el Amigo el tiempo pasado, lloraba por lo que había perdido, sin que nadie le pudiese consolar, porque sus pérdidas eran irrecuperables.

147. Crió Dios la noche para que el Amigo velara y pensara en las noblezas de su Amado, y pensaba el Amigo que la hubiese criado para que reposaran y durmieran los que se fatigaron por amor.

148. Escarnecían y reprendían las gentes al Amigo porque andaba como fatuo por amor. El Amigo menospreciaba sus escarnios, y corregía a las gentes porque no amaban a su Amado.

149. Decía el Amigo: —Vestido estoy de vil sayal, mas el Amor viste mi corazón de agradables pensamientos, y mi cuerpo, de vestiduras de llantos, lágrimas y penas.

150. Cantaba el Amado, diciendo: —Encaminé a mis loadores a que alabasen mis valores, y los enemigos de mi honor les atormentaban, teniéndoles en grande desprecio. Y, por esto, yo envié a mis amigos a que sientan y lloren mis afrentas. Y sus lamentos y llantos nacieron de mi amor.

151. Juaraba el Amigo al Amado que por su amor amaba y padecía trabajos y penas, y por esto, rogábale que le amase y se compadeciese de sus penas y trabajos. Juró el Amado que era naturaleza y propiedad de su amor el amar a todos los que le amaban y el apiadarse de todos los que

padecían trabajos por su amor. Alegróse el Amigo, y consolóse en la naturaleza y propiedad esencial de su Amado.

152. Vedó el Amado a su Amigo el hablar, y éste se consolaba en sola la vista de su Amado.

153. Tanto lloró y llamó el Amigo a su Amado, hasta que éste descendió de las soberanas alturas de los cielos y vino a la tierra a llorar, compadecerse y morir por amor, y para enseñar a los hombres a amar y a conocer sus honores.

154. Quejábase el Amigo de los cristianos, porque no ponen el nombre de su Amado, Jesucristo, en el principio de sus cartas, para que por lo menos le hagan aquella honra que hacen los sarracenos a Mahoma, hombre falaz y pecador, cuyo nombre ponen en el principio de sus cartas para honrarle.

155. Encontró el Amigo a un escudero macilento, descolorido y vestido pobremente, el cual iba pensativo. Saludó éste al Amigo, diciéndole que Dios le encaminase al encuentro de su Amado. Preguntóle el Amigo en qué le había conocido. El escudero le respondió que unos secretos de amor revelan los otros, y que por esto unos amantes conocen a los otros.

156. Las noblezas, los honores y las buenas obras del Amado son tesoro y riquezas del Amigo; y el tesoro del Amado son los pensamientos y deseos, los tormentos, los llantos y las lágrimas que sufre el Amigo por honrar y amar a su Amado.

157. Un numeroso ejército y una grande multitud de amantes expertos se han juntado, los cuales llevan bandera de amor, en donde está la imagen y divisa de su Amado, y no quieren que en su compañía vaya hombre alguno que no tenga amor, para que su Amado no reciba de ello deshonor.

158. Los hombres que demuestran ser locos por amontonar dinero, mueven al Amigo a ser loco por amor; y el rubor que el Amigo tiene de andar como loco, entre las gentes, le da modo como sea amado y apreciado de las gentes. Y por esto es cuestión cuál de los dos motivos es mayor ocasión de amor.

159. El Amor entristeció al Amigo por exceso de pensamientos; cantó el Amado, y alegróse el Amigo habiéndole oído. Y fue cuestión cuál de estas dos cosas fue mayor ocasión de multiplicar el amor en el amigo.

160. En los secretos del Amigo están revelados los secretos del Amado, y en los secretos del Amado están revelados los secretos del Amigo. Y es cuestión cuál de estos dos secretos es mayor ocasión de revelación.

161. Preguntaron al fatuo por cuál señal era conocido su Amado. Respondió que por misericordia y piedad, que están esencialmente en la voluntad sin mutación alguna.

162. Por el particular amor que tenía el Amigo a su Amado amaba el Amigo el bien común más que el particular, porque su Amado en general fuese conocido, loado y deseado por todo el mundo.

163. Amor y Desamor se encontraron en un vergel, en donde el Amigo y el Amado lloraban secretamente. Y Amor preguntó a Desamor a qué fin había venido allá. Respondióle que para desenamorar al Amigo y deshonorar al Amado. Mucho disgustó esto que dijo el Desamor al Ama-

do y al Amigo, y multiplicaron ambos el Amor para que venciera y destruyera a Desamor.

164. —Dime, fatuo por amor: ¿en qué sientes mayor complacencia: en amar o en aborrecer? Respondió que en amar, porque aborrecía para poder amar.

165. —Dime, amador: ¿en qué tienes más inteligencia: en entender verdad o falsedad? Respondió que en entender verdad; mas que entendía la falsedad, para poder entender mejor la verdad.

166. Entendió el Amigo que él era amado de su Amado, y preguntóle si su amor y su misericordia eran en él una misma cosa. Afirmó el Amado que en su esencia no tienen diferencia su amor y su misericordia. Y díjole, por esto, el Amigo que por qué su amor le atormentaba y por qué no le curaba de sus males su misericordia. Respondióle el Amado que su misericordia le daba dolencias para que con ellas honrase más vivamente a su amor.

167. Quiso el Amigo pasar a tierras extrañas para honrar a su Amado, y quiso disfrazarse para no ser conocido ni apresado en el camino; y jamás pudo quitar los llantos de sus ojos, ni apartar de su rostro la flaqueza y palidez, ni de su corazón los pensamientos, los llantos, la tristeza y la enfermedad; y por estas señas fue conocido y apresado en el camino y entregado a tormentos por los enemigos de su Amado.

168. Detenido en la cárcel del amor estaba el Amigo. Guardábanle pensamientos, deseos y memorias, porque no huyese de su Amado; enfermedades le atormentaban; paciencia y esperanza le consolaban. Moríase el Amigo; mas el Amado se le manifestó a sí mismo, a cuya vista recobró el aliento el Amigo.

169. Encontró el Amigo a su Amado. Conocióle y lloró. Corrigióle el Amado, porque no lloraba antes de conocerle, y preguntóle en qué le había conocido, puesto que antes no lloraba. Respondióle el Amigo que en su recuerdo, inteligencia y voluntad, en donde se aumentó el amor, luego que le tuvo presente a sus ojos corporales.

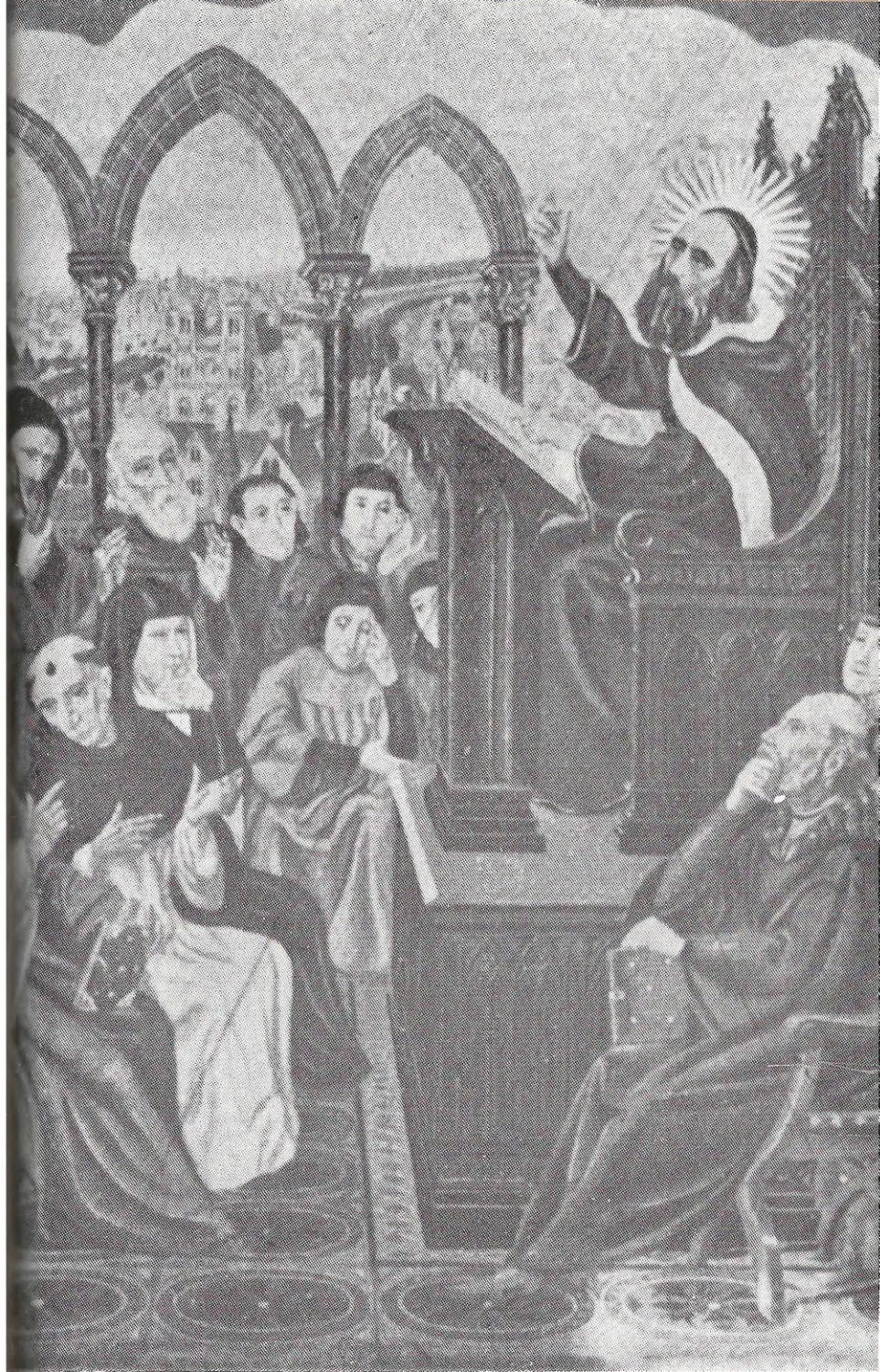
170. Preguntó el Amado a su Amigo qué cosa era amor. Y respondióle que presencia de facciones y palabras del Amado en el corazón del amante, que suspira y adolece por desear al Amado.

171. —Y amor es un hervor de osadía y de temor por fervor; amor es la final voluntad en desear a su Amado; amor es aquello que mata al Amigo cuando oye cantar las bellezas de su Amado, y amor es aquello en que está mi muerte y en que está mi voluntad todos los días.

172. La devoción y el dolor y la ausencia enviaron los pensamientos por mensajeros al corazón del Amigo, para que subiesen las lágrimas a los ojos, que querían cesar del llanto en que habían perseverado mucho tiempo.

173. Decía el Amigo: —Si vosotros, amantes, queréis fuego, venid a mi corazón y encended en él vuestras lámparas; y si queréis agua, venid a las fuentes de mis ojos, que corren en lágrimas; y si queréis pensamientos de amor, venid a tomarlos de mis recuerdos.

174. Aconteció un día que el Amigo pensaba en el amor grande que tenía a su Amado y en los grandes trabajos y peligros en que se había



Ramón Llull en la Sorbona



Ramón Llull y el Papa

visto largo tiempo por su amor; por lo cual discurrió que había de ser grande su premio. Mientras que pensaba en esto, el Amigo se acordó que ya su Amado le había pagado, porque le había enamorado de sus perfecciones y porque por su amor le había dado penas.

175. Limpiaba el Amigo su rostro y sus ojos de las lágrimas que por amor derramaba, a fin de no descubrir las penas que le comunicaba su Amado, quien dijo al Amigo por qué ocultaba a los demás amantes las señales de amor, pues se las había dado para que les enamorase a honrar sus valores.

176. —Dime, hombre, que por amor andas como fatuo: ¿hasta cuándo serás cautivo y sujeto a llorar y padecer trabajos y penas? Respondió: —Hasta que el Amado hará de mi alma y mi cuerpo separación.

177. —Dime, insensato por amor: ¿tienes dinero? Respondió: —Tengo a mi Amado. —¿Tienes villas, castillos o ciudades, reinos, condados, baronías ni dignidades? Respondió: —Tengo amores, pensamientos, deseos, llantos, trabajos y enfermedades por mi Amado, que son mejores que imperios ni reinos.

178. Preguntaron al Amigo en qué conocía la sentencia de su Amado. Respondió que en la igualdad de los placeres y trabajos que su Amado juzgaba a sus amantes.

179. —Dime, fatuo: ¿quién sabe más de amor: el que tiene placeres o el que tiene trabajos y penas? Respondió que por el uno sin el otro no se puede tener conocimiento da amor.

180. Preguntaron al Amigo por qué no se defendía de las faltas y falsos crímenes de que le acusaban las gentes. Respondió que porque había de defender a su Amado, a quien las gentes blasfemaban falsamente; y porque el hombre, en quien puede caber error o engaño, no es casi digno de alguna excusa.

181. —Dime, fatuo: ¿por qué defiendes al Amor, cuando maltrata y atormenta tu cuerpo y aflige tu alma? Respondió: —Porque me aumenta el mérito y la gloria.

182. Lamentábase el Amigo y quejábase a su Amado, porque mandaba que el Amor le atormentase con tanta fuerza. Excusábase el Amado aumentándole pensamientos, trabajos, peligros, lágrimas y llantos.

183. —Dime, fatuo: ¿por qué excusas a los culpables? Respondió: —Para no ser semejante a los que acusan a los inocentes a los culpables.

184. Elevó el Amado el entendimiento del Amigo a entender a sus alturas, para que el entendimiento inclinase la memoria a memorar sus propios defectos, y la voluntad los aborreciese y subiese a amar las perfecciones del Amado.

185. Cantaba el Amigo cánticos de su Amado, diciendo que era tanta la voluntad que le tenía, que todo cuanto por la voluntad de su Amado aborrecía, le daba mayor placer y gloria que todas las cosas que amaba sin el amor de su Amado.

186. Iba el Amigo por una gran ciudad, y preguntaba si encontraría algún hombre con quien pudiese hablar a todo su gusto de su Amado. Enseñáronle un hombre pobre que lloraba por amor y buscaba compañero con quien pudiese hablar de amor.

187. Pensativo estaba y entretenido consigo mismo el Amigo, discutiendo cómo sus trabajos y penas podían tener principios en la grandeza de su Amado, que tiene en sí tanta gloria; y acordóse del sol, quien, aunque esté tan alto, se infunde todo aquí abajo a los ojos débiles.

188. Los pensamientos del Amado estaban entre el olvido de sus tormentos y el recuerdo de sus placeres; porque los placeres que logra del Amor le hacen olvidar la fatiga de los trabajos, y los tormentos que por amor padece le hacen recordar la felicidad que logra por amor.

189. Preguntaron al Amigo si era posible que su Amado olvidase el amarle. Respondió que no, mientras que su memoria se acordase de él y su entendimiento entendiese las noblezas de su Amado.

190. —Dime, fatuo: ¿de qué se hace la mayor comparación y similitud? Respondió que de Amigo y de Amado. Preguntáronle la razón de esto, y dijo que a causa del amor que había entre los dos.

191. Preguntaron al Amado si por ningún tiempo había usado de piedad. Respondió: —A no haberla usado, no habría enamorado al Amigo de mi amor, ni le habría atormentado con suspiros, llantos, trabajos y enfermedades.

192. Paséabase el Amigo por un dilatado bosque, buscando a su Amado, y encontró a la verdad y a la falsedad, que disputaban de su Amado, porque la verdad le alababa y la falsedad le blasfemaba; por lo cual el Amigo llamó al Amor que ayudase a la verdad contra la falsedad.

193. Vino la tentación al Amigo para ausentarle a su Amado, a fin que la memoria se despertase y recobrase la presencia de su Amado, acordándose de él con más viveza que antes, y a fin que el entendimiento quedase más sublime en entender y la voluntad en amar a su Amado.

194. Olvidó un día el Amigo a su Amado, y en el otro día se acordó de haberle olvidado. En este día, que se acordó el Amigo que había olvidado a su Amado, estuvo el Amigo en tristeza y dolor, y en gloria y alegría por la tristeza que tuvo del olvido y consuelo del recuerdo.

195. Tan vivamente deseaba el Amigo las alabanzas y honras de su Amado, que dudaba si se acordaba bastantemente de ellas; y tan vivamente aborrecía sus deshonoras y blasfemias, que dudaba si las aborrecía bastantemente, por lo que estaba el Amigo turbado por su Amado entre amor y temor.

196. Moría el Amigo a causa de los placeres y vivía a causa de las penas. Los placeres y penas se unían y ajustábanse en ser una cosa misma en su voluntad, por lo que a un mismo tiempo vivía y moría el Amigo.

197. Deseaba el Amigo olvidar e ignorar a su Amado, sólo por el espacio de una hora, para ver si tendría algún alivio en sus penas; mas pensó que le sería mayor pasión el olvido y la ignorancia que de su Amado tendría, por lo que tuvo paciencia en sus penas y elevó por amor a su entendimiento, memoria y voluntad en la contemplación de su Amado.

198. Tanto amaba el Amigo a su Amado, que creía cuanto él le decía; y tanto deseaba el entenderle, que cuanto oía decir de él deseaba entender por razones necesarias. Y, por esto, el amor del Amigo se hallaba entre creencia e inteligencia, fe y ciencia.

199. Preguntaron al Amigo cuál cosa tenía más lejos de su corazón.

Respondió que desamor. Preguntáronle por la razón, y dijo que porque lo que tenía más cerca de su corazón era amor, que es contrario a desamor.

200. —Dime, fatuo: ¿tienes codicia? Respondió: —Sí, toda hora que olvido la liberalidad y riquezas de mi Amado.

201. —Dime, amador: ¿tienes riquezas? Respondió: —Sí, tengo amor. —¿Tienes pobreza? —Sí, tengo amor. Fue preguntado: —¿Por qué? Y respondió: —Porque el amor no es mayor y porque no enamora a muchos amadores a honrar los honores dignos de mi Amado.

202. —Dime, Amigo: ¿en dónde está tu poder? Respondió: —En el poder de mi Amado. —¿Con qué te esfuerzas contra tus enemigos? —Con las fuerzas de mi Amado. —¿Con qué te consuelas? Y respondió: —Con los tesoros eternos de mi Amado.

203. —Dime, fatuo por amor: ¿a quién amas más: a la misericordia o a la justicia de tu Amado? Respondió que tanto le convenía amar y temer a la justicia, que ninguna mayoría de valor había de tener en su voluntad en amar a cosa más que la justicia de su Amado.

204. Combatían entre sí las culpas y los méritos en la voluntad y conciencia del Amigo y justicia y reminiscencia multiplicábanle la conciencia; pero la misericordia y la esperanza multiplicaban el perdón en la voluntad del Amado, y por esto los méritos vencieron a las culpas en la penitencia del Amigo.

205. Afirmaba el Amigo que en su Amado se hallaba toda perfección, y negaba que hubiese en él defecto alguno; y por esto fue cuestión cuál era mayor: la afirmación o la negación.

206. Eclipse hubo en el cielo y tinieblas en la tierra, y por esto el Amigo se acordó que la culpa había apartado por mucho tiempo a su Amado de su querer, por cuya ausencia las tinieblas habían desterrado de su entendimiento la luz, con la cual se representa el Amado a sus amadores.

207. Vino Amor en el Amigo, a quien éste preguntó qué quería. Y díjole el Amor que había venido en él para que le educase y acostumbra-se, de suerte que por él pudiese en la muerte vencer a sus mortales enemigos.

208. Enfermaba el Amor porque el Amigo había olvidado a su Amado, y enfermó el Amigo porque, por sobras del mucho memorar, le dio el Amado trabajos, ansias y languores.

209. Encontró el Amigo a un hombre que moría sin amor; lloró el Amigo el deshonor que su Amado recibía en la muerte de aquel hombre, y preguntóle el Amigo por qué moría sin amor. Respondió que porque no había tenido quien le diese conocimiento del amor, ni quien le hubiese instruido a ser amador. Por lo que el Amigo, suspirando y llorando, dijo: —¡Oh Devoción! ¿Cuándo seréis mayor, para que la culpa sea menor y que mi Amado tenga muchos y fervorosos loadores, quienes no reparen en alabar, honrar y servir a sus honores?

210. Probó el Amigo si el Amor podía conservarse en su corazón sin memorar a su Amado; y cesaron el corazón de pensar y los ojos de llorar,

y aniquilóse el Amor y quedó el Amigo desamparado del Amor; y preguntó a las gentes si habían visto al Amor o en dónde podría encontrarle.

211. Amor y amar y Amigo y Amado se convienen tan fuertemente en mi Amado, que son una actualidad en esencia; y Amigo y Amado son cosas distintas, concordantes sin contrariedad alguna ni diversidad de esencia, y, por esto, Amado es amable sobre todos los amores.

212. —Dime, insensato de amor: ¿por qué tienes tan grande amor? Respondió: —Porque largo y peligroso es el viaje en que voy buscando a mi Amado, y conviene que con fe grande le busque y que vaya con diligencia; y, sin un grande amor, no podría yo cumplir en todas estas cosas.

213. Velaba, ayunaba, hacía limosnas, lloraba e iba por tierras extrañas el Amigo para mover la voluntad a su Amado a enamorar a sus súbditos, para que honraran sus honores; pero consideró el Amigo que no es de la naturaleza del agua el calentar ni subir arriba, si no es primero calentada; y, por esto, rogó al Amado se dignase de calentar primero con amor sus peregrinaciones, limosnas y vigiliass, para que pudiese cumplir sus deseos.

214. El Amigo vio a un peregrino que cantaba y decía: —Si no basta el amor del Amigo a mover su Amado a piedad y perdón, ya basta el amor del Amado para dar a sus criaturas gracias y bendición.

215. —Dime, fatuo por amor: ¿por cuál cosa puedes ser más semejante a tu Amado? Respondió: —Por entender y amar con todo mi poder las perfecciones y hermosura de mi Amado.

216. Preguntaron al Amigo si su Amado tenía falta de alguna cosa. Respondió que sí, de amadores y loadores para alabar sus valores.

217. El Amado hería el corazón de su Amigo con varas de amor, para obligarle a amar el árbol del cual coge las varas con que hiere a sus amadores. En cuyo árbol él padeció oprobios, tormentos y la muerte para restaurar el amor en los amadores, a quienes había perdido por los engaños del enemigo del amor.

218. Encontró el Amigo a su Amado, y vióle muy noble, poderoso y digno de toda honra, y díjole que se admiraba mucho de las gentes que tan poco le amaban, conocían y honraban, siendo él tan digno. Respondió el Amado que él había criado al hombre para ser de él conocido, amado y honrado. Mas que en esto había quedado defraudado, porque de mil, sólo los ciento le temían y amaban; y que de los ciento, los noventa le temían por el castigo, y los diez por la gloria; y que apenas ninguno había que le amase por su bondad y nobleza. Oyendo esto el Amigo, derramó muchas lágrimas por el deshonor que se hacía a su Amado y díjole: —¡Oh Amado! ¡Tú que diste tanto al hombre y le honraste tanto, ¿por qué el hombre te ha olvidado tanto?

219. Alababa el Amigo a su Amado, diciéndole que su lugar era trascendente, porque está en donde no llega el lugar; y, por esto, cuando preguntaron al Amigo en dónde estaba su Amado, respondió y dijo: —Está, mas no sé en dónde; sabía, pero, que estaba en su reminiscencia.

220. Compró el Amado con sus honores a un hombre cautivo y sujeto a pensamientos, langores, suspiros y llantos, y preguntóle qué comía y

qué bebía. Respondió que lo que él quería. Preguntóle más, qué vestía; y respondió que lo que él quería dar. Preguntóle qué quería. Respondióle que lo que él quisiese. Díjole el Amado: —¿Tienes voluntad alguna? Respondió que el siervo y cautivo no tiene otra voluntad que la de obedecer a su Señor y a su Amado.

221. Preguntó el Amado a su Amigo si tenía paciencia. Respondió que todo le venía a gusto, y que así no tenía en qué tuviese impaciencia; porque quien no tenía señorío en su voluntad, no podía ser impaciente.

222. El Amor se daba a quien él quería, y por cuanto no se daba a muchos hombres, y porque a los amadores no les hace fuertemente enamorar de su Amado, pues para ello tenía precepto y libertad, por esto el Amigo se querellaba del Amor y le acusaba en presencia de su Amado. Mas el Amor le excusaba, diciendo que él no era contrario al libre albedrío, porque deseaba para sus amadores grande mérito y gloria.

223. Grande riña y discordia hubo entre el Amigo y el Amor, porque el Amigo se enfadaba de los trabajos que padecía por amor; y se disputó si era esto por falta del Amigo o del Amor. Comparecieron en el juicio del Amado, quien castigó al Amigo con enfermedades y le premió con el colmo del amor.

224. Disputóse si el Amor era más cercano a los pensamientos o a la paciencia. Soltó el Amigo la cuestión diciendo que el Amor se engendraba en los pensamientos y se sustentaba en la paciencia.

225. Los vecinos del Amigo son las hermosuras y bellezas del Amado; y los vecinos del Amado son los pensamientos del Amigo y los trabajos y llantos que padece por su amor.

226. Muy alto quiso subir la voluntad del Amigo para poder amar mucho a su Amado, y mandó al entendimiento que subiese con todo su poder. El entendimiento mandó a la memoria, y los tres subieron a contemplar al Amado en sus honores.

227. Partióse la voluntad del Amigo, y entregóse al Amado, quien encarceló la voluntad en el Amigo para que por él fuese amado y servido.

228. Decía el Amigo: —No piense el Amado que yo me haya pasado a amar a otro Amado, porque el Amor me tiene unido todo en amar a uno solo Amado. Respondió el Amado, diciendo: —No piense el Amigo mío que yo sea amado y servido por él solo; antes tengo muchos amadores, por quienes soy amado más viva y dilatadamente que no por su amor.

229. Decía el Amigo a su Amado: —¡Amable Amado! Tú has acostumbrado y criado mis ojos a ver y mis oídos a oír tus honores; y por esto acostumbra tú mi corazón a pensamientos, por quienes mis ojos se acostumbren al llanto y mi corazón a penas. Respondió el Amado que, sin tales costumbres y educación, no estaría su nombre escrito en el libro en el cual están escritos todos los que van a la bendición eterna, y del cual están tildados los nombres de los que van a la muerte de eterna maldición.

230. En el corazón del Amigo se congregaban las nobles hermosuras del Amado y aumentaban los pensamientos y trabajos en el Amigo, quien del todo hubiera acabado y muerto si el Amado hubiese continuado en

multiplicar más sus honores y sus atractivas cogitaciones en los pensamientos de su Amigo.

231. Vino el Amado a hospedarse en casa del Amigo, quien le previno cama de pensamientos, y sirviéronle llantos y suspiros; y pagó el Amado al Amigo el hospedaje con recuerdos.

232. Mezclaba el Amor los placeres y los trabajos en los pensamientos del Amigo. Quejáronse de esta mezcla los placeres y acusaron al Amor en el tribunal del Amado. Mandó el Amado que parasen, y acabáronse y desvanecieron los placeres luego que el Amado los hubo separado de los tormentos que el Amor daba a sus amadores.

233. Las señas de los amores que hace el Amigo a su Amado en el principio son llantos; en el medio, tribulaciones, y, a la fin, dulce muerte; y por estas señas predica el Amigo a los amadores de su Amado.

234. Entregábase a la soledad el Amigo; y asociábanle en su corazón pensamientos; y en sus ojos, lágrimas y llantos; y en su cuerpo, aflicciones y ayunos; y en volviendo el Amigo a la compañía de las gentes, desamparábanle todas las cosas dichas y quedaba solo entre las gentes.

235. Amor es un mar alborotado de olas y vientos sin puerto ni ribera. Perece el Amigo en el mar, y en su peligro perecen sus tormentos y nacen sus cumplimientos.

236. Dime, fatuo: ¿qué es amor? Respondió: —Una concordancia de teórica y práctica a un fin al cual se mueve el complemento de la voluntad del Amigo, para que obligue a las gentes a que honren y sirvan a su Amado. Y es cuestión si el fin conviene más fuertemente con la voluntad del Amigo que desea estar con su Amado o del que desea hacerle muchos amadores.

237. Al Amigo preguntaron quién era su Amado. Respondió que aquel que hacía amar, desear, languir, suspirar, llorar, ser escarnecido y, en fin, morir; y el que hace la muerte más dulce que la vida, los escarnios más preciosos que la honra y los llantos y suspiros más deliciosos que la risa y la alegría.

238. Al Amado preguntaron quién era su Amigo. Respondió que aquel que, por honrar y alabar sus honores, no dudaba el padecer cualquier trabajo; y el que para vivir con su Amado muere en sí mismo; y el que a todos dice y aconseja que vendan cuanto poseen y lo renuncien todo para comprar el amor de su Amado.

239. —Dime, cautivo de amor: ¿cuál carga es más pesada y más molesta, o padecer trabajos por amor o padecerlos por desamor? Respondió que lo preguntasen a los que hacen penitencia por amor de su Amado y a los que la hacen por temor a las penas del infierno.

240. Durmióse el Amigo y murióse el Amor, porque no tenía de qué vivir. Despertóse el Amigo, y volvió a vivir el Amor en los pensamientos que envió el Amigo a su Amado.

241. Decía el Amigo que la ciencia infusa venía de voluntad, de devoción y de oración; y la adquirida venía de estudio y trabajo del entendimiento, y por eso, es cuestión: ¿cuál ciencia es más presto en el Amigo y cuál le es más agradable y es más acomodada para amar al Amado?

242. —Dime, insensato por amor: ¿de dónde has tú necesidades?

Respondió: —De pensamientos y deseos con perseverancia de suspiros y gemidos de mi Amado. —¿Y de dónde has todo esto? —De amor. —¿Y de dónde has amor? —De mi Amado. —¿Y de dónde has a tu Amado? —De sí mismo solamente.

243. —Dime, fatuo: ¿quieres ser libre en todas cosas? Respondió: —Sí, menos de mi Amado. —¿Y quieres ser cautivo? Dijo: —Sí, de amor, suspiros y pensamientos, trabajos, peligros, destierros y llantos para servir a mi Amado, por quien —dijo el Amigo— son creadas todas las cosas para loar y conocer sus valores.

244. Atormentaba el Amor al Amigo, por cuyo tormento lloraba y se lamentaba el Amigo. Llamábale su Amado, que se acercase a él para curarle; y cuanto más el Amigo se acercaba a su Amado, tanto más fuertemente le atormentaba el Amor, porque sentía más amor, y cuanto más de amor y de llanto sentía, tanto más amaba y más fuertemente el Amado con sus amores le curaba de sus dolencias.

245. Enfermo estaba el Amor, y el Amigo le curaba con paciencia, perseverancia, obediencia y esperanza. Convaleció el Amor y enfermó el Amigo; su Amado lo curaba, dándole reminiscencia de sus virtudes y honores.

246. —Dime, cautivo de amor: ¿qué cosa es soledad? Respondió: —Consuelo y compañía del Amigo y del Amado. —¿Y qué cosa es consuelo y compañía? Respondió que soledad, estando en corazón del Amigo, que sólo se acuerda de su Amado.

247. Propúsose al Amigo esta cuestión: ¿en dónde había mayor peligro: en padecer trabajos por amor o en gozar felicidades. Convino el Amigo con su Amado, diciendo que peligros por felicidades son por falta de conocimiento; y peligros por infelicidades son por impaciencia.

248. El Amado dio libertad al amor y facultad a todas las gentes para que tomasen de él a toda su voluntad. Mas apenas encontró el amor quien le metiese en su corazón; y por eso lloró y se entristeció mucho el Amigo, viendo el deshonor que aquí, entre nosotros, en el mundo, recibe el amor de los falsos amadores y hombres desagradecidos.

249. Destruía el Amor todas las cosas en el corazón de su verdadero Amigo para poder caber y vivir en él, y hubiera muerto al Amigo a no tener éste memoria de su Amado.

250. Dos pensamientos tenía el Amigo: con el uno pensaba todos los días en la esencia y virtudes de su Amado; y con el otro, en las obras de su Amado; de aquí nació la cuestión sobre cuál de estos pensamientos era más excelente y más del gusto del Amado.

251. Murió el Amado por fuerza de grande amor. Enterróle el Amado en su tierra, en la cual resucitó el Amigo. Y por eso es cuestión de quién recibió mayor merced el Amigo.

252. En la cárcel del Amado había malandanzas, peligros, dolencias, deshones, extrañezas, a fin de que su Amigo no fuese impedido de loar sus honores y de enamorar a los hombres que lo tienen en menosprecio.

253. Un día estaba el Amigo en presencia de muchos hombres a quienes su Amado honrado había en demasía, pues que tanto lo deshonraban en sus pensamientos. Aquéllos menospreciaban a su Amado y escarnecían

a sus servidores. Lloró el Amigo, mesóse sus cabellos, golpeó su cara y rompió sus vestidos, clamando a gritos: —¿Cometióse, alguna vez, falta tan grande como menospreciar a mi Amado?

254. —Dime, fatuo: ¿quienes morirte? Respondió: —Sí; en los deleites de este mundo, y en los pensamientos de los malditos que olvidan y ultrajan a mi Amado, en cuyos pensamientos no quiero entender ni ser partícipe, pues no se halla en ellos mi Amado.

255. —Si tú, cautivo de amor, dices la verdad, serás herido de las gentes, escarnecido, reprendido, atormentado y condenado a muerte. Respondió el Amigo: —De esto se sigue que, si yo dijera falsedades, sería amado, alabado y servido y honrado de las gentes y defendido de los que menosprecian a mi Amado.

256. Loadores falsos un día maldecían al Amigo en presencia de su Amado, y el Amigo tenía en ello paciencia, y el Amado, sabiduría, poder y justicia. El Amigo estimó más ser maldecido y reprendido que ser amado de los falsos maldicientes.

257. Sembraba el Amado diferentes semillas en el corazón del Amigo, de donde nacía, vestía hojas, florecía y granaba un solo fruto. Es cuestión de si de aquel fruto podrían nacer diferentes semillas.

258. Sobre el Amor estaba el Amado en grande altura y debajo del Amor estaba el Amigo muy ínfimo. El amor, que está en medio, hizo bajar el Amado al Amigo y subir el Amigo al Amado; y de este ascenso y descenso vive y toma principio el Amor, por quien enferma el Amigo y es servido el Amado; y por este acto es libremente sano.

259. A la derecha del Amor reside el Amado, y el Amigo a la izquierda; y, por esto, sin que el Amigo pase por el Amor, no puede llegar a su Amado.

260. Delante del Amor está el Amado, detrás del Amado está el Amigo; y, por esto, el Amigo no puede pasar al Amor hasta haber pasado sus pensamientos y deseos por el Amado.

261. Del profundo abismo de la fuente de bondad y valor salieron dos semejantes en honor y valor; igualmente por el amor de los tres se inflaba el Amigo; y el Amor, con todo esto, no es más que uno, para demostrar que aunque sean tres Amados subsistentes, pero es uno solamente por esencia.

262. Vistióse el Amado de la tela de que estaba vestido su Amigo, para que fuese su compañero en la eterna gloria; y por esto el Amigo deseaba continuamente vestidos encarnados, porque la tela fuese más semejante a la vestidura de su Amado.

263. —Dime, fatuo: ¿qué hacía tu Amado antes de crear el mundo? Respondió: —Mi Amado amaba, porque era de diferentes propiedades eternas, personales e infinitas, en donde hay amante, amor y Amado.

264. Lloraba el Amigo y estaba muy triste, porque veía a los infieles que por ignorancia, perdían a su Amado; y se alegraba en la justicia de su Amado, que castigaba a los que le desconocían y le eran desobedientes. Y por esto se le propuso la cuestión sobre si era mayor su tristeza o su alegría, y si tenía mayor felicidad viendo honrar a su Amado, que displacer y tristeza viendo que no le honraban.

265. Miraba el Amigo a su Amado en la mayor diferenciación y concordancia de virtudes, y en la mayor contrariedad de virtudes y vicios, y en el ser y perfección que convienen entre sí más fuertemente, sin defecto, que el no ser y la imperfección, que concuerdan con el defecto; y por esto dijo que concordancia con diferencia es perfección que conviene más con el ser sin defecto, que con defecto y no ser.

266. Los secretos de su Amado veía el Amigo por la diversidad y concordancia, quienes le revelaban la pluralidad y unidad en su Amado, y por razón de mayor conveniencia de esencia sin contrariedad.

267. Dijeron al Amigo que si en la corrupción, que es contraria al ser, en cuanto es contra generación, que es contraria al no ser, se hallasen eternamente corrompiente y corrompido sería imposible que la generación concordasen con el ser y que fuese primera; y por estas palabras vio el Amigo en su Amado generación eterna.

268. Si fuese falsedad aquello por lo cual el Amigo puede amar más a su Amado sería verdad aquello por lo cual el Amigo no puede amar tanto a su Amado; y si esto fuese así, seguiríase defecto de mayoridad y de verdad en el Amado, y habría en él concordancia de falsedad y minoridad.

269. Alababa el Amigo a su Amado, diciendo que, si su Amado tiene mayor posibilidad en perfección y mayor imposibilidad en imperfección, conviene que el Amado sea simple y pura actualidad en esencia y adoración. Mientras que el Amigo de esta suerte alababa a su Amado, le era revelada la Santísima Trinidad de su Amado.

270. El Amigo veía mayor concordancia en el número uno y tres que en otro número; y esto porque toda forma corporal pasaba del no ser al ser por el sobredicho número; y, por esto, el Amigo miraba a la Unidad trina y a la Trinidad una de su Amado, por la mayor concordancia del sobredicho número.

271. El Amigo alababa el poder y la sabiduría, la voluntad de su Amado, que todo lo habían creado, menos la culpa, la cual no sería sin el poder y la sabiduría de su Amado; mas ni su poder, ni su sabiduría, ni su voluntad son ocasión de la culpa.

272. Alababa y amaba el Amigo a su Amado, porque le había creado y dado cuanto tenía. Alabábase y amábase, porque quiso tomar su semejanza y naturaleza; y de aquí conviene se haga la cuestión: ¿cuál alabanza y amor debe tener mayor perfección?

273. El Amor tentó al Amigo de sabiduría, y propúsole esta cuestión: si el Amado le amaba más en haber tomado su naturaleza o en haberle creado. El Amigo quedó perplejo, hasta que respondió que la creación tiene mira hacia apartar la infelicidad, y la encarnación, a procurar la felicidad.

274. Iba el Amigo pidiendo limosna de puerta en puerta, para hacer memoria del amor de su Amado a sus siervos. Y como en un día no le dieran limosna alguna, le fue preguntado si le sabía mal. Respondió que no, porque humildad, pobreza y paciencia eran cosas agradables a su Amado.

275. Al Amigo pidieron perdón por amor de su Amado, y el Amigo no sólo les perdonó, antes les dió a sí mismo y sus bienes.

276. Con suspiros refería el Amigo la pasión y dolor que su Amado sufrió por su amor, y con tristeza y lágrimas escribía las palabras que decía su Amado muriendo; y pensando en su resurrección triunfante, se consolaba.

277. El Amado y el Amor vinieron a ver el Amigo que dormía. El Amado llamó a su Amigo, y despertóle el Amor. Y el Amigo obedeció al Amor y respondió a su Amado.

278. El Amado educaba al Amigo en amar. El Amor le enseñaba a tener paciencia; la misericordia, a esperar; la justicia, a temer, y la fe, a creer; y siendo ya de mayor edad, todas le instruían y enseñaban a amar.

279. Preguntó el Amado a las gentes si habían visto a su Amigo, y ellos preguntáronle por las cualidades de su Amigo. Respondiéndole el Amado diciendo que su Amigo era osado y temeroso, rico y pobre, alegre y triste, tranquilo y pensativo; y añadió que de continuo enfermaba de amor.

280. Preguntaron al Amigo si quería vender su deseo, quien respondió que ya lo tenía vendido a su Amado por tal moneda, cuyo valor basta para comprar el mundo todo.

281. —Predica, loco, diciendo palabras de tu Amado. Lloro y ayuna. Renunció al mundo el Amigo y fuése a buscar a su Amado con amor, y loábalo en aquellos lugares en donde era deshonrado.

282. Edificaba el Amigo una hermosa ciudad para que la habitase su Amado: los muros eran de fortaleza; los cimientos, de humildad; la mesa, de templanza; la cama, de castidad; las torres, de magnificencia; las puertas, de fe, esperanza y caridad; las calles, de piedad; los centinelas, de justicia; el idioma que en ella hablaban todos era de amor, para que todas estas cosas pasase el Amado.

283. El Amigo bebía amor en la fuente del Amado, y se embriagó de amor. Preguntó la causa a otro amador, y éste le respondió que aquella es la fuente donde nos lava el Amado de las manchas de la culpa.

284. —Dime, embriagado de amor: ¿qué cosa es pecado? Respondió: —Es inordenación contra ordenación de mi Amado; es desviarse de mi Amado; es por defecto de ordenación; es privación del bien y es contra el fin por el cual fue creado todo el mundo.

285. Veía el Amigo que la eternidad se conviene mejor con su Amado, que es esencia infinita en grandeza y en toda perfección, que no con el mundo, que tiene cantidad, entidad y acción finida y terminada; y, por esto, en la justicia de su Amado veía el Amigo que el mundo era nuevo y que la eternidad de su Amado conviene ser antes del tiempo y de la cantidad definida, para que se conociese su inmensidad ser mayor que la capacidad del mundo.

286. Defendía el Amigo a su Amado contra los que decían que el mundo era eterno, y dijo que a la justicia de su Amado, que es infinita en bondad y perfección, conviene que restituya a cada alma racional su propio cuerpo, a quien no bastaría materia ni lugar ordinal, si el mundo

fuera eterno, ni el mundo fuera ordenado a un fin sólo, sin el cual fin faltaría a su Amado perfección de voluntad y sabiduría.

287. —Dime, fatuo: ¿en qué conoces que la fe católica sea verdadera y que la creencia de los judíos y moros sea falsa y errónea? Respondió que en las diez condiciones del *Libro del gentil y de los tres sabios*.

288. —Dime, fatuo: ¿en qué tiene principio la sabiduría? Respondió: —En fe y devoción, que son la escalera por donde sube el entendimiento a entender los secretos de mi Amado. Mas le preguntaron: —Fe y devoción, ¿de dónde tienen principio? Respondió: —De mi Amado, quien ilumina la fe y calienta la devoción.

289. Preguntaron al Amigo qué cosa era mayor: o posibilidad o imposibilidad. Respondió que en su Amado la imposibilidad era mayor, y en la criatura la posibilidad; pues que posibilidad y potencia concuerdan, como también imposibilidad con actualidad.

290. —Dime, fatuo: ¿qué cosa es mayor: la diferencia o la concordancia? Respondió que, menos en su Amado, la diferencia era mayor en pluralidad y la concordancia en unidad; mas en su Amado eran iguales en pluralidad y unidad.

291. —Dime, amador: ¿qué cosa es valor? Respondió: —Lo contrario al valor de este mundo, que es apetecido de los amadores falsos y vanagloriosos, que quieren valer teniendo desvalor, para ser perseguidores de valor, más que para seguir a aquel que a todo otro valor excede.

292. —Dime, necio: ¿viste alguna vez un hombre fatuo? Respondió que él había visto a un obispo que tenía en su mesa muchos vasos y muchos platos y cuchillos de plata, y tenía en su celda muchos vestidos y gran lecho, y en sus arcas muchos dineros; y a la puerta de su palacio había pocos pobres.

293. —Fatuo por amor: ¿sabes qué es vileza? Respondió que pensamientos viles. —Y ¿sabes qué es cortesía y urbanidad? —Dijo que temor de mi Amado, procediendo de caridad y vergüenza, que teme el mal hablar de las gentes. —¿Y qué es honor? Respondió: —Pensar en mi Amado y desear y alabar sus honores.

294. Las penas y las tribulaciones que el Amigo padecía por amor alteráronle e inclináronle a la impaciencia; y reprendióle el Amado con su honores y con sus promesas, diciendo que poco sabía de amor, pues se turbaba por malandanzas y por bienandanzas. Tuvo el Amigo contrición y llantos y rogó a su Amado que le devolviera amores.

295. —Fatuo: ¿qué cosa es amor? Respondió que amor es aquella cosa que pone en servidumbre a los libres y da libertad a los siervos; y de aquí se origina la cuestión sobre si el amor es más cercano a servidumbre, o si a libertad.

296. Llama el Amado a su Amigo, quien le respondió con estas dulces palabras: —¿Qué es lo que te place, Amado mío, ojo de mis ojos y pensamiento de mis pensamientos, cumplimiento de mis perfecciones, amor de mis amores y aun más principio de mis principios?

297. El Amigo decía al Amado: —A ti voy, por ti voy y en ti voy; ¿por qué me llamas?; a contemplar voy la contemplación de tu contemplación con la contemplación de tu contemplación. En tu virtud soy y

con tu virtud vengo a tu virtud, de donde tomo virtud. Salúdote con salutación, que es mi salvación en tu salutación, de la cual aguardo salvación y eterna bendición.

298. Decía con altas voces el Amigo: —El fuego calienta, el calor alegra, su ligereza atrae hacia arriba. Así, por semejante modo, el amor abraza al pensamiento, el amor alegra y el amor prontamente eleva a lo superior. Un amor une tres cosas y las ata fuertemente entre sí.

299. —Gloria eres, Amado, de mi gloria, y con tu gloria, en tu gloria, das gloria a mi gloria, que tiene gloria de tu gloria. Por la cual gloria tuya me son igualmente gloria los trabajos y los sufrimientos que me vienen para honrar tu gloria, y los placeres y los pensamientos que me vienen de tu gloria.

300. —Amado: en la cárcel del amor me tienes enamorado con tus amores, que me han enamorado de tus amores, por tus amores y en tus amores. Pues no eres otra cosa más que amores, en los cuales me haces estar solo y en la compañía de tus amores y de tus honores. Porque tú estás solo conmigo solo, que estoy solo con mis pensamientos, ya que tu soledad, sola en honores, me tiene en ella sola para honrar y loar sus valores, sin temor de los ingratos que no tienen a ti solo en sus amores.

301. —Solaz, eres Amado, de mi solaz; porque en ti solazo mis pensamientos con tu solaz, que es solaz y aliento de mis penas y de mis tribulaciones, que están atribuladas en tu solaz, porque no salazas a los ignorantes con tu solaz, y porque a los conocedores de tu solaz no enamoras más hondamente para honrar tus honores.

302. Quejábase el Amigo a su Señor de su Amado, y a su Amado de su Señor; y su Señor y su Amado decían: —¿Quién nos divide a nosotros, que somos una cosa misma? Respondía le Amigo: —La piedad del Señor y la tribulación que viene por el Amado.

303. Peligraba el Amigo en el grande mar de amor y confiábase en la ayuda de su Amado, quien le dijo: —El lago de amor es muy al contrario de los otros lagos, porque en aquél se salva quien se zambulle a lo más profundo, y quien no se anega y sale fuera, éste se pierde, lo que muy al revés acontece en los demás lagos; y por esto el Amigo deja de temer.

304. Alegrábase el Amigo por el ser de su Amado, pues que por su ser todo otro ser ha venido en ser y es sustentado, obligado y sujetado a honrar y servir el ser de su Amado, quien por ningún otro ser puede ser destruido ni culpado, disminuido y aumentado.

305. —Amado: en tu grandeza haces grandes mis deseos, y mis pensamientos, y mis trabajos; pues tan grande es, que es grande toda cosa que de ti tiene memoria, entendimiento y placer, y tu grandeza hace pequeñas todas las cosas que van contra tus honores y mandamientos.

306. —Eternamente comienza, y ha comenzado, y comenzará mi Amado; y eternamente no comienza, no ha comenzado, ni comenzará. Y estos comienzos no se contradicen en mi Amado, porque es eterno y tiene en sí unidad y trinidad.

307. —Mi Amado es uno, y en su unidad únense en una voluntad mis pensamientos y mis amores; y la unidad de mi Amado es suficiente para

todas las unidades y todas las pluralidades; y la pluralidad que hay en mi Amado es suficiente para todas las unidades y pluralidades.

308. —Soberano bien es el bien de mi Amado, que es bien de mi bien; porque es un bien mi Amado sin otro bien; que, si no lo fuera, mi bien fuera de otro bien soberano. Y, pues, no lo es, consúmase todo mi bien, en esta vida, en honrar al soberano bien, pues que así conviene.

309. —Si tú, Amado, sabes que soy pecador; háceste tú piadoso y perdonador. Y porque aquello que sabes en ti es mejor que yo, reconozco yo en ti perdón y amor, ya que tú me comunicas contrición y dolor y deseos de entregarme a la muerte para loar tu valor.

310. —Tu poder, Amado, me puede salvar por benignidad, piedad y perdón, y puedeme condenar por justicia y a causa de mis entuertos. Tu poder cumpla tu voluntad en mí, ya que todo es cumplimiento, sea que me des salvación o condenación.

311. Puesto en angustia el Amigo, reclamó la verdad de su Amado y dijo: —Oh verdd amada, visita la contrición de mi corazón y da lágrimas a mis ojos, pues te ama mi voluntad; y por cuanto tú, verdad, eres suprema, y la culpa es falsedad, socorre mi voluntad con que venza los pecados que son contrarios a la verdad.

312. —Nunca fue verdad aquello en que no hubo mi Amado, y falso es aquello en que no hay mi Amado, y falso será todo aquello en que no estará mi Amado. Y, así, necesario es que sea verdad todo lo que será, fue y es, si en todo ello hay mi Amado. Y, así, también es falso quien está en una verdad en que no está mi Amado, sin que se siga de ello contradicción.

313. El Amado creó y el Amigo destruyó; juzgó el Amado y lloró el Amigo; recreó el Amado, consolóse el Amigo; acabó el Amado su obra, y quedóse el Amigo eternamente en compañía de su Amado.

314. Por las sendas de vegetación, sentido, imaginación, entendimiento y voluntad iba el Amigo buscando a su Amado; en estas sendas padecía el Amigo peligros, enfermedades, trabajos y muchas dificultades para que exaltase su entendimiento y su voluntad; lo que le era muy gustoso, porque su Amado quiere que sus amadores le entiendan y amen altamente.

315. Muévase el Amigo hacia el ser por la perfección de su Amado, y muévase hacia el no ser por su propio defecto; y de aquí nace la cuestión: ¿cuál de los dos movimientos tiene mayor poder en el Amigo naturalmente?

316. —Metido me has, Amado mío, entre mi mal y tu bien; y por esto te ruego que de tu parte haya piedad, misericordia, paciencia, clemencia, venia, ayuda y restauración; y de mi parte, haya contrición, perseverancia y reminiscencia, con suspiros, langores y llantos por su sacrosanta pasión.

317. —Amado que me haces amar: si no me ayudas, ¿por qué me quisiste crear y por qué quisiste padecer por mí tantos langores y tan amarga pasión? Ya que tanto ayudaste a exaltarme, ayúdame a descender, para acordar y aborrecer mis culpas y mis defectos, a fin que mejor pueda yo subir mis pensamientos a desear, honrar y alabar tus valores.

318. —Mi querer, Amado mío, creaste libre, para que pueda amar y despreciar tus honores y para que pueda aumentar en él tu amor.

319. —En esta libertad pusiste mi voluntad en peligro; por lo cual te ruego que en este peligro te acuerdes de mí, para que mi libre voluntad ponga yo en servitud para alabar tus honores y multiplicar en mi corazón llantos y langores.

320. —Amado mío: jamás de ti vino en tu Amigo culpa ni defecto, ni puede en tu Amigo haber cumplimiento sin tu gracia y tu perdón. Puesto, pues, que tu Amigo tiene de ti un tal posesorio, no le olvides en sus tribulaciones y peligros.

321. —Amado mío, que en un nombre solo, que es Jesucristo, eres nombrado Dios y hombre: en este nombre, Jesucristo, quiere mi voluntad alabarte Dios y hombre. Si tú, pues, Amado mío, tanto honraste a tu Amigo, sin mérito suyo, en nombrar y querer a tu santo nombre de Jesucristo, ¿por qué no quieres honrar a tantos hombres ignorantes, quienes a sabiendas no han sido tan culpables para con tu santo nombre, Jesucristo, como yo en algún tiempo lo fui en poco temer, amar y honrar a tu nombre santo y saludable?

322. Lloraba el Amado y decía a su Amado estas palabras: —Amado mío: jamás fuiste avariento, ni dejaste de ser liberal respecto de tu Amigo en darle ser, ni en recrearle, ni en darle muchas criaturas que le sirvieran. ¿De dónde, pues, vendría que tú, que eres liberalidad soberana, fueses avaro en dar a tu Amigo llantos, pensamientos, langores, sabiduría y amores para honrar tus honores? Y por esto, Amado mío, te ruega tu Amigo le concedas larga vida, para poder recibir de ti muchos de los dones sobredichos.

323. —Amado: si tú ayudas a los hombres justos contra sus mortales enemigos, ayuda a multiplicar mis pensamientos, en desear tus honores. Y si tú ayudas a los hombres injustos para que recobren justicia, ayuda a tu Amigo para que haga sacrificio de su voluntad, en loor de ti, y de su cuerpo, en testimonio de amor por vía de martirio.

324. —No hay en mi Amado diferencia entre humildad, humilde, humillado; porque es todo humildad en pura actualidad. Ende el Amigo reprende el orgullo que quiere hacer subir a su Amado a aquellos a quienes la humildad de mi Amado ha honrado tanto en este mundo, y el orgullo los ha vestido de hipocresía, vanagloria, vanidades.

325. La humildad ha humillado el Amado al Amigo por contrición, y lo mismo ha hecho por devoción. Y pónese la cuestión: ¿en cuál de las dos el Amado se humilló más profundamente al Amigo?

326. Tuvo el Amado, por su perfección, misericordia de su Amigo, y la tuvo por las necesidades de su Amigo. Pónese la cuestión: ¿por cuál de las dos razones el Amado perdonó más plenamente las culpas de su Amigo?

327. —Rogaban nuestra Señora, y los ángeles, y los santos de la gloria a mi Amado. Y cuando recordé el error en que está el mundo por ignorancia, pensé en la grande justicia de mi Amado y en la grande ingratitud de sus amigos.

328. El Amigo hacía subir los poderes de su alma, por la escalera de

la humanidad, para dar gloria a la divina naturaleza. Y por la divina naturaleza hacía bajar los poderes de su alma para gloriarse en la naturaleza humana de su Amado.

329. Cuanto más ásperas y estrechas son las sendas por donde camina el Amigo a su Amado, tanto más anchos y deliciosos son los amores. Y cuanto más constreñidos son los amores, tanto más anchas son las sendas. De donde se sigue que, de cualquiera suerte, el Amigo tiene trabajos, penas, gozos y consuelos por su Amado.

330. Salen amores de amores, y pensamientos de languores, y llantos de languores; y entran amores en amores, y pensamientos en llantos, y languores en suspiros. Y el Amado contempla a su Amigo que sufre por su amor todas estas tribulaciones.

331. Trasnocharon y hacían romerías y peregrinaciones los deseos y los recuerdos del Amigo en las noblezas de su Amado, y llevaban al Amigo facciones, y llenaban su entendimiento de resplandor, por la cual la voluntad multiplicaba sus amores.

332. El Amigo figuraba con la imaginación y formaba las perfecciones de su Amado en las cosas corpóreas, las que, por virtud del entendimiento, utilizaba en las cosas espirituales y con la voluntad adoraba a su Amado en todas las criaturas.

333. Compró el Amigo un día de llantos por otro de pensamientos, y vendió un día de amores por el precio de un día de tribulaciones. Y entonces le fueron multiplicados sus amores y sus pensamientos.

334. Hallábase el Amigo en tierras extrañas, olvidándose de su Amado, y sintió la ausencia de su casa, de su mujer, de sus hijos, de sus amigos. Mas volvió a recordarse de su Amado para consolarse y para que la extrañeza no le diese pena por el deseo y amor.

335. Oía el Amigo las palabras de su Amado, en las cuales le veía su entendimiento, puesto que placíase la voluntad en oír las; y la memoria recordaba las virtudes de su Amado y sus promesas.

336. Oía el Amigo murmurar e infamar a su Amado, en la cual murmuración veía su entendimiento la justicia y paciencia de su Amado, porque la justicia castigaba a los murmuradores y la paciencia los aguardaba a contrición y penitencia. Y dijo: —Muy clemente y piadoso es el Amado, que tiene prevenidos eternos bienes para dar aun a sus enemigos, si ellos los quisieren.

337. Enfermó el Amigo, y de consejo de su Amado, dispuso su testamento. Sus culpas y pecados mandó a contrición y penitencia; los deleites temporales, al desprecio; los llantos y lágrimas, a los ojos; los suspiros y amores, a su corazón; la contemplación de las perfecciones de su Amado, al entendimiento; a su memoria mandó la pasión que por amor padeció su Amado, y a su trabajo, la solicitud de la conversión de los infieles, los cuales por ignorancia pecan.

338. Olió el amigo flores, y se acordó de la hediondez del rico avariento, del viejo lujurioso y del soberbio desagradecido. Gustó dulces el Amigo, y entendió en ellos las amarguras de los bienes temporales y de la entrada y salida de este mundo. Sintió el Amigo placeres mundanos, y en ellos entendió el breve tránsito de este mundo, y los eternos tormentos

de que son ocasión los deleites agradables de este Mundo. Y, por esto, el Amigo despreció todos los deleites vanos.

339. Sintió el Amigo hambre, sed, calor y frío, pobreza, desnudez, enfermedad, tribulación. Y hubiera muerto a no haberse recordado de su Amado, quien lo sanó con esperanza, recuerdo, y con la renuncia de este mundo y el menosprecio de las burlas de las gentes.

340. Entre trabajos y placeres estaba el lecho del Amigo; con placeres se dormía y con trabajos se despertaba. Y fue cuestión: ¿a cuál de estas dos cosas está más vecino el lecho del Amigo?

341. El Amigo se dormía con ira, porque temía las maldiciones y desprecios de las gentes, y despertóse con paciencia, acordándose de los malos tratamientos del cuerpo de su Amado; y por esto preguntaron al Amigo de quién había tenido mayor empacho, de su Amado o de las gentes.

342. Pensaba el Amigo en la muerte, y temió mucho, hasta que se acordó de la noble ciudad de su Amado, de la cual son puerta y entrada la muerte y el amor.

343. Quejábase el Amigo con su Amado de las tentaciones que cada día le venían disturbándole sus pensamientos, y respondióle el Amado que las tentaciones son ocasión de que el hombre recurra con su memoria a acordarse de Dios y a amarle y a honrar sus honroes con los dones gratuitos que él da.

344. Perdió el Amigo una joya que amaba mucho, y con mucha impaciencia sufrió aquella pérdida, hasta que el Amado le propuso esta cuestión: ¿qué cosa le era más provechosa, o la joya que antes tenía o la paciencia que tuvo en las obras de su Amado?

345. Dormía el Amigo pensando en los trabajos y en los empachos que encuentra en el servicio de su Amado; y temió que sus obras vinieran a parar en nada por aquellos empachos. Empero, el Amado le envió conciencia, la cual le despertó en sus méritos y en los poderes de su Amado.

346. El Amigo había de andar camino largo, difícil y escabroso, y había llegado el tiempo de partirse y de llevar sobre sí la carga gravísima que mandó el Amor que traigan sus amadores. Y, por esto, el Amigo descargó su alma de los pensamientos y de los deleites corporales, para que su cuerpo pudiese más fácilmente llevar la carga que le mandaba el Amor, y que el alma por aquellas sendas anduviese siempre en compañía de su Amado.

347. En presencia del Amigo hablaban mal un día de su Amado. Oyólo el Amigo, y ni le respondió ni le defendió. De ahí nace la cuestión: ¿cuál es más culpable: los que blasfeman al Amado o el Amigo silencioso que no le defendía?

348. Contemplando el Amigo a su Amado, se utilizaba en su entendimiento y se enamoraba de él en su voluntad. Y es cuestión por cuál de estas dos cosas se utilizaba y fecundaba más su memoria en recordar a su Amado.

349. Con fervor y temor iba el Amigo en su viaje a honrar a su Amado. Fervor le llevaba y temor le conservaba. Mientras que así iba el Amigo, encontró a los suspiros y a los llantos que le llegaban recomendaciones de su Amado, y le fue propuesta la cuestión: ¿por cuál de los cuatro

recibía mayor consuelo en su Amado? Respondió el Amigo que llantos y lágrimas eran hervor de fervor, y el fervor fuego, y el temor guardia.

350. Mirábase el Amigo en sí mismo para que fuera espejo en donde contemplara a su Amado, y miraba a su Amado para que le fuera espejo en el cual tuviera conocimiento de sí mismo. Y es cuestión: ¿a cuál de los dos espejos estaba más cercano su entendimiento?

351. Teología, Filosofía, Medicina y Derecho encontraron al Amigo, quien las preguntó si habían visto a su Amado. Teología lloraba, Filosofía dudaba, Medicina y Derecho se alegraban. Es cuestión: ¿qué significaba con esto cada una de las cuatro señoras al Amigo, que iba en busca de su Amado?

352. Triste y lloroso iba el Amigo en busca de su Amado por sendas sensuales y por caminos intelectuales. Y pónese la cuestión: ¿en cuál de los dos caminos entró primeramente mientras buscaba a su Amado, y en cuál el Amado se mostró al Amigo más claramente?

353. En el día del juicio dirá el Amado que cada uno ponga a un lado lo que el Amado le haya dado en este mundo, y ponga en otro lado lo que el hombre haya dado al mundo, a fin de que se vea cuán entrañablemente haya sido amado lo uno y lo otro y cuál de los dos dones es más noble y en mayor cantidad.

354. Amábase la voluntad del Amigo a sí misma, y preguntóle el entendimiento si era más semejante a su Amado en amarse a sí misma o en amar a su Amado, porque su Amado es más amante de sí mismo que de cualquier otra cosa. Y, por esto, pónese la cuestión sobre cuál respuesta la voluntad pudo dar al entendimiento con más verdad.

355. —Dime, fatuo: ¿cuál es el amor más grande y más verdadero que hay en la criatura? Respondió que aquel que es uno con el Creador, puesto que el Creador no tiene en qué pueda hacer más noble criatura.

356. Estando un día el Amigo en oración, notó que sus ojos no lloraban, y para que pudiera llorar, envió su pensamiento a pensar en dineros, mujeres, hijos, manjaras, vanagloria, y halló en su entendimiento que más hombres tenían por servidores cada una de las cosas sobredichas, que no tiene su Amado. Y, por esto, fueron sus ojos en llanto y su alma en tristeza y dolor.

357. Iba el Amigo meditabundo pensando en su Amado, y encontró por el camino a buen golpe de gente, pidiéndole nuevas. Y como fuera que el Amigo hallaba placer en su Amado, no respondió a lo que le preguntaban, y dijo que, para que no se alejara de su Amado, no quería responder a sus palabras.

358. Estaba el Amigo por dentro y por fuera cubierto de amor, e iba a buscar a su Amado. Decíale el Amor: —¿Adónde vas, amator? Respondió: —Voy a mi Amado, a fin de que tú seas mayor.

359. —Dime, loco: ¿qué es religión? Respondió: —Limpieza de pensamiento, y desear morir para honrar a mi Amado, y renunciar al mundo, a fin de que nada impida contemplarlo y decir la verdad de sus honores.

360. —Di, amator: ¿qué son tus tribulaciones, llantos, suspiros, tristezas, trabajos y peligros en tu Amado? Respondió: —Delectación del Amado. Mas le preguntaron: —¿Y por qué son delectación del Amado?

Respondió: —Porque son el con que el Amado sea más amado y haya el Amigo mayor retribución.

361. Preguntaron al Amigo en quién había mayor amor, o en el Amigo que vivía por amor o en el Amigo que moría por amor. Dijo que en el que moría, porque no puede ser mayor el amor en el Amigo que muere por amor y puede ser mayor en el que por amor vive.

362. Encontráronse dos amigos. El uno mostraba a su Amado y el otro le entendía. Y era cuestión sobre cuál de los dos estaba más cerca de su Amado. Y por la solución, el Amigo tenía conocimiento de la demostración de la Trinidad.

363. —Di, loco: ¿por qué hablas con tanta sutileza? Respondió: —A fin de que sea ocasión de subir el entendimiento a las noblezas de mi Amado y porque él sea honrado, amado y servido de más hombres.

364. Embriagábase el Amigo del vino que recordaba, entendía y amaba el Amado. Aquel vino aguaba el Amado con sus llantos y con las lágrimas de su Amigo.

365. El Amor calentaba e inflamaba al Amigo en el recuerdo de su Amado. Y el Amado lo enfriaba con lágrimas y llantos, y con olvido de los deleites de este mundo, y con renunciamento de los vanos honores. Y aumentábanse los amores a medida que el Amigo recordaba por quién sostenía languores, tribulaciones, y por quién padecían penas y persecuciones los hombres mundanales.

366. —Dime, fatuo por amor: ¿qué cosa es este mundo? Respondió: —Cárcel de los amadores y siervos de mi Amado. —¿Y quién los mete en la cárcel? Respondió que, por una parte, la conciencia, el amor, temor, renunciación y contrición, y, por otra parte, la compañía de gente vil y los trabajos sin galardón, en donde hay castigo. —¿Quién les da la libertad? —La misericordia, piedad y justicia. —¿En dónde los colocan? —En la eterna gloria, en donde hay alegre compañía de los verdaderos amadores, alabando debidamente sin fin, bendiciendo y glorificando al Amado de los amadores, a quien sea siempre dada alabanza, honra y gloria por todo el mundo.

Habiendo de tratar Blanquerna del *Arte de contemplación*, quiso aquí dar fin al *Libro del Amigo y del Amado*, el cual es acabado a gloria y honor de nuestro Señor Jesucristo y de la humilde Virgen Santa María, Madre suya y Señora nuestra.

EMPIEZA EL ARTE DE CONTEMPLACIÓN

PRÓLOGO

1. Tan alto y excelente es el Soberano Bien y tan ínfimo el hombre por sus culpas y pecados, que por esto acontece muchas veces a los ermitaños y santos varones experimentar gran dificultad y trabajo en elevar su alma a la contemplación de Dios; y como el arte y método sea muy conducente para ello, por eso consideró Blanquerna cómo compusiese un *Arte de contemplación*, para que con él se ayudase a tener en el corazón verdadera contrición y en sus ojos abundancia de lágrimas y lloros, y que su entendimiento y voluntad ascendiesen más altamente a contemplar a Dios en sus honores y dignidades y cuanto tiene en sí.

2. Habiendo Blanquerna bien meditado esta consideración, compuso este *Libro de contemplación* por arte, y lo dividió en doce partes, a saber: virtudes divinas, esencia, unidad, Trinidad, Encarnación, "Pater noster", "Ave Maria", mandamientos, "Miserere mei Deus", sacramentos, virtudes y vicios.

3. El arte de este libro consiste en que las virtudes divinas sean primeramente contempladas las unas con las otras, y, después, sean contempladas con las demás partes de este libro, proponiéndose el alma del devoto contemplador por su objeto a las virtudes divinas en su memoria, entendimiento y voluntad, y sepa concordar en su alma las virtudes y divinas dignidades con las demás partes del libro, en tal manera, que todo se encamine a mayor honra y gloria de las divinas virtudes, que son éstas: bondad, grandeza, eternidad, poder, sabiduría, amor, virtud, verdad, gloria, perfección, justicia, largueza, misericordia, humildad, señorío y paciencia.

4. Todas estas virtudes pueden ser contempladas de diferentes modos, porque el un modo es contemplar una virtud con otra solamente, o una virtud con dos, o tres, o más virtudes. Otro modo es cuando el hombre contempla las virtudes de la esencia, o en la unidad, o en la Trinidad, o Encarnación, y así de las demás partes del libro. Otro modo es cuando en las virtudes contempla la esencia, o la unidad, o la Trinidad, o la Encarnación. Y otro modo es el contemplar en las palabras del "Pater noster", o del "Ave Maria", etc. También puede el hombre contemplar en Dios y en sus obras con todas las dieciséis virtudes expresadas o con algunas de ellas, según quisiese el hombre abreviar o prolongar su contemplación; y conforme que el modo de la contemplación se conviene y conforma mejor con unas virtudes que con otras.

5. Las condiciones de este arte son éstas, a saber: que el hombre esté en buena disposición para contemplar, y en lugar a propósito y conve-

niente; pues que por sobrada reflexión, o por demasiada afición, o por si en el puesto en que se halla hay mucha prisa y ruido de gente, o mucho calor o frío puede ser impedida la contemplación. Pero la más fuerte condición de este arte es que el hombre se halle libre de los cuidados y embarazos de las cosas temporales en su memoria, entendimiento y voluntad, cuando entra en la contemplación.

6. Y por cuanto yo me hallo muy ocupado en escribir otros libros, por esto trataré brevemente del modo con que Blanquerna contemplaba por este arte. Y, primeramente, empecemos por la primera parte de este libro.

CAPÍTULO I

DEL MODO CON QUE BLANQUERNA CONTEMPLABA LAS VIRTUDES DE DIOS

1. Levantóse Blanquerna a la media noche, y púsose a mirar el cielo y las estrellas, echando de su pensamiento todas las cosas del mundo. Y poniéndose todo en la meditación de las virtudes de Dios, primeramente quiso contemplar la bondad de Dios en todas las dieciséis virtudes, y todas éstas en la bondad de Dios; y, por esto, puesto de rodillas, levantó las manos al cielo y su pensamiento a Dios, y dijo estas palabras con su boca, y las meditó en su alma con todos los poderes de su memoria, de su entendimiento y de su voluntad:

2. “¡Oh Soberano Bien, que eres infinitamente grande en eternidad, poder, sabiduría, amor, virtud, verdad, gloria, perfección, justicia, largueza, misericordia, humildad, señorío y paciencia! Adórote recordando, entendiendo, amando y hablando en ti y en todas las virtudes antedichas, las cuales son contigo y tú con ellas una esencia y una misma cosa sin diferencia alguna.

3. “¡Soberano Bien, que eres grande; soberano grande, que eres bien! Si no fueres tú eterno, no serías tan grande bien que pudiese mi alma llenar, en ti, a su memoria de memorar, y en ti, a su entendimiento de entender, y en ti, a su voluntad de amar; pero, siendo tú bien infinito y eterno, puedes llenar toda mi alma y todas las almas racionales de gracia infusa y bendición, memorando, entendiendo y amando en ti, Soberano Bien, infinito y eterno.”

4. Por aquel poder que Blanquerna recordaba en soberana bondad, tenía poder y virtud de elevar su consideración sobre el firmamento, y consideraba una grandeza tan grande que tuviese movimiento infinito, como un relámpago formado en seis rectitudes generales, que son éstas: alto, bajo, a la derecha, a la izquierda, delante y detrás, y que no podía encontrar término ni principio ni fin. Admirado se quedó Blanquerna de tal consideración, y mayormente cuando la dobló considerando aquella bondad, tan grande en eternidad que no tiene principio ni fin. Mientras Blanquerna estaba todo absorto en este pensamiento y consideración, acordóse cuán grande bien es el poder divino, que puede ser tan grande y tan du-

nable, y que puede saber y querer infinitamente y eternamente, y puede tener virtud, verdad, gloria, perfección, justicia, largueza, misericordia, humildad, señorío y paciencia infinita y eternal.

5. Perseverando Blanquerna en esta contemplación, empezó su corazón a calentarse y sus ojos a derramar lágrimas por el placer que sentía por el recordar, entender y amar tan nobles virtudes en la suprema bondad. Pero antes que Blanquerna pudiese perfectamente llorar, bajó su entendimiento a la potencia imaginativa, y con ella empezó a pensar y dudar cómo podía ser que antes que fuese el mundo tuviese Dios justicia, largueza, misericordia, humildad y señorío. Y por la participación del entendimiento con la imaginativa, aquella duda enfrió el calor de su corazón, y disminuyéronse las lágrimas en sus ojos, y entonces Blanquerna desnudó su entendimiento de la potencia imaginativa, subiéndole sobre ella, acordándose que el Soberano Bien es infinito en toda perfección y, como tal, por su propia virtud y por su propia gloria puede y sabe tener tan perfectamente justicia, misericordia, largueza, humildad y señorío, como todas las demás virtudes antedichas, así antes que fuese el mundo como después que es creado; por esto faltaba, o no había, quien pudiese de aquel Soberano Bien recibir los efectos de su gran misericordia ni la influencia de las demás virtudes referidas.

6. Agradó mucho a la voluntad de Blanquerna la acción que hizo el entendimiento cuando dejó acá abajo la potencia imaginativa que le impedía y subió arriba a atender, sin ella, el poder infinito de Dios, el cual conviene que sea en justicia, largueza, etc., antes que fuese el mundo, porque, si no lo fuese, se seguiría que en la suprema bondad habría defecto de poder, grandeza, eternidad, virtud y verdad; pero siendo imposible que en Dios haya defecto alguno, por eso la voluntad inflamó tanto el corazón de Blanquerna, que sus ojos se llenaron de lágrimas muy copiosas.

7. Mientras Blanquerna contemplaba y lloraba de este modo, allá en el interior de su alma se hablaban mentalmente su memoria, entendimiento y voluntad, y se compalían con grande alegría en las virtudes de Dios, según significan las siguientes palabras: —Memoria —dijo el entendimiento—, ¿qué recordáis de la bondad y de la sabiduría y amor de Dios? Y vos, voluntad, ¿qué amáis de ellas? Respondió primero la memoria, diciendo: —Cuando yo en mi recuerdo he visto y pienso cuán grande bien es saberse a sí mismo mayor y más noble en esencia y voluntad que todas las cosas, no me siento tan grande ni tan elevada como cuando recuerdo el Soberano Bien ser infinito en saber y querer; y cuando a este mi recuerdo junto yo, según mi consideración, la eternidad, poder, virtud, verdad, gloria, perfección, etc., que son en él una cosa misma, entonces me siento engrandecer y exaltar, memorando estas cosas y me parece que voy creciendo sobre todas cosas. Con estas y otras muchas palabras respondió la memoria al entendimiento, y después la voluntad le respondió de semejante modo, diciendo que ella no se sentía tan alta y tan grande cuando amaba al Soberano Bien por ser más sabio y más amante que ninguna otra cosa, como entonces cuando le amaba por tener sabiduría eterna e infinita. El entendimiento después dijo de sí mismo a la memoria y a la

voluntad que él se hallaba en el mismo estado y semejante al de las dos potencias en la contemplación del Soberano Bien.

8. Acordaron entre sí la memoria, entendimiento y voluntad de contemplar a la divina bondad en la virtud, verdad y gloria; y recordó la memoria virtud de bien infinito, existiendo la virtud infinita en verdad y gloria; y el entendimiento entendió todo aquello que la memoria recordó; y la voluntad amó todo aquello que la memoria recordaba y el entendimiento entendía. Otra vez volvió la memoria a su recuerdo, y recordó verdad infinita del supremo bien, existiendo en la verdad, virtud y gloria infinita; y el entendimiento entendió gloria infinita existiendo en la gloria virtud y verdad, que son supremo bien y glorioso; y la voluntad lo amó todo junto en una actualidad y en una misma perfección.

9. Preguntó Blanquerna a su entendimiento, diciéndole: —Si el Soberano Bien me da la salvación, ¿qué entenderás tú? Y respondió el entendimiento: —Yo entenderé la misericordia y la humildad y la largueza de Dios. —Y tú, ¡oh memoria!, si el Soberano Bien me condena, ¿qué memorarás? Respondió: —Recordaré la justicia y señorío, la perfección y poder de Dios. —Y tú, ¡oh voluntad!, ¿qué amarás? Respondió: —Amaré aquello que la memoria recordará, si estuviere en lugar que lo pueda amar, puesto que las virtudes del Soberano Bien por sí mismas son amables.

10. Después de todo esto, Blanquerna se acordó de sus pecados, y entendió cuál grande bien es haber en Dios paciencia, porque si no la hubiera, cuan presto el hombre comete el pecado, sería castigado y privado de este mundo. Y por esto preguntó a la voluntad qué gracias daría a la paciencia de Dios, que le sufría y había siempre sufrido. Respondió la voluntad, y dijo que ella amaría en el Soberano Bien la justicia, aunque fuese posible que el entendimiento pudiese saber que le había de condenar por sus pecados. Agradó mucho a Blanquerna la respuesta que dio la voluntad, y la boca de Blanquerna, con todas las tres potencias de su alma, loaron y bendijeron mucho la paciencia del Soberano Bien por todas las virtudes divinas.

11. Según este modo contemplaba Blanquerna las virtudes divinas desde la medianoche hasta la hora de maitines, haciendo gracias a Dios que se había humillado a él en haberle guiado y enderezado en su contemplación. Y cuando quiso finir la contemplación y tocar a maitines, empezó a acordarse de que no había contemplado la paciencia de Dios tan altamente como las otras virtudes, por cuanto la había contemplado solamente en respecto a sí mismo, según que arriba va expresado, y por esto le fue conveniente volver otra vez en la contemplación, y dijo que él adoraba y contemplaba a la paciencia de Dios en el ser una misma cosa con la suprema bondad y con las demás otras virtudes, sin diferencia alguna. Por lo cual el entendimiento se admiró en gran manera cómo podía ser la paciencia una cosa misma en esencia con las otras virtudes. Pero la memoria recordó que las virtudes en Dios no tienen diferencia alguna las unas de las otras; pero por cuanto las obras que tiene en las criaturas, por las cuales ellas son representadas como por su efecto, son diversas, [por esto parecen diversas], así como parece diversa la vista cuando mira

en dos espejos y el uno es recto y el otro oblicuo, y la vista en sí es una sola en cada uno de los espejos, sin diferencia alguna.

CAPÍTULO II

DE LA MANERA EN QUE BLANQUERNA CONTEMPLABA DE TRES EN TRES LAS VIRTUDES DE DIOS

1. "¡Bondad divina! —dijo Blanquerma—: tú, que eres infinitamente grande en eternidad, tú eres soberano bien, de donde nace todo otro bien; y de tu gran bien viene todo el bien grande y pequeño que haya; y de tu eternidad viene toda otra duración; y, así, en todo cuanto eres bien en grandeza y eternidad, te adoro, te invoco y te amo sobre todo mi entendimiento y mi memoria; y, por esto, te pido que el bien que me has dado me le hagas grande y durable en loarte y servirte en todo aquello que pertenece a tu honor.

2. "¡Grandeza eternal en poder!: tú eres mucho mayor de lo que yo puedo decir, recordar, entender y amar; y, por esto, te ruega mi poder que le hagas grande y durable en recordar, entender y amar mucho a tu gran poder, que es y puede ser infinito y eterno, de cuya influencia esperamos acá abajo la gracia y bendición, por la cual seamos grandes y durables y podamos vivir contigo eternamente.

3. "¡Eternidad, tú que tienes poder de saber sin fin y sin principio!: tú me has principiado para durar sin fin; tú me has creado, tú tienes poder de salvarme o de condenarme. Todo lo que harás de mí y de todos los demás lo sabe eternamente tu saber y lo puede eternamente tu poder, porque en tu eternidad no hay alteración ni mudanza alguna. No tengo yo poder de saber a qué me has de juzgar, porque mi poder y saber tienen su principio; y, así, por cualquiera cosa que haga de mí, plégate que en este mundo mi poder y saber y mi duración sea siempre a mayor honra y servicio tuyo y para alabar tu honor.

4. "¡Poder, que sabes y quieres a todo ti mismo! ¡Saber, que quieres y puedes a todo ti mismo! ¡Querer, que puedes y sabes a todo ti mismo! Tomadme todo mi poder y saber para alabaros y servirlos, pues me habéis tomado todo mi querer. Tú, ¡oh poder, saber y querer!, del modo que creas sin aumento ni disminución ni variación alguna, tú puedes saber y querer todo cuanto hay según tu poder, saber y querer infinito. Y tú, ¡oh saber!, sabes todo cuanto quieres; y tú, ¡oh querer!, quieres y puedes todo cuanto quieres en voluntad, poder y saber. Luego, como esto sea así y ninguna cosa lo pueda mudar ni variar, de esta grande influencia venga a mi poder gracia, para que en todo tiempo pueda poder, querer y saber asimismo en honrar a tu poder; y a mí saber en honrar a tu saber, y a mí querer en honrar a tu amor y honor.

5. "¡Sabiduría divina! En ti es amor y virtud. Tú te sabes a ti misma saber sobre todo otro saber, y te sabes a ti misma amor sobre todo otro amor, y te sabes a ti misma virtud sobre toda otra virtud. Y por esto, si

mi saber sabe que mi querer es menor virtud en amar a tu querer, conviene que tu saber sepa que tu amor es mayor en amarme a mí que mi amor en amarte a ti; y si esto no lo supiese así, no sabría tu sabiduría ser mayor la virtud de tu amor en el querer que lo que es la mía; ni mi sabiduría y amor no tendrían virtud con que poderte perfectamente contemplar." Mientras Blanquerna contemplaba de este modo, se acordó que si Dios supiese que su querer amase al pecado, no tendría virtud con que amarse a sí mismo, y por esto entendió Blanquerna que, si él desamara a Dios, no tendría virtud con que pudiese desamar al pecado, y, por esta razón, lloró dilatadamente Blanquerna cuando se recordó culpable y pecador por el tiempo en que había pecado.

6. —"¡Amor divino! Tu virtud es más verdadera que ninguna otra virtud; y por esto eres tú, amor, más verdadero que cualquiera otro amor, y tu virtud es más verdadera que cualquiera otra virtud; porque si es verdadera la virtud que tiene el sol en iluminar y la del fuego en calentar, mucho más verdadera es la virtud que tienes tú en amar, por cuanto entre el sol y su resplandor y entre el fuego y su calor hay diferencia, pero entre tu amor, virtud y verdad no cabe diferencia esencialmente. Y cuanto tu amor pone en verdad, todo lo hace con virtud infinita y eternal en amar a la verdad; y cuanto hacen los cuerpos celestes y los demás, lo hacen con virtud finida, con tiempo y cantidad. Luego, como esto sea así, a ti, amor, virtud y verdad, me obligo y sujeto por todos los días de mi vida a honrar tus honores y anunciar a los infieles y a los devotos cristianos la verdad de la virtud de tus amores".

7. La virtud, verdad y gloria se encontraron en los pensamientos de Blanquerna cuando contemplaba a su Amado, y consideró a cuál de las tres daría mayor honor en sus pensamientos y voluntad; pero por cuanto no podía entender en ellas diferencia alguna, por ser una misma cosa sin distinción, por esto igualmente las hizo honor y reverencia con memorar, entender y amar a su Amado, y dijo: "Adórote, virtud, que me has creado; adórote, verdad, que me has de juzgar, y adórote, gloria, en quien espero ser glorificado en virtud y verdad, que no cesará por ningún tiempo de dar gloria sin fin."

8. Preguntó Blanquerna a la verdad de su Amado: —Si en ti la gloria y perfección no fuese aquello que tú eres, ¿qué serías tú? Respondió el entendimiento de Blanquerna que sería falsedad, o una verdad semejante a la nuestra, o sería nada, o alguna cosa en la cual habría pena eterna sin fin. Insistió Blanquerna: —¿Y si la verdad no fuese, que sería la gloria? Respondió la memoria que sería trabajo y defecto. —¿Y si la perfección no fuese, qué sería la gloria? Respondió la voluntad que sería todo lo que es nada, o sería todo cuanto es defecto.

9. Consideró Blanquerna en el color, y entendió en él diferencia entre lo blanco y lo rubio, y contrariedad entre blanco y negro. Consideró en la gloria, perfección y justicia de su Amado, y no pudo entender entre ellas diferencia ni contrariedad. Consideró la blancura, y no pudo entender en ella diferencia ni contrariedad. Consideró la gloria, y entendió en ella perfección y justicia. Consideró la perfección, y entendió en ella gloria y justicia. Consideró la justicia, y entendió en ella perfección y gloria. Ma-

ravillóse mucho Blanquerna de tal consideración, en la cual exaltó mucho a su memoria, entendimiento y voluntad para contemplar a su Amado. Y deseando su gloria, llenó sus ojos de lágrimas y lloró amargamente, temiendo la justicia de su Amado.

10. La memoria, entendimiento y voluntad de Blanquerna se esforzaban a subir a su Amado; la memoria quiso elevarse para memorar la perfección; el entendimiento para entender la justicia, y la voluntad para amar la largueza; pero ninguna de las tres potencias pudo trascender a la otra, porque cada una había menester a las tres virtudes de su Amado: para significar que las tres virtudes referidas son una misma cosa en su Amado.

11. —¡Justicia! —dijo Blanquerna—, ¿qué quieres tú de mi voluntad? Respondió la memoria por la justicia: —Quiero en vos contrición y temor, y quiero en vuestros ojos lloros, y en vuestro corazón suspiros, y en vuestro cuerpo aflicciones. —Y tú, largueza, ¿qué quieres de mi voluntad? Respondió el entendimiento por la largueza: —Quiérola tener toda para amar y para arrepentirme y despreciar las vanidades de este mundo. —Y tu, misericordia, ¿qué quieres de mi memoria y de mi entendimiento? Respondióle la voluntad por la misericordia: —Quiero toda la memoria para memorar, y todo el entendimiento para entender su don y su perdón, y mayormente para contemplar a sí misma. Y entonces Blanquerna se entregó todo en contemplar todo cuanto deseaban de él las virtudes de su Amado.

12. Adoraba y contemplaba Blanquerna en su Amado la largueza, misericordia y humildad; y las consideraba mayores y mejores que cuando las contemplaba en sí mismo, y por esto decía a su entendimiento que en su Amado no podía entender toda liberalidad, misericordia y humildad; y decía a su voluntad que la misericordia de su Amado tenía tan gran largueza, que podía tomar de ella cuanto humildad quisiese, y podía haber de ella tanta largueza y misericordia cuanto había menester para su salvación.

13. En peligro se vio Blanquerna en su pensamiento de creer y juzgar que el señorío de su Amado fuese mayor que la misericordia y humildad, puesto que su señorío es sobre cuantos hombres hay y su humildad y misericordia no iluminan en la fe católica a los infieles, pero el Amado despertó la memoria de Blanquerna y la hizo recordar de que la misericordia hizo humillar el Hijo de Dios a encarnarse y morir en cruz en cuanto hombre, para que su señorío fuese revelado y predicado en todo el mundo por aquellos a quienes Dios se ha humillado en el santo sacrificio del altar, y a quien ha hecho Dios tantas honras y los espera su misericordia para la satisfacción de tantas y tan graves faltas mortales desagradables a Dios y a las gentes.

14. Decía Blanquerna que en este mundo no conviene al príncipe señorío sin humildad y paciencia, para significar que sería inconveniente el que en Dios hubiese señorío sin humildad y paciencia; y, por esto, Blanquerna, que era príncipe y señor de su memorar, entender y querer, humilló su principado a la paciencia, para poder subir a contemplar, en su

Amado, humildad, señorío y paciencia, de quien tiene a feudo su principado, del cual debe dar cuenta a su Amado.

15. De esta suerte concluyó Blanquerna su oración, y al otro día la prosiguió en otra manera, es a saber, que, dejando la consideración de la paciencia, empezó por el señorío, combinando las virtudes de tres en tres para usar de distinto modo; y otro día consideraba las virtudes de cuatro en cuatro, o de cinco en cinco, o de seis en seis, o de dos en dos, o las combinaba todos con la grandeza y eternidad, y así de las demás virtudes. Y, de este modo, cada vez que en su contemplación mudaba la combinación de una virtud con otra, se le ofrecían nuevas razones y varios modos y asuntos para contemplar a su Amado. Y porque seguía arte en su oración y contemplación, por eso era Blanquerna tan fecundo en contemplar su Amado, que sus ojos no cesaban todos los días de llorar, y su corazón de suspirar, y su alma se derretía en contrición, devoción y amor de su Amado.

CAPÍTULO III

DE LA ESENCIA

1. Comenzó Blanquerna a contemplar la divina esencia con las divinas virtudes, y memorando, entendiendo y amando aquéllas, decía estas palabras:

2. "¡Oh esencia divina! Tan grande eres tú en bondad y eternidad, que entre ti y entre tu bondad, grandeza y eternidad no hay diferencia alguna. Tú eres esencia y tú eres Dios; y, pues entre deidad y Dios no hay diferencia alguna, adórote deidad y Dios, esencia y ser en una cosa misma, porque si la deidad en Dios y la esencia y ser no fuese una misma cosa, sin diferencia alguna, tu grandeza sería finida y terminada entre tu bondad y tu bien, y entre tu eternidad y tu ser eterno; y se seguiría que tu deidad sería una cosa y Dios otra, y lo mismo se seguiría de tu ser y de tu esencia; y porque tu grandeza es infinita en bondad y eternidad, por eso, soberana esencia, yo te adoro y bendigo en una pura actualidad y simple igualdad con todas tus virtudes y dignidades divinas.

3. "De tu bondad y grandeza y de tu bien grande, ¡oh esencia gloriosa!, memora y entiende tu memoria y entendimiento lo que no puede memorar y entender de ninguna otra cosa, en que la bondad y el bien, grandeza y grande, duración y durante no son una misma cosa; porque si lo fueran, no habría diferencia entre la esencia y el ser de la criatura y la esencia y el ser del Creador; y si esto no fuera así, tu bondad no sería soberana en grandeza, como conviene que lo sea. Para que, pues, sea significada mayor la nobleza de tu esencia y de tu ser, entiende y memora ser mayor en ser una cosa misma tu esencia y tu ser, que no la esencia y el ser creado, en quien es defectuosa la grandeza, por cuyo efecto tenemos conocimiento de tu grande e infinita grandeza, a quien alabo y bendigo, sujetando toda la grandeza de mi voluntad para adorar, contemplar, loar y servir a tu esencia gloriosa.

4. "La esencia en la criatura es distinta del poder, saber y querer creado, porque una cosa es el poder, otra cosa es el saber y otra el querer; y, por esto, la esencia creada no puede ser una misma cosa en su poder, saber y querer. Mas porque tú, gloriosa esencia, no tienes diferencia en tu poder, saber y querer, ni menos entre tu poder, saber y querer, hay diferencia alguna; por esto eres una esencia y una misma cosa con tu ser, sin diferencia ni distinción de tu poder, saber y querer. Y siendo esto así, por eso eres tú soberano bien, pues todo otro bien es deficiente en poder, saber y querer para ser una cosa misma con su esencia; y de ahí por su naturaleza se inclina a la corrupción, a cuya inclinación sería contraria su naturaleza si no hubiese diferencia entre el ser y su esencia.

5. "¡Gloriosa esencia! Tu poder en tu ser no puede obrar ningún defecto. Mi poder puede hacerlo contra mi ser; y la razón de esto es porque una cosa es mi ser y otra es mi esencia y otra mi poder. Y porque mi poder es distante por gran diferencia de mi ser y de mi esencia, por esto puede contra mi ser y mi esencia. Mas cuanto tu poder es tu esencia y tu ser sin diferencia alguna, por esto no puede hacer cosa alguna contra tu esencia y ser divino; y, por esta razón, tienes tú, ¡oh esencia!, cumplido, perfecto, infinito y eterno poder en virtud, verdad, gloria y perfección.

6. "De la humanidad es llamado el hombre tal, la cual es esencia del hombre; y de caballería es llamado tal el caballero; y de la justicia el justo, y de la sabiduría el sabio. De donde en tu deidad eres tú Dios, y quien dice tu deidad, dice Dios, y quien dice Dios, dice tu esencia; porque tu virtud es bastante para ser tu esencia, y tu ser en verdad, gloria y perfección; y mayor verdad es en ser una cosa misma tu ser y tu esencia, que no es en la criatura ser una cosa la esencia y otra el ser, y en ser una cosa justa y otra justicia. Y, por esto, muchos justos y muchos hombres y muchos caballeros pueden ser diversos en alguna cosa debajo razón de la justicia, humanidad y caballería. Pero no es así de tu ser y de tu esencia, por cuanto tu gloria y tu perfección tienen virtud y verdad, donde no hay diferencia de ser y de esencia.

7. "Si justicia no se hallara en la criatura, sería imposible que el justo fuese creado, así como es imposible que sea el hombre sin la humanidad. De donde, cuando el hombre y su humanidad y las demás criaturas aun no eran cosa alguna, ya en tu esencia había justo y justicia, sin que en tu esencia haya justo, ni en ti, justo, haya justicia por razón de la criatura, sino que tú eres justo y justicia por ti mismo; porque, así como el hombre no podría ser sin su esencia, esto es, sin la humildad y naturaleza humana, así, por el contrario sentido, puede ser en ti justo y justicia sin la criatura. Y así como el hombre no puede ser sin alguna otra cosa que no es hombre, esto es, sin los elementos materia, forma, accidentes, naturaleza y causa eficiente, así en tu esencia no podría ser justo ni justicia, si pudieran en ella caber accidentes, cualidad y diferencia entre el ser y la esencia. Y si tu justicia tuviera necesidad de alguna cosa que no fuese Dios ni esencia divina, no podría ser eterna, infinita, virtuosa, ni cumplida como lo es en toda perfección.

8. "¡Esencia divina! Antes que fuese aquel a quien das, había en ti

largueza, pues si tú eres la largueza y la largueza es tú mismo, no es tu largueza en tu eternidad e infinitad posterior a tu esencia; y lo mismo se sigue de tu misericordia y de las demás virtudes. Ni ahora, cuando son y existen las criaturas a quienes tú das y perdonas, tu largueza y misericordia son mayores. Y si hubiese diferencia entre tu largueza y tu misericordia en tu esencia, no serías soberano bien liberal en dar y perdonar; y tendrías misericordia hasta tanto que hubieses creado la criatura; y sería imposible que creases cosa alguna sin que antes de la creación de aquella tuvieses largueza y misericordia."

9. Consideró Blanquerna que la humildad, señorío y paciencia en la criatura son cualidades, y en Dios son esencia; y cómo las cualidades son distantes de la esencia, y mucho más en comparación con la humildad, señorío y paciencia, como esencia y ser divinal. Por eso Blanquerna adoró a la humildad, paciencia y señorío como ser divinal, y dijo estas palabras: "Humildad sin humillar, y señorío sin dominar, y paciencia sin pacenciar no se convienen en ser esencia soberana, en bondad y grandeza eternal sobre todas las criaturas. Ni en la esencia de Dios se conviene humillarse de mayor a menor, pues no las hay; ni se conviene haber en ella señor y vasallo, ni agente y paciente, según distinción de mayor a menor." Mientras Blanquerna contemplaba de este modo, se quedó turbado y temió de afirmar contradicción; pero por la grande elevación en que se hallaba su entendimiento por la contemplación, conoció que la imaginación pecaba en la falsa comparación; y la memoria recordó cómo a Dios se deben atribuir todas las cosas buenas que hay en las criaturas y que dicen perfección en tanto que todas ellas convienen que sean en la divina esencia, como no se siga alguna imperfección en Dios; y por cuanto es cosa buena la humildad, señorío y paciencia en la criatura, conviene que asimismo sean en la esencia divina; pero como en la criatura no sean aquellas en tan grande perfección como lo son en Dios, conviene que por otro más noble modo, esto es, por identidad, entendamos existir en la esencia divina humildad, señorío y paciencia, que es distinto del modo según el cual existen en la criatura, en la cual son aquellas virtudes cualidades accidentales que tienen principio, medio y fin.

10. En esta contemplación decía Blanquerna que la esencia de su Amado era inconmutable, por cuanto comprendía y no era comprendida; y era inalterable, por cuanto era eternidad; y era incorruptible, porque su poder, querer y saber, su virtud, justicia y perfección eran eternas, y que por eso una tal y tan gloriosa esencia debía ser tenida más a menudo en su memorar, entender y amar que cualquiera otra esencia o esencias.

11. Decía también que el rey, por razón de su señorío, ni por sus fuerzas, belleza, sabiduría, poder, justicia y demás cualidades, no es más cercano a la esencia humana ni es más hombre que el hombre de fea figura que es su vasallo y es hombre pobre y de poco poder y saber; y esto se manifiesta ser así por cuanto el rey puede privarse asimismo de todas estas cosas. Pero no es así de la esencia de Dios y de sus virtudes, porque, como sean una misma cosa la esencia y las virtudes, esto es, bondad, grandeza, eternidad, poder, sabiduría, amor, perfección, etc., por esto es la divina esencia persencialmente en virtud, en sabiduría, poder, perfección

y en todas las otras dignidades pertenecientes a ella; y en todo lugar y parte de él y en todo tiempo y por todos tiempos infaliblemente. Y esto no conviene sino solamente a la voluntad de Dios, pues que ninguna otra cosa, que no sea Dios, no puede poseer las virtudes de Dios, no puede ser su esencia misma.

12. Por este modo y por otros muchos contemplaba Blanquerna la esencia de Dios, combinando las unas virtudes con las otras, según su inteligencia, para tener muchas razones y nuevos modos, más abundante materia para contemplar la esencia de Dios. Y cuando hubo finido su oración, escribió lo que había contemplado, y después leyó lo que había escrito, y no sintió tanta devoción mientras lo leía como cuando lo contemplaba. Y por esto la contemplación no es tan devota en leyendo el libro como lo es contemplando las razones escritas en él; y la razón es porque en la contemplación la alma asciende más altamente a memorar, entender y amar la divina esencia —por cuanto habla con Dios sin medio—, que no cuando lee lo que ha contemplado, y porque devoción se conviene mejor con contemplación que con escritura.

CAPÍTULO IV

DE LA UNIDAD [DE DIOS]

1. Transfirió Blanquerna sus pensamientos, sus consideraciones y amores a contemplar la unidad de Dios, y dijo estas palabras: “Soberano Bien! Sólo tu bondad es infinita en grandeza, en eternidad y poder, porque ninguna otra bondad tiene con que pueda ser infinita eternamente, ni poderosa infinitamente; y por eso, Soberano Bien, yo te adoro a ti solo, un Dios que eres soberano en todas perfecciones. Tú eres un solo bien, de quien descenden y emanan todos los otros bienes. Tu bien tan solamente sostiene a todo otro bien. Sólo tu bien es principio de mi bien; y, por eso, todo mi bien doy y sujeto a honrra, loar y servir a tu bien tan solamente.

2. “¡Amable Señor! Grandeza sin principio y fin en esencia virtuosa y cumplida en todas perfecciones, conviene a un Dios tan solamente, y no a muchos, por razón de que eternidad, que es sin principio y fin en durabilidad, se conviene con grandeza que en esencia y virtud no tenga principio ni fin, antes bien sea sin principio y sin fin cumplidamente. Y si esto no fuera así, seguiríase, Señor, que la justicia y perfección serían cosas contrarias en la eternidad, si la eternidad, que no tiene principio ni fin en duración, se conviniese también con esencial grandeza, habiente cuantidad finida y terminada, como en esencia indefinida e interminable. Mas como tú, Señor, inmenso Dios mío, seas tu justicia y tu misma perfección, por esto es significado a mi entendimiento que tú eres un Dios eterno tan solamente.”

3. Memoró la memoria de Blanquerna en la bondad, grandeza, eternidad, sabiduría y voluntad el poder de Dios. Por la bondad entendió me-

jor poder que otro poder; por la grandeza entendió mayor poder; por la eternidad entendió un poder más durable; por la sabiduría, un poder más sabio; por la voluntad, un poder más benigno que ningún otro poder, como todas las dignidades sean en Dios esencialmente una misma cosa. Y cuando el entendimiento de Blanquerna hubo entendido el poder divino, entonces la memoria memoró un poder tan solamente supremo a todos los otros poderes; por lo cual el entendimiento entendió haber un Dios tan solamente, por cuanto, si hubiese muchos dioses, sería imposible que el entendimiento pudiese entender mayor y más noble que todos los otros poderes.

4. Consideró Blanquerna en la virtud de las plantas, hierbas y demás cosas que la naturaleza ordena a un fin; y su entendimiento entendió cómo en cada una de las cosas naturales hay una virtud que domina todas las otras virtudes que se hallan en aquel cuerpo; y por eso la naturaleza en cada cuerpo elementado tiene natural apetito a un fin más que a otro, por cuanto el un fin, esto es, una perfección, tiene debajo de sí a las demás perfecciones. Mientras consideraba esto Blanquerna, su memoria transfirió su entendimiento a entender el fin para que son creados los hombres. Y cómo las bestias, aves, plantas, metales, elementos, cielos y estrellas se han y llevan a un fin, que es servir al hombre. Y por esto le fue significado, según la perfección de bondad, poder, justicia, sabiduría, voluntad y de las otras dignidades, que todos los hombres están obligados a loar, honrar y servir a un Dios tan solamente; porque si fuesen muchos los dioses, según la perfección y la justicia, saber y poder de cada uno, Dios hubiera creado y producido las criaturas y los hombres a muchos fines. Contemplando así Blanquerna en la virtud y unidad de Dios, según la manera antedicha, sintió muy elevada su memoria, entendimiento y voluntad en la contemplación de Dios, por cuanto se entendía la unidad de Dios con sus divinas virtudes, las cuales conservaba en su memoria, entendimiento y voluntad.

5. Dada es voluntad al hombre, por la cual quiere tener solo y poseer su castillo, su ciudad y su reino y quiere ser señor de su mujer y de su hijo; y por cuya voluntad quiere también tener libres su entendimiento y su voluntad, y así de las demás cosas. Y cuando injuriosamente contra su voluntad tiene par e igual en estas cosas, siente gran pasión, la cual es contra gloria y señorío. Habiendo Blanquerna repasado todo esto en su memoria, consideró la gloria y señorío de Dios; y entendió que, si hubiera muchos dioses señores del mundo, su gloria y señorío no pudieran ser tan grandes como lo son si hay un solo Dios; y porque a Dios se conviene el que sea conocida su mayor gloria y señorío, por esto fue demostrado manifiestamente al entendimiento de Blanquerna haber un Dios solamente. Y para que su entendimiento entendiera más altamente, fue su voluntad más exaltada con fervor y devoción a contemplar a su Amado, esposo de su voluntad, y dijo estas palabras:

6. "Verdad es, mi Señor Dios, que no hay otro Dios sino tú solamente. A ti solo me encargo y me ofrezco para servirte. De ti solo espero gracia y perdón, pues otra largueza no hay que pueda dar gracia ni otra misericordia que pueda perdonar sino solamente la tuya. Humilde eres tú, Señor,

si a ti humilde soy. Señor soy yo, si tuyo sólo soy. Victoria consigo sobre todos mis enemigos, si por ti solamente soy paciente. Y por esto, con todo cuanto soy, puedo ser y seré, a ti solo soy culpable y pecador. A ti solo pido el perdón; y en ti me fío, y por ti me expongo a los peligros; y cuanto aconteciere de mí, sea todo a un fin, en que tú seas loado, servido y honrado. A ti solo temo, mi Señor; de ti recibo esfuerzo y vigor. Por ti lloro y me enardezco en amor; y no quiero a otro señor sino a ti solo, que eres mi Creador."

CAPITULO V

DE LA TRINIDAD [DE DIOS]

1. Contemplar quiso Blanquerna la Santísima Trinidad de nuestro Señor Dios, y, por eso, en el principio de su oración, rogó a Dios le exaltase las potencias de su alma para poder ascender a contemplar sus divinas virtudes y dignidades, para que por ellas pudiese contemplar su Trinidad gloriosa, y dijo estas palabras: "¡Santa y gloriosa esencia divina, en quien es Trinidad de divinas personas! Gracia te pido, como te plega humillarte, para que mi alma pueda subir a contemplarte en tu Trinidad santa con tus propias y esenciales virtudes y dignidades comunes a las tres propiedades esenciales personales y a las tres divinas personas. No soy yo digno, Señor, de pedirte el don que te pido, ni menos recibirlo; mas por cuanto tú Señor, me lo puedes dar, y yo con él podré mejor amarte, conocerte, recordarte y alabarte, por esto te lo pido; pues mi alma desea conocer y amar todas aquellas cosas por las cuales pudiese mejor alabarte y servirte, conocerte y amarte, y por las cuales pueda yo hacer amar y conocer tus honores y valores y tus honraciones a las gentes".

2. Confióse Blanquerna en el auxilio de Dios, y dijo estas palabras: "No fue jamás, ni es, ni será en la criatura que el bien infinito y eterno pueda naturalmente ser engendrado ni precedido, siendo así que todo bien creado es terminado y finido en bondad, grandeza, duración, poder, etcétera. Pero si en la criatura hubiese un bien infinitamente grande en eternidad, poder, saber, querer, etc., sería posible cosa que un bien infinito pudiese engendrar otro bien infinito; y si esto no fuera posible, sería imposible que en la criatura hubiese un bien infinito, según arriba hemos supuesto." Cuando Blanquerna hubo recordado, entendido y amado todo eso, recordó y entendió que el Soberano Bien es más excelente en bondad, grandeza y eternidad, poder, saber y querer que el bien creado; y conviene que tenga más alta y más noble obra y actualidad que el bien creado; porque, si no lo tuviera, sería imposible que le fuese superior en infinitud de bondad, grandeza, eternidad, poder, sabiduría, etc.

3. Habiendo Blanquerna, con el auxilio de Dios, elevado las potencias de su alma en el más alto grado que las había podido exaltar, se esforzó cómo por otro modo pudiese más altamente elevarlas; y empezó a considerar que gran bien es engendrar Dios que sea bien infinito, eterno, poderoso, sabio, amoroso, virtuoso, verdadero, glorioso, cumplido en toda

perfección, justo, liberal, misericordioso, humilde, señor de cuanto tiene ser, y en supremo grado paciente. Después de haber considerado Blanquerna todo esto, por largo espacio de tiempo consideró otra vez cuán grande bien es dar a Dios procesión en que sean todas las virtudes comunes sobredichas. Consideró otra vez cuán grande es el bien de que es engendrado Dios y de dónde emana Dios eternal e infinitamente. Y habiendo considerado Blanquerna todas estas cosas, consideró por negación que en el Soberano Bien no fuese el bien que había considerado, y sintió entonces su alma vacía de devoción e inteligencia; y volviendo a considerar en Dios todo lo que había considerado por afirmación, por este medio sintió luego a su alma llena de recordación e inteligencia y amor al Soberano Bien; y empezó a llorar y alabar a Dios, que tan altamente le hacía contemplar.

4. Recordó Blanquerna en su alma a la virtud creada, la cual quiso ascender a más alto grado por especial auxilio de la virtud increada, y presentádola en su memoria, dijo estas palabras: "Los filósofos antiguos dijeron que el mundo es eterno; y lo entendieron decir a honor de la virtud increada, a quien se conviene obrar eterna e infinitamente. Y porque ellos ignoraron en Dios Trinidad y operación intrínseca eternal, atribuyeron a Dios obra eterna e infinida en el mundo, y en las cosas de que es compuesto e integrado; pero, por cuanto a la virtud de Dios se conviene mucho mejor el obrar en sí obra eterna e infinida en poder, sabiduría, amor, perfección y gloria que en otra cosa que no sea Dios, por eso, la perfecta justicia, sabiduría, verdad y gloria de Dios significaron a Blanquerna que el mundo había tenido principio y que la obra que la divina esencia tiene en sí misma engendrando al Hijo, y procediendo el Espíritu Santo del Padre y del Hijo es eternal e infinida en toda perfección. Y si esto no fuera así, se seguiría que tan infinida virtud y capacidad tendría el mundo en recibir eternidad, como es en el divino poder y en la eternidad y virtud de comunicársela, cual es imposible; por cuya imposibilidad significada a Blanquerna, quedó su entendimiento tan exaltado y su voluntad se elevó tan altamente a amar la Santísima Trinidad de Dios, que el amor dio al cuerpo sus langores, y a los ojos lágrimas y llores, y al corazón suspiros y devoción, y a la boca creaciones y loores de su Dios glorioso.

5. Con gran temor decía Blanquerna a la Santísima Trinidad, mental y corporalmente estas palabras: "¡Excelente Trinidad soberana! Por tus comunes virtudes eleva mi entendimiento a contemplarte y amarte. En tus propias virtudes personales desfallece mi entendimiento en tener de ti conocimiento; pero, por cuanto mi voluntad asciende a amarte a ti, y mi entendimiento a creerte, iluminado con luz de fe por tu bendición, por eso están en ti contemplando estas potencias mías por amor y por fe e inteligencia, sin que de esto se siga contradicción alguna."

6. Mientras Blanquerna contemplaba de este modo la Trinidad soberana, error e ignorancia quisieron inclinarle a descreer la Santa Trinidad en Dios, considerando que toda trinidad hacía composición; pero volviendo sobre sí, recordó Blanquerna cómo la grandeza de Dios es infinida en poder, perfección y eternidad, por lo cual entendió sería grande inconveniente que, si la pluralidad y trinidad creada no pueden ser sin composi-

ción, se siga de aquí que la Trinidad soberana deba de ser compuesta, ni entrar en ella composición alguna, porque así como la soberana Trinidad y pluralidad de las divinas personas es superior en bondad, grandeza, eternidad, poder, etc., a la pluralidad y trinidad creada, asimismo conviene que le sea superior en simplicidad; y porque la unidad de Dios es superior en simplicidad a toda unidad creada, asimismo conviene que el Soberano Bien tenga pluralidad, con la cual sea superior en Trinidad personal y en simplicidad a toda pluralidad creada.

7. “¡Trinidad santa! En todo lo que no te alcanza mi entendimiento eres tú mayor en grandeza, y es mayor mi fe que mi entendimiento, y es mayor tu grandeza que mi fe, y la razón de esto es porque tu grandeza es infinita en toda perfección, y mi fe y entendimiento son comprendidos y limitados por tu grandeza; luego, si en lo que cree de ti mi entendimiento, soy yo mayor por fe que por entendimiento, si yo te entendiera, sería mayor en amor por el entender que por el creer; y si eso no fuera así, se seguiría que el amor se convendría más con la ignorancia que con el entender; y siendo esto así, aun se seguiría que el amor sería menor en las alturas del entendimiento y mayor en sus desfallecimientos, y esto es imposible, sin que se siga contradicción alguna ni en el mérito ni en el entendimiento por fe, la cual queda en su estado perfectamente la que era según la diversidad de los objetos que tienen la fe y el entendimiento, cuya diversidad habemos significado arriba en las divinas virtudes y dignidades comunes a todas las tres divinas personas, y según las propiedades personales divinas.”

8. Para usar Blanquerna del *Arte de contemplación*, consideraba en su alma generación con infinitud, eternidad y perfección; y también para que no creyese ser semejante la divina generación a la de las criaturas, la que no pudo hacer caber en su alma, ni entender, amar, ni recordar el que fuese con eternidad, infinitud y perfección, por cuanto no pudo creer en ella simplicidad sin composición y corrupción, según su entendimiento tenía de ello conocimiento; y en la suprema generación entendió simplicidad sin composición y corrupción, en cuanto no puede ser sin eternidad, infinitud y perfección en su entendimiento, memoria y voluntad, que así la entendía, recordaba y amaba.

9. “¡Trinidad santa!: si tú no fueras, ¿en qué sería Dios semejante al hombre? Y ¿en qué haría ser verdadera su palabra cuando dijo: “Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra?” [Gén. 1, 26]. Y si hay Trinidad, no es desemejante a la nuestra en aquesto que se la pueda asimilar, aunque sea aquélla un infinito y eterno poder, saduría, perfección, etc.” De esta manera contemplaba Blanquerna la Santísima Trinidad de Dios, y a ella elevaba todos los poderes de su alma cuanto podía para que así fuese obediente al precepto de Dios que manda que el hombre ame a su Dios, Creador y Señor, con todas sus fuerzas y con todos sus pensamientos y con toda su alma en quien son la memoria, entendimiento y voluntad.

CAPÍTULO VI

DE LA ENCARNACIÓN

1. Recordó Blanquerna la Santísima Trinidad de nuestro Señor Dios para que el entendimiento entendiese cómo de la influencia de bondad, eternidad, poder, sabiduría y voluntad de la Trinidad divina debía Dios hacer en la criatura una obra que fuese de gran benignidad, durabilidad, poder, sabiduría, caridad, etc. Y, por esto, el entendimiento entendió que, según la operación que hay en las personas divinas, era cosa conveniente que Dios asumiese naturaleza humana en unión personal, en la cual y por la cual fuesen significadas sus divinas virtudes y las operaciones interiores que tiene en sus divinas personas, y que por aquella significación la voluntad de Blanquerna y la de los demás hombres amase más a Dios y sus obras, por lo cual dijo estas palabras:

2. "Divina virtud, tú eres infinita en bondad, grandeza, poder, sabiduría, amor y en toda perfección, y, por eso, si otra cosa fuese infinita en bondad, grandeza, eternidad, paciencia, etc., en ella pudieras tú obrar infinitamente por la grandeza, eternidad y acción, por cuanto tuvieras poder para ello, y aquella cosa pudiera recibir tu acción. Pero por cuanto toda otra virtud es finida, menos la tuya, por esto no es suficiente cosa alguna a ser paciente en eternidad ni en grandeza infinita a tu obra y acción, que es sin principio, tiempo ni cuantidad. Para demostrar, pues, todas estas cosas, quiso tu sabiduría crear una criatura mayor y mejor en virtud que todas las otras criaturas y virtudes creadas. Y quiso el Hijo de Dios ser una persona con aquella criatura, para significar que así como tu bondad le había podido dar mayor virtud que todas criaturas, y esto tu sabiduría lo entendió, así también la había querido hacer mayor que la criatura y que todas las demás criaturas.

3. "Mayor es, Señor, la gloria de tu humana naturaleza, que todas las otras glorias creadas, y esto es porque tu perfección es mayor que toda otra perfección; y por cuanto tu justicia, Señor, tiene mayor bondad, poder, sabiduría y amor que toda otra naturaleza creada, por eso quiso dar mayor perfección a tu humanidad que a ninguna otra naturaleza creada. Y como esto sea así, conviene, pues, que todos los ángeles y todas las almas de los santos, y aun todos los cuerpos de los bienaventurados, después de la resurrección, tengan gloria en tu humana naturaleza y por ella puedan ascender a haberla mayor en tu naturaleza divina."

4. Habiendo Blanquerna considerado largo rato en las cosas antedichas, sintió a su memoria, entendimiento y voluntad por elevadas en la contemplación; pero aun con esto no daba su corazón agua a sus ojos por la cual se hallasen en lágrimas y lloros, y por esto elevó Blanquerna las potencias de su alma más altamente en la contemplación, para multiplicar la devoción tan vivamente en su corazón hasta que sus ojos corriesen en lágrimas y lloros, por ser cosa inconveniente el contemplar altamente sin derramar lágrimas; y por esto bajó Blanquerna su memoria a

recordar la vileza y miseria de este mundo y los pecados que hay en él; y asimismo cuán grande fue la maldad que cometió nuestro padre Adán contra su Creador cuando le fue inobediente, y cuán grande la misericordia, largueza, humildad, paciencia y señorío de Dios, cuando le plugo tomar carne humana y cuando quiso entregar aquella humanidad a la pobreza, desprecios, tormentos, trabajos, congojas y vil muerte, sin tener culpa ni parte en nuestros defectos. Mientras la memoria de Blanquerna estaba acá abajo memorando estas cosas, ascendió el entendimiento a entender, y, siguiéndole la memoria, contemplaron en las otras virtudes divinas, a saber: en la infinita bondad, eternidad, poder, sabiduría, amor, virtud, verdad, gloria, perfección, etc., y por lo que el entendimiento contempló y la memoria recordó de la bondad y demás virtudes de Dios y de la pasión y muerte de la naturaleza humana de Jesucristo, la voluntad concibió tanta devoción, que dió al corazón suspiros y contricción, y el corazón dió a los ojos lágrimas y llantos, y la boca, confesión y loores de Dios.

5. Grande rato lloró Blanquerna contemplando la encarnación del Hijo de Dios, como arriba se había dicho; pero, mientras lloraba, la imaginación quiso imaginar el modo cómo el Hijo de Dios unió a sí la humana naturaleza a ser con él un supuesto y una persona. Y por cuanto no lo pudo imaginar, comenzó el entendimiento a ignorar y Blanquerna a dudar, y cesaron los suspiros y las lágrimas y los lloros por causa de la duda, que desvaneció a la devoción en que antes se hallaba. Cuando Blanquerna advirtió el estado en que había parado su pensamiento, elevó otra vez su memoria y su entendimiento a la grandeza de la bondad, poder, sabiduría, amor y perfección de Dios; y en la grandeza de aquellas virtudes entendió su entendimiento que Dios pudo unir a sí la humana naturaleza, aunque la imaginación no lo sepa ni pueda imaginar, por ser Dios mayor en bondad, poder, sabiduría y querer que la imaginación en imaginar. Y por este tal memorar y entender, destruyó Blanquerna la duda que había tenido de la encarnación, y volvieron en su corazón la contricción y devoción, y en los ojos lágrimas y llantos, y se halló en más alta y fervorosa devoción y contemplación que no en el principio.

6. Meditó y contempló profundamente Blanquerna la encarnación del Hijo de Dios en el modo arriba dicho; y cuando sintió que su alma se fatigaba de aquel primer modo, eligió otro, para que, mudando su contemplación por otra nueva manera, recobrase su alma alguna virtud y fuerza para contemplar. Y, por eso, Blanquerna recordó cómo la santa encarnación y pasión del Hijo de Dios es honrada en la bondad de Dios, grandeza, eternidad y poder, sabiduría, amor y perfección, etc., y cómo en este mundo ha honrado a muchos hombres con su honor, los cuales no se lo dan como pudieren. A más de esto, recordó cómo son muchos los infieles en este mundo que no honran a la naturaleza humana de Jesucristo, a la cual ha honrado Dios tanto en sí mismo; antes bien, la descreen y blasfeman; y poseen la Tierra Santa, en donde Dios asumió aquella naturaleza y donde, para honrarnos a nosotros y restituírnos al supremo señorío que habíamos perdido, padeció muerte y pasión aquella humana naturaleza. Cuando Blanquerna tuvo aplicadas las potencias de su alma en esta materia, entonces renováronse en él la devoción, los suspiros, llo-

ros y contrición; y fue puesta su alma en altísima contemplación de la santa encarnación del Hijo de Dios, y, por esto, dijo estas palabras: “¡Ah Señor Dios, que has honrado y exaltado de tan gran manera en tus divinas virtudes a nuestra humana naturaleza! ¡Cuándo llegará aquel tiempo que tú exaltes fuertemente y honres a nuestro memorar, entender y amar a tu santa encarnación y pasión!”

7. Tan alta era la contemplación de Blanquerna, que las potencias de su alma mentalmente se hablaban. Y decía la memoria que bondad grande, había grande obra, y grande potestad, poder grande. Respondía el entendimiento, y decía que gran misericordia, amor, largueza y humanidad unía y juntaba menor virtud a mayor. Y la voluntad decía que a ella le convenía amar sobre todas las criaturas a su señor Dios Jesucristo; pero que de una cosa se maravillaba, y era cómo puede ser, supuesto que Jesucristo amaba tanto a su pueblo, y por él quiso sufrir tan grande pasión, y Dios quiso humillarse tanto, por cuál razón hay en el mundo tantas gentes idólatras e infieles, que todos viven con ignorancia de su honor. Respondió el entendimiento, y dijo que aquella cosa era materia a la voluntad para que tuviese tanta devoción que hiciese al hombre desear padecer martirio para honrar la encarnación; y era materia a la memoria cómo recordase y pensase tan altamente en las virtudes y dignidades de Dios, que él pudiese ser exaltado en tan necesarias demostraciones que pudiese significar a los infieles la santa encarnación y pasión de su señor Dios Jesucristo.

8. Tan iluminado e inflamado de la divina luz estaba el espíritu de Blanquerna, que decía estas palabras: “La mayor verdad que sea conjunta de verdad increada y creada es en la encarnación; luego ¿cómo son más los hombres que la ignoran, descreen y menosprecian que los que la honran y creen? ¡Ah justicia! Tú, que eres tan grande en poder, saber y perfección, ¿qué harás?; ¿castigarás estos defectos tan grandes y tan mortales? ¡Ah misericordia! Tú, en quien hay tanta benignidad, amor, ciencia y humildad, ¿los perdonarás?” Aquí lloró Blanquerna; y entre temor y esperanza se entristecía y se alegraba contemplando la santa encarnación del Hijo de Dios.

CAPÍTULO VII

DEL “PATER NOSTER”

1. Recordó Blanquerna las divinas virtudes y dignidades, y quiso por ellas contemplar a Dios en la oración del *Pater noster*, y quiso poner las virtudes y el *Pater noster* en su memoria, entendimiento y voluntad. Y, por esto, hablando con Dios, dijo estas palabras: “Padre eres tú, Señor, de nosotros, y eres padre, es a saber, que Dios Padre es Padre de Dios Hijo infinita y eternamente en bondad, grandeza, poder, sabiduría, amor, perfección, etc. Y tu divina esencia es padre de la naturaleza humana de Jesucristo por creación y por benignidad, largueza, misericordia, humildad y caridad; y, por eso, dijo Jesucristo, cuando hizo la oración del *Pater*

noster, que en ti es padre, por persona, Padre propiamente de Dios Hijo; y tú eres esencia, la cual es padre de su humanidad, y asimismo de todas las criaturas; y por cuanto los apóstoles eran criaturas y creían en la Santa Trinidad y en la humanidad y encarnación de nuestro Señor Jesucristo, les enseñó y mandó que rezasen el *Pater noster*.

2. "Tú, Señor, eres Padre de Dios Hijo en los cielos, los cuales son tu misma grande e infinita bondad, eternidad, poder, sabiduría, amor, perfección, etc., que son esencia en la cual es Dios Padre, que engendra a Dios Hijo. Y por cuanto en tu esencia hay infinita perfección en bondad, grandeza, eternidad, poder, sabiduría, amor, gloria, etc., por esto, Señor, son comparadas tus dignidades a los cielos, que son altos, y son tan altas tus dignidades y virtudes, que ningunas otras virtudes son bastantes a ser en tan grandes alturas y excelencias como son las tuyas solamente; por cuyas alturas y excelencias nos significas, Señor, en el *Pater noster* que tú eres padre, porque eres más alto que todas las criaturas, y por razón que en tus cielos son tus obras por las cuales Jesucristo te llama padre suyo y nuestro. Luego si Jesucristo, que es Dios y hombre verdadero, y en los cielos es igual a ti en cuanto Dios y es en la tierra en cuanto es hombre, el que da de ti testimonio que eres padre suyo y nuestro, y que estás en los cielos, justa cosa es que nosotros, que estamos acá en la tierra, creamos su testimonio y que recemos la oración del *Pater noster*.

3. "Santificado sea, Señor, tu santo y glorioso nombre en tu bondad, grandeza, eternidad, poder, sabiduría, amor, perfección, etc., en quienes es el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo por generación y procesión, sin las cuales no podrían ser en tu esencia nombres propios y distintos eterna e infinitamente en bondad, virtud, verdad y perfección. Mas porque hay Padre eternal, Hijo eternal y Espíritu Santo eternal, y cada una de estas personas es infinita en perfección, por esto hay en tu esencia nombres eternos e infinitos en perfección; y por esto es cosa digna que sean santificados tus nombres personales en tu eterna, infinita y perfecta esencia divina."

4. "Y no solamente, Señor, requiere la justicia que tu nombre sea santificado en tus referidas virtudes, pero aun, según razón, es digno, asimismo, que sea santificado acá abajo entre nosotros por todo el mundo. Y, por esta razón, Señor, has establecido tú en la tierra la santa Iglesia Romana, para que procure a que tu santo nombre sea nombrado, loado y conocido por todo el mundo, a fin que sea santificado en las almas de los hombres y en el santo sacramento del altar; y para que el Santo Padre Apostólico y sus compañeros los señores cardenales y los otros prelados no sean negligentes y que por otros negocios no cesen de procurar cómo tu nombre sea santificado, pues de esto has tú hecho mandamiento con tu propia boca en la oración del *Pater noster* y en la hora de tu tránsito de este mundo, cuyo mandamiento hiciste tú, Señor, a tus lugartenientes los apóstoles después de tu muerte.

5. "El tu reino, Señor, es tu esencia misma en tus propiedades personales, en quienes es la bondad, grandeza, eternidad, poder, sabiduría, amor, perfección. Aquel reino, Señor, venga en nuestra alma para memorar, entender y amar tus propiedades comunes y tus propiedades propias personales,

para que tu reino sea honrado acá abajo entre nosotros y que podamos nosotros arribar a tu reino glorioso y en él ser bienaventurados perpetuamente.

6. "Hecha es, Señor, tu voluntad en los cielos y en la tierra; en los cielos, pues buena es tu esencia, en la cual hay bondad y voluntad, que emana de Padre infinito e Hijo infinito en bondad, grandeza, eternidad, poder, sabiduría, amor, perfección, etc. Cumplida es, Señor, tu voluntad en el Hijo, el cual es eterna e infinitamente engendrado en toda perfección. Y, por eso, Señor, quiere la justicia, la perfección, virtud, verdad, etc., que tu voluntad se cumpla en la tierra, esto es, en la naturaleza humana que tomaste, en la cual hay tierra corporal y elemental, la cual voluntad fue por obra del Espíritu Santo, cuando te encarnaste en la virgen gloriosa Santa María.

7. "Tan alta es, Señor, tu voluntad y tan maravillosa, que por todo este mundo debe ser obedecida por razón de tu bondad, de tu poder, perfección y justicia. Obedecida es, Señor, por tu bondad, humildad, paciencia y misericordia en todos aquellos que deseen servirte y desvían y apartan de la tierra a su memorar, entender y amar, para contemplarte a ti y servirte. Obedecida es, Señor, tu voluntad por tu justicia, señorío, poder y verdad en castigar a penas infernales a todos aquellos que no pueden escapar de tu sentencia y de tu señorío, y tienen su memoria, entendimiento y voluntad aplicados en amar las vanidades terrenas, despreciando las bendiciones celestiales que les has prometido dar.

8. "El pan nuestro de cada día es, Señor, tu sacratísimo cuerpo glorioso, sacrificado en el altar. Aquel tu cuerpo glorioso está en los cielos y está acá abajo entre nosotros en la tierra por el santo sacrificio, cuyo cuerpo vemos nosotros mentalmente por obra de tu gran benignidad, sabiduría, voluntad y misericordia; porque así como nuestros ojos corporales y los demás sentidos desfallecen para ver al pan nuestro, esto es, tu carne y sangre, así, Señor, son bastantes las virtudes de nuestra alma con tu auxilio para poder ver al pan nuestro por obra de tus esenciales dignidades y virtudes; y pues que, si tu poder es grande infinitamente, se sigue muy bien, Señor, que pueda debajo la forma o figura de pan ser carne y sangre un cuerpo sacrificado en diversos lugares, para significar que tu poder es infinito. Y si tu benignidad, voluntad, humildad y largueza es grande infinitamente según la infinidad de tu perfecta justicia, está significado que el pan de cada día nos lo debas dar en este mundo, que es el día de hoy, por razón de que es día de elección; o de condenación o de salvación; el cual día continuamente sin parar camina y pasa por cada uno de nosotros.

9. "Perdónanos, Señor, la deuda que te debemos; pues no te la pudiéramos pagar por ser todos pecadores en nuestro padre Adán; y nos has obligado tanto, pues nos has creado, y has querido por nuestro amor hacerte hombre y ser atormentado, crucificado y muerto, que no pudiéramos pagarte. Y siendo tu perfección infinita en tu bondad, grandeza, eternidad, etc., por esto, Señor, no tienes tú necesidad de que te paguemos; pues si la tuvieras, habría en ti defecto de perfección; y por cuanto nosotros perdonamos las deudas que debemos a nuestras sensibilidades, las que mor-

tificamos con ayunos, aflicciones y oraciones, y mortificamos a nuestro entendimiento creyendo por la fe las maravillas que obran tus virtudes, por esto, Señor, si tú no nos perdonaras ni relajaras nuestras deudas, cuando nosotros por ti relajamos las nuestras, sería en nosotros mayor perfección que no en ti, y porque esto no conviene ni puede ser, por eso, Señor, es cosa conveniente que tú no nos pidas nuestras deudas, que no podríamos pagarte.

10. "Bien sabemos, Señor, que tu gran bondad, amor, largueza, misericordia, etc., te hace desear que nosotrosuviésemos grandes méritos, para que tu justicia tuviese razón de podernos dar gran gloria y perfección. Y por esto, Señor, nos dejas tentar del demonio, del mundo y de la carne; y por cuanto nosotros somos muy pobres en memorar, entender y amar, muy a menudo nos acontece el ser vencidos y superados en nuestras tentaciones. De donde como tú, Señor, seas tan grande en misericordia, benignidad, largueza y humildad, etc., lo que nosotros no merecemos, dánoslo tú sin tentaciones, aunque por ellas no logremos victoria; pues nos basta a nosotros, Señor, que estemos en tu reino y tengamos en ti gloria sin nuestros méritos.

11. "Líbranos, Señor, del mal, el cual tenemos cuando te olvidamos e ignoramos y desamamos; porque de este mal tienen principio y origen todos los otros males. Y por cuanto este libramiento se ha de hacer, Señor, por el recordar, entender y amar a tu bondad, grandeza y eternidad, si tú no nos defiendes y libras del mal, pues nos has creado y nos puedes ayudar, será tu misericordia, piedad y humildad sin amor; y nosotros seremos creados sin señor que ame a sus súbditos; y esto es inconveniente que sea así, por lo cual mi recuerdo tiene esperanza, Señor, en tu recurso y ayuda." De esta manera y mucho mejor de lo que se puede decir ni escribir, contemplaba Blanquerna las virtudes de Dios con la oración del *Pater noster*.

CAPÍTULO VIII

DEL "AVE MARIA"

1. Quiso Blanquerna contemplar a la Reina del cielo, y de la tierra, y del mar y de todo cuanto hay con las virtudes y dignidades de su Hijo glorioso, nuestro señor Dios Jesucristo, y por esto dijo estas palabras: "*Ave Maria!* La bondad de tu Hijo, que es infinitamente grande en eternidad, poder, sabiduría, amor, perfección, etc., te saluda; pues que el Hijo de Dios tomó de ti naturaleza humana, con la cual es una sola persona, siendo igual en bondad, grandeza, eternidad, poder, sabiduría, amor y perfección al Padre y al Espíritu Santo y a toda la esencia en bondad, grandeza y en virtud, etc.

2. "*Gratia plena!* Poder, saber y querer, que son un poder, saber y querer en esencia y que son un poder, saber y querer en filiación, se ha encarnado en carne de tu carne y en sangre de tu sangre. Este poder, saber y querer es un Hijo tan solamente del Padre soberano. Por este Hijo

es creado en ti el Hijo-Hombre y unido a ser una persona con el Hijo de Dios. De donde, como esto sea así, de la influencia y plenitud de la gracia, de la cual está lleno tu Hijo, eres tú, Reina, llena de gracia, mayor de lo que nosotros podemos memorar, entender ni amar; y de tu plenitud de gracia viene influencia a la memoria, entendimiento y voluntad de aquel que contempla en el cumplimiento de tu gracia. Bendita sea, pues, ¡oh Reina!, tu gracia, que es tan llena, que cumple a todos aquellos que por tu gracia han de venir a perdurable cumplimiento.

3. "*Dominus tecum!* El Señor es contigo, Reina, el cual es virtud, verdad y gloria, que son el Hijo de Dios. Aquella virtud, verdad y gloria tienen infinidad en poder, saber y querer, y aquella infinidad es soberano bien en eternidad. Este señor, Reina, es en ti Dios y hombre; Dios es por el Padre divino, y es hombre por haber tomado carne y sangre de ti, y porque es en ti. El ser en ti, Reina, tal señor te hace ser en tan gran virtud, verdad y gloria, que, después de tu Hijo, sobrepujas en virtud, verdad y gloria a todas las demás criaturas; y esto es por cuanto, a excepción de tu Hijo, no está el Señor en criatura alguna tan virtuosamente, verdadera y gloriosamente como está en ti, porque a ninguna criatura ha dado tanta virtud para recibir su virtud como te ha dado a ti; y porque tú puedes por su virtud recibir mayor virtud que ninguna otra criatura, es en ti más verdaderamente su gloria y virtud que en otra criatura.

4. "*Benedicta tu in mulieribus!* Bendita eres tú, ¡oh Reina!, entre las mujeres; porque a ti sola se te ha dado mayor perfección y mayor justicia y largueza que a todas las otras mujeres, y aun mayor que a todos los hombres y a todos los ángeles y que a todas las demás criaturas, pues que por la perfección, justicia y largueza que te ha dado, es Jesucristo Hijo tuyo, que es perfección de todas las demás perfecciones, y justicia de todas las otras justicias, y largueza de todas las otras larguezas; y sin tu Hijo, nada habría que tuviese ser ni perfección alguna. De esta perfección, ¡oh Reina!, que es tu Hijo, hace la justicia que tú seas bendita sobre todas las mujeres, por cuanto tienes mayor perfección que todas las mujeres. Como, pues, en ti sea tanta perfección, quiere la perfección de tu justicia, largueza, etc., que tú comuniques perfección a toda el alma en su memoria, si te recuerda, y en su entendimiento si te entiende, y en su voluntad si te ama; y si esto no fuere así, habría en tu Hijo y en ti defecto de justicia y largueza, lo cual es inconveniente e imposible.

5. "*Benedictus fructus ventris tui Iesus!* Tu fruto, ¡oh Reina!, es bendito de misericordia, humildad, etc., que han unido el fruto de tu vientre a la naturaleza divina; cuya unión es mayor que toda otra unión que pueda ser entre Dios y la criatura; y por eso, Reina, no ha hecho por sí la divina naturaleza a criatura alguna ni a todas las criaturas juntas tanta misericordia y humildad como al fruto de tu vientre; pues que sólo aquel Hijo tuyo, hombre glorioso, es hombre en el Hijo de Dios glorioso, que lo hace ser hombre, junto con ser con sí mismo una persona, que es Dios y hombre. Esta persona, que es Dios, infinita misericordia y humildad en bondad, eternidad, poder, etc., ha bendecido a tu Hijo del ser uno con la infinidad de misericordia, humildad, bondad, eternidad, poder etc. Y como

esto, Reina, sea así, ¿cuál fruto, pues, puede ser tan bienaventurado como el fruto de tu vientre?

6. "¡Reina excelentísima! Grande es el resplandor del sol, que da claridad a la luna, a las estrellas y al aire; y por cuanto a la misericordia y humildad es mayor que tu Hijo que el resplandor en el sol, por esto, Reina mía, viene a nosotros y a los ángeles mayor influencia de bendición del fruto bendito de tu vientre que no es el resplandor del sol, de las estrellas y de las otras criaturas. Y, supuesto la misericordia y humildad, Reina mía, han exaltado tanto en ti a tu bendito fruto y te han puesto en tan altas excelencias, razón será que tú hagas memoria de nosotros según la gran misericordia y humildad que en ti se halla. Y si la misericordia te ha querido honrar, haz tú, pues, que por tu misericordia nos quieras recordar. Y si la humildad quiso inclinarse a ti para exaltarte, humilla tú tus pensamientos hacia nosotros para que a ellos podemos ascender y recibir bendiciones del fruto bendito de tu vientre.

7. "El Espíritu Santo ha venido sobre ti, Reina mía, y te ha hecho sombra con la virtud del Altísimo. Aquel espíritu divino ha venido en ti, Reina, con el Señor de todo el mundo y Señor del otro siglo y te ha ensombrecido de la virtud el que es virtud y virtudes, que son una virtud. Ha ensombrecido a la naturaleza, que ha tomado de ti con infinita grandeza, bondad, eternidad, poder, sabiduría, etc.; y te ha ensombrecido a ti de aquella naturaleza que tomó en ti, por la cual eres Madre de toda virtud y de todas las virtudes creadas; y todas toman tu sombra y resplandor y por tu sombra son enderezadas a la luz y resplandor de tu Hijo; y por tu sombra está ensombrecida la divina y humana sombra y están los santos en la gloria en eterna sombra apartados del fuego perdurable, en donde no hay sombra alguna de refrigerio ni perdón.

8. "¡Celestial Reina! Por dos razones es tu Hijo Señor de todas las criaturas: la primera, porque es Dios; la segunda, porque es hombre conjunto y unido con Dios. Luego como tu Hijo, por estas razones, sea Señor de todo el mundo, conviene que por otras dos razones seas tú, también, Señora de todo el mundo: la una es por ser tú Madre de Dios, y la otra, porque eres Madre de hombre unido personalmente con Dios. Y como esto sea así, acuérdate, pues, Señora, de aquello por que eres señora, para que te lo agradezca aquel que te ha hecho señora y que por tu recuerdo y magnanimidad seamos nosotros exaltados en la nobleza de su señorío".

9. De esta manera contemplaba Blanquerna en el *Ave Maria* y en nuestra Señora con las virtudes de su Hijo santísimo. Mientras así contemplaba, tenía tan elevada su memoria, entendimiento y voluntad, que no pensaba en si lloraba o no; y cuando hubo finido su contemplación, se acordó de ello, y conoció que su corazón no había dado agua a sus ojos, por lo cual en su contemplación hubiesen derramado lágrimas y lloros; y por cuanto fue cosa inconveniente el contemplar a nuestra Señora sin lloros, por esto Blanquerna tornó a contemplar a nuestra Señora, y recordó la gran paciencia que tuvo su Hijo glorioso en aquel día en que fue despojado, escupido, azotado, coronado, llagado, clavado y muerto en la cruz; y recordó también cómo nuestra Señora le amaba con grande amor y cómo, mientras le atormentaban, se miraban ambos a dos con piadoso y

agradable semblante; y cómo nuestra Señora se compadecía de su Hijo glorioso cuando le veía morir, y se entristecía y le extrañaba en ocasión que ya le veía apartarse de ella por la muerte, y sabía que no tenía culpa alguna y que era Señor y Dios de la naturaleza. Mientras Blanquerna así contemplaba y guiaba las potencias de su alma por las virtudes y dignidades de Dios y de nuestra Señora, su corazón sintió tanta devoción y se halló en tan fervorosa contemplación, que sus ojos abundaron de agua, lágrimas y lloros.

CAPÍTULO IX

DE LOS MANDAMIENTOS

1. Recordó Blanquerna en los sagrados evangelios la respuesta que Jesucristo había dado de los mandamientos cuando dijo por San Mateo, capítulo 19, [17]: "Si quieres entrar en el Paraíso, guarda los mandamientos" de la ley de Dios, y quiso contemplar en ellos con las divinas virtudes de Dios, y dijo estas palabras a su voluntad: "Amarás a tu Señor Dios, pues así se te ha hecho mandamiento por la bondad, grandeza, eternidad, poder y querer de Dios. Y si tu voluntad fuese tan grande que pudiese eternamente, sin principio ni fin, amar a Dios, estarías obligada a obedecer su mandamiento, porque un señor infinitamente y eternamente bueno es el que te hace este mandamiento; pero por cuanto tú eres principada y finita, antes de tener ser no podías amarle. Ahora, pero, cuando tienes ser, estás obligada a amar; y si no amas, eres inobediente a la bondad eterna e infinita, por cuya inobediencia te condenará a eterna muerte y a pena de infinitos tormentos."

2. El entendimiento decía a Blanquerna que el poder, sabiduría y amor de Dios hacían mandamiento a la voluntad que amase a Dios de todo su corazón; y porque él entendía que la voluntad toda podía amar a Dios por el poder, sabiduría y querer de Dios, dijo que el poder que tenía de no amar a Dios de toda su voluntad no era del poder, saber y querer de Dios, sino de culpa, defecto y pecado e inclinado al no poder, el cual no quiere ser poder en el poder, saber y querer de Dios, en quienes es sustentado, defendido y amparado el poder creado contra el defecto y poder de culpa, si toda la voluntad creada se entregara a amar y obedecer el mandamiento de Dios.

3. Mientras el entendimiento de Blanquerna, considerando, decía mentalmente a la voluntad las palabras antedichas, respondió la voluntad, diciendo si le era lícito el amar alguna otra cosa sino solamente a Dios. A que respondió el entendimiento, y dijo que ella podía amar todas las criaturas con el respeto a Dios, es a saber: que las amara con el fin de poder más amar a Dios.

4. Estando el entendimiento y voluntad de Blanquerna en estas razones, la memoria recordó cómo en el primero y general mandamiento, en el cual están comprendidos todos los otros mandamientos, está contenido que el hombre ame a Dios de toda su alma, y por cuanto ella era una de

las tres potencias del alma, por esto se tenía por obligada a memorar con todo su poder a la virtud, verdad y gloria de Dios; y dijo el entendimiento que ella recordaba que, siendo él una de las tres potencias del alma, estaba obligado todo a entender la virtud, verdad y gloria de Dios. Cuando el entendimiento hubo entendido la razón que la memoria memorando le relataba, tuvo conciencia que muchas veces había omitido el entender la virtud, verdad y gloria de Dios con el fin de que la voluntad consiguiese por fe mayor mérito. Y por cuanto al entendimiento se le está hecho tan grande mandamiento en su totalidad como a la voluntad, por esto se exaltó con todo su poder a entender la virtud, verdad y gloria de Dios; y pidió perdón de lo que había ignorado y errado ignorantemente para que la fe hubiera sido mayor en su voluntad.

5. Hablaba Blanquerna con Dios, y decía que su justicia era perfecta; y por esto convenía que el mandamiento que hacía a todo su pensamiento fuese justo y perfecto, cuya perfección no tendría el mandamiento si no mandase al humano pensamiento que todo él estuviese empleado en amar la justicia y perfección de Dios, como sea así que el pensamiento sea todo entero creado y beneficiado por la justicia y perfección de Dios. Y mientras Blanquerna hablaba así con su pensamiento y con la justicia y perfección de Dios, la voluntad dijo al entendimiento que ella amaba en gran manera la mayoría de su entender cuando entendía a Dios de todo su poder; y por eso reprendió al entendimiento de lo que había errado por mucho tiempo; es a saber: que para obtener mayor gloria no se había elevado a entender cuanto había podido, siendo así que el mandamiento está hecho a todo el pensamiento, que significa toda la potencia del entendimiento. Y diciendo la voluntad esas palabras al entendimiento, le vino la voluntad, conciencia y contrición, porque no había mandado al entendimiento que entendiese a Dios con todo su pensamiento, puesto que de ello se le estaba hecho mandamiento. Y por lo que la voluntad tenía contrición, la memoria recordó cómo eran muchos los hombres en el mundo que son inobedientes al mandamiento de Dios, creyéndose que le son obedientes con exaltar su fe y mortificar su entendimiento; y dijo que por aquella mortificación se sigue error, defecto e ignorancia contra el mandamiento de Dios.

6. Recordó Blanquerna otra vez el mandamiento que Dios hizo al entendimiento y a la voluntad cuando mandó al hombre que le amase de su corazón; y después le dice que le ame de toda su alma, y otra vez le dice que le ame de todo su pensamiento. Y por estas tres veces en que se repite al hombre el mandamiento, tuvo Blanquerna conocimiento que la largueza de Dios hace misericordia a su entendimiento y al de todos los hombres, en cuanto manda que entienda diversas obras en las tres potencias del alma, según la diversidad de aquellos tres modos de amar arriba dichos; pues que en cuanto Dios manda que el hombre le ame de todo su corazón, es significada la fe, por la cual la voluntad ame sobre aquello que el entendimiento no puede entender, y en cuanto manda que el hombre le ame de toda su alma, es significado que todas las tres potencias del alma se igualen y se convengan en un mismo objeto memorado, entendido y amado igualmente. Y en cuanto manda que el hombre le ame

de todo su pensamiento, es significado que Dios manda al hombre que exalte su entendimiento agente y posible, para que en el memorar a Dios obtenga mayor acto y recuerdo; en amar a Dios, mayor voluntad; cuyos actos tienen mayoridad en la exaltación del entendimiento, por el cual Dios ama y quiere ser muy conocido.

7. Dijo Blanquerna a su alma que amar a Dios de todo su corazón y de toda su alma y de todo su pensamiento es el primer mandamiento; y, por eso, el entendimiento entendió que por el segundo mandamiento, según relación al primero fue significada la igualdad de amor entre Blanquerna y su prójimo, en cuanto Dios manda a la voluntad que el hombre ame a su prójimo como a sí mismo; y por cuanto no dice de toda su alma, ni de todo su pensamiento, ni menos de todo su corazón, se hace diferencia entre el primero y el segundo mandamiento, por cuya diferencia está significado que el primer mandamiento tiene señorío sobre el segundo y que éste está debajo del primero y sujeto a él, para que el hombre en amar, entender y recordar más a Dios que a sí mismo ni a su prójimo obedezca y haga reverencia honrando la humildad y señorío de Dios.

8. Amar, entender y recordar más a Dios que a otra cosa y a su prójimo tanto como a sí mismo son dos mandamientos que son principio y fundamento de los otros; y el que es obediente a estos dos mandamientos, obedece a Dios en todos los demás; y el que es inobediente a Dios en cualquiera de los otros mandamientos, no obedece a Dios en aquellos dos primeros mandamientos; y el que ama igualmente a sí mismo o a su prójimo como a Dios, es inobediente al primer mandamiento y a todos los demás.

CAPÍTULO X

DEL "MISERERE MEI DEUS"

1. Expositando Blanquerna con las virtudes y dignidades de nuestro Señor Dios, meditando los dichos de los santos profetas, contemplaba a Dios en su esencia, trinidad y encarnación, según está ejemplificado por estas palabras: Pidió David a nuestro Señor Dios que le perdonase según su gran misericordia; y, por esto, su alma, en el principio de su petición, consideró la grandeza y misericordia de Dios con la bondad y eternidad, y por cuanto la bondad en Dios es mayor que toda otra bondad y su eternidad es mayor que cualquier otra durabilidad; y como la bondad y eternidad se concuerdan con la grandeza, y la misericordia de Dios es grande sobre toda otra misericordia, por esto David pidió a la bondad bien grande de piedad y de perdón de Dios, y pidió a la eternidad que aquel don y perdón fuese durable sin fin. Y esta petición y demanda fue por razón de que entre las personas divinas hay concordancia de propiedades personales, que son en la esencia, bondad, grandeza, eternidad, poder, sabiduría, misericordia, etc.

2. "No convenía —dijo Blanquerna— que David hiciese diferencia en

la esencia de Dios entre grandeza, misericordia y justicia, pues son una cosa tan solamente. Y, por esto, cuando dijo que Dios le perdonase según su grande misericordia, significó en Dios gran justicia; por cuanto grande misericordia se conviene según gran justicia en dar y perdonar, para significar que mayor justicia es que grande misericordia perdone grandes culpas y conceda grandes dones, que menor misericordia perdonar pocas culpas y conceder dones pequeños. Y de aquí es que nadie debe desconfiar ni desesperar de Dios. Y si esto no fuera así, se seguiría que grande misericordia y gran justicia no tendrían en qué pudiesen concordarse ni convenirse.”

3. Considerando Blanquerna en las palabras sobredichas, se alegró fuertemente su alma en la esperanza de la misericordia y de la justicia de Dios y de su grandeza, y por esto entendió que grandes bienes durables sin fin están aparejados para el hombre que pide misericordia a la grandeza y justicia de Dios. Y cuando Blanquerna en la esencia de Dios hubo contemplado y considerado la bondad, grandeza y misericordia, justicia, etc., entró en otro pensamiento y contempló aquellas mismas virtudes en las tres divinas Personas y dijo estas palabras:

4. “¡Señor Dios, que eres padre eterno, primera persona en Trinidad!, tú eres grande, poderoso e infinito, y eres grande en tu poder, saber y querer, en verdad de bondad, grandeza, eternidad, misericordia y justicia. Y, por esto, David, en persona de la Iglesia romana, te pidió tu Hijo glorioso, el cual, en sí mismo, es grande en poder, saber, querer, virtud, verdad, bondad, eternidad justicia y misericordia. Y por cuanto te pidió que tuvieses misericordia según tu grandeza, fue conveniente que la tuvieses con grandeza tan grande como lo es la tuya, la cual no pudiéramos nosotros recibir sin alguna cosa igual a tu grandeza. Y, por esto, Señor, te hacemos gracias de habernos querido dar a tu Hijo glorioso por la encarnación y recreación, por cuyo Hijo se nos está significada y declarada tu gloriosa trinidad y la encarnación; porque, si en tu divina naturaleza no hubiera distinción de personas, no nos pudieras dar ni perdonar según tu gran misericordia, por cuanto nosotros no tuviéramos virtud en qué recibir aquéllas. Mas por cuanto tu Hijo, Señor, quiso encarnarse y habitar entre nosotros en aquella humanidad suya, pudo nuestra flaca naturaleza recibir cumplidamente la gracia y misericordia; pues en cuanto tu Hijo es Dios, es igual a tu grandeza y virtud, y pudiste, por él y con él, tanto como tú eres, dar, perdonar y juzgar.”

5. Recordó Blanquerna a la verdad, gloria y perfección en Dios; y por las palabras de David encontró que la grandeza conviene con la verdad, gloria y perfección, cuya grandeza conviene que sea infinita; porque, si era finida, no se convendría con verdad, gloria y perfección, que son virtudes infinitas en Dios; y como la grandeza y misericordia sean virtudes infinitas y David pidiese misericordia según la grandeza de Dios, por esto está significado que al Padre le pidió su Hijo, en quien fuese verdad, gloria y perfección infinitamente, para que fuese igual el don y perdón a la grandeza infinita que tiene el Padre en verdad, gloria y perfección. Luego, como esto sea así, por esto está significado que David pidió el don y perdón en persona de la humanidad de Jesucristo, a cuya humanidad no se

le pudiera haber dado sin que de ella se hubiese hecho unión con alguna persona de verdad, gloria y perfección igual a otra persona que hubiese en la divina esencia.

6. "Largueza, humildad, señorío y paciencia, Señor Dios —dijo Blanquerna—, son en ti virtudes grandes infinitamente; porque, si no lo fueran, serían contrarias a tu misericordia, que es infinita, y se seguiría que David te hubiera pedido un don y perdón que tú, Señor, no le hubieras podido dar por defecto de tus virtudes. Y siendo imposible que en ti haya defecto alguno, conviene que tu largueza tenga en sí don igual a sí misma y que en tu humildad haya humildad, en quien pueda humillarse toda, y tu señorío tenga igual en sí mismo, para que tu misericordia, igual a sí misma, tenga, Señor, y pueda dar a sí misma paciencia igual. Y si esto no fuera así, David pudiera pedirte mayor misericordia que la que tú le pudieras dar ni tener; y esto, Señor, es cosa en ti muy inconveniente e imposible."

7. En el modo arriba dicho, contemplaba Blanquerna a Dios en su esencia, trinidad y encarnación con arte, expositando las palabras de David por las divinas virtudes; por cuya arte puede el hombre revelar los secretos y oscuridades que los profetas usaban en sus palabras, para que el entendimiento se elevase mejor en investigar los secretos de Dios y que más altamente entendiese, y, en la elevación del entendimiento, la voluntad se exaltase en amar más a Dios en su esencia, trinidad y encarnación y en las demás obras.

CAPÍTULO XI

DE LOS SIETE SACRAMENTOS DE LA SANTA IGLESIA

1. En los sacramentos de la santa Iglesia quiso Blanquerna contemplar las divinas virtudes, y dijo a Dios estas palabras: "¡Señor Dios, que con orden maravilloso has dispuesto y ordenado todas las cosas! Así como en una ciudad corporal terrena están bien ordenados ciertos oficios, así en la ciudad de santa Madre Iglesia están bien ordenados los siete sacramentos; pues así como todos los oficios son para la nobleza y perfección de la ciudad, del mismo modo, los siete sacramentos son para demostrar el noble uso que tus gloriosas dignidades tienen en las criaturas, el cual está revelado y demostrado en los siete sacramentos, mediante los cuales la santa Iglesia recibe de ti el cumplimiento de la perfección. Y, por eso, Señor, la bondad y grandeza de tu señorío demostrará cómo en los siete sacramentos son obedientes todas las criaturas a tu poder, saber y querer.

2. "¡Señor Dios infinito y poderoso! En el santo sacramento del bautismo quieres tú demostrar la grandeza de tu poder, saber, virtud y querer, pues que por gran virtud en el poder, saber y querer revelas a nuestro humano entendimiento una obra muy extraña y maravillosa en el santo bautismo, como, por agua y por las palabras del presbítero y por la fe de los padrinos, el infante, que no usa de memoria, entendimiento ni vo-

luntad, por el sacramento quede mundado y limpio del pecado original. Esta obra, tan grande y tan maravillosa, Señor, es obra sobrenatural, para dar a entender y significar que tu virtud es tan grande en poder, saber y querer, que puedes, sabes y quieres hacer sobre la naturaleza todo lo que te place y es de tu agrado.

3. "¡Glorioso Dios! Por cuanto el infante no tiene uso de razón hasta que es ya mayor, es necesario que los padrinos tengan la virtud que tu virtud da y comunica al infante, cuando se halla en edad de confirmar y otorgar por sí lo que los padrinos por él otorgaron y prometieron. Luego, Señor, el tener de ti los padrinos tal virtud y potestad, y el salir de aquella obligación en la confirmación del infante, y tener el infante aquella virtud, por la confirmación de obispo es significación de tu gran virtud, verdad, perfección y señorío, las cuales, en el sacramento de la confirmación, hacen todo aquello que quiere tu querer, sin contraste de cualquier otro poder que no puede contra tu querer y poder."

4. Quiso Blanquerna entrar a contemplar el santo sacramento del altar con las virtudes y dignidades divinas; y, por eso, en el principio enderezó y ordenó las potencias de su alma a aquella contemplación, para que, hallándose ya en ella, no tuviese embarazo alguno por desordenado recordar ni querer y que por los sentidos corporales no fuese inobediente a las divinas virtudes. Y por eso dijo a su alma estas palabras:

5. "Alma mía, amiga, tú sabes bien que la humildad de Dios es grande, y es grande también con ella igualmente su poder; y por cuanto la humildad y el poder son una misma cosa en virtud, sabiduría, voluntad, verdad, gloria y perfección, los ojos corporales, que no ven la carne bajo la figura de pan en el sacramento del altar, no quieren inclinarse a ser inobedientes a las divinas virtudes antedichas, las cuales son tan grandes, que pueden, saben y quieren que bajo la forma de pan está la verdadera carne y verdadera sangre del cuerpo santísimo de Jesucristo. Y si esto no pudiera ser así, se seguiría que los ojos corporales podrían más verdaderamente tomar por objeto las cosas corporales que tú, ¡oh alma mía!, las divinas virtudes de Dios y sus obras, y se seguiría aún que faltaría la grandeza en las virtudes de Dios y que la verdad se convendría mejor con las cosas corporales que con las cosas espirituales, y esto es inconveniente, como sea así que Dios es esencia espiritual, y sus virtudes son espirituales, y en el cuerpo y los sentidos sensuales son cosas corporales y corruptibles."

6. Grande rato habló Blanquerna mentalmente con las potencias de su alma, y el entendimiento le respondió, diciendo que él entendía grandeza tan grande en la virtud y en el poder de Dios, que podría hacer existir verdadera carne y verdadera sangre bajo la forma de pan y vino consagrados; pero no entendía por qué razón quiso hacer Dios aquel sacramento ni por qué debiese instituirlo. Entonces respondió Blanquerna, y dijo al entendimiento que en su entender y consideración juntase, con el poder y virtud, la gran bondad, sabiduría, amor, perfección, humildad, largueza, misericordia y paciencia de Dios, y que entendiese cómo Dios demuestra su gran poder en hacer existir accidentes sin sustancia y sustancia sin accidentes; y cómo tan gran obra y tan maravillosa no pueda hacerse según

el curso natural, si, pero, se hace por el poder de Dios, sería más fuertemente conocido el poder de Dios ser sobre el poder de la naturaleza que si tal obra no hiciera. Y pues la voluntad lo quiere, para que sea manifestado en ella el poder y sea conocido mayor y más noble, demuéstrase ser tal obra más amable por el poder. Y si el poder no lo pudiera ni el querer lo quisiera, no se conocería tan bien el convenirse con el saber, ni la humildad de Dios sería tan grande para con nosotros, ni la misericordia, largueza y paciencia no serían conocidas convenirse tan bien con la bondad, grandeza, etc. Y por cuanto nosotros en tal obra podemos mejor conocer la nobleza de las divinas virtudes y conocer mejor la bondad, grandeza, virtud, verdad, etcétera, de Dios, en esto está significada la razón por qué Dios ha querido crear y ordenar el santo sacramento del altar.

7. “¡Entendimiento amigo! —dijo Blanquerna—: Esfuérzate en tu virtud, pues la tienes mayor en entender que los ojos corporales en ver, ni el gusto en gustar, ni el tacto en tocar; pues que en muchas cosas los ves errar y faltar cada día, no dejes vencerte de los sentidos corporales; defiéndete, sí, de ellos con las divinas virtudes. ¿Entiendes cuán grande obra y altísima de entender es la trinidad de Dios y cómo la encarnación del Hijo de Dios es sobre la naturaleza? Para significar, pues, esta extraña y admirable obra quiso Dios establecer e instituir el santo sacrificio del altar, para que por él todos los días se nos fuese hecha memoria y representada a nuestros ojos la extraña obra que las divinas virtudes tienen sobre la naturaleza; pues así como nosotros, sensual y corporalmente, hacemos la señal de la figura de nuestro Señor Dios Jesucristo en la cruz, del mismo modo, en el santo sacrificio del altar se hace la señal de la obra milagrosa intelectual que se hace por las virtudes y dignidades divinas.”

8. Consideró mucho el entendimiento en las palabras que Blanquerna le decía, y por ellas entendió que la imaginativa le había impedido mucho tiempo para entender el santo sacramento del altar, por cuanto le hacía imaginar más fuertemente el santo sacramento del altar en la obra corporal natural que en las virtudes y obras de su Dios glorioso, a cuyas obras y virtudes no puede la imaginativa ascender. Por eso el entendimiento otorgó a Blanquerna lo que le había dicho; y con las virtudes de Dios ascendió a contemplar y adorar el santo sacramento del altar.

9. Entre la memoria y el entendimiento de Blanquerna hubo cuestión sobre cuál sacramento era más remoto y contrario a los sentidos corporales; o el sacramento del altar, o el sacramento de la penitencia, por cuanto la memoria recordó cómo el hombre pecaba contra Dios, y que hombre es también el Santo Padre Apostólico, y hombres son todos sus lugartenientes que absuelven y perdonan acá en la tierra y dan penitencia a los otros hombres que con ellos se confiesan. Y el entendimiento respondió que el sacramento del altar se manifiesta en forma corporal y sensible, y es forma corporal invisible, la cual no pueden percibir los sentidos corporales. Largamente disputaron sobre esta materia la memoria y el entendimiento, y vinieron a juicio delante Blanquerna, el cual dio la sentencia, diciendo que los sacramentos eran igualmente contra las sensualidades y remotos y apartados de ellas, por razón que eran establecidos y creados

los dos antedichos señaladamente, y también los otros, por las virtudes divinas, que son incorporales, sobre los poderes de la naturaleza, para demostrar la virtud que es superior a toda virtud natural creada. Y mientras Blanquerna daba la sentencia, decía estas palabras:

10. “Así como la divina virtud hace estar la virtud de carne y sangre bajo la forma o figura de pan, hace también estar, bajo la forma de hombre presbítero, la virtud de perdonar; y así como la carne y sangre virtuosa, que están bajo la forma de la hostia, no es de la hostia, sino de Dios, del mismo modo, la virtud que tiene el presbítero en perdonar, no es del presbítero, sino que es del poder de Dios, bajo la forma de presbítero.”

11. —¡Blanquerna! —dijo la memoria—: Pues habláis vos con tanta sutileza, ¿me sabríais probar que, supuesto Dios tiene poder de obrar e instituir el sacramento de la penitencia, qué deba haber de querer que dicho sacramento exista, como sea así que Dios pueda hacer muchas cosas que su querer no las quiere poner en obra? Respondió Blanquerna, diciendo: —Así como en la gran bondad, misericordia, humildad y virtud de Dios está significado que Dios quiere y debe querer, según grandeza de justicia, que las virtudes sean significadas en gran grandeza en el santo sacramento del altar, así también por aquella misma ordenación quiere y debe querer, según gran justicia, que exista el sacramento de la penitencia, para que sus divinas virtudes sean manifestadas y que los hombres, por él, sean enderezados en contrición, penitencia, restitución, consejo, aflicción, arrepentimiento, esperanza, y otras cosas semejantes a éstas, las cuales no pudieran ser sin el sacramento de la penitencia.

12. Para significar el orden que hay en las tres divinas personas, y cómo por el orden vino la persona del Hijo de Dios a tomar carne humana, y cómo el desorden no se conviene con el bautismo, confirmación, sacrificio, penitencia, matrimonio y unción, por esto conviene que sea el orden sacerdotal, con el cual fuese ordenado cada uno de los sobredichos sacramentos, y esto está significado en las divinas virtudes y en la grandeza, según la cual son a nosotros significables y demostrables.

13. En las divinas virtudes antedichas veía Blanquerna el orden de matrimonio, así como había visto en ellas a los otros sacramentos, y dijo estas palabras: “Así como justicia significa que de las cosas temporales sea hecha especialidad a diversos hombres, del mismo modo también significa y conviene que sea hecha especialidad de hombre y mujer, para que pueda ser la castidad y virginidad contra lujuria, y para que por las cosas sensuales tomen ordenación y reglamento las potencias espirituales del alma para obedecer a los mandamientos del divino señorío.”

14. “En el paraíso terrenal —dijo la memoria a la voluntad— hizo Dios matrimonio entre Adán y Eva, y en significación de aquel matrimonio, quiso Dios que en este mundo sea el sacramento del matrimonio; porque, si no fuera, la sabiduría y voluntad de Dios no concordarían tan bien con la perfección en demostrar la gran gloria de Dios, que se conviene con la justicia, contra la cual es el desordenado ayuntamiento de hombre y mujer; por cuya desordenación el hombre se hace indigno de venir a la gloria de Dios, la cual sería contraria a la grandeza, perfec-

ción, justicia y a las demás, si el hombre, con el desordenado ayuntamiento de hombre y mujer, viniese a la verdad de la gloria de Dios; y la sabiduría y virtud divinas habrían puesto mayor virtud en los elementos que son meramente corporales, los cuales se juntan y mezclan ordenadamente por composición para engendrar los cuerpos elementados en otra especie, que no en la voluntad del hombre y de la mujer, a fin de engendrar hijos para la conservación de la especie humana en el mundo."

15. Acordóse Blanquerna de que los hombres en este mundo tienen principio, medio y fin; y, por esto, entendió que, en significación de la eternidad y señorío de Dios, la divina sabiduría ha ordenado cómo en la entrada que hace el hombre en este mundo, sea el bautismo el primer sacramento que recibe y que la extremaunción sea el último, para significar la servitud y obediencia con que el hombre en este mundo ha estado sujeto al primer sacramento y a los que median entre el primero y el último. Y por cuanto la justicia tiene mayor conducencia y razón de juzgar premio al hombre por misericordia, y perdonarle por confesión, contrición, confirmación y los otros sacramentos, desde el primero hasta el último, por esto, la gran justicia y señorío de Dios quiere que la extremaunción sea sacramento, para que con él sea hecha confirmación de todos los otros sacramentos y que en él sea significado cómo todos los otros sacramentos emanaron del sagrado cuerpo de nuestro Señor Jesucristo en la cruz, el cual fue ungido con la sangre de su cuerpo, y con lágrimas de sus ojos, y con sudor por las agonías de la muerte que sufría para nosotros.

CAPÍTULO XII

DE LAS VIRTUDES

1. Memoró Blanquerna las siete virtudes, las cuales muchas veces le habían ayudado contra el maligno espíritu; y quiso en ellas contemplar las virtudes y dignidades divinas que le habían comunicado las siete virtudes, y, por esto, dijo estas palabras: "¡Amable fe! Grande eres tú en creer de Dios grandes cosas, y eres buena, pues por ti viene el hombre a eterna bienaventuranza. Iluminada eres de luz de gracia por divina sabiduría. Tú amas cosas verdaderas, pues el amor del Rey celestial te hace amar a su virtud, verdad, gloria y perfección.

2. "¡Fe amiga! Tú eres en Dios unidad de esencia y trinidad de personas. Cosa grande es en ti creer cosas invisibles. El creer que bien infinito y eterno sea engendrado infinita y eternamente de infinito bien eterno y creer que de entrambos emane y proceda infinito bien eterno, es una creencia muy grande y muy maravillosa y es iluminada de mucho resplandor de luz de gracia. Y, por esto, amable fe, por cuanto tú eres grande, conviene a mi alma que rinda grandes gracias y tenga grandes amores a la grande grandeza, bondad y eternidad, que te ha creado tan grande y en tu grandeza me ha hecho a mí tan grande.

3. "Por ti, fe amiga, creo yo verdaderamente que el Hijo de Dios,

por su gran caridad, poder, saber, misericordia y humildad, que son en él mismo, tomó carne humana de nuestra Señora Santa María y unió aquella a sí mismo, y con ella fue una persona con dos naturalezas, divina y humana, sin corrupción, alteración, composición ni accidentes de la naturaleza divina y sin mutación ni disminución de la naturaleza humana que tomó. Creer, pues, todas esas cosas tan grandes y tan maravillosas, que son por la gran grandeza y virtud, sabiduría, amor, misericordia y benignidad del Soberano Bien, es manifestar que tú eres muy grande en mi alma; y, por esto, mi alma está muy obligada a memorar, entender y amar, honrar y servir a las divinas virtudes que a ti, fe, te hacen ser en mí en tan grande honor y tan grande caridad y en iluminación tan grande."

4. En su alma hablaba Blanquerna con la esperanza, y decía que de grandes cosas debía el hombre tener grande esperanza; y, por eso, de tan gran bondad, grandeza, poder, sabiduría, amor, virtud, verdad, gloria, perfección, largueza y las demás como es Dios, de las cuales es engendrado por el Padre tan grande bien como son las divinas virtudes anteriores en el Hijo, y de quienes emana y procede tan gran bien, como son las dichas virtudes sen el Espíritu Santo, se debe haber esperanza y deseo de grande bienaventuranza; pues cosa es imposible que de cosas tan nobles y grandes como las sobredichas no salga influencia muy grande de gran bienaventuranza a los amadores y de las divinas virtudes.

5. "Considera tú, esperanza, cuán gran cosa es el Hijo de Dios, el cual es tan grande en virtudes, que ha podido juntar y unir a sí mismo la naturaleza humana, que es criatura, y ha querido entregar aquella criatura a tormentos y a la muerte por nosotros, pecadores, y para que tú pudieses ser mayor en nosotros, confiando tú en las virtudes del Soberano Bien. Mira, esperanza, cómo Dios ha creado grandes cosas y en mucho número y diversás, buenas, bellas y virtuosas, como son los ángeles, los cielos, estrellas, elementos, los hombres, las bestias, las aves, los peces, las plantas, los metales, las hierbas y otras criaturas; y como todas esas cosas sean tantas y tan nobles y tan grandes, considera, pues, esperanza, cuánto te conviene esperar y confiar de la bondad, grandeza, eternidad, poder, y de las demás virtudes divinas, grandes gracias y grandes bendiciones.

6. "¡Esperanza amiga! Si no hubiera Trinidad ni Encarnación, no pudieras tú esperar de Dios tan grandes dones ni bendiciones como ahora puedes esperar, pues hay Trinidad y Encarnación; pues que las virtudes de Dios no se nos manifestarán tan grandes como se manifiestan ahora por la existencia de la Trinidad y de la Encarnación. Y si no hubiera resurrección, tú serías menor de lo que eres, por cuanto nosotros no veríamos la caridad ni el poder, misericordia, señorío, paciencia y humildad tan grande en Dios como lo vemos en cuanto creemos que hay resurrección. Y por cuanto nosotros y tú, ¡oh esperanza!, vemos con las divinas virtudes la resurrección, y con la resurrección vemos la grandeza de las divinas virtudes, por esto, tú y la fe concordáis juntas en ser mayores en ti; y la fe y nosotros somos por ello mayores en ti, y nosotros tenemos por esto mayor concordancia con la creencia.

7. "¡Amor divino, que tienes en ti amador infinito y eterno en amar! De ti, que eres tan grande en toda perfección en tus altos honores, espe-

ramos acá abajo que nos des caridad para amar tus valores y tus honores; pues si en tu esencia hay tres amados amadores eternos, iguales e infinitos en poder, saber, querer, verdad, perfección y gloria, de esa tan grande influencia de amor que hay en ti, venga a nosotros acá abajo tanta, que no amemos a cosa alguna para honrarla y servirla, sino a ti tan solamente.

8. "Naturaleza es del bien el engendrar a otro bien, y naturaleza es del poder el engendrar a otro poder; y lo mismo se sigue de la verdad; gloria y perfección. Luego, siendo tú tan grande y tan noble amor, pues eres infinito en bondad, eternidad, poder, sabiduría, etc., ¿cómo puede ser que nosotros, que somos criaturas tuyas, recreadas por ti, y que somos tus siervos y comprados, no seamos muy fuertemente encalentados de tu amor? ¿En dónde es, ¡oh amor!, aquella concordancia que tienes con la largueza, misericordia, humildad y paciencia? Pues de esta concordancia conviene que en ti sea piedad, y en nosotros esperanza, bienaventuranza y amores.

9. "¡Oh justicia divina! Entre nosotros se dice: de justo, justicia; y en ti, justo y justicia son una misma cosa; luego, como tú seas justo y justicia infinita en ser esencia sin diferencia, y por cuanto esto que en ti es justo y justicia, esencia y ser, sea bondad, eternidad, poder, sabiduría, amor, virtud, verdad, gloria, perfección, misericordia, largueza, humildad, señorío y paciencia conviene de necesidad según estas tales comunes virtudes y propiedades, que tú seas justo y justicia para con nosotros, con misericordia, humildad, caridad y paciencia, y que de ti hayamos justicia, por la cual vivamos justamente loándote, honrándote y sirviéndote; y si en nosotros no hay justicia de la justicia que en ti hay, ¿dónde es la influencia que nos viene de tu justicia? Y ¿dónde es la concordancia que hay entre tu justicia y tu bondad, caridad, misericordia, humildad, paciencia y liberalidad?

10. "¡Oh esencia divina! La gran justicia que hay en ti hace que en ti, un justo infinito y eterno en bondad, poder, sabiduría y caridad, engendre otro justo e infinito y eterno en bondad, poder, sabiduría y amor, y de entrambos justos hace emanar y proceder otro justo, eterno, infinito en bondad, poder, sabiduría y amor. Y como esto sea así, luego de esta tu justicia salió tan grande influencia, que a uno de nosotros hizo ser una persona con una de vuestras tres divinas personas; y de aquella tan grande influencia de justicia que vino a uno de nosotros con caridad, misericordia, humildad, etc., esperamos vendrá ya a todos nosotros el que nos haga justos en amarte, conocerte, honrarte y servirte. Y si esto no hicieres, ¿dónde está, ¡oh divina esencia!, la influencia divina de la humildad, paciencia, caridad y largueza que hay en ti? Y ¿quién es aquel Señor de quien somos nosotros? Puesto que es cosa muy razonable que el señor deba amar, ayudar y dar a sus súbditos y sirvientes.

11. "Prudencia pido, Señor Dios glorioso, a tu poder, saber y querer, la cual me debes dar por la benignidad que hay en ti, según justicia y misericordia. Por tu poder y saber me la puedes dar tú, Señor. Y por cuanto te la pido para amarte, por esto, la verdad y justicia deben hacerte amar en mí a la prudencia, para que con ella te pueda conocer para poderte amar; y por el conocimiento y amor sepa y quiera honrarte, loarte, obedecerte y servirte.

12. "¡Oh grandeza de justicia! Si la quieres tener tú, Señor, en nosotros pecadores para castigarnos, en mayor uso la puedes haber si nos castigares, porque conociendo tu santa trinidad y encarnación, no te honramos, amamos y servimos; que no la pudieras haber en aquellos que ignoran en ti la Santísima Trinidad y descreen ignorantemente tu encarnación. Y si quieres tener misericordia, humildad y piedad de nosotros, mayor la puedes tener en nosotros si te conocemos y amamos, que si ignorantemente te fuéramos inobedientes. Luego, como esto sea así, parece, Señor, por todas estas razones y otras muchas, que nos debes dar fe y prudencia a nosotros, cristianos, y a los infieles, por lo cual te conozcamos y te amemos; como sea así que tu largueza se convenga con tu querer, el cual nos ha creado principalmente para amarte y conocerte a ti, Señor, más que a ninguna otra cosa.

13. "¡Templanza amiga! Todos los días te he menester contra mis enemigos, los que me embarazan para contemplar las virtudes de mi amado Señor, para lo cual he venido yo a este desierto. A las virtudes del Señor, que te ha creado, te pido, pues te he menester para servirle a él totalmente. Padre y madre, riquezas y parientes he dejado, sólo para que en este estado eremítico pueda estar en tu compañía. Sin ti, no puede el hombre ser contrario a la gula y embriaguez por vida eremítica, ni por religión, ni por honestos vestidos. No puedo tenerte, sin la bondad, grandeza, poder, sabiduría, amor, virtud, humildad, misericordia y liberalidad del Señor, en quien son todas estas virtudes.

14. "¡Templanza amiga! Ningún hombre puede demasiadamente memorarte, entenderte ni amarte; pero por demasiado memorar, entender y amar a Dios con llorar, ayunar, sufrir aflicciones y velar, puede enflaquecerse el cuerpo, enfermar y morir; y el alma no puede tan dilatadamente ni con tanta fuerza contemplar las virtudes de Dios. Por eso, templanza amiga, yo te he menester corporal y espiritualmente. Entrégate, pues, a mí, para que yo sea tuvo, y tú seas señora en mí de ti misma, y que salgas de la servidumbre de la glotonería y de mi vientre." De este modo y otras muchas maneras pedía Blanquerna a las virtudes increadas las virtudes creadas, para que con éstas fuese buen servidor de Dios.

CAPÍTULO XIII

DE LOS VICIOS

1. Recordó Blanquerna los siete pecados mortales, los cuales tienen desordenado al mundo, que es creado por las virtudes de Dios; y por esto preguntó Blanquerna a la divina bondad de dónde habían venido esos demonios sobredichos, que pierden y destruyen al mundo. Y dijo estas palabras: "Soberana bondad, tú que eres tan grande en virtud y perfección y que en eternidad y nobleza eres eminente sobre toda criatura, ¿de dónde han venido la gula, lujuria, avaricia, acedia, soberbia, envidia e ira? Pues estas siete bestias destruyen, corrompen y estropean los bienes que son tuyos por creación y por señorío. Y, como tú seas tan poderosa, sabia, amable y

virtuosa, ¿por qué sufres que tanta maldad, engaño, error, trabajo e ignorancia reine en el mundo por los siete demonios antedichos?

2. "Si tú, bondad soberana, fueras maldad o defecto, pudieran haber venido de ti los siete pecados mortales, mas como tú seas cumplimiento de todos los cumplimientos, y como la perfección sea contra el defecto, y todo pecado y cualquier otro mal de necesidad haya de tener principio, dígame, pues, tu eternidad, la cual fue antes de ser el principio del pecado, ¿de dónde ha venido el pecado y defecto?"

3. Contempló Blanquerna la soberana bondad, eternidad, poder, sabiduría, amor y las demás virtudes, según la manera arriba dicha, y sintió en su alma que la memoria y el entendimiento se hablaban. Y decía la memoria al entendimiento que ella se acordaba de que la voluntad tiene en su querer a la gula, lujuria y a los demás. Y, por esto, el entendimiento respondía, entendiendo que el querer que quería gula o lujuria u otro vicio nace de la voluntad y enculpa a la voluntad, por cuanto produce aquel querer que ama al pecado, y por aquel querer es culpado el entendimiento que entiende el pecado, y el querer y la libertad de la voluntad con que se inclina a querer el pecado; y, por esto, es también culpada la memoria que recuerda todas estas cosas. Y por cuanto la memoria, entendimiento y voluntad son criaturas de la soberana bondad y dan lugar a recordar, entender y amar al pecado, por esto el entendimiento de Blanquerna dijo a la memoria, excusando a la bondad de Dios, que los siete demonios referidos toman principio y origen en la sobras del recordar, entender y amar que tratan de cosas desagradables a la bondad de Dios.

4. "¡Sabiduría divina! Tú que eres luz de todas las luces, enséñame el arte y modo cómo pueda mortificar yo los siete vicios en mi memoria, entendimiento y voluntad." Recordó la memoria las divinas virtudes; entendió el entendimiento la brevedad de la vida de este mundo y las penas infernales; amó la voluntad a Dios y a todas las virtudes, y aborreció los pecados, y pidió perdón y desprecio la vanidad de este mundo; y entonces Blanquerna sintió en su alma mortificados los vicios y pecados por las obras de recordar, entender y amar. Y por esto dijo a la divina sabiduría estas palabras:

5. "¡Soberana bondad! De tu virtud viene virtud, y de tu poder viene el poder, y de tu amor viene amor en el alma que quiere recordarte, entenderte y amarte. Pero cuando la memoria no quiere recordarte, ni el entendimiento entenderte, ni la voluntad amarte, vienen las culpas e injurias de aquello que la voluntad no quiere querer, y de aquello que el querer quiere en el recordar, entender y amar o desamar. Y por eso, soberana bondad, sea tuyo mi recordar, entender y querer con la memoria, entendimiento y voluntad para contemplar, recordar, entender y amar tus virtudes y aborrecer los vicios, culpas e injurias, a fin que tu loor y tu honor, señorío y virtud sean todos los días en mi memoria, entendimiento y voluntad.

6. "¡Soberana largueza y misericordia! Dado me has memoria para memorar y entendimiento para entender y voluntad para amar tus virtudes; pero aun esto no me basta sin que me des memoria, entendimiento y voluntad en memorar, entender y amar tus virtudes divinas y las siete

virtudes contrarias a los siete pecados mortales. Aun te pido más: que me des recordar, entender y querer para desamar la gula, lujuria y los demás vicios; y como tu poder pueda darme todas esas cosas y ellas me sean muy necesarias, y como tú me hayas criado para todas ellas, por esto te pido me des don y gracia tal, por los cuales estén todas mis potencias empleadas en honrar, loar y servir para siempre tus honores.

7. "¡Gloria y perfección divina! El dar poder de pecar es dar ocasión de tener fe, esperanza y caridad y las demás virtudes; y el dar poder de tener fe, esperanza y caridad es don contra la gula, lujuria y demás vicios; y por esto te pido don de virtudes y libertad de pecar, con tal que me des recordar, entender y amar tus honores y me des recordar, entender y desamar mis culpas y pecados y los vanos deleites de este mundo." Lloraba y suspiraba Blanquerna mientras estaba pidiendo estos dones; y Dios le daba todo lo que quería, y Blanquerna, llorando, le daba infinitas gracias por ello. La contemplación y devoción de Blanquerna y el arte y alto modo que tenía en el contemplar, no hay quien os lo pueda decir ni significar, sino sólo Dios, quien le enseñaba.

Finido está por la gracia de nuestro Señor Dios el libro del *Arte de contemplación* en vida eremítica.

CAPÍTULO XIV

DEL FIN DEL LIBRO

1. Estaba un día Blanquerna contemplando en Dios, y teniendo en sus manos el *Libro de contemplación*, [y] vino a él un juglar muy lloroso, y con su semblante y duelo que manifestaba, daba muestras de ser muy grande la tristeza de su alma. Y dijo a Blanquerna estas palabras: —Señor Blanquerna, fama es por todo el mundo de vuestra santa vida, por la cual la conciencia atormenta a mi alma con contrición por las faltas que he cometido contra mi oficio; y por esto he venido a vos para que me deis penitencia. Blanquerna preguntó al juglar qué oficio tenía, y éste le respondió y dijo que era juglar. —Buen amigo —dijo Blanquerna—, el oficio de juglaría fue inventado con buena intención, es a saber, para loar a Dios y para recrear y consolar a aquellos que se hallan en trabajos y tormentos por servir a Dios. Mas hemos ya llegado a tiempo en que casi ningún hombre usa de la final razón e intervención por la cual fueron ordenados en el principio los oficios, pues el estado y principio de los eclesiásticos fue fundado sobre una buena intención, que es entender, amar, recordar y servir a Dios, y lo mismo se sigue de los caballeros y de los juristas, decretalistas, médicos, artesanos, mercaderes, religiosos, ermitaños y de todos los demás estados, cada uno según su grado. Pero ahora hemos llegado a tiempo en que los hombres tienen olvidada la final intención por la cual fueron inventados los oficios y las ciencias, y no usan de ellos conforme deberían usar, y por eso está el mundo en error y trabajo, y Dios es ignorado, desamado y desobedecido en gran manera por aquellos que están obligados a haberle de amar, conocer, obedecer y servirle como

a verdadero Dios y Señor que es de todo el mundo. Por esta razón, pues, buen amigo, yo os doy por consejo y en penitencia que andéis por el mundo gritando y cantando entre las gentes, a todos los estados de los hombres y por entre unos y otros, diciéndoles la intención por que fueron inventados en sus principios el oficio de juglaría y demás oficios. Y llevad con vos mismos a este *Libro de Evast y de Blanquerna*, en el cual están significadas las razones por las cuales fueron ordenados e inventados en sus principios los oficios arriba dichos. Y corregid y reprended con todo vuestro poder, en su caso, tiempo, lugar y oportunidad, a todos aquellos que usan mal de sus oficios; y no temáis la murmuración de las gentes, ni el padecer trabajos, ni la muerte, para que seáis agradable a Dios. Admitió el juglar aquella penitencia de Blanquerna y aceptó aquel oficio que le había dado; y se fue por el mundo, y refería y explicaba el fin por que era la teología, la prelación, la clerecía, religión, caballería y señoría en los hombres, y decía el fin por el cual eran inventados el derecho civil y el derecho canónico, la filosofía, la medicina, la mercadería y otras cosas semejantes a éstas; y reprendía fuertemente a aquellos que no conservaban la final intención por la cual eran inventadas y ordenadas en el mundo las ciencias, dignidades, artes y las demás cosas arriba dichas; y en las plazas y cortes y monasterios leía el *Libro de Evast y Blanquerna*, con el fin de multiplicar en las gentes la devoción y que por este medio él tuviese mayor animosidad y fortaleza en cumplir la penitencia que Blanquerna le había impuesto.

2. Hasta aquí habemos hablado de Evast y de Blanquerna. Y por esto ahora conviene que volvamos a hablar del emperador que Blanquerna encontró en aquel bosque. Después de haber renunciado Blanquerna al Pontificado, y siendo ya ermitaño, el emperador hubo ya ordenado su imperio para el intento de que en él fuese restituido valor; y renunció su imperio a favor de su hijo, para quien había compuesto un *Libro de la doctrina del príncipe*, para el régimen de su persona, de su palacio y de su reino. Y habiendo ejecutado todas esas cosas, desamparó el mundo y se fue a buscar a Blanquerna para que los dos juntos contemplasen a nuestro Señor Dios en la vida eremítica.

3. Mientras el emperador iba buscando a Blanquerna, encontró a un obispo que iba a la corte de Roma para enseñar el *Arte abreviado de encontrar la verdad*. Aquel obispo proponía de impetrar del Santo Padre Apostólico el que pudiese hacer leer y enseñar aquel arte en todos los estudios generales, a fin que por la exaltación del entendimiento, la cual se demuestra verdaderamente en dicho arte, fuese mayor en el mundo la devoción en amar, honrar y servir a Dios, y en dar conocimiento de Dios a los infieles, que por su ignorancia se van a los perdurables tormentos. Y para impetrar este negocio, propuso el obispo gastar todo su patrimonio y las rentas de su obispado y emplear en esto todos los días de su vida, pues, encontrado el emperador y el obispo, ambos a dos se conocieron y se saludaron muy civil y agradablemente y se recibieron recíprocamente con grande cortesanía, y se informaron uno al otro de su estado y de sus intentos, que se comunicaron. Gran gusto y placer tuvo el emperador de la devoción del obispo, y éste de la del emperador, quien rogó al

obispo que en la corte de Roma fuese procurador de la virtud de valor, la cual ha sido injuriada por tantas personas e impedidas en dar honor y loor a Dios. —Y diréis al juglar de Valor —dijo el emperador al obispo— que cante estas coplas en la corte, para que el señor Papa y los señores cardenales se acuerden mejor de los hechos y santa vida de los apóstoles, en cuyos tiempos la santidad de la vida y la devoción vivían y reinaban en el mundo.

Excelso Rey glorioso,
Señor Dios verdadero,
que en ti quisiste unir al ser humano,
acuérdate piadoso
de los que con esmero
quieren por ti sufrir golpe tirano
de cruel, bárbara mano.
Dales valor y celo
como puedan honrarte,
servirte y alabarte
con todo su poder y su desvelo,
siendo muy de tu gusto
el celo de tu honor, tan santo y justo.

Ya en el mundo ha nacido
nuevo fervor, hoy día,
apostólico, puro y peregrino.
La edad ha renacido
en que la sangre hervía
inflamada de amor todo divino;
luego el amador fino
vaya y publique, osado,
el gran poder bendito
y el saber infinito
de nuestro Salvador Dios encarnado,
a fin que el mundo entero
ame y sirva a Jesús, Dios verdadero.

Ya los frailes menores
recuerdan, fervorosos,
de un Dios crucificado
los debidos honores.
Ya en Miramar, dichosos,
que el gran rey de Mallorca ha destinado,
y en colegio fundado,
se ocupan estudiando
el idioma morisco.
Y en el cristiano aprisco
recogerán al moro bautizado,
con que de África el suelo
volverá a fecundarse para el cielo.

¿Qué hacéis, predicadores?
 Si tanto a Dios amáis,
 esta ocasión lograd, que es oportuna.
 Abades, y priores,
 y obispos, ¿en qué andáis?
 Dejad allá los bienes de fortuna;
 sin tardanza ninguna
 servid a Dios, que es justo.
 Reyes y potentados,
 ¿qué pensáis, regalados,
 con comer y beber sin pena o susto,
 largo sueño durmiendo,
 se logre estar a Dios gozando y viendo?

Grandes, chicos, medianos,
 con gran placer y gusto,
 casi todos de mí se están burlando.
 Y contentos y ufanos,
 se me oponen al justo
 proyecto principal, que voy tratando.
 Se consume llorando,
 mi cuerpo desfallece;
 mas mi alma, siempre atenta
 en su recuerdo, aumenta
 el celo, y el amor se aviva y crece.
 Mi Dios es mi deseo,
 y el procurar su honor, todo mi empleo.

Servir quiero a la Virgen,
 de mi esperanza amada,
 dulce consuelo y guía.
 Mas ¿quién me enseñaría
 adónde está, ¡oh Blanquerna, tu morada?
 Feliz yo, si consigo
 estar siempre con Dios allí contigo.

4. —¿Cómo, qué me decís, Señor —dijo el obispo al emperador—, sabéis vos quién es Blanquerna? Respondió el emperador, y le refirió cómo un día se había encontrado con él yendo solo y perdido por el bosque donde Blanquerna buscaba lugar para su ermita; y dijo también cómo él le había prometido que satisfaría a Valor la injuria y faltas que contra él había cometido. El obispo refirió también al emperador la santa vida de Blanquerna, y enseñóle las señas por donde podría encontrar el puesto donde vivía en vida ermitaña. Alegróse mucho el emperador de lo que el obispo le había referido de Blanquerna y de haberle enseñado el camino por donde podía encontrarle. El obispo tomó las coplas y se despidió agradablemente del emperador y le dejó en comanda de la bendición de Dios.

5. Por gracia de nuestro Señor Dios, ha finido el LIBRO DE EVAST, ALOMA Y BLANQUERNA, su hijo; en el cual se ha tratado del matrimonio, de religión, de prelación en los obispos y arzobispos y de sus oficiales en sus obispados; del apostólico señorío que tiene el Santo Padre Apostólico y los señores cardenales en el régimen espiritual de la universal Iglesia santa, y de la vida eremítica contemplativa, para dar doctrina cómo todos los hombres deban vivir en este mundo en servicio de Dios y recibir su divina gracia, y en el otro mundo la gloria, a la cual por su divina bondad nos quiera llevar para más perfectamente entenderle, amarle y servirle y de todo darle gracias sin fin. Amén.

VERSÍCULOS SOBRANTES DE LA EDICIÓN CASTELLANA

66. Mas preguntaron al Amigo qué cosa era miseria. Y respondió el Amigo: —Cumplir en este mundo sus deseos, puesto que a deleites brevísimos se siguen perpetuos tormentos en el infierno.

70. Entró el Amigo en un delicioso prado, y vio a muchos jóvenes que perseguían muchedumbre de mariposas y hollaban las flores, y cuanto más porfiaban en agarrarlas, tanto más altas volaban las mariposas. De que discurrió el Amigo que tales son aquellos que con curiosas sutilezas piensan comprender a su Amado, quien abre las puertas a los simples y las cierra a los sutiles; y la fe muestra aquél en sus secretos por la ventana del Amor.

72. Preguntaron al Amigo qué hombres le parecían más enfermos. Respondió que los ciegos, que oyen a los médicos del Amado y, viniendo a ellos, no los reciben para su propia curación, puesto que es suma felicidad ver a mi Amado, y pena horrible el no poderle ver.

114. Preguntaron al Amigo cuál era la fuente de amor. Respondió que aquella en donde el Amado nos ha limpiado de nuestras culpas, y en la cual da de balde agua viva, de la cual quien bebe, logra vida eterna en amor sin fin.

146. Dijo el Amigo: —Al que en todo tiempo es cautivo no se le debe dar salario ni premio de sus trabajos, ni menos al que debe más de lo que puede pagar. Y por esto reprendió a los amantes indiscretos, que no hacen diferencia entre la gracia y el premio.

237. Encontró el amor del Amigo al amor mundano, quien luego se convirtió en nada; de lo que se admiraron los hombres que lo vieron, a quienes dijo el Amigo: —No tenéis que admiraros, porque no es contra naturaleza desvanecerse las tinieblas en presencia de la luz.

238. Compró el Amado al Amigo un huerto, en donde criase sus amores. Rególe el Amado con sudor, y con cinco ríos que eran más dulces que cualquier otra cosa, por suave que sea, le hizo fertilísimo; y en medio de aquel huerto plantó un bello árbol, cuyo fruto sanaba todas las enfermedades.

241. En una grande fiesta estaba el Amigo en el oratorio de su Amado. Oyó a los músicos que cantaban, y las palabras de su canto eran del Amado, mas la solfa era mundana. Y no pudo contenerse el Amigo sin decir en altas voces estas palabras; —¿Por qué ensuciasteis las piedras preciosas con el lodo, vosotros que no sabéis alabar? ¿No sabéis que este modo de cantar no conviene con los honores del Rey de las vírgenes, pues de esto resulta el que las mujeres ruines se inclinan a vivir mal?

249. Iba el Amigo gritando en altas voces por las calles y plazas: —El nombre de mi Amado es fuente copiosa de amor; si todos bebiesen de ella, no fueran partidos sus amores, como en el sol no es partido el resplandor. Poco, pues, saben todos los que rompen el vaso precioso, el cual, después de quebrado, para nada vale.

255. Los que hacen burla del Amado citaron al Amigo para que compareciese en juicio. Compareció el Amigo, mas no tuvo abogado que hablase por él, porque de la pobreza ninguna riqueza aguardaban. Acusáronle de que no vivía como los demás hombres. Respondió el Amigo: —Dispensa tengo del Amor. Quisieron prenderle y encarcelarle, mas él apeló a las leyes de su Amado.

256. Saliendo el Amigo de la sala y tribunal de justicia, vio al sol resplandeciente y claro, y dijo: —¡Oh sol refulgentísimo! Tú que te enseñas obediente a mi Amado, así como cumples cada día veinticuatro horas justas, así te ruego des claridad a todos los que hacen y administran justicia.

265. Entró el Amigo en el huerto del amor, en donde vio una hermosa azucena, y se alegró, por cuanto le representaba a su Amado, que es más blanco y puro que todas las cosas. Después vio una rosa muy hermosa y dijo: —Así como la rosa es a los ojos corporales hermosa sobre todas las demás flores, así a los ojos del entendimiento mi Amado es mucho más bello y agradable que todos los amadores.

272. En la aurora se paseaba el Amigo, y miró al sol que salía, y, lleno de regocijo, empezó a cantar, diciendo: —Del casto lecho de la aurora salió mi Amado en este mundo; quien en ella juzga mancha, en el sol discurre tinieblas.

274. Al Amigo preguntaron cuáles eran los parientes de su Amado, y respondió por este enigma: —Mi Amado es un sol que nació sin madre y una luna que nació sin padre. Padre tiene sin madre, y Madre sin padre.

287. Preguntó el Amigo si habían visto a su Amado, y dijéronle: —¿Qué tal es tu Amado? Y respondió el Amigo: —Mi Amado es cual sin cualidad, porque es bueno y bondad, bello y belleza. —¿Cuánto es tu Amado? Respondió: —Grande y chico, alto y bajo, simple y compuesto, y, por esto, él es todo sin composición uno.

288. Con alta voz decía el Amigo: —Mi Amado es luz inmensa, y bajo su sombra es donde vivimos; es inaccesible, a quien se acercan los humildes, y es incomprensible, y le alcanzan los simples. Comprad, pues, humildad y aprended simplicidad, para que de las tinieblas paséis a la luz infinita.

292. Preguntaron al Amigo si el pecado era algo. Respondió: —No sé que cosa alguna tenga ser, sino criatura y el Amado; si el Amado, pues, no creó al pecado, ¿cómo puede el pecado tener ser? Mas así como la ceguedad priva de la vista, así el pecado hace perder a muchos la bienaventuranza.

300. Entró un día el Amigo en un claustro de religiosos, y preguntáronle si era religioso. Respondió: —Sí; religioso soy de mi Amado. —¿Qué reglas sigues? Respondió: —La de mi Amado. —¿A quién votaste? Dijo:

—A mi Amado. —¿Tienes voluntad? Respondió: —No; mi Amado la tiene. —¿Añadiste algo a la regla de tu Amado? Respondió que lo perfecto no admite adición. —Mas ¿por qué vosotros —dijo el Amigo—, siendo religiosos, no os llamáis con el nombre de mi Amado? No sea que, teniendo el nombre de otros, disminuyáis el amor, y, oyendo la voz de otro, no entendáis al Amado.

306. Preguntaron al Amigo qué cosa era el mundo. Respondió: —Es libro para los que saben leer, en el cual es conocido mi Amado. Preguntáronle si su Amado era en el mundo. Respondió: —Sí; como el escritor en el libro. —¿En quién está este libro? Respondió: —En mi Amado, pues que todo lo contiene mi Amado, por cuya causa el mundo está en mi Amado, y no mi Amado en el mundo.

307. —Amigo —dijeron algunos—: ¿cuál amador te parece que sea fatuo? Respondió el Amigo: —Aquel que ama la sombra, sin cuidar de la verdad. —¿Y cuál piensas que sea rico? —El que ama la verdad. —¿Y quién pobre? Dijo: —El que ama la falsedad. Preguntáronle si el mundo era amable. —Sí —dijo—, así como la obra a causa del artífice, y como la noche, que [lo es] por razón del día que la sigue.

308. Otros amadores preguntaron al Amigo si entre él y el Amado había alguna proporción. —Preguntadlo —dijo— al cielo más encumbreado, cuyo movimiento es finido, y el vigor de mi Amado es infinito y eterno. Mas, si la naturaleza aparta de ellos la proporción, la voluntad los iguala y los hace convenir por proporción, por razón que cuanta es la volutad de mi Amado en mover, tanta es la velocidad del movimiento del primer ciclo.

312. —¿Qué cosa es el ser de tu Amado? Respondió: —Es rayo y radiante en todas cosas, como el sol en todo el mundo, el cual, si retira su resplandor, deja todas las cosas en tinieblas y, difundiéndose, es día de todas ellas. Y aún más es el ser de mi Amado, fundamento en cuya similitud es conservado el orbe todo.

313. Mas le preguntaron: —¿Qué cosa es la unidad de tu Amado? Respondió: —Es lo que me une a tres en eternidad, sin distinción de la naturaleza o de substancia, y ata y une tres cosas temporalmente. Y si cosa hay, en parte alguna, que perfecta sea, en ella son tres unidos por unidad.

314. —Fatuo por amor: ¿cuán grande es la bondad de tu Amado? —Tanta es —respondió—, que cualquier otro bien, en comparación suya, es nada o un punto sólo, y todo lo cuanto es no cuanto, lo cual, siendo sin división, tres, tiene en las cosas vestigio individuido en tres, esto es, útil, honesto y deleitable.

315. —Poder de mi Amado —decía el Amigo—: quien te quiere medir, intenta con la nada contar el número; mas tú mides la nada, cuanto de la nada haces algo. Como, pues, tú solo puedas esto, está claro que tú solo justificas al impío.

317. Miraba el Amigo al arco iris, y le pareció que tenía tres colores, y dijo: —Admirable distinción de tres, y son los tres del todo una cosa misma. Y dijo: —¿Cómo esto aparece en la imagen, si no subsiste en la verdad?

328. En un día solemne entró el Amigo en una iglesia, y consideraba el honor que allí se daba a su Amado, y vió que le hacían deshonor; y, por esto, con alta voz, dijo a toda aquella multitud de gente: —¡Oh insensatos! No toquéis con irreverencia los altares, pues que son el lecho del Rey eterno; no entréis en lugar sagrado, porque es su tálamo. Y corrigió las centinelas, porque con tanta negligencia celaban y procuraban el honor de su Amado.

329. —Dime, Amigo: ¿qué cosa es amor? Respondió: —Muerte de quien vive y vida de quien muere; es alegría en el día y tristeza en la muerte; es deleite y consuelo en la patria y tristeza y melancolía en la peregrinación; es ausencia suspirada y presencia alegre sin fin.

330. Mas le preguntaron si se paseaba de día o de noche. Respondió: —Mi amor me es dulzura amarga, y amargura dulce, y mis lágrimas son testimonio de que todavía no me nació el día; mas mi amor me conduce a la patria en donde no puede haber noche.

334. Sobre la simplicidad disputaban dos entre sí. El uno decía: —Simple es el que no sabe nada. El otro decía: —Simple es quien vive sin pecado. Sobrevino el Amigo y dijo: —La verdadera simplicidad es la que encomienda con confianza a mi Amado todos sus hechos. Simplicidad es magnificar la fe sobre el saber en lo que la excede y evitar en toda forma las cosas vanas, superfluas, curiosas y nimiamente sutiles y presuntuosas en todo lo que es de mi Amado, porque aquéllos son contrarias a la simplicidad.

335. Otra vez le preguntaron ambos les dijese si es grande la ciencia de los simples. Respondió: —La sabiduría en los sabihondones es gran montón y poco grano; mas la de los simples es montón chico, pero de innumerables granos, porque ni presunción, ni curiosidad, ni demasiada sutileza abulta el montón de los simples. Pues ¿qué hacen la presunción y la curiosidad? Respondió el Amigo: —La vanidad es madre de la curiosidad, y la soberbia de la presunción; y, por esto, hacen lo mismo que hacen la vanidad y la soberbia; y por la curiosidad y presunción se encuentran los enemigos de mi Amado, así como por la simplicidad se adquieren sus amores.

338. Caminaba el Amigo y decía: —El primer cuerpo, de nadie es contenido y lo contiene todo; y el primer movimiento no es contenido, mas él contiene todos los otros movimientos. ¿Quién, pues, no conoce que mi Amado, que totalmente es primero que todo, todo lo contiene y de nadie es contenido?

340. Acordóse el Amigo de sus pecados, y por temor del infierno quiso llorar y no pudo. Pidió lágrimas al Amor, y la sabiduría le respondió que más frecuente y fuertemente llorase por amor de su Amado que por temor de las penas del infierno, puesto que le agradan más los llantos que son por amor que las lágrimas que se derraman por temor.

341. Obedeció el Amigo a la sabiduría, y con un ojo lloró muchas y mayores lágrimas por amor y con el otro pocas y chicas por temor, para hacer mayor honra a su Amado por amor que por temor; y las lágrimas por amor le servían de consuelo y descanso; mas las lágrimas por temor le daban pena y tribulación.

344. Preguntaron al Amigo de qué manera se convierte el corazón del hombre a amar a su Amado. Respondió que así como el girasol se vierte al sol. —¿Cómo es, pues, que todos no aman a tu Amado? Respondió que a los que no aman les es noche el pecado.

346. Encontró el Amigo a un astrólogo adivino y le preguntó qué cosa era su astrología. Él dijo que era ciencia para saber lo venidero. —Engañaste —le dijo el Amigo—; no es ciencia, sino un engaño de ciencia y velo de nigromancia y fitomancia, y ciencia de fingidos y mentirosos profetas, que infaman la obra del soberano Maestro, nuncio en todo tiempo de malas nuevas; la cual reprueba y extirpa la providencia de mi Amado, que promete dar bien en lugar del mal que ella amenaza.

347. Con altas voces iba el Amigo diciendo: —¡Oh, qué vanos son muchos hombres en el mundo, que siguen curiosidades y aman presunción! Pues por la curiosidad caen en la mayor de todas las impiedades, esto es, que abusan de los nombres de Dios e invocan con encantos y deprecaciones los espíritus malos, como si fuesen ángeles buenos, y les atribuyen los nombres de Dios y de los ángeles buenos y profanan malamente las cosas santas con caracteres, figuras e imágenes; y por la presunción se han sembrado en el mundo cuantos errores hay. Con vivas lágrimas lloró el Amigo tantas injurias que contra de su Amado cometen muchos hombres ignorantes.

351. Un día estaba el Amigo mirando al oriente y poniente, al norte y mediodía, y conoció la señal de su Amado, la que hizo esculpir, y en cada una de las cuatro extremidades hizo colocar una piedra preciosa refulgentísima como un sol; y llevábala de continuo sobre sí, y esta señal le hacía memoria de la verdad.

352. Visitaba varios lugares el Amigo, y encontró a muchos que estaban alegres, riendo, cantando y viviendo con grande gozo y divertimento. Hízose la cuestión si en este mundo hay más para reír que para llorar. Vinieron las virtudes para ser jueces y declarar de la duda. Dijo la Fe: —Más hay para llorar, porque son más los infieles que los fieles. La Esperanza dijo: —Más hay para llorar, porque pocos son los que esperan en Dios y muchos los que confían en los bienes del mundo. La Caridad dijo: —Más hay para llorar, porque tan pocos son los que aman a Dios y al prójimo. Todas las demás virtudes fueron del mismo voto y parecer.

354. Pensando en la muerte, el Amigo dijo: —¡Oh Reina del cielo! Estando yo para morir, extended y manifestad vuestro regazo, en que estubo reclinado mi dulcísimo Amado, y no temeré a daño alguno de cuantos me podrían causar los enemigos.

356. Juntáronse muchos amadores, y preguntaron a un mensajero de amor en dónde y en quién estaba el corazón más inflamado en devoción y amor. Respondió: —En el templo de mi Amado, humillándose a él con todas las fuerzas, y adorando al Amado, porque él es un solo santo de los santos, por lo cual los que esto no saben hacer, no saben legítimamente amar.

357. Los amadores experimentaron el nuncio de amor, diciéndole que anduviese por el mundo pregonando que los adoradores adorasen a los siervos como a siervos y al Señor como a Señor, para que mejor puedan

ser oídos sus ruegos y porque no hay necesidad de amara a otro más que al Amado ni de confiar en otro más que él.

359. Preguntaron al mensajero de amor de dónde habían venido al Amado tantos siervos inútiles, que son más viles y más despreciables que los hombres seglares. Respondió que esto provenía por culpa de aquellos que deben proveer de servidores al soberano Amado, que es Rey de reyes, y deben examinarlos, y no se informan como debieran de la ciencia, vida y costumbres que tienen; y los que ellos no quisieran para su caballeriza, permiten que sirvan al Rey eterno en su palacio y en el purísimo ministerio de la mesa. Por lo que debieran temer la dura retribución del Amado, cuando les llamará a cuentas.

364. Al Amigo fue propuesta esta cuestión: —¿En dónde muere el amor? Respondió que en los temporales deleites de este mundo. —¿En dónde vive y se cría? —En los pensamientos del otro mundo. De aquí sucedió que los que le preguntaron resolvieron huirse de este mundo, para encontrar muchos pensamientos del otro mundo, de que viviese Amor, y, viviendo, se alimentase.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
EL DOCTOR ILUMINADO	VII
BIBLIOGRAFÍA SUMARIA	XXIX
INTRODUCCIÓN A BLANQUERNA	XXXI

LIBRO DE BLANQUERNA

Prólogo	3
---------------	---

EMPIEZA EL LIBRO I, QUE TRATA DEL ESTADO MATRIMONIAL

Capítulo I. Del matrimonio de Evast y Aloma	4
Capítulo II. Del nacimiento y buena educación de Blanquerna	7
Capítulo III. De la cuestión que Propuso Evast a su hijo Blanquerna	9
Capítulo IV. De la contienda que hubo entre Evast y Aloma	12
Capítulo V. Cómo Evast y Aloma determinaron dar el mando de la casa a su hijo Blanquerna	16
Capítulo VI. De cómo tentó a Blanquerna una doncella por nombre Cana	20
Capítulo VII. De cómo Evast y Aloma acompañaron a su hijo Blan querna	23
Capítulo VIII. De la despedida	25
Capítulo IX. Del modo con que Evast y Aloma arreglaron su vida	29
Capítulo X. Del hospital	31
Capítulo XI. De la gula	31
Capítulo XII. De la torpeza	32
Capítulo XIII. De la avaricia	33
Capítulo XIV. De la soberbia	34
Capítulo XV. De la pereza	35
Capítulo XVI. De la envidia	36
Capítulo XVII. De la ira	37
Capítulo XVIII. De la vanagloria	38

EMPIEZA EL LIBRO II, QUE TRATA DEL ESTADO RELIGIOSO

PARTE I

	<i><u>Págs.</u></i>
Capítulo XIX. De la contienda que medió entre Cana y Anastasia .	40
Capítulo XX. Dícese en qué manera Cana entró en religión	43
Capítulo XXI. De cómo Cana fue elegida sacristana	48
Capítulo XXII. De la muerte de la abadesa	49
Capítulo XXIII. De consolación	50
Capítulo XXIV. En qué manera Cana fue elegida abadesa	51
Capítulo XXV. De cómo la abadesa Cana ordenó acerca de los cinco sentidos corporales, y primeramente del oído	53
Capítulo XXVI. De la vista	55
Capítulo XXVII. Del olfato	56
Capítulo XXVIII. Del gusto	57
Capítulo XXIX. Del sentir	58
Capítulo XXX. De las siete virtudes, y primeramente de la fe	59
Capítulo XXXI. De la esperanza	62
Capítulo XXXII. De la caridad	63
Capítulo XXXIII. De la justicia	65
Capítulo XXXIV. De la prudencia	67
Capítulo XXXV. De la fortaleza	68
Capítulo XXXVI. De la templanza	70
Capítulo XXXVII. De la memoria	71
Capítulo XXXVIII. Del entendimiento	72
Capítulo XXXIX. De la voluntad	73
Capítulo XL. De la oración	75
Capítulo XLI. Del espiar	76

PARTE II

Capítulo XLII. De los diez mandamientos	77
Capítulo XLIII. De la fe y la verdad	81
Capítulo XLIV. Del entendimiento	84
Capítulo XLV. De la devoción	86
Capítulo XLVI. De la diligencia	87
Capítulo XLVII. De los agüeros	89
Capítulo XLVIII. Del valor	91
Capítulo XLIX. De la consolación	96
Capítulo L. De la fortaleza	99
Capítulo LI. De la tentación	102
Capítulo LII. De la penitencia	105
Capítulo LIII. De la perseverancia	110
Capítulo LIV. De la obediencia	111

Págs.

Capítulo LV. Del consejo	113
Capítulo LVI. De la ordenación de los estudios	115
Capítulo LVII. De la vanagloria	118
Capítulo LVIII. De la acusación.	120
Capítulo LIX. Cómo Blanquerna fue elegido sacristán	124
Capítulo LX. Cómo Blanquerna fue elegido abad	126
Capítulo LXI. Que trata de la manera en que el abad Blanquerna hizo el libro de «Ave Maria»	129
Capítulo LXII. De «Gratia plena»	132
Capítulo LXIII. De «Dominus tecum»	136
Capítulo LXIV. De «Benedicta tu in mulieribus»	138
Capítulo LXV. De «Benedictus fructus ventris tui»	142
Capítulo LXVI. De «Santa Maria ora pro nobis»	143

· EMPIEZA EL LIBRO III, QUE TRATA DE PRELACÍA

Capítulo LXVII. Cómo el abad Blanquerna fue elegido obispo	150
Capítulo LXVIII. De qué manera el obispo Blanquerna ordenó su obispado	151
Capítulo LXIX. De la pobreza	153
Capítulo LXX. De la mansedumbre	156
Capítulo LXXI. Del llanto	159
Capítulo LXXII. De la aflicción	162
Capítulo LXXIII. De la misericordia	163
Capítulo LXXIV. De la limpieza	166
Capítulo LXXV. De la paz	168
Capítulo LXXVI. De la persecución	171
Capítulo LXXVII. De «quolibet»	175

EMPIEZA EL LIBRO IV, QUE TRATA DEL ESTADO
APOSTÓLICO

Capítulo LXXVIII. De qué manera el obispo Blanquerna fue elegi- do Papa	175
Capítulo LXXIX. De las ordenanzas que el Papa Blanquerna hizo en su corte	182
Capítulo LXXX. De «Gloria in excelsis Deo»	186
Capítulo LXXXI. De «Et in terra pax hominibus bonae voluntatis»	191
Capítulo LXXXII. De «Laudamus te»	196
Capítulo LXXXIII. De «Benedicimus te»	199
Capítulo LXXXIV. De «Adoramus te»	204
Capítulo LXXXV. De «Glorificamus te»	208
Capítulo LXXXVI. De «Gratias agimus tibi propter magnam gloriam tuam»	211

	<u>Págs.</u>
Capítulo LXXXVII. De «Domine Dens rex caelestis, Deus Pater omnipotens»	211
Capítulo LXXXVIII. De «Domine, Fili unigente, Iesu Christe» ...	217
Capítulo LXXXIX. De «Domine Deus Agnus Dei, Filius Patris» ..	220
Capítulo XC. De «Qui tollis peccata mundi, miserere nobis»	222
Capítulo XCI. De «Qui tollis peccata mundi, suscipe deprecationem nostram»	224
Capítulo XCII. De «Qui sedes adexteram Patris, miserere nobis»	226
Capítulo XCIII. De «Quoniam tu solus sanctus»	230
Capítulo XCIV. De «Tu solus Dominus»	231
Capítulo XCV. De «Tu solus altissimus, Iesu Christe, cum Sancto Spiritu in gloria Dei Patris. Amen»	233

EMPIEZA EL LIBRO V, DE VIDA EREMÍTICA

Capítulo XCVI. De cómo el Papa Blanquerna renunció al pontificado	236
Capítulo XCVII. De cómo Blanquerna se despidió del Papa y de los cardenales	238
Capítulo XCVIII. De la vida que Blanquerna hacía en su ermita ..	239
Capítulo XCIX. De la manera como Blanquerna ermitaño compuso el «Libro del Amigo y del Amado»	240

DEL «LIBRO DEL AMIGO Y DEL AMADO»	242
---	-----

EMPIEZA EL «ARTE DE CONTEMPLACIÓN»

Prólogo	275
Capítulo I. Del modo con que Blanquerna contemplaba las virtudes de Dios	276
Capítulo II. De la manera en que Blanquerna contemplaba, de tres en tres, las virtudes de Dios	279
Capítulo III. De la esencia	282
Capítulo IV. De la unidad	285
Capítulo V. De la trinidad	287
Capítulo VI. De la encarnación	290
Capítulo VII. Del «Pater noster»	292
Capítulo VIII. Del «Ave Maria»	295
Capítulo IX. De los mandamientos	298
Capítulo X. Del «Miserere mei Deus»	300
Capítulo XI. De los siete sacramentos de la santa Iglesia	302
Capítulo XII. De las virtudes	306
Capítulo XIII. De los vicios	309
Capítulo XIV. Del fin del libro	311
APÉNDICE Versículos sobrantes de la edición castellana	316

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR EL DÍA
30 DE MAYO DE 1990 EN LOS TALLERES DE

FUENTES IMPRESORES, S. A
Centeno, 109, 09810, México, D. F.

LA EDICIÓN CONSTA DE 3.000 EJEMPLARES
MÁS SOBRANTES PARA REPOSICIÓN

COLECCIÓN "SEPAN CUANTOS..."*

128.	ALARCON, Pedro A. de: <i>El Escándalo</i> . Prólogo de Juana de Ontañón. <i>Rústica</i> .	\$ 5,000.00
134.	ALARCON, Pedro A. de: <i>El niño de la bola. El sombrero de tres picos. El capitán veneno</i> . Notas preliminares de Juana de Ontañón. <i>Rústica</i> .	5,000.00
225.	ALAS "Clarín", Leopoldo: <i>La Regenta</i> . Introducción de Jorge Ibargüengoitia. <i>Rústica</i> .	8,000.00
449.	ALAS "Clarín", Leopoldo: <i>Cuentos. Pipá Zurita. Un Candidato. El Rana. Adlós "Cordera". Cambio de Luz. El Gallo de Sócrates. El Sombrero del Cura</i> y 35 cuentos más. Prólogo de Guillermo de la Torre. <i>Rústica</i> .	5,000.00
572.	ALAS "CLARIN", Leopoldo: <i>Su único hijo. Doña Beria. Cuervo Supercheria</i> . Prólogo de Ramón Pérez Ayala. <i>ALCEO</i> . (Véase PINDARO.)	10,000.00
126.	ALCOTT, Louisa M.: <i>Mujercitas. Más cosas de Mujercitas</i> . <i>Rústica</i> .	5,000.00
273.	ALCOTT, Louisa M.: <i>Hombrecitos</i> . <i>Rústica</i> .	5,000.00
182.	ALEMAN, Mateo: <i>Guzmán de Alfarache</i> . Introducción de Amancio Bolaño e Isla.	6,000.00
	ALFAU de Solalinde, Jesusa. (Véase ARROYO, Anita.)	
229.	ALFONSO EL SABIO: <i>Cantigas de Santa María. Cantigas profanas. Primera crónica general. General e grand storia. Espéculo. Las siete partidas. El selenario. Los libros de astronomía. El lapidario. Libros de ajedrez, dados y tablas. Una carta y dos testamentos. Antología</i> . Con un estudio preliminar de Margarita Peña y un vocabulario. <i>Rústica</i> .	6,000.00
15.	ALIGHIERI, Dante: <i>La Divina Comedia. La vida nueva</i> . Introducción de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i> .	5,000.00
61.	ALTAMIRANO, Ignacio M.: <i>El Zarco. La Navidad en las Montañas</i> . Introducción de María del Carmen Millán. <i>Rústica</i> .	4,000.00
62.	ALTAMIRANO, Ignacio M.: <i>Clemencia. Cuentos de Invierno</i> . <i>Rústica</i> .	5,000.00
275.	ALTAMIRANO, Ignacio M.: <i>Paisajes y Leyendas. Tradiciones y costumbres de México</i> . Introducción de Jacqueline Covo. <i>Rústica</i> .	6,000.00
43.	ALVAR, Manuel: <i>Poesía tradicional de los judíos españoles</i> . <i>Rústica</i> .	6,000.00
122.	ALVAR, Manuel: <i>Cantares de Gesta medievales. Cantar de Roncesvalles. Cantar de los Siete Infantes de Lara. Cantar del Cerco de Zamora. Cantar de Rodrigo y el rey Fernando. Cantar de la Campana de Huesca</i> . <i>Rústica</i> .	6,000.00
151.	ALVAR, Manuel: <i>Antigua poesía española lírica y narrativa. Jarchas. Libro de Infancia y muerte de Jesús. Vida de Santa María Egipcíaca. Disputa del alma y el cuerpo. Razón de amar con los denuestos del agua y el vino. Elena y María (disputa del cuerpo y el caballero). El plantío ¡ay Jerusalén! Historia troyana en prosa y verso</i> . <i>Rústica</i> .	6,000.00
174.	ALVAR, Manuel: <i>El romancero viejo y tradicional</i> . <i>Rústica</i> .	15,000.00
244.	ALVAREZ QUINTERO, Serafín y Joaquín: <i>Malvaloca. Amores y Amorios. Puebla de las mujeres. Doña Clarines. El genio alegre</i> . Prólogo de Ofelia Garza de Del Castillo. <i>Rústica</i> .	8,000.00
	ALVAREZ QUINTERO, Hnos. (Véase Teatro Español Contemporáneo.)	
131.	AMADIS DE GAULA: Introducción de Arturo Souto. <i>Rústica</i> .	6,000.00
157.	AMICIS, Edmundo: <i>Corazón. Diario de un niño</i> . Prólogo de María Elvira Bermúdez. <i>Rústica</i> .	4,000.00
505.	AMIEL, Enrique Federico: <i>Fragmentos de un Diario Íntimo</i> . Prólogo de Bernard Bouvier. <i>Rústica</i> .	10,000.00
	ANACREONTE: (Véase PINDARO.)	

* Los números que aparecen a la izquierda corresponden a la numeración de la Colección.

85.	ANDERSEN, Hans Christian: <i>Cuentos</i> . Prólogo de María Edmée Álvarez. <i>Rústica</i> .	\$ 5,000.00
	ANDREIEV. (Véase <i>Cuentos Rusos</i> .)	
428.	ANONIMO: <i>Aventuras del Picaro Till Eulenspiegel</i> . WICKRAM, Jorge: <i>El librito del carro</i> . Versión y prólogo de Marianne Oeste de Bopp. <i>Rústica</i>	6,000.00
432.	ANONIMO: <i>Robin Hood</i> . Introducción de Arturo Souto A. <i>Rústica</i>	6,000.00
	APULEYO. (Véase <i>Longo</i> .)	
301.	AQUINO, Tomás de: <i>Tratado de la Ley. Tratado de la Justicia. Opúsculo sobre el gobierno de los Príncipes</i> . Traducción y estudio introductorio por Carlos Ignacio González, S. J. <i>Rústica</i>	12,000.00
317.	AQUINO, Tomás de: <i>Suma Contra los Gentiles</i> . Traducción y estudio introductorio por Carlos Ignacio González, S. J. <i>Rústica</i>	15,000.00
406.	ARCINIEGAS, Guzmán: <i>Biografía del Caribe</i> . <i>Rústica</i>	6,000.00
76.	ARCIPRESTE DE HITA: <i>Libro de Buen Amor</i> . Versión antigua, con prólogo y versión moderna de Amancio Bolaño e Isla. <i>Rústica</i>	7,500.00
67.	ARISTOFANES: <i>Las once comedias</i> . Versión directa del griego con introducción de Ángel María Garibay K. <i>Rústica</i>	6,000.00
70.	ARISTOTELES: <i>Ética Nicomaquea. Política</i> . Versión española e introducción de Antonio Gómez Robledo. <i>Rústica</i>	6,000.00
120.	ARISTOTELES: <i>Metafísica</i> . Estudio introductorio, análisis de los libros y revisión del texto por Francisco Larroyo. <i>Rústica</i>	5,000.00
124.	ARISTOTELES: <i>Tratados de Lógica (El Organón)</i> . Estudio introductorio, preámbulos a los tratados y notas al texto por Francisco Larroyo. <i>Rústica</i>	10,000.00
	ARTSIBASCHEV. (Véase <i>Cuentos Rusos</i> .)	
82.	ARRANGOIZ, Francisco de Paula de: <i>México desde 1808 hasta 1867</i> . Prólogo de Martín Quirarte. <i>Rústica</i>	20,000.00
103.	ARRÉOLA, Juan José: <i>Lectura en voz alta</i> . <i>Rústica</i>	6,000.00
195.	ARROYO, Anita: <i>Razón y pasión de Sor Juana</i> . <i>Rústica</i>	8,000.00
431.	AUSTEN, Jane: <i>Orgullo y Prejuicio</i> . Prólogo de Sergio Pittol. <i>Rústica</i>	6,000.00
327.	AUTOS SACRAMENTALES. (El auto sacramental antes de Calderón). LOAS: Dice el Sacramento. A un pueblo. Loa del Auto de acusación contra el género humano. LOPEZ DE YANGUAS: Farsa sacramental. ANÓNIMOS: Farsa sacramental de 1521. Los amores del alma con el Príncipe de la luz. Farsa sacramental de la residencia del Hombre. Auto de los Hierros de Adán. Farsa del sacramento del entendimiento niño. SANCHEZ DE BADAJOZ: Farsa de la Iglesia. TIMONEDA: Auto de la oveja perdida. Auto de la fuente de los siete sacramentos. Farsa del sacramento llamada premática del Pan. Auto de la Fe. LOPE DE VEGA: La adúltera perdonada. La ciega. El pastor lobo y cabaña celestina. VALDIVIELSO: El hospital de los locos. La amistad en el peligro. El peregrino. La Serrana de Plascencia. TIRSO DE MOLINA: El colmenero divino. Los hermanos parecidos. MIRA DE AMÉSCUA: Pedro Telonario. Selección, introducción y notas de Ricardo Arias. <i>Rústica</i>	10,000.00
293.	BACON, Francisco: <i>Instauratio Magna. Novum Organum. Nueva Alánida</i> . Estudio introductorio y análisis de las obras por Francisco Larroyo. <i>Rústica</i>	6,000.00
290.	BALBUENA, Bernardo de: <i>La grandeza mexicana y Compendio apologético en alabanza de la poesía</i> . Prólogo de Luis Adolfo Domínguez. <i>Rústica</i>	6,000.00
55.	BALMES, Jaime L.: <i>El Criterio</i> . Estudio preliminar de Guillermo Díaz-Plaja. <i>Rústica</i>	6,000.00
241.	BALMES, Jaime L.: <i>Filosofía Elemental</i> . Estudio preliminar por Raúl Cardiel. <i>Rústica</i>	6,000.00
112.	BALZAC, Honorato de: <i>Eugenia Grandet. La Piel de Zapata</i> . Prólogo de Carmen Gullido. <i>Rústica</i>	4,500.00
314.	BALZAC, Honorato de: <i>Papa Goriot</i> . Prólogo de Rafael Solana. Versión y notas de F. Benach. <i>Rústica</i>	5,000.00
442.	BALZAC, Honorato de: <i>El Lirio en el Valle</i> . Prólogo de Jaime Torres Bodet. <i>Rústica</i>	6,000.00
580.	BAROJA, Pío: Desde la última vuelta del camino. (Memorias). <i>El escritor según él según los críticos</i> - Familia, infancia y juventud. Introducción de Néstor Luján. <i>Rústica</i>	18,000.00
581.	BAROJA, Pío: Desde la última vuelta del camino. (Memorias). <i>Final del siglo XIX y Principios del XX</i> - Galería de tipos de la época. <i>Rústica</i>	18,000.00
582.	BAROJA, Pío: Desde la última vuelta del camino. (Memorias) <i>La intuición y el estilo. Degateas de Otoño</i> . <i>Rústica</i>	18,000.00
	BACULDER. (Véase PINDARO.)	
555.	BARILEVA, Odoño: <i>La Educación Positivista</i> . Selección, estudio introductorio y preámbulos por Zamacoa Zubizar. <i>Rústica</i>	6,000.00

334.	<i>Batallas de la Revolución y sus Corridos.</i> Prólogo y preparación de Daniel Moreno. <i>Rústica</i>	6,000.00
426.	BAUDELAIRE, Carlos: <i>Las Flores del Mal. Diarios íntimos.</i> Introducción de Arturo Souto Alabarce. <i>Rústica</i>	\$ 6,000.00
17.	BECQUER, Gustavo Adolfo: <i>Rimas, leyendas y narraciones.</i> Prólogo de Juana de Ontañón. <i>Rústica</i>	4,500.00
	BENAVENTE. (Véase <i>Teatro Español Contemporáneo</i> .)	
35.	BERCEO, Gonzalo de: <i>Milagros de Nuestra Señora. Vida de Santo Domingo de Silos. Vida de San Millán de la Cogolla. Vida de Santa Oria. Martirio de San Lorenzo.</i> Versión antigua y moderna. Prólogo y versión moderna de Amancio Bolaño e Isla. <i>Rústica</i>	10,000.00
491.	BERGSON, Henry: <i>Introducción a la metafísica. La Risa.</i> La filosofía de Bergson por Manuel García Morente	5,000.00
590.	BERGSON, Henry. <i>Las dos fuentes de la moral y de la religión.</i> Introducción de John M. Desterreicher. <i>Rústica</i>	
	BERMUDEZ, Ma. Elvira. (Véase VERNE, Julio.)	
	BESTEIRO, Julián. (Véase HESSEN, Juan.)	
500.	BIBLIA DE JERUSALEN, Nueva edición totalmente revisada y aumentada. <i>Rústica</i> : \$ 40,000.00	42,500.00
380.	BOCCACCIO: <i>El Decamerón.</i> Prólogo de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	10,000.00
487.	BOECIO, Severino: <i>La consolación de la filosofía.</i> Prólogo de Gustave Bardy. <i>Rústica</i>	6,000.00
522.	BOISSIER, Gastón: <i>Cicerón y sus Amigos.</i> Estudio de la sociedad Romana del tiempo de César. Prólogo de Augusto Rostagni. <i>Rústica</i>	6,000.00
495.	BOLIVAR, Simón: <i>Escritos Políticos.</i> El espíritu de Bolívar por Rufino Blanco Fombona. <i>Rústica</i>	6,000.00
	BOSCÁN, Juan. (Véase VEGA, Garcilaso de la.)	
278.	BOTURINI BENADUCCI, Lorenzo: <i>Idea de una Nueva Historia General de la América Septentrional.</i> Estudio preliminar por Miguel León-Portilla. <i>Rústica</i>	6,100.00
119.	BRONTË, Emily: <i>Cumbres Borrascosas.</i> Prólogo de Sergio Pitó. <i>Rústica</i>	6,000.00
420.	BRONTË, Carlota: <i>Jane Eyre.</i> Prólogo de Marga Sorensen. <i>Rústica</i>	6,000.00
584.	BRUYERE, LA. <i>Los caracteres.</i> Precedidos de los caracteres de Teofrasto. <i>Rústica</i>	12,000.00
516.	BULWER-LYTTON. <i>Los últimos días de Pompeya.</i> Prólogo de Santiago Galindo	6,000.00
441.	BURCKHARDT, Jacob: <i>La Cultura del Renacimiento en Italia.</i> Prólogo de Werner Kaegi. <i>Rústica</i>	8,500.00
104.	CABALLERO, Fernán: <i>La Gaviota. La familia de Alvareda.</i> Prólogo de Salvador Reyes Nevares. <i>Rústica</i>	6,000.00
222.	CALDERÓN, Fernando: <i>A ninguna de las tres. El torneo. Ana Bolena. Hermano o la vuelta del cruzado.</i> Prólogo de María Edmée Álvarez. <i>Rústica</i>	6,000.00
41.	CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro: <i>La Vida es sueño. El alcalde de Zalamea.</i> Prólogo de Guillermo Díaz-Plaja. <i>Rústica</i>	4,000.00
331.	CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro: <i>Autos Sacramentales: La cena del Rey Baltasar. El gran Teatro del Mundo. La hidalga del valle. Lo que va del hombre a Dios. Los encantos de la culpa. El águila Orfeo. Sueños hay que verdad son. La vida es sueño. El día mayor de los días.</i> Selección, introducción y notas de Ricardo Arlas. <i>Rústica</i>	10,000.00
74.	CALDERÓN DE LA BARCA, Madame: <i>La vida en México.</i> Traducción y prólogo de Felipe Teixidor. <i>Rústica</i>	10,000.00
	CALVO SOTELO. (Véase <i>Teatro Español Contemporáneo</i> .)	
252.	CAMOENS, Luis de: <i>Los Lusíadas.</i> Traducción, prólogo y notas de Ildefonso-Manuel Gil. <i>Rústica</i>	6,000.00
329.	CAMPOAMOR, Ramón de: <i>Doloras. Poemas.</i> Introducción de Vicente Gaos. <i>Rústica</i>	10,000.00
435.	CÁNOVAS DEL CASTILLO, Antonio: <i>La Campana de Huesca.</i> Prólogo de Serafín Estébanez Calderón. <i>Rústica</i>	6,000.00
279.	CANTAR DE ROLDAN, EL: Versión de Felipe Teixidor. <i>Rústica</i>	4,000.00
285.	CANTAR DE LOS NIBELUNGOS, EL: Traducción al español e introducción de Marianne Oestre de Bopp. <i>Rústica</i>	6,000.00
307.	CARLYLE, Tomás: <i>Los Héroes. El culto a los héroes y Lo heroico de la historia.</i> Estudio preliminar de Raúl Cardiel Reyes. <i>Rústica</i>	6,000.00
215.	CARROLL, Lewis: <i>Alicia en el país de las maravillas. Al otro lado del espejo.</i> Ilustrado con grabados de John Tenniel. Prólogo de Sergio Pitó. <i>Rústica</i>	6,000.00
57.	CASAS, Fr. Bartolomé de las: <i>Los Indios de México y Nueva España.</i> Antología. Edición, prólogo, apéndices y notas de Edmundo O'Gorman; con la colaboración de Jorge Alberto Manrique. <i>Rústica</i>	6,000.00

318.	<i>Casidas de amor profano y místico.</i> Ibn Zaydun. Ibn Arabi. Estudio y traducción de Vicente Cantarino. <i>Rústica</i>	7,000.00
225.	CASONA, Alejandro: <i>Flor de leyendas. La Sirena varada. La dama del alba. La barca sin pescador.</i> Prólogo de Antonio Magaña Esquivel. <i>Rústica</i>	\$ 6,000.00
249.	CASONA, Alejandro: <i>Otra vez el diablo. Nuestra Natacha. Prohibido suicidarse en primavera. Los árboles mueren de pie.</i> Prólogo de Antonio Magaña Esquivel. <i>Rústica</i>	7,000.00
357.	CASTELAR, Emilio: <i>Discursos. Recuerdos de Italia.</i> Selección e introducción de Arturo Souto A. <i>Rústica</i>	8,000.00
372.	CASTRO, Américo: <i>La realidad histórica de España.</i> <i>Rústica</i>	15,000.00
268.	CASTRO, Guillén de: <i>Las mocedades del Cid.</i> Prólogo de María Edmée Álvarez. <i>Rústica</i>	6,000.00
25.	CERVANTES DE SALAZAR, Francisco: <i>México en 1554 y Tímulo Imperial.</i> Edición, prólogo y notas de Edmundo O'Gorman. <i>Rústica</i>	6,000.00
578.	CERVANTES, Miguel de: <i>Don Quijote de la Mancha.</i> Edición abreviada. Introducción de Arturo Uslar Pretri	8,000.00
6.	CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de: <i>El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.</i> Prólogo y esquema biográfico por Américo Castro. <i>Rústica</i>	12,000.00
5.	CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de: <i>Novelas ejemplares.</i> Comentario de Sergio Fernández. <i>Rústica</i>	6,000.00
98.	CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de: <i>Entremeses.</i> Introducción de Arturo Souto. <i>Rústica</i>	6,000.00
422.	CERVANTES, Miguel de: <i>Los trabajos de Persiles y Sigismunda.</i> Prólogo de Maurici Serrahima. <i>Rústica</i>	6,000.00
20.	CESAR, Cayo Julio: <i>Comentarios de la guerra de las Galias. Guerra civil.</i> Prólogo de Xavier Tavera	6,000.00
320.	CETINA, Gutierre de: <i>Obras.</i> Introducción del Dr. D. Joaquín Hazaña y la Rúa. Presentación de Margarita Peña. <i>Rústica</i>	10,000.00
230.	CICERÓN: <i>Los oficios o los deberes. De la vejez. De la amistad.</i> Prólogo de Joaquín Antonio Peñalosa. <i>Rústica</i>	6,000.00
254.	CICERÓN: <i>Tratado de la República. Tratado de las leyes. Catilinaria.</i> <i>Rústica</i>	6,000.00
	CID: (Véase <i>Poema de Mio Cid</i> .)	
137.	CIEN MEJORES POESÍAS LÍRICAS DE LA LENGUA CASTELLANA (LAS). Selección y Advertencia Preliminar de Marcelino Menéndez Pelayo. <i>Rústica</i>	6,000.00
29.	CLAVIJERO, Francisco Javier: <i>Historia antigua de México.</i> Edición y prólogo de Mariano Cuevas. <i>Rústica</i>	12,000.00
145.	CLAVIJERO, Francisco Javier: <i>Historia de la Antigua o Baja California.</i> PALOU, Fr. Francisco: <i>Vida de Fr. Junipero Serra y Misiones de la California Septentrional.</i> Estudios preliminares por Miguel León-Portilla. <i>Rústica</i>	15,000.00
60.	COLOMA, P. Luis: <i>Boy.</i> Prólogo de Joaquín Antonio Peñalosa. <i>Rústica</i>	6,000.00
91.	COLOMA, P. Luis: <i>Pequeñeces. Jeronim.</i> Prólogo de Joaquín Antonio Peñalosa. <i>Rústica</i>	8,000.00
167.	COMENIO, Juan Amós: <i>Didáctica Magna.</i> Prólogo de Gabriel de la Mora. <i>Rústica</i>	8,000.00
340.	COMTE, Augusto: <i>La filosofía positivista.</i> Proemio, estudio introductorio, selección y análisis de los textos por Francisco Larroyo. <i>Rústica</i>	6,500.00
341.	CONAN DOYLE, Arthur: <i>Aventuras de Sherlock Holmes: Un crimen extraño.</i> El intérprete griego. Triunfos de Sherlock Holmes. Los tres estudiantes. El mendigo de la cicatriz. K.K.K. La muerte del coronel. Un protector original. El novio de Miss Sutherland. Las aventuras de una ciclista. El misterio de Boscombe. Policía fina. El casado sin mujer. La diadema de Berilos. El carbunclo azul. "Silver Blaze". Un empleo extraño. El ritual de los Musgrave. El Gloria Scott. El documento robado. Prólogo de María Elvira Bermúdez. <i>Rústica</i>	6,000.00
345.	CONAN DOYLE, Arthur: <i>Aventuras de Sherlock Holmes: El perro de Baskerville.</i> La marca de los cuatro. El pulgar del ingeniero. La banda moteada. <i>Nuevos triunfos de Sherlock Holmes.</i> El enemigo de Napoleón. El campeón de Foot-Ball. El cordón de la campanilla. Los Cunningham. Las dos manchas de sangre. <i>Rústica</i>	6,000.00
345.	CONAN DOYLE, Arthur: <i>Aventuras de Sherlock Holmes: La resurrección de Sherlock Holmes.</i> Nuevas y últimas aventuras de Sherlock Holmes. La caja de laca. El embudo de cuero, etc. <i>Rústica</i>	8,000.00
7.	CORTÉS, Hernán: <i>Cartas de relación.</i> Nota preliminar de Manuel Alcalá. Ilustraciones. Un mapa plegado. <i>Rústica</i>	6,000.00
315.	CORTINA, Martín: <i>Un Rosillo Inmortal</i> (leyenda de los llanos). <i>Un Tlacuache Vagabundo. Maravillas de Atlixpan</i> (leyendas mexicanas). Introducción de Andrés Henestrosa. <i>Rústica</i>	6,000.00

181.	COULANGES, Fustel de: <i>La ciudad antigua</i> (estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones de Grecia y Roma). Estudio preliminar de Daniel Moreno. <i>Rústica</i>	\$ 8,000.00
100.	CRUZ, Sor Juana Inés de la: <i>Obras completas</i> . Prólogo de Francisco Monterde. <i>Rústica</i>	8,000.00
342.	CUENTOS RUSOS: Gógol - Turguénev - Dostolevsky - Tolstol - Garín - Chéjov - Gorki - Andréiev - Kuprin - Artsibachev - Dímov - Tasín - Sur-guchov - Korolenko - Goncharov - Sholójov. Introducción de Rosa Ma. Phillips. <i>Rústica</i>	6,000.00
256.	CUYAS ARMENGOL, Arturo: <i>Hace falta un muchacho</i> . Libro de orientación en la vida para los adolescentes. Ilustrada por Juez, <i>Rústica</i>	5,000.00
382.	CHATEAUBRIAND: <i>El genio del cristianismo</i> . Introducción de Arturo Souto. <i>Rústica</i>	10,000.00
524.	CHATEAUBRIAND, René: <i>Atala - René - El último abencerraje</i> . Páginas autobiográficas. Prólogo de Armando Rangel. <i>Rústica</i>	6,000.00
148.	CHAVEZ, Ezequiel A.: <i>Sor Juana Inés de la Cruz</i> . Ensayo de psicología y de estimación del sentido de su vida para la historia de la cultura y de la formación de México. <i>Rústica</i>	6,000.00
411.	CHEJOV, Antón: <i>Cuentos escogidos</i> . Prólogo de Sommerset Maugham. <i>Rústica</i>	9,000.00
454.	CHEJOV, Antón: <i>Teatro: La gaviota. Tío Vanía. Las Tres Hermanas. El jardín de los cerezos</i> . Prólogo de Máximo Gorki. <i>Rústica</i>	6,000.00
	CHEJOV, Antón. (Véase Cuentos Rusos.)	
478.	CHESTERTON, Gilbert K.: <i>Ensayos</i> . Prólogo de Hilaire Belloc. <i>Rústica</i>	6,000.00
490.	CHESTERTON, Gilbert K.: <i>Ortodoxia. El hombre Eterno</i> . Prólogo de Augusto Assia. <i>Rústica</i>	6,000.00
42.	DARIO, Rubén: <i>Azul... El Salmo de la pluma. Cantos de vida y esperanza. Otros poemas</i> . Edición de Antonio Oliver. <i>Rústica</i>	4,000.00
385.	DARWIN, Carlos: <i>El origen de las especies</i> . Introducción de Richard E. Leakey.	10,000.00
377.	DAUDET, Alfonso: <i>Tartarin de Tarascón. Tartarin en los Alpes. Port-Tarascón</i> . Prólogo de Juan Antonio Guerrero. <i>Rústica</i>	6,000.00
140.	DEFOE, Daniel: <i>Aventuras de Robinson Crusoe</i> . Prólogo de Salvador Reyes Nevares. <i>Rústica</i>	5,000.00
154.	DELGADO, Rafael: <i>La Calandria</i> . Prólogo de Salvador Cruz. <i>Rústica</i>	5,000.00
280.	DEMOSTENES: <i>Discursos</i> . Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	6,000.00
177.	DESCARTES: <i>Discurso del método. Meditaciones metafísicas. Reglas para la dirección del espíritu. Principios de la filosofía</i> . Estudio introductivo, análisis de las obras y notas al texto por Francisco Larroyo. <i>Rústica</i>	4,000.00
5.	DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal: <i>Historia verdadera de la conquista de la Nueva España</i> . Introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas. Con un mapa. <i>Rústica</i>	12,000.00
127.	DICKENS, Carlos: <i>David Copperfield</i> . Introducción de Sergio Pitol. <i>Rústica</i>	10,000.00
310.	DICKENS, Carlos: <i>Canción de Navidad. El grillo del hogar. Historia de dos Ciudades</i> . Estudio preliminar de María Edmée Álvarez. <i>Rústica</i>	8,000.00
362.	DICKENS, Carlos: <i>Oliver Twist</i> . Prólogo de Rafael Solana. <i>Rústica</i>	7,000.00
	DÍMOV. (Véase Cuentos Rusos.)	
28.	DON JUAN MANUEL: <i>El conde Lucanor</i> . Versión antigua y moderna e introducción de Amancio Bolaño e Isla. <i>Rústica</i>	6,000.00
84.	DOSTOIEVSKI, Fedor M.: <i>El príncipe idiota. El sepulcro de los vivos</i> . Notas preliminares de Rosa María Phillips. <i>Rústica</i>	8,000.00
106.	DOSTOIEVSKI, Fedor M.: <i>Los hermanos Karamazov</i> . Prólogo de Rosa María Phillips. <i>Rústica</i>	12,000.00
108.	DOSTOIEVSKI, Fedor M.: <i>Crimen y Castigo</i> . Introducción de Rosa María Phillips. <i>Rústica</i>	8,000.00
259.	DOSTOIEVSKI, Fedor M.: <i>Las noches blancas. El jugador. Un ladrón honrado</i> . Prólogo de Rosa María Phillips. <i>Rústica</i>	6,000.00
	DOSTOIEVSKI, Fedor M. (Véase Cuentos Rusos.)	
73.	DUMAS, Alejandro: <i>Los tres Mosqueteros</i> . Prólogo de Salvador Reyes Nevares. <i>Rústica</i>	6,000.00
75.	DUMAS, Alejandro. <i>Veinte años después</i> . <i>Rústica</i>	8,500.00

346.	DUMAS, Alejandro: <i>El Conde de Monte-Cristo</i> . Prólogo de Mauricio González de la Garza	\$ 15,000.00
364-365.	DUMAS, Alejandro: <i>El vizconde de Bragelone</i> . 2 tomos. Rústica	20,000.00
407.	DUMAS, Alejandro: <i>El paje del Duque de Saboya</i> . Rústica	6,000.00
415.	DUMAS, Alejandro: <i>Los cuarenta y cinco</i> . Rústica	8,000.00
452.	DUMAS, Alejandro: <i>La Dama de Monsoreau</i> . Rústica	8,000.00
749.	DUMAS, Alejandro: (hijo): <i>La Dama de las Camelias</i> . Introducción de Arturo Souto A.	4,000.00
302.	DUMAS, Alejandro: <i>La Reina Margurita</i> . Rústica	6,000.00
504.	DUMAS, Alejandro: <i>La mano del muerto</i> . Rústica	4,000.00
309.	ECA DE QUEIROZ: <i>El misterio de la carretera de Cintra. La ilustre Casa de Ramirez</i> . Prólogo de Monserrat Alfau. Rústica	10,000.00
444.	ECKERMANN: <i>Conversaciones con Goethe</i> . Introducción de Rudolf K. Goldschmidt-Jentner. Rústica	10,000.00
283.	EPICETETO: <i>Manual y Máximas</i> . MARCO AURELIO: <i>Soliloquios</i> . Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca. Rústica	6,000.00
99.	ERCILLA, Alonso de: <i>La Araucana</i> . Prólogo de Ofelia Garza de Del Castillo. Rústica	8,500.00
	ESOPO. (Véase FABULAS.)	
233.	ESPINEL, Vicente: <i>Vida de Marcos Obregón</i> . Prólogo de Juan Pérez de Guzmán. Rústica ..	6,000.00
202.	ESPRONCEDA, José de: <i>Obras poéticas. El Pelayo. Poesías líricas. El estudiante de Salamanca. El diablo mundo</i> . Prólogo de Juana de Ontañón. Rústica	5,000.00
11.	ESQUILO: <i>Las siete tragedias</i> . Versión directa del griego, con una introducción de Angel María Garibay K. Rústica	6,000.00
24.	EURÍPIDES: <i>Las diecinueve tragedias</i> . Versión directa del griego, con una introducción de Angel María Garibay K. Rústica	12,000.00
16.	FABULAS: (<i>Pensador Mexicano, Rosas Moreno, La Fontaine, Samaniego, Iriarte, Esopo, Fedro, etc.</i>). Selección y notas de María de Pina. Rústica. FEDRO. (Véase FABULAS.)	9,000.00
387.	FENELON: <i>Aventuras de Telémaco</i> . Introducción de Jeanne Renée Becker	6,000.00
503.	FERNÁNDEZ DE AVELLANEDA, Alonso: <i>El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha</i> . Que contiene su tercera salida y que es la quinta parte de sus aventuras. Prólogo de Marcelino Menéndez Pelayo. Rústica	6,000.00
1.	FERNÁNDEZ DE LIZARDI, José Joaquín: <i>El Periquillo Sarmiento</i> . Prólogo de J. Rea Spell. Rústica	6,000.00
71.	FERNÁNDEZ DE LIZARDI, José Joaquín: <i>La Quijollita y su prima</i> . Introducción de María del Carmen Ruiz Castañeda. Rústica	6,000.00
173.	FERNÁNDEZ DE MORATÍN, Leandro: <i>El sí de las niñas. La comedia nueva o el café. La derrota de los pedantes. Lecclón poética</i> . Prólogo de Manuel de Ezcurdia. Rústica	5,000.00
521.	FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, Martín: <i>Viajes de Colón</i> . Rústica	15,000.00
211.	FERRO GAY, Federico: <i>Breve historia de la literatura italiana</i> . Rústica	12,000.00
312.	FEVAL, Paul: <i>El forobado o Enrique de Lagardere</i> . Rústica	8,000.00
	FILOSTRATO. (Véase LAERCIO, Diógenes.)	
352.	FLAUBERT, Gustavo: <i>Madame Bovary. Costumbres de provincia</i> . Prólogo de José Arenas. Rústica	6,000.00
375.	FRANCE, Anatole: <i>El crimen de un académico. La azucena roja. Tals</i> . Prólogo de Rafael Solana. Rústica	6,000.00
399.	FRANCE, Anatole: <i>Los dioses tienen sed. La rebelión de los ángeles</i> . Prólogo de Pierre Josseland. Rústica	8,000.00
	FRANCE, Anatole: (Véase RABELAIS.)	
391.	FRANKLIN, Benjamín: <i>Autobiografía y Otros escritos</i> . Prólogo de Arturo Uslar Pietri. Rústica	8,000.00
92.	FRIAS, Heriberto: <i>Tomóchic</i> . Prólogo y notas de James W. Brown. Rústica	6,000.00
494.	FRIAS, Heriberto: <i>Leyendas históricas mexicanas y otros relatos</i> . Prólogo de Antonio Saborit. Rústica	6,000.00
534.	FRIAS, Heriberto: <i>Episodios Militares Mexicanos</i> . Principales campañas, jornadas, batallas, combates y actos heroicos que ilustran la historia del ejército nacional desde la Independencia hasta el triunfo definitivo de la república. 312 pp. Rústica.	8,000.00

354.	GABRIEL Y GALÁN, José María: <i>Obras completas</i> . Introducción de Arturo Souto Alabarce	\$ 10,000.00
311.	GALVAN, Manuel de J.: <i>Enriquillo</i> . Leyenda histórica dominicana (1503-1533). Con un estudio de Concha Meléndez. <i>Rústica</i>	6,500.00
305.	GALLEGOS, Rómulo: <i>Doña Bárbara</i> . Prólogo de Ignacio Díaz Ruiz. <i>Rústica</i>	5,000.00
368.	GAMIO, Manuel: <i>Forjando patria</i> . Prólogo de Justino Fernández. <i>Rústica</i>	4,000.00
251.	GARCÍA LORCA, Federico: <i>Libro de Poemas</i> . <i>Poema del Cante Jondo</i> . <i>Romancero Gitano</i> . <i>Poeta en Nueva York</i> . <i>Odas</i> . <i>Llanto por Sánchez Mejías</i> . <i>Bodas de Sangre</i> . <i>Yerma</i> . Prólogo de Salvador Novo. <i>Rústica</i>	6,000.00
255.	GARCÍA LORCA, Federico: <i>Mariana Pineda</i> . <i>La zapatera prodigiosa</i> . <i>Así que pasen cinco años</i> . <i>Doña Rosita la soltera</i> . <i>La casa de Bernarda Alba</i> . <i>Primeros canciones</i> . <i>Canciones</i> . Prólogo de Salvador Novo. <i>Rústica</i>	6,000.00
164.	GARCÍA MORENTE, Manuel: <i>Lecciones preliminares de filosofía</i> . <i>Rústica</i>	5,000.00
	GARCILASO DE LA VEGA. (Véase VEGA, Garcilaso de la.)	
22.	GARIBAY K., Ángel María: <i>Panorama literario de los pueblos nahuas</i> . <i>Rústica</i>	6,000.00
31.	GARIBAY K., Ángel María: <i>Mitología griega</i> . <i>Dioses y héroes</i> . <i>Rústica</i>	7,000.00
	GARIN. (Véase <i>Cuentos Rusos</i> .)	
375.	GAY, José Antonio: <i>Historia de Oaxaca</i> . Prólogo de Pedro Vázquez Colmenares. <i>Rústica</i>	15,000.00
453.	GIL Y CARRASCO, Enrique: <i>El Señor de Bembibre</i> . <i>El Lago de Carucedo</i> . <i>Artículos de Costumbres</i> . Prólogo de Arturo Souto. A. <i>Rústica</i>	6,000.00
21.	GOETHE, J. W.: <i>Fausto</i> . <i>Werther</i> . Introducción de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	6,000.00
400.	GOETHE, J. W.: <i>De mi vida poesía y verdad</i> . Prólogo de Ernst Robert Curtius. <i>Rústica</i>	12,000.00
152.	GOGOL, Nikolai V.: <i>Las almas muertas</i> . <i>La tercera orden de San Vladimir</i> . (Fragmentos de comedia inconclusa.) Prólogo de Rosa María Phillips. <i>Rústica</i>	6,000.00
457.	GOGOL, Nikolai V.: <i>Tarás Bulba</i> . <i>Relatos de Mirgorod</i> . Prólogo de Emilia Pardo Bazán. Traducción de Irene Tchernown. <i>Rústica</i>	6,000.00
	GOGOL, Nikolai V. (Véase <i>Cuentos Rusos</i> .)	
461.	GÓMEZ ROBLEDO, Antonio: <i>El Magisterio Filosófico y jurídico de Alonso de la Veracruz</i> . Con una antología de textos. <i>Rústica</i>	6,000.00
	GONCHAROV. (Véase <i>Cuentos Rusos</i> .)	
262.	GÓNGORA: <i>Poesías</i> . <i>Romance</i> . <i>Letrillas</i> . <i>Redondillas</i> . <i>Décimas</i> . <i>Sonetos atribuidos</i> . <i>Soledades</i> . <i>Poliſemo y Galatea</i> . <i>Panegírico</i> . <i>Poesías sueltas</i> . Prólogo de Anita Arroyo. <i>Rústica</i>	5,000.00
568.	GONZÁLEZ OBREGÓN, Luis: <i>Las calles de México</i> . <i>Leyendas y sucesos</i> . <i>Vida y costumbres de otros tiempos</i> . Prólogos de Carlos G. Peña y Luis G. Urbina	6,000.00
44.	GONZÁLEZ PERA, Carlos: <i>Historia de la literatura mexicana</i> . (Desde los orígenes hasta nuestros días.) <i>Rústica</i>	6,000.00
254.	GORKI, Máximo: <i>La madre</i> . <i>Mis confesiones</i> . Prólogo de Rosa María Phillips. <i>Rústica</i>	6,000.00
397.	GORKI, Máximo: <i>MI infancia</i> . <i>Por el mundo</i> . <i>Mis universidades</i> . Prólogo de Marc Slonim. <i>Rústica</i>	8,000.00
118.	GOYTORTÚA SANTOS, Jesús: <i>Pensativa</i> . Premio "Lanz Duret" 1944. <i>Rústica</i>	6,000.00
315.	GRACIÁN, Baltazar: <i>El Discreto - El Crítico - El Héroe</i> . Introducción de Isabel C. Tarán. <i>Rústica</i>	6,500.00
121.	GRIMM, CUENTOS DE: Prólogo y selección de María Edmée Álvarez. <i>Rústica</i>	5,000.00
	GUILLÉN DE NICOLAU, Palma. (Véase MISTRAL, Gabriela.)	
169.	GUIRALDES, Ricardo: <i>Don Segundo Sombra</i> . Prólogo de María Edmée Álvarez. <i>Rústica</i>	4,000.00
	GUITTON, Jean: <i>El Trabajo Intelectual</i> . (Véase SERTILANGES, A. D.)	
19.	GUTIÉRREZ NAJERA, Manuel: <i>Cuentos y Cuaremas del Duque Job</i> . <i>Cuentos frágiles</i> . <i>Cuentos de color de humo</i> . <i>Primeros cuentos</i> . <i>Últimos cuentos</i> . Prólogo y Capítulos de novelas. Edición e introducción de Francisco Monterde. <i>Rústica</i>	6,000.00
438.	GUZMÁN, Martín Luis: <i>Memorias de Pancho Villa</i> . <i>Rústica</i>	12,000.00
508.	HAGGARD, Henry Rider: <i>Las Minas del Rey Salomón</i> . Introducción de Allan Quatermain. <i>Rústica</i>	6,000.00
396.	HAMSUN, Knut: <i>Hambre-Pan</i> . Prólogo de Antonio Espina. <i>Rústica</i>	6,000.00

484.	HEDREO, León: <i>Diálogos de Amor</i> . Traducción de Garcilaso de la Vega, El Inca. <i>Rústica</i>	\$ 6,000.00
187.	HEGEL: <i>Enciclopedia de las ciencias filosóficas</i> . Estudio introductivo y análisis de la obra por Francisco Larroyo. <i>Rústica</i>	6,000.00
429.	HEINE, Enrique: <i>Libro de los Cantares</i> . Prosa escogida. Prólogo de Marcelino Menéndez Pelayo. <i>Rústica</i>	6,000.00
	HENRIQUEZ UREÑA, Pedro. (Véase URBINA, Luis G.)	
271.	HEREDIA, José María: <i>Poesías completas</i> . Estudio preliminar de Raimundo Lazo. <i>Rústica</i>	6,000.00
216.	HERNÁNDEZ, José: <i>Martín Fierro</i> . Ensayo preliminar por Raimundo Lazo. <i>Rústica</i>	3,300.00
176.	HERODOTO: <i>Los nueve libros de la historia</i> . Introducción de Edmundo O'Gorman. <i>Rústica</i>	10,000.00
323.	HERRERA Y REISSIG, Julio: <i>Poesías</i> . Introducción de Ana Victoria Mondada. <i>Rústica</i>	8,000.00
206.	HESÍODO: <i>Teogonía</i> . Los trabajos y los días. El escudo de Heracles. <i>Idilios de Bión</i> . <i>Idilios de Mosco</i> . <i>Himnos órficos</i> . Prólogo de Manuel Villalaz. <i>Rústica</i>	6,000.00
351.	HESSEN, Juan: <i>Teoría del conocimiento</i> . MESSER, Augusto: <i>Realismo crítico</i> . BESTEIRO, Julian: <i>Los juicios sintéticos 'a priori'</i> . Preliminar y estudio introductivo por Francisco Larroyo. <i>Rústica</i>	5,000.00
156.	HOFFMAN, E. T. G.: <i>Cuentos</i> . Prólogo de Rosa María Phillips. <i>Rústica</i>	7,000.00
2.	HOMERO: <i>La Ilíada</i> . Traducción de Luis Segalá y Estellella. Prólogo de Alfonso Reyes. <i>Rústica</i>	3,500.00
4.	HOMERO: <i>La Odisea</i> . Traducción de Luis Segalá y Estellella. Prólogo de Manuel Alcalá. <i>Rústica</i>	3,500.00
240.	HORACIO: <i>Odas y Epodos</i> . <i>Sátiras</i> . <i>Epístolas</i> . <i>Arte Poética</i> . Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	7,000.00
77.	HUGO, Víctor: <i>Los miserables</i> . Nota preliminar de Javier Peñalosa. <i>Rústica</i>	5,000.00
586.	HUGO, Víctor: <i>Noventa y Tres</i> . Prólogo de Marcel Aymé. <i>Rústica</i>	
294.	HUGO, Víctor: <i>Nuestra Señora de París</i> . Introducción de Arturo Souto. <i>Rústica</i>	6,000.00
274.	HUGÓN, Eduardo: <i>Las veinticuatro tesis tomistas</i> . Incluye, además: <i>Enciclica Aeterni Patris</i> , de León XIII. <i>Motu Proprio Doctoris Angelici</i> , de Pío X. <i>Motu Proprio non multo post</i> , de Benedicto XV. <i>Enciclica Studiorum Ducem</i> , de Pío XI. Análisis de la obra precedida de un estudio sobre los orígenes y desenvolvimiento de la Neoescolástica, por Francisco Larroyo. <i>Rústica</i>	6,000.00
	HUIZINGA, Johan. (Véase: ROTTERDAM, Erasmo de.)	
39.	HUMBOLDT, Alejandro de: <i>Ensayo político sobre el reino de la Nueva España</i> . Estudio preliminar, cotejos, notas y anexos de Juan A. Ortega y Medina. <i>Rústica</i>	6,000.00
326.	HUME, David: <i>Tratado de la Naturaleza Humana</i> . Ensayo para introducir el método del razonamiento humano en los asuntos morales. Estudio introductivo y análisis de la obra por Francisco Larroyo. <i>Rústica</i>	8,000.00
587.	HUXLEY, Aldous. <i>Un mundo feliz</i> . Retorno a un mundo feliz. Prólogo de Theodor W. Adorno. <i>Rústica</i>	5,000.00
78.	IBARGUENGOITIA, Antonio: <i>Filosofía Mexicana. En sus hombres y en sus textos</i> . <i>Rústica</i>	6,000.00
348.	IBARGUENGOITIA CHICO, Antonio: <i>Suma Filosófica Mexicana</i> . (Resumen de historia de la filosofía en México.) <i>Rústica</i>	8,000.00
303.	IBSEN, Enrique: <i>Peer Gynt</i> . <i>Casa de Muñecas</i> . <i>Espectros</i> . <i>Un enemigo del pueblo</i> . <i>El pato silvestre</i> . Juan Gabriel Borkman. Versión y prólogo de Ana Victoria Mondada. <i>Rústica</i>	6,000.00
47.	IGLESIAS, José María: <i>Revistas Históricas sobre la Intervención Francesa en México</i> . Introducción e índice de materias de Martín Quiarte. <i>Rústica</i>	20,000.00
63.	INCLÁN, Luis G.: <i>Astucia</i> . El jefe de los Hermanos de la Hoja o Los Charros Contrabandistas de la rama. Prólogo de Salvador Novo. <i>Rústica</i>	12,000.00
207.	INDIA LITERARIA (LA): <i>Mahabharata</i> - <i>Bagavad Gita</i> - <i>Los Vedas</i> - <i>Leyes de Manú</i> - <i>Poesía</i> - <i>Teatro</i> - <i>Cuentos</i> - <i>Apólogos</i> y <i>leyendas</i> . Antología-prólogo, Introducciones históricas, notas y un vocabulario de hinduismo por Teresa E. Rohde. <i>Rústica</i>	6,000.00
270.	INGENIEROS, José: <i>El hombre mediocre</i> . Introducción de Raúl Carrancá y Rivas. <i>Rústica</i>	6,000.00
	IRIARTE. (Véase FABULAS.)	
79.	IRVING, Washington: <i>Cuentos de la Alhambra</i> . Introducción de Ofelia Garza de Del Castillo. <i>Rústica</i>	6,000.00

46.	ISAACS, Jorge: <i>Marla</i> . Introducción de Daniel Moreno. <i>Rústica</i>	\$ 4,000.00
245.	JENOFONTE: <i>La expedición de los diez mil. Recuerdos de Sócrates. El Banquete. Apología de Sócrates</i> . Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	6,000.00
66.	JIMENEZ, Juan Ramón: <i>Platero y Yo. Trescientos Poemas (1903-1953)</i> . <i>Rústica</i>	3,000.00
374.	JOSEFO, Flavio: <i>La guerra de los judíos</i> . Prólogo de Salvador Marichalar. <i>Rústica</i>	10,000.00
448.	JOVELLANOS, Gaspar Melchor de: <i>Obras Históricas</i> . Sobre la legislación y la historia. Discurso sobre la geografía y la historia. Sobre los espectáculos y diversiones públicas. Descripción del Castillo de Bellver. Disciplina eclesiástica sobre sepulturas. Edición y notas de Elviro Martínez. <i>Rústica</i>	6,000.00
23.	JOYAS DE LA AMISTAD ENGARZADAS EN UNA ANTOLOGIA. Selección y nota preliminar de Salvador Novo. <i>Rústica</i>	6,000.00
390.	JOYCE, James: <i>Retrato del Artista Adolescente. Gente de Dublín</i> . Prólogo de Antonio Marichalar. <i>Rústica</i>	6,000.00
467.	KAFKA, Franz: <i>La metamorfosis. El proceso</i> . Prólogo de Milan Kundera. <i>Rústica</i>	6,000.00
486.	KAFKA, Franz: <i>El Castillo - La Condena - La Gran Muralla China</i> . Introducción de Theodor W. Adorno. <i>Rústica</i>	6,000.00
203.	KANT, Manuel: <i>Crítica de la razón pura</i> . Estudio introductivo y análisis de la obra por Francisco Larroyo. <i>Rústica</i>	8,000.00
212.	KANT, Manuel: <i>Fundamentación de la metafísica de las costumbres. Crítica de la razón práctica. La paz perpetua</i> . Estudio introductivo y análisis de las obras por Francisco Larroyo. <i>Rústica</i>	6,000.00
246.	KANT, Manuel: <i>Prolegómenos a toda Metafísica del Porvenir. Observaciones sobre el Sentimiento de lo Bello y lo Sublime. Crítica del Juicio</i> . Estudio introductivo y análisis de las obras por Francisco Larroyo. <i>Rústica</i>	6,000.00
30.	KEMPIS, Tomás de: <i>Imitación de Cristo</i> . Introducción de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	6,000.00
204.	KIPLING, Rudyard: <i>El libro de las tierras vírgenes</i> . Introducción de Arturo Souto Alabarce. <i>Rústica</i>	8,000.00
545.	KOROLENKO, Vladimir G.: <i>El sueño de Makar. Malas compañías. El clamor del bosque. El músico ciego y otros relatos</i> . Introducción por A. Jablovitski. <i>Rústica</i>	7,000.00
	KOROLENKO. (Véase Cuentos Rusos.)	
	KUPRIN. (Véase Cuentos Rusos.)	
427.	LAERCIO, Diógenes: <i>Vidas de los Filósofos más Ilustres. FILOSTRATO: Vidas de los Sofistas</i> . Traducciones y prólogos de José Ortiz y Sanz y José M. Riaño. <i>Rústica</i>	8,000.00
	LAERCIO, Diógenes. (Véase LUCRECIO CARO, Tit.)	
	LAFONTAINE. (Véase FABULAS.)	
520.	LAFRAGUA, José María y OROZCO Y BERRA Manuel: <i>La Ciudad de México</i> .—Prólogo de Ernesto de la Torre Villar y con la colaboración de Ramiro Navarro de Anda. <i>Rústica</i>	15,000.00
155.	LAGERLOFF, Selma: <i>El maravilloso viaje de Nils Holgersson</i> . Introducción de Palma Guillén de Nicolau. <i>Rústica</i>	6,000.00
549.	LAGERLOFF, Selma: <i>El carretero de la muerte. El esclavo de su finca y otras narraciones</i> . Prólogo de Agustín Lacia y Chávez. <i>Rústica</i>	6,000.00
272.	LAMARTINE, Alfonso de: <i>Graziella. Rafael</i> . Estudio preliminar de Daniel Moreno. <i>Rústica</i>	6,000.00
93.	LARRA, Mariano José de, "Figaro": <i>Artículos</i> . Prólogo de Juana de Ontañón. <i>Rústica</i>	15,000.00
459.	LARRA, Mariano de: <i>El Doncel de don Enrique, el Dollente. Mañas</i> . Prólogo de Arturo Souto A. <i>Rústica</i>	6,000.00
353.	LARROYO, Francisco: <i>La Filosofía Iberoamericana</i> . Historia, Formas, Temas, Polémica. Realizaciones. <i>Rústica</i>	15,000.00
34.	LAZARILLO DE TORMES (EL) (Autor desconocido): <i>Vida del Buscón Don Pablos</i> , de Francisco de Quevedo. Estudio preliminar de ambas obras por Guillermo Díaz-Plaja. <i>Rústica</i>	5,000.00
38.	LAZO, Raimundo: <i>Historia de la literatura hispanoamericana. El periodo colonial (1492-1780)</i> . <i>Rústica</i>	9,000.00
65.	LAZO, Raimundo: <i>Historia de la literatura hispanoamericana. El siglo XIX (1780-1914)</i> . <i>Rústica</i>	9,000.00
179.	LAZO, Raimundo: <i>La novela Andina. (Pasado y futuro. Alcides Argüedas, César Vallejo, Ciro Alegría, Jorge Icaza, José María Arguedas. Previsible misión de Vargas Llosa y los futuros narradores)</i> . <i>Rústica</i>	6,000.00

184.	LAZO, Raimundo: <i>El romanticismo. (Lo romántico en la lírica hispano-americana, del siglo XVI a 1970.)</i> Rústica	\$ 6,000.00
226.	LAZO, Raimundo: <i>Gertrudis Gómez de Avellaneda. La mujer y la poesía lírica.</i> Rústica	6,000.00
	LECTURA EN VOZ ALTA. (Véase: ARREOLA, Juan José.)	
321.	LEIBNIZ, Godofredo G.: <i>Discurso de Metafísica. Sistema de la Naturaleza. Nuevo Tratado sobre el Entendimiento Humano. Monadología. Principios sobre la naturaleza y la gracia.</i> Estudio introductivo y análisis de las obras por Francisco Larroyo. Rústica	10,000.00
145.	LEÓN, Fray Luis de: <i>La Perfecta Casada. Canar de los Cantares. Poesías originales.</i> Introducción y notas de Joaquín Antonio Peñalosa. Rústica	6,000.00
247.	LE SAGE: <i>Gil Blas de Santillana.</i> Traducción y prólogo de Francisco José de Isla. Y un estudio de Saint-Beuve. Rústica	10,000.00
48.	LIBRO DE LOS SALMOS. Versión directa del hebreo y comentarios de José González Brown. Rústica	8,000.00
304.	LIVIO, Tito: <i>Historia Romana. Primera Década.</i> Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca. Rústica	10,000.00
276.	LONDON, Jack: <i>El lobo de mar. El Mexicano.</i> Introducción de Arturo Souto Alabarce. Rústica	6,000.00
277.	LONDON, Jack: <i>El llamado de la selva. Colmillito blanco.</i> Rústica	
284.	LONGO: <i>Dafnis y Cloe.</i> APULEYO: <i>El Asno de Oro.</i> Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca. Rústica	6,000.00
12.	LOPE DE VEGA Y CARPIO, Félix: <i>Fuenteovejuna. Peribáñez y el Comendador de Ocaña. El mejor alcalde, el Rey. El Caballero de Olmedo.</i> Biografía y presentación de las obras por J. M. Lope Blanch. Rústica	3,000.00
366.	LÓPEZ DE GOMARA, Francisco: <i>Historia de la Conquista de México.</i> Estudio preliminar de Juan Miralles de Ostos	15,000.00
	LÓPE DE VEGA. (Véase <i>Autos Sacramentales.</i>)	
	LOPEZ DE YANGUAS. (Véase <i>Autos Sacramentales.</i>)	
218.	LOPEZ Y FUENTES, Gregorio: <i>El Indio. Novela mexicana.</i> Prólogo de Antonio Mogaña Esquivel. Rústica	6,000.00
298.	LÓPEZ-PORTILLO Y ROJAS, José: <i>Fuertes y Débiles.</i> Prólogo de Ramiro Villaseñor y Villaseñor. Rústica	6,000.00
	LOPEZ RUBIO. (Véase <i>Teatro Español Contemporáneo.</i>)	
574.	LÓPEZ SOLER, Ramón: <i>Los bandos de Castilla. El caballero del cisne.</i> Prólogo de Ramón López Soler	10,000.00
297.	LOTI, Pierre: <i>Las Desencantadas.</i> Introducción de Rafael Solana. Rústica	8,000.00
	LUCIA DE TENA. (Véase <i>Teatro Español Contemporáneo.</i>)	
485.	LUCRECIO CARO, Tito: <i>De la Naturaleza.</i> LAERCIO, Diógenes: <i>Epícur.</i> Prólogo de Cocetto Marchessi. Rústica	6,000.00
353.	LUMMIS, Carlos F.: <i>Los Exploradores Españoles del Siglo XVI.</i> Prólogo de Rafael Altamira. Rústica	6,000.00
324.	MAETERLINCK, Maurice: <i>El Pájaro Azul.</i> Introducción de Teresa del Conde. Rústica	3,500.00
178.	MANZONI, Alejandro: <i>Los novios (Historia milanés del siglo XVIII).</i> Con un estudio de Federico Baráibar. Rústica	6,000.00
152.	MAQUIAVELO, Nicolás: <i>El príncipe.</i> Precedido de Nicolás Maquiavelo en su quinto centenario, por Antonio Gómez Robledo. Rústica	3,500.00
	MARCO AURELIO. (Véase <i>Epicteto.</i>)	
192.	MARMOL, José: <i>Amalia.</i> Prólogo de Juan Carlos Ghilano. Rústica	6,000.00
367.	MARQUEZ STERLING, Carlos: <i>José Martí. Síntesis de una vida extraordinaria.</i> Rústica	8,000.00
	MARQUINA. (Véase <i>Teatro Español Contemporáneo.</i>)	
141.	MARTÍ, José: <i>Hombre apostólico y escritor. Sus Mejores Páginas.</i> Estudio, notas y selección de textos, por Raimundo Lazo. Rústica	3,000.00
236.	MARTÍ, José: <i>Ismaelito. La edad de oro. Versus sencillos.</i> Prólogo de Raimundo Lazo. Rústica	6,000.00
338.	MARTÍNEZ DE TOLEDO, Alfonso: <i>Arcepreste de Talavera o Carbacho.</i> Introducción de Arturo Souto Alabarce. Con un estudio del vocabulario del Corbacho y colección de refranes y alocuciones contenidos en el mismo por A. Steiger. Rústica	6,000.00
214.	MARTÍNEZ SIERRA, Gregorio: <i>Tú eres la paz. Canción de cuna.</i> Prólogo de María Edmée Álvarez. Rústica	6,000.00
193.	MATEOS, Juan A.: <i>El Cerro de las Campanas. (Memorias de un guerrillero.)</i> Prólogo de Clementina Díaz y de Ovundo. Rústica	8,000.00

197.	MATEOS, Juan A.: <i>El sol de mayo. (Memorias de la Intervención.)</i> Nota preliminar de Clementina Díaz y de Ovando. <i>Rústica</i>	\$ 6,000.00
573.	MATEOS, Juan A.: <i>Los insurgentes.</i> Prólogo y epílogo de Vicente Riva Palacio	9,000.00
514.	MATEOS, Juan A.: <i>Sacerdote y Caudillo. (Memorias de la Insurrección)</i>	2,000.00
344.	MATOS MOCTEZUMA, Eduardo: <i>El negrito poeta mexicano y el dominicano. ¿Realidad o fantasía?</i> Exordio de Antonio Pompa y Pompa. <i>Rústica</i>	6,000.00
565.	MAUGHAM, W. Somerset: <i>Cosmopolitas. La miscelánea de siempre.</i> Estudio sobre el cuento corto de W. Somerset Maugham. <i>Rústica</i>	9,000.00
410.	MAUPASSANT, Guy de: <i>Bola de sebo. Mademoiselle Fifi. Las hermanas Rondoli.</i> <i>Rústica</i>	9,000.00
425.	MAUPASSANT, Guy de: <i>La becada. Claror de Luna. Miss Harriet.</i> Introducción de Dana Lee Thomas. <i>Rústica</i>	6,000.00
506.	MELVILLE, Herman: <i>Moby Dick o la Ballena Blanca.</i> Prólogo de W. Somerset Maugham	7,000.00
336.	MENÉNDEZ, Miguel Angel: <i>Nayar</i> (Novela). Ilustró Cadena M. <i>Rústica</i>	6,000.00
370.	MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino: <i>Historia de los heterodoxos españoles.</i> Erasmitas y protestantes. Sectas místicas, judaizantes y moriscos. Artes mágicas. Prólogo de Arturo Farinelli. <i>Rústica</i>	12,000.00
389.	MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino: <i>Historia de los heterodoxos españoles.</i> Regalismo y enciclopedia. Los afrancesados y las Cortes de Cádiz. Reñados de Fernando VII e Isabel II. Krausismo y apologistas católicos. Prólogo de Arturo Farinelli. <i>Rústica</i>	15,000.00
405.	MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino: <i>Historia de los heterodoxos españoles.</i> Épocas romana y visigoda. Priscilianismo y adopcionismo. Mozárabes cordobeses. Panteísmo semítico. Albigenes y valdenses. Arnaldo de Vilanova. Raimundo Lulio. Herejes en el siglo xv. Advertencia y discurso preliminar de Marcelino Menéndez Pelayo. <i>Rústica</i>	10,000.00
475.	MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino: <i>Historia de las Ideas Estéticas en España.</i> Las ideas estéticas entre los antiguos griegos y latinos. Desarrollo de las ideas estéticas hasta fines del siglo xvii. <i>Rústica</i>	15,000.00
482.	MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino: <i>Historia de las Ideas Estéticas en España.</i> Reseña histórica del desarrollo de las doctrinas estéticas durante el siglo xviii. <i>Rústica</i>	8,000.00
483.	MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino: <i>Historia de las Ideas Estéticas en España.</i> Desarrollo de las doctrinas estéticas durante el siglo xix. <i>Rústica</i>	12,000.00
	MESSER, Augusto. (Véase HESSEN, Juan.)	
	MIHURA. (Véase <i>Teatro Español Contemporáneo.</i>)	
18.	MIL Y UN SONETOS MEXICANOS. Selección y nota preliminar de Salvador Novo. <i>Rústica</i>	6,000.00
156.	MIL Y UNA NOCHES, LAS. Prólogo de Teresa E. de Rhode. <i>Rústica</i>	7,000.00
194.	MILTON, John: <i>El paraíso perdido.</i> Prólogo de Joaquín Antonio Peñalosa. <i>Rústica</i>	4,000.00
	MIRA DE AMEZCUA. (Véase <i>Autos Sacramentales.</i>)	
109.	MIRÓ, Gabriel: <i>Figuras de la Pasión del Señor. Nuestro Padre San Daniel.</i> Prólogo de Juana de Ontañón. <i>Rústica</i>	6,000.00
68.	MISTRAL, Gabriela: <i>Lecturas para Mujeres.</i> Gabriela Mistral (1922-1924) por Palma Guillén de Nicolau. <i>Rústica</i>	6,000.00
250.	MISTRAL, Gabriela: <i>Desolación. Ternura. Tala. Lagar.</i> Introducción de Palma Guillén de Nicolau. <i>Rústica</i>	6,000.00
144.	MOLIERE: <i>Comedias. (Tartufo. El burgués gentil hombre. El misántropo. El enfermo imaginario.)</i> Prólogo de Rafael Solana. <i>Rústica</i>	6,000.00
149.	MOLIERE: <i>Comedias. (El avaro. Las preciosas ridículas. El médico o la fuerza. La escuela de las mujeres. Las mujeres sabias.)</i> Prólogo de Rafael Solana. <i>Rústica</i>	6,000.00
52.	MOLINA, Tirso de: <i>El vergonzoso en palacio. El condenado por desconfiado. El burlador de Sevilla. La prudencia en la mujer.</i> Edición de Juana de Ontañón. <i>Rústica</i>	4,500.00
	MOLINA, Tirso de. (Véase <i>Autos Sacramentales.</i>)	
208.	MONTALVO, Juan: <i>Capitulos que se le olvidaron a Cervantes.</i> Estudio introductivo de Gonzalo Zaldumbide. <i>Rústica</i>	6,000.00
501.	MONTALVO, Juan: <i>Siete Tratados.</i> Prólogo de Luis Alberto Sánchez. <i>Rústica</i>	6,000.00
381.	MONTES DE OCA, Francisco: <i>Poesía hispanoamericana.</i> <i>Rústica</i>	10,000.00
191.	MONTESQUIEU: <i>Del espíritu de las leyes.</i> Estudio preliminar de Daniel Moreno. <i>Rústica</i>	10,000.00

282.	MORO, Tomás: <i>Utopía</i> . Prólogo de Manuel Alcázar. <i>Rústica</i>	3 3,500.00
129.	MOTOLINIA, Fray Toribio: <i>Historia de los Indios de la Nueva España</i> . Estudio crítico, apéndices, notas e índice de Edmundo O'Gorman. <i>Rústica</i>	6,000.00
588.	MUNTHE, Axel. <i>La Historia de San Michel</i> . Introducción de Arturo Souto Pietri. <i>Rústica</i>	
286.	NATORP, Pablo: <i>Propedéutica filosófica. Kant y la escuela de Marburgo</i> . Curso de pedagogía social. Presentación introductiva (el autor y su obra) y preámbulos a los capítulos por Francisco Larroyo. <i>Rústica</i>	6,000.00
527.	NAVARRO VILLOSLADA, Francisco: <i>Amaya o los Vascos en el siglo VIII</i> . <i>Rústica</i>	15,000.00
171.	NERVO, Amado: <i>Plenitud, Perlas Negras. Místicas. Los Jardines Interiores</i> . El Estanque de los Lotos. Prólogo de Ernesto Mejía Sánchez. <i>Rústica</i> ...	5,000.00
175.	NERVO, Amado: <i>La amada Inmóvil. Serenidad. Elevación. La última luna</i> . Prólogo de Ernesto Mejía Sánchez. <i>Rústica</i>	6,000.00
443.	NERVO, Amado: <i>Poemas: Las Voces. Lira Heroica. El Éxodo y las Flores del Camino. El Arquero Divino. Otros Poemas. En Voz Baja. Poesías Varias</i> . <i>Rústica</i>	6,000.00
	NEVILLE. (Véase <i>Teatro Español Contemporáneo</i> .)	
395.	NIETZSCHE, Federico: <i>Así hablaba Zaratustra</i> . Prólogo de E. W. F. Tomlin. <i>Rústica</i>	8,000.00
430.	NIETZSCHE, Federico: <i>Más allá del Bien y del Mal: Genealogía de la Moral</i> . Prólogo de Johann Fischl. <i>Rústica</i>	8,000.00
356.	NÚÑEZ DE ARCE, Gaspar: <i>Poesías completas</i> . Prólogo de Arturo Souto Alabarce. <i>Rústica</i>	6,000.00
576.	NÚÑEZ CABEZA DE VACA, Alvar: <i>Nafragios y comentarios</i> . Apuntes sobre la vida del adelantado por Enrique Vedia	5,000.00
8.	OCHO SIGLOS DE POESÍA EN LENGUA ESPAÑOLA. Introducción y compilación de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	12,000.00
45.	O'GORMAN, Edmundo: <i>Historia de las divisiones territoriales de México</i> . <i>Rústica</i>	6,000.00
	OLMO. (Véase <i>Teatro Español Contemporáneo</i> .)	
	ONTAÑÓN, Juana de. (Véase <i>Santa Teresa de Jesús</i> .)	
462.	ORTEGA Y GASSET, José: <i>En Torno a Galileo. El Hombre y la Gente</i> . Prólogo de Ramón Xirau. <i>Rústica</i>	6,000.00
488.	ORTEGA Y GASSET, José: <i>El Tema de Nuestro Tiempo. La Rección de las Masas</i> . Prólogo de Fernando Salmerón. <i>Rústica</i>	6,000.00
497.	ORTEGA Y GASSET, José: <i>La Deshumanización del Arte e Ideas Sobre la Novela</i> . Velázquez Goya. <i>Rústica</i>	6,000.00
499.	ORTEGA Y GASSET, José: <i>¿Qué es Filosofía? Unas Lecciones de Metafísica</i> . Prólogo de Antonio Rodríguez Húscar. <i>Rústica</i>	6,000.00
436.	OSTROVSKI, Nicolai: <i>Así se templó el acero</i> . Prefacio de Ana Karaváeva. <i>Rústica</i>	6,000.00
316.	OVIDIO: <i>Las metamorfosis</i> . Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	6,000.00
215.	PALACIO VALDÉS, Armando: <i>La hermana San Sulpicio</i> . Introducción de Joaquín Antonio Peñalosa. <i>Rústica</i>	6,000.00
125.	PALMA, Ricardo: <i>Tradiciones peruanas</i> . Estudio y selección por Raimundo Lazo. <i>Rústica</i>	6,000.00
	PALOU, Fr. Francisco: Véase CLAVIJERO, Francisco Xavier.	
421.	PAPINI, Giovanni: <i>Gog. El libro negro</i> . Prólogo de Ettore Allodoli. <i>Rústica</i>	6,000.00
424.	PAPINI, Giovanni: <i>Historia de Cristo</i> . Prólogo de Victoriano Capánaga. <i>Rústica</i>	6,000.00
266.	PARDO BAZÁN, Emilia: <i>Los pazos de Ulloa</i> . Introducción de Arturo Souto A. <i>Rústica</i>	6,000.00
358.	PARDO BAZÁN, Emilia: <i>San Francisco de Asís. (Siglo XIII.)</i> Prólogo de Marcelino Menéndez Pelayo. <i>Rústica</i>	6,000.00
496.	PARDO BAZÁN, Emilia: <i>La madre naturaleza</i> . Introducción de Arturo Souto Alabarce	6,000.00
577.	PASCAL, Blas: <i>Pensamientos y otros escritos</i> . Aproximaciones a Pascal de R. Guardini, F. Mauriac, J. Mesner y H. Kung	15,000.00
	PASO. (Véase <i>Teatro Español Contemporáneo</i> .)	
3.	PAYNO, Manuel: <i>Los bandidos de Río Frío</i> . Edición y prólogo de Antonio Castro Leal. <i>Rústica</i>	15,000.00
80.	PAYNO, Manuel: <i>El listol del diablo. Novela de costumbres mexicanas</i> . Texto establecido y estudio preliminar de Antonio Castro Leal. <i>Rústica</i>	15,000.00

PEMAN. (Véase *Teatro Español Contemporáneo*.)

PENSADOR MEXICANO. (Véase *FABULAS*.)

64.	PEREDA, José María de: <i>Peñas arriba. Sutileza</i> . Introducción de Soledad Anaya Solórzano. <i>Rústica</i>	\$ 8,000.00
165.	PEREYRA, Carlos: <i>Hernán Cortés</i> . Prólogo de Martín Quirarte. <i>Rústica</i>	6,000.00
493.	PEREYRA, Carlos: <i>Las Huellas de los Conquistadores</i> . <i>Rústica</i>	6,000.00
498.	PEREYRA, Carlos: <i>La Conquista de las Rutas Oceánicas. La Obra de España en América</i> . Prólogo de Silvio Zavala. <i>Rústica</i>	6,000.00
188.	PÉREZ ESCRICH, Enrique: <i>El mártir del Gólgota</i> . Prólogo de Joaquín Antonio Peñalosa. <i>Rústica</i>	6,000.00
69.	PÉREZ GALDÓS, Benito: <i>Miau, Marilena</i> . Prólogo de Teresa Silva Tena. <i>Rústica</i>	8,000.00
107.	PÉREZ GALDÓS, Benito: <i>Doña Perfecta. Misericordia</i> . Nota preliminar de Teresa Silva Tena. <i>Rústica</i>	8,000.00
117.	PÉREZ GALDÓS, Benito: <i>Episodios nacionales: Trafalgar. La corte de Carlos IV</i> . Prólogo de María Eugenia Gaona. <i>Rústica</i>	6,000.00
130.	PÉREZ GALDÓS, Benito: <i>Episodios nacionales: 19 de Marzo y el 2 de Mayo. Ballén</i> . Nota preliminar de Teresa Silva Tena. <i>Rústica</i>	6,000.00
158.	PÉREZ GALDÓS, Benito: <i>Episodios nacionales: Napoleón en Chamartín</i> . Zaragoza. Prólogo de Teresa Silva Tena. <i>Rústica</i>	6,000.00
166.	PÉREZ GALDÓS, Benito: <i>Episodios nacionales: Gerona. Cádiz</i> . Nota preliminar de Teresa Silva Tena. <i>Rústica</i>	6,000.00
185.	PÉREZ GALDÓS, Benito: <i>Fortunata y Jacinta. (Dos historias de casadas)</i> . Introducción de Agustín Yáñez	15,000.00
289.	PÉREZ GALDÓS, Benito: <i>Episodios nacionales: Juan Martín el Empecinado. La Batalla de los Arapiles</i> . <i>Rústica</i>	6,000.00
378.	PÉREZ GALDÓS, Benito: <i>La desheredada</i> . Prólogo de José Salavarría. <i>Rústica</i>	6,000.00
383.	PÉREZ GALDÓS, Benito: <i>El amigo manso</i> . Prólogo de Joaquín Casaldueiro. 1982. <i>Rústica</i>	6,000.00
392.	PÉREZ GALDÓS, Benito: <i>La fontana de oro</i> . Introducción de Marcelino Menéndez Pelayo	6,000.00
446.	PÉREZ GALDÓS, Benito: <i>Tristana-Nazarín</i> . Prólogo de Ramón Gómez de la Serna. <i>Rústica</i>	8,000.00
473.	PÉREZ GALDÓS, Benito: <i>Ángel Guerra</i> . Prólogo de Emilia Pardo Bazán. <i>Rústica</i>	6,000.00
489.	PÉREZ GALDÓS, Benito: <i>Torquemada en la Hoguera. Torquemada en la Cruz. Torquemada en el Purgatorio. Torquemada y San Pedro</i> . Prólogo de Joaquín Casaldueiro. <i>Rústica</i>	6,000.00
231.	PÉREZ LUGÍN, Alejandro: <i>La casa de la Troya. Estudiantina</i> . <i>Rústica</i>	4,000.00
235.	PÉREZ LUGÍN, Alejandro: <i>Currito de la Cruz</i> . <i>Rústica</i>	6,000.00
263.	PERRAULT, Cuentos de: <i>Griseida. Piel de asno. Los deseos ridículos. La bella durmiente del bosque. Caperucita Roja. Barba Azul. El gato con botas. Las hadas. Cenicienta. Riquete el del copete. Pulgarcito</i> . Prólogo de María Edmée Álvarez. <i>Rústica</i>	3,500.00
308.	PESTALOZZI, Juan Enrique: <i>Cómo Gertrudis enseña a sus hijos. Cartas sobre la educación de los niños. Libros de educación elemental. Prólogos. Estudio introductorio y preámbulos de las obras por Edmundo Escobar</i> . <i>Rústica</i>	6,000.00
369.	PESTALOZZI, Juan Enrique: <i>Canto del cisne</i> . Estudio preliminar de José Manuel Villalpando. <i>Rústica</i>	6,000.00
492.	PETRARCA: <i>Canclonero - Triunfos</i> . Prólogo de Ernst Hatch Wilkins	8,000.00
221.	PEZA, Juan de Dios: <i>Hogar y patria. El arpa del amor</i> . Noticia preliminar de Porfirio Martínez Peñalosa. <i>Rústica</i>	8,000.00
224.	PEZA, Juan de Dios: <i>Recuerdos y esperanzas. Flores del alma y versos festivos</i> . <i>Rústica</i>	8,000.00
557.	PEZA, Juan De Dios: <i>Leyendas históricas tradicionales y fantásticas de las calles de la ciudad de México</i> . Prólogo de Isabel Quiñones. <i>Rústica</i>	9,000.00
248.	PINDARO: <i>Odas. Olímpicas. Píticas. Nemeas. Istmiclas y fragmentos de otras obras de Píndaro. Otros líricos griegos. Arquilloco. Tirteo. Alceo. Safo. Simónides de Ceos. Anacreonte. Baquílides</i> . Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	6,000.00
13.	PLATÓN: <i>Diálogos</i> . Estudio preliminar de Francisco Larroyo. Edición corregida y aumentada. <i>Rústica</i>	14,000.00
139.	PLATÓN: <i>Las leyes. Epinomis. El político</i> . Estudio introductorio y preámbulos a los diálogos por Francisco Larroyo. <i>Rústica</i>	6,000.00

258.	PLAUTO: <i>Comedias: Los mellizos. El militar Junfarrón. La olla. El gorgojo. Anfirión. Los cautivos.</i> Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	\$ 6,000.00
26.	PLUTARCO: <i>Vidas paralelas.</i> Introducción de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	8,000.00
564.	POBREZA Y RIQUEZA. En Obras selectas del cristianismo primitivo. Selección de Textos, Traducción y Estudio Introductivo por Carlos Ignacio González S. J. <i>Rústica</i>	10,000.00
210.	POE, Edgar Allan: <i>Narraciones extraordinarias. Aventuras de Arturo Gordon Pym. El cuervo.</i> Prólogo de Ma. Elvira Bermúdez. <i>Rústica</i>	7,000.00
85.	POEMA DE MÍO CID. Versión antigua, con prólogo y versión moderna de Amancio Bolaño e Isla. Seguido del <i>Romancero del Cld. Rústica</i>	4,000.00
102.	POESÍA MEXICANA. Selección de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	12,000.00
571.	POLO, Marco: <i>Viajes.</i> Introducción de María Elvira Bermúdez. <i>Rústica</i>	6,000.00
510.	PONSON DU TERRAIL, Pierre Alexis: <i>Hazañas de Rocambole. Tomo I. Rústica</i>	15,000.00
511.	PONSON DU TERRAIL, Pierre Alexis: <i>Hazañas de Rocambole. Tomo II. Rústica</i>	15,000.00
518.	PONSON DU TERRAIL, Pierre Alexis: <i>La Resurrección de Rocambole. Tomo I. Continuación de "Hazañas de Rocambole". Rústica</i>	15,000.00
519.	PONSON DU TERRAIL, Pierre Alexis: <i>La Resurrección de Rocambole. Tomo II. Continuación de "Hazañas de Rocambole". Rústica</i>	12,000.00
36.	POPOL WUJ: <i>Antiguas historias de los indios quichés de Guatemala.</i> Ilustradas con dibujos de los códices mayas. Advertencia, versión y vocabulario de Albertina Saravia E. <i>Rústica</i>	4,000.00
150.	PRESCOTT, William H.: <i>Historia de la Conquista de México.</i> Anotada por don Lucas Alamán. Con notas, críticas y esclarecimientos de don José Fernando Ramírez. Prólogo y apéndices por Juana A. Ortega y Medina. <i>Rústica</i>	8,000.00
198.	PRIETO, Guillermo: <i>Musa callejera.</i> Prólogo de Francisco Monterde. <i>Rústica</i>	6,000.00
450.	PRIETO, Guillermo: <i>Romancero Nacional.</i> Prólogo de Ignacio M. Altamirano. <i>Rústica</i>	6,000.00
481.	PRIETO, Guillermo: <i>Memorias de mis Tiempos.</i> Prólogo de Horacio Labastida. <i>Rústica</i>	6,000.00
54.	PROVERBIOS DE SALOMÓN Y SABIDURÍA DE JESÚS BEN SIRAK: Versiones directas de los originales por Angel María Garibay K. <i>Rústica</i>	6,000.00
	QUEVEDO, Francisco de: Véase <i>Lazarillo de Tormes</i> .	
332.	QUEVEDO Y VILLEGAS, Francisco de: <i>Sueños. El sueño de las calaveras. El alguacil alguacilado. Las zahúrdas de Plutón. Visita de los chistes. El mundo por dentro. La hora de todos y la fortuna con seso. Poesías.</i> Introducción de Arturo Souto Alabarce. <i>Rústica</i>	4,000.00
97.	QUIROGA, Horacio: <i>Cuentos.</i> Selección, estudio preliminar y notas críticas e informativas por Raimundo Lazo. <i>Rústica</i>	4,000.00
347.	QUIROGA, Horacio: <i>Más cuentos.</i> Introducción de Arturo Souto Alabarce. <i>Rústica</i>	4,000.00
560.	RABELAIS: <i>Gargantúa y Pantagruel. Vida de Rabelais.</i> Por Anatole France. Ilustraciones de Gustavo Doré. <i>Rústica</i>	12,000.00
219.	RABINAL ACHÍ: <i>El varón de Rabinal. Ballet-drama de los indios quichés de Guatemala.</i> Traducción y prólogo de Luis Cardoza y Aragón. <i>Rústica</i>	6,000.00
	RANGEL, Nicolás. (Véase URBINA, Luis G.)	
366.	REED, John: <i>México insurgente. Diez días que estremecieron al mundo.</i> Prólogo de Juan de la Cabaña. <i>Rústica</i>	8,000.00
101.	RIVA PALACIO, Vicente: <i>Cuentos del General.</i> Prólogo de Clementina Díaz y de Ovando. <i>Rústica</i>	5,000.00
474.	RIVA PALACIO, Vicente: <i>Las Dos Emparedadas. Memorias de los Tiempos de la Inquisición.</i> <i>Rústica</i>	6,000.00
476.	RIVA PALACIO, Vicente: <i>Calvario y Tabor.</i> <i>Rústica</i>	6,000.00
507.	RIVA PALACIO, Vicente: <i>La Vuelta de los Muertos.</i> <i>Rústica</i>	6,000.00
162.	RIVAS, Duque de: <i>Don Álvaro a la Fuerza del Sino. Romances históricos.</i> Prólogo de Antonio Magaña Esquivel. <i>Rústica</i>	5,000.00
172.	RIVERA, José Eustasio: <i>La Vordigne.</i> Prólogo de Cristina Barros Silveira. <i>Rústica</i>	5,000.00
87.	RODÓ, José Enrique: <i>Ariel. Liberalismo y Jacobinismo.</i> Ensayos: <i>Rubén</i>	

	<i>Diario, Bolívar, Montalvo. Estudio preliminar. Índice biográfico-cronológico y resumen bibliográfico por Raimundo Lazo</i>	5 4,000.00
115.	RODÓ, José Enrique: <i>Motivos de Proleo y Nuevos motivos de Proleo. Prólogo de Raimundo Lazo. Rústica</i>	6,000.00
88.	ROJAS, Fernando de: <i>La Celestina. Prólogo de Manuel de Ezcudría. Con una cronología y dos glosarios. Rústica</i>	4,500.00
	ROMANCERO DEL CID. (Véase <i>Poema de Mio Cid</i> .)	
	ROSAS MORENO. (Véase <i>FABULAS</i> .)	
328.	ROSTAND, Edmundo: <i>Cyrano de Bergerac. Prólogo, estudio y notas de Angeles Mendieta Alatorre. Rústica</i>	4,000.00
440.	ROTTERDAM, Erasmo de: <i>Elogio de la Locura. Coloquios. Erasmo de Rotterdam por Johan HUIZINGA. Rústica</i>	7,000.00
113.	ROUSSEAU, Juan Jacobo: <i>El Contrato Social o Principios de Derecho Político. Discurso sobre las Ciencias y las Artes. Discurso sobre el Origen de la Desigualdad. Estudio preliminar de Daniel Moreno. Rústica</i>	5,000.00
159.	ROUSSEAU, Juan Jacobo: <i>Emilio o de la Educación. Estudio preliminar de Daniel Moreno. Rústica</i>	6,000.00
470.	ROUSSEAU, Juan Jacobo: <i>Confesiones. Prólogo de Jeanne Renée Becker. Rústica</i>	6,000.00
265.	RUEDA, Lope de: <i>Teatro completo. Eufemia. Armelina. De los engañados. Medora. Coloquio de Camelia. Coloquio de Tymbria. Diálogo sobre la intervención de las Cúlgas. El deleitoso. Registro de representantes. Coloquio llamado prendas de amor. Coloquio en verso. Comedia llamada discordia y cuestión de amor. Auto de Naval y Abigail. Auto de los desposorios de Moisés. Farsa del sordo. Introducción de Arturo Souto Alabarce. Rústica</i>	6,000.00
10.	RUIZ DE ALARCÓN, Juan: <i>Cuatro comedias: Las paredes oyen. Los pechos privilegiados. La verdad sospechosa. Gunar amigos. Estudio, texto y comentarios de Antonio Castro Leal. Rústica</i>	6,000.00
451.	RUIZ DE ALARCÓN, Juan: <i>El examen de maridos. La prueba de las promesas. Mudarse por Mejorarse. El Tejedor de Segovia. Prólogo de Alfonso Reyes. Rústica</i>	8,000.00
	RUIZ IRIARTE. (Véase <i>Teatro Español Contemporáneo</i> .)	
51.	SABIDURIA DE ISRAEL: <i>Tres obras de la cultura judía. Traducciones directas de Ángel María Garibay K. Rústica</i>	6,000.00
	SABIDURIA DE JESÚS BEN SIRAK. (Véase <i>Proverbios de Salomón</i> .)	
300.	SAHAGÚN, Fr. Bernardino de: <i>Historia General de las cosas de Nueva España. La dispuso para la prensa en esta nueva edición, con numeración, anotaciones y apéndices, Ángel María Garibay K. Rústica</i>	20,000.00
299.	SAINT-EXUPÉRY, Antoine de: <i>El principito. Nota preliminar y traducción de María de los Ángeles Porrúa. Rústica</i>	4,000.00
322.	SAINT-PIERRE, Bernardino de: <i>Pablo y Virginia. Introducción de Arturo Souto Alabarce. Rústica</i>	6,000.00
456.	SALADO ALVAREZ, Victoriano: <i>Episodios Nacionales. Santa Anna - La Reforma - La Intervención - El Imperio: Su Alteza Serenísima. Memorias de un Polizonte. Prólogo biográfico de Ana Salado Alvarez. Rústica</i>	6,000.00
460.	SALADO ALVAREZ, Victoriano: <i>Episodios Nacionales. Santa Anna - La Reforma - La Intervención - El Imperio: El Golpe de Estado. Los Mártires de Tacubaya. Rústica</i>	8,000.00
464.	SALADO ALVAREZ, Victoriano: <i>Episodios Nacionales. Santa Anna - La Reforma - La Intervención - El Imperio: La Reforma. El Plan de Pacificación. Rústica</i>	8,000.00
466.	SALADO ALVAREZ, Victoriano: <i>Episodios Nacionales. Santa Anna - La Reforma - La Intervención - El Imperio: Las Ranas Pidiendo Rey. Puebla. Rústica</i>	8,000.00
468.	SALADO ALVAREZ, Victoriano: <i>Episodios Nacionales. Santa Anna - La Reforma - La Intervención - El Imperio: La Corte de Maximiliano. Orizaba. Rústica</i>	8,000.00
469.	SALADO ALVAREZ, Victoriano: <i>Episodios Nacionales. Santa Anna - La Reforma - La Intervención - El Imperio. Porfirio Díaz. Ramón Corona. Rústica</i>	8,000.00
471.	SALADO ALVAREZ, Victoriano: <i>Episodios Nacionales. Santa Anna - La Reforma - La Intervención - El Imperio. La Emigración. Querétaro. Rústica</i>	8,000.00
477.	SALADO ALVAREZ, Victoriano: <i>Memorias: Tiempo Viejo - Tiempo Nuevo. Nota preliminar de José Emilio Pacheco. Prólogo de Carlos González Peña. Rústica</i>	8,000.00

220.	SALGARI, Emilio: <i>Sandokan. La mujer del pirata. Prólogo de María Elvira Bermúdez. Rústica</i>	\$ 6,000.00
239.	SALGARI, Emilio: <i>Los piratas de la Malasia. Los estranguladores. Nota preliminar de María Elvira Bermúdez. Rústica</i>	6,000.00
242.	SALGARI, Emilio: <i>Los dos rivales. Los tigres de la Malasia. Nota preliminar de María Elvira Bermúdez. Rústica</i>	6,000.00
257.	SALGARI, Emilio: <i>El rey del mar. La reconquista de Mompracem. Nota preliminar de María Elvira Bermúdez. Rústica</i>	6,000.00
264.	SALGARI, Emilio: <i>El falso Bracamán. La caída de un imperio. Nota preliminar de María Elvira Bermúdez. Rústica</i>	6,000.00
267.	SALGARI, Emilio: <i>En los junglares de la India. El desquite de Yáñez. Nota preliminar de María Elvira Bermúdez. Rústica</i>	6,000.00
292.	SALGARI, Emilio: <i>El capitán Tormenta. El León de Damasco. Nota preliminar de María Elvira Bermúdez. Rústica</i>	6,000.00
296.	SALGARI, Emilio: <i>El hijo del León de Damasco. La galera del Balá. Nota preliminar de María Elvira Bermúdez. Rústica</i>	6,000.00
302.	SALGARI, Emilio: <i>El Corsario Negro. La venganza. Nota preliminar de María Elvira Bermúdez. Rústica</i>	6,000.00
306.	SALGARI, Emilio: <i>La reina de los caribes. Honorata de Wan Guld. Rústica</i>	6,000.00
312.	SALGARI, Emilio: <i>Yolanda. Morgan. Rústica</i>	6,000.00
363.	SALGARI, Emilio: <i>Aventuras entre los pieles rojas. El rey de la pradera. Prólogo de María Elvira Bermúdez. Rústica</i>	6,000.00
376.	SALGARI, Emilio: <i>En las fronteras del Far-West. La cazadora de cabelleras. Prólogo de María Elvira Bermúdez. Rústica</i>	6,000.00
379.	SALGARI, Emilio: <i>La soberana del campo de oro. El rey de los cangrejos. Prólogo de María Elvira Bermúdez. Rústica</i>	6,000.00
465.	SALGARI, Emilio: <i>Las "Panteras" de Argel. El Filtro de los Califas. Prólogo de María Elvira Bermúdez. Rústica</i>	6,000.00
517.	SALGARI, Emilio: <i>Los Naufragos del Liguria. Devastaciones de los Piratas. Rústica</i>	6,000.00
533.	SALGARI, Emilio: <i>Los mineros de Alaska. Los pescadores de ballenas. Rústica</i>	7,000.00
535.	SALGARI, Emilio: <i>La campana de plata. Los hijos del alre. Rústica</i>	7,000.00
536.	SALGARI, Emilio: <i>El desierto de fuego. Los bandidos de Sahara. Rústica</i>	6,000.00
537.	SALGARI, Emilio: <i>Los barcos jillbusteros. Rústica</i>	6,000.00
538.	SALGARI, Emilio: <i>Los misterios de la Selva. La Costa de marfil. Rústica</i>	6,000.00
540.	SALGARI, Emilio: <i>La favorita del Mahúl. El profeta del Sudán. Rústica</i>	6,000.00
542.	SALGARI, Emilio: <i>El capitán de la Jumnay. La montaña de luz. Rústica</i>	6,000.00
544.	SALGARI, Emilio: <i>El hijo del Corsario Rojo. Rústica</i>	6,000.00
547.	SALGARI, Emilio: <i>La perla roja. Los pescadores de perlas. Rústica</i>	6,000.00
553.	SALGARI, Emilio: <i>El mar de las perlas. La perla del río rojo. Rústica</i> ..	7,000.00
554.	SALGARI, Emilio: <i>Los misterios de la India. Rústica</i>	7,000.00
559.	SALGARI, Emilio: <i>Los horrores de Filipinas. Rústica</i>	6,000.00
560.	SALGARI, Emilio: <i>Flor de las perlas. Los cazadores de cabezas. Rústica</i> ..	6,000.00
561.	SALGARI, Emilio: <i>Las hijas de los faraones. El sacerdote de Phiah. Rústica</i> ..	7,000.00
562.	SALGARI, Emilio: <i>Los piratas de las Bermudas. Dos abordajes. Rústica</i> ..	8,000.00
563.	SALGARI, Emilio: <i>Nuevas aventuras de cabeza de piedra. El castillo de Montecarlo. Rústica</i>	6,000.00
567.	SALGARI, Emilio: <i>La capitana del Yucatán. La heroína de Puerto Arturo. Nota preliminar de María Elvira Bermúdez</i>	7,000.00
579.	SALGARI, Emilio: <i>Un drama en el Océano Pacífico. Los solitarios del Océano</i> ..	9,000.00
583.	SALGARI, Emilio: <i>Al Polo Norte - A bordo del "Taimyr"</i>	6,000.00
585.	SALGARI, Emilio: <i>El Continente Misterioso. El esclavo de Madagascar. Rústica</i>	9,000.00
288.	SALUSTIO: <i>La conjuración de Catilina. La guerra de Jugurta. Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca. Rústica</i>	6,000.00
	SAMANIEGO. (Véase FÁBULAS.)	
393.	SAMOSATA, Luciano de: <i>Diálogos. Historia verdadera. Introducción de Salvador Marichalar. Rústica</i>	8,000.00
59.	SAN AGUSTÍN: <i>La ciudad de Dios. Introducción de Francisco Montes de Oca. Rústica</i>	15,000.00
142.	SAN AGUSTÍN: <i>Confesiones. Versión, Introducción y notas de Francisco Montes de Oca. Rústica</i>	5,000.00
40.	SAN FRANCISCO DE ASÍS: <i>Florezcillas. Introducción de Francisco Montes de Oca. Rústica</i>	6,000.00

228.	SAN JUAN DE LA CRUZ: <i>Subida del Monte Carmelo. Noche oscura. Cántico espiritual. Llama de amor viva. Poesías. Prólogo de Gabriel de la Mora. Rústica</i>	12,000.00
199.	SAN PEDRO, Diego de: <i>Cárcel de amor. Arnalte e Lucenda. Sermón. Poesías. Desprecio de la fortuna. Seguidas de Questión de amor. Introducción de Arturo Souto Alabarce. Rústica</i>	\$ 6,000.00
	SANCHEZ DE BADAJOZ. (Véase Autos Sacramentales.)	
50.	SANTA TERESA DE JESÚS: <i>Las moradas; Libro de su Vida. Biografía de Juana de Ontañón. Rústica</i>	6,000.00
49.	SARMIENTO, Domingo F.: <i>Facundo; Civilización y Barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga. Ensayo preliminar e índice cronológico por Raimundo Lazo. Rústica</i>	6,000.00
	SASTRE. (Véase Teatro Español Contemporáneo.)	
138.	SCOTT, Walter: <i>Ivanhoe o El Cruzado. Introducción de Arturo Souto. Alabarce. Rústica</i>	6,000.00
409.	SCOTT, Walter: <i>El monasterio. Prólogo de Henry Thomas. Rústica</i>	6,000.00
416.	SCOTT, Walter: <i>El pirata. Prólogo de Henry Thomas. Rústica</i>	6,000.00
401.	SCHILLER, Federico: <i>María Estuardo. La doncella de Orléans. Guillermo Tell. Prólogo de Alfredo S. Barca. Rústica</i>	6,000.00
434.	SCHILLER, Federico: <i>Don Carlos. La Conjuración de Fiesco. Intriga y Amor. Prólogo de Wilhelm Dilthey. Rústica</i>	8,000.00
458.	SCHILLER, Federico: <i>Wallenstein. El Campamento de Wallenstein. Los Piccolomini. La Muerte de Wallenstein. La Novia de Mesina. Prólogo de Wilhelm Dilthey. Rústica</i>	6,000.00
419.	SCHOPENHAUER, Arturo: <i>El mundo como voluntad y representación. Introducción de E. Friedrich Sauer. Rústica</i>	8,000.00
455.	SCHOPENHAUER, Arthur: <i>La Sabiduría de la Vida. En Torno a la Filosofía. El amor, las Mujeres, la Muerte y otros Temas. Prólogo de Abraham Walsmann. Traducción del alemán por Eduardo González Blanco. Rústica</i>	8,000.00
281.	SÉNECA: <i>Tratados filosóficos. Cartas. Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca. Rústica</i>	8,000.00
437.	SERTILANGES, A. D.: <i>La Vida Intelectual. GUITTON, Jean: El trabajo Intelectual. Rústica</i>	6,000.00
86.	SHAKESPEARE: <i>Hamlet. Penas por amor perdido. Los dos hidalgos de Verona. Sueño de una noche de verano. Romeo y Julieta. Con notas preliminares y dos cronologías. Rústica</i>	5,000.00
94.	SHAKESPEARE: <i>Otelo. La fiera domada. A vuestro gusto. El rey Lear. Con notas preliminares y dos cronologías. Rústica</i>	4,000.00
96.	SHAKESPEARE: <i>Macbeth. El mercader de Venecia. Las alegres comadres de Windsor. Julio César. La tempestad. Con notas preliminares y dos cronologías. Rústica</i>	4,000.00
	SHOLOJOV. (Véase Cuentos Rusos.)	
160.	SIENKIEWICZ, Enrique: <i>Quo Vadis? Prólogo de José Manuel Villalaz. Rústica</i>	8,000.00
146.	SIERRA, Justo: <i>Judrez: su obra y su tiempo. Introducción de Agustín Yáñez. Rústica</i>	12,000.00
515.	SIERRA, Justo: <i>Evolución Política del Pueblo Mexicano. Prólogo de Alfonso Reyes</i>	7,000.00
81.	SITIO DE QUERÉTARO: <i>Según protagonistas y testigos. Selección y notas introductorias de Daniel Moreno. Rústica</i>	10,000.00
14.	SÓFOCLES: <i>Las siete tragedias. Versión directa del griego con una Introducción de Angel María Garibay K. Rústica</i>	6,000.00
89.	SOLÍS Y RIVADENEIRA, Antonio de: <i>Historia de la conquista de México. Prólogo y Apéndices de Edmundo O'Gorman. Notas de José Valero. Rústica</i>	8,560.00
	SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ: Véase CRUZ, Sor Juana Inés de la.	
472.	SOSA, Francisco: <i>Biografías de Mexicanos Distinguidos. (Doscientas noventa y cuatro). Rústica</i>	8,000.00
319.	SPINOZA: <i>Ética. Tratado teológico-político. Estudio introductivo, análisis de las obras y revisión del texto por Francisco Larroyo. Rústica</i>	10,000.00
105.	STENDHAL: <i>La cartuja de Parma. Introducción de Francisco Montes de Oca. Rústica</i>	6,000.00
359.	STENDHAL: <i>Rojo y negro. Introducción de Francisco Montes de Oca. Rústica</i>	6,000.00
110.	STEVENSON, R. L.: <i>La isla del tesoro. Cuentos de los Mares del Sur. Prólogo de Sergio Pitol. Rústica</i>	4,500.00
72.	STOWE, Harriet Beecher: <i>La cabaña del tío Tom. Introducción de Daniel Moreno. Rústica</i>	8,000.00

525.	SUE, Eugenio: <i>Los Misterios de París</i> . Tomo I. <i>Rústica</i>	\$ 12,000.00
526.	SUE, Eugenio: <i>Los Misterios de París</i> . Tomo II. <i>Rústica</i>	12,000.00
355.	SUETONIO: <i>Los doce Césares</i> . Introducción de Francisco Montes de Oca SURGUCHOV. (Véase <i>Cuentos Rusos</i> .)	6,000.00
196.	SWIFT, Jonathan: <i>Viajes de Gulliver</i> . Traducción, prólogo y notas de Monserrat Alfau. <i>Rústica</i>	6,000.00
291.	TÁCITO, Cornelio: <i>Anales</i> . Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	6,000.00
33.	TAGORE, Rabindranath: <i>La luna nueva. El jardinero. El cartero del Rey. Las piedras hambrientas y otros cuentos</i> . Estudio de Daniel Moreno. <i>Rústica</i>	6,000.00
232.	TARACENA, Alfonso: <i>Francisco I. Madero</i> . <i>Rústica</i>	6,000.00
386.	TARACENA, Alfonso: <i>José Vasconcelos</i> . <i>Rústica</i>	6,000.00
	TASIN. (Véase <i>Cuentos Rusos</i> .)	
403.	TASSO, Torcuato: <i>Jerusalén libertada</i> . Prólogo de M. Th. Laignel. <i>Rústica</i>	6,000.00
525.	TEATRO ESPAÑOL CONTEMPORÁNEO: BENAVENTE: <i>Los intereses creados. La malquerida</i> . MARQUINA: <i>En Flandes se ha puesto el sol</i> . Hermanos ÁLVAREZ QUINTERO: <i>Malvaloca</i> . VALLE INCLÁN: <i>El embrujado</i> . UNAMUNO: <i>Sombras de sueño</i> . GARCIA LORCA: <i>Bodas de sangre</i> . Introducciones y anotaciones por Joseph W. Zdenek y Guillermo I. Castillo-Feliú. <i>Rústica</i>	6,000.00
330.	TEATRO ESPAÑOL CONTEMPORÁNEO: LÓPEZ RUBIO: <i>Celos del aire</i> . MIHURA: <i>Tres sombreros de copa</i> . LUCA DE TENA: <i>Don José, Pepe y Pepito</i> . SASTRE: <i>La mordaza</i> . CALVO SOTELLO: <i>La muralla</i> . PEMAN: <i>Los tres ecclétiros de don Simón</i> . NEVILLE: <i>Alta fidelidad</i> . PASO: <i>Cosas de papá y mamá</i> . OLMO: <i>La camisa</i> . RUIZ IRIARTE: <i>Historia de un adulterio</i> . Introducciones y anotaciones por Joseph W. Zdenek y Guillermo I. Castillo-Feliú. <i>Rústica</i>	12,000.00
350.	TEIXIDOR, Felipe: <i>Viajeros mexicanos. (Siglos XIX y XX.)</i> <i>Rústica</i>	10,000.00
37.	TEOGONIA E HISTORIA DE LOS MEXICANOS. Tres opúsculos del siglo XVI. Edición de Ángel Garibay K. <i>Rústica</i>	6,000.00
253.	TERENCIO: <i>Comedias: La andriana. El eunuco. El atormentador de sí mismo. Los hermanos. La suegra</i> . Formlón. Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	6,000.00
	TIMONEDA. (Véase <i>Autos Sacramentales</i> .)	
201.	TOLSTOI, León: <i>La Guerra y la Paz</i> . De "La Guerra y la Paz" por Eva Alexandra Uchmany. <i>Rústica</i>	18,000.00
205.	TOLSTOI, León: <i>Ana Karenina</i> . Prólogo de Fedro Gullén. <i>Rústica</i>	6,500.00
295.	TOLSTOI, León: <i>Cuentos escogidos</i> . Prólogo de Fedro Gullén. <i>Rústica</i>	7,000.00
394.	TOLSTOI, León: <i>Infancia-Adolescencia-Juventud. Recuerdos</i> . Prólogo de Salvador Marichalar. <i>Rústica</i>	6,000.00
413.	TOLSTOI, León: <i>Resurrección</i> . Prólogo de Emilia Pardo Bazán. <i>Rústica</i>	6,000.00
463.	TOLSTOI, León: <i>Los Cosacos. Sebastopol. Relatos de Guerra</i> . Prólogo de Jaime Torres Bodet. <i>Rústica</i>	6,000.00
479.	TORRE VILLAR, Ernesto de la: <i>Los Guadalupe y la Independencia</i> . Con una selección de documentos inéditos. <i>Rústica</i>	6,000.00
550.	TRAPE, Agustino: <i>San Agustín. El hombre, el pastor, el místico</i> . Presentación y traducción de Rafael Gallardo García O.S.A. <i>Rústica</i>	10,000.00
290.	TUCIDIDES: <i>Historia de la guerra del Peloponeso</i> . Introducción de Edmundo O'Gorman. <i>Rústica</i>	12,000.00
453.	TURGUENEV, Iván: <i>Nido de Hidalgos - Primer Amor - Aguas Primaverales</i> . Prólogo de Emilia Pardo Bazán. <i>Rústica</i>	6,000.00
	TURGUENEV. (Véase <i>Cuentos Rusos</i> .)	
209.	TWAIN, Mark: <i>Las aventuras de Tom Sawyer</i> . Introducción de Arturo Souto Alabarce. <i>Rústica</i>	4,000.00
337.	TWAIN, Mark: <i>El príncipe y el mendigo</i> . Introducción de Arturo Souto Alabarce. <i>Rústica</i>	3,000.00
	UCHMANY, Eva. (Véase TOLSTOI, León.)	
	UNAMUNO, Miguel de: (Véase <i>Teatro Español Contemporáneo</i> .)	
384.	UNAMUNO, Miguel de: <i>Cómo se hace una novela. La tía Tula. San Manuel bueno, mártir y tres historias más</i> . Retrato de Unamuno por J. Cassou y comentario de Unamuno. <i>Rústica</i>	6,000.00
388.	UNAMUNO, Miguel de: <i>Niebla. Abel Sánchez</i> . Tres novelas ejemplares y un prólogo. <i>Rústica</i>	7,000.00
402.	UNAMUNO, Miguel de: <i>Del sentimiento trágico de la vida. La agonía del cristianismo</i> . Introducción de Ernst Robert Curtius. <i>Rústica</i>	6,500.00
408.	UNAMUNO, Miguel de: <i>Por tierras de Portugal y España. Andanzas y visiones españolas</i> . Introducción de Ramón Gómez de la Serna. <i>Rústica</i>	8,000.00
417.	UNAMUNO, Miguel de: <i>Vida de Don Quijote y Sancho. En torno al casticismo</i> . Introducción de Salvador de Madariaga. <i>Rústica</i>	5,000.00

523.	UNAMUNO, Miguel de: <i>Antología Poética</i> . Prólogo de Arturo Souto Alabarce. <i>Rústica</i>	\$ 7,000.00
480.	URBINA, Luis G.; HENRIQUEZ UREÑA, Pedro, y RANGEL, Nicolás: <i>Antología del Centenario</i> . Estudio documentado de la Literatura Mexicana durante el primer siglo de Independencia 1800-1821. Obra compilada bajo la dirección de don Justo Sierra. <i>Rústica</i>	6,000.00
237.	USIGLI, Rodolfo: <i>Corona de Sombra. Corona de Fuego. Corona de Luz. Rústica</i>	8,000.00
52.	VALDES, Juan de: <i>Diálogo de la lengua</i> . Prólogo de Juan M. Lope Blanch. <i>Rústica</i>	6,000.00
	VALDIVIELSO. (Véase Autos Sacramentales.)	
56.	VALERA, Juan: <i>Peplita Jiménez y Juanita la Larga</i> . Prólogo de Juana de Ontañón. <i>Rústica</i>	6,800.00
190.	VALMIKI: <i>El Ramayana</i> . Prólogo de Teresa E. Rohde. <i>Rústica</i>	5,000.00
135.	VALLE-INCLÁN, Ramón del: <i>Sonata de primavera. Sonata de estío. Sonata de otoño. Sonata de invierno</i> . (Memorias del marqués de Bradomín.) Estudio preliminar de Allen W. Phillips. <i>Rústica</i>	5,000.00
287.	VALLE-INCLÁN, Ramón del: <i>Tirano Banderas</i> . Introducción de Arturo Souto Alabarce. <i>Rústica</i>	5,000.00
	VALLE-INCLÁN, Ramón del. (Véase Teatro Español Contemporáneo.)	
55.	VARGAS MARTÍNEZ, Ubaldo: <i>Morelos, siervo de la nación</i> . <i>Rústica</i>	9,000.00
95.	VARONA, Enrique José: <i>Textos escogidos</i> . Ensayo de interpretación, acentuaciones y selección de Raimundo Lazo. <i>Rústica</i>	6,000.00
425.	VEGA, Garcilaso de la, y BOSCAN, Juan: <i>Poesías completas</i> . Prólogo de Dámaso Alonso. <i>Rústica</i>	8,000.00
439.	VEGA, Garcilaso de la (El Inca): <i>Comentarios reales</i> . Introducción de José de la Riva-Agüero. <i>Rústica</i>	6,000.00
217.	VELA, Arqueles: <i>El modernismo</i> . Su filosofía. Su estética. Su técnica. <i>Rústica</i>	8,000.00
245.	VELA, Arqueles: <i>Análisis de la expresión literaria</i> . <i>Rústica</i>	8,000.00
339.	VELEZ DE GUEVARA, Luis: <i>El diablo cojuelo. Reinar después de morir</i> . Introducción de Arturo Souto Alabarce. <i>Rústica</i>	5,000.00
111.	VERNE, Julio: <i>De la Tierra a la Luna. Alrededor de la Luna</i> . Prólogo de María Elvira Bermúdez. <i>Rústica</i>	6,000.00
114.	VERNE, Julio: <i>Veinte mil leguas de viaje submarino</i> . Nota de María Elvira Bermúdez. <i>Rústica</i>	6,000.00
116.	VERNE, Julio: <i>Viaje al centro de la Tierra. El doctor Ox. Maese Zacarías. Un drama en los aires</i> . Nota de María Elvira Bermúdez. <i>Rústica</i>	6,000.00
123.	VERNE, Julio: <i>La isla misteriosa</i> . Nota de María Elvira Bermúdez. <i>Rústica</i>	6,000.00
168.	VERNE, Julio: <i>La vuelta al mundo en 80 días. Las tribulaciones de un chino en China</i> . <i>Rústica</i>	6,000.00
180.	VERNE, Julio: <i>Miguel Strogoff</i> . Con una biografía de Julio Verne por María Elvira Bermúdez. <i>Rústica</i>	6,000.00
183.	VERNE, Julio: <i>Cinco semanas en globo</i> . Prólogo de María Elvira Bermúdez. <i>Rústica</i>	4,000.00
186.	VERNE, Julio: <i>Un capitán de quince años</i> . Prólogo de María Elvira Bermúdez. <i>Rústica</i>	6,000.00
189.	VERNE, Julio: <i>Dos años de vacaciones</i> . Prólogo de María Elvira Bermúdez. <i>Rústica</i>	6,000.00
260.	VERNE, Julio: <i>Los hijos del capitán Grant</i> . Nota preliminar de María Elvira Bermúdez. <i>Rústica</i>	6,000.00
361.	VERNE, Julio: <i>El castillo de los Cárpatos. Las indias negras. Una ciudad flotante</i> . Nota preliminar de María Elvira Bermúdez. <i>Rústica</i>	6,000.00
404.	VERNE, Julio: <i>Historia de los grandes viajes y los grandes viajeros</i> . <i>Rústica</i>	6,000.00
445.	VERNE, Julio: <i>Héctor Servadac</i> . Prólogo de María Elvira Bermúdez. <i>Rústica</i>	6,000.00
509.	VERNE, Julio: <i>La jangada. Ochocientas Leguas por el Río de las Amazonas</i> . <i>Rústica</i>	6,000.00
513.	VERNE, Julio: <i>Escuela de los Robinsones</i> . Nota preliminar de María Elvira Bermúdez. <i>Rústica</i>	6,000.00
539.	VERNE, Julio: <i>Norte Contra Sur</i> . <i>Rústica</i>	7,000.00
541.	VERNE, Julio: <i>Aventuras del capitán Hatteras</i> . <i>Rústica</i>	7,000.00
543.	VERNE, Julio: <i>El país de las pieles</i> . <i>Rústica</i>	6,000.00
551.	VERNE, Julio: <i>Kerabán el testarudo</i>	6,000.00
552.	VERNE, Julio: <i>Maitas Sandorf</i> . Novela laureada por la Academia Francesa. <i>Rústica</i>	7,000.00
569.	VERNE, Julio: <i>El archipiélago de fuego. Clovis Dardentor. De Glasgow a Charleston. Una invernada entre los hielos</i>	8,000.00
570.	VERNE, Julio: <i>Los amotinados de la Coluzy. Miñettes Ericsson</i>	6,000.00
571.	VERNE, Julio: <i>Un drama en México. Aventuras de tres ingleses y de tres inglesas en el África Austral. Claudio Benveniste</i>	8,000.00
575.	VERNE, Julio: <i>César Craxius</i>	9,000.00

VIDA DEL BUSCÓN DON PABLOS. (Véase Lazarillo de Tormes.)	
163. VIDA Y HECHOS DE ESTEBANILLO GONZÁLEZ. Prólogo de Juana de Ontañón. <i>Rústica</i>	6,000.00
227. VILLAVEVERDE, Cirilo: <i>Cecilia Valdez</i> . Estudio crítico de Raimundo Lazo. <i>Rústica</i>	6,000.00
147. VIRGILIO: <i>Enéida. Geórgicas. Bucólicas</i> . Edición revisada por Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	3,000.00
261. VITORIA, Francisco de: <i>Reelecciones. Del estado, De los indios, y Del derecho de la guerra</i> . Con una introducción de Antonio Gómez Robledo. Del Colegio Nacional. <i>Rústica</i>	6,000.00
447. VIVES, Juan Luis: <i>Tratado de la Enseñanza. Introducción a la Sabiduría. Escolta del Alma. Diálogos. Pedagogía Pueril</i> . Estudio preliminar y prólogos por José Manuel Villalpando. <i>Rústica</i>	8,000.00
27. VOCES DE ORIENTE: <i>Antología de textos literarios del cercano Oriente</i> . Traducciones, introducciones, compilación y notas de Ángel María Garibay K. <i>Rústica</i>	6,000.00
398. VOLTAIRE: <i>Cándido. Zadig. El ingenuo. Micrómegas. Memnon y otros cuentos</i> . Prólogo de Juan Antonio Guerrero. <i>Rústica</i>	6,000.00
170. WALLACE, Lewis: <i>Ben-Hur</i> . Prólogo de Joaquín Antonio Peñalosa. <i>Rústica</i> WICKRAM, Jorge. (Véase: ANÓNIMO, num. 428.)	6,000.00
133. WILDE, Oscar: <i>El retrato de Dorian Gray. El príncipe feliz. El ruiseñor y la rosa. El crimen de Lord Arthur Saville. El fantasma de Canterville</i> . Traducción, prólogo y notas de Monserrat Alfau. <i>Rústica</i>	3,000.00
238. WILDE, Oscar: <i>La importancia de llamarse Ernesto. El abanico de Lady Windermere. Una mujer sin importancia. Un marido ideal. Salomé</i> . Traducción y prólogo de Monserrat Alfau. <i>Rústica</i>	6,000.00
161. WISEMAN, Cardenal: <i>Fabiola o la Iglesia de las Catacumbas</i> . Introducción de Joaquín Antonio Peñalosa. <i>Rústica</i>	4,500.00
90. ZARCO, Francisco: <i>Escritos literarios</i> . Selección, prólogo y notas de René Avilés. <i>Rústica</i>	6,000.00
546. ZAVALA, Silvio: <i>Recuerdo de Vasco de Quiroga</i> . <i>Rústica</i>	10,000.00
269. ZEA, Leopoldo: <i>Conciencia y posibilidad del mexicano. El occidente y la conciencia de México</i> . Dos ensayos sobre México y lo mexicano. <i>Rústica</i>	4,500.00
528. ZEVACO, Miguel: <i>Los Pardallán</i> . Tomo I: En las garras del monstruo. La espía de la Médicis. Horrible revelación. <i>Rústica</i>	6,000.00
529. ZEVACO, Miguel: <i>Los Pardallán</i> . Tomo II: El círculo de la muerte, el cofre envenenado y la cámara del tormento. <i>Rústica</i>	6,000.00
530. ZEVACO, Miguel: <i>Los Pardallán</i> . Tomo III: Sudor de Sangre, la sala de las Ejecuciones. La venganza de Fausta. <i>Rústica</i>	6,000.00
531. ZEVACO, Miguel: <i>Los Pardallán</i> . Tomo IV: Una tragedia en la Bastilla. Vida por vida. La crucificada. <i>Rústica</i>	6,000.00
532. ZEVACO, Miguel: <i>Los Pardallán</i> . Tomo V: El vengador de su madre. Juan El Bravo. La hija del Rey Hugonote. <i>Rústica</i>	6,000.00
548. ZEVACO, Miguel: <i>Los Pardallán</i> . Tomo VI: El tesoro de Fausta. La Prisionera. La casa misteriosa. <i>Rústica</i>	6,000.00
555. ZEVACO, Miguel: <i>Los Pardallán</i> . Tomo VII: El día de la justicia. El Santo Oficio. Ante el César. <i>Rústica</i>	6,000.00
556. ZEVACO, Miguel: <i>Los Pardallán</i> . Tomo VIII. Fausta la diabólica. <i>Pardallán y Fausta</i> . Tallo de lirio. <i>Rústica</i>	6,000.00
558. ZEVACO, Miguel: <i>Los Pardallán</i> . Tomo IX: La abandonada. La dama blanca. El fin de los Pardallán. <i>Rústica</i>	6,000.00
412. ZOLA, Emilio: <i>Naná</i> . Prólogo de Emilia Pardo Bazán. <i>Rústica</i>	6,000.00
414. ZOLA, Emilio: <i>La taberna</i> . Prólogo de Guy de Maupassant. <i>Rústica</i>	6,000.00
58. ZORRILLA, José: <i>Don Juan Tenorio. El puñal del Godo</i> . Prólogo de Salvador Novo. <i>Rústica</i>	6,000.00
153. ZORRILLA DE SAN MARTÍN, Juan: <i>Tabaré</i> . Estudio crítico por Raimundo Lazo. <i>Rústica</i>	6,000.00
418. ZWEIG, Stefan: <i>El mundo de ayer</i> . <i>Rústica</i>	
689. ZWEIG, Stefan: <i>Impaciencia del corazón</i> . <i>Rústica</i>	

PRECIOS SUJETOS A VARIACIÓN SIN PREVIO AVISO.

EDITORIAL PORRÚA, S. A.

DICCIONARIO PORRÚA DE HISTORIA, BIOGRAFÍA Y GEOGRAFÍA DE MÉXICO

QUINTA EDICIÓN CORREGIDA Y AUMENTADA

TRES VOLÚMENES ENCUADERNADOS EN TELA.

XL-3,285 páginas. 42 mapas a color.

CERCA DE TRES MIL NUEVAS FICHAS. \$300.000.00

El "DICCIONARIO PORRÚA" (divulgado ya con estas dos solas palabras) es sinónimo de fuente de información, verídica e imparcial. Es árbitro de discusiones, compañero de toda la vida, indispensable en todo centro de estudios, en la biblioteca familiar y, en fin, para cuantos quieran penetrar en el mundo del México de ayer y de hoy.

¡UNA OBRA DE TODOS PARA TODOS!

EDITORIAL PORRÚA, S. A.



LIBRERÍA PORRÚA

1900-1990

JUSTO SIERRA Y ARGENTANA
CIUDAD DE MÉXICO

595

SC 595 RUSTICA



9 789684 524125